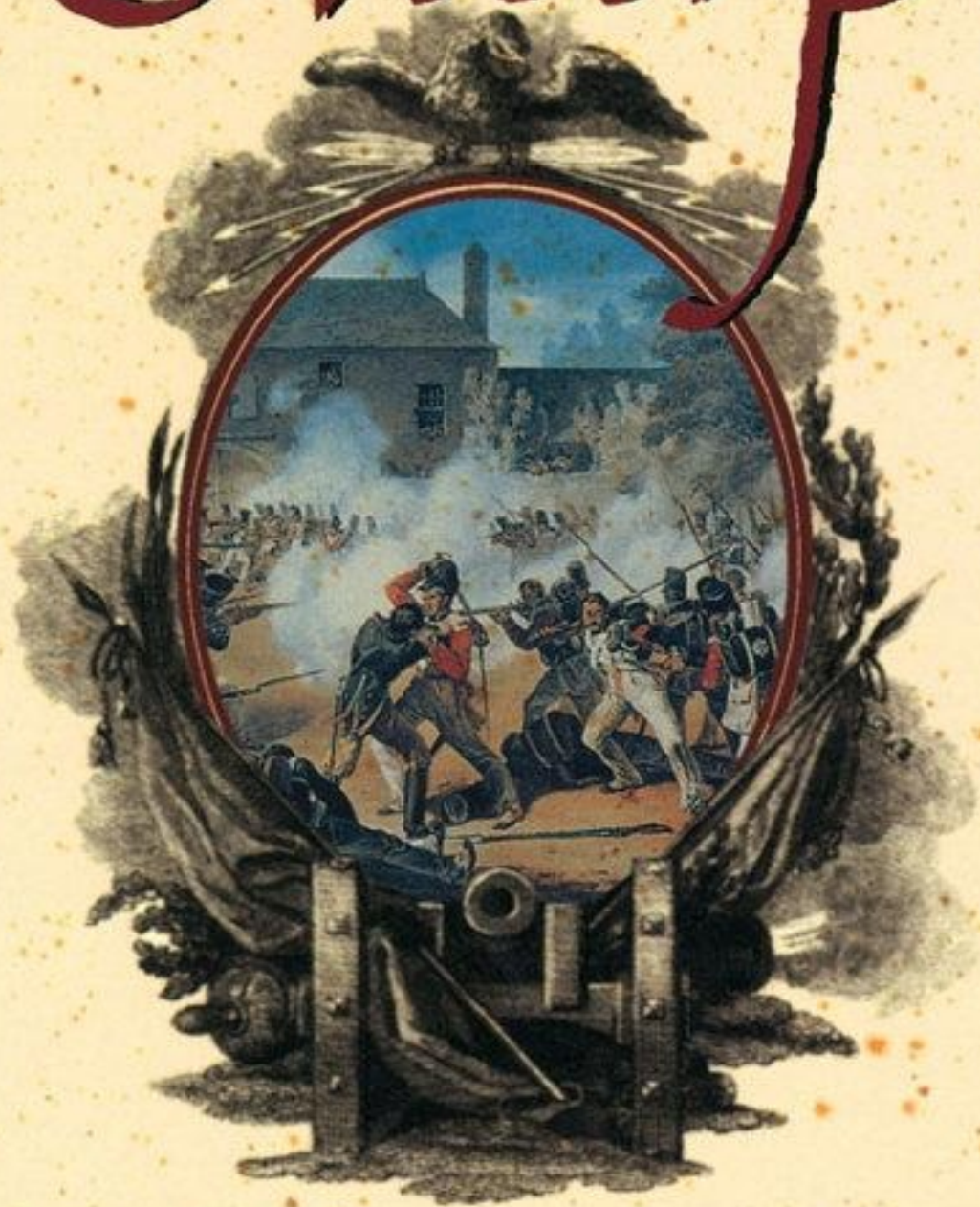


# La fuga de Sharpe



Bernard Cornwell

Lectulandia

En 1810, el poderoso y bien pertrechado ejército napoleónico se dispone de nuevo a invadir Portugal desde la frontera española y empujar a los británicos hasta el mar. Sin embargo, deberán enfrentarse a algunos problemas: ante ellos se extienden unas tierras devastadas y en las que Wellington ha logrado que la comida sea inencontrable y, quizás la más importante, Richard Sharpe está ansioso por entrar en combate.

Cornwell nos hace una magnífica descripción de la alianza entre portugueses y británicos y del extraordinario enfrentamiento entre Wellington y Masséna en la batalla del Bussaco.

**Lectulandia**

Bernard Cornwell

# **La fuga de Sharpe**

**Richard Sharpe y la batalla de Bussaco**

**Setiembre de 1810**

**Richard Sharpe - 10**

ePub r1.0

viejo\_oso 03.05.14

Título original: *Sharpe's Escape*  
Bernard Cornwell, 2004  
Traducción: Montse Batista  
Diseño de cubierta: Jordi Sabat

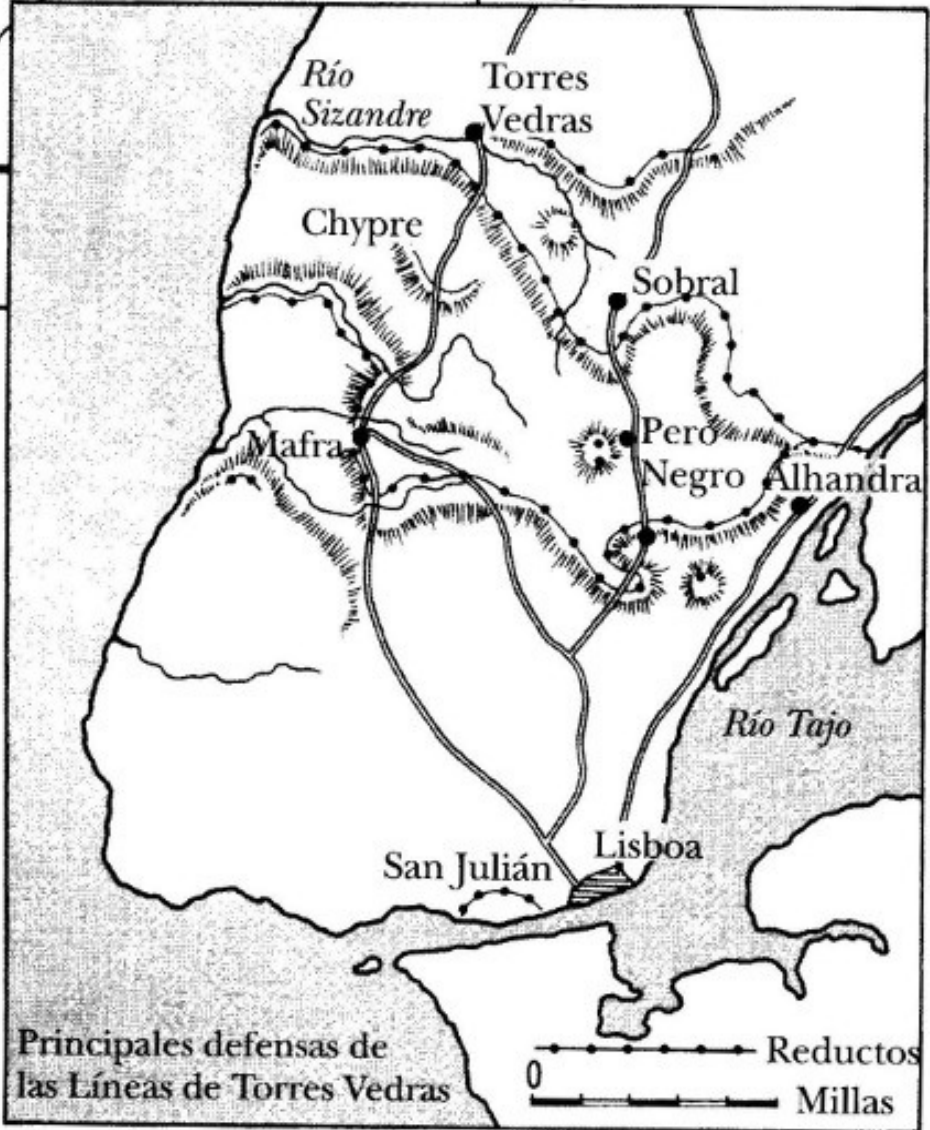
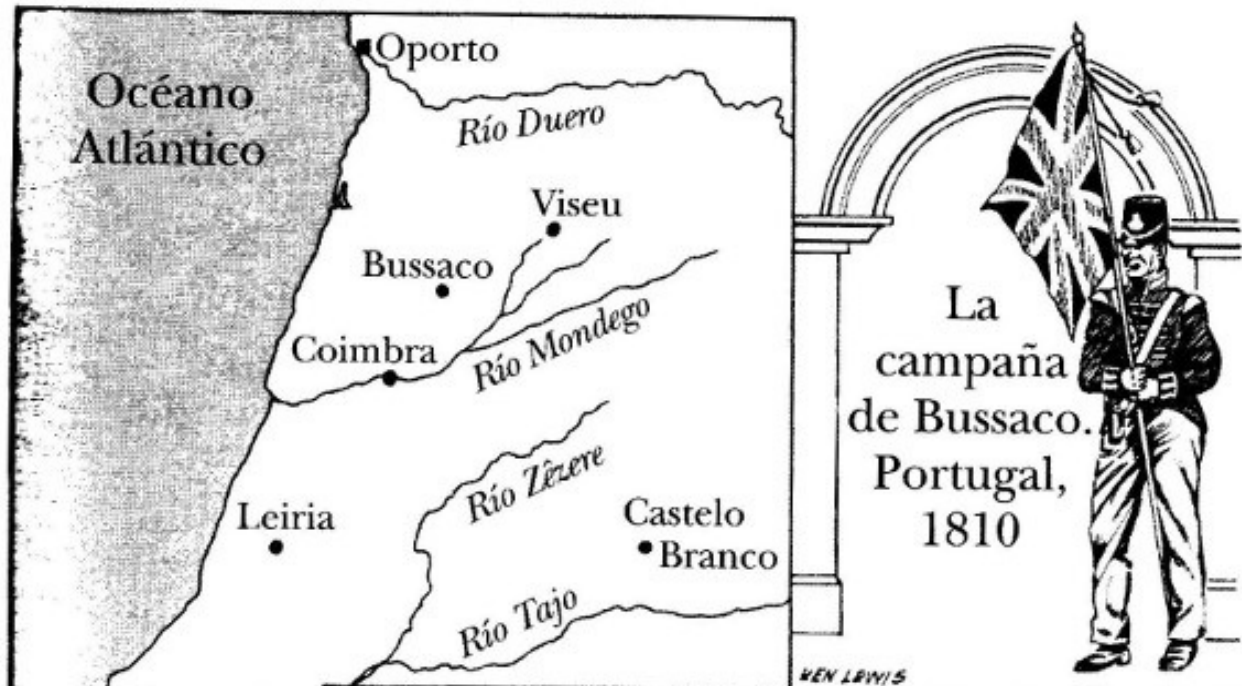
Editor digital: viejo\_oso  
Escaneo del texto: maperusa  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*La fuga de Sharpe*  
es para CeCe



# Primera Parte

# CAPÍTULO 1

El señor Sharpe estaba de mal humor. Estaba de un humor de perros. En opinión del sargento Harper, se estaba buscando problemas, y Harper rara vez se equivocaba acerca del capitán Sharpe. El sargento Harper conocía lo bastante bien a su capitán como para no trabar conversación con él cuando Sharpe se hallaba de tan mal talante pero, por otro lado, a Harper le gustaba vivir peligrosamente.

—Veo que le han zurcido el uniforme, señor —dijo alegremente.

Sharpe hizo caso omiso del comentario y siguió marchando, subiendo por la desnuda cuesta portuguesa bajo el sol abrasador. Era el mes de septiembre de 1810, casi otoño, aunque el calor de finales de verano azotaba el paisaje como en un horno. En lo alto de la colina, a una distancia aproximada de un kilómetro y medio por delante de Sharpe, se alzaba un edificio de piedra que parecía un granero junto a una adusta estación telegráfica. Dicha estación era un andamiaje de maderos negros que sostenía un mástil alto del que unos brazos de señales colgaban inmóviles en el calor de la tarde.

—No es frecuente ver unas puntadas tan bien hechas como las de esa casaca —siguió diciendo Harper, con aire de absoluta despreocupación—, y yo diría que no lo hizo usted. Parece obra de una mujer, ¿y lo es? —dio una entonación interrogativa a las tres últimas palabras.

Sharpe no dijo nada. La espada de caballería de hoja larga y recta le golpeaba el muslo al subir. Llevaba un fusil colgado al hombro. Un oficial no tenía por qué llevar un arma larga como sus soldados, pero Sharpe había sido soldado raso y estaba acostumbrado a ir a la guerra con un arma como era debido.

—¿Fue alguien que conoció en Lisboa? —insistió solícito Harper.

Sharpe estaba que estallaba, pero fingió no haberlo oído. La guerrera de su uniforme, que, tal como Harper había observado, estaba muy bien zurcida, era de color verde. Sharpe había sido fusilero. No, él todavía se consideraba un fusilero, uno de los soldados de élite que llevaban el rifle Baker y vestían de verde oscuro en lugar de rojo, pero los avatares de la guerra lo habían dejado abandonado a su suerte junto a unos cuantos de sus soldados en un regimiento de casacas rojas y ahora estaba al mando de la compañía ligera del South Essex, que lo seguía montaña arriba. La mayoría de sus miembros llevaban las casacas rojas de la infantería británica e iban armados con mosquetes de ánima lisa, pero había unos cuantos, como el sargento Harper, que seguían llevando sus viejas casacas verdes y combatían con el rifle.

—Bueno, ¿quién era ella? —se atrevió a preguntar finalmente Harper.

—Sargento Harper —al final Sharpe se vio empujado a decir—, si quiere buscarse problemas, siga hablando.

—Sí, señor —repuso Harper con una sonrisa burlona.



Harper era del Ulster, era católico y era sargento, por lo cual se suponía que no debía ser amigo de un hombre inglés, pagano y oficial, pero lo era. Sharpe le caía bien y sabía que él también le caía bien a Sharpe, aunque fue lo bastante sensato para no decir nada más. En cambio, se puso a silbar los primeros compases de la canción «I would that the wars were all done».

Inevitablemente, Sharpe pensó en la letra que acompañaba aquella melodía: «Una mañana, en el prado perlado de rocío, una hermosa y rubia doncella cogía violetas de un azul intenso», y la delicada insolencia de Harper hizo que se riera en voz alta. Entonces lanzó una maldición al sargento, que seguía sonriendo triunfalmente.

—Fue Josefina —admitió Sharpe.

—¡Vaya, la señorita Josefina! ¿Cómo está?

—Muy bien —respondió Sharpe vagamente.

—Me alegra oírlo —dijo Harper con sinceridad—. Así que tomó el té con ella, ¿no, señor?

—Sí, tomé el maldito té con ella, sargento.

—Por supuesto, señor —dijo Harper. Anduvo unos cuantos pasos en silencio y luego decidió volver a probar suerte—. Yo creía que la señorita Teresa le gustaba mucho, señor.

—¿La señorita Teresa? —preguntó Sharpe, como si aquel nombre le resultara completamente desconocido, aunque en las últimas semanas apenas había dejado de pensar en la chica de rasgos aguileños que cruzó la frontera hacia España cabalgando con las fuerzas partisanas. Sharpe miró al sargento, que tenía una expresión de plácida inocencia en su ancho rostro—. Teresa me gusta mucho —prosiguió Sharpe, a la defensiva—, pero ni siquiera sé si volveré a verla.

—Pero le gustaría —señaló Harper.

—¡Pues claro que me gustaría! ¿Y qué? Hay chicas a las que te gustaría ver de nuevo pero no por eso te comportas como un maldito santo esperándolas, ¿verdad?

—Cierto —admitió Harper—. Ya entiendo por qué no quería regresar con nosotros, señor. Ahí estaba usted, tomando el té mientras la señorita Josefina cosía, y se lo deben de haber pasado estupendamente.

—No quería regresar —replicó Sharpe con aspereza— porque me prometieron un mes de permiso. ¡Un mes, maldita sea! ¡Y me dieron una semana!

Harper no demostró la más mínima comprensión. Se suponía que el mes de permiso era la recompensa de Sharpe por recuperar una reserva de oro del otro lado de las líneas enemigas, pero en aquella excursión había participado toda la compañía ligera y nadie había sugerido que les dieran un mes de permiso al resto. Por otro lado, Harper entendía perfectamente la taciturnidad de Sharpe, pues la idea de perder todo un mes en la cama de Josefina era como para que hasta un obispo le diera a la ginebra.

—Una maldita semana —gruñó Sharpe—. ¡Condenado ejército de mierda! —Se hizo a un lado del camino y esperó a que la compañía se acercara.

En realidad, su malhumor poco tenía que ver con su permiso truncado, pero no podía reconocer ante Harper la verdadera causa. Recorrió la columna con la mirada, buscando al teniente Slingsby. Ése era el problema. El maldito cabrón del teniente Cornelius Slingsby.

Cuando la compañía alcanzó a Sharpe, los soldados se sentaron al borde del sendero. Gracias a los reclutas venidos de Inglaterra, Sharpe estaba entonces al mando de una tropa de cincuenta y cuatro hombres. Los recién llegados destacaban por sus casacas de un rojo intenso. Los uniformes de los demás soldados habían palidecido bajo el sol y llevaban tantos remiendos de tela portuguesa de color pardo que, desde lejos, tenían más aspecto de vagabundos que de soldados. Slingsby, cómo no, había puesto objeciones.

—Uniformes nuevos, Sharpe —había cotorreado con entusiasmo—. Los soldados tendrán un aspecto más elegante con uniformes nuevos. ¡Un magnífico paño nuevo les dará energía! Deberíamos encargarnos. —Maldito idiota, había pensado Sharpe. Los uniformes nuevos llegarían a su debido tiempo, probablemente en invierno, y no serviría de nada pedirlos antes; además, a los soldados les gustaban sus viejas y cómodas casacas, y también sus mochilas francesas de cuero. Los nuevos soldados llevaban unas mochilas británicas, fabricadas por Trotters, que se aferraban al pecho de manera que, en una larga marcha, tenían la sensación de que una banda de hierro al rojo te oprimía las costillas. El tormento Trotters, las llamaban, y las mochilas francesas eran mucho más cómodas.

Sharpe fue recorriendo la compañía y ordenó a todos los recién llegados que le dieran sus cantimploras que, como él ya se esperaba, estaban vacías.

—Son unos malditos idiotas —dijo Sharpe—. ¡Tienen que racionarla! ¡Un sorbo cada vez! ¡Sargento Read!

—¿Señor? —Read, un casaca roja metodista, se acercó a Sharpe.

—Asegúrese de que nadie les dé agua, sargento.

—Lo haré, señor. Así lo haré.

A media tarde los nuevos soldados estarían secos como el polvo. Tendrían la garganta hinchada y la respiración áspera, pero al menos no volverían a ser tan estúpidos. Sharpe siguió caminando junto a la columna hacia el teniente Slingsby, que hacía avanzar a la retaguardia.

—No hay rezagados, Sharpe —dijo Slingsby con el entusiasmo de un terrier pensando que merece una recompensa. Era un hombre de baja estatura, espalda recta, hombros fornidos, rebosante de eficiencia—. El señor Iliffe y yo conseguimos que siguieran adelante.

Sharpe no dijo nada. Hacía una semana que conocía a Cornelius Slingsby y

durante esa semana le había tomado una aversión a ese hombre que rayaba en lo criminal. No existían motivos para dicho odio, a menos que el hecho de que una persona te cayera mal nada más verla fuera una buena razón; sin embargo, todo en Slingsby irritaba a Sharpe, ya fuera su nuca, plana como la hoja de una pala, sus ojos saltones, su bigote negro, las venas rotas de su nariz, sus risotadas o su modo de andar dándose aires. Al volver de Lisboa, Sharpe se había encontrado con que Slingsby había reemplazado a su teniente, el responsable Robert Knowles, que había sido nombrado ayudante del regimiento.

—Cornelius es como un pariente —le había explicado vagamente a Sharpe el teniente coronel, el honorable William Lawford—, le parecerá un tipo estupendo.

—¿En serio, señor?

—Se alistó tarde —había seguido diciendo Lawford—, que es la razón por la que todavía es teniente. Bueno, es capitán honorífico, por supuesto, pero aun así es teniente.

—Yo me alisté pronto, señor —le había dicho Sharpe—, y todavía soy teniente. Capitán honorífico, por supuesto, pero aun así soy teniente.

—Oh, Sharpe —el tono de Lawford fue de exasperación—. No hay nadie que tenga más conocimiento de sus virtudes que yo. Si hubiera una capitania disponible... —Dejó aquella idea en el aire, aunque Sharpe ya sabía la respuesta.

Lo habían nombrado teniente, lo cual era una especie de milagro para un hombre que se había alistado en el ejército como soldado raso analfabeto, y le habían concedido una capitania honorífica, cosa que significaba que le pagaban como a un capitán aunque su verdadero grado seguía siendo el de teniente, pero sólo podía conseguir el verdadero ascenso si compraba una capitania vacante o si Lawford lo ascendía, lo cual era mucho menos probable.

—Yo lo aprecio, Sharpe —había seguido diciendo el coronel—, pero también tengo esperanzas en Cornelius. Tiene treinta años. O tal vez treinta y uno. Es mayor para ser teniente, pero está lleno de entusiasmo, Sharpe, y tiene experiencia. Mucha experiencia.

Ahí estaba el problema. Antes de incorporarse al South Essex, Slingsby había estado en el 55.º, un regimiento que servía en las Antillas, donde la fiebre amarilla había diezmado las filas de oficiales y, en consecuencia, habían nombrado capitán honorífico a Slingsby, o más aún, capitán de la compañía ligera del 55.º, y como resultado creía saber tanto como Sharpe sobre los asuntos militares. Lo cual podría haber sido cierto, pero no lo superaba en todo lo relativo al combate.

—Quiero que se haga cargo de él —había concluido el coronel—. Encamínelo, Sharpe, ¿eh?

Lo encaminaría a una muerte temprana, había pensado Sharpe agriamente, pero había tenido que ocultar sus pensamientos, y seguía haciendo todo lo posible para

disimular su odio cuando Slingsby señaló la estación telegráfica.

—El señor Iliffe y yo vimos a algunos hombres allí arriba, Sharpe. Una docena de ellos, creo. Y uno de ellos parecía llevar un uniforme azul. No deberían estar ahí arriba, ¿verdad?

Sharpe dudaba que el alférez Iliffe, un oficial recién llegado de Inglaterra, hubiera visto nada, en tanto que él ya se había fijado en los soldados y los caballos hacía quince minutos y desde entonces se había estado preguntando qué estaban haciendo aquellos desconocidos en lo alto de la colina, pues oficialmente la estación telegráfica estaba abandonada. Normalmente la guarnecían unos cuantos soldados que protegían al guardiamarina encargado de manejar las bolsas negras que se izaban y se arriaban por el alto mástil para enviar mensajes de un extremo a otro de Portugal. Pero los franceses ya habían cortado la cadena más al norte, los británicos se habían retirado de aquellas montañas y, por alguna razón, aquella estación no había sido destruida. No tenía sentido dejarla intacta para que la utilizaran los franchutes, de modo que a la compañía de Sharpe la habían separado del batallón y le habían asignado la sencilla tarea de quemar el telégrafo.

—¿Podría ser un francés? —preguntó Slingsby, refiriéndose al uniforme azul. Parecía ansioso, como si quisiera abalanzarse ladera arriba. Rozaba el metro sesenta de estatura y poseía un aire de alerta perpetua.

—Da igual si es un maldito franchute —le dijo Sharpe en tono agrio—, nosotros somos más. Mandaré al señor Iliffe allá arriba para que le pegue un tiro. —Iliffe puso cara de susto. Tenía diecisiete años y aparentaba catorce, un muchacho huesudo cuyo padre le había comprado una oficialía porque no sabía qué hacer con el chico—. Enséñeme su cantimplora —ordenó Sharpe a Iliffe.

Iliffe pareció asustado.

—Está vacía, señor —confesó, y se encogió, como si esperara que Sharpe lo castigara.

—¿Sabe lo que les dije a los soldados que tenían la cantimplora vacía? —le preguntó Sharpe—. Que eran unos idiotas. Pero usted no lo es, porque usted es un oficial y no hay ningún oficial que sea idiota.

—Absolutamente correcto, señor —terció Slingsby, y soltó un resoplido. Siempre resoplaba al reírse y Sharpe reprimió las ganas de cortarle el cuello a ese mal nacido.

—Resérvese el agua —le dijo Sharpe, que le lanzó de nuevo la cantimplora a Iliffe—. ¡Sargento Harper! ¡Siga marchando!

Tardaron otra media hora en llegar a la cima de la colina. Por lo visto, el edificio parecido a un granero era una ermita, pues había una imagen desportillada de la Virgen María colocada en una hornacina encima de la puerta. La torre telegráfica se había construido contra el hastial del lado este de la ermita, que contribuía a sostener el entramado de gruesos maderos que aguantaban la plataforma sobre la que el

guardamarina llevaba a cabo su arcana habilidad. En aquellos momentos la torre se hallaba desierta y las cuerdas para hacer señales, amarradas, golpeaban contra el mástil alquitranado, a merced del fresco viento que soplaba en la cima. Las vejigas pintadas de negro se habían retirado, pero las cuerdas que se utilizaban para subirlas y bajarlas seguían en su sitio y de una de ellas colgaba un cuadrado de tela blanca, por lo que Sharpe se preguntó si aquellos desconocidos de lo alto de la colina habían izado la improvisada bandera para mandar una señal.

Los desconocidos, una docena de civiles, se hallaban junto a la puerta de la ermita y con ellos estaba un oficial de la infantería portuguesa cuya casaca descolorida era de un color azul muy parecido al de los franceses. Fue el oficial quien avanzó a grandes zancadas para ir al encuentro de Sharpe.

—Soy el comandante Ferreira —dijo en buen inglés—, ¿y usted?

—El capitán Sharpe.

—Y yo el capitán Slingsby. —El teniente Slingsby se había empeñado en acompañar a Sharpe para encontrarse con el oficial portugués, al igual que se había empeñado en utilizar su rango honorífico aunque ya no tenía derecho a hacerlo.

—Estoy al mando —dijo Sharpe lacónicamente.

—¿Y cuál es su objetivo, capitán? —quiso saber Ferreira. Era un hombre alto, delgado y moreno, con un bigote muy bien cuidado. Poseía los modales y el porte de una persona privilegiada, pero Sharpe notó cierto desasosiego en el comandante portugués, un desasosiego que Ferreira intentó disimular con unos modales bruscos que incitaron a Sharpe a mostrarse insolente. Venció la tentación y en lugar de eso le dijo la verdad.

—Tenemos órdenes de quemar el telégrafo.

Ferreira miró a los soldados de Sharpe, que estaban llegando desordenadamente a la cima de la colina. Las palabras de Sharpe parecieron sorprenderlo, pero entonces sonrió de un modo poco convincente.

—Lo haré por usted, capitán. Será un placer.

—Llevaré a cabo mis órdenes, señor —replicó Sharpe.

Ferreira intuyó la insolencia y dirigió una mirada socarrona a Sharpe. Por un instante Sharpe creyó que el comandante portugués iba a dirigirle una reprimenda pero, en lugar de eso, Ferreira asintió con un breve movimiento de la cabeza.

—Si insiste —dijo—, pero hágalo enseguida.

—¡Enseguida, señor! —intervino Slingsby con entusiasmo—. ¡No tiene sentido esperar! —se volvió hacia Harper—. ¡Sargento Harper! Traiga los combustibles, si es tan amable. ¡Vamos, hombre, deprisa!

Harper dirigió una mirada a Sharpe buscando su aprobación a las órdenes del teniente, pero Sharpe no dejó traslucir nada, por lo que el irlandés grandote lanzó un grito a la docena de hombres que iban cargados con unas redes para el forraje de la

caballería que estaban repletas de paja. Otros seis hombres llevaban tarros de trementina con la que se empapó la paja que habían amontonado junto a las cuatro patas de la estación telegráfica. Ferreira los observó durante un rato mientras trabajaban y luego regresó para reunirse con los civiles, que parecían preocupados por la llegada de los soldados británicos.

—Todo está preparado, señor —le gritó Harper a Sharpe—, ¿quiere que lo encienda?

Slingsby se anticipó a Sharpe:

—¡No perdamos el tiempo, sargento! —exclamó con tono de eficiencia—. ¡Préndale fuego!

—Espere —gruñó Sharpe, lo que hizo que Slingsby parpadeara ante la aspereza de su tono. Se suponía que los oficiales debían tratarse con educación delante de los soldados, pero Sharpe había hablado con enojo y la mirada que lanzó a Slingsby hizo que éste retrocediera un paso, sorprendido. Slingsby puso mala cara pero no dijo nada, en tanto que Sharpe trepaba por la escalera a la plataforma del mástil que se alzaba a unos cuatro metros y medio por encima de la cumbre. Los tablones tenían tres marcas que indicaban el lugar donde el guardiamarina había colocado su trípode para poder mirar las torres telegráficas vecinas e interpretar sus mensajes. La estación del norte ya había sido destruida, pero al mirar hacia el sur Sharpe distinguió la siguiente torre en algún lugar al otro lado del río Criz, aún detrás de las líneas británicas. No permanecería detrás de las líneas durante mucho más tiempo, pensó. El ejército del mariscal Masséna estaba invadiendo el centro de Portugal y los británicos se retirarían hacia sus líneas defensivas recién construidas en Torres Vedras. El plan consistía en retirarse a las nuevas fortificaciones, dejar que los franceses se acercaran y entonces acabar con sus inútiles ataques o ver cómo se morían de hambre.

Y para contribuir a que se murieran de hambre, los británicos y los portugueses los estaban dejando sin nada. Se estaban vaciando todos los graneros, despensas y almacenes. Las cosechas se incendiaban en los campos, los molinos se destruían y los pozos se contaminaban con cuerpos de animales muertos. Los habitantes de todas las ciudades y pueblos del centro de Portugal eran desalojados junto con sus animales de cría, con órdenes de dirigirse al otro lado de las líneas de Torres Vedras o de subir a las altas montañas, donde los franceses no se animarían a seguirlos. La intención era que el enemigo se encontrara con una tierra arrasada, desprovista de todo, incluso de las cuerdas de los telégrafos.

Sharpe desató una de las cuerdas para hacer señales y bajó la bandera blanca, que resultó ser un gran pañuelo de hilo de buena calidad, con un cuidadoso dobladillo y las iniciales PAF bordadas en color azul en una esquina. ¿Ferreira? Sharpe bajó la mirada hacia el comandante portugués que lo estaba observando.

—¿Es suyo, comandante? —le preguntó Sharpe.

—No —le respondió Ferreira.

—Entonces es mío —repuso Sharpe, y se guardó el pañuelo en el bolsillo. Vio la expresión de ira de Ferreira y le resultó divertida—. Quizá quiera trasladar a esos caballos —con un gesto de la cabeza señaló a los animales que estaban atados a unas estacas junto a la ermita— antes de que quememos la torre.

—Gracias, capitán —le dijo Ferreira en tono gélido.

—¿La quemamos ya, Sharpe? —preguntó Slingsby desde el suelo.

—No hasta que no haya bajado de la maldita plataforma —respondió Sharpe con un gruñido.

Echó un último vistazo a su alrededor y vio una pequeña neblina de humo de pólvora de un gris blanquecino a lo lejos, al sureste. Sacó el catalejo, el valioso anteojo que le había regalado sir Arthur Wellesley, entonces lord Wellington, lo apoyó en la balaustrada, se arrodilló y miró hacia el humo. Vio poca cosa, pero le pareció que estaba observando a la retaguardia británica en acción. La caballería francesa debía de haberse acercado demasiado y un batallón disparaba descargas con el apoyo de los cañones de la Real Artillería Montada. Le llegaba el suave ruido sordo de las armas en la distancia. Movié el anteojo hacia el norte, la lente se desplazó por una agreste campiña de montañas, rocas y áridos pastos y allí no había nada, nada en absoluto, hasta que de repente vio un atisbo de un verde distinto, hizo retroceder de nuevo el catalejo bruscamente, lo detuvo y los vio.

Caballería. Caballería francesa. Dragones con guerreras de color verde. Se hallaban al menos a un kilómetro y medio de distancia, en un valle, pero se dirigían hacia la estación telegráfica. Sus hebillas, bocados y estribos brillaban con los reflejos de la luz del sol y Sharpe intentó contarlos. ¿Cuarenta? Sesenta hombres, tal vez; era difícil de precisar puesto que el escuadrón serpenteaba entre las rocas de lo más profundo del valle e iba del sol a la sombra. No parecían tener demasiada prisa y Sharpe se preguntó si los habrían enviado a capturar la estación telegráfica, que serviría a los franceses que avanzaban del mismo modo que había servido a los británicos.

—¡Tenemos compañía, sargento! —le gritó Sharpe a Harper. El decoro y la cortesía requerían que se lo hubiera dicho a Slingsby, pero Sharpe a duras penas podía dirigirle la palabra a ese hombre, de manera que se dirigió a Harper en vez de a él—. Un escuadrón de cabrones de verde, como mínimo. Están a un kilómetro y medio de distancia, pero llegarán en pocos minutos. —Cerró el catalejo, descendió por la escalera y le hizo un gesto con la cabeza al sargento irlandés—. Hágala arder —dijo.

La paja empapada de trementina ardió con unas llamas vivas y altas, pero los grandes maderos del andamiaje tardaron unos momentos en prender. Los soldados de la compañía de Sharpe, como siempre fascinados por la destrucción deliberada, se

quedaron mirando con admiración y soltaron una pequeña ovación cuando finalmente la plataforma empezó a arder. Sharpe se había dirigido al borde este de la pequeña cima pero, sin la altura que le proporcionaba la plataforma ya no pudo ver a los dragones. ¿Se habrían dado media vuelta? Si tenían la esperanza de capturar la torre de señales intacta, quizá habrían decidido cejar en su empeño al ver el humo que se alzaba desde la cima.

El teniente Slingsby se reunió con él.

—No quiero hacer un problema de esto —dijo en tono quedo—, pero acaba de hablarme con mucha aspereza, Sharpe, con mucha aspereza, la verdad.

Sharpe no dijo nada. Se estaba imaginando el placer de destripar a ese pequeño cabrón.

—No es que me moleste personalmente —siguió diciendo Slingsby en voz baja—, pero no hace ningún bien a los hombres. Ningún bien. Reduce su respeto por los oficiales del rey.

Sharpe sabía que merecía su reprobación, pero no estaba dispuesto a ceder ni un ápice ante Slingsby.

—¿Cree que los soldados respetan a los oficiales del rey? —le preguntó.

—Naturalmente —Slingsby parecía escandalizado por la pregunta—. ¡Por supuesto!

—Yo no lo hacía —repuso Sharpe, y se preguntó si era ron lo que había oído en el aliento de Slingsby—. Yo no respetaba a los oficiales del rey cuando marchaba con la tropa —prosiguió, decidiendo que se había imaginado lo del olor—. La mayoría me parecían unos payasos mal nacidos demasiado bien pagados.

—Sharpe —le reconvino Slingsby... pero, fuera lo que fuera lo que estaba a punto de decir, murió en su boca cuando vio aparecer a los dragones por la ladera más baja.

—Son unos cincuenta —dijo Sharpe—, y vienen hacia aquí.

—¿Quizá tendríamos que desplegarlos? —Slingsby señaló la ladera oriental, salpicada de rocas que podrían ocultar muy bien a una línea de tiradores. El teniente enderezó la espalda y juntó los tacones de sus botas de golpe—. Sería un honor conducir a los soldados hacia el pie de la colina, Sharpe.

—Puede que fuera un maldito honor —repuso Sharpe en tono sarcástico—, pero aun así sería un condenado suicidio. Si vamos a combatir a esos cabrones —siguió diciendo— será mejor que lo hagamos en lo alto de una colina y no desperdigados en mitad de una ladera. A los dragones les gustan las líneas de tiradores, Slingsby. Les permiten practicar con la espada —se volvió a mirar hacia la ermita. En la pared que tenía enfrente había dos ventanas pequeñas con postigos y le pareció que bien podrían servir de aspilleras si tenía que defender la cima—. ¿Cuánto falta para la puesta de sol?



—Tres horas menos diez minutos —contestó Slingsby al instante.

Sharpe soltó un gruñido. Dudaba que los dragones atacaran, pero si lo hacían podría retenerlos sin problemas hasta el anochecer, y un dragón no se quedaría en territorio hostil después de la puesta de sol por miedo a los partisanos.

—Quédese aquí —ordenó a Slingsby—, vigíelos y no haga nada sin preguntarme. ¿Lo ha entendido?

Slingsby pareció ofendido, y tenía todo el derecho a estarlo.

—Pues claro que lo he entendido —respondió en tono de protesta.

—No se lleve a los soldados de la cima, teniente —dijo Sharpe—, es una orden. —Se encaminó hacia la ermita a grandes zancadas, preguntándose si sus hombres podrían abrir unas cuantas troneras en sus viejas paredes de piedra. No tenían las herramientas adecuadas, ni mazos ni palancas, pero la mampostería tenía aspecto de ser antigua y la argamasa se desmenuzaba.

Para su sorpresa, el comandante Ferreira y uno de los civiles le impidieron acercarse a la puerta de la ermita.

—La puerta está cerrada, capitán —dijo el oficial portugués.

—Pues la echaré abajo —respondió Sharpe.

—Es un santuario —replicó Ferreira en tono de reprobación.

—Entonces rezaré pidiendo perdón cuando la haya derribado —dijo Sharpe, e intentó pasar junto al comandante, que alzó una mano para detenerlo. Sharpe puso cara de exasperación—. Hay cincuenta dragones franceses que vienen hacia aquí, comandante —le explicó Sharpe—, y voy a utilizar la ermita para proteger a mis hombres.

—Ya ha hecho su trabajo —le dijo Ferreira con aspereza— y debería marcharse. —Sharpe no respondió; en lugar de eso intentó pasar entre los dos hombres una vez más, pero ellos seguían impidiéndoselo—. Le estoy dando una orden, capitán —insistió el oficial portugués—. Márchese ahora.

El civil que estaba con Ferreira se había quitado el abrigo y se había remangado la camisa dejando al descubierto unos brazos enormes, ambos tatuados con unas anclas entrelazadas. Hasta entonces Sharpe no había prestado mucha atención a aquel hombre, aparte de quedar impresionado por su físico imponente, pero entonces miró al civil a la cara y vio pura animadversión. Aquel hombre tenía una constitución de boxeador, iba tatuado como un marinero y su rostro salvaje, lleno de cicatrices y de una fealdad pasmosa, transmitía un mensaje inequívoco. Tenía las cejas gruesas, la mandíbula grande, la nariz chata y unos ojos que eran como los de una bestia. No denotaba nada más que un deseo de luchar. Y quería que fuera una pelea de hombre a hombre, puño contra puño, por lo que pareció decepcionado cuando Sharpe retrocedió un paso.

—Veo que es un hombre sensato —le dijo Ferreira con voz suave.

—Soy famoso por ello —repuso Sharpe, que alzó la voz—:

¡Sargento Harper!

El irlandés grandote apareció por una esquina de la ermita y vio la confrontación. El gigante, más alto y ancho de espaldas que Harper, que era uno de los hombres más fuertes del ejército, tenía los puños apretados. Parecía un bulldog esperando a que lo soltaran, y Harper sabía cómo tratar a los perros locos. Dejó que el fusil de cañones múltiples se deslizara de su hombro. Era un arma curiosa, fabricada para la Armada Real con el objetivo de ser utilizada desde la cubierta de un barco para eliminar a los tiradores enemigos situados en las cofas. El arma consistía en siete cañones de media pulgada agrupados que se disparaban mediante una única llave de chispa y en el mar había resultado demasiado potente, pues la mayoría de las veces le rompía el hombro al soldado que la disparaba, pero Patrick Harper, que era lo bastante corpulento para hacer que el fusil de siete cañones pareciera pequeño, encañonó con despreocupación al mastodonte que impedía el paso a Sharpe. El arma no estaba amartillada, pero ninguno de los civiles pareció darse cuenta de ello.

—¿Tiene algún problema, señor? —preguntó Harper en tono inocente.

Ferreira pareció alarmado, y con razón. La aparición de Harper había empujado a otros civiles a desenfundar sus pistolas y de pronto la ladera se llenó de los chasquidos del retroceso de los pedernales. El comandante Ferreira, que se temía un baño de sangre, les espetó que bajaran las armas. Nadie obedeció hasta que el gigante, el bruto armado únicamente con los puños, les lanzó un gruñido, y entonces bajaron los percutores apresuradamente y se enfundaron las pistolas con cara de temer la desaprobación de aquella mole. Todos los civiles eran unos bribones de aspecto duro que a Sharpe le recordaban a los asesinos que dominaban las calles del este de Londres, donde había pasado su niñez; sin embargo, el cabecilla, el hombre de rostro salvaje y cuerpo musculoso, era el más extraño y temible de todos. Era un luchador callejero, lo cual era obvio a juzgar por la nariz rota y las cicatrices en la frente y las mejillas, pero también era un hombre adinerado, pues su camisa de lino era de excelente calidad, sus pantalones estaban confeccionados con el mejor paño y sus botas con borlas doradas eran de un costoso cuero blando. Tenía aspecto de tener unos cuarenta años, en la flor de la vida, seguro de sí mismo meramente por su tamaño.

El hombre miró a Harper, sin duda evaluando al irlandés como posible contrincante, entonces sonrió inesperadamente y recogió su abrigo, que sacudió con la mano antes de ponérselo.

—Lo que hay en la ermita —el hombre grandote dio un paso hacia Sharpe— es de mi propiedad. —Habló en inglés, con un marcado acento y voz carraspeña.

—¿Y quién es usted? —quiso saber Sharpe.

—Permítame que le presente al *senhor* —empezó a responder Ferreira.

—Me llamo Ferragus —interrumpió el gigante.

—Ferragus —repitió Ferreira, y entonces le presentó a Sharpe—: *Capitão* Sharpe —se encogió de hombros mirando a Ferragus, como para sugerir que los acontecimientos se escapaban a su control.

Ferragus descollaba sobre Sharpe.

—Su trabajo aquí ya ha terminado, capitán. La torre ya no está, de modo que puede irse.

Sharpe retrocedió para apartarse de aquel hombre enorme, fue hacia un lado, pasó junto a él y cuando se dirigía hacia la ermita oyó el sonido característico de la llave del fusil de cañones múltiples cuando Harper lo amartilló.

—Ahora tengan cuidado —dijo el irlandés—, basta con un temblor para que este cabrón se dispare, y le dejaría la camisa hecha un asco, señor. —Ferragus se había dado la vuelta, sin duda para interceptar a Sharpe, pero aquella arma enorme lo detuvo.

La puerta de la ermita no estaba cerrada con llave. Sharpe la empujó para abrirla. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse desde la brillante luz del sol a las negras sombras de la ermita, pero luego vio lo que había allí dentro y soltó una maldición.

Había esperado encontrarse un santuario vacío, igual que las docenas que ya había visto, pero en cambio, el pequeño edificio estaba lleno de sacos amontonados, tantos sacos que el único espacio que quedaba era un estrecho pasadizo que conducía a un burdo altar en el cual había una imagen de la Virgen María vestida de azul y engalanada con papelitos que habían dejado allí los campesinos desesperados que acudían a la cima de la colina en busca de un milagro. La Virgen miraba entonces los sacos con tristeza mientras Sharpe desenvainaba la espada y pinchaba uno de ellos. Se vio recompensado con un chorro de harina. Probó con otro saco y más harina espolvoreó el desnudo suelo de tierra. Ferragus había visto lo que Sharpe había hecho y arengó a Ferreira quien, de mala gana, entró en la ermita.

—La harina se encuentra aquí con conocimiento de mi gobierno —dijo el comandante.

—¿Puede demostrarlo? —le preguntó Sharpe—. Tendrá algún papel, ¿verdad?

—Esto es asunto del gobierno portugués —repuso Ferreira con rigidez—, y usted va a marcharse de aquí.

—Tengo órdenes —replicó Sharpe—. Todos nosotros tenemos órdenes. No hay que dejar comida para los franceses. No hay que dejar nada —pinchó otro saco y entonces fue cuando Ferragus entró en la ermita, ensombreciendo la entrada con su mole. Avanzó de un modo alarmante por el estrecho pasadizo entre los sacos, llenándolo; Sharpe soltó una repentina y fuerte tos y arrastró los pies por el suelo mientras Ferreira se apretujaba contra los sacos para dejar pasar a Ferragus.

El gigantón tendió una mano a Sharpe. En ella llevaba monedas, monedas de oro,

tal vez una docena de unas gruesas monedas de oro más grandes que las guineas inglesas y cuyo valor ascendía probablemente a tres años de salario de Sharpe.

—Usted y yo podemos hablar —dijo Ferragus.

—¡Sargento Harper! —exclamó Sharpe dirigiendo su voz más allá de la imponente figura de Ferragus—. ¿Qué están haciendo esos malditos franchutes?

—Guardan las distancias, señor. Se mantienen alejados, eso es.

Sharpe miró a Ferragus.

—No le sorprende que se acerquen dragones franceses, ¿verdad? Los estaban esperando, ¿no es así?

—Le estoy pidiendo que se vaya —dijo Ferragus, que se acercó más a Sharpe—. Estoy siendo educado, capitán.

—Duele, ¿no es cierto? —dijo Sharpe—. ¿Y si no me voy?

¿Y si cumplo mis órdenes, *senhor*, y me deshago de esta comida?

Obviamente Ferragus no estaba acostumbrado a que lo desafiaran, porque pareció temblar, como si se obligara a mantener la calma.

—Puedo llegar a su pequeño ejército, capitán —dijo con su voz grave—, puedo encontrarle y puedo hacer que lamente este día.

—¿Me está amenazando? —preguntó Sharpe asombrado. El comandante Ferreira, detrás de Ferragus, hizo unos sonidos tranquilizadores, pero ninguno de los dos le hizo caso.

—Coja el dinero —dijo Ferragus.

Cuando Sharpe había tosido y frotado los pies contra el suelo, estaba haciendo ruido para ahogar el sonido de su rifle cuando lo amartilló. Lo llevaba colgando del hombro derecho, el cañón por detrás de la oreja, y entonces llevó la mano derecha hacia el gatillo. Sharpe miró las monedas y Ferragus debió de pensar que lo había tentado, puesto que le acercó más el oro, pero Sharpe le miró a los ojos y apretó el gatillo.

El disparo alcanzó las tejas del techo e inundó la ermita de polvo y ruido. El estrépito ensordeció a Sharpe y distrajo a Ferragus durante medio segundo, el medio segundo que Sharpe tardó en estrellar la rodilla derecha contra la entrepierna de aquel hombre, a lo que siguió una arremetida con los dedos rígidos de la mano izquierda contra los ojos de Ferragus y luego la mano derecha, con el puño cerrado, cayendo sobre su nuez. Sharpe consideraba que no habría tenido ninguna posibilidad en una pelea limpia pero, al igual que Ferragus, Sharpe pensaba que las peleas limpias eran para los idiotas. Sabía que tenía que tumbar a Ferragus deprisa y hacerle tanto daño que el grandullón no pudiera defenderse, y lo había hecho en el tiempo de un latido de corazón, puesto que el hombre estaba doblado en dos, embargado por el dolor y respirando con dificultad; Sharpe lo apartó del pasillo arrastrándolo hacia el espacio que había frente al altar y a continuación pasó junto a un horrorizado Ferreira.

—¿Tiene algo que decirme, comandante? —le preguntó Sharpe, y cuando Ferreira meneó la cabeza sin mediar palabra, volvió a salir a la luz del sol—. ¡Teniente Slingsby! —gritó—. ¿Qué están haciendo esos malditos dragones?

—Se mantienen a distancia, Sharpe —respondió Slingsby—. ¿Qué fue ese disparo?

—Le estaba enseñando a un portugués cómo funciona un rifle —dijo Sharpe—. ¿A qué distancia están?

—A unos ochocientos metros como mínimo. Al pie de la colina.

—Vigíelos —le ordenó Sharpe—, y quiero a treinta soldados aquí enseguida. ¡Señor Iliffe! ¡Sargento McGovern!

Dejó al alférez Iliffe a cargo nominal de los treinta soldados que tenían que sacar los sacos de la ermita. Una vez fuera, los sacos se rajaron y su contenido se esparció por la cima de la colina. Ferragus salió cojeando de la ermita y sus hombres parecían confusos y enojados, pero se hallaban en gran inferioridad numérica y no podían hacer nada. Ferragus había recuperado el aliento, aunque le estaba costando mantenerse derecho. Le habló a Ferreira con amargura, pero el comandante logró hacer entrar en razón al grandullón hasta que, finalmente, todos montaron en sus caballos y, dirigiéndole una última mirada resentida a Sharpe, se alejaron por el camino del oeste.

Sharpe los observó mientras se retiraban y luego fue a reunirse con Slingsby. La torre telegráfica, que ardía vivamente a sus espaldas, se derrumbó de pronto con un enorme chasquido y una explosión de chispas.

—¿Dónde están los franchutes?

—En aquel barranco —Slingsby señaló una zona de terreno estéril cercana al pie de la montaña—. Ahora han desmontado.

Sharpe utilizó su catalejo y vio a dos de los hombres de uniforme verde agachados tras unas rocas. Uno de ellos estaba observando la cima de la colina a través de un antejo y Sharpe lo saludó alegremente con la mano.

—No es que sirvan de mucho ahí abajo, ¿verdad? —dijo.

—Podrían estar planeando atacarnos —sugirió Slingsby ansiosamente.

—No, a menos que se hayan cansado de la vida —repuso Sharpe, que consideraba que los dragones habían acudido al oeste en respuesta a la señal de la bandera blanca que había en la torre telegráfica y, ahora que dicha bandera había sido reemplazada por una columna de humo, no sabían qué hacer. Enfocó su catalejo más hacia el sur y vio que todavía había humo de pólvora en el valle donde el camino principal corría junto al río. No había duda de que la retaguardia estaba aguantando, pero tendrían que retirarse pronto puesto que en aquel momento, más al este, Sharpe vio el ejército principal enemigo que aparecía marchando por los campos en oscuras columnas. Se encontraban muy lejos, apenas eran visibles con el catalejo, pero

estaban allí, una ensombrecida horda que se acercaba para expulsar a los británicos del centro de Portugal. Los franceses lo llamaban L'Armée de Portugal, el ejército que tenía que barrer a los casacas rojas hacia Lisboa y de allí al mar, para que finalmente Portugal se situara bajo la bandera tricolor, pero el Ejército de Portugal se iba a llevar una sorpresa. El mariscal Masséna marcharía sobre un territorio vacío y luego se vería frente a las Líneas de Torres Vedras.

—¿Ve algo, Sharpe? —Slingsby se acercó más, sin duda con la intención de que le prestara el catalejo.

—¿Ha estado bebiendo ron? —le preguntó Sharpe cuando de nuevo le llegó el tufillo a ese licor.

Slingsby pareció alarmado y luego ofendido.

—Me lo pongo en la piel para ahuyentar las moscas —explicó refunfuñando al tiempo que se daba unas palmaditas en la cara.

—¿Que hace qué?

—Es un truco que aprendí en las islas.

—¡Demonios! —exclamó Sharpe, que plegó el catalejo y se lo metió en el bolsillo—. Allí hay franchutes —dijo, señalando hacia el sureste—, miles de esos malditos comerranas.

Dejó al teniente contemplando el lejano ejército y regresó para meter prisa a los casacas rojas que habían formado una cadena para sacar los sacos hasta la ladera, que entonces parecía tener un palmo de nieve. La harina se alzaba como humo de pólvora desde la cima, caía suavemente formando montones y todavía se estaban sacando más sacos por la puerta. Sharpe calculó que tardarían un par de horas en vaciar la ermita. Ordenó a diez fusileros que se sumaran a la tarea y mandó a diez casacas rojas a reunirse con el piquete de Slingsby. No quería que sus casacas rojas empezaran a quejarse de que ellos hacían todo el trabajo mientras que a los fusileros les tocaban las tareas fáciles. El propio Sharpe les echó una mano, sumándose a la cadena y lanzando sacos por la puerta mientras el derrumbado telégrafo se consumía y sus cenizas llevadas por el viento manchaban de negro la harina blanca.

Slingsby llegó justo cuando se destruían los últimos sacos.

—Los dragones se han marchado, Sharpe —informó—. Creo que nos vieron y se fueron.

—Bien —Sharpe se obligó a parecer cortés y a continuación se dirigió hacia Harper, que observaba a los dragones que se alejaban al galope—. No querían jugar con nosotros, ¿eh, Pat?

—Entonces es que tienen más sentido común que ese portugués grandote —repuso Harper—. Le dio un buen dolor de cabeza, ¿verdad?

—Ese cabrón quiso sobornarme.

—¡Ah, qué mundo tan perverso! —exclamó Harper—. ¡Y yo que siempre sueño

con que me ofrezcan un soborno de nada! —se colgó la pistola de siete cañones al hombro—. Así pues, ¿qué hacían esos tipos aquí arriba?

—Nada bueno —respondió Sharpe, sacudiéndose las manos antes de ponerse su casaca remendada que ahora estaba manchada de harina—. El condenado señor Ferragus vendía la harina a los franchutes, Pat, y ese maldito comandante portugués estaba metido en el ajo.

—¿Eso es lo que le han dicho ahora?

—¡Por supuesto que no! —dijo Sharpe—. Pero, ¿qué otra cosa iban a estar haciendo? ¡Demontre! Enarbolaban una bandera blanca para decirles a los comerranas que aquí arriba no había peligro y si no hubiéramos llegado nosotros, Pat, les habrían vendido la harina.

—Que Dios y sus santos nos guarden del mal —dijo Harper, divertido—, y es una lástima que los dragones no subieran a jugar.

—¡Una lástima! ¿Por qué diablos íbamos a querer combatir sin propósito?

—Porque así podría haberse quedado con uno de sus caballos, señor —respondió Harper—, claro.

—¿Y por qué iba a querer yo un maldito caballo?

—Porque el señor Slingsby va a tener uno, por eso. Me lo dijo él mismo. El coronel le va a dar un caballo, eso es.

—¡Eso no es asunto mío, maldita sea! —dijo Sharpe, pero la idea del teniente Slingsby a lomos de un caballo lo molestó igualmente. Un caballo era símbolo de prestigio, tanto si Sharpe quería uno como si no. Maldito Slingsby, pensó, se quedó mirando las lejanas montañas y vio lo mucho que había bajado el sol—. Volvamos a casa —dijo.

—Sí, señor —repuso Harper. Él sabía exactamente por qué estaba de mal humor el señor Sharpe, pero no podía decirlo. Se suponía que los oficiales eran hermanos de armas, no enemigos acérrimos.

Se pusieron en marcha al atardecer y dejaron la cima de la colina blanca y humeante. Por delante de ellos estaba el ejército y por detrás los franceses.

Que habían regresado a Portugal.

\* \* \* \*

La señorita Sarah Fry, a quien nunca le había gustado su apellido, dio un golpe en la mesa con la mano.

—En inglés —insistió—, en inglés.

Tomás y María, de ocho y siete años de edad respectivamente, pusieron mala cara, pero pasaron obedientemente de su portugués nativo al inglés.

—«Robert tiene un aro» —leyó Tomás—. «Mira, el aro es rojo».

—¿Cuándo van a venir los franceses? —preguntó María.

—Los franceses no vendrán —dijo Sarah enérgicamente— porque lord Wellington los detendrá. ¿De qué color es el aro, María?

—Rouge —respondió María en francés—. Entonces, si los franceses no van a venir, ¿por qué estamos cargando los carros?

—Hacemos francés los martes y jueves —dijo Sarah con autoridad—, ¿y hoy es?

—Miércoles —respondió Tomás.

—Sigue leyendo —le ordenó Sarah al tiempo que miraba por la ventana hacia los sirvientes que estaban colocando muebles en un carro. Los franceses se acercaban y todo el mundo había recibido órdenes de abandonar Coimbra y dirigirse al sur, hacia Lisboa. Algunas personas decían que la llegada de los franceses era sólo un rumor y se negaban a irse; otras ya se habían marchado. Sarah no sabía que creer, sólo que se había sorprendido a sí misma agradeciendo la emoción. Tan sólo llevaba tres meses como institutriz en casa de los Ferreira y sospechaba que la invasión francesa podría proporcionarle los medios para sacarla de una ocupación que entonces comprendía que había sido un error. Estaba pensando en su futuro incierto cuando se dio cuenta de que María se estaba riendo porque Tomás acababa de leer que el asno era azul, y eso era una tontería, y la señorita Fry no era una joven que tolerara las tonterías. Dio un golpe con los nudillos en la coronilla a Tomás.

—¿De qué color es el asno? —preguntó.

—Pardo —contestó Tomás.

—Pardo —asintió Sarah, que le propinó otro golpecito seco—, ¿y qué eres tú?

—Un burro —respondió Tomás, y entonces, entre dientes, añadió—: *Cadela*.

Significaba «zorra»; Tomás lo había dicho en voz un poco demasiado alta y se vio recompensado con un fuerte golpe en un lado de la cabeza.

—Detesto el lenguaje soez —dijo Sarah con enojo, y añadió otro golpe—, y detesto la mala educación, por lo que si no puedes comportarte como es debido le diré a tu padre que te pegue.

La mención del comandante Ferreira hizo que los niños se pusieran firmes de golpe y la penumbra descendió sobre el aula mientras Tomás se esforzaba para leer la siguiente página. Era esencial que los niños portugueses aprendieran inglés y francés para que, cuando crecieran, fueran unas personas de buena familia bien consideradas. Sarah se preguntó por qué no aprendían español, pero cuando se lo había sugerido al comandante éste la había mirado con absoluta furia. Los españoles, le había respondido, eran hijos de cabras y monos y sus hijos no se ensuciarían la lengua con su idioma salvaje. De modo que a Tomás y María les impartía conocimientos de inglés y francés su institutriz, que tenía veintidós años, los ojos azules, el cabello rubio y estaba preocupada por su futuro.

Su padre había muerto cuando Sarah tenía diez años y su madre un año después,



por lo que Sarah había sido criada por un tío que había pagado su educación a regañadientes pero que se negó a proporcionarle ningún tipo de dote cuando Sarah cumplió los dieciocho años, así pues, sin acceso a la parte más lucrativa del mercado matrimonial, se había convertido en niñera de los hijos de un diplomático inglés que había sido destinado a Lisboa y allí la había encontrado la esposa del comandante Ferreira, que le había ofrecido el doble de su salario si instruía a sus dos hijos.

—Quiero que nuestros hijos sean refinados —había dicho Beatriz Ferreira.

Así pues, Sarah se encontraba en Coimbra, puliendo a los niños y contando el fuerte tictac del gran reloj de la sala mientras Tomás y María se turnaban para leer del libro *Early joys for infant souls*.

—La vaca es «asabache» —leyó María.

—Azabache —la corrigió Sarah.

—¿Qué es azabache?

—Negra.

—¿Entonces por qué no pone negra?

—Porque pone azabache. Sigue leyendo.

—¿Por qué no nos vamos? —preguntó María.

—Esa pregunta deberías hacérsela a tu padre —le respondió Sarah, y pensó que ojalá supiera la respuesta.

Era evidente que Coimbra se iba a abandonar a los franceses, pero las autoridades insistían en que el enemigo no encontrara en la ciudad nada más que edificios. Todos los almacenes, despensas y tiendas tenían que vaciarse por completo. Los franceses iban a penetrar en un territorio yermo y a morir de hambre allí, pero cuando Sarah llevaba a sus dos jóvenes discípulos a dar sus paseos diarios, tenía la impresión de que la mayoría de los almacenes seguían llenos y de que en los muelles del río se amontonaban las provisiones británicas. Algunas de las personas más adineradas se habían marchado, transportando sus posesiones en carros, pero al parecer el comandante Ferreira había decidido esperar hasta el último momento. Había ordenado que su mejor mobiliario se cargara en un carromato y estuviera preparado, pero se mostraba curiosamente renuente a tomar la decisión de abandonar Coimbra. Antes de que el comandante se dirigiera al norte para reunirse con el ejército, Sarah le había preguntado por qué no mandaba a Lisboa a los miembros de la casa y él se había vuelto hacia ella con su mirada furibunda, pareció desconcertado por su pregunta y, quitándole importancia, le dijo que no se preocupara.

Sin embargo, ella lo hacía, y también estaba preocupada por el comandante Ferreira. Era un patrón generoso, pero no provenía de la élite de la sociedad portuguesa. No había aristócratas entre los antepasados de los Ferreira, no poseían títulos ni grandes fincas. El padre de Ferreira fue un profesor de filosofía que había heredado inesperadamente la fortuna de un pariente lejano y dicho legado le permitía

al comandante vivir bien, aunque no magníficamente. A una institutriz no se la juzgaba por la eficiencia con la que manejaba a los niños que tenía a su cargo, sino por la posición social de la familia para la cual trabajaba, y en Coimbra el comandante Ferreira no poseía ni las ventajas de la aristocracia ni el don de una gran inteligencia que tanto se admiraba en la ciudad universitaria. ¡Y para qué hablar de su hermano! La madre de Sarah, que Dios la tuviera en su gloria, hubiera dicho de Ferragus que era tan vulgar como el estiércol. Él era la oveja negra de la familia, el hijo díscolo y testarudo que se había escapado siendo niño y había vuelto siendo rico no para establecerse allí, sino para aterrorizar a la ciudad, como si un lobo buscara un hogar en un corral de ovejas. Sarah le tenía miedo a Ferragus; todo el mundo le tenía miedo a Ferragus excepto el comandante, y no era de extrañar. En Coimbra las habladurías decían que Ferragus era una mala persona, un hombre deshonesto, incluso un sinvergüenza; al comandante Ferreira lo medían con el mismo rasero y, a su vez, Sarah quedaba afectada por ello.

Pero se hallaba atrapada con aquella familia puesto que no tenía suficiente dinero para pagarse el pasaje de vuelta a Inglaterra y, aunque llegara allí, ¿cómo iba a conseguir un nuevo trabajo sin una elogiosa recomendación de sus últimos patronos? Era un dilema, pero la señorita Sarah Fry no era una joven tímida y afrontaba dicho dilema, al igual que afrontaba la invasión francesa, con la sensación de que sobreviviría. La vida no era para sufrirla, era para aprovecharla.

—«Reynard el zorro es rojo» —leyó María.

El reloj siguió haciendo tictac.

\* \* \* \*

No era la guerra tal como Sharpe la conocía. El South Essex, que se retiraba en dirección oeste hacia el centro de Portugal, era entonces la retaguardia del ejército, aunque dos regimientos de caballería y un escuadrón de artillería montada iban tras ellos haciendo de pantalla para disuadir a las unidades avanzadas de caballería enemiga. Los franceses no presionaron demasiado, por lo que el South Essex tuvo tiempo de destruir todas las provisiones que encontraba, ya fuera una cosecha, un huerto o ganado, pues no había que dejar nada para el enemigo. Lo que correspondía era que todos los habitantes y hasta el último bocado de comida se hubieran dirigido ya hacia el sur para buscar refugio tras las Líneas de Torres Vedras, pero era asombroso la cantidad de gente que todavía quedaba. En un pueblo encontraron un rebaño de cabras escondido en un establo y en otro una gran cuba de aceite de oliva. Pasaron las cabras a bayoneta, enterraron sus cuerpos a toda prisa en una zanja y derramaron el aceite en el suelo. Los ejércitos franceses vivían de lo que daba la tierra, robando lo que necesitaban, de modo que había que devastar el territorio.

No había indicios de persecución por parte de los franceses. No hubo ningún disparo de cañón de la artillería montada y no aparecieron soldados de caballería heridos tras un breve entorchocar de sables. Sharpe miraba continuamente al este y creyó ver una mancha de polvo en el cielo, polvo levantado por las botas del ejército, pero bien podría haberse tratado de calima. A media mañana hubo una explosión, pero provenía de más adelante, de un valle profundo donde los ingenieros británicos habían volado un puente. Los soldados del South Essex refunfuñaron porque tuvieron que vadear el río en lugar de cruzarlo por una calzada, pero si el puente hubiera estado en pie se hubieran quejado por negárseles la oportunidad de beber agua mientras cruzaban el río.

El teniente coronel, el honorable William Lawford, oficial al mando del primer batallón del regimiento South Essex, pasó gran parte del día en la parte trasera de la columna donde montaba un caballo nuevo, un caballo castrado de color negro del que estaba absurdamente orgulloso.

—Le he dado *Porcia* a Slingsby —le explicó a Sharpe. *Porcia* era su anterior caballo, una yegua que en aquellos momentos montaba Slingsby, quien daba así la impresión, a un espectador ocasional, de que fuera él el comandante de la compañía ligera. Lawford debía de ser consciente del contraste porque le dijo a Sharpe que los oficiales debían ir a caballo—. Eso les da a los soldados algo que admirar, Sharpe —le dijo—. Puede permitirse un caballo, ¿no?

Lo que Sharpe podía o no podía permitirse no era algo que tuviera intención de compartir con el coronel.

—Preferiría que me admiraran a mí en vez de al caballo, señor —comentó Sharpe en lugar de responder.

—Ya sabe a lo que me refiero —Lawford no quiso ofenderse—. Si usted quiere, Sharpe, puedo intentar buscarle algo práctico. El comandante Pearson de los artilleros hablaba de vender uno de sus caballos de silla y probablemente podría sacárselo a buen precio.

Sharpe no dijo nada. No le gustaban los caballos; sin embargo, sentía envidia por el hecho de que el maldito Slingsby montara uno. Lawford aguardó una respuesta y, como no obtuvo ninguna, espoleó al caballo castrado, que levantó los cascos y avanzó unos pasos al trote.

—¿Dígame, Sharpe, qué le parece? —le preguntó el coronel.

—¿Que qué me parece, señor?

—¡Qué le parece *Rayo*! Así se llama, *Rayo* —el coronel dio unas palmaditas en el cuello a su caballo—. ¿No es magnífico?

Sharpe se quedó mirando el caballo y no dijo nada.

—¡Vamos, Sharpe! —lo animó Lawford—. ¿No ve su calidad, eh?

—Tiene cuatro patas, señor —respondió Sharpe.

—¡Oh, Sharpe! —le reprochó el coronel—. ¡Pero bueno! ¿Eso es lo único que se le ocurre? —Lawford se volvió hacia Harper—. ¿Usted qué piensa de él, sargento?

—Es maravilloso, señor —dijo Harper con genuino entusiasmo—, sencillamente maravilloso. Es irlandés, ¿verdad?

—¡Lo es! —Lawford estaba encantado—. ¡Lo es! Criado en el condado de Meath. Veo que conoce usted sus caballos, sargento —el coronel acarició las orejas al caballo castrado—. Salta las Vallas como el viento. Será un magnífico cazador. Me muero por llevármelo a casa y ponerlo frente a unos cuantos setos grandes —se inclinó hacia Sharpe y bajó la voz—. Me ha costado unos cuantos peniques, se lo aseguro.

—No me cabe duda, señor —contestó Sharpe—, ¿transmitió mi mensaje sobre la estación telegráfica?

—Lo hice —respondió Lawford—, pero en el cuartel general están ocupados, Sharpe, muy ocupados, y dudo que se preocupen demasiado por unos cuantos kilos de harina. De todos modos hizo usted lo correcto.

—No estaba pensando en la harina, señor —dijo Sharpe—, sino en el comandante Ferreira.

—Estoy seguro de que hay una explicación inocente —afirmó Lawford sin darle importancia, tras lo cual se adelantó cabalgando y dejó a Sharpe con el ceño fruncido. A Sharpe le gustaba Lawford, a quien había conocido hacía años en la India y que era un hombre inteligente y jovial cuyo único defecto, quizá, fuera una tendencia a evitar los problemas. No los enfrentamientos: Lawford nunca había eludido un combate con los franceses, pero odiaba las confrontaciones dentro de sus propias filas. Era un diplomático por naturaleza, siempre intentaba limar asperezas y buscar el común acuerdo y a Sharpe no le había sorprendido en lo más mínimo que el coronel hubiera tenido miedo de acusar al comandante Ferreira de falta de honradez. En el mundo de Lawford siempre era mejor creer que los perros que ladraban en realidad estaban durmiendo.

Así pues, Sharpe se quitó de la cabeza la confrontación del día anterior y siguió caminando penosamente, con la mitad de su pensamiento consciente de lo que hacía hasta el último soldado de la compañía y la otra mitad pensando en Teresa y Josefina, y aún seguía pensando en ellas cuando un jinete pasó junto a él en dirección contraria, dio la vuelta a su caballo levantando una ráfaga de polvo y se dirigió a él:

—¿Vuelve a tener problemas, Richard?

Sharpe salió de su ensoñación con un sobresalto y al levantar la mirada vio al comandante Hogan con un aspecto desvergonzadamente jovial.

—¿Tengo problemas, señor?

—Parece desanimado —dijo Hogan—. Se ha levantado con el pie izquierdo, ¿eh?

—Me prometieron un mes de permiso, señor. ¡Un mes! Y me dieron una maldita

semana.

—Estoy seguro de que no la desperdició —repuso Hogan. Era un irlandés del cuerpo de Ingenieros Reales cuya sagacidad lo había alejado de las labores de ingeniería para servir a Wellington como el hombre que recababa hasta el último ápice de información sobre el enemigo. Hogan tenía que pasar por la criba los rumores que traían los mercachifles, comerciantes y desertores, tenía que analizar todos los mensajes que mandaban los partisanos que hostigaban a los franceses a ambos lados de la frontera entre España y Portugal y tenía que descifrar los despachos que los partisanos capturaban de los mensajeros franceses, algunos de ellos todavía manchados de sangre. También era un viejo amigo de Sharpe, un amigo que en aquel momento miraba al fusilero con el ceño fruncido.

—Anoche vino un caballero al cuartel general —dijo— para presentar una queja oficial sobre usted. Quería ver al par, pero Wellington está demasiado ocupado con la guerra, de manera que el hombre me la enjaretó a mí. Por suerte para usted.

—¿Un caballero?

—He forzado la palabra al máximo —dijo Hogan—. Ferragus.

—Ese cabrón.

—Probablemente, de lo único que no se le puede acusar es de ilegitimidad.

—¿Qué le dijo?

—Que usted le golpeó —respondió Hogan.

—Entonces puede estar diciendo la verdad —admitió Sharpe.

—¡Por Dios, Richard! —Hogan estudió a Sharpe—. No parece estar herido. ¿De verdad le golpeó?

—Tumbé a ese cabrón —contestó Sharpe—. ¿Le dijo por qué?

—No exactamente, pero me lo imagino. ¿Tenía intención de venderle comida al enemigo?

—Casi dos toneladas de harina —dijo Sharpe—, y tenía con él a un maldito oficial portugués.

—Su hermano —puntualizó Hogan—. El comandante Ferreira.

—¡Su hermano!

—No se parecen mucho, ¿verdad? Pero sí, son hermanos. Pedro Ferreira se quedó en casa, fue a la escuela, se alistó en el ejército, se casó bastante bien y lleva una vida respetable, y su hermano se escapó en busca de pozos de iniquidad. Ferragus es un mote, sacado de un legendario gigante portugués del que se decía que su piel no podía atravesarla una espada. Eso es útil, pero su hermano lo es más. El comandante Ferreira hace para los portugueses lo que hago yo para el par, aunque no creo que sea tan eficiente como yo. Pero tiene amigos en el cuartel general francés.

—¿Amigos? —Sharpe parecía escéptico.

—No fueron pocos los portugueses que se unieron a los franceses —dijo Hogan

—. La mayoría de ellos son idealistas que creen luchar por la libertad, la justicia, la fraternidad y todas esas etéreas tonterías. El comandante Ferreira permanece en contacto con ellos de algún modo, lo cual es muy práctico. ¡Pero, Ferragus! —Hogan hizo una pausa, miró colina arriba donde un halcón se cernía sobre la hierba pálida—. Nuestro gigante es una mala persona, Richard, de lo peor que hay. ¿Sabe dónde aprendió inglés?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Se enroló como marinero en un barco cuando se escapó de casa —dijo Hogan, que hizo caso omiso de la hosca respuesta de Sharpe— y luego tuvo la mala fortuna de verse obligado a entrar en la Armada Real. Aprendió inglés en el sollado, se forjó una reputación como el luchador sin guantes más temible de toda la flota atlántica y después desertó en las Antillas. Por lo visto se enroló en un barco negrero y fue ascendiendo. Ahora dice ser un comerciante, pero dudo que comercie con nada legal.

—¿Esclavos?

—Ya no —respondió Hogan—, pero fue así como hizo su dinero. Enviando a esos pobres diablos en barco desde las costas de Guinea hasta Brasil. Ahora vive en Coimbra, es rico y gana el dinero de maneras misteriosas. Es un hombre impresionante, ¿no le parece?, y no carece de ventajas.

—¿Ventajas?

—El comandante Ferreira afirma que su hermano tiene contactos en todo Portugal y el oeste de España, lo cual parece bastante probable.

—¿De manera que deja que salga inmune de su traición?

—Algo así —asintió Hogan con ecuanimidad—. Dos toneladas de harina no es mucho en el orden mayor de las cosas, y el comandante Ferreira me convenció de que su hermano está de nuestro lado. La cuestión es que me disculpé con nuestro gigante, le dije que usted era una persona ordinaria y sin refinamiento, le aseguré que se le reprendería severamente, cosa que puede considerar hecha, y le prometí que no volvería a verlo —Hogan miró a Sharpe con una sonrisa radiante—. Así pues, el asunto está zanjado.

—Es decir, que yo cumplo con mi deber y quedo como una mierda —dijo Sharpe.

—Al fin ha captado la esencia de servir como soldado —comentó Hogan alegremente—, y al mariscal Masséna le va a pasar lo mismo.

—¿Ah sí? —preguntó Sharpe—. Creía que nos estábamos retirando y él avanzando.

Hogan se rió.

—Podía haber elegido tres caminos distintos, Richard, dos muy buenos y uno pésimo, y él, sabiamente, eligió este último, el malo. —En efecto, era un camino muy malo, apenas un sendero con rodadas, una a cada lado de una franja de hierba y maleza y lleno de unas piedras lo bastante grandes como para romper un carro o la

rueda de un cañón—. Y este camino malo —prosiguió Hogan— conduce directamente a un lugar llamado Bussaco.

—¿Se supone que tendría que haber oído hablar de él?

—Es un lugar muy malo —siguió diciendo Hogan— para cualquiera que quiera atacarlo. Y el par está reuniendo a las tropas aquí con la esperanza de darle una paliza a *monsieur* Masséna. Una cosa para esperar con ilusión, Richard, una expectativa —Levantó la mano, espoleó al caballo con los talones y se adelantó, saludando con la cabeza al comandante Forrest que se acercaba en dirección contraria.

—En el siguiente pueblo hay dos hornos, Sharpe —dijo Forrest—, y al coronel le gustaría que sus muchachos se encargaran de ellos.

Los hornos eran unas grandes cuevas de ladrillo en las que los lugareños cocían el pan. La compañía ligera los redujo a escombros con los picos para que los franceses no pudieran utilizarlos. Dejaron los valiosos hornos destruidos y siguieron marchando.

Hacia un lugar llamado Bussaco.

## CAPÍTULO 2

Robert Knowles y Richard Sharpe se hallaban en la sierra de Bussaco mirando al Ejército de Portugal que, batallón a batallón, batería a batería y escuadrón a escuadrón, salía de las montañas del este e invadía el valle.

Los ejércitos británico y portugués habían ocupado una gran cadena montañosa que iba de norte a sur y bloqueaban el camino por el que los franceses avanzaban hacia Lisboa. Knowles calculaba que la cordillera se alzaba casi trescientos metros por encima de la campiña circundante, y la falda oriental, frente a la cual se hallaban los franceses, era abruptamente escarpada. Había dos caminos que ascendían en zigzag por aquella pendiente, serpenteando entre brezos, aulagas y rocas, y el mejor de los dos llegaba a la cima por el extremo norte de la sierra, por encima de un pequeño pueblo colgado en un saliente de la montaña. Abajo en el valle, al otro lado de un río centelleante, había otras aldeas dispersas y los franceses avanzaban por los caminos rurales para ocupar aquellas poblaciones situadas en terreno más bajo.

Los británicos y portugueses veían a vista de pájaro al enemigo, que salió de un desfiladero boscoso en las colinas más bajas y pasó junto a un molino de viento antes de girar hacia el sur para ocupar sus posiciones. A su vez, ellos podían levantar la vista hacia la alta y desnuda pendiente y ver a unos cuantos oficiales británicos y portugueses que los observaban. El ejército en sí, y la mayoría de sus piezas de artillería, quedaba oculto a los franceses. La cadena montañosa, con sus dieciséis kilómetros de longitud, constituía una muralla natural y el general Wellington había ordenado que sus hombres se mantuvieran alejados de su ancha cima para que los franceses que llegaban no tuvieran ni idea de qué parte del terreno alto estaba mejor defendido.

—Es todo un privilegio —dijo Knowles con reverencia.

—¿Un privilegio? —preguntó Sharpe agriamente.

—Ver una cosa así —explicó Knowles, que hizo un gesto hacia el enemigo, y lo cierto era que la visión de tantos miles de soldados a la vez era magnífica. La infantería marchaba en formaciones abiertas y sus uniformes azules se veían pálidos contra el verde del valle, en tanto que los jinetes, libres de la disciplina de la marcha, galopaban junto al río dejando nubes de polvo tras de sí. El poderío de Francia seguía saliendo del desfiladero. Una banda tocaba cerca del molino y, aunque se hallaba demasiado lejos para que se oyera su música, Sharpe creyó percibir el golpeteo sordo del bombo como un latido lejano—. ¡Un ejército entero! —exclamó Knowles con entusiasmo—. Debería haberme traído mi bloc de dibujo. Sería un cuadro magnífico.

—Lo que sería un cuadro magnífico —terció Sharpe— es ver a esos cabrones subir a esta montaña para ser víctimas de una matanza.

—¿Cree que no lo harán?



—Creo que estarían locos si lo intentaran —respondió Sharpe, que miró a Knowles con el ceño fruncido—. ¿Le gusta ser ayudante? —le preguntó de pronto.

Knowles vaciló, pues tuvo la sensación de que la conversación se acercaba a un terreno peligroso, pero antes de convertirse en ayudante había sido teniente de Sharpe y su antiguo comandante de compañía le caía bien.

—No demasiado —admitió.

—Siempre ha sido un trabajo para un capitán —dijo Sharpe—, de modo que, ¿por qué se lo da a usted?

—El coronel tiene la sensación de que la experiencia me resultará ventajosa —respondió Knowles fríamente.

—Ventajosa —repitió Sharpe con amargura—. Su intención no es favorecerlo a usted, Robert. Lo que quiere es que ese pedazo de cartílago asuma el mando de mi compañía. Eso es lo que quiere. Quiere que el maldito Slingsby sea capitán de la compañía ligera —Sharpe no tenía ninguna prueba de ello, el coronel nunca le había dicho tal cosa, pero era la única explicación que tenía sentido para él—. Por consiguiente, tiene que quitarle a usted de en medio —terminó diciendo Sharpe, consciente de que había hablado demasiado, pero el rencor lo carcomía y Knowles era un amigo que sería discreto con el arrebato de Sharpe.

Knowles puso mala cara y sacudió la mano para ahuyentar una mosca insistente.

—Sinceramente —dijo después de pensar un momento—, creo que el coronel piensa que le está haciendo un favor.

—¡A mí! ¿Un favor? ¡Dándome a Slingsby!

—Slingsby tiene experiencia, Richard —dijo Knowles—, mucha más que yo.

—Pero usted es un buen oficial y él es un payaso. Además, ¿quién demonios es?

—Es el cuñado del coronel —explicó Knowles.

—Eso ya lo sé —dijo Sharpe en tono impaciente—, pero, ¿quién es?

—El hombre que se casó con la hermana de la señora Lawford —repuso Knowles, negándose a decir nada más.

—Eso le dice todo lo que necesita saber, maldita sea —dijo Sharpe en tono grave—, pero no parece la clase de tipo que el señor Lawford querría como cuñado. No está a la altura.

—Nosotros no elegimos a nuestros parientes —comentó Knowles—, y estoy seguro de que es un caballero.

—¡Y un cuerno! —gruñó Sharpe.

—Y debe de estar encantado de haber salido del 55.º —siguió diciendo Knowles, haciendo caso omiso de la taciturnidad de Sharpe—. La mayor parte de ese regimiento murió de fiebre amarilla en las Antillas, ¡qué barbaridad! Está mucho más seguro aquí, incluso con esos tipos amenazándonos —Knowles hizo un gesto con la cabeza en dirección a las tropas francesas.

—¿Entonces por qué diablos no compró una capitanía?

—Le faltan seis meses para cumplir los requisitos —contestó Knowles.

A un teniente no se le permitía adquirir una capitanía hasta que no hubiera servido durante tres años con el rango inferior, una norma recién introducida que había causado muchas quejas entre los oficiales adinerados que querían un ascenso más rápido.

—Pero, ¿por qué se alistó tan tarde? —preguntó Sharpe. Si Slingsby tenía treinta años no podía haber sido teniente antes de los veintisiete, una edad a la que algunos ya eran comandantes. La mayoría de los oficiales, como el joven Iliffe, se alistaban mucho antes de cumplir la veintena y no era habitual encontrarse a un hombre que entrara en el ejército tan tarde.

—Creo... —empezó Knowles, pero entonces se ruborizó y contuvo sus palabras—. Nuevas tropas —dijo en cambio, y señaló ladera abajo al lugar donde un regimiento francés con unos uniformes de un azul anormalmente intenso marchaban junto al molino—. Creo que el emperador ha enviado refuerzos a España —siguió diciendo Knowles—. Actualmente los franceses no pueden luchar en ningún otro lugar. Los austríacos están fuera de la guerra y los prusianos no hacen nada, lo cual significa que Boney sólo puede batirse con nosotros.

Sharpe no hizo caso del resumen de la estrategia del emperador que le brindó Knowles.

—¿Qué es lo que cree? —le preguntó.

—Nada. Ya he dicho demasiado.

—No ha dicho un carajo —protestó Sharpe, que aguardó, pero Knowles permaneció callado—. ¿Quiere que le raje ese cuello flacucho que tiene, Robert —preguntó Sharpe—, con un cuchillo muy desafilado?

Knowles sonrió.

—No debe repetir lo que voy a decirle, Richard.

—Ya me conoce, Robert, nunca le digo nada a nadie. Se lo juro, pero cuéntemelo antes de que le corte las piernas.

—Creo que la hermana de la señora Lawford se metió en un lío. Se encontró con que esperaba un hijo, no estaba casada y al parecer el tipo involucrado era un sinvergüenza.

—No fui yo —dijo rápidamente Sharpe.

—Pues claro que no fue usted —replicó Knowles. En ocasiones podía ser tan obvio que resultaba pedante.

Sharpe esbozó una sonrisa burlona.

—¿De modo que a Slingsby lo reclutaron para hacerla respetable?

—Exactamente. No es un hombre de la alta sociedad, pero su familia es más que aceptable. Su padre es rector en alguna parte de la costa de Essex, creo, pero no son

ricos, y la familia de Lawford recompensó a Slingsby con una oficialía en el 55.º y la promesa de ser trasladado al South Essex en cuanto hubiera una vacante, que fue lo que pasó cuando el pobre Herrold murió.

—¿Herrold?

—De la compañía número tres —dijo Knowles—, llegó un lunes, contrajo la fiebre el martes y el viernes ya estaba muerto.

—Así pues, la idea —dijo Sharpe mientras observaba a los franceses arrastrando una batería de cañones por el camino junto al río de abajo— es que el dichoso Slingsby ascienda rápidamente para convertirse en un esposo digno para la mujer que no pudo mantener juntas las rodillas.

—Yo no diría eso —replicó Knowles con indignación, y se quedó pensando un segundo—. Bueno, sí, sí que lo diría, pero el coronel quiere que lo haga bien. Al fin y al cabo, Slingsby le hizo un favor a la familia y ahora ellos tratan de devolvérselo.

—Dándole mi maldito puesto —dijo Sharpe.

—No sea absurdo, Richard.

—¿Por qué si no está aquí ese hijo de puta? A usted le sacan de en medio, a ese cabrón le dan un caballo y ahora piden a Dios que los franceses me maten —se quedó en silencio, no solamente porque había hablado demasiado, sino porque se acercaba Patrick Harper.

El sargento grandote saludó alegremente a Knowles.

—Le echamos de menos, señor, ya lo creo.

—Yo puedo decir lo mismo, sargento —respondió Knowles con verdadero placer—. ¿Está usted bien?

—Sigo respirando, señor, y eso es lo que cuenta —Harper se volvió para mirar hacia el valle—. Miren a esos bobos desgraciados. Alineándose para que los maten.

—Echarán un vistazo a esta montaña —dijo Sharpe— y encontrarán otro camino.

Sin embargo, no había señales de que los franceses fueran a seguir ese buen consejo, pues los batallones de uniforme azul seguían marchando con paso seguro desde el este y las baterías de artillería francesas, levantando el polvo con sus grandes ruedas, continuaban llegando a los pueblos más bajos. Algunos oficiales franceses cabalgaron hacia lo alto de un espolón que sobresalía al este de la sierra y miraron a través de sus catalejos a los oficiales británicos y portugueses, visibles allí donde el mejor camino atravesaba la cima. Aquel camino, el que se hallaba más al norte de los dos, subía en zigzag por la pendiente, ascendiendo al principio entre aulagas y brezos y luego atravesaba unos viñedos bajo el pequeño pueblo colgado en la pendiente. Aquel era el camino que llevaba a Lisboa y a la finalización de las órdenes del emperador, que consistían en expulsar a los británicos de Portugal para que así toda la línea costera de la Europa continental perteneciera a los franceses.

El teniente Slingsby, con su casaca roja recién cepillada y sus insignias bruñidas,

se acercó para ofrecer su opinión sobre el enemigo y Sharpe, incapaz de soportar la compañía de aquel hombre, se alejó caminando hacia el sur. Vio que los franceses cortaban árboles para hacer hogueras o construir refugios. Unos cuantos arroyos caían por las montañas más lejanas y se unían para formar una corriente mayor que fluía en dirección sur hacia el río Mondego, que rozaba el extremo sur de la cadena montañosa; los caballos —algunos de los tiros de artillería, otros de caballería y algunas monturas de los oficiales— pisoteaban las orillas de dicha corriente mayor, pues a todos les daban de beber tras la marcha.

Los franceses se estaban concentrando en dos puntos. Una maraña de batallones se hallaba en torno al pueblo desde el cual ascendía el camino más bueno hacia el extremo noreste de la sierra, en tanto que los demás estaban a unos tres kilómetros al sur, reunidos en otro pueblo del que partía un sendero, transitable por los caballos de carga u hombres a pie, que serpenteaba hasta la cima de las montañas. No era un camino propiamente dicho, no había rodadas de carretas y en algunos puntos el sendero casi se desvanecía entre los brezos, pero les mostró a los franceses que había una ruta para ascender por la escarpada pendiente y en aquellos momentos las baterías francesas se estaban desplegando a ambos lados del pueblo para que los cañones pudieran barrer el camino por delante de sus tropas cuando éstas avanzaran.

A sus espaldas, Sharpe oía el sonido de las hachas y los árboles que caían. Habían destacado a una compañía de cada batallón para abrir un camino al otro lado de la cima de la sierra, un camino que permitiría a lord Wellington desplazar sus fuerzas a cualquier punto a lo largo de los dieciséis kilómetros de longitud de la cadena montañosa. Se talarían árboles, se arrancarían arbustos de raíz, se harían rodar rocas y se allanaría el suelo para que los cañones británicos o portugueses pudieran ser trasladados rápidamente hasta cualquier punto peligroso. Era una tarea colosal y Sharpe imaginaba que no serviría de nada, pues los franceses no estarían tan locos como para subir por la montaña, sin duda.

Si no fuera porque algunos de ellos ya estaban ascendiendo por ella. Una veintena de oficiales a caballo, que querían ver más de cerca las posiciones de los británicos y portugueses, habían conducido sus monturas por la cima del espolón que sobresalía de la larga cadena montañosa. La altura de dicha estribación era la mitad de la de la sierra, pero proporcionaba una plataforma en la que las tropas podían reunirse para realizar un asalto y no había duda de que los cañones británicos y portugueses lo habían señalado como un objetivo puesto que, cuando los jinetes franceses se aproximaban al lugar donde el espolón se unía a la cordillera, un cañón abrió fuego. Se oyó un sonido fuerte y monótono y un millar de pájaros se sobresaltaron y alzaron el vuelo desde la espesura de los árboles que crecían en la vertiente contraria. El humo del cañón formó una nube de un color gris blanquecino que una brisa se llevó hacia el este. La mecha encendida de la granada dejó una estela de humo de pólvora y

el proyectil descendió describiendo un arco para acabar estallando a unos cuantos pasos de distancia por detrás de los jinetes franceses. Uno de los caballos se espantó y salió disparado por donde había venido, pero los demás no parecían inquietos mientras sus jinetes sacaban los catalejos y se ponían a observar al enemigo situado por encima de ellos.

Entonces dispararon otros dos cañones cuyo estrépito resonó en las colinas del este. Uno de ellos era sin lugar a dudas un mortero, pues el humo de la mecha ardiendo del proyectil se alzó por los aires antes de caer hacia los franceses. En aquella ocasión uno de los caballos salió despedido hacia un lado y dejó una mancha de sangre en el brezo pálido y seco. Sharpe lo estaba observando con su anteojo y vio que el francés desensillado y evidentemente ileso se ponía de pie. Se sacudió la ropa, desenfundó una pistola y sacrificó al caballo, que se sacudía, para que no sufriera más, tras lo cual, y no sin esfuerzo, intentó recuperar la valiosa silla de montar. Regresó hacia el este caminando pesadamente, cargado con la silla, el sudadero y la brida.

Se acercaban más franceses al espolón, algunos de ellos a caballo y otros a pie. Parecía una locura dirigirse al lugar al que apuntaban los cañones, pero docenas de franceses vadeaban la corriente y subían a la baja colina para mirar a los británicos y portugueses. Los disparos de cañón continuaron. No era el fuego entrecortado de la batalla, sino unos disparos poco sistemáticos con los cuales los artilleros experimentaban con las cargas de pólvora y la longitud de las mechas. Con demasiada pólvora, el proyectil pasaría silbando por encima del espolón y estallaría en algún punto sobre el río, en tanto que si la mecha se cortaba demasiado larga, la granada tocaría tierra, rebotaría y se detendría con la mecha aún ardiendo, lo que daría tiempo a los franceses para quitarse de en medio antes de que estallara. Cada detonación era una bocanada de humo sucio, sorprendentemente pequeña, pero Sharpe no alcanzaba a ver los mortíferos pedazos de carcasa rota que salían despedidos silbando por el aire con cada estallido.

No alcanzaron a ningún otro caballo o soldado francés. Estaban muy bien desplegados y las granadas caían obstinadamente en los huecos entre los pequeños grupos de hombres que tenían un aspecto tan despreocupado como si hubieran salido a dar un paseo por el parque. Miraban hacia lo alto de las montañas intentando determinar dónde se hallaban más concentradas las defensas, aunque era evidente que los puntos en los que los dos caminos alcanzaban la cima serían los lugares que habría que defender. Otra veintena de soldados de caballería, algunos vestidos con casacas verdes y otros con guerreras azul celeste, cruzaron el río con un chapoteo y apretaron el paso para subir a la colina más baja. El sol se reflejaba en los cascos metálicos, las vainas bruñidas, los estribos y las barbadadas. Sharpe pensó que era como si los franceses estuvieran jugando al gato y al ratón con el esporádico fuego de

granadas. Vio estallar uno de aquellos proyectiles cerca de un grupo de soldados de infantería, pero cuando el humo se disipó todos seguían en pie y a Sharpe le dio la impresión, aunque se hallaban muy lejos, de que se estaban riendo. Estaban muy seguros de sí mismos, pensó Sharpe, sin duda eran las mejores tropas del mundo, y su supervivencia al fuego de artillería suponía una burla dirigida a los defensores de lo alto de la sierra.

Por lo visto la burla fue excesiva, puesto que un batallón de tropas ligeras portuguesas con casaca de color pardo apareció en la cima y se dispersó formando una doble cadena de tiradores que bajaron por la pendiente de la montaña avanzando hacia el espolón. Siguieron bajando sin parar por la ladera en dos filas abiertas, a cincuenta pasos la una de la otra, ambas extendidas, ofreciendo una demostración de cómo iban a la guerra los tiradores. La mayoría de las tropas luchaban hombro con hombro, pero los tiradores como Sharpe se avanzaban a la línea y, en la zona de combate entre los ejércitos, trataban de eliminar a los tiradores enemigos y luego matar a los oficiales que estaban detrás, de manera que cuando los dos ejércitos chocaran, la densa línea contra la concentrada columna, el enemigo ya no tuviera quien le diera órdenes. Los tiradores rara vez cerraban filas. Ellos combatían cerca del enemigo, allí donde un puñado de efectivos ofrecerían un blanco fácil a los artilleros enemigos, por lo cual las tropas ligeras combatían en formación abierta, en parejas: uno de los hombres disparaba y luego recargaba mientras su compañero lo protegía.

Los franceses observaron a los portugueses que se les acercaban. No mostraron signos de alarma y tampoco hicieron avanzar a sus tiradores. Las granadas seguían describiendo arcos cuesta abajo y sus detonaciones resonaban sordamente en las montañas del este. La inmensa concentración de franceses estaba preparando sus campamentos, ajenos al pequeño drama que tenía lugar en la sierra, pero una docena de soldados de caballería, al considerar que los tiradores portugueses desperdigados serían una presa fácil, espolearon a sus caballos y subieron por la vertiente.

Lo normal hubiera sido que los soldados de caballería hubiesen diezmado a los tiradores. Los soldados en formación abierta no podían competir con la rápida caballería y los franceses, la mitad de los cuales eran dragones y la otra mitad húsares, habían desenvainado sus espadas largas o sables curvos y ya esperaban asestar unos cuantos tajos a hombres indefensos a modo de práctica. Los portugueses iban armados con mosquetes y rifles pero, en cuanto dispararan, no tendrían tiempo de recargar las armas antes de que los jinetes supervivientes los alcanzaran, y un arma descargada no servía de defensa contra la larga hoja de un dragón. La caballería describió una curva para atacar el flanco de la línea y una docena de jinetes se acercó a cuatro soldados de a pie portugueses, pero la cuesta era demasiado empinada para los caballos, que empezaron a fatigarse. La ventaja de la caballería era la velocidad

que la montaña le robaba, por lo que los caballos avanzaban a duras penas y chasquéo un mosquete, el humo se alzó por encima de la hierba y una de las monturas tropezó, empezó a retorcerse y se desplomó. Dispararon otros dos rifles y los franceses, al darse cuenta de que la cadena montañosa era su enemigo, dieron la vuelta y bajaron galopando de manera temeraria. El húsar desmontado los siguió a pie, abandonando a su caballo moribundo, con su valioso equipo, a los portugueses, que gritaron entusiasmados por su pequeña victoria.

—No estoy seguro de que los *caçadores* tengan órdenes de hacer eso —dijo una voz por detrás de Sharpe, que se dio la vuelta y vio que el comandante Hogan había llegado a la montaña—. Hola, Richard —dijo Hogan alegremente—, parece triste. Tendió la mano a Sharpe para que le dejara el catalejo.

—*Caçadores*? —preguntó Sharpe.

—Sí, *caçadores*. Así es como los portugueses llaman a sus tiradores —Hogan miraba a los tiradores de casaca parda mientras hablaba—. Es un buen nombre, ¿no le parece? Mejor que llamarse casacas verdes.

—Prefiero ser un casaca verde —dijo Sharpe.

Hogan observó a los cazadores unos momentos. Sus fusileros habían empezado a disparar a los franceses del espolón y el enemigo retrocedió prudentemente. Los portugueses se quedaron donde estaban, no bajaron al ramal donde los jinetes podrían atacarlos, sino que se conformaron con haber realizado su demostración. Dos cañones abrieron fuego y las granadas cayeron en el espacio vacío entre los cazadores y los franceses que quedaban.

—Al par no le hará ninguna gracia —comentó Hogan—. Detesta que los artilleros disparen contra objetivos imposibles. Sólo sirve para desvelar la situación de las baterías y no causa ningún daño al enemigo. —Dirigió el catalejo hacia el valle y pasó un buen rato mirando los campamentos enemigos al otro lado del río—. Creemos que *monsieur* Masséna tiene sesenta mil hombres —dijo— y tal vez unos cien cañones.

—¿Y nosotros, señor? —preguntó Sharpe.

—Cincuenta mil y sesenta —respondió Hogan, que devolvió el catalejo a Sharpe—, y la mitad de los nuestros son portugueses.

Hubo algo en su tono que a Sharpe le llamó la atención.

—¿Eso es malo? —inquirió.

—Ya lo veremos, ¿no? —repuso Hogan, y dio una patada en la hierba—. Pero nosotros tenemos esto —se refería a la sierra.

—Esos muchachos parecen muy ansiosos —Sharpe hizo un gesto con la cabeza hacia los cazadores que en aquellos momentos se retiraban cuesta arriba.

—El fuego de artillería acaba rápidamente con las ansias de las nuevas tropas —comentó Hogan.

—Dudo que lo averigüemos —dijo Sharpe—. Los franchutes no atacarán aquí arriba. No están locos.

—La verdad es que yo no llevaría a cabo un ataque ascendiendo por esta falda —asintió Hogan—. Sospecho que se pasarán el día observándonos y luego se marcharán.

—¿De vuelta a España?

—¡No, por Dios! Si lo supieran, hay un buen camino que serpentea rodeando la cima de esta cadena —señaló hacia el norte— y no tienen que luchar con nosotros aquí para nada. Al final encontrarán ese camino. Es una pena, la verdad. Éste sería un magnífico lugar para darles una paliza. Pero puede que vengan. Ellos piensan que los portugueses no dan la talla, de modo que tal vez crean que vale la pena intentarlo.

—¿Los portugueses dan la talla? —preguntó Sharpe.

El cañoneo había cesado; tras él quedaba hierba chamuscada y pequeñas nubes de humo en el espolón. Los franceses, privados de su desafiante juego, retrocedían hacia sus líneas.

—Lo descubriremos si los franceses deciden tenerlas con nosotros —respondió Hogan en tono grave, y luego sonrió—. ¿Puede venir a cenar esta noche?

—¿Esta noche? —la pregunta sorprendió a Sharpe.

—Hable con el coronel Lawford —dijo Hogan— y prescindirá de usted con mucho gusto siempre y cuando los franceses no den la lata. A las seis, Richard, en el monasterio. ¿Sabe dónde está?

—No, señor.

—Vaya hacia el norte —Hogan señaló montaña arriba hasta que vea un gran muro de piedra. Busque un hueco en el muro, vaya ladera abajo a través de los árboles hasta que encuentre un sendero y sígalo hasta que vea unos tejados. Seremos tres comensales.

—¿Tres? —preguntó Sharpe con recelo.

—Usted, yo y el comandante Ferreira —contestó Hogan.

—¡Ferreira! —exclamó Sharpe—. ¿Por qué va a cenar con nosotros ese viscoso pedazo de mierda traidora?

Hogan suspiró.

—¿Se le ha ocurrido pensar, Richard, que las dos toneladas de harina podrían haber sido un soborno? ¿Algo para entregar a cambio de información?

—¿Lo eran?

—Eso dice Ferreira. ¿Le creo? No estoy seguro. Pero, sea como sea, Richard, creo que lamenta lo ocurrido y quiere hacer las paces con nosotros. Lo de la cena fue idea suya, y debo decir que me parece muy amable por su parte —Hogan percibió la renuencia de Sharpe—. En serio, Richard. No queremos que el resentimiento se encone entre aliados, ¿verdad?



—¿No, señor?

—A las seis, Richard —dijo Hogan con firmeza—, e intente dar la impresión de que se está divirtiendo —el irlandés sonrió y regresó andando a la cima, donde los oficiales medían a pasos el terreno para determinar el lugar en el que se situaría cada batallón. Sharpe lamentó no haber encontrado una buena excusa para no ir a la cena. No era la compañía de Hogan lo que quería evitar, sino la del comandante portugués, y su inquina fue aumentando mientras permanecía sentado en medio de aquel calor impropio de la estación, observando cómo el viento agitaba los brezos bajo los cuales se hallaba un ejército de sesenta mil hombres que había acudido para disputarse la sierra de Bussaco.

\* \* \* \*

Sharpe pasó la tarde poniendo al día los libros de la compañía con la ayuda de Clayton, el administrativo de la misma, que tenía la molesta costumbre de pronunciar en voz alta las palabras mientras las escribía.

—Isaiah Tongue, fallecido —dijo para sí mismo, y entonces sopló sobre la tinta—. ¿Ha dejado viuda, señor?

—No lo creo.

—Se le deben cuatro chelines y seis peniques, por eso lo pregunto.

—Póngalos en el fondo de la compañía.

—Si es que cobramos —comentó Clayton con tristeza.

El dinero errante iba a parar al fondo de la compañía. No es que hubiera mucho, pero la paga que se debía a los muertos se depositaba allí y, de vez en cuando, se gastaba en brandy o para pagar a las esposas por hacer la colada. Algunas de dichas esposas habían subido a la cima de la sierra donde, junto a montones de civiles, contemplaban a los franceses. Todos los civiles habían recibido la orden de dirigirse hacia el sur para ponerse a salvo en la campiña de los alrededores de Lisboa, que se hallaba protegida por las Líneas de Torres Vedras, pero estaba claro que muchos de ellos la habían desobedecido, pues había montones de portugueses mirando boquiabiertos a los invasores. Algunos de los espectadores habían traído pan, queso y vino y en aquellos momentos se hallaban sentados en grupos comiendo, hablando y señalando a los franceses, y entre ellos había una docena de monjes, todos descalzos.

—¿Por qué no llevan zapatos? —preguntó Clayton.

—¡Sabe Dios!

Clayton frunció el ceño y dirigió una mirada de desaprobación a un monje que se había unido a uno de los pequeños grupos que comían en la montaña.

—*Dejeuner à la fourchette* —dijo con un resoplido de reprobación.

—¿De-je qué? —preguntó Sharpe.

—Almuerzo con tenedor —le explicó Clayton. Había sido lacayo en una buena casa antes de alistarse en el South Essex y tenía un gran conocimiento de las extrañas costumbres de la alta burguesía—. Es lo que hacen las personas de calidad, señor, cuando no quieren gastar mucho dinero. Se les da comida y un tenedor y se les deja deambular por los jardines husmeando las dichosas flores. Todo son risitas tontas y ahogadas en el jardín —miró a los monjes con mala cara—. Malditos monjes papistas descalzos —dijo. Los hombres que vestían el hábito no eran monjes, sino frailes de la orden de los Carmelitas Descalzos, dos de los cuales inspeccionaban un cañón de nueve libras con aire de gravedad—. Y debería ver el interior del maldito monasterio, señor —siguió diciendo Clayton—. El altar de una de las capillas está cubierto de tetas de madera.

Sharpe miró a Clayton boquiabierto.

—¿Cubierto de qué?

—De tetas de madera, señor, todas pintadas para que parezcan reales. ¡Tienen pezones y todo! Llevé allí las raciones sobrantes, señor, y uno de los guardias me lo enseñó. ¡No podía creer lo que veían mis ojos! Claro que, como a los monjes no les permiten lo de verdad, quizá tienen que conformarse con lo que pueden, ¿no? ¿Pasamos ahora al libro de castigos, señor?

—En lugar de eso mire a ver si puede preparar un poco de té.

Sharpe se bebió el té en la cima. Era obvio que los franceses no planeaban atacar aquel día, pues sus tropas se hallaban desperdigadas por los campamentos cerca de los pueblos. Los soldados habían aumentado tanto en número que oscurecían el terreno bajo, mientras que, más próximos a las montañas, los artilleros, en mangas de camisa, apilaban los proyectiles junto a las baterías recién colocadas. La posición de dichas baterías sugería el punto por el que atacarían los franceses, si es que lo hacían, y Sharpe vio que el South Essex estaría justo a la izquierda de cualquier ataque dirigido por el desigual camino del sur en cuyo tramo más elevado se habían levantado unas barricadas con árboles talados, supuestamente para disuadir a los franceses de que llevaran su artillería hacia la cima. En el extremo norte de la sierra había más cañones agrupados cerca del camino, cosa que sugería que habría dos asaltos, y Sharpe suponía que serían igual que todos los ataques franceses que había soportado: grandes columnas de soldados avanzando al son de la concentración de tambores con la esperanza de abrirse camino a golpes a través de la línea anglo-portuguesa como si fueran arietes gigantes. Se suponía que las enormes columnas tenían que intimidar a las tropas inexpertas y Sharpe miró a la izquierda, donde los oficiales de un batallón portugués observaban al enemigo. ¿Aguantarían? El ejército portugués se había reorganizado durante los últimos meses, pero estaban soportando la tercera invasión de su país en tres años, y de momento nadie podía pretender que el ejército portugués se hubiera cubierto de gloria.

A media tarde, los soldados formaron para una inspección del equipo y, al finalizar, Sharpe se dirigió al norte por la montaña hasta que vio el alto muro de piedra que cercaba un gran bosque. Los soldados portugueses y británicos habían abierto unos huecos para atravesar el muro y Sharpe sorteó la brecha y se adentró en el arbolado hasta que al final encontró un sendero que bajaba por la ladera. Junto al camino había unas cabañas de ladrillo de aspecto extraño, situadas a espacios iguales, del tamaño del cobertizo de un jardinero, y Sharpe se detuvo junto al primero y atisbó por la puerta que estaba hecha de barras de hierro. Dentro había unas estatuas de barro, de tamaño real, que mostraban a un grupo de mujeres apiñadas en torno a un hombre medio desnudo y entonces Sharpe vio la corona de espinas y se dio cuenta de que la figura central debía de ser Jesús y que las cabañas de ladrillo debían de formar parte del monasterio. Todas aquellas pequeñas construcciones contaban con inquietantes estatuas y en varias de las ermitas había mujeres con mantones que rezaban de rodillas. Una chica muy guapa estaba junto a otra, escuchando tímidamente a un apasionado oficial portugués que calló, avergonzado, cuando Sharpe pasó por allí. El oficial retomó su arenga en cuanto Sharpe bajó por un tramo de escaleras de piedra que conducían al monasterio. Junto a la entrada crecía un viejo y nudoso olivo en cuyas ramas había atados una docena de caballos ensillados y dos casacas rojas montaban guardia junto a la puerta. Hicieron caso omiso de Sharpe cuando éste agachó la cabeza y cruzó el arco bajo para pasar a un oscuro pasadizo bordeado de puertas cubiertas con gruesas capas de corcho. Una de las puertas estaba abierta y al mirar dentro, Sharpe vio a un cirujano en mangas de camisa en la pequeña celda de un monje. El cirujano estaba afilando un escalpelo.

—Tengo el negocio abierto —le dijo alegremente.

—Hoy no, señor. ¿Sabe dónde puedo encontrar al comandante Hogan?

—Al final del pasillo, la puerta de la derecha.

La cena fue incómoda. Comieron en una de las pequeñas celdas revestidas de corcho para aislarlas del frío del invierno que se avecinaba, y la cena consistió en un guiso de cabrito y alubias, con pan basto, queso y vino en abundancia. Hogan hizo todo lo posible para que no decayera la conversación, pero Sharpe no tenía mucho que decirle al comandante Ferreira, quien no hizo referencia en ningún momento a los acontecimientos de la cima en la que Sharpe había quemado la torre telegráfica. En lugar de eso habló de la época que pasó en Brasil, donde había estado al mando de un fuerte en uno de los asentamientos portugueses.

—¡Las mujeres son hermosas! —exclamó Ferreira—. ¡Son las mujeres más hermosas del mundo!

—¿Incluyendo las esclavas? —preguntó Sharpe, cosa que hizo que Hogan pusiera los ojos en blanco, pues sabía que Sharpe intentaba desviar la conversación hacia el tema del hermano del comandante.

—¡Las esclavas son las más guapas! —dijo Ferreira—. Y muy serviciales.

—No tienen muchas alternativas —observó Sharpe agriamente—. Su hermano no les dio muchas, ¿verdad?

Hogan intentó intervenir, pero el comandante Ferreira acalló su protesta.

—¿Mi hermano, señor Sharpe?

—Era un negrero, ¿no?

—Mi hermano ha sido muchas cosas —repuso Ferreira—. De niño le pegaban porque los monjes que nos educaban querían que fuera piadoso. No es piadoso. Mi padre le pegaba porque no leía sus libros, pero las palizas no lo convirtieron en un lector. Él era más feliz con los hijos de los sirvientes, corría como un salvaje con ellos hasta que mi madre ya no pudo soportar más su desenfreno, de modo que lo mandaron con las monjas del Espíritu Santo. Ellas trataron de domeñarlo a golpes, pero él se escapó. Entonces tenía trece años y regresó dieciséis años más tarde. Volvió rico y absolutamente decidido, señor Sharpe, a que nadie volvería a pegarle de nuevo.

—Yo lo hice —dijo Sharpe.

—¡Richard! —lo reprendió Hogan.

Ferreira no prestó atención a Hogan y miró fijamente a Sharpe por entre las velas.

—Él no lo ha olvidado —repuso en voz baja.

—Pero todo está arreglado —terció Hogan—. ¡Fue un accidente! Se han ofrecido disculpas. Pruebe un poco de este queso, comandante —empujó por la mesa un plato desportillado con queso—. El comandante Ferreira y yo, Richard, nos hemos pasado la tarde interrogando a desertores.

—¿Franceses?

—¡No, por Dios! Portugueses —Hogan explicó que, después de la caída de Almeida, muchos portugueses de los que guarnecían dicha fortaleza se habían presentado voluntarios para la Legión Portuguesa, una unidad del ejército francés—. Por lo visto lo hicieron —explicó Hogan— porque les daba la oportunidad de aproximarse a nuestras líneas y desertar. Esta tarde llegaron más de treinta, y todos dicen que los franceses atacarán por la mañana.

—¿Y usted los cree?

—Creo que están diciendo la verdad tal como ellos la conocen —respondió Hogan—, y sus órdenes eran prepararse para un ataque. Lo que no saben, por supuesto, es si Masséna cambiará de opinión.

—*Monsieur* Masséna —comentó Ferreira mordazmente— está demasiado ocupado con su amante para pensar con sensatez en la batalla.

—¿Su amante? —preguntó Sharpe.

—*Mademoiselle* Henriette Leberton —dijo Hogan, divertido—, que tiene dieciocho años, Richard, mientras que *monsieur* Masséna tiene, ¿cuántos? ¿Cincuenta

y uno? No, cincuenta y dos. No hay nada que distraiga tanto a un viejo como la carne joven, lo cual convierte a *mademoiselle* Leberton en uno de nuestros aliados más valiosos. El gobierno de su majestad debería pagarle un complemento. ¿Una guinea por noche, tal vez?

Cuando terminaron de cenar Ferreira insistió en mostrar a Hogan y a Sharpe la capilla donde, tal como Clayton había dicho, había pechos de madera en un altar. Un montón de velas pequeñas parpadeaban en torno a esos extraños objetos y docenas de otras velas se habían extinguido hasta convertirse en charcos de cera.

—Las mujeres traen los pechos —explicó Ferreira— para curarse de sus enfermedades. Dolencias femeninas —bostezó y sacó un reloj del bolsillo de su chaleco—. Debo regresar a la cima —dijo—. Creo que me iré a dormir pronto. Quizás el enemigo ataque al amanecer.

—Esperemos que así sea —dijo Hogan.

Ferreira se persignó, hizo una reverencia frente al altar y se marchó. Sharpe se quedó escuchando hasta que el sonido de las botas con espuelas del comandante se desvaneció por el pasadizo.

—¿A qué demonios ha venido todo esto? —preguntó a Hogan.

—¿A qué ha venido el qué, Richard?

—¡Esta cena!

—Estaba siendo amable. Demostrándole que no hay resentimiento.

—¡Pero es que sí lo hay! Dijo que su hermano no había olvidado.

—No lo ha olvidado, pero sí está convencido de dejar pasar este asunto. Y usted debería hacer lo mismo.

—Yo no me fiaría ni un pelo de ese cabrón —dijo Sharpe, que entonces tuvo que dar un paso atrás porque alguien había empujado la puerta para abrirla y un ruidoso y alegre grupo de oficiales entró en la pequeña estancia. Sólo había un hombre que no llevaba uniforme y que en cambio iba vestido con un abrigo azul y un fular de seda blanco. Era lord Wellington, que miró a Sharpe pero pareció no reparar en él.

El general, en cambio, saludó con la cabeza a Hogan.

—¿Ha venido a rendir culto, comandante? —le preguntó.

—Le estaba mostrando las vistas al señor Sharpe, milord.

—Dudo que al señor Sharpe le haga falta ver las réplicas —dijo Wellington—. Probablemente habrá visto el artículo de verdad más veces que la mayoría de nosotros, ¿eh? —lo dijo en un tono muy amistoso, pero con un dejo de desdén, y entonces miró directamente a Sharpe—. He oído que hace tres días cumplió usted con su obligación, señor Sharpe —le dijo.

Sharpe estaba confuso, primero por el repentino cambio de tono y luego por dicha afirmación, que parecía extraña tras la previa reprobación de Hogan.

—Eso espero, milord —respondió con cautela.

—No podemos dejar comida para los franceses —dijo el general, que se dio la vuelta hacia los pechos modelados—, y yo habría dicho que fui absolutamente claro respecto a dicha estratagema —pronunció las últimas palabras con aspereza, lo cual dejó en silencio a los demás oficiales—. No me imagino estas cosas en la catedral de San Pablo, ¿y usted, Hogan?

—Tal vez mejorarían el lugar, mi señor.

—Sí, ya lo creo. Comentaré el tema con el deán —soltó una de sus risotadas parecidas a un relincho y volvió bruscamente la mirada de nuevo a Hogan—. ¿Hay noticias de Trant?

—Ninguna, milord.

—Esperemos que eso sea buena señal —el general saludó con la cabeza a Hogan, volvió a hacer caso omiso de Sharpe y se marchó seguido por sus invitados allí adonde fueran a cenar.

—¿Trant? —preguntó Sharpe.

—Hay un camino que rodea la cadena montañosa por su parte más alta —explicó Hogan—. Allí tenemos a un piquete de batidores y confío en que también a algunos miembros de la milicia portuguesa a las órdenes del coronel Trant. Tienen órdenes de avisarnos si ven alguna señal del enemigo, pero no ha llegado ningún mensaje, por lo que debemos esperar que Masséna desconozca la ruta. Si cree que su único camino para dirigirse a Lisboa está subiendo esta montaña, entonces subirá por la montaña. Debo decir que, por increíble que parezca, es probable que ataque.

—Y tal vez sea al amanecer —dijo Sharpe—, de modo que debería dormir un poco —dirigió una amplia sonrisa a Hogan—. Así pues yo tenía razón sobre el maldito Ferragus y usted estaba equivocado, ¿no?

Hogan le devolvió la sonrisa.

—Regodearse es impropio de un caballero, Richard.

—¿Cómo lo sabía Wellington?

—Supongo que el comandante Ferreira se quejó ante él. Dijo que no lo había hecho, pero... —Hogan se encogió de hombros.

—No se puede confiar en ese cabrón portugués —dijo Sharpe—. Haga que uno de sus tipos malos le raje el cuello.

—Usted es el único tipo malo que conozco —replicó Hogan—, y ya hace rato que tendría que estar en la cama. De modo que buenas noches, Richard.

Todavía no era tarde, probablemente no fueran más que las nueve de la noche, pero el cielo estaba oscuro como boca de lobo y la temperatura había descendido bruscamente. El viento había empezado a soplar del oeste para traer el aire frío del lejano mar y cuando Sharpe volvía por el sendero de las extrañas estatuas alojadas en sus cabañas de ladrillo, se estaba empezando a formar niebla entre los árboles. Entonces el camino estaba desierto. El grueso del ejército se hallaba en lo alto de la

sierra y las tropas que vivaqueaban al otro lado de la línea se hallaban acampadas en torno al monasterio, donde sus fogatas proporcionaban un poco de luz que se filtraba a través del bosque y hacía que la monstruosa sombra de Sharpe bailara por los troncos de los árboles, pero aquella luz débil se desvaneció cuando Sharpe subió a más altura. En lo alto de la montaña no había fogatas porque Wellington había ordenado que no se hiciera fuego para que su resplandor no revelara a los franceses el lugar donde se hallaba concentrado el ejército aliado, aunque Sharpe sospechaba que el enemigo ya se lo debía de haber imaginado. La ausencia de fogatas hacía que en la cima de la montaña reinara una profunda oscuridad. La niebla se hizo más espesa. A lo lejos, al otro lado del muro que cercaba el monasterio y su bosque, Sharpe oyó los cantos provenientes de los campamentos británicos y portugueses, pero el ruido más fuerte era el de sus propios pasos sobre la pinocha que alfombraba el camino. Apareció ante su vista la primera de las ermitas, iluminada desde el interior por las velas votivas que proyectaban un débil resplandor brumoso a través de la neblina helada. En la última de las ermitas había un monje arrodillado orando y, al pasar, Sharpe pensó en saludarlo, pero en el preciso momento en el que decidió no interrumpir sus rezos el hombre de los hábitos arremetió contra él, alcanzando a Sharpe por detrás de la rodilla izquierda; otros dos hombres salieron de detrás de la ermita, uno de los cuales llevaba un garrote con el que golpeó a Sharpe en el vientre. Sharpe cayó pesadamente y su vaina metálica resonó contra el suelo. Se dio la vuelta, intentando desenvainar la espada, pero los dos hombres que habían salido de detrás de la ermita lo agarraron por los brazos y lo arrastraron hasta el interior del edificio, donde había un pequeño espacio frente a las estatuas. Apartaron unas cuantas velas a puntapiés para hacer más espacio. Uno de ellos le quitó la espada a Sharpe y la arrojó fuera al camino, en tanto que el monje vestido con el hábito se echó atrás la capucha.

Era Ferragus, alto y enorme, llenando la ermita con su cuerpo amenazador.

—Usted me cuesta un montón de dinero —dijo en su inglés con marcado acento. Sharpe seguía en el suelo. Trató de levantarse, pero uno de los dos compañeros de Ferragus le dio una patada en el hombro y lo obligó a echarse de nuevo—. Mucho dinero —dijo Ferragus con un resoplido—. ¿Quiere pagarme ahora? —Sharpe no dijo nada. Necesitaba un arma. Llevaba una navaja en un bolsillo, pero sabía que no tendría tiempo de sacarla, y mucho menos de desplegar la hoja—. ¿Cuánto dinero tiene? —preguntó Ferragus. Sharpe siguió sin contestar—. ¿O acaso preferiría pelear conmigo? —prosiguió él—. A puño limpio, capitán, en igualdad de condiciones.

Sharpe hizo una cortante sugerencia de lo que Ferragus podía hacer y el gigantón sonrió y les habló a sus hombres en portugués. Éstos atacaron con sus botas: patearon a Sharpe, que alzó las rodillas para protegerse el vientre. Imaginó que les habría ordenado que lo incapacitaran y así dejarlo a merced de Ferragus, pero la ermita era pequeña, las estatuas dejaban muy poco espacio y los dos hombres se entorpecían

mutuamente. Sus patadas seguían doliendo. Sharpe intentó lanzarse contra ellos, pero una bota le dio en un lado de la cara, volvió a caer pesadamente y tiró la estatua de María Magdalena, lo cual le proporcionó el arma que necesitaba. Golpeó la estatua con el codo derecho y dio un rodillazo tan fuerte que la arcilla se rompió y Sharpe agarró un fragmento puntiagudo de casi treinta centímetros de largo. Arremetió con su improvisada daga contra el hombre más cercano, apuntando a la entrepierna, pero éste dio la vuelta para apartarse y la arcilla le hizo un corte en la parte interior del muslo. El hombre soltó un gruñido. Sharpe ya se había levantado del suelo y, utilizando su cabeza como si fuera un ariete, la estrelló contra el vientre del hombre herido. Un puño le alcanzó a un lado de la nariz y una bota le golpeó las costillas, pero él arremetió con la daga de arcilla contra Ferragus, hundiéndola en la mandíbula del grandullón, y entonces un poderoso golpe en la cabeza lo lanzó hacia atrás y cayó contra el regazo de arcilla de Cristo. Ferragus ordenó a sus hombres que salieran de la ermita para dejarle espacio y propinó otro puñetazo a Sharpe, un sonoro golpe en la sien; Sharpe soltó su improvisado cuchillo, rodeó con el brazo el cuello del Hijo de Dios y dio un fuerte tirón, con lo que le arrancó la cabeza entera. Ferragus largó un directo con la izquierda y Sharpe lo esquivó, se levantó del suelo y estampó la cabeza rota con su corona de espinas en la cara de Ferragus. La cabeza de arcilla hueca se rompió con el golpe y sus bordes recortados hicieron unos cortes profundos en las mejillas al gigantón; Sharpe dio la vuelta hacia la izquierda cuando Ferragus retrocedió y salió apresuradamente por la puerta para intentar alcanzar su espada, pero los dos hombres que había fuera cayeron sobre él. Sharpe hizo fuerza hacia arriba, logró darse la vuelta a medias y entonces recibió una patada en el vientre que lo dejó sin resuello.

Era Ferragus el que le había propinado el puntapié, y ordenó a sus hombres que levantaran a Sharpe.

—Usted no puede pelear —dijo a Sharpe—, es débil —y empezó a darle puñetazos utilizando unos golpes cortos y fuertes que parecían tener poca fuerza, pero que Sharpe sentía como si lo estuviera coceando un caballo.

Los golpes empezaron en el vientre, subieron hasta su pecho, luego uno le cayó en la mejilla y le empezó a sangrar la boca por dentro. Trató de zafarse de los dos hombres, pero éstos lo sujetaban con demasiada fuerza y él estaba aturdido, confuso, medio inconsciente. Un puño lo alcanzó en la garganta y a duras penas podía respirar, se atragantaba al intentarlo, y Ferragus se rió:

—Mi hermano dijo que no debía matarle, pero, ¿por qué no? ¿Quién lo echaría de menos? —Escupió en la cara a Sharpe—. Soltadle —dijo a los dos hombres en portugués, y cambió al inglés—: Veamos si este inglés sabe pelear.

Los dos hombres se apartaron de Sharpe, que escupió sangre, parpadeó y retrocedió dos pasos, tambaleándose. Tenía la espada fuera de su alcance y, aunque



podiera haberla cogido, dudaba que le quedaran fuerzas para utilizarla. Ferragus sonrió ante su debilidad, caminó hacia él y Sharpe volvió a tambalearse, casi cayó de lado y al poner la mano en el suelo para recuperar el equilibrio notó que había una piedra, una piedra grande, del tamaño de una ración de galleta, y la cogió en el preciso momento en el que Ferragus lanzaba su puño derecho con la intención de tumbar a Sharpe para siempre. Sharpe, todavía medio consciente, reaccionó de forma instintiva y paró el puñetazo con la piedra; los nudillos de Ferragus se estrellaron en la roca y el gigantón se estremeció y retrocedió, asombrado por el repentino dolor. Sharpe intentó caminar hacia él y utilizar nuevamente la piedra, pero un golpe con la izquierda cayó sobre su pecho y volvió a arrojarlo al camino.

—Ahora es hombre muerto —dijo Ferragus.

Se estaba friccionando los nudillos rotos y le dolían tanto que tenía ganas de patear a Sharpe hasta matarlo. Empezó apuntando con su enorme bota a la entepierna de Sharpe pero el golpe cayó a poca distancia, en el muslo, porque Sharpe había logrado volverse levemente hacia un lado; Ferragus apartó bruscamente la pierna, volvió a acercarse su bota y de pronto apareció una luz en el camino tras él y una voz que llamaba:

—¿Qué está pasando? —gritó la voz—. ¡Quietos! Quienesquiera que sean, ¡no se muevan!

Las botas de dos o tres hombres resonaban por el sendero. Los hombres que se acercaban debían de haber oído la pelea, pero sin duda no podían ver nada con la niebla espesa y Ferragus no los esperó. Lanzó un grito a sus dos esbirros y echaron a correr, pasaron junto a Sharpe y se adentraron en los árboles ladera abajo. Sharpe se quedó hecho un ovillo en el suelo, intentando calmar el dolor de las costillas y el estómago.

Tenía unos espesos grumos de sangre en la boca y le sangraba la nariz. La luz se acercó, un farol que llevaba un casaca roja.

—¿Señor? —preguntó uno de los tres hombres. Era un sargento y llevaba las vueltas color azul marino de los prebostes, la policía militar.

—Estoy bien —gruñó Sharpe.

—¿Qué ha pasado?

—Ladrones —dijo Sharpe—. Sabe Dios quiénes eran. Sólo ladrones. ¡Dios! Ayúdeme a levantarme.

Dos de ellos lo alzaron en tanto que el sargento recogía su espada y su chacó.

—¿Cuántos eran? —preguntó el sargento.

—Tres. Los hijos de puta salieron corriendo.

—¿Quiere ver a un cirujano, señor? —El sargento se estremeció al ver el rostro de Sharpe a la luz del farol—. Creo que debería.

—¡No, por Dios! —envainó la espada, se puso el chacó en la cabeza magullada y

se apoyó en la pared de la ermita—. Estaré bien —dijo.

—Podemos llevarle al monasterio, señor.

—No. Me dirigiré a la cima —dio las gracias a los tres soldados, les deseó una noche tranquila, esperó a recobrar un poco las fuerzas y entonces regresó cojeando colina arriba, atravesó el muro y fue a reunirse con su compañía.

El coronel Lawford había montado una tienda cerca del nuevo camino que se había abierto a lo largo de la cima. Los faldones de la tienda estaban abiertos y dejaban ver una mesa iluminada por la luz de las velas en la que relucían la plata y el cristal; el coronel oyó que un centinela daba el alto a Sharpe, oyó la respuesta amortiguada de Sharpe y le gritó a través de los faldones:

—¡Sharpe! ¿Es usted?

Por un momento Sharpe pensó en fingir que no lo había oído, pero estaba claro que se hallaba suficientemente cerca y se dio la vuelta hacia la tienda.

—Sí, señor.

—Venga a tomar un poco de brandy —Lawford tenía como invitados a los comandantes Forrest y Leroy, y con ellos estaba el teniente Slingsby. Todos llevaban puestos los capotes porque, tras los últimos días de un calor brutal, de pronto la noche era de un frío invernal.

Forrest hizo espacio en un banco hecho de cajones de munición de madera y levantó la mirada hacia Sharpe.

—¿Qué le ha pasado?

—Me caí, señor —respondió Sharpe. Tenía la voz pastosa, se inclinó a un lado y escupió un pegajoso grumo de sangre—. Me caí.

—¿Se cayó? —Lawford contemplaba a Sharpe con expresión de horror—. Le sangra la nariz.

—Ya casi se ha detenido la hemorragia, señor —dijo Sharpe, que se sorbió la sangre. Se acordó del pañuelo que se había utilizado como bandera blanca en la estación telegráfica y lo sacó. Parecía una lástima manchar de sangre el magnífico lino, pero se lo puso en la nariz y se encogió de dolor. Entonces se dio cuenta de que en la mano derecha tenía unos cortes que supuso se habría hecho con la improvisada daga de arcilla.

—¿Se cayó? —el comandante Leroy repitió la pregunta del coronel.

—Ahí abajo el camino es muy traicionero, señor.

—También tiene un ojo morado —comentó Lawford.

—Si no está en condiciones —dijo Slingsby— tendré mucho gusto de comandar la compañía mañana, Sharpe. —Slingsby tenía el color subido y estaba sudando, como si hubiera bebido demasiado. Miró al coronel Lawford y, como estaba nervioso, soltó una risotada—. Será un honor estar al mando, señor —se apresuró a añadir.

Sharpe lanzó una mirada al teniente que lo hubiera matado.

—Recibí peores heridas que éstas —dijo en tono gélido— cuando el sargento Harper y yo tomamos esa maldita águila que lleva en su insignia.

Slingsby se puso tenso, consternado por el tono de Sharpe, y los otros oficiales parecieron incómodos.

—Tome un poco de brandy, Sharpe —dijo Lawford en actitud conciliatoria, le sirvió una copa de una licorera y la empujó hacia él por la mesa de caballetes—. ¿Cómo estaba el comandante Hogan?

Sharpe estaba todo dolorido. Las costillas eran como tiras de fuego y tardó un momento en comprender la pregunta y encontrar una respuesta.

—Tiene mucha confianza, señor.

—Eso espero —dijo Lawford—. ¿Acaso no la tenemos todos? ¿Vio usted al par?

—¿Al par? —preguntó Slingsby. Se atrancó un poco con la palabra, luego se tomó el brandy que le quedaba y se sirvió más.

—Lord Wellington —explicó Lawford—. Así pues, ¿lo vio, Sharpe?

—Sí, señor.

—Espero que lo saludara de mi parte.

—Por supuesto, señor —Sharpe dijo la mentira requerida y se obligó a añadir otra—. Y él me pidió que le diera recuerdos.

—Muy gentil de su parte —dijo Lawford, claramente complacido—. ¿Y él cree que los franceses vendrán a bailar mañana?

—No lo dijo, señor.

—Quizás esta niebla los disuadirá —terció el comandante Leroy al tiempo que miraba al exterior de la tienda, donde la bruma espesaba de manera perceptible.

—O los animará —dijo Forrest—. Si hay niebla nuestros artilleros no pueden apuntar.

Leroy estaba observando a Sharpe.

—¿Necesita un médico?

—No, señor —mintió Sharpe. Le dolían las costillas, la cabeza estaba a punto de estallarle y había perdido uno de los dientes superiores. Su vientre era un cúmulo de dolor, le dolía el muslo y estaba enfadado—. El comandante Hogan —se obligó a cambiar de tema— cree que los franceses atacarán.

—Entonces será mejor que tengamos los ojos bien abiertos por la mañana —dijo Lawford, con lo que insinuó que la velada había terminado. Los oficiales captaron la indirecta, se pusieron de pie y le dieron las gracias al coronel, quien extendió una mano hacia Sharpe—. Quédese un momento, si es tan amable, Sharpe.

Slingsby, que tenía mal aspecto a causa de la bebida, apuró la copa, la dejó en la mesa de golpe y dio un taconazo.

—Gracias, William —dijo a Lawford abusando de su relación para utilizar el nombre de pila del coronel.

—Buenas noches, Cornelius —repuso Lawford, y esperó a que los tres oficiales se hubieran marchado de la tienda y se perdieran en la niebla—. Ha bebido mucho. De todos modos, supongo que en la víspera de la primera batalla un reconstituyente no está fuera de lugar. Siéntese, Sharpe, siéntese. Beba un poco de brandy —él también tomó una copa—. ¿De verdad se ha caído? Parece que venga de la guerra.

—No se ve nada entre los árboles, señor —dijo Sharpe con expresión acartonada—, y perdí el equilibrio en unos escalones.

—Debería tener más cuidado, Sharpe —comentó Lawford, que se inclinó hacia delante para encender un puro en una de las velas—. Ha refrescado mucho, ¿verdad? —Aguardó una respuesta, pero Sharpe no dijo nada y el coronel suspiró—. Quería hablar con usted —siguió diciendo entre una chupada y otra— sobre sus nuevos compañeros. Al joven Iliffe le va bien, ¿no?

—Es un alférez. Si sobrevive un año podría tener la oportunidad de crecer.

—Todos fuimos alféreces una vez —dijo Lawford—, y de las bellotas diminutas crecen unos fuertes robles, ¿no?

—Él todavía sigue siendo una bellota diminuta —repuso Sharpe.

—Pero su padre es amigo mío, Sharpe. Cultiva unas cuantas hectáreas cerca de Benflet y quería que cuidara de su hijo.

—Yo cuidaré de él —dijo Sharpe.

—Estoy seguro de que sí —asintió Lawford—, ¿y qué me dice de Cornelius?

—¿Cornelius? —preguntó Sharpe, ganando tiempo para pensar. Se enjuagó la boca ensangrentada con el brandy, escupió en el suelo, luego tomó un trago y tuvo la impresión de que le atenuaba un poco el dolor.

—¿Qué tal va Cornelius? —preguntó Lawford en tono agradable—. Está resultando útil, ¿verdad?

—Tiene que aprender nuestra manera de hacer las cosas —contestó Sharpe con recelo.

—Pues claro que sí, por supuesto. Pero yo quería que estuviera con usted en particular.

—¿Por qué, señor?

—¿Por qué? —El coronel pareció desconcertado por aquella pregunta directa, pero agitó el cigarro como si quisiera decir que la respuesta era evidente—. Creo que Cornelius es un tipo estupendo, y para serle sincero, Sharpe, no estoy seguro de que el joven Knowles posea el brío necesario para ser tirador.

—Es un buen oficial —afirmó Sharpe con indignación, y entonces lamentó haber hablado con tanto ímpetu, pues el dolor de las costillas pareció atravesarle el corazón.

—¡Sí, no lo hay mejor! —coincidió Lawford—, y es un tipo admirable, pero ustedes los tiradores no son personas apocadas, ¿verdad? ¡Ustedes son los monteros de trailla! ¡Necesito que mi compañía sea audaz! ¡Agresiva! ¡Sagaz!

Cada una de dichas cualidades fue acompañada de un golpe que hizo vibrar las copas y los cubiertos de la mesa, pero el coronel se detuvo después del tercero, al darse cuenta sin duda de que la sagacidad carecía de la fuerza de la audacia y la agresividad. Se quedó pensando unos segundos, intentando encontrar una palabra más impresionante, y luego siguió hablando sin pensar más en ello.

—Creo que Cornelius posee estas cualidades y espero que usted, Sharpe, potencie su talento —Lawford hizo una nueva pausa, como si esperara que Sharpe le respondiera, pero al ver que el fusilero no decía nada, el coronel pareció sumamente incómodo—. La cuestión es, Sharpe, que, al parecer, Cornelius cree que le resulta antipático.

—Es lo que piensa la mayoría de la gente, señor —repuso Sharpe, inexpresivo.

—¿Ah sí? —Lawford pareció sorprendido—. Supongo que puede ser. No todo el mundo le conoce tan bien como yo —hizo una pausa para dar una chupada al cigarro—. ¿Alguna vez echa de menos la India, Sharpe?

—La India —respondió Sharpe con cautela. Lawford y él habían servido allí juntos cuando Lawford era teniente y Sharpe un soldado raso—. Me gustaba mucho.

—Hay algunos regimientos en la India a los que les iría bien un oficial con experiencia —comentó Lawford en tono indiferente, y a Sharpe lo acometió el sentimiento de haber sido traicionado, pues aquellas palabras sugerían que el coronel quería deshacerse de él. Sharpe no dijo nada y Lawford no parecía consciente de haberlo ofendido—. Así pues, ¿puedo tranquilizar a Cornelius y decirle que no pasa nada?

—Sí, señor —dijo Sharpe, y se levantó—. Debo ir a inspeccionar los piquetes, señor.

—Claro, claro —repuso Lawford, que no ocultó que se sentía frustrado por la conversación—. Deberíamos hablar más a menudo, Sharpe.

Sharpe cogió su maltrecho chaco y salió a la noche envuelta de niebla. Se abrió camino por la densa oscuridad, cruzó la amplia cima de la sierra y bajó un trecho por la falda este hasta que distinguió la sucesión de fogatas enemigas, emborronadas por la niebla, en la profunda oscuridad del valle. «Que vengan —pensó—, que vengan.» Si no podía matar a Ferragus, descargaría su ira contra los franceses. Oyó unos pasos a su espalda pero no se dio la vuelta.

—Buenas noches, Pat —dijo.

—¿Qué le ha ocurrido? —Harper debía de haber visto a Sharpe dentro de la tienda del coronel y luego lo había seguido por la pendiente.

—Ese maldito Ferragus y dos de sus esbirros.

—¿Intentaron matarle?

Sharpe meneó la cabeza.

—Casi lo consiguen, maldita sea. Lo hubieran hecho de no haber llegado tres

prebostes.

—¡Prebostes! Nunca pensé que sirvieran para algo. ¿Y cómo está el señor Ferragus?

—Le hice daño, pero no el suficiente. Me sacudió, Pat. Me dio una buena paliza. Harper pensó en ello.

—¿Y qué le ha dicho al coronel?

—Que me caí.

—Pues eso les diré a los muchachos cuando se den cuenta de que tiene mejor aspecto de lo habitual. Y mañana tendré los ojos abiertos por si veo al señor Ferragus. ¿Cree que volverá a por más?

—No, se ha largado.

—Lo encontraremos, señor, lo encontraremos.

—Pero no mañana, Pat. Mañana vamos a estar ocupados. El comandante Hogan cree que los franchutes van a subir esta montaña.

Lo cual era una idea reconfortante para terminar el día, y se sentaron los dos y escucharon los cantos de los campamentos oscuros situados detrás. En algún lugar de las líneas británicas empezaron a ladrar unos perros que inmediatamente fueron imitados por docenas de otros canes, lo cual provocó unos gritos de enojo que ordenaron callarse a las bestias y poco a poco volvió a reinar la tranquilidad, salvo por un perro que no se callaba. Siguió ladrando sin parar, frenéticamente, hasta que de repente se oyó el estallido áspero de un mosquete o una pistola.

—Así se hace —dijo Harper.

Sharpe no dijo nada. Siguió mirando cuesta abajo hacia las hogueras francesas, que eran un brumoso y apagado resplandor en la niebla.

—Pero, ¿qué haremos con el señor Ferragus? —preguntó Harper—. No podemos permitir que agreda a un fusilero y se quede tan fresco.

—Si mañana perdemos —dijo Sharpe— tendremos que retirarnos por Coimbra. Él vive allí.

—Pues allí lo buscaremos —afirmó Harper en tono grave— y le daremos su merecido. Pero, ¿y si mañana ganamos?

—¡Sabe Dios! —repuso Sharpe, que hizo un gesto con la cabeza hacia la luz del fuego empañada de neblina que había al pie de la ladera. Había miles de hogueras—. Supongo que seguir a esos cabrones hacia España —siguió diciendo— y combatirlos allí. —Y seguir combatiéndolos, pensó, mes tras mes, año tras año, hasta el despuntar del día del Juicio Final. Pero eso empezaría mañana, con sesenta mil franceses que querían tomar una montaña. Mañana.

\* \* \* \*

El mariscal Ney, segundo al mando del Ejército de Portugal, creía que en la cadena montañosa se hallaba el ejército enemigo al completo. En la oscuridad de las alturas no había fogatas que revelaran su presencia, pero Ney los olía. Era el instinto del soldado. Esos cabrones les estaban tendiendo una trampa con la esperanza de que los franceses subieran por la montaña para masacrarlos, y Ney consideraba que debían complacerlos. Mandar a las Águilas cuesta arriba y hacer picadillo a esos desgraciados, pero Ney no era la persona que tenía que tomar esa decisión y, por consiguiente, llamó a un ayudante de campo, el capitán D'Esmenard, y le dijo que fuera a buscar al mariscal Masséna.

—Dígale a su alteza —dijo Ney— que el enemigo está esperando a que lo matemos. Dígale que vuelva aquí enseguida. Dígale que hay que librar una batalla.

El capitán D'Esmenard debía hacer un viaje de más de treinta kilómetros y tuvo que ser escoltado por doscientos dragones que entraron en la pequeña ciudad de Tondela bien pasada la medianoche con un repiqueteo de cascos. Sobre el porche de la casa en la que se alojaba Masséna ondeaba una bandera tricolor. Fuera había seis centinelas armados con mosquetes cuyas bayonetas reflejaban la luz del fuego del brasero que les proporcionaba un poco de calor en aquel frío repentino.

D'Esmenard subió las escaleras y llamó a la puerta del mariscal. Se hizo el silencio.

D'Esmenard volvió a llamar. En aquella ocasión se oyó la risita de una mujer seguida por el inconfundible sonido de una palmada contra la carne, y la mujer se rió.

—¿Quién es? —gritó el mariscal.

—Traigo un mensaje del mariscal Ney, su alteza —el mariscal André Masséna era duque de Rívoli y príncipe de Essling.

—¿De Ney?

—El enemigo se ha detenido definitivamente, señor. Están en la sierra.

La chica soltó un chillido.

—¿Qué el enemigo ha hecho qué?

—Se ha detenido, señor —gritó D'Esmenard a través de la puerta. El mariscal cree que debería regresar.

Aquella misma tarde Masséna había permanecido unos momentos en el valle al pie de la cadena montañosa, había dado su opinión de que el enemigo no se detendría a entablar combate y había vuelto a caballo a Tondela. La chica dijo algo y volvió a oírse otro cachete seguido de más risas.

—El mariscal Ney cree que van a presentar batalla, señor —dijo D'Esmenard.

—¿Quién es usted? —preguntó el mariscal.

—El capitán D'Esmenard, señor.

—Uno de los chicos de Ney, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Ha comido, D'Esmenard?

—No, señor.

—Vaya abajo, capitán, dígame a mi cocinero que le dé de cenar. Me reuniré con usted.

—Sí, señor —D'Esmenard se quedó allí. Oyó un resoplido, un suspiro y luego el sonido de los muelles de la cama chirriando rítmicamente.

—¿Sigue ahí, capitán? —gritó el príncipe de Essling.

D'Esmenard bajó sigilosamente, haciendo coincidir sus pasos sobre los peldaños que crujían con el regular rebote de los muelles. Comió pollo frío. Y esperó.

\* \* \* \*

Pedro y Luis Ferreira siempre habían estado muy unidos. Luis, el mayor, el rebelde, el niño grandote e incontrolable, era el más inteligente de los dos, y si su familia no lo hubiese desterrado, si no lo hubieran mandado con las monjas que le pegaban y se burlaban de él, si no se hubiese escapado de Coimbra para ver mundo, podría haber recibido educación y haberse convertido en un erudito aunque, a decir verdad, era un destino poco probable para Luis. Él era demasiado grande, demasiado agresivo, demasiado indiferente a sus propios sentimientos y a los de los demás, por lo que se había convertido en Ferragus. Había navegado por todo el mundo, había matado a hombres en África, Europa y América, había visto cómo los tiburones se comían a los esclavos moribundos arrojados por la borda frente a las costas de Brasil, luego había regresado a casa con su hermano menor y los dos, tan distintos y sin embargo tan unidos, se habían abrazado. Eran hermanos. Ferragus se había enriquecido lo suficiente como para montar un negocio, lo suficiente como para poseer una veintena de propiedades en la ciudad, pero Pedro insistía en que tuviera una habitación en su casa para utilizarla cuando quisiera.

—Mi casa es tu casa —había prometido a Ferragus, y aunque la esposa del comandante Ferreira hubiera deseado que no fuera así, no se atrevió a protestar.

Ferragus rara vez utilizaba la habitación de casa de su hermano, pero el día en que los dos ejércitos se hallaban frente a frente en Bussaco, después de que su hermano le prometiera atraer al capitán Sharpe para darle una paliza entre los árboles, Ferragus había asegurado a Pedro que regresaría a Coimbra y que allí vigilaría la casa de los Ferreira hasta que estuvieran claras las pautas que iba a seguir la campaña francesa. Se suponía que la gente tenía que abandonar la ciudad y dirigirse a Lisboa, pero si se detenía a los franceses no sería necesario huir, y tanto si los detenían como si no, en las calles reinaba el malestar porque a la gente no le hacía ninguna gracia la orden de abandonar sus hogares. La casa de Ferreira, rica y magnífica, adquirida con el legado del patrimonio de su padre, era un objetivo probable para que lo saquearan los



ladrones, aunque nadie se atrevería a tocarla si Ferragus y sus hombres estaban allí; así pues, tras su fallido intento de matar a ese fusilero insolente, el grandullón cabalgó para cumplir su promesa.

La distancia desde la sierra de Bussaco hasta la ciudad de Coimbra no llegaba a treinta kilómetros, pero la niebla y la oscuridad retrasaron a Ferragus y a sus hombres y no fue hasta antes de amanecer cuando pasaron a caballo junto a los imponentes edificios de la universidad y bajaron por la ladera en dirección a la casa de su hermano. Las bisagras de la verja del patio de los establos chirriaron y Ferragus desmontó allí, dejó a su caballo y entró en la cocina para meter la mano herida en una cuba de agua fría. ¡Por Dios que aquel maldito fusilero tenía que morir!, pensó. Tenía que morir. Ferragus rumiaba lo injusta que era la vida mientras se limpiaba las heridas de la mandíbula y las mejillas con un trapo. Hizo un gesto de dolor, aunque peor eran las persistentes punzadas que sentía en la ingle desde el enfrentamiento en la ermita. Ferragus se prometió a sí mismo que la próxima vez, la próxima vez se enfrentaría a Sharpe únicamente con los puños y mataría al inglés al igual que había matado a muchos otros hombres, pulverizándolo y dejándolo convertido en una masa ensangrentada y quejumbrosa. Sharpe tenía que morir, Ferragus lo había jurado, y si rompía su juramento sus hombres pensarían que se estaba ablandando.

De todos modos, lo estaban debilitando. La guerra se había encargado de ello. Muchas de sus víctimas habían huido de Coimbra y de las tierras de labranza circundantes, habían ido a refugiarse a Lisboa. Aquel contratiempo temporal pasaría y, en cualquier caso, a Ferragus no le hacía ninguna falta seguir extorsionando. Era rico, pero le gustaba que el dinero siguiera circulando porque no confiaba en los bancos. Le gustaba la tierra y había invertido las enormes ganancias obtenidas durante su época de negrero en viñedos, granjas, casas y tiendas. Todos los burdeles de Coimbra eran de su propiedad y apenas había un estudiante en la universidad que no viviera en una casa de Ferragus. Era rico, más rico de lo que había soñado cuando era pequeño, pero nunca tendría dinero suficiente. Le encantaba el dinero. Ansiaba tenerlo, lo amaba, lo acariciaba, soñaba con él.

Volvió a limpiarse la mandíbula y vio que el agua que goteaba del trapo era rosada. *Capitão* Sharpe. Dijo en nombre en voz alta, sintiendo el dolor de la boca. Se miró la mano que le dolía. Tenía la impresión de que se había roto algunos huesos de los nudillos, pero podía mover los dedos, por lo que no debía de ser muy grave. Sumergió los nudillos en el agua y entonces se dio la vuelta lentamente cuando la puerta de la cocina se abrió y entró la institutriz de su hermano, la señorita Fry, vestida con el camisón y una pesada bata de lana. Llevaba una vela y dio un respingo de sorpresa al ver al hermano de su patrón.

—Lo lamento, *senhor* —dijo ella, e hizo ademán de marcharse.

—Entre —gruñó Ferragus.

Sarah hubiera preferido volver a su dormitorio, pero había oído el ruido de los caballos en el patio del establo y había bajado a la cocina con la esperanza de que pudiera tratarse del comandante Ferreira que trajera noticias sobre el avance francés.

—Está herido —dijo.

—Me caí del caballo —le dijo Ferragus—. ¿Por qué está levantada?

—Para hacer té —dijo Sarah—. Lo hago cada mañana. Y me preguntaba, *senhor* —añadió mientras cogía una tetera del estante—, si tendría noticias de los franceses.

—Los franceses son unos cerdos —declaró Ferragus—, y eso es lo único que le hace falta saber, de modo que prepare su té y haga un poco para mí también.

Sarah dejó la vela, abrió el fogón y puso astillas sobre los rescoldos. Cuando las astillas ardieron puso más leña al fuego. Cuando el fuego ardió debidamente ya había más sirvientes atareados por la casa, pero ninguno entró en la cocina, donde Sarah vaciló antes de llenar la tetera. El agua de la cuba estaba manchada de sangre.

—Sacaré un poco de agua del pozo —dijo.

Ferragus la observó cuando ella salió por la puerta abierta. La señorita Sarah Fry era un símbolo de las aspiraciones de su hermano. Para el comandante Ferreira y su esposa, una institutriz inglesa era una valiosa posesión, al igual que la porcelana fina, las arañas de cristal o los muebles dorados. Sarah revelaba el buen gusto de ambos, pero Ferragus la consideraba un mojigato desperdicio del dinero de su hermano. A él le parecía una típica inglesa esnob y, ¿en qué iba a convertir a Tomás y María? ¿En pequeñas copias estiradas de sí misma? Tomás no necesitaba aprender modales ni saber inglés; lo único que tenía que saber era cómo defenderse. En cuanto a María, su madre podía enseñarle modales y, siempre y cuando fuera guapa, lo demás no importaba. En cualquier caso, ésa era la opinión de Ferragus, que desde que la señorita Fry había llegado a casa de su hermano también se había fijado en que era una mujer bonita; era más que bonita, era hermosa. Tenía la piel blanca, el cabello rubio, los ojos azules, y era alta y elegante.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó cuando ella volvió a la cocina.

—¿Acaso es asunto suyo, *senhor*? —replicó Sarah en tono enérgico.

Ferragus sonrió.

—Mi hermano me mandó aquí para protegerlos a todos. Me gusta saber qué estoy protegiendo.

—Tengo veintidós años, *senhor*. —Sarah puso el agua a hervir en el fogón y a su lado colocó la gran tetera inglesa de color castaño para que la porcelana se calentara. Cogió la caja de hojalata donde se guardaba el té y ya no tuvo nada más que hacer puesto que el recipiente todavía estaba frío y el agua tardaría unos largos minutos en hervir sobre el fuego recién avivado de modo que, como detestaba estar sin hacer nada, se puso a limpiar unas cucharas.

Ferragus se dirigió a ella de nuevo:

—¿Tomás y María están aprendiendo como es debido?

—Cuando se aplican —respondió Sarah en tono de eficiencia.

—Tomás me ha dicho que le pega.

—Por supuesto que le pego —repuso Sarah—. Soy su institutriz.

—Pero no pega a María, ¿verdad?

—María no dice palabrotas —dijo Sarah—, y yo detesto el lenguaje soez.

—Tomás será un hombre —comentó Ferragus—, le harán falta las palabrotas.

—En tal caso puede aprenderlas de usted, *senhor* —replicó Sarah mirando a Ferragus a los ojos—, pero yo no voy a enseñarle a utilizar ese lenguaje delante de las damas. Sólo con que aprenda eso ya habré resultado útil.

Ferragus lanzó un gruñido que podría haber sido de regocijo. La mirada de la muchacha, que no denotaba ningún temor, lo desafiaba. Él estaba acostumbrado a que los demás sirvientes de su hermano se encogieran al pasar por su lado; bajaban la mirada e intentaban volverse invisibles, pero aquella muchacha inglesa era descarada. No obstante, también era hermosa, y Ferragus se maravilló ante la línea de su cuello, ensombrecido por unos rebeldes cabellos rubios. Qué piel tan blanca, pensó, y tan delicada.

—Les enseña francés. ¿Por qué? —le preguntó.

—Porque es lo que quiere la esposa del comandante —contestó Sarah—, porque es el idioma de la diplomacia. Porque el dominio del francés es un requisito del refinamiento.

Ferragus dejó escapar una especie de gruñido gutural que sin duda era un veredicto sobre el refinamiento y a continuación se encogió de hombros.

—Al menos el idioma les resultará útil si vienen los franceses —dijo.

—Si vienen los franceses —comentó Sarah— ya tendríamos que habernos ido hace mucho tiempo. ¿No es lo que ha ordenado el gobierno?

Ferragus hizo un gesto de dolor al mover la mano derecha.

—Quizás ahora ya no vengan. No si pierden la batalla.

—¿La batalla?

—Su lord Wellington está en Bussaco. Espera que los franceses lo ataquen.

—Rezo para que lo hagan —dijo Sarah con seguridad—, porque entonces les dará una paliza.

—Tal vez —repuso Ferragus—, o tal vez su lord Wellington hará lo mismo que hizo sir John Moore en La Coruña. Combatir, ganar y huir.

Sarah soltó un resoplido para expresar lo que opinaba sobre dicha afirmación.

—*Os ingleses* —dijo Ferragus ferozmente— *por mar*.

Había dicho que los ingleses se marcharían por mar. Era una opinión generalizada en Portugal. Los británicos eran unos oportunistas, buscaban la victoria pero huían de cualquier posible derrota. Habían venido y habían luchado, pero no se quedarían

hasta el final. *Os ingleses por mar.*

Sarah albergaba cierto temor de que Ferragus tuviera razón, pero no iba a admitirlo.

—¿Dice que su hermano lo mandó para protegernos? —le preguntó en cambio.

—Sí. El no puede estar aquí. Tiene que permanecer con el ejército.

—Entonces confiaré en que usted, *senhor*, se encargará de buscarme un lugar seguro si, como dice, los ingleses huyen por el mar. No puedo quedarme aquí si vienen los franceses.

—¿No puede quedarse aquí?

—Por supuesto que no. Soy inglesa.

—Yo la protegeré, señorita Fry —dijo Ferragus.

—Me alegra oírlo —repuso ella con brusquedad, y se volvió hacia la tetera.

Zorra, pensó Ferragus, zorra inglesa estirada.

—Olvídese de mi té —dijo él, y salió de la cocina sin decir palabra.

Entonces, desde la distancia, se percibió a medias, un sonido parecido al de los truenos. Subía y bajaba de volumen, se iba perdiendo, se volvía a oír, y en su punto de máxima intensidad las ventanas se sacudieron suavemente en los marcos. Sarah miró hacia el patio, vio la fría niebla gris y supo que no eran truenos lo que oía desde tan lejos.

Eran los franceses.

Porque amanecía y, en Bussaco, los cañones se habían puesto a trabajar.

## CAPÍTULO 3

Sharpe durmió mal. El suelo húmedo se enfrió aún más a medida que fue transcurriendo la noche y a él le dolía todo. Las costillas dañadas se le clavaban como cuchillos cada vez que se movía y, cuando al final renunció a dormir y se levantó en la oscuridad previa al amanecer, quiso volver a echarse por el dolor. Se palpó las costillas, preguntándose si acaso la herida no sería peor de lo que él temía. Tenía el ojo derecho hinchado y medio cerrado, y le molestaba al tacto.

—¿Está despierto, señor? —lo llamó una voz desde allí cerca.

—Estoy muerto —respondió Sharpe.

—Entonces, ¿quiere una taza de té, señor?

Era Matthew Dodd, un fusilero de la compañía de Sharpe al que acababan de ascender a cabo durante su ausencia. Knowles le había entregado a Dodd el galón adicional y Sharpe aprobaba dicho ascenso.

—Gracias, Matthew —le dijo Sharpe, que hizo una mueca de dolor cuando se encorvó y recogió unos pedazos de madera húmeda para hacer el fuego. Dodd ya había prendido un poco de leña con eslabón y se había servido de un afilador y un pedernal y en aquellos momentos soplaba para conseguir una llama brillante.

—¿Se supone que podemos encender fogatas, señor? —preguntó Dodd.

—No teníamos que encenderlas anoche, Matthew, pero con esta dichosa niebla, ¿quién la vería? Además, necesito un poco de té, de modo que no deje que se apague.

Sharpe añadió su leña y escuchó el chisporroteo y el silbido de las llamas nuevas mientras Dodd llenaba una tetera con agua y le echaba un puñado de hojas de té que guardaba sueltas en su bolsa. Sharpe añadió un poco del suyo y luego echó más leña al fuego.

—Qué mañana más húmeda —comentó Dodd.

—La maldita niebla —Sharpe vio que la bruma todavía era espesa.

—No tardarán en tocar diana —dijo Dodd, que puso la tetera sobre las llamas.

—Ni siquiera deben de ser las dos y media —dijo Sharpe. A lo largo de la cadena montañosa, aquí y allá, otros soldados estaban encendiendo fogatas que en algunos puntos dieron un resplandor brumoso a la niebla, pero la mayor parte del ejército todavía dormía. Sharpe tenía piquetes apostados en el extremo este de la sierra, pero no era necesario que fuera a inspeccionarlos hasta dentro de unos minutos.

—El sargento Harper dijo que se cayó por unas escaleras, señor —comentó Dodd mirando el rostro magullado de Sharpe.

—Las escaleras son peligrosas, Matthew. Sobre todo a oscuras, cuando todo está resbaladizo.

—Allí en casa, un hombre llamado Sexton murió de esta forma —explicó Dodd, con su rostro adusto iluminado por las llamas—. Subió al campanario para ponerle

una cuerda nueva a la gran campana tenor y resbaló. Hay quien dice que tal vez lo empujaron, porque su mujer se había enamorado de otro hombre.

—¿De usted, Matthew?

—¡Señor Sharpe! —exclamó Dodd, indignado—. ¡No, de mí no!

El té estuvo a punto enseguida y Sharpe llenó su tazón de hojalata y, después de dar las gracias a Dodd, se dirigió al otro lado de la cima, en dirección a los franceses. No bajó por la ladera, pero encontró un pequeño espolón que sobre salía cerca del camino. El ramal, que asomaba como un bastión en lo alto de la montaña, se extendía unos cien pasos antes de terminar en un montículo coronado por un recortado revoltijo de rocas desperdigadas, y era allí donde esperaba encontrar a los centinelas. Pisó con fuerza al acercarse, pues quería alertar a los piquetes de su presencia.

—¿Quién va? —le habían dado el alto con bastante rapidez, pero Sharpe ya se lo esperaba puesto que el sargento Read estaba de servicio.

—El capitán Sharpe.

—¿La contraseña, capitán? —le preguntó Read.

—Le doy un sorbo de té caliente si no me dispara —dijo Sharpe.

Read insistía mucho en cumplir las normas, pero incluso a un metodista se le podía convencer para que dejara pasar lo de la contraseña a cambio de un poco de té.

—La contraseña es Jessica, señor —le dijo Read en tono de reprobación.

—La esposa del coronel, ¿eh? Al señor Slingsby se le olvidó decírmela —le pasó la taza de té a Read—. ¿Ha pasado algo malo por aquí?

—Nada, señor, nada en absoluto.

El alférez Iliffe, que nominalmente estaba al mando del piquete aunque con órdenes de no hacer nada sin el consentimiento de su sargento, se acercó y miró boquiabierto a Sharpe.

—Buenos días, señor Iliffe —dijo Sharpe.

—Señor —repuso el chico con un tartamudeo, demasiado asustado para entablar conversación.

—¿Todo tranquilo?

—Eso creo, señor —contestó Iliffe, que miró el rostro de Sharpe, no del todo seguro de creer el daño que veía en la penumbra y excesivamente nervioso para preguntar qué lo había causado.

La vertiente este descendía hacia la niebla y la oscuridad. Sharpe se acuclilló con el rostro crispado por el dolor de las costillas, cerró los ojos y escuchó. En la ladera, por encima de él, oyó a los soldados que se despertaban, el sonido metálico de una tetera, el chisporroteo de las pequeñas hogueras al ser reavivadas. Un caballo golpeó el suelo con la pezuña y en algún lugar lloró un niño. Ninguno de esos sonidos le preocupaban. Él intentaba oír algo desde más abajo, pero todo estaba tranquilo.

—No vendrán hasta el amanecer —dijo, consciente de que los franceses

necesitaban un poco de luz para encontrar el camino que ascendía por la montaña.

—¿Cree que lo harán, señor? —preguntó Read con aprensión.

—Eso dicen sus desertores. ¿Cómo está su cebo?

—¿Con esta niebla? No me fío —respondió Read, que miró a Sharpe con el ceño fruncido—. ¿Se ha hecho daño, señor?

—Me caí por unas escaleras —dijo Sharpe—. No tuve cuidado. Será mejor que disparen sus armas al toque de diana —siguió diciendo—, y yo advertiré al batallón.

Los seis soldados del piquete habían montado guardia en el promontorio rocoso durante toda la noche con los mosquetes y rifles cargados. Para entonces el aire húmedo habría penetrado en el cebo de las cazoletas y lo más probable era que las chispas no inflamaran la pólvora. Por lo tanto, cuando el ejército se despertara al toque de las cornetas, los piquetes pondrían otro pellizco de pólvora seca en sus cazoletas, dispararían el mosquete para expulsar la vieja carga y, si no se les prevenía, los demás podían creer que los disparos significaban que los franceses habían trepado a través de la niebla.

—Hasta entonces mantenga los ojos abiertos —prosiguió Sharpe.

—¿Nos van a relevar cuando toquen diana? —preguntó Read ansiosamente.

—Pueden dormir un par de horas cuando termine el estado de alerta —contestó Sharpe—, pero afilen sus bayonetas antes de echarse.

—¿Cree usted... —El alférez Iliffe empezó la pregunta, pero no terminó de hacerla.

—No sé qué esperar —le respondió Sharpe de todos modos—, pero uno no afronta una batalla con una hoja desafilada, señor Iliffe. Déjeme ver su sable.

Iliffe, como correspondía a un oficial de una compañía de tiradores, llevaba un sable de la caballería ligera. Era un arma vieja, adquirida en su país a buen precio, con una guarnición deslustrada y un puño de cuero gastado. El alférez le entregó el arma a Sharpe, que pasó el pulgar por su filo curvado y luego por el agudo borde superior del contrafilo.

—A unos ochocientos metros de distancia —le dijo a Iliffe— hay un regimiento de dragones portugueses, de manera que cuando amanezca vaya hasta ellos, busque a su herrero y entréguele un chelín para que le afile esta hoja. Con este sable no podría ni despellejar a un gato —le devolvió el arma y a continuación desenvainó a medias la suya.

Sharpe, tercamente, no llevaba el sable de la caballería ligera. En lugar de eso, portaba una espada de la caballería pesada, un arma de hoja larga y recta que no estaba bien equilibrada y que pesaba demasiado, pero que resultaba ser un instrumento brutal en unas manos fuertes. Al tocar el filo, lo notó muy cortante, pero aún así haría que le afilaran un poco más la espada. Le parecía que era un dinero bien gastado.

Regresó de nuevo a la cima y gorroneó otra taza de té un momento antes de que sonara la primera corneta.

Fue un sonido amortiguado, en la distancia, puesto que provenía del valle de abajo, de los invisibles franceses, pero al cabo de un instante ya resonaba por la cima el clamor de montones de trompetas y cornetas.

—¡Alerta! ¡Alerta! —gritó el comandante Leroy, que vio a Sharpe a través de la niebla—. ¡Buenos días, Sharpe! Hace frío, ¿eh? ¿Qué ha pasado con el verano?

—Les dije a los piquetes que vaciaran sus armas, señor.

—No me alarmaré —repuso Leroy, a quien se le iluminó el rostro—. ¿Eso que lleva es té, Sharpe?

—Yo creía que los americanos no bebían té.

—Los americanos leales sí, Sharpe —Leroy, hijo de unos padres que habían huido de la victoria de los rebeldes en las Trece Colonias, le robó la taza a Sharpe—. Supongo que los rebeldes dan el té a los bacalaos —bebió y puso cara de asco—. ¿No le pone azúcar?

—Nunca.

Leroy tomó un sorbo e hizo una mueca.

—Sabe a meados de caballo calientes —dijo, pero apuró la taza de todos modos—. ¡Buenos días, muchachos! ¡Es hora de lucirse! ¡Formen filas!

El sargento Harper había conducido al nuevo piquete hacia las rocas del pequeño espolón donde el sargento Read ordenó a sus hombres que dispararan las armas contra el vacío neblinoso. Leroy advirtió que no había que hacer caso del ruido. El teniente Slingsby, a pesar de haberse emborrachado la noche anterior, tenía un aspecto fresco y elegante, como si fuera a montar guardia en el castillo de Windsor. Salió de su tienda, tiró de su casaca roja para ponérsela bien, ajustó la inclinación de la vaina de su sable y a continuación empezó a andar hacia el piquete.

—¡Debería haberme esperado, sargento! —le gritó a Harper.

—Yo le dije que viniera —dijo Sharpe.

Slingsby se volvió y sus ojos saltones denotaron sorpresa al ver a Sharpe.

—¡Buenos días, Sharpe! —el teniente parecía desvergonzadamente alegre—. ¡Esto sí que es un ojo morado! Anoche tendría que haberse puesto un filete. ¡Un filete! —Slingsby, que encontró gracioso aquel consejo, soltó una risotada—. ¿Cómo se encuentra? Confío en que esté mejor.

—Muerto —dijo Sharpe, y se volvió de nuevo hacia la cima donde el batallón formaba en línea. Permanecería allí durante los momentos más grises del amanecer, durante los peligrosos instantes en los que el enemigo podría lanzar un ataque por sorpresa. Sharpe, al frente de la compañía ligera, miró hacia la línea y sintió que lo invadía una inesperada oleada de afecto por el batallón. Estaba formado por casi seiscientos hombres, la mayoría de ellos procedentes de los pequeños pueblos del sur



de Essex, pero había bastantes londinenses y muchos irlandeses, en su mayor parte ladrones, borrachos, asesinos e idiotas, que se habían convertido en soldados a golpes. Conocían las debilidades de cada uno, les gustaban las bromas de los demás y creían que no había en el mundo un batallón la mitad de bueno que el suyo. Quizá no fueran tan salvajes como los Connaught Rangers, que en aquellos momentos subían para ocupar su posición a la izquierda del South Essex, e indudablemente no iban tan a la moda como los batallones de la Guardia situados más al norte, pero eran dignos de confianza, tercos, orgullosos y seguros de sí mismos. Una cascada de risas recorrió la compañía número cuatro y, aun sin oír lo que las había causado, Sharpe supo que Horace Pearce acababa de hacer una broma y que sus hombres querían pasar el chiste—. ¡Silencio en las filas! —gritó, y lamentó haberlo hecho por el dolor que le dio.

A la derecha del batallón había formado una unidad portuguesa y tras ellos se hallaba una batería de cañones de seis libras portugueses. Unas piezas inútiles, pensó Sharpe, pero había visto suficientes nueve libras en la cordillera como para saber que aquel día los cañones provocarían una carnicería. Le pareció que la niebla se estaba disipando, puesto que a cada minuto que transcurría veía los seis libras con más claridad, y al volverse hacia el norte y mirar hacia las copas de los árboles del otro lado de la pared más lejana del monasterio, vio que la blancura raleaba y se hacía jirones.

Aguardaron durante casi una hora entera, pero los franceses no vinieron. La niebla desapareció de la cima, aunque seguía inundando el valle como un gran río blanco. El coronel Lawford, montado en Rayo, bajó hasta el frente del batallón, y se llevó la mano al sombrero en respuesta a los saludos de las compañías.

—Hoy lo haremos bien —les decía a todas las compañías— y daremos lustre a nuestra reputación. ¡Cumplan con su obligación y demuéstrenles a los franceses lo malos que pueden llegar a ser! —Repitió sus palabras de ánimo a los hombres de la compañía ligera de la izquierda de la línea sin hacer caso del soldado que le preguntó qué era el lustre y miró a Sharpe con una sonrisa—. Venga a desayunar conmigo, ¿quiere, Sharpe?

—Sí, señor.

—Buen chico. —Una corneta sonó a unos ochocientos metros al norte y, al darse la vuelta en la silla, Lawford vio al comandante Forrest—. Podemos poner fin al estado de alerta, comandante. Aunque mitad y mitad, creo.

La mitad de los hombres permanecieron en formación en tanto que a los demás se les permitió romper filas para hacer té, comer algo y orinar, pero nadie podía ir más allá del camino recién abierto y perderse de vista del batallón. Si los franceses acudían entonces, los soldados tendrían que alinearse en cuestión de medio minuto. Dos de las esposas de la compañía ligera estaban sentadas junto a una fogata afilando

bayonetas con piedras amoladeras y riéndose ruidosamente de una broma que había hecho el fusilero Hagman. El sargento Read, que de momento estaba fuera de servicio, tenía una rodilla en el suelo, una mano en su mosquete y rezaba. El fusilero Harris, que afirmaba no creer en ningún dios, comprobaba que su pata de conejo de la suerte estuviera en su bolsa en tanto que el alférez Iliffe intentaba esconderse detrás de la tienda del coronel para vomitar. Sharpe lo llamó:

—¡Señor Iliffe!

—Señor —Iliffe, aún con unos hilitos de líquido amarillento que le caían lentamente por el mentón sin afeitar, se acercó nerviosamente a Sharpe, que desenvainó su espada.

—Llévesela, señor Iliffe —le dijo Sharpe, que fingió no darse cuenta de que el alférez había estado devolviendo—. Busque al herrero de la caballería portuguesa y que la afile como es debido. Que pueda afeitarme con ella. —Dio dos chelines al chico, pues cayó en la cuenta de que su consejo anterior, que Iliffe pagara también un chelín por afilar su arma, no era práctico puesto que lo más probable era que Iliffe no tuviera ni un penique—. Vamos, vaya. Tráigamela de vuelta lo antes posible.

Robert Knowles, desnudo de cintura para arriba, se afeitaba frente a la tienda de Lawford. Tenía la piel del pecho y la espalda blanca como la leche y la tez morena, oscura como la madera vieja.

—Debería dejarse bigote, Robert —le dijo Sharpe.

—¡Qué idea más espantosa! —repuso Knowles al tiempo que se miraba en el espejo apoyado contra el cuenco de agua—. Tenía un tío con bigote y quebró. ¿Cómo se encuentra?

—Fatal.

Knowles, con la mitad del rostro enjabonado y la navaja colocada junto a la mejilla, hizo una pausa para mirar a Sharpe.

—Tiene un aspecto horrible. Tiene que entrar, Richard, el coronel lo espera.

Sharpe pensó en pedirle prestada la navaja, pero todavía le dolía la mandíbula de los golpes y le pareció que podía pasar un día sin afeitarse, aunque por la noche tuviera el mentón negro como la pólvora. Agachó la cabeza para entrar en la tienda y se encontró a Lawford sentado a una mesa de caballete cubierta con una magnífica mantelería y porcelana cara.

—Huevos pasados por agua —le dijo el coronel afectuosamente, a modo de saludo—. Me encantan los huevos pasados por agua cuando están hechos como es debido. Siéntese, Sharpe. El pan no está muy duro. ¿Qué tal sus heridas?

—Apenas las noto, señor —mintió Sharpe.

—Buen chico. —El coronel se llevó un poco de huevo líquido a la boca con la cuchara y a continuación señaló al otro lado de la lona, en dirección este—. La niebla se está disipando. ¿Cree que vendrán los franceses?

—El comandante Hogan parece estar seguro de que sí, señor.

—Entonces debemos cumplir con nuestro deber —dijo Lawford—, y será una buena práctica para el batallón, ¿eh? ¡Blancos reales! Ahí hay café; un café muy bueno, por cierto. Sírvese.

Por lo visto Sharpe iba a ser el único invitado de Lawford, puesto que no había platos ni cubiertos dispuestos para ningún otro comensal. Sharpe se sirvió café, tomó un huevo y una rebanada de pan y comió en silencio. Se sentía incómodo. Hacía más de diez años que conocía a Lawford y, sin embargo, seguía sin saber qué decir en su presencia. Algunas personas, como Hogan o el comandante Forrest, siempre tenían conversación. Los pondrías entre un grupo de extranjeros y serían capaces de charlar como cotorras, pero Sharpe siempre se quedaba mudo excepto con aquellos a quienes conocía bien de verdad. Al coronel no parecía importarle el silencio. Comía sin parar mientras leía un ejemplar de *The Times* de hacía cuatro semanas.

—¡Dios mío! —exclamó en un momento dado.

—¿Qué ocurre, señor?

—Ha muerto Tom Dyton. ¡Pobre hombre! Por la edad, dice aquí. ¡Por lo menos debía de tener setenta años!

—No lo conocía, señor.

—Poseía tierras en Surrey. Era un tipo estupendo, se casó con una Calloway, cosa que siempre es acertada. Los valores consolidados se mantienen, por lo que veo —Dobló el periódico y lo empujó hacia el otro lado de la mesa—. ¿Le gustaría leerlo, Sharpe?

—Sí, señor.

—Pues es todo suyo.

Sharpe no iba a leerlo, pero el periódico le sería útil de todos modos. Cascó la parte superior de otro huevo y se preguntó qué serían los valores consolidados. Sabía que tenía algo que ver con el dinero, pero no tenía ni idea de qué.

—Dígame, ¿piensa que los franceses van a venir? —le preguntó Lawford con forzada efusión y sin ser consciente, al parecer, de que le había hecho la misma pregunta hacía apenas unos minutos.

Sharpe se dio cuenta del nerviosismo del coronel y se preguntó cuál era el motivo.

—Creo que tenemos que suponer que vendrán, señor.

—Claro, claro. Debemos prepararnos para lo peor, ¿no?, y esperar lo mejor. Eso es muy sensato, Sharpe —Lawford untó una rebanada de pan con mantequilla—. De modo que supongamos que va a haber pelea, Wellington y Masséna jugando al rey del castillo, ¿eh? Pero no tendría que ser un combate difícil, ¿verdad?

¿Acaso Lawford estaba nervioso por la batalla? No parecía probable, pues el coronel había participado en suficientes combates como para saberlo que se avecinaba, pero Sharpe intentó tranquilizarlo de todos modos.

—No hay que subestimar a los franchutes, señor —dijo con prudencia—, y, sea lo que sea lo que lancemos contra ellos, van a seguir viniendo; pero no, no tendría que resultar difícil. Esa montaña los retrasará y los mataremos.

—Eso es más o menos lo que yo pensaba, Sharpe —dijo Lawford, brindándole una deslumbrante sonrisa—. La montaña los retrasará y los mataremos. Así pues, en general, el zorro anda suelto, el rastro es intenso, montamos un magnífico caballo y la pista está en buen estado.

—Tendríamos que ganar, señor —dijo Sharpe—, si es eso lo que quiere decir. Y si los portugueses luchan bien.

—Ah, sí, los portugueses. No había pensado en ellos, pero parecen unos tipos estupendos. Cómase el huevo que queda.

—Estoy lleno, señor.

—¿Está seguro? Muy amable. Nunca digo que no a un buen huevo pasado por agua. Mi padre, Dios lo tenga en su gloria, siempre creyó que en las puertas del cielo lo recibiría un ángel llevando dos huevos pasados por agua como es debido en una bandeja de plata. Espero que así fuera. —Sharpe decidió que no había nada que responder a eso, por lo que guardó silencio mientras el coronel rebanaba el huevo, lo espolvoreaba con sal y metía la cuchara dentro—. La cuestión, Sharpe —siguió diciendo Lawford, aunque esta vez en tono vacilante—, es que si la pista está en buen estado y no hay necesidad de preocuparse demasiado, me gustaría difundir un poco de experiencia por el batallón. ¿Sabe a qué me refiero?

—Ya lo hacen los franceses, señor —dijo Sharpe.

—¿Ah, sí? —Lawford pareció sorprendido.

—Cada vez que combaten con nosotros, señor, nos echan encima paladas de experiencia.

—¡Ah, ya entiendo lo que quiere decir! —Lawford comió un poco de huevo y luego se secó los labios con una servilleta—. Yo me refiero a la experiencia real, Sharpe, la que le resultará útil al regimiento. Los soldados no aprenden sus obligaciones mirando, ¿verdad? Aprenden llevándolas a cabo, ¿no está de acuerdo?

—Por supuesto, señor.

—Por lo tanto he decidido, Sharpe —Lawford ya no miraba a Sharpe, sino que estaba concentrado en su huevo—, que hoy Cornelius debería comandar a la compañía ligera. No va a asumir el mando de la compañía, eso no lo piense ni por un momento, pero quiero que extienda sus alas. Quiero ver cómo lo hace, ¿sabe? Y si no va a ser un asunto difícil, esta jornada lo iniciará de un modo llevadero —Se puso más huevo en la boca y se atrevió a dirigirle una mirada socarrona a Sharpe, que no dijo nada. Estaba furioso, se sentía humillado e impotente. Quería protestar pero, ¿para qué? Estaba claro que Lawford ya lo había decidido, y oponerse a su decisión sólo serviría para que el coronel se cerrara en banda—. Y usted, Sharpe —ahora que

tenía la sensación de que lo peor ya había pasado, Lawford sonrió—, creo que probablemente necesita un descanso. Esa caída que tuvo le hizo daño, ¿eh? Parece maltrecho. Así pues, deje que Cornelius demuestre de qué pasta está hecho, ¿eh? Y usted puede utilizar su caballo y ser mis ojos. Aconsejarme.

—Mi consejo, señor —Sharpe no pudo evitar decirlo—, es que deje a su mejor hombre al mando de la compañía ligera.

—Si lo hago —repuso Lawford—, nunca sabré qué potencial tiene Cornelius. No, Sharpe, deje que se foguee, ¿de acuerdo? Usted ya ha demostrado su valía.

Lawford se quedó mirando a Sharpe, buscando su aprobación ante aquella sugerencia, pero Sharpe volvió a quedarse callado. Se sentía como si el fondo de su mundo se hubiese desplomado.

Y en aquel preciso momento un cañón abrió fuego en el valle.

La granada atravesó la niebla con un silbido y salió a la luz del sol por encima de la cordillera donde, como una bola negra contra el cielo despejado, describió un arco por encima de las tropas y cayó cerca del camino recién abierto que unía a las tropas británicas y portuguesas a lo largo de la cadena montañosa. El proyectil estalló tras su primer rebote y no causó daños, pero un pedazo de la carcasa, ya casi sin impulso, golpeó contra la tienda de Lawford e hizo temblar la tirante lona gris.

—Es hora de irse, Sharpe —dijo Lawford, que dejó la servilleta manchada de huevo.

Porque los franceses se acercaban.

\* \* \* \*

Treinta y tres batallones franceses formaron en cuatro columnas que se lanzaron hacia el otro lado del riachuelo y empezaron a subir por la falda de enfrente, oculta por la densa niebla. Aquélla no era más que su primera ofensiva. La segunda todavía se estaba reuniendo y sus veintidós batallones formaban en otras dos grandes columnas que avanzarían a ambos lados del mejor de los caminos, que conducía al extremo norte de la sierra en tanto que una tercera columna, más pequeña, iría tras ellas para aprovecharse de su éxito. Los dos ataques juntos eran como un martillo y un yunque. La primera ofensiva, la más numerosa, seguiría el camino menor que subía hasta la parte más baja de la cadena de montañas, capturaría su amplia cima y luego viraría hacia el norte para caer sobre los defensores que estarían rechazando desesperadamente el segundo asalto. El mariscal Masséna, que esperaba cerca de las tropas que propinarían aquel segundo golpe mortífero, se imaginó a las tropas británicas y portuguesas presas del pánico; los vio huyendo de la sierra, dejando caer mochilas y mosquetes, abandonando todo aquello que los hiciera ir más lentos, y entonces soltaría a su caballería para que barriera el extremo norte de las montañas y

matara a los fugitivos. Tamborileó con los dedos en el pomo de su silla siguiendo el ritmo de los tambores que sonaban al sur. Dichos tambores eran los que conducían la primera ofensiva cuesta arriba.

—¿Qué hora es? —le preguntó a un ayudante de campo.

—Las seis menos cuarto, señor.

—La niebla se está disipando, ¿no le parece? —Masséna miró hacia el vapor con su único ojo. El emperador le había quitado el otro de un disparo en un accidente de caza y Masséna llevaba un parche desde entonces.

—Quizá un poco, señor —respondió el ayudante de campo sin mucho convencimiento.

Masséna pensó que aquella noche dormiría en el monasterio que decían que había en la otra vertiente de la montaña. Mandaría a un escuadrón de dragones para que escoltaran a Henriette desde Tondela, donde habían ido a buscarlo tan repentinamente la noche anterior, y sonrió al recordar los blancos brazos de la muchacha que intentaban agarrarlo juguetonamente mientras se vestía. Había dormido una o dos horas con el ejército y se había levantado temprano para encontrarse con un amanecer frío y neblinoso, pero le pareció que la niebla se aliaba con los franceses, pues permitiría que las tropas recorrieran casi toda la pendiente antes de que los británicos y portugueses las vieran, y en cuanto las Águilas estuvieran cerca de la cima, el asunto no les llevaría mucho tiempo. Obtendrían la victoria hacia mediodía, pensó, y se imaginó las campanas repicando en París para anunciar el triunfo de las Águilas. Se preguntó qué nuevos honores recibiría. Ya era príncipe de Essling pero creía que aquella misma noche podría haber ganado una docena de otros títulos reales. El emperador podía ser generoso con esas cosas y esperaba mucho de Masséna. El resto de Europa estaba en paz, pues los ejércitos de Francia la habían intimidado hasta someterla, por lo que Napoleón había enviado refuerzos a España, había formado aquel nuevo Ejército de Portugal que se le había confiado a Masséna y el emperador esperaba que Lisboa fuera capturada antes de que los árboles perdieran sus hojas. Victoria, pensaba Masséna, victoria a mediodía y entonces podrían perseguir a los restos del enemigo hasta Lisboa.

—¿Está seguro de que hay un monasterio al otro lado de las montañas? —le preguntó a uno de sus ayudantes de campo portugueses, un hombre que luchaba con los franceses porque creía que éstos representaban la razón, la libertad, la modernidad y la racionalidad.

—Sí, señor.

—Esta noche dormiremos allí —anunció Masséna, y volvió su ojo hacia otro de los edecanes—. Que se preparen dos escuadrones para escoltar a *mademoiselle* Leberton desde Tondela.

Una vez asegurada aquella comodidad imprescindible, el mariscal espoleó su

caballo y avanzó a través de la niebla. Se detuvo cerca del río y escuchó. Un único cañón sonaba hacia el sur, la señal de que se había iniciado el primer ataque, y cuando hubo desaparecido el eco resonante del cañón, Masséna oyó que el sonido de los tambores se perdía en la distancia a medida que las cuatro columnas ascendían por la pendiente. Era el sonido de la victoria. El sonido de las Águilas dirigiéndose a la batalla.

En formar las cuatro columnas se había tardado más de dos horas. Habían despertado a los soldados cuando todavía era de noche y se había tocado diana una hora más tarde para engañar a los británicos y que pensaran que los franceses habían dormido más, pero las columnas ya estaban formando mucho antes de que sonaran las cornetas. Los sargentos, con antorchas encendidas, servían de guías y los soldados formaban a partir de ellos, compañía a compañía, pero habían tardado mucho más de lo que se habían esperado. La niebla confundió a los soldados recién levantados. Los oficiales dieron órdenes, los sargentos bramaron, dieron empujones y utilizaron las culatas de sus mosquetes para obligar a los hombres a formar, y algunos idiotas confundieron las órdenes y se unieron a la columna equivocada, por lo que tuvieron que sacarlos de ahí, los maldijeron y los mandaron al lugar que les correspondía, pero al final los treinta y tres batallones se reunieron en sus cuatro columnas de asalto en los pequeños meandros junto al riachuelo.

Había dieciocho mil hombres en las cuatro columnas. Si a dichos soldados se les hubiera hecho formar una línea de tres en fondo, que era como los franceses disponían sus líneas, se hubieran extendido a lo largo de tres kilómetros, pero en lugar de eso se habían concentrado en aquellas cuatro columnas compactas. Las dos mayores encabezaban el ataque, en tanto que las dos más pequeñas iban detrás, listas para aprovecharse de cualquier brecha que abrieran las primeras. Las dos columnas más grandes tenían a ochenta soldados en sus líneas delanteras, pero había otras ochenta líneas detrás y esos dos grandes bloques eran como dos arietes, casi tres kilómetros de infantería concentrada en dos cuadros que avanzaban, pensados para arrojarla contra la línea enemiga y arrollarla con su mera fuerza. «¡No se separen!», gritaban los sargentos mientras los soldados empezaban a subir por la ladera. Una columna no servía de nada si perdía su cohesión. Para causar efecto tenía que ser como una máquina, con cada soldado llevando el paso, hombro con hombro, las filas traseras empujando a la delantera hacia las armas enemigas. Era probable que los soldados de la primera fila murieran, al igual que los de la fila siguiente, y los de la otra, pero al final el ímpetu de la concentración masiva se abriría camino a la fuerza por encima de sus propios muertos y a través de la línea enemiga y entonces podría empezar la verdadera matanza. Los tambores de los batallones estaban concentrados en el centro de cada columna y los chicos hacían sonar el toque de ataque, haciendo una pausa de vez en cuando para dejar que los soldados gritaran la cantinela: «Vive

*l'Empereur!*».

El canto se volvió entrecortado a medida que las columnas ascendían. La montaña era horriblemente empinada, te minaba el aliento, con lo que los soldados se cansaron y empezaron a retrasarse y a separarse de los demás. La niebla todavía era espesa. Las dispersas aulagas y los árboles raquíuticos dificultaban el paso a las columnas, que se separaban para sortearlos y, al cabo de un rato, los grupos de soldados ya no volvieron a unirse, sino que siguieron subiendo como pudieron a través de la silenciosa niebla, preguntándose qué les esperaba en la cima. Antes de llegar a la mitad de la ladera, las dos columnas que iban en cabeza se habían dividido en grupos de hombres cansados y los oficiales, con las espadas desenvainadas, les gritaban a esos grupos que formaran filas, que se apresuraran; los oficiales voceaban desde distintas partes de la colina, lo cual no hizo más que confundir aún más a las tropas, que fueron primero en una dirección y luego en otra. Los tambores, que seguían a las filas rotas, tocaban cada vez con más lentitud a medida que los iba invadiendo el cansancio.

Por delante de las columnas, mucho más adelante, y esparcidos en su formación abierta, los tiradores franceses trepaban hacia la luz. La niebla se iba dispersando a medida que se acercaban a lo alto de la cordillera. Había todo un enjambre de tropas ligeras francesas, más de seiscientos *voltigeurs* frente a cada una de las columnas, cuyo trabajo era ahuyentar a los tiradores británicos y portugueses, obligarlos a retroceder hacia la cima y luego empezar a disparar contra las líneas defensivas. El fuego de los tiradores estaba pensado para debilitar dichas líneas y prepararlas para el azote que venía por detrás de ellos.

Por encima de las desordenadas columnas, invisibles en la niebla, volaban las Águilas. Eran las Águilas de Napoleón, los estandartes franceses, y las estatuillas doradas brillaban en sus mástiles. Dos de ellos llevaban sujeta su bandera tricolor, pero la mayoría de los regimientos habían sacado las banderas de los mástiles y las habían guardado en el depósito en Francia, dejando que fuera el Águila del emperador lo que señalara su honor. «¡Acérquense al Águila!», gritó un oficial; los soldados desperdigados intentaron formar filas y entonces, por encima de ellos, oyeron los primeros chasquidos entrecortados de los tiradores que entraban en combate. Un cañón disparó desde el valle, luego otro, y de pronto dos baterías de artillería francesa estaban disparando a ciegas contra la niebla, con la esperanza de que sus granadas barrieran a los defensores de la cima.

\* \* \* \*

—¡Por las muelas de Cristo! —exclamó el coronel Lawford, quien, al mirar cuesta abajo, vio surgir de entre la niebla a la horda de tiradores franceses. Los *voltigeurs*



eran mucho más numerosos que las compañías ligeras británicas y portuguesas, pero los casacas rojas, cazadores y casacas verdes dispararon primero. El humo se alzaba de la ladera en bocanadas. Un francés se retorció y cayó de espaldas; los *voltigeurs* apoyaron una rodilla en el suelo y apuntaron sus mosquetes. La descarga hendió la mañana, la niebla se espesó con el humo de la pólvora y Sharpe vio caer a dos casacas rojas y a un portugués. Disparó el segundo soldado de las parejas de tiradores, pero los *voltigeurs* eran demasiado numerosos, el fuego de sus mosquetes era casi continuo y las casacas rojas, verdes y marrones retrocedían. Los *voltigeurs* avanzaron en breves avalanchas, había dos de ellos por cada tirador aliado y estaba claro que los franceses estaban ganando aquel primer combate por su mera superioridad numérica.

El teniente Slingsby y las tropas ligeras del South Essex se habían desplegado por delante del batallón y en aquellos momentos se encontraban en el flanco del avance francés. Frente a ellos el terreno se hallaba despejado en su mayor parte, pero los *voltigeurs* eran muy numerosos a su derecha y por unos breves momentos la compañía fue capaz de aguantar y acercarse al flanco enemigo, hasta que un oficial francés se dio cuenta de lo que ocurría y gritó para que dos compañías rechazaran a los casacas rojas y verdes.

—¡Retroceda ahora! —dijo Sharpe entre dientes. Iba montado en *Porcia*, el caballo de Slingsby, y la altura le proporcionaba una clara visión del combate que tenía lugar a unos trescientos pasos de distancia—. ¡Retroceda! —exclamó en voz más alta, y el coronel le lanzó una mirada de irritación. Pero entonces Slingsby comprendió el peligro y dio ocho toques de silbato. Con ello indicó a la compañía ligera que se retirara al tiempo que torcía hacia la izquierda, una orden que llevaría a los soldados cuesta arriba hacia el batallón y que era la orden correcta, la que Sharpe hubiese dado, pero a Slingsby se le había subido la sangre a la cabeza y no quería retroceder mucho ni demasiado pronto, cediendo así el combate a los franceses, por lo que, en lugar de volver a subir oblicuamente por la ladera tal como él había ordenado, echó a correr en perpendicular a la pendiente.

Los soldados ya habían empezado a ascender por la ladera pero, al ver que el teniente se quedaba mucho más abajo, dudaron.

—¡Sigán disparando! —les gritó Slingsby—. ¡No se amontonen! ¡Vamos, deprisa!

Una bala alcanzó una roca junto a su pie derecho y rebotó hacia el cielo. Hagman le pegó un tiro al oficial francés que había encabezado el movimiento contra el South Essex y Harris abatió a un sargento enemigo que cayó sobre unas matas de aulaga, pero los demás franceses siguieron avanzando y Slingsby retrocedió lentamente; no obstante, en lugar de encontrarse entre los franceses y el South Essex, en aquellos momentos estaba frente al flanco enemigo y otro oficial francés, creyendo que la

compañía ligera se había apartado, les gritó a los *voltigeurs* que subieran en línea recta por la colina hacia el flanco derecho de la línea del South Essex. Los cañones abrieron fuego desde la cima y dispararon desde la izquierda del batallón hacia la niebla por detrás de los *voltigeurs*.

—Deben de haber visto algo —dijo Lawford al tiempo que le daba unas palmaditas en el cuello a Rayo para calmar al semental, que se había asustado con el repentino estallido de los seis libras—. ¿Oye los tambores?

—Los oigo —respondió Sharpe. Era el sonido de siempre, el *pas de charge* francés, el ruido de las Águilas cuando atacaban—. «Pantalones viejos» —dijo. Era el apodo británico para el *pas de charge*.

—¿Por qué lo llamamos así?

—Es una canción, señor.

—¿Quiero oírla?

—No de mí, señor. No sé cantar.

Lawford sonrió, aunque en realidad no estaba escuchando. Se quitó el bicornio y se pasó la mano por el pelo.

—El grueso de su ejército ya no puede andar lejos —dijo, con ganas de que terminara el enfrentamiento. Los *voltigeurs* ya no avanzaban, sino que disparaban contra la línea para debilitarla antes de la llegada de la columna.

Sharpe observaba a Slingsby quien, al ver que los franceses daban la vuelta y se alejaban de él, pareció momentáneamente desconsolado. No lo había hecho mal. Todos sus hombres estaban vivos, incluyendo al alférez Iliffe quien, cuando le había devuelto la espada a Sharpe, estaba pálido a causa de los nervios. No obstante, el muchacho se había mantenido firme, que era lo único que se podía esperar de él, en tanto que el resto de soldados de Slingsby habían alcanzado al enemigo con algunos disparos, un enemigo que en aquellos momentos se alejaba de la compañía. Sharpe pensó que lo que tendría que hacer Slingsby era trepar por la ladera y desplegar a sus hombres frente al South Essex, pero justo entonces apareció la primera de las columnas que salió de entre la niebla.

Primero eran sombras, luego formas oscuras, y Sharpe no lo entendía, pues la columna ya no era una concentración coherente de hombres, sino más bien grupos de soldados que surgían de la blancura de manera irregular. Otros dos cañones abrieron fuego desde la cima, sus balas atravesaron las filas de hombres y rociaron la niebla de sangre, y todavía seguían viniendo más soldados, cientos de ellos, que al salir a la luz se apresuraban unos hacia otros intentando volver a formar la columna, y los cañones, cargados de nuevo con botes de metralla, abrieron grandes agujeros irregulares en los uniformes azules.

Slingsby se hallaba todavía en el flanco, pero la visión de la columna lo indujo a ordenar a sus hombres que abrieran fuego. Los *voltigeurs* vieron lo que estaba

ocurriendo y docenas de ellos echaron a correr para cortarle el camino a la compañía ligera.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Sharpe en voz alta, y en aquella ocasión Lawford no pareció irritado, sólo preocupado, pero Slingsby vio el peligro y ordenó a sus hombres que se retiraran tan rápidamente como pudieran. Subieron a toda prisa por la cuesta. No fue una retirada digna, no iban disparando según retrocedían, sino que se limitaron a correr para salvar la vida. Uno o dos soldados que se hallaban más abajo descendieron corriendo por la ladera para ocultarse en la niebla, pero el resto lograron regresar como pudieron a la cima, donde Slingsby les gritó que se desplegaran frente al batallón.

—Demasiado tarde —comentó Lawford en voz baja—, demasiado tarde, maldita sea. ¡Comandante Forrest! Llame a los tiradores.

Sonó la corneta y los miembros de la compañía ligera, jadeantes tras haber escapado por los pelos, formaron a la izquierda de la línea. Los *voltigeurs* que habían perseguido a la compañía ligera desde el flanco de la columna empezaron a disparar contra el South Essex y las balas pasaron silbando cerca de Sharpe, puesto que la mayoría de los franceses apuntaban hacia los estandartes y el grupo de oficiales a caballo agrupados detrás de las dos banderas. Un soldado de la compañía número cuatro cayó abatido.

—¡Cierren filas! —gritó un sargento, y un cabo, que tenía asignada la misión de cerrar las filas, arrastró al herido para apartarlo de la formación.

—Llévelo con el cirujano, cabo —dijo Lawford, y luego observó mientras la gran concentración de franceses, miles de ellos que ya eran visibles en los márgenes arremolinados de la niebla, se volvieron hacia sus filas—. ¡Prepárense!

Cerca de seiscientos hombres amartillaron sus mosquetes. Los *voltigeurs* sabían lo que se les avecinaba y dispararon contra el batallón. Las balas sacudieron la pesada seda amarilla de la bandera del regimiento. Otros dos soldados fueron alcanzados delante de Sharpe y uno de ellos gritaba de dolor.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —gritó un cabo.

—¡Deja de hacer ese maldito ruido, chico! —gruñó el sargento Willets, de la quinta compañía.

La columna se hallaba a doscientos metros de distancia y todavía no había formado como era debido, pero entonces ya se los podía ver desde la cima. Los *voltigeurs* estaban más cerca, a unos cien pasos, disparando de rodillas, levantándose para recargar y disparando de nuevo. Slingsby había dejado que sus fusileros se adelantaran unos pasos a la línea y éstos estaban hiriendo a los *voltigeurs*, eliminando a sus oficiales y sargentos, pero una veintena de rifles no podía atemperar aquel ataque. Ésa era una tarea para los casacas rojas.

—¡Apunten bajo al disparar! —gritó Lawford—. ¡No malgasten el plomo de su

majestad! ¡Apuntarán bajo! —Cabalgó por el lado derecho de su línea repitiendo el mensaje—. ¡Apunten bajo! ¡Recuerden el entrenamiento! ¡Apunten bajo!

La columna se estaba volviendo a unir, las filas se movieron y se juntaron como si buscaran protección. Una bala de nueve libras surcó la columna, levantando una rápida y prolongada lluvia de sangre. Los tambores tocaban frenéticamente. Sharpe miró a la izquierda y vio que los Connaught Rangers se acercaban al South Essex, acudían para contribuir con sus descargas, y entonces la bala de un *voltigeur* alcanzó la parte superior de la oreja de su caballo y le sacudió la manga de la casaca. Sharpe veía los rostros de los soldados de la primera fila de la columna, veía sus bigotes, sus bocas abiertas para aclamar a su emperador. Un bote de metralla de un nueve libras cayó sobre ellos y sacudió sus filas, desigualándolas y tiñéndolas de rojo, pero ellos se acercaron, pasaron por encima de los muertos y moribundos y siguieron aproximándose con sus largas bayonetas relucientes. Las Águilas brillaban con la nueva luz del sol. Más cañones abrieron fuego y atacaron la columna con botes de metralla puestos encima de las balas, y los franceses, intuyendo que no había artillería a su izquierda, viraron en esa dirección y empezaron a ascender hacia el batallón portugués situado a la derecha del South Essex.

—Se nos están ofreciendo —dijo Lawford. Había vuelto a cabalgar hacia el centro del batallón y miraba cómo los franceses daban la vuelta y dejaban el flanco derecho al descubierto frente a sus mosquetes—. Creo que deberíamos unirnos al baile, Sharpe, ¿no le parece? ¡Batallón! —tomó aire—. ¡El batallón avanzará!

Lawford hizo avanzar al South Essex, sólo unos veinte metros, pero el movimiento asustó a los *voltigeurs*, que creyeron que podrían ser el objetivo de la descarga de un regimiento y se alejaron a toda prisa para unirse a la columna que en aquel momento marchaba oblicuamente frente al South Essex.

—¡Apunten armas! —gritó Lawford, y casi seiscientos soldados se colocaron el mosquete al hombro.

—¡Fuego!

La descarga masiva produjo una nube alargada de humo de pólvora que olía a huevos podridos, luego las culatas de los mosquetes golpearon el suelo y los soldados cogieron otro cartucho y empezaron a recargar.

—¡Ahora fuego por secciones! —dijo Lawford a sus oficiales, volvió a quitarse el sombrero y se limpió el sudor de la frente. Todavía hacía frío, el viento que soplaba del lejano Atlántico era fresco y, no obstante, Lawford tenía calor.

Sharpe oyó el chasquido de la descarga portuguesa y luego el South Essex inició su propio fuego escalonado, disparando media compañía tras otra desde el centro de la línea, por lo que las balas no se terminaban nunca mientras los soldados realizaban los bien practicados movimientos de cargar y disparar, cargar y disparar. En aquellos momentos el enemigo era invisible, la humareda de sus propias armas lo ocultaba al

batallón. Sharpe cabalgó a lo largo de la derecha de la línea; no fue hacia la izquierda deliberadamente, para que nadie pudiera acusarle de estorbar a Slingsby.

—¡Apunten bajo! —gritó a los soldados—. ¡Apunten bajo!

—De la humareda salieron unas cuantas balas dirigidas hacia allí, pero casi todas pasaron demasiado altas. Los soldados sin experiencia solían disparar alto y los franceses, a los que los portugueses y el South Essex estaban haciendo pedazos, intentaban disparar cuesta arriba hacia una nube de humo y estaban recibiendo un terrible castigo por parte de los mosquetes y los cañones. El pánico debía de haber dominado a algunos enemigos, porque Sharpe vio dos baquetas que pasaron dando vueltas por encima de su cabeza, prueba de que los hombres estaban demasiado asustados para recordar su instrucción con mosquete. Se detuvo junto a la compañía de granaderos, observó a los portugueses y le pareció que disparaban con la misma eficiencia que cualquier batallón de casacas rojas. Sus descargas de media compañía eran regulares como un reloj, el humo se levantaba desde el centro del batallón y Sharpe supo que las balas debían de estar cayendo duramente sobre el frente de la columna que se desintegraba.

Más mosquetes llamearon cuando el 88.º, los temidos Connaught Rangers, dieron media vuelta y se avanzaron a la línea para atacar la columna francesa herida; sin embargo, los franceses resistieron de algún modo. Los soldados de las filas y columnas exteriores caían muertos y heridos, pero la concentración de hombres en el interior de la columna seguía con vida, subían por la ladera para reemplazar a los muertos e intentaban avanzar en masa hacia las terribles descargas pero no de forma ordenada, sino todos amontonados. Más tropas de casaca roja y marrón avanzaban hacia la contienda, sumando a ella su fusilería, pero los franceses seguían avanzando contra la tormenta. La columna se estaba dividiendo de nuevo, destrozada por el azote de las balas de cañón y los botes de metralla, dando entonces la impresión de ser unos grupos desorganizados de hombres que subían penosamente por la ladera y pasaban junto a montones de muertos. Sharpe oyó que los oficiales y los sargentos les gritaban a sus soldados instándoles a seguir adelante, oyó el frenético golpeteo de los tambores, a los que una banda británica desafió tocando *Men of Harlech*.

—¡No es muy apropiado! —El comandante Forrest se había reunido con Sharpe y tuvo que gritar para hacerse oír por encima del denso estrépito de la mosquetería—. No estamos precisamente en una hondonada.

—Está herido —dijo Sharpe.

—Un rasguño —Forrest se miró la manga derecha, que estaba desgarrada y manchada de sangre—. ¿Qué tal los portugueses?

—¡Muy bien!

—El coronel se preguntaba dónde estaba usted —dijo Forrest.

—¿Acaso creía que había vuelto con la compañía ligera? —preguntó Sharpe

agriamente.

—Vamos, vamos, Sharpe —lo reprendió Forrest.

Sharpe dio la vuelta a su caballo torpemente y lo espoleó para dirigirse nuevamente junto a Lawford.

—¡Esos cabrones no se mueven! —le espetó indignado el coronel a modo de saludo. Lawford estaba inclinado hacia delante en su silla, intentando ver a través de la humareda y cuando la nube maloliente se disipaba un poco entre descarga y descarga de las medias compañías, sólo distinguió los enormes grupos de obstinados franceses aferrados a la ladera por debajo de la cima—. ¿Las bayonetas los echarán de ahí? —preguntó a Sharpe—. ¡Por Dios! Estoy por utilizar el acero. ¿A usted qué le parece?

—¿Dos descargas más? —sugirió Sharpe.

Cuesta abajo reinaba el caos. La columna francesa, rota de nuevo, no era ahora más que unos grupos de soldados que disparaban cuesta arriba hacia el humo en tanto que más hombres, quizá otra columna distinta o los rezagados de la primera, seguían uniéndose a dichos grupos de forma constante. La artillería francesa se sumaba al estruendo. Debían de haber llevado los obuses al pie de la ladera y las granadas, disparadas a ciegas hacia la niebla, silbaban por encima de las cabezas y caían en la retaguardia, donde las únicas víctimas eran las mujeres, las hogueras, las tiendas y los caballos atados. Un grupo de *voltigeurs* franceses había tomado el espolón rocoso en el que Sharpe había apostado su piquete durante la noche.

—Deberíamos echar de ahí a esos tipos —dijo Sharpe, señalando hacia ellos.

—¡No nos hacen ningún daño —le gritó Lawford por encima del estruendo—, pero no podemos dejar ahí a esos desgraciados! —Señaló hacia los franceses envueltos por el humo—. ¡Es nuestro territorio! —Tomó aire—. ¡Calen bayonetas! ¡Calen bayonetas!

El coronel Wallace, comandante del 88.º, debió de tener la misma idea, pues Sharpe se había fijado en que los irlandeses habían dejado de disparar, cosa que sólo harían para calar las hojas de más de cuarenta centímetros en los mosquetes. Un ruido seco resonó por toda la línea del South Essex cuando las dos filas encajaron las bayonetas en las bocas ennegrecidas de sus armas. Los franceses, con extraordinaria valentía, aprovecharon la tregua de la mosquetería para intentar avanzar de nuevo. Los soldados trepaban por encima de los cuerpos de los muertos y moribundos, los oficiales les gritaban que siguieran adelante, los tambores redoblaron sus esfuerzos y, de repente, las Águilas empezaron a moverse otra vez. Los franceses que iban en cabeza se encontraban entonces entre los cuerpos de los *voltigeurs* muertos y debían de estar convencidos de que, con otro esfuerzo más, romperían la delgada línea de tropas portuguesas y británicas, aun cuando en toda la cima de la montaña no debían de ver otra cosa más que oleadas de llamas y ríos de humo.

—¡South Essex! —gritó Lawford—. ¡Adelante! —Los cañones lanzaron más humo de pólvora y pedazos de relleno ardiendo contra las apretadas filas francesas. Ahora Sharpe oía los gritos de los heridos. Un puñado de franceses situados a la derecha disparaban sus mosquetes, pero el South Essex y los hombres de los Connaught estaban avanzando, con las bayonetas brillantes; Sharpe clavó los talones en su montura y ésta echó a andar siguiendo al batallón, que de repente se puso a paso ligero y gritó su desafío. Al ver avanzar a los casacas rojas, los portugueses soltaron una ovación y calaron sus bayonetas.

La carga chocó contra su objetivo. Los franceses no estaban formados como era debido, la mayoría de ellos no habían cargado los mosquetes y la línea británica se acercó a los grupos de soldados de infantería de casaca azul y los rodearon mientras los casacas rojas arremetían con sus bayonetas. El enemigo se defendió y Sharpe oyó el chasquido de mosquetes que entrechocaban, el chirrido de las hojas, las maldiciones y gritos de los soldados heridos. Los enemigos muertos obstaculizaban a los británicos, pero éstos treparon por encima de los cuerpos e hicieron pedazos a los vivos con sus largas hojas.

—¡Mantengan la línea! ¡Mantengan la línea! —bramó un sargento, y es que en algunos puntos las compañías se habían dividido porque algunas filas atacaban a un grupo de franceses y el resto a otro, y Sharpe vio que dos soldados franceses atravesaban el hueco y empezaban a subir por la ladera. Volvió su caballo hacia ellos, desenvainó la espada y los dos hombres, al oír el roce de la larga hoja contra la boca de la vaina, soltaron los mosquetes inmediatamente y extendieron las manos. Sharpe señaló con la espada hacia lo alto de la colina, indicándoles que ahora eran prisioneros y debían dirigirse hacia el grupo abanderado del South Essex. Uno de ellos empezó a caminar obedientemente, pero el otro agarró rápidamente el mosquete del suelo y huyó cuesta abajo. Sharpe lo dejó marchar. Vio que las Águilas bajaban a toda prisa por la ladera, las alejaban del peligro de ser capturadas, y hubo más franceses que, al ver que sus estandartes se retiraban, se alejaron de aquella lucha desigual. Los cañones aliados habían cesado el fuego porque sus propios soldados les impedían ver los objetivos, pero la artillería francesa seguía disparando a través de la niebla cada vez menos densa y entonces abrieron fuego más cañones a cierta distancia por la derecha de Sharpe, que vio que una segunda columna, mayor que la primera, aparecía en la falda más baja.

El primer ataque francés vino desde atrás. La mayoría de los soldados de las primeras columnas no podían escapar porque se hallaban atrapados por sus propios compañeros situados detrás, y dichos soldados fueron atacados por las bayonetas británicas y portuguesas, pero las filas traseras de los franceses siguieron a las Águilas y, cuando la presión disminuyó, el resto de la columna salió huyendo. Echaron a correr, saltando por encima de los muertos y heridos que señalaban su

avance colina arriba, y los casacas rojas y los portugueses los persiguieron. Un soldado de la compañía de granaderos hundió su bayoneta en la parte baja de la espalda de un francés, volvió a apuñalarlo cuando cayó, luego le pegó una patada y le propinó una tercera cuchillada cuando el hombre, obstinadamente, se negó a morir. Un tambor que tenía pintada una Águila francesa cayó rodando cuesta abajo. Un tamborilero, a quien una bala de cañón le había arrancado el brazo, se hallaba encorvado, sufriendo junto a una mata de aulaga. Los casacas rojas británicos y los portugueses de casaca azul pasaron corriendo junto a él, decididos a perseguir y matar al enemigo que huía.

—¡Vuelvan aquí! —les gritó Lawford con enojo—. ¡Vuelvan! —Los soldados no lo oyeron, o no les importaba; habían ganado y ahora simplemente querían matar. Lawford miró a Sharpe—. ¡Alcáncelos, Sharpe! —le espetó el coronel—. ¡Tráigalos de vuelta!

Sharpe se preguntó cómo diablos iba a poner fin a una persecución tan caótica, pero obedeció y espoleó su caballo prestado, que inmediatamente se lanzó cuesta abajo con tanta violencia que estuvo a punto de hacerlo caer por detrás de la silla. Sharpe tiró de las riendas para que la yegua fuera más despacio, el animal viró hacia la izquierda, Sharpe oyó que una bala pasaba junto a él y al levantar la mirada vio que montones de *voltigeurs* retenían todavía el montículo rocoso y le estaban disparando. El caballo siguió corriendo, Sharpe se aferró al pomo de la silla como si le fuera la vida en ello, pero la yegua tropezó y Sharpe notó que salía volando por los aires. Milagrosamente no se le quedaron los pies en los estribos y cayó en la pendiente con un tremendo golpe, rodó unos cuantos metros y se dio contra una roca. Estaba seguro de que se había roto una docena de huesos, pero cuando se puso en pie vio que tan sólo estaba magullado. Ferragus le había hecho mucho más daño, pero la caída del caballo agravó esas heridas.

Pensó que la yegua debía de haber sido alcanzada por un disparo, pero al darse la vuelta para buscar su espada caída vio que el animal trotaba tranquilamente cuesta arriba, aparentemente ileso excepto por la oreja que le había recortado la bala. Lanzó una maldición a la yegua, la abandonó, recogió su espada y su rifle y siguió andando cuesta abajo.

Gritó a los casacas rojas que volvieran a la cima. Algunos de ellos eran irlandeses del 88.º, muchos estaban atareados desvalijando los cuerpos de los franceses muertos y, como Sharpe era un oficial al que no conocían, respondieron con un gruñido, una maldición o sencillamente no le hicieron caso, desafiándolo tácitamente a que se metiera con ellos. Sharpe los dejó en paz. Si había un regimiento en el ejército que pudiera cuidar de sí mismo, éste era el de los hombres de Connaught. Siguió corriendo cuesta abajo, gritando a las tropas que se dirigieran inmediatamente a la cima, pero la mayoría de soldados se hallaban en mitad de la larga cuesta, casi en el



punto donde se había retirado la niebla, por lo que Sharpe tuvo que correr con todas sus fuerzas para lograr que lo oyeran, y fue entonces, cuando la niebla se alejó arremolinada, que vio otras dos columnas francesas que subían desde el valle. Él sabía que había otra columna en algún lugar cercano a la cima, pero aquéllas eran otras tropas que tenían la intención de realizar un nuevo ataque.

—¡South Essex! —gritó. Sharpe había sido sargento y todavía tenía una voz que podía hacerse oír a través de media ciudad, aunque eso hizo que las costillas le inundaran los pulmones de dolor—. ¡South Essex! ¡Retrocedan! ¡Retrocedan!

Una granada cayó en la ladera a menos de cinco pasos de distancia, rebotó y estalló lanzando unos chorros de humo sibilante. Dos pedazos de carcasa pasaron dando vueltas junto a su rostro, tan cerca que sintió el calor momentáneo y la bofetada del aire caliente. Los cañones franceses estaban al pie de la cuesta, apenas visibles en la niebla cada vez más rala, y disparaban contra los soldados que habían perseguido a la columna rota pero que ahora habían detenido su insensata carrera cuesta abajo y se habían quedado mirando el avance de las nuevas columnas.

—¡South Essex! —rugió Sharpe con la voz discordante a causa del enojo, y al final los soldados se dieron la vuelta y empezaron a subir penosamente. Slingsby, con el sable desenvainado, observaba las columnas, pero de pronto, al oír a Sharpe, empezó a decirles bruscamente a los soldados que dieran la vuelta y regresaran a la cima de la montaña. Harper era uno de ellos y, al ver a Sharpe, el hombre grandote torció por la pendiente hacia él. Llevaba el fusil de siete cañones colgado del hombro y en la mano el rifle con su bayoneta de casi sesenta centímetros teñida de rojo hasta el mango de latón. El resto de la compañía ligera, que al fin se habían dado cuenta de que atacaban más columnas, se apresuró a seguir a Harper.

Sharpe aguardó para asegurarse de que todos los casacas rojas y fusileros habían dado la vuelta. Las granadas y balas de cañón francesas batían la ladera, pero utilizar la artillería contra unos blancos tan desperdigados era malgastar la pólvora. Una bala de cañón, que había perdido fuerza después de rebotar tras su primer impacto, rodó cuesta abajo obligando a apartarse de un salto a Harper, que le sonrió a Sharpe.

—Les dimos una buena paliza, señor.

—Deberían haberse quedado arriba.

—¡Menuda subida! —comentó Harper, sorprendido al ver lo mucho que había bajado. Se puso al lado de Sharpe y subieron los dos juntos—. El señor Slingsby, señor —dijo el irlandés, y luego se calló.

—¿El señor Slingsby qué?

—Dijo que usted no se encontraba bien y que él iba a asumir el mando.

—Pues es un cabrón embustero —repuso Sharpe sin pensar que no debía decir una cosa así de otro oficial.

—¿Ah sí? —dijo Harper en tono apagado.

—El coronel me dijo que me mantuviera al margen. Quiere que el señor Slingsby tenga una oportunidad.

—Pues ya la ha tenido —declaró Harper.

—Debería haber estado allí —dijo Sharpe.

—Sí, debería —repuso Harper—, pero los muchachos están todos vivos. Excepto Dodd.

—¿Matthew? ¿Está muerto?

—No sé si está vivo o muerto —respondió Harper—, pero no lo vi por ninguna parte. Estuve vigilando a los chicos, pero no encontré a Matthew. Quizá volvió a subir.

—Yo no lo vi —dijo Sharpe. Ambos se dieron la vuelta para contar cabezas y vieron que toda la compañía ligera se hallaba presente excepto el cabo Dodd—. Lo buscaremos mientras vamos subiendo —dijo Sharpe, que quería decir que buscarían su cuerpo.

El teniente Slingsby, con el rostro colorado y el sable desenvainado, se acercó a Sharpe a toda prisa.

—¿Trae órdenes, Sharpe? —quiso saber.

—Las órdenes son que regresen a lo alto de la montaña lo más rápidamente que puedan —dijo Sharpe.

—¡Rápido, muchachos! —gritó Slingsby, y volvió a dirigirse a Sharpe—. ¡Nuestros muchachos lo han hecho bien!

—¿Ah sí?

—Flanqueamos a los *voltigeurs*, Sharpe. ¡Por Dios que los flanqueamos! Envolvimos su flanco.

—No me diga.

—Es una lástima que no nos viera —Slingsby estaba excitado, orgulloso de sí mismo—. Pasamos sin que nos vieran, nos dirigimos hacia su ala y luego les atacamos.

Sharpe pensaba que a la compañía ligera la habían conducido hacia un lado, donde había resultado tan inútil como una tetera agujereada, y que luego la habían perseguido y rechazado de forma ignominiosa, pero no dijo nada. Harper desencajó su bayoneta espada, limpió la hoja en la casaca de un cadáver francés y pasó rápidamente las manos por los bolsillos y bolsas del muerto.

Corrió para alcanzar a Sharpe y le ofreció media salchicha.

—Sé que le gusta la salchicha franchute, señor.

Sharpe se la metió en la bolsa y se la guardó para almorzar. Una bala pasó silbando junto a él, casi sin fuerza, Sharpe levantó la mirada, vio unas bocanadas de humo que se alzaban del montículo rocoso y dijo:

—Es una lástima que los *voltigeurs* hayan ocupado esa loma.

—No nos supone ningún problema —comentó Slingsby, quitándole importancia—. ¡Los flanqueamos, ya lo creo, los flanqueamos y los castigamos!

Harper miró a Sharpe y dio la impresión de que iba a echarse a reír, pero logró mantenerse serio. Los grandes cañones británicos y portugueses atacaban la segunda gran columna, la que había llegado justo cuando la primera había sido derrotada. Dicha columna combatía en la cima y las dos nuevas, ambas menos numerosas que el primer par, subían por detrás. Otra bala de los *voltigeurs* apostados en el nido rocoso pasó silbando junto a Sharpe, que viró para alejarse de ellos.

—¿Todavía tiene mi caballo, Sharpe? —le preguntó Slingsby.

—Aquí no —respondió Sharpe, y Harper hizo un sonido ahogado que transformó en una tos.

—¿Ha dicho algo, sargento Harper? —inquirió Slingsby en tono seco.

—Se me ha metido el humo en la garganta, señor —respondió Harper—. Me da una tos espantosa, señor. Siempre fui un niño enfermizo, señor, debido al humo de turba de nuestra cabaña. Mi madre, que en paz descansa, me hacía dormir fuera, hasta que los lobos vinieron a por mí.

—¿Lobos? —preguntó Slingsby en tono prudente.

—Tres, señor, más grandes de lo que se puede imaginar, con unas enormes lenguas babosas del color de su guerrera, señor, y tuve que dormir dentro después de eso y me pasaba las noches tosiendo. Fue por todo ese humo, ¿sabe?

—Sus padres deberían haber construido una chimenea —dijo Slingsby con desaprobación.

—¡Vaya! ¿Por qué no se nos ocurrió? —se preguntó Harper en tono inocente, y Sharpe se rió en voz alta, cosa que le granjeó una mirada fulminante por parte del teniente.

El resto de la compañía ligera ya estaba cerca y el alférez Iliffe se encontraba entre ellos. Sharpe vio que el sable del chico tenía la punta roja; la señaló con un gesto de la cabeza y dijo:

—Bien hecho, señor Iliffe.

—Se me echó encima, señor —al muchacho le salieron las palabras de pronto—. ¡Un hombre grandote!

—Era un sargento —explicó Harris—, e iba a atravesar al señor Iliffe, señor.

—¡Ya lo creo! —Iliffe estaba excitado.

—Pero el señor Iliffe lo esquivó con la habilidad de una ardilla y le hundió el acero en el vientre. Fue un buen golpe, señor Iliffe —dijo Harris, y el alférez se limitó a ruborizarse.

Sharpe intentó recordar la primera vez que había estado en un combate, acero contra acero, pero el problema era que él había crecido en Londres y casi había nacido para esa clase de violencia. Pero para el señor Iliffe, hijo de un caballero de

Essex venido a menos, había tenido que ser una experiencia horrible darse cuenta de que una enorme bestia francesa intentaba matarlo y, al acordarse delo angustiado que había estado el muchacho, consideró que lo había hecho muy bien. Miró a Iliffe con una amplia sonrisa.

—¿Es el único franchute que ha matado, señor Iliffe?

—El único, señor.

—Usted es un oficial, ¿no? ¿Se supone que tiene que matar a dos cada día!

Los soldados se rieron. Iliffe parecía satisfecho consigo mismo.

—¡Ya basta de charla! —Slingsby tomó el mando de la compañía—. ¡Dense prisa!

Las banderas del South Essex se habían desplazado hacia el sur por la cima y sin duda iban a presentar batalla a la segunda de las columnas que iban en cabeza, por lo que la compañía ligera torció en esa dirección. Las granadas francesas, que habían dejado de hostigar inútilmente la ladera, caían entonces en la cima y sus mechas dibujaban pequeños trazos en el aire por encima de la compañía ligera. El ruido de la segunda columna ya sonaba con fuerza, una cacofonía de tambores, gritos de guerra y el tableteo de los mosquetes de los tiradores.

Sharpe fue con la compañía ligera hasta la cima y una vez allí, a regañadientes, dejó que Slingsby volviera a llevársela mientras él buscaba a Lawford. La niebla, que ya se había disipado casi hasta el fondo del valle, volvía a espesarse y dos grandes nubes de bruma ocultaban las dos columnas más pequeñas y se desplazaban hacia el sur donde la segunda columna francesa avanzaba junto al agreste sendero que ascendía por la falda de la cordillera. Aquella segunda columna, mayor que la primera, había subido más lentamente y no lo habían pasado tan mal como sus compañeros vencidos, puesto que habían podido seguir el camino que serpenteaba por la pendiente y éste les había servido de guía en medio de la niebla, de modo que cuando salieron ala luz del sol habían logrado mantener la formación. Ocho mil soldados, empujados por ciento sesenta y tres tambores, se acercaron a la cumbre y allí, bajo el azote del fuego enemigo, se detuvieron.

El primer batallón del 74.º Regimiento de Highlanders había estado esperando y junto a ellos se hallaba toda una brigada de portugueses, en cuyo flanco derecho había dos baterías de nueve libras. Los cañones fueron los primeros en atacar, destrozando la columna con balas y botes de metralla, dejando el brezo resbaladizo de sangre, y luego abrieron fuego los Highlanders. El objetivo estaba muy lejos, a una distancia más adecuada para fusileros que para casacas rojas, pero las balas dieron en el blanco; entonces dispararon los portugueses y la columna se paró, como un toro confundido por el inesperado ataque de unos terriers. De nuevo se enfrentaban columnas y líneas y, aunque la columna era más numerosa que la línea, el fuego de ésta siempre superaría al de la primera. Sólo los soldados que se hallaban al frente de

la columna y unos cuantos al borde de la misma podían utilizar sus mosquetes, pero en la línea británica y portuguesa todos los soldados podían disparar sus armas, que barrieron la columna tiñéndola de rojo; sin embargo, ésta no se retiró. Los *voltigeurs* que habían rechazado a los tiradores escoceses y portugueses retrocedieron a la primera fila de la columna, que en aquellos momentos intentaba devolver el fuego de mosquete. Los oficiales franceses gritaban a los soldados que marcharan, los tambores seguían tocando el *pas de charge*, pero las filas delanteras no avanzarían contra el implacable fuego graneado de los mosquetes. En lugar de eso devolvieron el fuego débilmente, pero los soldados de la primera fila de la columna iban muriendo a cada segundo y entonces llegaron más cañones portugueses al flanco derecho del 74.º. Las piezas dieron la vuelta, se condujo a los caballos fuera del alcance de los disparos de mosquete y los artilleros pusieron botes de metralla encima de las balas. Los cañones recién llegados retrocedieron con estrépito y la esquina delantera izquierda de la columna empezó a parecerse a la carnicería del infierno, pues era una empapada maraña de cuerpos rotos, sangre y hombres que gritaban. Y los cañones seguían sacudiéndose con el retroceso, escupiendo humaredas con cada descarga, con los tubos abatidos para disparar contra la apiñada concentración de soldados franceses. Las balas tenían que calzarse dentro del tubo con un círculo de cuerda para evitar que la bala se deslizara por él y los pedazos de cuerda ardían en el aire como bolas de fuego enloquecidas, girando en disparatadas espirales. Acudían a la contienda más tropas aliadas que marchaban por el camino recién abierto desde el extremo sur de la larga cadena montañosa. En dicho extremo meridional reinaba la calma, pues por lo visto no se hallaba bajo la amenaza de los franceses y los soldados que llegaban formaron al sur de los cañones y contribuyeron con su propia mosquetería.

La columna se estremeció bajo el ataque de los despiadados cañones y entonces empezó a avanzar poco a poco hacia el norte. Los oficiales franceses vieron que había un espacio vacío en la sierra, detrás de la brigada portuguesa, y gritaron a sus soldados que fueran hacia la derecha. Un oficial de los *voltigeurs* mandó a una compañía por delante para que ocupara la línea del horizonte en tanto que, tras ellos, la torpe y pesada formación se fue abriendo camino hacia el claro, dejando un ángulo recto de cuerpos, los restos de su flanco izquierdo y de sus líneas delanteras que llenaban la pendiente rocosa.

El teniente coronel Lawford vio la columna que se acercaba y, lo que era más urgente, a los *voltigeurs* que corrían para ocupar el espacio abierto.

—¡Señor Slingsby! —gritó Lawford—. ¡Desplegará a la compañía ligera! Mande a esos bellacos de vuelta al lugar al que pertenecen. ¡Batallón! ¡El batallón avanzará hacia la derecha!

Lawford hizo marchar al South Essex hacia el espacio abierto con intención de

cerrarlo y la tarea de Slingsby era rechazar a los tiradores enemigos. Sharpe, montado de nuevo en el caballo de Slingsby, que había sido rescatado por el comandante Forrest, cabalgó detrás de las banderas y contó las Águilas que había en la columna que avanzaba pesadamente. Vio quince. Un ruido de madera astillándose inundaba la atmósfera, el sonido de los mosquetes como cuernos secos ardiendo, y el incesante chasquido resonaba en el otro lado del valle. El humo de la pólvora se alzaba por encima de la niebla que había vuelto a ascender lentamente por la ladera hasta casi alcanzar la cima. De vez en cuando, la gran masa blanca y vaporosa se agitaba cuando la atravesaba una bala de cañón o granada francesa. La ladera estaba salpicada de cuerpos, todos con casaca azul. Un hombre descendía gateando por la cuesta, arrastrando una pierna rota. Había un perro que corría de un lado a otro, ladrando, intentando despertar a su amo muerto. Un oficial francés había dejado su espada y se sujetaba el rostro con las manos mientras la sangre manaba por entre sus dedos. Los cañones estallaban y daban sacudidas, entonces se oyó el inconfundible restallido de los rifles cuando la compañía de Sharpe entró en acción. Sharpe detestaba limitarse a mirarlos, pero al mismo tiempo los admiraba. Eran buenos. Habían pillado por sorpresa a los *voltigeurs* enemigos, los fusileros ya habían matado a dos oficiales y los mosquetes retomaron entonces la lucha.

Slingsby se paseaba ufano por detrás de ellos, sujetando la vaina de su sable para que no tocara la superficie escabrosa del suelo. Sin duda estaba espetando sus órdenes y Sharpe sintió que lo invadía una oleada de odio hacia aquel hombre. Ese cabrón iba a quitarle el trabajo, y todo porque se había casado con la cuñada de Lawford. El odio era como la bilis y Sharpe, instintivamente, llevó la mano al rifle, se lo sacó del hombro y tiró del pedernal dejando el arma a medio amartillar. Empujó el rastrillo con el pulgar y éste saltó de su muelle. Tocó la cazoleta para asegurarse de que el cebo seguía allí después de su caída del caballo. Confirmó que la pólvora estaba en su sitio, notó el tacto arenoso contra su dedo sucio y, sin dejar de mirar a Slingsby, volvió a colocar el rastrillo en su lugar y acabó de amartillar el arma. Se la llevó al hombro. El caballo se movió y Sharpe le gruñó que se estuviera quieto.

Apuntó a Slingsby en la espalda. En la parte baja de la espalda. En el lugar donde había dos botones de latón cosidos sobre la abertura de la casaca roja. Sharpe quería apretar el gatillo. ¿Quién lo sabría? El teniente se hallaba a unos cien pasos, una distancia razonable para un rifle. Sharpe imaginó a Slingsby arqueando la espalda cuando el proyectil le atravesara la espina dorsal y temblando al caer, imaginó el sonido metálico de las cadenas de la vaina al golpear contra el suelo y el estremecimiento de la vida esforzándose por permanecer en un cuerpo moribundo. «Cabrón engreído», pensó Sharpe, y apretó el dedo contra el gatillo del arma. No lo veía nadie, todo el mundo estaba observando la columna que se acercaba cada vez más, o si alguien lo miraba supondría que estaba apuntando a un *voltigeur*. No sería

el primer asesinato de Sharpe y dudaba que fuera el último, y entonces un repentino espasmo de odio recorrió su cuerpo, un espasmo tan fuerte que lo hizo temblar y, casi sin querer, apretó el gatillo hasta el fondo. El rifle le golpeó el hombro con el retroceso y sobresaltó al caballo, que se hizo a un lado.

La bala pasó girando sobre sí misma entre las cabezas de unos cuantos soldados de la compañía número cuatro, no alcanzó el brazo del teniente Slingsby por unos centímetros, dio en una roca del extremo de la ladera y rebotó hacia arriba, alcanzando a un *voltigeur* debajo del mentón. Aquel hombre había logrado acercarse mucho a Slingsby, acababa de ponerse de pie para apuntar su mosquete a corta distancia y la bala de Sharpe lo levantó del suelo, dando la impresión de que un chorro de sangre impulsaba a la víctima hacia atrás, entonces el francés se desplomó con el estrépito del mosquete, la bayoneta y su propio cuerpo.

—¡Dios santo, Richard! ¡Eso sí que fue un disparo magnífico! —el comandante Leroy estaba mirando—. ¡Ese tipo estaba acechando a Slingsby! Lo he estado observando.

—Yo también, señor —mintió Sharpe.

—¡Un disparo estupendo! ¡Y a caballo, además! ¿Ha visto eso, coronel?

—¿Leroy?

—Sharpe acaba de salvarle la vida a Slingsby. ¡El mejor tiro que he visto en mi vida!

Sharpe se colgó el rifle descargado. De repente se sintió avergonzado de sí mismo. Slingsby podía ser irritante, podía ser un gallito, pero nunca había tenido intención de hacer daño a Sharpe. Slingsby no tenía la culpa de que su risa, su presencia y su apariencia misma irritaran en lo más vivo a Sharpe, sobre quien se abatió una nueva amargura, la amargura de saber que se había fallado a sí mismo, y ni siquiera la enérgica y poco merecida felicitación por parte de Lawford sirvió para animarlo. Se alejó del batallón mirando con expresión perdida hacia la retaguardia, donde dos soldados sostenían a un granadero herido en la mesa situada a las puertas de la tienda del cirujano. Salía sangre de la sierra que se movía rápidamente de un lado a otro atravesando el hueso del muslo de aquel hombre. A unos cuantos metros de distancia, un soldado herido y dos de las esposas del batallón, todos ellos con mosquetes franceses, vigilaban a una docena de prisioneros. Un niño pequeño jugaba con una bayoneta francesa. Los monjes guiaban a una docena de mulas cargadas con barriles de agua que ellos distribuían entre las tropas aliadas. Un batallón portugués, seguido por cinco compañías de casacas rojas, marchaba al norte del nuevo camino y según parecía iba a reforzar el extremo norte de la cadena montañosa. Un mensajero a caballo, que llevaba despachos de un general a otro, recorrió el camino nuevo con un retumbo, dejando una columna de polvo a su paso. El niño pequeño lanzó una maldición al jinete que lo había asustado al pasar demasiado cerca y las mujeres se

rieron.

Los monjes dejaron un barril de agua detrás del South Essex y siguieron adelante hacia la brigada portuguesa.

—¡Están demasiado lejos para cargar contra ellos! —gritó Lawford a Sharpe.

Sharpe se dio la vuelta y vio que la columna se había detenido nuevamente. El terreno que habían querido tomar ya había sido ocupado por el South Essex y la extensa concentración de soldados se conformó con desplegarse poco a poco hacia el exterior y formar una gruesa línea para intercambiar luego disparos de mosquete con las tropas situadas en lo alto de la montaña. El ataque se había detenido y no había redobles en el mundo que fueran capaces de volver a ponerlo en movimiento.

—Aquí necesitamos un par de cañones —dijo Sharpe, y miró a su izquierda para ver si había alguna batería cerca; entonces vio que el South Essex, al moverse para obstaculizar el avance de la columna, había dejado un enorme hueco en la ladera entre ellos y los Connaught Rangers, y que el hueco estaba siendo llenado rápidamente por una nube de *voltigeurs*. Dichos *voltigeurs* habían acudido desde el montículo rocoso y, al ver que por delante de ellos la sierra estaba desierta, habían avanzado para ocupar el terreno abandonado. La niebla se estremeció, una ráfaga de viento la apartó y Sharpe vio que no eran únicamente *voltigeurs* los que llenaban el hueco en la línea británica, sino que las dos últimas columnas francesas habían subido hasta aquel mismo lugar. La niebla las había ocultado, por lo que los artilleros portugueses y británicos no las habían atacado y ahora, a toda prisa, recorrían los últimos metros hacia la cima vacía. Sus Águilas reflejaban el sol, la victoria se hallaba a tan sólo unos metros de distancia y frente a los franceses no había nada más que hierba desnuda y espacio vacío.

Y Sharpe vio venir el desastre.



## CAPÍTULO 4

De forma inesperada, la mañana en que los cañones empezaron a disparar y a hacer vibrar las ventanas, cristales y arañas de todo Coimbra, Ferragus anunció que los miembros de la casa de su hermano, que se habían preparado para dirigirse al sur hacia Lisboa, iban a quedarse en Coimbra después de todo. Hizo el anuncio en el estudio de su hermano, una habitación sombría cubierta de libros que no se habían leído y donde la familia y los sirvientes se habían reunido a la llamada de Ferragus.

Beatriz Ferreira, que le tenía miedo a su cuñado, se santiguó.

—¿Por qué nos quedamos? —preguntó.

—¿Oyes eso? —Ferragus hizo un gesto hacia el sonido de los cañones, que era como un interminable trueno sordo—. Nuestro ejército y las tropas británicas están presentando batalla. Mi hermano dice que si hay batalla es que detendrán al enemigo. Bueno, pues hay una batalla, de modo que si mi hermano está en lo cierto los franceses no vendrán.

—Gracias a Dios y a los santos —dijo Beatriz Ferreira, y los sirvientes murmuraron su asentimiento.

—Pero, ¿y si vienen? —fue Sarah la que lo preguntó.

Ferragus puso mala cara porque la pregunta le pareció impertinente, pero supuso que era porque la señorita Fry era una arrogante zorra inglesa que no daba más de sí.

—Si no los detienen —contestó él con irritación— lo sabremos, porque nuestro ejército tendrá que retirarse pasando por Coimbra. Entonces nos marcharemos. Pero de momento usted debe dar por sentado que nos quedamos. —Con un gesto de la cabeza indicó que su anuncio había terminado y los miembros de la casa salieron en fila de la habitación.

Ferragus no se sentía cómodo en casa de su hermano. Estaba demasiado llena de las pertenencias de sus padres, era demasiado lujosa. Las habitaciones que él tenía en Coimbra se encontraban encima de un burdel situado al sur de la ciudad donde no tenía más que una cama, una mesa y una silla, pero Ferragus había prometido vigilar de cerca la casa y la familia de su hermano, y dicha vigilancia se extendía a después de la batalla. Si se ganaba, era de suponer que los franceses se retirarían; no obstante, Ferragus también estaba tramando lo que debería hacer si la batalla se perdía. Si lord Wellington no podía retener la enorme y adusta sierra de Bussaco frente a los franceses, ¿cómo iba a defender entonces las montañas bajas en las cercanías de Lisboa? Un ejército derrotado no tendría ánimos para volver a enfrentarse a los franceses, por lo cual una derrota en Bussaco seguramente significaría que la propia Lisboa caería en cuestión de un mes. *Os ingleses por mar*. Su hermano había intentado negarlo, convencer a Ferragus de que los ingleses se quedarían, pero en el fondo Ferragus sabía que los aliados de Portugal volverían corriendo al mar y se irían

a casa. Y si eso ocurría, ¿por qué iba a quedarse él atrapado en Lisboa con los franceses victoriosos? Era mejor que lo cogieran allí, en su propia ciudad, y Ferragus estaba planeando cómo sobreviviría en aquel nuevo mundo en el que los franceses, finalmente, capturaran toda Portugal.

Él nunca había descartado semejante conquista. Ferreira lo había advertido de dicha posibilidad, y las toneladas de harina que Sharpe había destruido en lo alto de la colina eran un obsequio para los invasores, una oferta para hacerles saber que Ferragus era un hombre con el que se podía negociar. Había sido una medida preventiva, pues Ferragus no tenía ningún cariño a los franceses; lo que estaba claro es que no los quería en Portugal, pero sabía que sería mejor ser socio de los invasores que ser su víctima. Él era un hombre rico que tenía mucho que perder, y si los franceses le ofrecían protección, seguiría siendo rico. Si se resistía, incluso si no hacía nada más que huir a Lisboa, los franceses lo despojarían de todo. No dudaba que perdería algún dinero si llegaban los franceses, pero si cooperaba con ellos podría conservar más que suficiente. Era cuestión de sentido común, y mientras permanecía allí sentado en el estudio de su hermano, escuchando las sacudidas del distante fuego de artillería, pensaba que había sido un error considerar siquiera la huida a Lisboa. Si aquella batalla se ganaba, los franceses nunca llegarían hasta allí, y si se perdía, todo estaría perdido. Por consiguiente, era mejor no separarse de sus propiedades y protegerlas.

Su hermano mayor era la clave. Pedro Ferreira era un respetado oficial de Estado Mayor y sus contactos se extendían salvando la distancia entre los ejércitos hasta aquellos oficiales portugueses que se habían aliado con Francia. A través de su hermano, Ferragus podría ponerse en contacto con los franceses y ofrecerles lo que éstos más necesitaban: comida. En su almacén del sur de la ciudad había acumulado galleta dura para seis meses, ternera salada para dos meses, bacalao salado para un mes y un montón de otros alimentos y materiales. Había aceite para lámparas, cuero para botas, tela de lino, herraduras y clavos. Podría ser que los franceses quisieran robarlo, pero Ferragus tenía que ingeniárselas para hacer que se lo compraran. De esa forma Ferragus sobreviviría.

Abrió la puerta del estudio, llamó a gritos a una sirvienta y le mandó que fuera a buscar a la señorita Fry y la trajera al estudio.

—No puedo escribir —le explicó cuando ella llegó, levantando su mano derecha magullada para demostrar su incapacidad. Lo cierto era que sí podía escribir, aunque todavía le dolían los nudillos y flexionar los dedos también le resultaba doloroso, pero no quería. Quería a Sarah—. Usted escribirá por mí —continuó—, de modo que siéntese.

Sarah torció el gesto ante la brusquedad de su tono, pero tomó asiento obedientemente a la mesa del comandante y cogió papel, el tintero y la salvadera.

Ferragus se quedó de pie detrás de ella.

—Estoy lista —dijo la muchacha.

Ferragus no dijo nada. Sarah miró a la pared de enfrente, que estaba llena de libros encuadernados en cuero. La estancia olía a humo de cigarro. El cañoneo persistía, un retumbo lejano como si estuviera tronando en el condado vecino.

—La carta —dijo Ferragus, que la sobresaltó con su voz bronca— es para mi hermano —se acercó todavía más y Sarah sintió su presencia detrás de la silla—. Salúdalo de mi parte —dijo Ferragus— y dígame que en Coimbra todo está bien.

Sarah encontró una pluma con plumilla de acero, la mojó con la tinta y empezó a escribir. La plumilla hizo un ruido áspero.

—Dígale —siguió diciendo Ferragus— que el asunto de honor no está resuelto. El hombre escapó.

—¿Sólo eso, *senhor*? —preguntó Sarah.

—Sólo eso —respondió Ferragus con su voz grave. ¡Maldito Sharpe!, pensó. Ese condenado fusilero había destruido la harina y Ferragus no había podido dar su obsequio a los franceses, que la habían esperado y que ahora creerían que no se podía confiar en Ferragus, y eso suponía un problema para él y su hermano. ¿Cómo podía tranquilizar al enemigo? ¿Y acaso el enemigo necesitaba que lo tranquilizaran? ¿Llegarían a venir?—. Dígame a mi hermano —prosiguió— que confío en su criterio tanto si detienen al enemigo en Bussaco como si no.

Sarah escribió. Cuando empezó a terminarse la tinta de la plumilla, volvió a mojar la pluma y se quedó helada al notar que Ferragus le acariciaba la nuca con los dedos. Permaneció inmóvil durante un segundo y luego dejó la pluma de golpe.

—Me está tocando, *senhor*.

—¿Y?

—¡Que pare! ¿O quiere que llame a la esposa del comandante Ferreira?

Ferragus se echó a reír, pero retiró los dedos.

—Coja la pluma, señorita Fry —le dijo— y dígame a mi hermano que rezo para que detengan al enemigo.

Sarah añadió la nueva frase. Se había ruborizado, no de vergüenza sino de ira. ¿Cómo se atrevía Ferragus a tocarla? Apretó demasiado la pluma y la tinta salpicó las palabras de gotas diminutas.

—Pero dígame —aquella voz áspera seguía estando detrás de ella— que si no detienen al enemigo he decidido hacer lo que discutimos. Dígame que deberá conseguir protección.

—¿Protección para qué, *senhor*? —preguntó Sarah con voz tensa.

—Él ya sabrá a qué me refiero —repuso Ferragus con impaciencia—. Usted límitese a escribir, mujer.

Escuchó el ruidito de la pluma y, por la fuerza con que la plumilla raspaba el

papel, notó hasta qué punto estaba enojada la muchacha. Era una chica orgullosa, pensó. Pobre y orgullosa, una mezcla peligrosa, y Ferragus la vio como un desafío. La mayoría de mujeres le tenían miedo, incluso terror, y a él le gustaba, pero la señorita Fry parecía pensar que como era inglesa estaba a salvo. A él le gustaría ver cómo el terror sustituía esa confianza, ver cómo su frialdad se calentaba convirtiéndose en miedo. La muchacha opondría resistencia, pensó él, y eso lo haría aún mejor, por lo que consideró tomarla allí mismo, en la mesa, ahogando sus gritos mientras violaba su carne blanca, pero todavía le dolía terriblemente la entepierna por el golpe que Sharpe le había dado y sabía que no sería capaz de terminar lo que habría empezado; además, prefería esperar a que la esposa de su hermano no estuviera en casa. Dentro de un día o dos, pensó Ferragus, le quitaría el orgullo inglés a la señorita Fry y se limpiaría el trasero con él.

—Lea lo que ha escrito —le ordenó.

Sarah leyó las palabras en un hilo de voz. Ferragus, satisfecho, le ordenó que escribiera su nombre y sellara la carta.

—Utilice esto —le ofreció su propio sello y, cuando Sarah lo apretó contra la cera, vio la imagen de una mujer desnuda. Hizo caso omiso de ello, pues imaginaba, con toda la razón, que Ferragus había intentado avergonzarla—. Ahora puede marcharse —le dijo en tono frío—, pero dígame a Miguel que venga.

Miguel era uno de los hombres de más confianza de Ferragus y recibió la orden de llevar la carta al lugar donde sonaban los cañones.

—Busca a mi hermano —le ordenó Ferragus—, dale esto y tráeme su respuesta.

Ferragus pensó que los próximos días serían peligrosos. Se perderían unas cuantas vidas y algo de dinero, pero si era listo y tenía un poquito de suerte, podía ganar mucho. Incluyendo a la señorita Fry, que no tenía importancia. Ferragus sabía que en muchos sentidos ella era una distracción, y las distracciones eran peligrosas, pero también hacían la vida interesante. El capitán Sharpe era una segunda distracción y Ferragus, irónicamente, observó la coincidencia de que de pronto estaba obsesionado con dos ingleses. Uno de ellos viviría y gritaría, no tenía la menor duda, en tanto que el otro, el que llevaba la casaca verde, debía gritar y morir.

Sólo hacía falta suerte y un poco de inteligencia.

\* \* \* \*

La estrategia de los franceses era sencilla. Una columna debía llegar a lo alto de la montaña, girar hacia el norte y abrirse camino a la fuerza a lo largo de la cima. Los británicos y portugueses, al darse la vuelta para confrontar dicha amenaza, caerían bajo el segundo ataque en el extremo norte de la cadena montañosa y de este modo las tropas de Wellington se vendrían abajo, atrapadas entre las dos fuerzas francesas.

La caballería de Masséna, que se lanzaría a la persecución, hostigaría al enemigo derrotado hasta Coímbra. Una vez capturada Coímbra, la marcha hasta Lisboa no les llevaría mucho tiempo.

Entonces caería Lisboa. Las embarcaciones británicas serían expulsadas del Tajo y otras fuerzas francesas avanzarían hacia el norte para tomar Oporto y negarles así a los británicos otro puerto importante. Portugal iba a pertenecer a los franceses, iban a llevar al cautiverio a lo que quedara del ejército británico y las fuerzas vencedoras serían libres de capturar Cádiz y aplastar a los ejércitos españoles desperdigados por el sur. Entonces Gran Bretaña tendría que tomar una decisión, hacer un llamamiento a la paz o afrontar años de guerra inútil, y una vez España y Portugal estuvieran pacificadas, Francia podría dirigir sus ejércitos hacia cualquier nuevo territorio que el emperador deseara bendecir con la civilización francesa. En realidad era todo muy sencillo, siempre y cuando una columna alcanzara la sierra de Bussaco.

Allí había dos columnas. Las dos eran pequeñas, sumaban tan sólo siete batallones entre las dos, menos de cuatrocientos hombres, pero allí estaban, en lo alto, bajo la luz del sol, mirando los restos humeantes de las hogueras británicas; por detrás de ellos subían más franceses y la única amenaza inminente era un batallón portugués que marchaba hacia el norte por el camino recién abierto al otro lado de la cima. La columna francesa más cercana recibió a aquel confiado batallón con una descarga de fusilería y, como los portugueses se hallaban formados en una columna de compañías, en orden de marcha más que de batalla, la descarga penetró en las tropas que iban en cabeza y los franceses, al ver una oportunidad, empezaron a desplegarse en una línea irregular, descubriendo así las filas del centro de la columna que entonces pudieron sumar su fuego. Los *voltigeurs* habían avanzado por la cima casi hasta llegar al camino recién abierto y empezaron a disparar contra el flanco de los portugueses que combatían. Las mujeres británicas y portuguesas huyeron de los *voltigeurs*, alejándose apresuradamente con sus hijos.

Los portugueses retrocedieron poco a poco. Un oficial intentó desplegarlos en línea pero un general francés, montado en un gran semental gris, ordenó a sus soldados que calaran bayonetas y avanzaran. «*En avant! En avant!*». Los tambores tocaban frenéticamente, la línea francesa avanzó con una sacudida y los portugueses, sorprendidos a medio desplegarse, fueron presa del pánico en tanto que las compañías que iban en cabeza, ya diezmadas por las descargas francesas, se rompieron. Las compañías de retaguardia mantuvieron la formación e intentaron disparar contra los franceses por entre sus propios compañeros.

—¡Oh, Dios santo! —había exclamado Lawford al ver a los franceses a través de la sierra. Aquella visión parecía haberlo dejado atónito, y no era de extrañar, pues estaba viendo una batalla perdida. Estaba viendo una columna enemiga que ocupaba el terreno en el que había estado apostado su batallón. Estaba viendo un desastre,

incluso una deshonra personal. El general francés (Sharpe suponía que era un general puesto que la casaca azul de aquel hombre tenía más adornos dorados que el vestido de la prostituta más solicitada de Covent Garden) había levantado su sombrero empenachado con la espada en señal de victoria—. ¡Dios santo! —repitió Lawford.

—Media vuelta —dijo Sharpe en voz baja y sin mirar al coronel, por lo que casi pareció que estuviera hablando consigo mismo—, y luego conversión derecha.

Lawford no dio muestras de haber oído el consejo. Tenía la mirada fija en el horror que tenía lugar ante sus ojos, viendo cómo los portugueses caían víctimas de las balas. Fueron los franceses quienes, para variar, flanquearon una columna aliada y les estaban dando a las tropas de casaca azul lo que ellos normalmente recibían. Los franceses no estaban formados en una línea propiamente dicha, ni en su habitual tres en fondo, era más bien una apretada hilera de siete u ocho filas, pero eran muchos los soldados que podían utilizar sus mosquetes y los hombres de atrás avanzaban a empujones para disparar contra los desventurados portugueses.

—Llame a los tiradores —le dijo Lawford a Forrest, y luego dirigió una mirada de preocupación a Sharpe, que se mantuvo impertérrito. Él había hecho su sugerencia, que era poco ortodoxa, y ahora todo dependía del coronel. Los portugueses estaban corriendo, algunos de ellos bajaban en tropel por la ladera contraria, pero la mayoría se dirigía al lugar donde se había detenido medio batallón de casacas rojas. Los franceses tenían más terreno del que aprovecharse y, lo que era aún mejor, podían atacar al flanco izquierdo del South Essex, que se hallaba expuesto.

—Hágalo ahora —dijo Sharpe, aunque su voz quizá no fue lo bastante alta como para que lo oyera el coronel.

—¡South Essex! —gritó Lawford por encima del chasquido de los mosquetes—. ¡South Essex! ¡Media vuelta!

Durante un segundo nadie se movió. La orden era tan extraña, tan inesperada, que los soldados no creían lo que oían, pero entonces los oficiales de la compañía repitieron la orden: «¡Media vuelta! ¡Rápido!».

Las dos filas del batallón dieron media vuelta. La que había sido la fila trasera era ahora la delantera, y ambas estaban de espaldas a la ladera y a la gran columna atascada que todavía intercambiaba fuego con los de la cima de la montaña.

—¡El batallón hará conversión derecha a partir de la compañía número nueve! —gritó Lawford—. ¡Marchen!

Aquello suponía una prueba de la habilidad del batallón. Con tan sólo dos hileras, girarían como una puerta gigante por el terreno agreste, pasando por encima de sus compañeros heridos y las hogueras mortecinas. Tenían que hacerlo manteniendo la formación bajo fuego enemigo y, al terminar, si es que terminaban, formarían una línea de mosquetes frente a las nuevas columnas francesas. Estos franceses, al ver el

peligro, habían frenado su acometida y habían empezado a disparar contra el South Essex, lo que permitió a los portugueses volver a formar junto al medio batallón de casacas rojas que había marchado tras ellos por el camino.

—¡Alinéense a partir de la número nueve! —gritó Lawford—. ¡Empiecen a disparar en cuanto estén en posición!

La compañía número nueve, que había constituido el flanco izquierdo del batallón cuando éste se había situado mirando cuesta abajo, era entonces la compañía del flanco derecho y, como formaba la bisagra de la puerta, era la que menos distancia tenía que recorrer. La compañía sólo tardó unos segundos en cambiar la formación y James Hooper, su capitán, ordenó a sus soldados que cargaran las armas. La compañía ligera, que por norma general formaba frente a la número nueve, corría entonces a situarse detrás del batallón que giraba.

—¡Ponga a sus muchachos delante, señor Slingsby! —gritó Lawford—. ¡Delante! ¡No detrás, por el amor de Dios!

—¡Compañía número nueve! —bramó Hooper—. ¡Fuego!

—¡Compañía número ocho! —la siguiente ya estaba alineada—. ¡Fuego!

Las compañías del exterior corrían, los soldados sujetaban las cartucheras abiertas y avanzaban con dificultad sobre el césped desigual. Un soldado fue arrojado hacia atrás y se sacudió al ser alcanzado por una bala. Lawford iba a caballo detrás de la puerta que giraba, seguido por los estandartes. Las balas de mosquete pasaron silbando junto a él cuando los *voltigeurs*, que eran los que más cerca se encontraban del batallón, dispararon contra sus oficiales. La compañía ligera, que se hallaba un poco más abajo de la ladera y en el flanco del batallón, empezó a disparar contra los franceses, que de pronto vieron que el South Essex formaría una línea de flanqueo que los inundaría con la temida mosquetería británica, y los oficiales de las columnas empezaron a gritarles a los soldados que se desplegaran en tres filas. El general del caballo blanco empujaba a los soldados para que ocuparan sus puestos a toda prisa y una irregular procesión de infantería francesa, los restos del primer ataque fracasado, subió por la montaña para unirse a los siete batallones que habían roto la línea británica. Los tambores seguían golpeando sus instrumentos y las Águilas habían alcanzado las alturas.

—¡South Essex! —Lawford estaba de pie en los estribos—. ¡Fuego de media compañía desde el centro!

Los portugueses que habían roto filas al verse frente a la devastadora mosquetería francesa regresaban para sumarse a la línea del South Essex. Los casacas rojas también estaban formando en aquel flanco izquierdo. Más batallones que venían del extremo sur de la cima, que estaba tranquilo, se apresuraban hacia el hueco, pero Lawford quería sellarlo él mismo.

—¡Fuego! —gritó.

El South Essex había perdido a una veintena de hombres mientras daban la vuelta torpemente en la cima de la montaña, pero en aquellos momentos ya habían formado y para eso los habían entrenado: para disparar y recargar. Aquélla era su habilidad esencial. Arrancar los extremos del grueso papel del cartucho, cebar el arma, cerrar el rastrillo, poner el mosquete vertical, verter la pólvora, meter la bala, atacar la bala y el papel, dejar caer la baqueta en las anillas del cañón, llevarse el mosquete al hombro, tirar del percutor para acabar de amartillar el arma, apuntar hacia el humo, acordarse de apuntar bajo, aguardar la orden.

—¡Fuego!

Las culatas de los mosquetes golpearon contra los hombros magullados de los soldados que, sin pensarlo, sacaron otro cartucho, arrancaron el extremo con los dientes ennegrecidos y volvieron a empezar, mientras las balas francesas seguían llegando y de vez en cuando se oía un horrible ruido sordo cuando un proyectil alcanzaba la carne, o un chasquido si daba en la culata de un mosquete, o un ligero estallido hueco si perforaba un chacó. El mosquete volvía a estar apoyado en el hombro, el percutor hacia atrás, llegó la orden y el pedernal cayó sobre el rastrillo, lo que abría el oído al tiempo que saltaban las chispas, y entonces había una pausa, menos tiempo del que tardaba en latir el corazón de un gorrión, antes de que la pólvora del arma estallara y al casaca roja le ardiera la mejilla por los pedacitos ardientes que saltaban de la cazoleta, la culata enchapada le golpeaba el hombro, y los cabos bramaban por detrás «¡Cierren filas! ¡Cierren filas!», lo cual significaba que habían matado o herido a un soldado.

En ningún momento dejó de oírse el estallido de los mosquetes desde el centro, un ruido interminable, como de palos rompiéndose, pero más fuerte, mucho más fuerte, y los mosquetes franceses disparaban, pero los soldados no los veían porque el humo de la pólvora era más espeso que la niebla que había envuelto la cima al amanecer. Todos estaban sedientos porque, al abrir los cartuchos de un mordisco se les metían trocitos de salitre en la boca, y el salitre te secaba la lengua y la garganta y te quedabas sin saliva.

—¡Fuego!

Y los mosquetes llamearon, haciendo refulgir súbitamente la nube de humo; los cascos del caballo del coronel, que intentaba ver a través de la humareda, resonaban detrás de la última fila y, en alguna otra parte, mucho más atrás en las filas, una banda tocaba la *Marcha de los granaderos*, pero nadie era muy consciente de ello, sólo de la necesidad de sacar otro cartucho, arrancar la punta, cargar el dichoso mosquete y acabar con ese condenado asunto.

Eran ladrones, asesinos, idiotas, violadores y borrachos. Ninguno de ellos se había alistado por amor a la patria, y mucho menos por amor a su rey. Se habían alistado porque estaban borrachos cuando el sargento reclutador llegó a su pueblo, o



porque un juez les había dado a elegir entre la horca o las tropas, o porque una chica estaba embarazada y quería casarse con ellos, o porque una chica no quería casarse con ellos, o porque eran unos idiotas redomados que creyeron las mentiras atroces del reclutador, o simplemente porque el ejército les daba una pinta de ron y tres comidas al día, y la mayoría había pasado hambre desde entonces. Los azotaban por orden de unos oficiales que eran en su mayor parte caballeros a los que nunca azotarían. Los insultaban llamándolos imbéciles borrachos y los colgaban sin juicio si robaban aunque sólo fuera un pollo. En casa, en Gran Bretaña, si salían del cuartel la gente respetable cambiaba de acera para evitarlos. En algunas tabernas se negaban a servirles. Les pagaban lamentablemente mal, los multaban por todo lo que perdían y los pocos peniques que conseguían retener normalmente se los gastaban jugando. Eran unos bribones irresponsables, violentos como sabuesos y ordinarios como cerdos, pero tenían dos cosas.

Tenían orgullo.

Y tenían la valiosa habilidad de disparar descargas por secciones. Podían disparar esas descargas de media compañía más deprisa que cualquier otro ejército del mundo. Las balas caían como granizo si estabas frente a aquellos casacas rojas. Cruzarse en su camino significaba la muerte, en cuyo umbral se hallaban entonces siete batallones franceses a los que el South Essex estaba haciendo pedazos. Un batallón contra siete, pero los franceses no habían llegado a desplegarse adecuadamente en línea y los soldados del exterior intentaban volver a la protección de la columna, por lo que la formación francesa se hizo más densa y las balas caían sobre ella sin cesar. Más soldados portugueses y británicos habían extendido la línea del South Essex; el 88.º, los Connaught Rangers, llegaron desde el norte y los franceses que habían alcanzado la cima estaban siendo atacados por dos lados por unos enemigos que sabían cómo disparar sus mosquetes. Unos enemigos que habían practicado el fuego de mosquete hasta que fueron capaces de disparar con los ojos vendados, borrachos o locos. Eran los asesinos de casaca roja y eran buenos.

—¿Ve algo, Richard? —le gritó Lawford por encima del ruido de las descargas.

—No aguantarán, señor.

Gracias a un capricho del viento, una pequeña ráfaga que había empujado unos metros la lenta humareda, Sharpe tenía mejor vista que el coronel.

—¿Bayoneta?

—Todavía no.

Sharpe vio que los franceses estaban siendo brutalmente alcanzados. Sólo el South Essex estaba disparando cerca de mil quinientas balas de mosquete por minuto y era uno de los cuatro o cinco batallones que se habían acercado a las dos columnas francesas. La humareda se hizo más espesa sobre la cima y rodeó a los franceses que se obstinaban en permanecer allí en lo alto. Como siempre, Sharpe quedó asombrado

por la magnitud del castigo que podía soportar una columna, que parecía estremecerse con cada descarga y que sin embargo no se retiraba, sólo iba mermando a medida que los soldados de las filas exteriores morían, que es lo que hacían bajo el terrible azote de los mosquetes británicos y portugueses.

Por detrás del South Essex subió un hombre robusto a caballo, vestido con un gastado abrigo negro, un cabo de cigarro apagado entre sus dientes amarillos y un sucio gorro de dormir con borla en la cabeza. Iba seguido por media docena de ayudantes de campo, el único indicio de que aquel hombre grandote y despeinado vestido de civil podía ser alguien importante. Vio morir a los franceses, vio disparar a las secciones del South Essex, se sacó el cigarro de los dientes, lo miró con aire taciturno y escupió una brizna de tabaco.

—Debe de tener galeses en su condenado batallón, Lawford —gruñó.

Lawford, sorprendido al oír la voz de aquel hombre, se dio la vuelta y saludó rápidamente.

—¡Señor!

—¿Y bien? ¿Tiene galeses?

—Estoy seguro de que tenemos alguno, señor.

—¡Son buenos! —dijo el hombre del gorro de dormir. Hizo un gesto hacia las filas con su cigarro apagado—. Demasiado buenos para ser ingleses, Lawford. Quizás haya un asentamiento galés en Essex, ¿no?

—Estoy seguro de que sí, señor.

—¡Cómo va a estar seguro de semejante cosa! —exclamó el hombre grandote. Se llamaba Thomas Picton y era el general al mando de aquel tramo de la sierra—. He visto lo que ha hecho, Lawford —siguió diciendo—, ¡y creí que había perdido usted el juicio! Media vuelta y conversión derecha, ¿eh? ¿En mitad de una maldita batalla? Pensé que estaba mal de la cabeza, pero lo hizo bien, condenadamente bien. Estoy orgulloso de usted. Debe de tener sangre galesa. ¿Tiene algún cigarro entero, Lawford?

—No, señor.

—No me sirve usted de mucho, ¿verdad?

Picton lo saludó con un breve movimiento de la cabeza y se alejó, seguido por sus ayudantes de campo, que iban tan bien uniformados como su superior mal vestido. Lawford se creció, volvió la vista hacia los franceses y vio que se estaban viniendo abajo.

El comandante Leroy había oído las palabras del general y cabalgó hacia Sharpe.

—Picton está muy contento con nosotros —dijo al tiempo que desenfundaba su pistola—, tanto que cree que Lawford debe de tener sangre galesa. —Sharpe se rió. Leroy apuntó la pistola y disparó contra los restos de la columna francesa más próxima—. Cuando era joven, Sharpe —dijo Leroy—, cazaba mapaches.

Sharpe vio un mosquete de la cuarta compañía que no disparó. Supuso que se le habría hecho añicos el pedernal, por lo que sacó uno de recambio del bolsillo y gritó el nombre del soldado.

—¡Cójalo! —le bramó, y le lanzó el pedernal por encima de la última fila antes de volver a mirar a Leroy—. ¿Qué es un mapache?

—Un maldito animal inútil, Sharpe, que Dios puso en la tierra para mejorar la puntería de los chicos. ¿Por qué no se mueven esos cabrones?

—Ya lo harán.

—Entonces podrían llevarse con ellos a su compañía —dijo Leroy, y sacudió la cabeza para señalar hacia la ladera, como si le aconsejara a Sharpe que fuera y lo viera con sus propios ojos.

Sharpe cabalgó hasta el flanco de la línea y vio que Slingsby había llevado a la compañía cuesta abajo y hacia el norte donde, formando una línea de tiradores, disparaban hacia lo alto de la colina, contra el flanco izquierdo francés en tanto que unos cuantos de sus soldados lo hacían cuesta abajo para evitar que unos vacilantes franceses dispersos reforzaran la columna. ¿Es que Slingsby quería ser un héroe? ¿Acaso creía que la compañía podía cortar el paso a la columna francesa ella sola? Sharpe sabía que dentro de un momento los franceses romperían filas y cerca de seis mil soldados se precipitarían desde la cima para escapar a la carnicería y arrasaría a la compañía ligera como si no fuera más que paja. Ese momento se aproximó cuando oyó el estallido de un cañón proveniente del extremo más alejado de la contienda. Era un bote de metralla, el bote de hojalata que se rompía en la boca del cañón y esparcía su carga de balas de mosquete como una ráfaga de la escopeta del diablo. Sharpe no disponía de un momento, sólo de segundos, de modo que espoleó al caballo ladera abajo.

—¡Vuelvan a la línea! —gritó a sus soldados—. ¡Vuelvan! ¡Deprisa!

Slingsby le dirigió una mirada de indignación.

—¡Los estamos conteniendo —protestó—, no podemos retroceder ahora!

Sharpe bajó del caballo y le dio las riendas a Slingsby.

—¡Vuelva al batallón, Slingsby, es una orden! ¡Ahora!

—¿Pero?

—¡Hágalo! —le bramó Sharpe como un sargento.

Slingsby montó de mala gana y Sharpe les gritó a sus hombres:

—¡Formen en el batallón!

Y en aquel preciso momento los franceses rompieron filas.

Habían durado más de lo que cualquier general podía pedir. Habían logrado llegar a la cima y durante un momento espléndido pareció que la victoria iba a ser suya, pero no habían recibido el refuerzo masivo que necesitaban y los batallones británicos y portugueses habían vuelto a formar, los habían flanqueado y luego les

habían dado una dosis de estruendosas descargas. Ningún ejército en el mundo podía haber resistido tales descargas, pero los franceses las habían soportado hasta que no bastó únicamente con la valentía y el único impulso que les quedó fue el de sobrevivir, y Sharpe vio los uniformes azules acercándose como una ola batiente por la línea del horizonte. Sus soldados y él corrieron. Slingsby ya se había alejado, espoleando su caballo hacia la compañía de James Hooper; los soldados que antes estaban a la izquierda de la línea de tiradores se hallaban bastante seguros, pero la mayoría de ellos no podrían escapar a la avalancha.

—¡Formen junto a mí! —bramó Sharpe—. ¡Vuelvan a formar en cuadro!

Era una maniobra desesperada que la infantería rota utilizaba en los últimos momentos contra una carga de caballería, pero sirvió. Unos treinta o cuarenta soldados corrieron hacia Sharpe, se dieron la vuelta hacia el exterior y calaron las bayonetas.

—Vayan avanzando hacia el sur, muchachos —les dijo Sharpe con calma—, aléjense de ellos.

Harper se había descolgado el fusil de cañones múltiples. La marea de franceses se dividió para evitar al grupo de casacas rojas y fusileros y se dirigió en tropel hacia los dos lados, pero Sharpe hizo seguir avanzando a sus hombres, de metro en metro, tratando de escapar a aquel torrente. Un soldado francés no vio a los hombres de Sharpe, chocó contra la bayoneta de Perkins y se quedó allí hasta que el chico apretó el gatillo y el hombre se desprendió de la larga hoja con un chorro de sangre.

—Vayan despacio —dijo Sharpe en voz baja—, despacio.

Y en aquel momento el general montado en el caballo blanco, con la espada desenvainada y sus brillantes galones dorados fue directo al cuadro y pareció asombrado de encontrarse al enemigo frente a él, por lo que bajó su espada de forma instintiva para arremeter con el brazo extendido y Harper apretó el gatillo, al igual que hicieron otros cuatro o cinco soldados, y la cabeza del caballo y el hombre que iba detrás se desvanecieron con una escarapela de sangre. Ambos cayeron, el caballo se deslizó cuesta abajo, sacudiendo los cascos, y Sharpe les gritó a sus hombres que se dirigieran a toda prisa hacia la izquierda y así evitaron al animal moribundo. El jinete, con un agujero de bala en la frente, fue cayendo hasta detenerse a los pies de los soldados.

—Es un maldito general, señor —sentenció Perkins con asombro.

—Mantengan la calma —dijo Sharpe—, avancen hacia la izquierda.

En aquellos momentos ya se habían apartado de la riada de franceses que bajaban corriendo desesperadamente por la ladera, saltando por encima de los cadáveres, concentrados únicamente en escapar de las balas de mosquete. Los batallones británicos y portugueses los seguían, no para perseguirlos, sino para formar una línea en la cima desde donde hostigar a los fugitivos, y unas cuantas balas pasaron silbando

por encima de la cabeza de Sharpe.

—¡Rompan filas, ahora! —les ordenó a sus soldados, que salieron corriendo del cuadro para subir hacia el batallón.

—Nos ha ido de un pelo —dijo Harper.

—Estaban en mal sitio, maldita sea.

—No fue saludable —comentó Harper, y miró a ver si había quedado atrás algún soldado—. ¡Perkins! ¿Qué diablos es eso que tiene ahí?

—Es un general francés, sargento —respondió Perkins.

Había arrastrado el cadáver hasta lo alto de la colina y entonces se arrodilló junto al cuerpo y empezó a rebuscar en los bolsillos.

—¡Deje ese cadáver! —Era Slingsby, que había regresado de nuevo, aquella vez a pie, y que se dirigía hacia la compañía a grandes Zancadas—. ¡Formen a partir de la compañía número nueve, vamos, de prisa! ¡Le he dicho que lo deje! —le espetó a Perkins, que había hecho caso omiso de la orden—. ¡Apunte el nombre de ese soldado, sargento! —ordenó a Huckfield.

—¡Perkins! —dijo Sharpe—. Registre ese cuerpo como es debido. ¡Teniente!

Slingsby miró a Sharpe con los ojos muy abiertos.

—¿Señor?

—Venga conmigo. —Sharpe fue hacia la derecha y se alejó para que la compañía no pudiera oírlo, entonces se volvió hacia Slingsby y toda la furia acumulada estalló—. Escuche, maldito bastardo, ha estado a punto de perder a toda la compañía. ¡A punto de perderla, maldita sea! ¡A todos y cada uno de ellos! Y los soldados lo saben. De modo que cierre la condenada boca hasta que haya aprendido a combatir.

—¡Está siendo ofensivo, Sharpe! —protestó Slingsby.

—Es lo que pretendo.

—Me ofende —dijo Slingsby con frialdad—. No permitiré que me insulte un hombre de su calaña.

Sharpe sonrió, y no era una sonrisa agradable.

—¿De mi calaña, Slingsby? Yo le diré qué clase de hombre soy, pequeño cabrón llorica, soy un asesino. Llevo casi treinta malditos años matando. ¿Quiere un duelo? No me importa. Espada, pistola, cuchillo, lo que quiera, Slingsby. Usted dígame cómo, cuándo y dónde. Pero hasta entonces cierre su dichosa boca y lárguese. —Regresó andando junto a Perkins, que prácticamente había desnudado al oficial francés—. ¿Qué ha encontrado?

—Dinero, señor —Perkins miró a un indignado Slingsby y a continuación volvió la vista hacia Sharpe—. Y esta vaina, señor —le mostró a Sharpe la vaina, forrada de terciopelo azul y tachonada de pequeñas «N» doradas.

—Es probable que sean de latón —dijo Sharpe—, pero nunca se sabe. Quédese la mitad del dinero y comparta la otra mitad.

En aquellos momentos ya se habían retirado todos los franceses excepto los que estaban muertos o heridos. No obstante, los *voltigeurs* que habían ocupado el montículo rocoso habían permanecido allí y habían sido reforzados por algunos de los supervivientes de las columnas derrotadas, el resto de los cuales se había detenido en mitad de la falda y desde allí miraba hacia arriba. Ninguno de ellos había bajado del todo hasta el valle, que entonces ya estaba libre de niebla, por lo que los artilleros franceses podían apuntar sus granadas que subían dejando una estela de humo y estallaban en medio de los muertos desperdigados por la montaña. Las compañías de tiradores británicos y portugueses descendían entre las explosiones de las granadas para formar una línea de piquetes, pero Sharpe, que no había recibido ninguna orden de Lawford ni de nadie más, condujo a sus hombres al lugar donde la montaña sobresalía hacia el promontorio cubierto de rocas que ocupaban los franceses.

—Fusileros —ordenó—, que no levanten la cabeza.

Dejó que sus fusileros dispararan a los franceses que, armados con mosquetes, no podían responder al fuego. Mientras tanto Sharpe recorrió las laderas más bajas con el catalejo, buscando un cuerpo de casaca verde entre el montón de franceses muertos, pero no vio ni rastro del cabo Dodd.

Los fusileros de Sharpe continuaron con su práctica de tiro irregular. Mandó retroceder unos cuantos pasos a los casacas rojas para que no fueran un objetivo tentador para los artilleros franceses situados al pie de la ladera. El resto de las tropas británicas también había retrocedido, negándole un objetivo claro a la artillería enemiga, pero la presencia de la cadena de tiradores en la falda delantera hizo saber a la derrotada infantería enemiga que las descargas aún les estaban esperando fuera de la vista. Nadie intentó avanzar y entonces, uno a uno, los cañones franceses guardaron silencio y el humo se fue alejando poco a poco de la montaña.

Entonces abrieron fuego unos cañones situados a un kilómetro y medio al norte. Durante unos pocos segundos tan sólo fueron uno o dos cañones, y luego abrieron fuego las baterías enteras y el estruendo empezó de nuevo. Se aproximaba el siguiente ataque francés.

El teniente Slingsby no volvió a unirse a la compañía, sino que regresó con el batallón. A Sharpe no le importaba.

Él descansó en la ladera, observó a los franceses y esperó.

\* \* \* \*

—La carta va dirigida a un tal *senhor* Verzi —le explicó Ferragus a Sarah. Caminaba de un lado a otro detrás de ella y las tablas del suelo chirriaban bajo su peso. El sonido de los cañones retumbaba suavemente en la gran ventana a través de la cual, al final de una calle que corría cuesta abajo, Sarah tan sólo distinguía el río Mondego—.

Dígale al *senhor* Verzi que está en deuda conmigo —le ordenó Ferragus.

La pluma raspó el papel. Sarah, a quien habían llamado para que escribiera una segunda carta, se había puesto un pañuelo en torno al cuello para que no quedara ni un trozo de piel expuesta entre su cabello y el alto cuello bordado de su vestido azul.

—Dígale que lo eximiré de todas sus deudas conmigo si me hace un favor. Necesito alojamiento en una de sus embarcaciones. Quiero un camarote para la esposa de mi hermano, sus hijos y los miembros de la casa.

—No vaya tan deprisa, *senhor* —le pidió Sarah. Mojó la plumilla y escribió—. Para la esposa de su hermano, sus hijos y los miembros de la casa —dijo al terminar de escribirlo.

—Voy a mandar a la familia y a los sirvientes a Lisboa —prosiguió Ferragus— y le pido, no, le exijo al *senhor* Verzi que les proporcione un refugio en una embarcación adecuada.

—En una embarcación adecuada —repitió Sarah.

—Si los franceses llegan a Lisboa —siguió diciendo Ferragus—, el barco debe llevarlos a las Azores y esperar allí hasta que sea seguro regresar. Dígale que aguarde la llegada de la esposa de mi hermano a los tres días de recibir esta carta —se detuvo un momento—. Y por último, dígame que sé que trataré a la familia de mi hermano como si fueran miembros de la suya propia. —Mejor sería que Verzi los tratara bien, pensó Ferragus, si no quería acabar con las entrañas perforadas y hechas papilla en algún callejón de Lisboa. Dejó de andar y miró la espalda de Sarah. Vio su espina dorsal que se marcaba contra la tela azul. Sabía que ella era consciente de su mirada y notaba su indignación. Eso lo divertía—. Léame la carta.

Sarah leyó y Ferragus miró por la ventana. Verzi le haría el favor, lo sabía. Así, cuando vinieran los franceses, la esposa y familia del comandante Ferreira ya estarían lejos de allí. Escaparían a las matanzas y violaciones que sin duda tendrían lugar y, cuando los franceses se hubiesen establecido, cuando hubieran saciado sus apetitos, no habría peligro en que la familia regresara.

—Parece estar seguro de que los franceses van a venir, *senhor* —comentó Sarah cuando hubo terminado de leer.

—No sé si vendrán o no vendrán —repuso Ferragus—, lo que sé es que hay que preparar las cosas. Si vienen, la familia de mi hermano está a salvo; si no, los servicios del *senhor* Verzi no serán necesarios.

Sarah echó polvos secantes en el papel.

—¿Cuánto tiempo esperaremos en las Azores? —preguntó.

Ferragus sonrió al ver que la muchacha no lo había interpretado bien. No tenía ninguna intención de dejar que Sarah fuera a las Azores, pero no era el momento de decírselo.

—El que sea necesario —respondió él.

—Quizá los franceses no vengan —sugirió Sarah en el preciso instante en que una renovada tanda de cañonazos sonó más fuerte que nunca.

—Los franceses —dijo Ferragus, que le dio el sello—, han conquistado toda Europa. Ya nadie los combate, excepto nosotros. Más de cien mil franceses han reforzado los ejércitos de España. ¿Cuántos soldados tienen al sur de los Pirineos? ¿Trescientos mil? ¿De verdad piensa, señorita Fry, que podemos ganar contra tantos efectivos? Aunque hoy consigamos la victoria, ellos regresarán, volverán siendo más numerosos todavía.

Mandó a tres hombres con la carta. El camino hacia Lisboa era bastante seguro, pero había oído que había problemas en la propia ciudad. La gente de allí creía que los británicos tenían planeado abandonar Portugal y dejarlos a merced de los franceses, por lo que había habido disturbios en las calles y la carta tenía que protegerse. Apenas había salido el mensaje cuando llegaron otros dos de sus hombres con noticias de que había problemas. Un *feitor* había llegado al almacén e insistía en que se destruyeran las reservas.

Ferragus se abrochó un cinturón con un cuchillo, se metió una pistola en el bolsillo y se encaminó hacia el otro extremo de la ciudad. En las calles había mucha gente escuchando el distante cañoneo, como si por los cambios de intensidad del sonido pudieran saber cómo iba la batalla. La gente le abría camino a Ferragus y los hombres se descubrían a su paso. Dos sacerdotes que cargaban los tesoros de su iglesia en una carretilla se santiguaron al verlo y Ferragus les respondió haciéndoles los cuernos con la mano izquierda y escupiendo luego en los adoquines.

—Hace un año doné treinta mil *vinténs* a esa iglesia —explicó Ferragus a sus hombres. Era una pequeña fortuna, casi cien libras inglesas. Se rió—. Los sacerdotes son como las mujeres —comentó con desdén—. Tú les das y ellos te odian.

—Entonces lo mejor es no darles —comentó uno de sus hombres.

—A la Iglesia le das —repuso Ferragus— porque es la manera de llegar al cielo. Pero con una mujer lo tomas. Con lo que también se alcanza el cielo.

Torció por un callejón estrecho y entró por una puerta a un amplio almacén débilmente iluminado por unos tragaluces cubiertos de polvo. Unos gatos le bufaron y luego se fueron correteando. Allí había docenas de esos animales, para que protegieran el contenido del almacén de los ratones. Ferragus sabía que por las noches el almacén se convertía en un sangriento campo de batalla en el que los ratones luchaban contra los gatos hambrientos, pero los felinos siempre ganaban y de este modo protegían los barriles de galleta dura, los sacos de trigo, cebada y maíz, los recipientes de lata llenos de arroz, los tarros de aceite de oliva, las cajas de bacalao salado y las cubas de carne salada. Allí había bastante comida para alimentar al ejército de Masséna durante todo el camino hasta Lisboa, y suficientes cubas de tabaco para que no dejaran de toser durante todo el camino de vuelta a París. Se



agachó para acariciarle la garganta a un gato de un solo ojo, lleno de cicatrices de cientos de peleas. El gato le enseñó los dientes pero se sometió alas caricias, entonces Ferragus se volvió hacia dos de sus hombres que estaban con el *feitor*, el cual llevaba puesto un fajín de color verde para indicar que estaba de servicio.

—¿Qué problema hay? —quiso saber Ferragus.

Un *feitor* era un factor, un comerciante autorizado, nombrado por el gobierno para asegurarse de que hubiera raciones suficientes para el ejército portugués. Todas las ciudades importantes de Portugal tenían un *feitor* que respondía ante la Junta de Provisiones de Lisboa, y el almacenero de Coimbra era un hombre corpulento de mediana edad llamado Rafael Pires, que al ver a Ferragus se quitó el sombrero y pareció que iba a arrodillarse.

—*Senhor* Pires —Ferragus lo saludó afablemente—. ¿Su esposa e hijos están bien?

—Lo están, *senhor*, gracias a Dios.

—¿Siguen aquí? ¿No los ha mandado al sur?

—Se marcharon ayer. Tengo una hermana en Bemposta.

Bemposta era una pequeña población cercana a Lisboa, el tipo de ciudad que los franceses podrían pasar de largo en su avance.

—Pues tiene usted suerte. No morirán de hambre en las calles de Lisboa, ¿eh? Dígame, ¿qué le trae por aquí?

Pires jugueteó con su sombrero.

—Tengo órdenes, *senhor*.

—¿Órdenes?

Pires señaló los grandes montones de comida con el sombrero.

—Hay que destruirlo todo, *senhor*. Todo.

—¿Quién lo dice?

—El capitán comandante.

—¿Y usted obedece sus órdenes?

—Es lo que me han mandado, *senhor*.

El capitán comandante era el comandante militar de Coimbra y de sus barrios circundantes. Era el encargado de reclutar y entrenar a la *ordenança*, los «habitantes armados» que podrían reforzar al ejército si llegaba el enemigo, pero el capitán comandante también tenía que hacer respetar los decretos gubernamentales.

—¿Y qué hará? —le preguntó Ferragus a Pires—, ¿comérselo todo?

—El capitán comandante va a enviar a unos cuantos hombres —repuso Pires.

—¿Aquí? —la voz de Ferragus adquirió entonces un tono peligroso.

Pires tomó aire.

—Tienen mis archivos, *senhor* —explicó—. Saben que ha estado comprando comida. ¿Cómo no van a saberlo? Ha gastado mucho dinero, *senhor*. Tengo órdenes

de encontrarla.

—¿Y? —preguntó Ferragus.

—Tiene que ser destruida —insistió Pires y entonces, como para demostrar que no podía hacer nada contra aquella situación, invocó a un poder más elevado—. Los ingleses se empeñan en ello.

—Los ingleses —dijo Ferragus con un gruñido—. *Os ingleses por mar!* —le gritó a Pires, y entonces se calmó. Los ingleses no eran el problema. El problema era Pires—. ¿Dice usted que el capitán comandante se llevó sus papeles?

—En efecto.

—Pero él no sabe dónde está almacenada la comida, ¿no?

—En los papeles consta únicamente la comida que hay en la ciudad —contestó Pires— y de quién es.

—¿Así pues tiene mi nombre —preguntó Ferragus— y una lista de mis reservas?

—No es una lista completa, *senhor* —Pires echó un vistazo a los enormes montones de comida y se maravilló de que Ferragus hubiera podido acumular tanta—. Sólo sabe que tiene usted almacenadas algunas provisiones y dice que debo garantizar su destrucción.

—Pues garantícela —terció Ferragus sin darle importancia.

—Mandaré a unos cuantos hombres para que se cercioren de ello, *senhor* —dijo Pires—. Tengo que traerlos hasta aquí.

—Pues entonces usted no sabe dónde están los almacenes —dijo Ferragus.

—¡Esta misma tarde tengo que hacer un registro de todos los almacenes de la ciudad, *senhor!* —Pires se encogió de hombros—. He venido a advertirle —dijo con un ruego de impotencia.

—Yo le pago, Pires —dijo Ferragus—, para que evite que adquieran mi comida a un precio irrisorio para alimentar al ejército. ¿Y ahora va a traer aquí a unos hombres para que la destruyan?

—¿No podría llevarla a otro sitio, quizá? —sugirió Pires.

—¡Llevarla a otro sitio! —gritó Ferragus—. ¿Cómo quiere que la traslade, por el amor de Dios? Necesitaría un centenar de hombres y una veintena de carros.

Pires se limitó a encogerse de hombros.

Ferragus bajó la mirada hacia el *feitor*.

—Vino a advertirme —le dijo en voz baja— porque usted traerá aquí a los soldados, ¿no es cierto? Y no quiere que no le eche la culpa a usted, ¿verdad?

—¡Ellos insisten, *senhor*, insisten! —Pires ya le estaba suplicando—. Y si no vienen nuestras propias tropas lo harán las británicas.

—*Os ingleses por mar* —gruñó Ferragus, y se valió de su mano izquierda para propinarle un puñetazo en la cara a Pires. Fue un golpe rápido y extraordinariamente fuerte, un directo que le rompió la nariz al *feitor* y lo hizo retroceder tambaleándose

mientras sus fosas nasales empezaban a sangrar. Ferragus lo siguió y le golpeó el vientre con la mano herida. Esto le hizo daño, pero Ferragus hizo caso omiso del dolor porque era lo que debía hacer un hombre. El dolor había que soportarlo. Si uno no podía aguantar el dolor no tenía que pelear, y Ferragus hizo retroceder a Pires contra la pared del almacén y empezó a darle puñetazos de forma sistemática, izquierda y derecha, con unos golpes de corto recorrido pero que caían con la fuerza de un martillo. Los primeros fueron dirigidos al cuerpo del *feitor*, le quebraron las costillas, le rompieron los pómulos y la sangre salpicó las manos y las mangas de Ferragus, pero él no hizo caso de la sangre, al igual que no hacía caso del dolor que sentía en la mano y en la entrepierna. Estaba haciendo lo que más le gustaba hacer y golpeó con más fuerza todavía, acallando los patéticos gritos y aullidos del *feitor*, viendo cómo la respiración de aquel hombre se volvía rosada y burbujeaba cuando sus enormes puños aplastaron las costillas rotas contra los pulmones. Hacía falta una fuerza impresionante para hacer eso, para matar a un hombre con las manos desnudas sin estrangularlo.

Pires se desplomó contra la pared. Ya no parecía un hombre, aunque seguía con vida. La carne visible estaba hinchada, ensangrentada, pastosa. Se le habían cerrado los ojos, su rostro era una masa sanguinolenta, tenía la nariz destrozada, los dientes rotos, los labios hechos jirones, el pecho aplastado, el vientre machacado y aun así logró mantenerse derecho contra la pared del almacén. Su rostro deshecho miraba de un lado a otro sin ver nada, luego recibió un puñetazo en la mandíbula, el hueso se rompió con un crujido audible y Pires se tambaleó, soltó un gemido y cayó por fin.

—Levantadlo y sujetadlo —dijo Ferragus mientras se quitaba el abrigo y la camisa.

Dos hombres agarraron a Pires por debajo de los hombros y tiraron de él hacia arriba; Ferragus se acercó y empezó a dar puñetazos con una intensidad salvaje. Sus puños no realizaban un largo recorrido, no eran tortazos feroces, sino unos golpes cortos y precisos que caían con una fuerza horrible. Se concentró en el vientre de aquel hombre, luego subió hacia su pecho, aporreándolo de tal modo que Pires empezó a dar cabezadas con cada acometida y de su boca ensangrentada salieron unas gotas de saliva enrojecida que cayeron sobre el pecho de Ferragus. Éste siguió dando puñetazos hasta que al hombre se le fue la cabeza hacia atrás con una sacudida y cayó a un lado como la de una marioneta a la que se le hubiese roto la cuerda de la coronilla. Se oyó un estertor en su maltrecha garganta, Ferragus lo golpeó una vez más y entonces dio un paso atrás.

—Llevadlo al sótano —ordenó Ferragus— y rajadle el vientre.

—¿Que le rajemos el vientre? —preguntó uno de los hombres, creyendo que lo había oído mal.

—Para que las ratas tengan por dónde empezar —dijo Ferragus—, porque cuanto

antes acaben con él, antes desaparecerá.

Se dirigió hacia Miguel, que le dio un trapo con el que se limpió la sangre y la saliva del pecho y de los brazos cubiertos de tatuajes. Tenía unas anclas envueltas con cadenas tatuadas en ambos antebrazos, tres sirenas en el pecho y serpientes que rodeaban sus enormes brazos. En la espalda llevaba un buque de guerra a toda vela, las sosobres en la arboladura, las alas desplegadas y una bandera británica en la popa. Se puso la camisa, el abrigo y observó cómo arrastraban el cadáver hacia la parte de atrás del almacén donde había una trampilla que daba al sótano. Allí ya había otro cadáver con el vientre rajado descomponiéndose en la oscuridad, los restos de un hombre que había intentado informar a las autoridades sobre las provisiones que Ferragus tenía almacenadas. Ahora lo había intentado otro, había fracasado y había muerto.

Ferragus cerró con llave el almacén. Si los franceses no venían, pensó, podría vender legalmente aquella comida y sacar beneficio, y si venían, el beneficio podría ser aún mayor. Las próximas horas lo revelarían. Hizo la señal de la cruz y fue a buscar una taberna porque había matado a un hombre y estaba sediento.

\* \* \* \*

Ningún miembro del batallón fue a darle órdenes y a Sharpe ya le parecía bien. Estaba vigilando el montículo rocoso donde, según creía él, un centenar de soldados de la infantería francesa mantenían la cabeza bien agachada a causa de sus descargas irregulares de fusilería. Lamentó no tener hombres suficientes para echar de la colina a los *voltigeurs*, pues su presencia era una invitación para que el enemigo intentara alcanzar nuevamente la cima. Podían llevar a un par de batallones al montículo y valerse de ellos para atacar a lo largo del espolón, una medida que podría verse alentada por el nuevo ataque francés que se estaba preparando a eso de un kilómetro y medio de distancia hacia el norte. Sharpe avanzó un poco por el ramal, probablemente demasiado, pues un par de balas de mosquete pasaron silbando junto a él, que se agachó y sacó el catalejo. No hizo caso de los *voltigeurs*, pues sabía que estaban demasiado lejos para que los disparos de los mosquetes fueran certeros, y se quedó mirando las enormes columnas francesas que subían por el camino bueno que ascendía serpenteante hasta el pueblo situado justo debajo de la cima septentrional de la cordillera junto a la cima misma se alzaba un molino de piedra al que habían despojado de aspas y paletas y cuya maquinaria se había desmontado, al igual que ocurría con todos los demás molinos del centro de Portugal, y allí, junto a aquella torre achaparrada, había unos cuantos jinetes, pero Sharpe no vio a más tropas excepto a las dos columnas francesas que ya habían recorrido la mitad del camino y una tercera, más pequeña, a cierta distancia por detrás. Las grandes formaciones

francesas aparecían oscuras contra la ladera. Los cañones portugueses y británicos disparaban sus balas desde la cumbre y el humo gris blanquecino que soltaban le emborronaba la visión a Sharpe.

—¡Señor! ¡Señor Sharpe, señor!

Era Patrick Harper quien lo llamaba.

Sharpe plegó el catalejo, se dio la vuelta y mientras caminaba vio qué era lo que había hecho que Harper lo llamase. Dos compañías de cazadores de casaca marrón se acercaban al espolón y Sharpe supuso que las tropas portuguesas tenían órdenes de despejar el montículo rocoso de enemigos. Un par de nueve libras estaban cambiando de posición para apoyar su ataque, pero Sharpe no tenía muchas esperanzas de que éste tuviera éxito. Había casi tantos cazadores como *voltigeurs*, pero los franceses estaban a cubierto y, si decidían oponer resistencia, el combate sería horrible.

—No quería que estuviera en medio cuando esos artilleros empezaran a disparar —le explicó Harper, que señaló con la cabeza hacia el par de piezas de nueve libras.

—Muy considerado por su parte, Pat.

—Si muriera, señor, Slingsby asumiría el mando —dijo Harper sin rastro de insubordinación.

—¿Y eso no le gustaría? —le preguntó Sharpe.

—Soy de Donegal, señor, y aguanto cualquier cosa que Dios me mande para causarme problemas.

—Él me mandó a mí, Pat, me mandó a mí.

—Los designios del Señor son inescrutables —terció Harris.

Los cazadores estaban esperando a unos cincuenta pasos por detrás de Sharpe. Él no les hizo caso, sino que volvió a preguntar si alguno de los soldados había visto a Dodd. El señor Iliffe, que no había oído que Sharpe lo preguntara antes, asintió con la cabeza, nervioso.

—Iba corriendo, señor.

—¿Dónde?

—¿Sabe cuando casi nos cortan el paso, señor? Colina abajo. Corría como una liebre.

Eso concordaba con lo que Carter, el compañero de Dodd, había pensado. Los dos habían estado a punto de quedar atrapados por los *voltigeurs* y Dodd había optado por la salida más rápida, cuesta abajo, en tanto que Carter había tenido suerte de escapar cuesta arriba sin nada más grave que una bala de mosquete en la mochila que, según afirmaba, le había ayudado a avanzar. Sharpe contaba con que Dodd se uniría a ellos después. Era un hombre del campo, sabía interpretar el terreno y sin duda evitaría a los franceses y subiría por el sur de la sierra. Fuera como fuera, en aquellos momentos Sharpe no podía hacer nada por él.

—¿Vamos a ayudar a los muchachos portugueses? —preguntó Harper.

—¡Ni muertos! —repuso Sharpe—. A menos que traigan un batallón entero.

—Viene a pedírselo —le dijo Harper para advertirle, y señaló con la cabeza a un delgado oficial portugués que se acercaba a la compañía ligera. Su uniforme marrón tenía las vueltas blancas y llevaba un largo penacho negro en el chacó de frontal alto. Sharpe observó que el oficial llevaba una espada de la caballería pesada y, cosa poco frecuente, iba armado con un fusil. Sharpe no sabía de otro oficial que fuera tan bien armado, aparte de él mismo, y lo irritó el hecho de que hubiera otro oficial con las mismas armas, pero entonces el hombre que se acercaba se quitó su *barretina* de penacho negro y sonrió ampliamente.

—¡Dios mío! —exclamó Sharpe.

—No, no, sólo soy yo. —Jorge Vicente, a quien Sharpe había visto por última vez en la campaña agreste del noreste de Oporto, le tendió la mano—. Señor Sharpe —dijo.

—¡Jorge!

—Ahora soy el *capitaô* Vicente. —Vicente estrechó la mano a Sharpe y luego, para vergüenza del fusilero, dio un beso en ambas mejillas a su amigo—. Y usted, Richard, a estas alturas supongo que será comandante, ¿no?

—No, Jorge, ni hablar de eso. A las personas como yo no las ascienden. Eso podría arruinar la reputación del ejército. ¿Cómo está?

—Estoy, ¿cómo lo dicen ustedes?, como una rosa. Pero, ¿y usted? —Vicente frunció el ceño al ver el rostro magullado de Sharpe—. ¿Está herido?

—Me caí por unas escaleras —dijo Sharpe.

—Debe tener cuidado —repuso Vicente con aire de gravedad, y luego sonrió—. ¡Sargento Harper! Me alegro de verle.

—Nada de besos, señor. Soy irlandés.

Vicente saludó a los demás soldados que había conocido en la desenfadada persecución del ejército de Soult por la frontera norte y a continuación volvió a dirigirse a Sharpe.

—Tengo órdenes de destruir esas cosas de las rocas —hizo un gesto hacia los franceses.

—Es una buena idea —dijo Sharpe—, pero ustedes no son suficientes.

—Dos portugueses equivalen a un francés —replicó Vicente con displicencia—, y tal vez usted podría hacernos el honor de ayudarnos.

—¡Demonios! —exclamó Sharpe, y evitó responder señalando con un gesto de la cabeza el rifle Baker que Vicente llevaba al hombro—. ¿Y qué hace llevando un rifle?

—Lo imito a usted —contestó Vicente con sinceridad—, además, ahora soy el capitán de una compañía de *atiradores*, los, ¿cómo lo dicen ustedes?, fusileros. Llevamos rifles, las demás compañías llevan mosquetes. Me trasladé del 18.º cuando

formamos los batallones de cazadores. Bueno, qué, ¿atacamos?

—¿Qué piensa usted? —respondió Sharpe.

Vicente sonrió con aire vacilante. Hacía menos de dos años que era soldado; antes había sido abogado y cuando Sharpe lo conoció el joven portugués había sido un purista en cuanto a las supuestas normas de la guerra. Tal vez eso hubiera cambiado, o tal vez no, pero Sharpe imaginaba que Vicente era un soldado nato, valiente y resuelto, no era ningún idiota, y sin embargo todavía le ponía nervioso mostrar sus habilidades a Sharpe, que le había enseñado casi todo lo que sabía del combate. Miró a Sharpe y luego hizo visera con la mano para mirar a los franceses.

—No resistirán —sugirió.

—Puede que sí —dijo Sharpe—, y allí hay al menos un centenar de esos cabrones. ¿Cuántos somos nosotros? ¿Ciento treinta? Si de mí dependiera, Jorge, mandaría a todo su batallón.

—Mi coronel me ordenó que lo hiciera.

—¿Ya sabe lo que está haciendo?

—Es inglés —respondió Vicente con sequedad.

El ejército portugués se había reorganizado y entrenado en los últimos dieciocho meses y un gran número de oficiales británicos se habían presentado voluntarios en sus filas por la recompensa de un ascenso.

—Aun así, yo mandaré más hombres —dijo Sharpe.

Vicente no tuvo posibilidad de responder porque de pronto se oyó un ruido de cascos sobre la mullida hierba y una voz estentórea que le gritaba:

—¡No se entretenga, Vicente! ¡Hay franchutes a los que matar! ¡Empiece de una vez, capitán, empiece de una vez! ¿Quién diablos es usted? —la última pregunta iba dirigida a Sharpe y la hizo un jinete que tenía problemas en dominar a su caballo castrado mientras intentaba detenerse junto a los dos oficiales. La voz del jinete reveló que era inglés, aunque vestía el marrón de los portugueses complementado con un sombrero bicornio que lucía un par de borlas doradas. Una de las borlas ensombrecía su rostro, que parecía colorado y brillante.

—Sharpe, señor —Sharpe respondió a la malhumorada pregunta de aquel hombre.

—¿Del 95.º?

—El South Essex, señor.

—Esa banda de palurdos —dijo el oficial—. Perdieron un estandarte hace un par de años, ¿no?

—Capturamos uno en Talavera —repuso Sharpe con aspereza.

—¿Ah sí?

El jinete no parecía particularmente interesado. Sacó un pequeño catalejo y miró hacia el montículo rocoso haciendo caso omiso de algunas balas de mosquete que,

disparadas al límite de su alcance, pasaban revoloteando con impotencia.

—Permítame que le presente al coronel Rogers-Jones —dijo Vicente—, mi coronel.

—Y la persona, Vicente —terció Rogers-Jones—, que le ordenó que echara a esos hijos de puta de las rocas. No le dije que se quedara aquí de charla, ¿verdad?

—Quería el consejo del capitán Sharpe, señor —repuso Vicente.

—¿Cree que tiene alguno que ofrecerle? —El coronel parecía divertido.

—Capturó un Águila francesa —observó Vicente.

—Seguro que no lo hizo cotorreando por ahí —dijo Rogers-Jones. Plegó el catalejo—. Les diré a los artilleros que abran fuego —continuó— y usted avance, Vicente. Usted le ayudará, Sharpe —añadió la orden de manera despreocupada—. Hágalos salir de allí, Vicente, y luego quédese para asegurarse de que esos cabrones no vuelvan —Hizo dar la vuelta a su caballo y se alejó.

—¡Santo cielo! —exclamó Sharpe—. ¿Ya sabe cuántos son?

—Aun así debo cumplir las órdenes —contestó Vicente en tono sombrío.

Sharpe se descolgó el rifle del hombro y lo cargó.

—¿Quiere un consejo?

—Por supuesto.

—Mande a nuestros fusileros por el centro —dijo Sharpe—, formando una línea de tiradores. Tendrán que disparar continuamente, con rapidez e intensidad, sin pausas, no hay que dejar que esos cabrones levanten la cabeza. El resto de nuestros muchachos subirá en línea por detrás. Bayonetas caladas. Un ataque directo del batallón, Jorge, con tres compañías, y espero que el cabrón de su coronel esté satisfecho.

—¿Nuestros muchachos? —Vicente eligió esas dos palabras entre todas las del consejo de Sharpe.

—No voy a dejar que muera solo, Jorge —dijo Sharpe—. Lo más probable es que se perdiera intentando encontrar las puertas del Paraíso. —Miró hacia el norte y vio que el humo de los cañones se hacía más espeso a medida que el ataque francés se acercaba al pueblo situado bajo la cima de la cordillera, entonces disparó el primero de los cañones próximos al montículo y una granada estalló detrás de las rocas arrojando humo y pedazos de su carcasa—. Vamos a hacerlo —dijo Sharpe.

No era prudente, pensó, pero era la guerra. Amartilló el rifle y gritó a sus hombres que cerraran filas. Había llegado el momento de combatir.



## CAPÍTULO 5

Sula, el pueblo que se hallaba como colgado en la ladera este de la sierra, muy cerca del punto donde el camino más septentrional cruzaba la cima, era un lugar pequeño de aspecto corriente. Las casas estaban apretujadas, había grandes estercoleros y durante mucho tiempo el pueblo ni siquiera había tenido iglesia, lo cual había comportado la necesidad de traer a un sacerdote de Moura, situado al pie de las montañas, o de llamar a un fraile del monasterio, para dar la extremaunción a los moribundos, pero normalmente los sacramentos habían llegado demasiado tarde y los muertos de Sula habían partido inconfesos hacia su larga oscuridad, motivo por el cual a los lugareños les gustaba afirmar que los fantasmas rondaban aquella diminuta aldea.

El jueves 27 de septiembre de 1810 eran los tiradores los que rondaban el pueblo. El primer batallón entero del 95.º de Rifles se hallaba en el interior y en torno a la aldea, y con ellos estaba el 3.º de Cazadores, muchos de los cuales iban también armados con el rifle Baker, con lo cual fueron más de mil tiradores vestidos de verde y marrón los que abrieron fuego sobre las dos columnas francesas que avanzaban y que a su vez habían desplegado casi el mismo número de tiradores, pero los franceses tenían mosquetes y se enfrentaban a rifles, de modo que los *voltigeurs* fueron los primeros en morir en los pequeños prados tapiados y los bancales de viñas que había por debajo del pueblo. El sonido del combate era como el que hace la maleza seca al arder, un interminable chisporroteo de mosquetes y rifles que se veía aumentado por las notas más graves de la artillería emplazada en la cima que disparaba granadas y botes de metralla por encima de los tiradores británicos y portugueses para abrir grandes agujeros en las dos columnas que subían penosamente por la cuesta detrás de los *voltigeurs*.

Cuando los oficiales franceses de la columna escudriñaron la cumbre que se alzaba por encima de ellos, les pareció que se enfrentaban únicamente a tiradores y artillería. Ésta se había emplazado en un saliente al otro lado del pueblo, justo por debajo de la línea del horizonte, y cerca de los cañones había unos cuantos jinetes que observaban junto a la achaparrada torre del molino pintada de blanco. La artillería estaba dañando las columnas, atravesando las densas filas con balas de cañón y haciendo estallar granadas por encima de ellas, pero dos baterías nunca podrían detener a esas grandes formaciones. Los jinetes que había junto al molino no suponían ningún peligro. Cuando la humareda se disipó dejó ver a tan sólo cuatro o cinco jinetes y todos ellos llevaban sombrero bicornio, cosa que significaba que no pertenecían a la caballería y por lo cual parecía que los tiradores británicos y portugueses, con el apoyo de los cañones, deberían ser capaces de frustrar el ataque. Significaba también que los franceses deberían ganar, puesto que no había ni un solo

casaca roja a la vista, ni una maldita línea que envolviera a la columna con fuego graneado. Los tambores tocaban el *pas de charge* y los soldados proferían su grito de guerra, «*Vive l'Empereur!*». Una de las dos columnas se dividió en dos unidades más pequeñas para salvar un afloramiento rocoso y luego volvieron a unirse en el camino al tiempo que dos granadas estallaban por encima de sus filas delanteras. Cayeron una docena de soldados, el camino polvoriento se tiñó repentinamente de rojo y los sargentos arrastraron a los muertos y heridos para apartarlos y que no supusieran un obstáculo para las filas que venían por detrás. Por delante de la columna el sonido de los disparos se hizo más intenso cuando los *voltigeurs* tuvieron al enemigo a tiro y abrieron fuego contra los fusileros con sus mosquetes. En aquellos momentos había tantos tiradores que el ruido de su batalla era un chasquido continuo. El humo se alzó por la ladera. «*Vive l'Empereur!*», gritaban los franceses, y los primeros fusileros empezaron a alcanzar a las filas delanteras de las columnas. Una de las balas le dio a un Águila, le arrancó la punta de un ala y un oficial cayó al suelo en la primera fila con un grito ahogado de dolor mientras los soldados lo rodeaban y seguían marchando pesadamente. Los rifles tenían mayor alcance que los mosquetes y estaban haciendo retroceder a los *voltigeurs* hacia las columnas, por lo que el mariscal Ney, que estaba al mando de aquel ataque, ordenó que se desplegaran más compañías como tiradores para hacer retroceder a los fusileros y cazadores hacia lo alto de la cuesta.

Los tambores mantenían su ritmo monótono. Un bote de metralla, diseñado para estallar en el aire y lanzar su carga de balas al frente y hacia abajo, explotó por encima de la columna de la derecha y el sonido de los tambores cesó momentáneamente cuando una docena de chicos fueron abatidos y los soldados que los seguían quedaron salpicados de sangre.

—¡Cierren filas! —gritó un sargento.

Una granada estalló a sus espaldas y un sombrero se alzó dando vueltas en el aire y cayó al camino con un fuerte golpe sordo, pues la mitad de la cabeza del que lo llevaba todavía estaba dentro. Un tambor, con las dos piernas rotas y el vientre rajado por los fragmentos de la carcasa, seguía tocando su instrumento sentado en el suelo mientras las tropas pasaban junto a él. Los soldados le dieron palmaditas en la cabeza para que les diera suerte y lo dejaron para que muriera entre las vides.

Los nuevos tiradores franceses se desplegaron por delante de las columnas y sus oficiales les gritaron que subieran por la ladera para asegurar más el tiro y abrumar con su mosquetería a los odiados casacas verdes. El rifle Baker era mortal, pero era lento. Se suponía que para dispararlo con precisión uno tenía que envolver la bala con un trozo de cuero engrasado y luego atacarla sobre la carga, y atacar una bala envuelta de cuero costaba lo suyo y hacía que el rifle fuera lento de cargar. Un soldado podía disparar tres veces un mosquete mientras el otro recargaba el rifle.

Podía ganarse tiempo si no ponías el pedazo de cuero, pero entonces la bala no se adhería a las siete rayas en espiral del interior del cañón y el arma se volvía poco más precisa que un mosquete. Los *voltigeurs* subieron por la cuesta con sus refuerzos y la mera intensidad de su fuego obligó a retroceder a los fusileros y cazadores; se unieron entonces más portugueses al combate, todo el 1.º de Cazadores, pero los franceses respondieron con tres compañías más de tropas de casaca azul que echaron a correr separándose de las columnas y abatieron las parras para trepar hasta el lugar en el que el humo de la pólvora salpicaba la ladera. Sus mosquetes incrementaron la humareda y sus balas acosaron a los soldados de casacas verdes y pardas para hacerlos retroceder. Un fusilero que había recibido un balazo en los pulmones se hallaba tendido sobre una de las estacas de castaño que sostenían las parras y un *voltigeur* desenvainó la bayoneta y apuñaló al hombre herido hasta que éste dejó de sacudirse, luego le registró los bolsillos en busca de monedas u otro botín. Un sargento apartó al *voltigeur* del cadáver de un empujón.

—¡Mate primero a los demás! —le gritó—. ¡Vaya hacia arriba!

El fuego de los franceses era arrollador, un torrente de plomo, y los cazadores y fusileros ascendieron precipitadamente hasta el pueblo donde se refugiaron detrás de muros bajos de piedra o en las ventanas de las pequeñas casas de las que los pedazos de tejas rotas cayeron en cascada cuando los tejados fueron salpicados por la mosquetería francesa y los fragmentos de carcasa de las granadas que disparaban los cañones franceses del valle. Los *voltigeurs* gritaban, animándose unos a otros, avanzando a ráfagas, señalando objetivos. «*Sauterelle! Sauterelle!*», gritó un sargento que señalaba a un fusilero del 95.º. El grito significaba «saltamontes», el apodo con el que los franceses llamaban a esa plaga verde que se escondía y disparaba, avanzaba y recargaba, disparaba y volvía a avanzar. Una docena de mosquetes dispararon contra aquel hombre, que desapareció por un callejón mientras los pedazos de teja golpeteaban tras él.

Los tiradores franceses estaban por todo el margen del lado este del pueblo, envolviéndolo con su mosquetería, corrían en pequeños grupos hasta las casas y disparaban contra las sombras de la humareda. El camino estaba bloqueado con carretillas a la entrada del pueblo, pero una compañía de tropas francesas cargó contra la improvisada barricada que escupió humo y llamas cuando los fusileros dispararon desde detrás de las carretas. Los franceses fueron abatidos, pero el resto de ellos alcanzó el obstáculo y abrió fuego contra los casacas verdes. Una granada estalló en lo alto, matando a dos franceses más y destrozando las tejas de un tejado. Los franceses apartaron la primera carreta y entraron en tropel por el hueco. Los rifles y mosquetes les disparaban desde las puertas y ventanas. Más *voltigeurs* trepaban por las tapias de los huertos, se abalanzaban por los callejones y pasaban por encima de los montones de estiércol. Las granadas británicas, portuguesas y francesas estallaban

entre las casas, destrozando paredes y llenando las estrechas callejas de humo, tejas y pedazos de metal que silbaban, pero los *voltigeurs* eran más numerosos que los fusileros y cazadores y, como estaban dentro del pueblo, los rifles perdieron la ventaja de la precisión de largo alcance, por lo que los soldados de casaca azul se abrieron camino a la fuerza, avanzando grupo tras grupo, eliminando la resistencia en las casas y los huertos. El camino quedó despejado y se apartó la última de las carretas. La columna se hallaba entonces cerca del pueblo y los *voltigeurs* daban caza a los últimos cazadores y fusileros desde los edificios situados más al norte. Un cazador, atrapado en un callejón, blandía su mosquete descargado como si fuera un garrote y derribó a dos franceses antes de que un tercero le clavara la bayoneta en el vientre. Los habitantes habían abandonado el pueblo y los *voltigeurs* saquearon las pequeñas viviendas, llevándose las pequeñas posesiones que los lugareños se habían dejado en su huida apresurada. Un soldado se peleó con otro por un cubo de madera, un objeto que no valía ni un sueldo, y ambos murieron cuando los cazadores les dispararon a través de una ventana.

El humo de los cañones británicos formaba nubes laceradas en lo alto de la montaña cuando las columnas llegaron al pueblo. Las granadas cayeron sobre las columnas, pero las filas se cerraron, los soldados siguieron avanzando y los tambores manejando sus baquetas, deteniéndose únicamente para que el grito de «*Vive l'Empereur!*» le dijera al mariscal Masséna, que estaba abajo en el valle donde los artilleros franceses lanzaban sus propias granadas hacia la cima de la cordillera, que el ataque continuaba.

El molino del saliente bajo la cumbre se hallaba a unos quinientos metros del pueblo. Los *voltigeurs* se deshicieron de los últimos tiradores enemigos del extremo oeste de Sula y los mandaron correteando al terreno más abierto que había entre el pueblo y el molino. Una de las columnas bordeó el pueblo, derribando cercas y pasando por encima de dos muros de piedra, pero la otra marchó directamente por el centro de Sula. Al menos había media docena de tejados en llamas porque las granadas habían prendido fuego a las vigas. Otra granada que estalló en el centro de la calle principal hizo salir despedidos a media docena de soldados de infantería envueltos en humo, sangre y llamas y manchó las paredes encaladas de las casas con salpicaduras de sangre. «¡Cierren filas!», gritaban los sargentos, «¡Cierren filas!». El redoble de los tambores resonaba en las paredes ensangrentadas en tanto que desde lo alto de la sierra los oficiales británicos oían la clamorosa ovación, «*Vive l'Empereur!*». Los *voltigeurs* se estaban acercando más aún y estaban tan apiñados que su mosquetería era casi tan densa como una descarga cerrada. Los tiradores británicos y portugueses habían desaparecido y se habían dirigido al norte, adentrándose en una arboleda que coronaba la cima septentrional. Así pues, lo único que parecían tener los franceses por delante era el saliente en el que se encontraban

los jinetes al lado del molino. Las balas empezaron a golpear las piedras pintadas de blanco del molino. Una de las baterías de artillería se hallaba emplazada allí cerca y su humo ayudó a ocultar a los jinetes, entre los cuales se encontraba un hombre pequeño, con cara de pocos amigos, de cabello oscuro y tez morena, encaramado a una silla mayor de lo normal sobre un caballo que parecía demasiado grande para él. Miró a los franceses con indignación, como si su mera presencia lo ofendiera. Las balas de mosquete pasaban zumbando junto a él, pero no les hizo caso. Un ayudante de campo, preocupado por la intensidad del fuego de los *voltigeurs*, se planteó sugerir que el hombrecito retrocediera unos cuantos pasos, pero se contuvo y no dijo nada. Un consejo semejante dirigido a Bob Craufurd *el Negro*, comandante de la División Ligera, se interpretaría como pura debilidad.

Las columnas se hallaban entonces en el terreno abierto por debajo del molino y los *voltigeurs* recibían el azote de la explosión de los botes de metralla que aplastaban la hierba como si soplara un repentino vendaval del oeste. Se dispararon más botes de metralla y cada uno de ellos se cobró sus víctimas, por lo que los oficiales de los *voltigeurs* ordenaron a sus hombres que volvieran a las columnas. Ya habían hecho su trabajo. Habían obligado a retroceder a los tiradores británicos y portugueses y la victoria les aguardaba en lo alto de la cordillera, una victoria que estaba cerca, muy cerca, puesto que en la cima no había más que dos baterías de artillería y aquel grupo de jinetes.

O al menos eso pensaban los franceses. No obstante, detrás del saliente, allí donde un sendero corría en paralelo a la cima de la cadena montañosa, había un espacio muerto, invisible desde abajo, y allí escondidos, tumbados en el suelo para protegerse de la artillería francesa, estaban el 43.º y el 52.º. Eran dos batallones de infantería ligera, el 43.º de Monmouthshire y el 52.º de Oxfordshire, y se consideraban los mejores de los mejores. Tenían derecho a opinar así, pues habían sido adiestrados con salvaje dureza por el hombre bajito de expresión adusta que miraba a los franceses con el ceño fruncido desde el molino. Un artillero rodó hacia atrás junto al tubo de su nueve libras al ser alcanzado en las costillas por una bala de mosquete francesa. Escupió sangre y su sargento lo sacó de la alta rueda de la pieza y atacó el bote de metralla.

—¡Fuego! —gritó el capitán de artillería, y aquella enorme arma retrocedió de golpe, sacudiéndose sobre el timón para arrojar un nubarrón de humo en medio del cual el bote se rompió y soltó su carga de balas de mosquete sobre las filas francesas.

—Cierren filas —gritaban los sargentos franceses, y los heridos, dejando tras de sí unas estelas de sangre, volvieron arrastrándose hasta el pueblo donde los muros de piedra los protegerían del estallido de metralla capaz de rajarte las tripas.

Sin embargo, no había suficientes botes de metralla para acabar con las columnas. Eran demasiado grandes. Las filas exteriores absorbían el castigo, dejaban a sus

muertos y moribundos y las filas de detrás pasaban por encima de los cuerpos. Los casacas rojas ocultos oían acercarse los tambores, oían los gritos de la infantería y el silbido de las balas de mosquete que pasaban muy cerca de sus cabezas. Esperaron, pues a juzgar por el creciente estruendo, entendían que Bob el Negro estaba dejando que el enemigo se acercara cada vez más. Aquél no iba a ser un tiroteo a largo alcance de los mosquetes, sino una repentina e increíble matanza, y entonces vieron a los artilleros de una de las baterías británicas que, al recibir un torrente de disparos de mosquete proveniente de la primera fila de la izquierda de la columna, abandonaron sus piezas y corrieron para ponerse a salvo. Entonces se hizo un extraño silencio. No era un silencio real, por supuesto, pues los tambores seguían tocando y los franceses de casaca azul seguían profiriendo su grito de guerra, pero una de las baterías británicas estaba abandonada, sus cañones a merced del enemigo, y la otra estaba recargando, por lo que por un momento todo pareció extrañamente tranquilo.

Los franceses, hechos pedazos por las balas de cañón y destrozados por los mortíferos botes de metralla, se dieron cuenta entonces de que la batería había sido abandonada. Profirieron una gran ovación y subieron apresuradamente por las rocas para tocar el tubo caliente mientras los oficiales les gritaban que se despreocuparan de los cañones. Más tarde podrían llevarse las piezas, pero de momento lo único que importaba era alcanzar la cima y ganar así Portugal. Por debajo de ellos, el mariscal Masséna se preguntaba si a Henriette le resultarían cómodas las camas del monasterio, si lo iban a nombrar príncipe de Portugal y si su cocinero encontraría, entre las raciones británicas desechadas, alguna cosa aceptable para hacer la cena. Todas ellas eran preguntas pertinentes, dado que el Ejército de Portugal estaba a punto de obtener la victoria.

Entonces Bob *el Negro* tomó aire.

\* \* \* \*

—¡Adelante! —gritó Sharpe. Había concentrado a los fusileros, británicos y portugueses, en el centro del espolón, desde donde podían disparar con precisión contra los *voltigeurs* agachados entre el revoltijo de rocas del montículo—. ¡Rápido! —exclamó. Se arrodilló y disparó su rifle, cuyo humo ocultó el daño que hubiera hecho—. ¡Adelante! ¡Adelante!

Si aquel maldito ataque tenía que llevarse a cabo, pensó, más valía hacerlo con rapidez, y metió prisa a los fusileros, luego hizo señas a los casacas rojas y al resto de portugueses que avanzaban por detrás en una línea de dos en fondo. Los cañones les ayudaron. Uno de ellos disparaba botes de metralla y las balas repiqueteaban contra las rocas, en tanto que el segundo estaba utilizando unas mechas sumamente cortas para que las granadas estallaran justo encima del montículo. Aquel lugar debía de ser

un infierno, pensó Sharpe. Los franceses estaban siendo atacados con los rifles, los botes de metralla y los fragmentos de granada y aun así permanecían tenazmente en el promontorio.

Sharpe se colgó el rifle en bandolera. No tenía tiempo para volver a cargar y, además, quería que el ataque terminara rápidamente, por lo que desenvainó la espada de antemano. ¿Por qué demonios no echaban a correr esos cabrones?

—¡Adelante! —gritó, y notó una bala que le pasó junto a la mejilla, levantando un viento que era como una pequeña bocanada de aire caliente. Se alzó más humo de entre las rocas cuando los *voltigeurs* abrieron fuego contra los fusileros, pero ninguna de las balas de mosquete dio en el blanco, pues estaban demasiado lejos. Los rifles producían un ruido más rápido y profundo que los mosquetes—. ¡Adelante! —volvió a gritar Sharpe, consciente de que Vicente había acercado la línea de tres compañías por detrás de los tiradores.

Los fusileros avanzaron a todo correr, se arrodillaron, apuntaron, dispararon y una bala de mosquete atravesó el brezo con un silbido a la izquierda de Sharpe. Un francés que disparaba bajo, pensó, un hombre con experiencia; Sharpe se hallaba entonces a unos cien pasos del montículo y el miedo le había reseca la boca. El enemigo estaba oculto, sus hombres estaban al descubierto y otra bala le pasó lo bastante cerca como para notar el viento que levantó a su paso. Había caído un cazador, que se agarraba el muslo derecho y cuyo rifle cayó sobre el brezo.

—¡Déjenlo! —les gritó Sharpe a dos soldados que iban a ayudarlo—. ¡Sigán disparando! ¡Adelante! ¡Adelante!

El estrépito del gran ataque que tenía lugar en el norte había alcanzado la máxima intensidad; disparaban cañones y mosquetes, entonces las dos piezas de artillería que apoyaban el ataque de Sharpe abrieron fuego a la vez y vio estallar una granada justo al borde de las rocas, oyó el golpe de la metralla contra la piedra y un francés pareció levantarse lentamente y su casaca azul se volvió roja antes de caer de espaldas con una sacudida.

—¡Apunten bien! —gritó Sharpe a sus hombres. En medio del alboroto de la batalla había la tentación de disparar rápidamente, de malgastar las balas, y ahora ya estaba tan cerca que veía al enemigo acuclillado. Hagman disparó, tomó un rifle cargado de las manos del joven Perkins y disparó de nuevo. Más humo de mosquete se alzó de las rocas. ¡Por Dios que eran tozudos! Los fusileros avanzaron otros diez pasos corriendo, se arrodillaron, dispararon y recargaron. Otro cazador fue alcanzado, esta vez en el hombro, y el hombre cayó por un lado del espolón. Una bala hizo impacto en el chacó de Sharpe, que se le fue hacia atrás y se le quedó colgando del cuello por el barboquejo. Harper disparó su rifle y a continuación se descolgó el fusil de siete cañones, adelantándose a la orden de atacar las rocas, y al darse la vuelta, Sharpe se encontró con que Vicente casi le pisaba los talones.

—Déjeme lanzarles una descarga —dijo el portugués.

—¡Fusileros! —bramó Sharpe—. ¡Cuerpo a tierra! ¡Cuerpo a tierra!

Los fusileros se echaron al suelo y Vicente detuvo a sus hombres.

—¡Apunten! —En el ejército portugués las órdenes se daban en inglés como concesión a los oficiales británicos. Sharpe se fue acercando poco a poco a sus filas.

—¡Fuego! —gritó Vicente, y la descarga estalló en el ramal, despidiendo una humareda al tiempo que disparaban los dos cañones, por lo que de pronto el montículo quedó convertido en un enmarañado infierno de balas, fragmentos de granada y sangre.

—¡A la carga! —gritó Sharpe, que echó a correr y a su izquierda vio al alférez Iliffe con el sable desenvainado. Los portugueses avanzaron profiriendo alaridos con palabras indistinguibles aunque claramente llenas de odio hacia los franceses. Todos empezaron a correr. Entonces reinó la furia; la furia, el odio, el terror y la ira; el humo se hizo visible en las rocas cuando los franceses dispararon y un soldado dio un chillido detrás de Sharpe, que vio que el grandote de Harper corría torpemente a su lado. De repente, cuando se hallaban a tan sólo unos diez pasos de distancia de las rocas más cercanas, se alzaron en ellas una docena de franceses, con un oficial en el centro, y les apuntaron con los mosquetes.

Harper llevaba el fusil de cañones múltiples bajo, en la cadera, pero apretó el gatillo de manera instintiva y las siete balas alcanzaron la fila de franceses, abriendo un agujero en el centro de su pequeña línea. El oficial fue alcanzado de lleno y cayó de espaldas, y los demás parecieron estar más aterrados por el ruido del arma que por sus balas, porque de pronto se dieron la vuelta y echaron a correr. Al principio hubo uno o dos disparos, pero luego ya no pasó ninguna bala cerca de Sharpe, que saltó a las rocas y vio que los *voltigeurs* habían tenido suficiente. Se abalanzaban por los bordes abruptos del espolón en tanto que el oficial francés herido, el que había sido alcanzado por la bala de Harper, les gritaba que se quedaran y lucharan. Sharpe lo hizo callar con un cimbronazo que lo dejó medio aturdido. En aquellos momentos los cazadores, fusileros y casacas rojas subían apresuradamente al montículo, desesperados por atrapar a los franceses antes de que escaparan. Algunos enemigos eran lentos y gritaron cuando las bayonetas los alcanzaron. Un sargento que consideró que era imposible escapar se dio la vuelta y arremetió con su bayoneta contra Harper, quien la apartó con un golpe de su fusil de siete cañones y luego propinó un puñetazo en la mandíbula al sargento francés, que salió despedido hacia atrás como si lo hubiera alcanzado una bala de nueve libras. Harper lo remató estrellándole en la frente la culata del fusil de cañones múltiples.

En el montículo todavía quedaba una veintena de franceses, algunos de ellos atrapados allí por el miedo a caer por el borde del lado este.

—¡Rindan las armas! —les rugió Sharpe, pero ninguno de ellos hablaba inglés y



en lugar de eso se dieron la vuelta apuntando con las bayonetas, por lo que Sharpe apartó un mosquete con un golpe de su pesada espada y se la clavó en el vientre a un soldado, retorciendo el acero para que la hoja no se enganchara en la carne, luego recuperó el arma de un tirón y la sangre se derramó sobre las piedras. Resbaló en la sangre, oyó el estallido de un mosquete, blandió el acero contra otro francés y Vicente estaba allí, matando a un cabo con su propia espada formidable. Sharpe se levantó, vio a un francés de pie junto al borde de las rocas y arremetió contra él por la espalda de manera que pareció zambullirse al vacío. El hombre desapareció, se hizo el silencio durante un latido del corazón y luego llegó un sonido distante desde abajo, como un saco de despojos al caer sobre las piedras desde un tejado alto.

Y volvió a reinar el silencio, el bendito silencio roto únicamente por el retumbo de los cañones del norte. Los franceses habían abandonado el montículo y corrían cuesta abajo, perseguidos por los disparos de los rifles, y los portugueses de Vicente empezaron a vitorear.

—¡Sargento Harper! —gritó Sharpe.

—¿Señor? —Harper le estaba registrando la ropa a un soldado muerto.

—La lista de bajas —le ordenó Sharpe.

Limpio la hoja de su espada en una casaca azul y volvió a envainarla. Una granada francesa estalló por debajo de las rocas sin causar daños y Sharpe tomó asiento, repentinamente cansado, y se acordó de la media salchicha que llevaba en la bolsa. Se la comió y luego intentó arreglar un poco su chacó acribillado a balazos antes de volver a ponérselo. Era extraño, pensó, pero en los últimos minutos ni siquiera había sido consciente de sus costillas dañadas y ahora en cambio volvía a sentir el dolor punzante. A sus pies había un *voltigeur* muerto cuyo cadáver llevaba uno de esos anticuados sables cortos que antes llevaban todos los tiradores franceses pero que éstos habían desechado porque sus hojas sólo servían para recoger la cosecha. El hombre tenía un aspecto extrañamente tranquilo, no se veía ni una sola marca en su cuerpo y Sharpe se preguntó si no se estaría haciendo el muerto, por lo que lo empujó con su bota. El hombre no reaccionó. Una mosca subió por el globo ocular del *voltigeur* y Sharpe consideró que tenía que estar muerto.

Harper se abrió camino por entre las rocas.

—El señor Iliffe, señor —dijo.

—¿Qué le pasa?

—Está muerto, señor —dijo Harper—, y ninguno de los demás tiene ni un rasguño.

—¿Iliffe? ¿Muerto? —Por algún motivo aquello no tenía sentido para Sharpe.

—No debió de notar nada, señor —Harper se dio unos golpecitos en la frente—. Le entró directamente.

Sharpe soltó una maldición. Iliffe no le había caído bien hasta aquel mismo día,

pero en la batalla el muchacho había demostrado verdadero coraje. Estaba aterrorizado, tanto que había vomitado ante la perspectiva de tener que luchar, pero en cuanto las balas habían empezado a volar, había controlado el miedo, lo cual era admirable. Sharpe caminó hasta el cuerpo, se quitó el sombrero y se quedó mirando a Iliffe, que tenía una expresión vagamente sorprendida.

—Hubiera sido un buen soldado —dijo Sharpe, y los miembros de la compañía ligera murmuraron su asentimiento.

El sargento Read asignó a cuatro hombres que se llevaron el cadáver de Iliffe de vuelta al batallón. A Lawford no le haría ninguna gracia, pensó Sharpe, y luego se preguntó por qué diablos no podía haber sido Slingsby quien recibiera un balazo en la frente. Hubiera supuesto una mañana productiva para un *voltigeur*, pensó Sharpe, y se preguntó por qué diantre había fallado su propia bala. Alzó la vista al sol y se dio cuenta de que todavía era media mañana. Se sentía como si hubiese estado combatiendo todo el día y, sin embargo, en Inglaterra habría gente que ni siquiera habría terminado de desayunar.

Pensó que era una lástima lo que le había ocurrido a Iliffe, bebió un poco de agua, escuchó los cañones y esperó.

\* \* \* \*

—¡Ahora! —gritó el general Craufurd, y los dos batallones se pusieron de pie, apareciendo ante los franceses como si hubieran brotado de pronto del suelo desnudo—. ¡Avancen diez pasos! —bramó Craufurd, y los soldados marcharon a paso ligero, levantando los mosquetes cargados—. ¡Cincuenta y dos! —Craufurd llamó al batallón más próximo a él con una voz de ira cortante y feroz determinación—. ¡Venguen a Moore!

El 52.º había estado en La Coruña, donde, al derrotar a los franceses, habían perdido a su amado general, sir John Moore.

—¡Apunten! —gritó el coronel del 52.º.

El enemigo estaba cerca, a menos de veinticinco metros de distancia. Estaban mirando hacia arriba, al lugar por el que aquella larga línea roja había aparecido de forma tan inesperada. Hasta los soldados más novatos de las maltrechas tropas francesas sabían lo que se avecinaba. La línea británica se encaró hacia las columnas con todos los mosquetes apuntando a las primeras filas francesas. Un oficial francés se santiguó al tiempo que la línea roja pareció dar un cuarto de vuelta a la derecha mientras los soldados se llevaron las armas al hombro.

—¡Fuego!

Más de un millar de balas de mosquete alcanzaron las columnas y el saliente desapareció bajo la humareda. Cayeron docenas de soldados y los vivos, que seguían

marchando cuesta arriba obedeciendo a los toques de tambor, se encontraron con que no podían salvar el montón de hombres heridos que se retorcían. Por delante de ellos oyeron el roce de las baquetas en los cañones de los mosquetes. Los artilleros británicos de la batería que quedaba dispararon cuatro cargas de botes de metralla que destrozaron a los supervivientes y rociaron la cabeza de las columnas con una lluvia de sangre.

—¡Disparen por medias compañías! —gritó una voz.

—¡Fuego!

Empezaron las descargas cerradas: el crepitante, despiadado e incesante ejercicio mecánico para matar. Los tiradores británicos y portugueses habían vuelto a formar a la izquierda y habían sumado su propio fuego de manera que las cabezas de las columnas estaban rodeadas de humo y llamas, acribilladas por las balas, desolladas por los botes de metralla que caían desde el saliente. El relleno en llamas que salía despedido de los cañones de las armas causó un centenar de pequeños incendios en la hierba.

El fuego no provenía únicamente del frente. Los tiradores y las compañías exteriores del 43.º y el 52.º habían hecho conversión y descendieron por la pendiente para envolver a los atribulados franceses, que en aquellos momentos recibían los disparos desde tres lados distintos. La humareda de las descargas de media compañía recorría las líneas rojas de un extremo a otro, las balas penetraban en la carne y se estrellaban contra los mosquetes y el avance francés quedó detenido. Las tropas ya no podían avanzar hacia la masa de humo desgarrado por las llamaradas de las descargas.

—¡Bayonetas! ¡Bayonetas! —gritó Craufurd. Hubo una pausa mientras los soldados sacaban las hojas de más de cuarenta centímetros y las encajaban en las bocas ennegrecidas de los mosquetes.

—¡Y ahora mátenlos! —exclamó Bob *el Negro*, que observó exultante cómo los soldados que con tanta dureza había entrenado destrozaban a un contingente cuatro veces superior.

Los soldados con mosquetes cargados dispararon y los casacas rojas bajaron por la ladera, con paso seguro al principio, pero entonces las dos filas se toparon con los franceses muertos, perdieron la cohesión mientras sorteaban los cuerpos y allí, a tan sólo unos metros de distancia, estaban los vivos. Los británicos profirieron un enorme grito de furia y cargaron contra ellos.

—¡Mátenlos! —Bob *el Negro* se hallaba justo detrás de las filas, con la espada desenvainada, fulminando a los franceses con la mirada mientras los casacas rojas arremetían con sus bayonetas.

Fue una carnicería. Muchos de los franceses de las primeras filas que habían sobrevivido a la mosquetería y a los botes de metralla resultaron heridos. Además,

estaban muy apiñados y los casacas rojas se abalanzaron contra ellos bayoneta en ristre. Las largas hojas acuchillaron, se retorcieron y se retiraron. El ruido que predominaba entonces en la sierra era el de los chillidos y gritos de los soldados pidiendo clemencia, llamando a Dios, maldiciendo al enemigo, y las descargas de media compañía siguieron azotando desde los flancos de manera que ningún francés podía desplegarse en línea. Los habían conducido a una montaña de muerte, se vieron acorralados como ovejas bajo la cima, las balas los mataban desde los flancos, las bayonetas acababan con ellos en el frente y la única manera de escapar a aquel tormento era volver a bajar por la ladera.

Rompieron filas. Primero eran una concentración de soldados encogidos bajo una avalancha de plomo y acero y al cabo de un momento, empezando por las filas de más atrás, se convirtieron en una muchedumbre. Las filas delanteras, atrapadas por los soldados que tenían detrás, no podían escapar y eran un blanco fácil para las feroces hojas de más de cuarenta centímetros, pero los soldados en zaga huyeron. Los tambores rodaron cuesta abajo, abandonados por unos chicos demasiado aterrorizados como para hacer otra cosa que no fuera escapar y, cuando se iban, los tiradores británicos y portugueses salieron de los flancos para perseguirlos. Los últimos soldados franceses rompieron la formación, los casacas rojas fueron tras ellos y atraparon a algunos de ellos en el pueblo, donde las hojas se pusieron a trabajar de nuevo: los adoquines y las piedras blancas de las casas quedaron pintadas con más sangre y los gritos podían oírse desde el valle donde Masséna observaba, boquiabierto. Algunos franceses se enredaron con las parras y los cazadores los atraparon allí y les cortaron el cuello. Los fusileros vertían sus balas tras los fugitivos. Un hombre gritó pidiendo clemencia en una casa del pueblo y el grito se convirtió en un chillido terrible cuando dos bayonetas le arrebataron la vida.

Y los franceses se fueron. El pánico los había embargado y la cuesta en torno al pueblo estaba llena de mosquetes y cuerpos abandonados. Algunos enemigos tuvieron suerte. Dos fusileros rodearon a los prisioneros y los llevaron a empujones hacia el molino donde los artilleros británicos habían recuperado su batería. Un capitán francés, que había salvado la vida fingiendo estar muerto, cedió su espada a un teniente del 52.º. El teniente, un hombre cortés, respondió con una inclinación de la cabeza y le devolvió el arma.

—Hágame el honor de acompañarme a lo alto de la montaña —dijo el teniente, y entonces intentó entablar conversación con el francés que había aprendido en la escuela. El tiempo había refrescado de pronto, ¿no?

El capitán francés coincidió en que así era, pero también hubiera asentido si el inglés hubiera comentado el calor que hacía. El capitán temblaba. Iba cubierto de sangre que no era suya, sino de las heridas que los botes de metralla habían infligido en los soldados que habían ascendido junto a él. Vio a sus hombres muertos, a otros

agonizando, los vio levantando la vista desde el suelo intentando pedir una ayuda que él no podía darles. Recordaba las bayonetas viniendo hacia él y el placer de matar reflejado claramente en los rostros de los hombres que las empuñaban.

—Fue una tormenta —comentó, sin saber qué decir.

—Ahora que se ha terminado el calor, creo que no —repuso el teniente, que entendió mal las palabras de su prisionero.

Los miembros de la banda del 43.º y del 52.º recogían a los heridos, casi todos ellos franceses, y los llevaban hasta el molino donde, a los que aún sobrevivieran, los meterían en carretas y los llevarían al monasterio donde aguardaban los cirujanos.

—Esperábamos poder jugar un partido de críquet mañana si se mantiene el buen tiempo —dijo el teniente—. ¿Ha tenido el privilegio de ver jugar a críquet, *monsieur*?

—¿Críquet? —el capitán miró boquiabierto al casaca roja.

—Los oficiales de la División Ligera esperan jugar con el resto del ejército —explicó el teniente— a menos que la guerra o el tiempo se interpongan.

—Nunca he visto un partido de críquet —confesó el francés.

—Cuando vaya usted al cielo, *monsieur* —afirmó el teniente con gravedad—, y rezo para que eso sea dentro de muchos años felices, ya verá cómo pasa los días jugando al críquet.

Al sur de allí se oyeron más disparos repentinos. Parecían descargas británicas, puesto que eran regulares y rápidas, pero se trataba de cuatro batallones portugueses que vigilaban la sierra a la derecha de la División Ligera. La más pequeña de las columnas francesas, que tenía que reforzar el éxito de las dos que habían subido hasta Sula, se había desviado del pueblo y se encontró separada del ataque principal por un profundo barranco boscoso, de modo que los soldados subieron por su cuenta, atravesando un pinar, y al salir a la ladera abierta de arriba vieron que delante de ellos no había nada más que tropas portuguesas. No había casacas rojas. La columna superaba en número a los portugueses. También conocían a su enemigo, pues ya habían derrotado a los portugueses y no temían tanto a los hombres de pardo y azul como a los mosquetes británicos. Sería una victoria sencilla, un mazazo contra un enemigo al que despreciaban; pero entonces los portugueses abrieron fuego, las descargas sonaron como una cascada mecánica, las balas de mosquete se dispararon a baja altura, las armas se recargaron con rapidez y la columna, al igual que las que se hallaban al norte, se vio atacada por tres flancos. De pronto, el despreciado enemigo hacía retroceder ignominiosamente a los franceses cuesta abajo. Así pues, la última columna francesa echó a correr, derrotada por unos hombres que luchaban por su patria, y toda la cadena montañosa se vació de soldados del emperador, excepto por los muertos, los heridos y los prisioneros. Un tambor lloraba tendido en las parras. Tenía once años y una bala en el pulmón. Su padre, un sargento, yacía muerto a unos veinte pasos de distancia, donde un pájaro le picoteaba los ojos. Ahora que el

cañoneo había cesado, los pájaros de negro plumaje acudían a la sierra y a su festín de carne.

El humo de la montaña se fue dispersando. Los cañones se enfriaron. Los soldados fueron pasándose botellas de agua.

Los franceses volvían a estar en el valle.

—Hay un camino al norte de la cordillera —le recordó un ayudante de campo al mariscal Masséna, que no dijo nada. Se quedó mirando lo que quedaba de sus ataques a la montaña. Frustrados, todos ellos. Reducidos a la nada. Derrotados. Y el enemigo, oculto nuevamente al otro lado de la cumbre, esperaba que volviera a intentarlo.

\* \* \* \*

—¿Recuerda a la señorita Savage? —preguntó Vicente a Sharpe. Estaban sentados en el extremo del montículo, mirando a los franceses derrotados.

—¿A Kate? Por supuesto que sí —contestó Sharpe—. A menudo me he preguntado qué habrá sido de ella.

—Se casó conmigo —dijo Vicente, y pareció absurdamente satisfecho de sí mismo.

—¡Dios santo! —exclamó Sharpe, y entonces decidió que probablemente su reacción había parecido grosera—. ¡Bien hecho!

—Me afeité el bigote —siguió diciendo Vicente—, tal como usted sugirió. Y ella me dijo que sí.

—Nunca he comprendido qué es lo que pasa con los bigotes —dijo Sharpe—, debe de ser como besar un cepillo de lustrar zapatos.

—Y tenemos un hijo —prosiguió Vicente—, una niña.

—¡Qué rapidez, Jorge!

—Somos muy felices —afirmó Vicente en tono solemne.

—Me alegro por usted —dijo Sharpe, y lo decía en serio. Kate Savage se había escapado de su casa en Oporto y Sharpe, con la ayuda de Vicente, la había rescatado. De eso hacía dieciocho meses y con frecuencia Sharpe se había preguntado qué le habría pasado a la chica inglesa que había heredado los viñedos de su padre y el hotel del puerto.

—Kate sigue en Oporto, claro está —dijo Vicente.

—¿Con su madre?

—Ella volvió a Inglaterra después de que yo me uniera a mi nuevo regimiento en Coimbra —respondió Vicente.

—¿Por qué allí?

—Es donde crecí —dijo Vicente—, y mis padres todavía viven allí. Fui a la universidad de Coimbra, por lo que, francamente, es mi casa. Pero a partir de ahora

viviré en Oporto. Cuando termine la guerra.

—¿Volverá a ser abogado?

—Eso espero —Vicente se santiguó—. Sé lo que piensa usted de la ley, Richard, pero es la única barrera entre el hombre y la bestialidad.

—No ha servido de mucho para detener a los franceses.

—La guerra está por encima de la ley, por eso es tan terrible. La guerra da rienda suelta a todas las cosas que la ley refrena.

—Como yo —terció Sharpe.

—Usted no es tan mala persona —dijo Vicente.

Sharpe bajó la vista hacia el valle. Los franceses se habían retirado al lugar donde se encontraban la tarde anterior, sólo que entonces estaban levantando defensas al otro lado del río, donde la infantería cavaba trincheras y utilizaba la tierra para construir baluartes.

—Esos cabrones creen que vamos a bajar para acabar con ellos —dijo.

—¿Y lo haremos?

—¡No, por Dios! Tenemos el terreno elevado. No tiene sentido abandonarlo.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Aguardar órdenes, Jorge, aguardar órdenes. Y creo que las mías llegan ahora mismo —Sharpe hizo un gesto con la cabeza hacia el comandante Forrest, que iba a caballo por el centro del espolón.

Forrest se detuvo junto a las rocas y miró a los franceses muertos; a continuación se quitó el sombrero y saludó a Sharpe con un movimiento de la cabeza.

—El coronel quiere a la compañía de vuelta —dijo.

—Comandante Forrest —dijo Sharpe—, deje que le presente al capitán Vicente. Combatí con él en Oporto.

—Es un honor —dijo Forrest—, un honor. —La sangre de la herida de la bala de mosquete que lo había alcanzado oscurecía su manga roja. Vaciló, intentando pensar en algo elogioso que decirle a Vicente, pero no se le ocurrió nada, de modo que volvió a mirar a Sharpe—. El coronel quiere a la compañía ahora, Sharpe —dijo.

—¡En pie, muchachos! —Sharpe se levantó y le estrechó la mano a Vicente—. No nos pierda de vista, Jorge —dijo—, puede que volvamos a necesitar su ayuda. Y dele recuerdos de mi parte a Kate.

Sharpe condujo a la compañía de vuelta por el terreno chamuscado por el fuego de rifles y mosquetes. La sierra se hallaba en calma, no se oían cañonazos, sólo el viento susurrando en la hierba. Forrest se situó al lado de Sharpe, pero no dijo nada hasta que llegaron a las líneas del batallón. El South Essex había formado, pero los soldados estaban sentados y despatarrados sobre la hierba; Forrest hizo un gesto hacia el extremo izquierdo de la línea como para ordenar a la compañía ligera que ocupara su lugar.

—De momento el teniente Slingsby asumirá el mando.

—¿Que hará qué? —preguntó Sharpe, indignado.

—De momento —dijo Forrest en tono conciliatorio—, porque ahora mismo el coronel quiere verle, Sharpe, y me atrevería a decir que no está muy contento.

Era un eufemismo. Cuando Sharpe llegó a su tienda, el honorable William Lawford estaba hecho una furia; no obstante, al ser un hombre de una educación exquisita, su enojo sólo se notó en una leve tensión de los labios y en la clara mirada de pocos amigos que dirigió a Sharpe cuando llegó a su tienda. Lawford salió a la luz del sol hizo un gesto con la cabeza a Forrest.

—Quédese, comandante —le dijo, y esperó a que Forrest desmontara y le diera las riendas al criado de Lawford, que se llevó el caballo—. ¡Knowles! —Lawford llamó al ayudante que estaba en el interior de la tienda. Knowles dirigió una mirada comprensiva a Sharpe que sólo sirvió para que Lawford se enojara aún más—. Será mejor que se quede, Knowles —le dijo—, pero que no se acerque nadie más. No quiero que lo que se diga aquí se divulgue por el batallón.

Knowles se puso el sombrero y se alejó unos pasos. Forrest se hizo a un lado con aire vacilante y Lawford miró a Sharpe.

—Quizá pueda usted explicarse, capitán —le dijo con mucha frialdad.

—¿Explicarme, señor?

—El alférez Iliffe está muerto.

—Lo lamento, señor.

—¡Dios santo! ¡Me han encomendado a ese chico! ¡Ahora tengo que escribir a su padre y decirle que el chico perdió la vida por culpa de un oficial irresponsable que llevó a su compañía a un ataque sin mi autorización! —Lawford hizo una pausa; al parecer, estaba demasiado enojado para enunciar lo que quería decir a continuación, y estrelló la palma de la mano contra la vaina de su espada—. ¡Yo estoy al mando de este batallón, Sharpe! —dijo finalmente—. ¿Quizá no se había dado usted cuenta? ¿Cree que puede andar por ahí a su antojo, matando a los soldados que le parecen más apropiados sin consultarme?

—Había recibido órdenes, señor —dijo Sharpe con expresión rígida.

—¿Órdenes? —le preguntó Lawford—. ¡Yo no di ninguna orden!

—Me lo ordenó el coronel Rogers-Jones, señor.

—¿Quién demonios es el coronel Rogers-Jones?

—Creo que está al mando de un batallón de cazadores —intervino Forrest en voz baja.

—¡Maldita sea, Sharpe —le espetó Lawford—, el maldito coronel Rogers-Jones no está al mando del South Essex!

—Tenía órdenes de un coronel, señor —insistió Sharpe—, y las obedecí. —Hizo una pausa—. Y recordé su consejo, señor.



—¿Mi consejo?

—Anoche, señor, me dijo que quería que nuestros tiradores fueran audaces y agresivos. De modo que lo fuimos.

—También quiero que mis oficiales sean unos caballeros —repuso Lawford—, que demuestren cortesía.

Sharpe tuvo la sensación de que habían llegado al verdadero meollo de aquella reunión. Lawford tenía legítimos motivos de queja por el hecho de que Sharpe hubiera conducido a la compañía ligera en un ataque sin su permiso, pero lo cierto era que ningún oficial podía poner objeciones a que un soldado combatiera al enemigo. Aquella bronca simplemente había sido un disparo de tanteo para el asalto que iba a tener lugar a continuación. Sharpe no dijo nada, se limitó a fijar la mirada en un lunar que el coronel tenía entre los ojos.

—El teniente Slingsby —dijo el coronel— me ha dicho que lo injurió. Que lo invitó a batirse en duelo. Que lo llamó ilegítimo. Que lo insultó.

Sharpe trató de recordar el breve enfrentamiento en la vertiente delantera de la sierra después de haber evitado que la oleada de pánico de los franceses barriera la compañía.

—Dudo que lo llamara ilegítimo, señor —dijo—, yo no utilizaría esa clase de palabra. Lo más probable es que lo llamara bastardo.

Knowles miró hacia el oeste. Forrest bajó la mirada a la hierba para ocultar una sonrisa. Lawford puso cara de asombro.

—¿Que lo llamó qué?

—Bastardo, señor.

—Esto es absolutamente inaceptable entre compañeros oficiales —dijo Lawford. Sharpe no contestó. Normalmente era lo mejor que se podía hacer.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó Lawford.

—Nunca he hecho nada —Sharpe se sintió empujado a hablar— que no fuera por el bien de este batallón.

Aquella vehemente declaración desconcertó a Lawford, que parpadeó y dijo:

—Nadie ha censurado su servicio, Sharpe —afirmó con rigidez—. Más bien intento inculcar en su comportamiento los modales de un oficial. No toleraré las groserías contra un compañero oficial.

—¿Toleraría perder a media compañía ligera, señor? —preguntó Sharpe.

—¿A media compañía?

—Mi compañero oficial —Sharpe no se molestó en disimular su sarcasmo— tenía a la compañía ligera desplegada en una línea de tiradores por debajo de los franceses. Cuando éstos rompieran filas, señor, cosa que hicieron, los habríamos perdido a todos. Se los habrían llevado por delante. Afortunadamente para el batallón, señor, yo estaba allí e hice lo que había que hacer.

—Eso no fue lo que observé —dijo Lawford.

—Fue lo que ocurrió —replicó Sharpe con rotundidad.

Forrest se aclaró la garganta y se quedó mirando de forma harto significativa una brizna de hierba junto al pulgar de su pie derecho. Lawford captó la insinuación.

—¿Comandante?

—Yo más bien creo que el teniente Slingsby había llevado demasiado lejos a la compañía, señor —observó Forrest con suavidad.

—No se puede reprender a un oficial por tener audacia y agresividad —declaró Lawford—. Aplaudo el entusiasmo del teniente Slingsby, que no es motivo para que usted lo insulte, Sharpe.

Era momento de volver a morderse la lengua, pensó Sharpe, por lo que guardó silencio.

—Y no toleraré un duelo entre mis oficiales —Lawford recuperó el ritmo—, ni los insultos gratuitos. El teniente Slingsby es un oficial entusiasta y experimentado, indudablemente valioso para el batallón, Sharpe, valioso. ¿Lo ha entendido, Sharpe?

—Sí, señor.

—Pues le pedirá disculpas.

«Ni de coña», pensó Sharpe, que siguió mirando el lunar entre los ojos de Lawford.

—¿Me ha oído, Sharpe?

—Sí, señor.

—Así pues, ¿se disculpará?

—No, señor.

Lawford pareció indignarse, pero durante unos segundos se quedó sin palabras.

—Si me desobedece en esto, Sharpe —logró decir finalmente—, las consecuencias serán graves.

Sharpe desvió la mirada para centrarla en el ojo derecho de Lawford. Miraba directamente al coronel y estaba consiguiendo que éste se sintiera incómodo. Sharpe lo interpretó como una debilidad y luego decidió que estaba equivocado. Lawford no era un hombre débil, sino que no tenía crueldad. La mayoría de personas no la tenían. La mayoría de personas eran razonables, intentaban llegar a un acuerdo y buscaban una postura común. No tenían ningún problema en lanzar descargas y sin embargo rehuían acercarse a una bayoneta. No obstante, había llegado la hora de que Lawford empuñara la hoja. Él esperaba que Sharpe pidiera disculpas a Slingsby, ¿y por qué no? Era un gesto minúsculo que al parecer resolvería el problema, pero Sharpe se negaba y Lawford no sabía qué hacer al respecto.

—No voy a disculparme —declaró Sharpe con mucha aspereza—, señor —Y la última palabra tenía toda la insolencia que se podía conferir a un par de sílabas.

Lawford parecía furioso, pero volvió a quedarse unos segundos sin decir nada y

luego asintió bruscamente con la cabeza.

—Creo que fue usted intendente, ¿no es así?

—Así es, señor.

—El señor Kiley está indispuesto. De momento, mientras decido qué hacer con este asunto, usted asumirá sus funciones.

—Sí, señor —respondió Sharpe, imperturbable, sin mostrar reacción alguna.

Lawford vaciló, como si hubiera algo más que decir, a continuación se encasquetó el bicornio y se dio la vuelta para alejarse.

—Señor —dijo Sharpe.

Lawford se dio la vuelta y no dijo nada.

—El señor Iliffe, señor —continuó diciendo Sharpe—. Hoy combatió bien. Si escribe usted a su familia, señor, puede decirles sinceramente que el muchacho luchó muy bien.

—Pues es una lástima que esté muerto —repuso Lawford con amargura, y se alejó haciéndole señas a Knowles para que lo acompañara.

Forrest suspiró.

—¿Por qué no se disculpa y ya está, Richard?

—Porque estuvo a punto de hacer que mataran a mi compañía.

—Eso ya lo sé —dijo Forrest—, y el coronel también lo sabe, lo sabe el señor Slingsby y lo sabe su compañía. De modo que muerda el polvo y vuelva con ellos, Sharpe.

—Él —Sharpe señaló la figura del coronel que se alejaba— quiere deshacerse de mí. Quiere que su maldito cuñado se haga cargo de los tiradores.

—Él no quiere deshacerse de usted, Sharpe —repuso Forrest pacientemente—. ¡Sabe lo bueno que es usted, caray! Pero tiene que darle un empujón a Slingsby. Asuntos familiares, ¿sabe? Su esposa quiere que le forje una carrera a Slingsby, y lo que una esposa quiere lo consigue, Sharpe.

—Quiere deshacerse de mí —insistió Sharpe—. Y si me disculpo, comandante, antes o después me pondrán de patitas en la calle, con lo que tanto da si me voy ahora.

—No se vaya muy lejos —le dijo Forrest con una sonrisa.

—¿Por qué no?

—El señor Slingsby bebe —le explicó Forrest en voz baja.

—¿Ah sí?

—Más de la cuenta —dijo Forrest—. De momento lo controla, con la esperanza de que un nuevo batallón le permitirá empezar de nuevo, pero temo por él. Yo mismo tuve un problema similar, Richard, aunque le agradecería que no se lo contara a nadie. Sospecho que al final nuestro señor Slingsby volverá a su anterior comportamiento. Casi todos lo hacen.

—Usted no.

—Todavía no, Sharpe, todavía no —Forrest sonrió—. Pero piense en lo que le he dicho. Mascúllele una disculpa a ese hombre, ¿eh? Y deje que esto pase.

«Cuando las ranas críen pelo», pensó Sharpe. Porque no iba a disculparse.

Y Slingsby tenía la compañía ligera.

\* \* \* \*

El comandante Ferreira había leído la carta de su hermano poco después de que la última columna francesa fuera derrotada.

—Quiere una respuesta, *senhor* —había dicho Miguel, el mensajero de Ferragus—. Una palabra.

Ferreira miró a través del humo de canon que flotaba en bocanadas sobre la ladera donde habían muerto tantos franceses. Aquello era una victoria, pensó, pero no pasaría mucho tiempo antes de que los franceses encontraran el camino que serpenteaba por el extremo norte de la cadena montañosa. ¿O tal vez los victoriosos británicos y portugueses descenderían por la larga ladera y atacarían a los franceses en el valle? Sin embargo, no había señales de que fuera a producirse un ataque semejante. No había mensajeros que cabalgaran para dar nuevas instrucciones a los generales, y cuanto más esperara Wellington, más tiempo tendrían los franceses para levantar defensas al otro lado del río. No, pensó el comandante, aquella batalla había terminado y probablemente lord Wellington tenía intención de replegarse hacia Lisboa y ofrecer otra batalla en las montañas al norte de la ciudad.

—Una palabra —le había vuelto a apuntar Miguel al comandante.

Ferreira había asentido con la cabeza.

—*Sim* —dijo, aunque lo dijo con un resoplido.

Significaba sí, y en cuanto pronunció aquella fatídica palabra, dio la vuelta a su caballo y se dirigió cabalgando hacia el norte, pasó junto a la victoriosa División Ligera, siguió por detrás del molino lleno de las marcas que habían dejado las balas de mosquete y luego bajó a través de los pequeños árboles que crecían en el extremo norte de la sierra. Nadie se fijó en él. Era sabido que de vez en cuando hacía de explorador, que era uno de los oficiales portugueses que, al igual que sus homólogos británicos, salía a cabalgar para hacer un reconocimiento de las posiciones enemigas; además, había milicia portuguesa en las montañas de Caramula al norte de la cordillera y no resultaba sorprendente que un oficial cabalgara para comprobar su posición.

No obstante, aunque su partida del ejército había parecido absolutamente inocente, Ferreira cabalgaba con inquietud. Todo su futuro, el futuro de su familia, dependía de las próximas horas. El comandante había heredado riquezas, pero él no

había conseguido ninguna. Sus inversiones habían fracasado y sólo había recuperado sus bienes gracias al regreso de su hermano, y dicha fortuna correría peligro si los franceses ocupaban Portugal. Lo que el comandante Ferreira debía hacer ahora era cambiar de política, cambiar el caballo patriótico por el francés, pero hacerlo de una manera que nadie lo supiera nunca, y sólo lo haría para proteger su nombre, su fortuna y el futuro de su familia.

Cabalgó durante tres horas y cuando ya pasaba de mediodía viró hacia el este y subió a un promontorio. Sabía que la milicia portuguesa que vigilaba el camino que pasaba por el extremo norte de la cadena montañosa se hallaba muy por detrás de él y, que supiera, no había patrullas de caballería británica ni portuguesa en aquellas montañas, pero aun así se santiguó y compuso una plegaria silenciosa para que no lo viera nadie de su propio bando. De hecho, pensaba en los británicos y portugueses como en su propio bando. Era un patriota, pero ¿qué sentido tenía ser un patriota sin un céntimo?

Se detuvo en lo alto de la colina. Permaneció allí un largo rato hasta que tuvo la seguridad de que no lo había visto ningún batidor francés y luego bajó lentamente por la falda este del promontorio. Se detuvo a mitad de camino. Cualquiera que se le acercara entonces podía ver que no lo estaba atrayendo hacia una emboscada. No había terreno muerto tras él, ningún sitio en el que pudiera ocultarse una unidad de caballería. Sólo estaba el comandante Ferreira en una larga ladera desnuda.

Al cabo de diez minutos de detenerse, aparecieron una veintena de dragones de casaca verde a unos ochocientos metros de distancia. Los jinetes se desplegaron en línea. Algunos de ellos llevaban las carabinas desenfundadas, pero la mayoría habían desenvainado las espadas y Ferreira desmontó para demostrarles que no iba a tratar de escapar. El oficial al mando de los dragones miró hacia arriba, en busca de algún peligro, y finalmente debió de llegar a la conclusión de que todo estaba bien, puesto que avanzó a caballo con media docena de sus hombres. Los cascos de los caballos levantaban nubes de polvo por la seca ladera. Cuando los dragones estuvieron más cerca, Ferreira extendió los brazos para que vieran que iba desarmado y luego se quedó inmóvil mientras los jinetes lo rodeaban. El oficial, que llevaba el uniforme descolorido por el sol, hizo descender la hoja y la sostuvo cerca de su garganta.

—Tengo una carta de presentación —dijo Ferreira en francés.

—¿Para quién? —contestó el oficial.

—Para usted —respondió Ferreira—, de parte del coronel Barreto.

—¿Y quién es el coronel Barreto, en nombre de Dios?

—Un ayudante de campo del mariscal Masséna.

—Muéstreme la carta.

Ferreira se sacó el pedazo de papel de un bolsillo, lo desplegó y se lo entregó al oficial francés, que se inclinó en la silla para cogerlo. La carta, sucia y arrugada,

explicaba a cualquier oficial francés que se podía confiar en el portador de la misma y que había que proporcionarle toda la ayuda posible. Barreto le había dado la carta a Ferreira cuando el comandante había estado negociando el obsequio de la harina, pero resultó más útil entonces. El oficial de dragones la leyó rápidamente, le echó un vistazo a Ferreira y le devolvió la carta bruscamente.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Ver al coronel Barreto, por supuesto —dijo Ferreira.

Tardaron una hora y media en llegar al pueblo de Moura, donde estaban descansando los hombres de Ney, que habían realizado el ataque cerca del molino por encima de Sula. Los cirujanos andaban atareados por el pueblo y Ferreira tuvo que conducir su caballo junto a un montón de brazos y piernas amputados que había frente a una ventana abierta. Al lado del río, allí donde las losas proporcionaban un lugar para que las mujeres del pueblo hicieran la colada, había entonces una pila de cadáveres. A la mayoría de ellos los habían despojado del uniforme y su piel blanca estaba surcada de sangre. Ferreira apartó la mirada mientras seguía a los dragones hacia una pequeña colina justo al otro lado del pueblo donde el mariscal Masséna estaba comiendo pan, queso y pollo frío a la sombra del molino de Moura. Ferreira desmontó y aguardó; el oficial de dragones se abrió paso entre los ayudantes de campo y, mientras esperaba, el comandante miró hacia la cadena montañosa y le sorprendió que a un general se le ocurriera arrojar a sus hombres por una subida como aquélla.

—¡Comandante Ferreira! —La voz era avinagrada. Se le acercó un hombre alto vestido con el uniforme de coronel de dragones francés—. Deme una razón, comandante —dijo el coronel señalando el molino— por la que no debemos ponerlo contra esa pared y ejecutarlo.

El coronel, aunque iba vestido como un francés, era portugués. Había sido oficial en el antiguo ejército portugués y había visto su casa incendiada y su familia asesinada a manos de la *ordenança*, la milicia portuguesa que, en medio del caos de las primeras invasiones francesas, la había emprendido contra las clases privilegiadas. El coronel Barreto se había unido a los franceses no porque odiara Portugal, sino porque no veía ningún futuro para su país a menos que éste se deshiciera de la superstición y la anarquía. Él creía que los franceses traerían a Portugal la bendición de la modernidad, pero eso sólo ocurriría si a las fuerzas francesas se les daba de comer.

—¡Nos prometió harina! —exclamó Barreto con enojo—. ¡Y en lugar de eso nos encontramos con que nos estaba esperando la infantería británica!

—En la guerra, coronel, las cosas salen mal —dijo Ferreira humildemente—. La harina estaba allí, mi hermano estaba allí, y entonces llegó una compañía británica. Intenté que se marcharan, pero no quisieron irse.

Ferreira sabía que sonaba poco convincente, pero estaba aterrorizado. No por los franceses, sino por si algún oficial lo veía a través de un catalejo desde la sierra. Dudaba que eso fuera a ocurrir. La cima estaba muy lejos y a esa distancia su casaca portuguesa de color azul se parecería mucho a una guerrera francesa, pero aun así estaba asustado. La traición era un oficio difícil.

Dio la impresión de que Barreto aceptaba la explicación.

—Encontré los restos de la harina —admitió—, pero es una pena, comandante. Este ejército está hambriento. ¿Sabe lo que encontramos en este pueblo? Tan sólo medio barril de limones. ¿De qué demonios nos sirve eso?

—Coimbra está llena de comida —dijo Ferreira.

—Llena de comida, ¿eh? —repitió Barreto con escepticismo.

—Trigo, cebada, arroz, alubias, higos, bacalao y ternera salados —recitó Ferreira cansinamente.

—¿Y cómo, en nombre de Dios, vamos a llegar a Coimbra, eh? —Barreto había pasado al francés porque un grupo de otros ayudantes de campo de Masséna se había acercado a escuchar la conversación. El coronel señaló la cadena montañosa—. Esos cabrones, Ferreira, se encuentran entre nosotros y Coimbra.

—Hay un camino que rodea la montaña —dijo Ferreira.

—¿Un camino que pasa por el desfiladero de Caramula? —dijo Barreto—. ¿Y cuántos malditos casacas rojas nos están esperando allí?

—Ninguno —contestó Ferreira—. Allí sólo está la milicia portuguesa. No son más de mil quinientos. En tres días, coronel, podrían estar en Coimbra.

—Y en tres días —repuso Barreto—, los británicos vaciarán Coimbra de comida.

—Mi hermano les garantiza provisiones para tres meses —dijo Ferreira—, lo que ocurre... —Titubeó y se calló.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó un francés.

—Cuando su ejército entra en una ciudad, *Monsieur* —Ferreira hablaba con mucha humildad—, no se comporta bien. Hay saqueos, robos, asesinatos. Siempre pasa lo mismo.

—¿Y?

—Si sus hombres entran en los almacenes de mi hermano, ¿qué harán?

—Llevarse todo —respondió el francés.

—Y destruir lo que no puedan llevarse —Ferreira terminó la frase. Volvió a mirar a Barreto—. Mi hermano quiere dos cosas, coronel. Quiere un pago justo por la comida que les proporcione y quiere que sus propiedades queden protegidas desde el momento en que entren en la ciudad.

—Nosotros cogemos lo que queremos —intervino otro francés—, no pagamos la comida a nuestros enemigos.

—Si no le digo a mi hermano que están de acuerdo —dijo Ferreira, con voz más

fuerte entonces—, no habrá comida cuando lleguen a Coimbra. Pueden quedarse con nada, *monsieur*, o pagar por algo y comer.

Hubo unos momentos de silencio tras los cuales Barreto asintió con un brusco movimiento de la cabeza.

—Hablaré con el mariscal —dijo, y se dio la vuelta.

Uno de los ayudantes de campo franceses, un comandante alto y delgado, ofreció una pizca de rapé a Ferreira.

—He oído que los británicos están construyendo defensas frente a Lisboa —dijo.

Ferreira se encogió de hombros como para sugerir que los temores del francés eran triviales.

—Hay uno o dos fuertes nuevos —admitió, pues él mismo los había visto cuando cabalgaba al norte de Lisboa—, pero son obras pequeñas —prosiguió—. Lo que también están construyendo, *monsieur*, es un nuevo puerto en São Julião.

—¿Dónde está eso?

—Al sur de Lisboa.

—¿Están construyendo un puerto?

—Un nuevo puerto, *monsieur* —confirmó Ferreira—. Tienen miedo de intentar evacuar sus tropas por Lisboa. Podría haber disturbios. São Julião es un lugar remoto y a los británicos les resultará fácil llevar sus barcos hasta allí sin problemas.

—¿Y los fuertes que vio?

—Dominan el camino principal hacia Lisboa —contestó Ferreira—, pero hay otros caminos.

—¿Y a qué distancia de Lisboa se encontraban?

—A unos treinta kilómetros —calculó Ferreira.

—¿Y allí hay montañas?

—No tan empinadas como éstas —Ferreira hizo un gesto con la cabeza hacia la cordillera que se alzaba imponente.

—Así pues, esperan retrasarnos en las montañas mientras se retiran a su nuevo puerto, ¿no?

—Diría que sí, *monsieur*.

—Pues nos hará falta comida —concluyó el francés—. ¿Y qué quiere su hermano aparte del dinero y la protección?

—Quiere sobrevivir, *monsieur*.

—Eso lo queremos todos —comentó el francés. Estaba mirando los cuerpos de azul tendidos en la ladera este de la montaña—. Que Dios nos devuelva pronto a Francia.

El coronel Barreto regresó acompañado del mariscal en persona, lo cual sorprendió a Ferreira. Masséna escudriñó a Ferreira con su único ojo y éste le devolvió la mirada y vio que el francés tenía un aspecto viejo y cansado. Finalmente



Masséna asintió.

—Dígale a su hermano que le pagaremos y dígame también que el coronel Barreto llevará unas tropas a proteger su propiedad. ¿Sabe usted dónde está la casa, coronel?

—El comandante Ferreira me lo dirá —respondió Barreto.

—Bien. Ya es hora de que mis hombres coman como es debido —Masséna volvió a su pollo frío, pan, queso y vino en tanto que Barreto y Ferreira regatearon primero por el precio de la comida y luego dispusieron su salvaguarda. Al terminar, Ferreira regresó por donde había venido. Cabalgó con el sol de la tarde, sintiendo el frío del viento de otoño, nadie lo vio y a nadie del ejército británico o portugués le pareció extraño que hubiera estado ausente desde el término de la batalla.

Y en la sierra, y en el valle de abajo, las tropas esperaban.

## **Segunda parte**

### **COIMBRA**

## CAPÍTULO 6

El ejército británico y portugués permaneció en la cordillera todo el día siguiente en tanto que los franceses se quedaron en el valle. De vez en cuando los pájaros alzaban el vuelo desde los brezos, sobresaltados por el traqueteo de los rifles o mosquetes de los tiradores que se disputaban la larga pendiente, pero en general fue un día tranquilo. Los cañones no dispararon. Las tropas francesas, desarmadas y en mangas de camisa, subían por la ladera para llevarse a sus heridos, a los que habían dejado allí durante la noche. Algunos de ellos se habían arrastrado hacia el río mientras que otros habían muerto en la oscuridad. Bajo el montículo rocoso yacía un *voltigeur* muerto cuyos puños apretados sobresalían hacia el cielo en tanto que un cuervo le picoteaba los labios y los ojos. Los piquetes británicos y portugueses no perturbaron el trabajo del enemigo, sólo desafiaron a los pocos *voltigeurs* que se acercaron demasiado a la cima. Cuando se hubieron llevado a los heridos, los franceses trasladaron a los muertos a las tumbas que habían cavado detrás de las trincheras que habían levantado al otro lado del río, pero los bastiones defensivos constituían un esfuerzo inútil, puesto que lord Wellington no tenía intención de abandonar el terreno elevado para retomar la lucha en el valle.

El teniente Jack Bullen, un muchacho de diecinueve años que había servido en la compañía número nueve, fue enviado a la compañía ligera para reemplazar a Iliffe. Lawford decretó que ahora había que dirigirse a Slingsby como capitán Slingsby.

—Le otorgaron el cargo honorífico en el 55.º —le dijo Lawford a Forrest—, lo cual lo distinguirá de Bullen.

—Ya lo creo, señor.

Lawford torció el gesto ante el tono empleado por el comandante.

—No es más que una cortesía, Forrest. Le parecerá bien la cortesía, ¿no?

—En efecto, señor, aunque valoro más a Sharpe.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—Quiero decir, señor, que preferiría que fuera Sharpe quien estuviera al mando de los tiradores. Es el mejor para ese trabajo.

—Y lo estará, Forrest, lo estará, en cuanto aprenda a comportarse de una manera civilizada. Luchamos por la civilización, ¿no es verdad?

—Espero que sí —asintió Forrest.

—Y no conseguimos dicho objetivo comportándonos con claras groserías. ¡Así es el comportamiento de Sharpe, Forrest, sumamente grosero! Quiero erradicarlo.

El comandante Forrest pensó que eso era lo mismo que querer extinguir el sol. El comandante era un hombre educado, juicioso y sensato, pero dudaba que una campaña para mejorar los modales aumentara la eficacia en combate del South Essex.

En el batallón reinaba un clima de resentimiento que Lawford atribuía a las bajas

de la batalla que, o bien habían sido enterradas en las montañas, o bien trasladadas en carro para dejarlas a merced de los poco cuidadosos cirujanos. Era un día, pensó Lawford, en el que el batallón debería estar ocupado; sin embargo, no había nada que hacer aparte de esperar en la larga y alta cima por si acaso los franceses renovaban sus ataques. Ordenó limpiar los mosquetes con agua hirviendo, que se inspeccionaran los pedernales y que se reemplazaran los que estuvieran demasiado descascarillados, que todos los soldados volvieran a llenar sus cartucheras, pero estas útiles tareas sólo les llevaron una hora y los soldados no estuvieron más alegres al terminarlas de lo que habían estado al emprenderlas. El coronel hizo acto de presencia e intentó animar a los soldados, pero percibió las miradas llenas de reproche y los comentarios hechos entre dientes, y como Lawford no era idiota, supo exactamente su causa. Seguía esperando que Sharpe se disculpara como le había pedido, pero el fusilero se mantuvo porfiadamente apartado y finalmente Lawford fue a buscar a Leroy, el americano leal.

—Hable usted con él —le suplicó.

—No me escuchará, coronel.

—Él le respeta, Leroy.

—Es muy amable por su parte sugerirlo —dijo Leroy—, pero es terco como una mula.

—Se ha crecido tanto que ya no le caben las botas, ése es el problema —comentó Lawford con irritación.

—Unas botas que le quitó a un coronel de *chasseurs* francés, si no recuerdo mal —dijo Leroy con la vista clavada en una águila ratonera que trazaba círculos perezosamente por encima de la sierra.

—Los soldados no están contentos —dijo Lawford, que decidió evitar una discusión sobre las botas de Sharpe.

—Sharpe es un hombre extraño, coronel —afirmó Leroy, que luego hizo una pausa para encenderse uno de esos bastos cigarros de color marrón oscuro que vendían los mercachifles portugueses—. A la mayoría de los soldados no les gustan los oficiales que han empezado como soldados rasos, pero a Sharpe le tienen una especie de cariño. Los asusta. Quieren ser como él.

—No me parece que asustar a los hombres sea una virtud en un oficial —dijo Lawford, molesto.

—Probablemente sea la mejor —repuso Leroy de manera provocadora—. No es una persona fácil en el comedor de oficiales, claro está —siguió diciendo el americano más tranquilamente—, pero es un soldado de primera. Ayer le salvó la vida a Slingsby.

—Eso es una tontería —Lawford pareció irritado—. Puede que el capitán Slingsby llevara la compañía demasiado lejos, pero estoy seguro de que la hubiera

salvado.

—No estaba hablando de eso —dijo Leroy—. Sharpe le pegó un tiro a un tipo que estaba a punto de darle a Slingsby una tumba portuguesa. Fue el mejor disparo que he visto nunca.

Lawford había felicitado a Sharpe entonces, pero no estaba de humor para considerar circunstancias atenuantes.

—Hubo muchos disparos, Leroy —replicó de mal talante—, y la bala pudo haber venido de cualquier parte.

—Tal vez —dijo el americano con ciertas reservas—, pero tiene que admitir que ayer Sharpe resultó extremadamente útil.

Lawford se preguntó si Leroy habría oído el consejo que Sharpe le dio en voz baja de que hiciera dar la vuelta al batallón y luego los hiciera cambiar de frente hacia el flanco francés. Había sido un buen consejo, y seguirlo le había servido para recuperarse de una situación muy fea sin duda, pero el coronel se había convencido de que sin Sharpe también a él se le hubiera ocurrido dar la vuelta y cambiar de frente el batallón. Asimismo se había convencido de que su autoridad estaba siendo deliberadamente cuestionada por el fusilero, lo cual era absolutamente intolerable.

—¡Lo único que quiero es una disculpa! —protestó.

—Hablaré con él, coronel —le prometió Leroy—, pero si el señor Sharpe dice que no va a disculparse, puede esperar sentado. A menos que consiga que se lo ordene lord Wellington. Es el único hombre al que le tiene miedo.

—¡No voy a involucrar a Wellington en este asunto! —exclamó Lawford alarmado.

Había sido ayudante de campo del general y sabía cuánto detestaba su señoría que lo fastidiaran con asuntos sin importancia y, además, una petición semejante sólo haría que poner de relieve el fracaso de Lawford. Y es que era un fracaso. Sabía que Sharpe era mucho mejor oficial que Slingsby, pero el coronel le había prometido a Jessica, su esposa, que haría todo lo que pudiera para impulsar la carrera de Cornelius, y tenía que cumplir su promesa.

—Hable con él —animó a Leroy—. Sugierale una disculpa por escrito, tal vez. No tendrá que entregarla en persona. Yo mismo la haré llegar y luego la romperé.

—Se lo sugeriré —dijo Leroy, y bajó por la ladera contraria de la montaña, donde encontró al intendente interino del batallón sentado con una docena de las mujeres del mismo. Se estaban riendo, pero se callaron cuando Leroy se aproximó.

—Lamento molestarlas, señoras —el comandante se quitó el maltrecho bicornio que llevaba como una cortesía hacia las mujeres y a continuación le hizo señas a Sharpe—. ¿Podemos hablar? —condujo a Sharpe unos cuantos pasos ladera abajo—. ¿Sabe lo que he venido a decirle? —preguntó Leroy.

—Me lo imagino.

—¿Y?

—No, señor.

—Ya me lo esperaba —dijo Leroy—. ¡Dios santo! ¿Quién es ésa? —Estaba mirando a las mujeres y Sharpe supo que el comandante tenía que estar refiriéndose a una atractiva chica portuguesa de larga cabellera que se había incorporado al batallón la semana anterior.

—La encontró el sargento Venables —le explicó jocosamente Sharpe.

—¡Jesús! No tendrá más de once años —dijo Leroy, y luego miró un momento a las demás mujeres—. ¡Caray! —continuó diciendo—. Mira que es guapa esa tal Sally Clayton.

—Y también está casada —anunció Sharpe.

Leroy sonrió.

—¿Alguna vez ha leído la historia de Uriah el Hitita, Sharpe?

—¿Hitita? ¿Era un boxeador? —conjeturó Sharpe.

—No exactamente, Sharpe. Es un tipo de la Biblia. Uriah el Hitita, Sharpe, tenía una esposa y el rey David la quería en su cama, de modo que mandó a Uriah a la guerra y ordenó que el general pusiera al pobre desgraciado en el frente para que algún que otro cabrón lo matara. Y le funcionó.

—Lo recordaré —dijo Sharpe.

—No me acuerdo del nombre de la esposa —añadió Leroy—. No era Sally. Bueno, ¿qué le digo al coronel?

—Que ahora tiene el mejor intendente de todo el ejército.

Leroy se rió y empezó a andar cuesta arriba. Al cabo de unos cuantos pasos se detuvo y se dio la vuelta.

—Bathsheba —le dijo a Sharpe.

—¿Bath... qué?

—Bathsheba, así se llamaba.

—Parece el nombre de otro boxeador.

—Pero Bathsheba dio un golpe bajo, Sharpe —dijo Leroy—, ¡un golpe muy bajo! —Volvió a alzar el sombrero dirigiéndose a las esposas del batallón y siguió andando—. Se lo está pensando —le comunicó al coronel al cabo de unos momentos.

—Esperemos que piense con claridad —repuso Lawford piadosamente.

Pero, aunque Sharpe se lo estuviera pensando, no llegó ninguna disculpa. En cambio, al caer la noche, el ejército recibió la orden de prepararse para una retirada. Vieron que los franceses se marchaban, sin duda para dirigirse hacia el camino que serpenteaba por el extremo norte de la cadena montañosa, y los mensajeros galopaban por la cordillera con órdenes de que el ejército tenía que marchar hacia Lisboa antes del amanecer. El South Essex fue el único batallón británico que recibió unas órdenes distintas.

—Parece ser que vamos a retirarnos, caballeros —comunicó Lawford a los comandantes de la compañía mientras los ordenanzas desmontaban su tienda. Hubo un murmullo de sorpresa que Lawford acalló levantando la mano—. Hay una ruta que rodea la cima de la cordillera —explicó—, y si nos quedamos los franceses nos flanquearán. Andarán pisándonos los talones, de manera que durante unos días vamos a bailar hacia atrás. Vamos a encontrar otro lugar donde mancharlos de sangre, ¿eh? —Algunos de los oficiales seguían pareciendo sorprendidos de que, habiendo conseguido una victoria, tuvieran que ceder terreno, pero Lawford hizo caso omiso de su desconcierto—. Nosotros tenemos nuestras propias órdenes, caballeros —prosiguió—. El batallón va a salir esta noche para dirigirse a toda prisa a Coimbra. Me temo que es una larga marcha, pero necesaria. Tenemos que llegar a Coimbra con gran rapidez y ayudar a los oficiales de intendencia en la destrucción de los suministros del ejército en los muelles del río. También van a mandar a un regimiento portugués. Ambos seremos la vanguardia, por decirlo así, pero tenemos una gran responsabilidad. El general quiere que dichas provisiones se destruyan mañana por la noche.

—¿Esperan que lleguemos a Coimbra esta noche? —preguntó Leroy con escepticismo. La ciudad se hallaba a más de treinta kilómetros de distancia y, se mirara como se mirara, era una marcha muy ambiciosa, sobre todo por la noche.

—Nos proporcionarán carros para llevar los pertrechos —dijo Lawford—, incluidas las mochilas de los soldados. Los heridos que puedan andar vigilarán las mochilas, las mujeres y los niños irán con los carros. Si vamos ligeros de peso marcharemos con rapidez.

—¿Grupo de avanzada? —quiso saber Leroy.

—Estoy seguro de que el intendente sabrá qué hacer —respondió Lawford.

—Es una noche oscura y es probable que Coimbra sea un caos —dijo Leroy—. Dos batallones buscando aposento y la mayoría de los miembros del comisariado del ejército estarán borrachos. Ni siquiera Sharpe puede hacerlo solo, señor. Es mejor que me deje ir con él.

Lawford pareció indignado porque sabía que la sugerencia de Leroy era una expresión de simpatía hacia Sharpe, pero las objeciones del americano habían sido convincentes, de modo que Lawford asintió a regañadientes.

—Hágalo, comandante —dijo de manera cortante—. Y en cuanto al resto de nosotros, ¡quiero que seamos el primer batallón en llegar a Coimbra, caballeros! No podemos permitir que nos ganen los portugueses, de manera que estén listos para ponerse en marcha dentro de una hora.

—¿La compañía ligera en cabeza, señor? —preguntó Slingsby. Casi rebosaba orgullo y eficiencia.

—Por supuesto, capitán.

—Marcaremos un buen paso —prometió Slingsby.

—¿Tenemos un guía? —preguntó Forrest.

—Podemos buscar uno, estoy seguro —respondió Lawford—, pero no es una ruta difícil. Hay que ir al oeste hasta encontrar el camino principal y luego girar hacia el sur.

—Buscaré uno —dijo Slingsby con seguridad.

—¿Y nuestros heridos? —preguntó Forrest.

—Se proporcionarán más carros. ¿Señor Knowles? ¿Se encargará usted de organizarlo? ¡Espléndido! —Lawford sonrió para mostrar que el batallón era una familia feliz—. Estén listos para partir dentro de una hora, caballeros, ¡una hora!

Leroy encontró a Sharpe, a quien no habían invitado a la reunión de comandantes de la compañía.

—Usted y yo nos vamos a Coimbra, Sharpe —dijo el comandante—. Puede montar mi caballo de repuesto y mi criado irá andando.

—¿A Coimbra?

—A buscar alojamiento. El batallón nos seguirá esta noche.

—No hace falta que venga —dijo Sharpe—. No es la primera vez que busco alojamiento en una población.

—¿Quiere ir usted solo? —le preguntó Leroy, que luego sonrió—. Voy a acompañarle, Sharpe, porque el batallón va a marchar más de treinta kilómetros en la penumbra y va a ser una maldita locura. ¿Treinta kilómetros de noche? No lo conseguirán, ¿y dos batallones por un camino estrecho? ¡Eso no me hace ninguna falta, demonios! Usted y yo podemos adelantarnos, marcar el lugar, buscar una taberna y le apuesto diez guineas a que el batallón no llegará antes de la salida del sol.

—Guárdese el dinero —dijo Sharpe.

—Y cuando lleguen —siguió diciendo Leroy alegremente— van a estar todos de un humor de perros. Por eso me he nombrado su ayudante, Sharpe.

Descendieron cabalgando por la ladera. El sol estaba bajo y las sombras eran alargadas. El mes de septiembre casi tocaba a su fin y los días se hacían más cortos. Los primeros carros cargados con soldados británicos y portugueses heridos ya estaban en el camino y Leroy y Sharpe tuvieron que pasar poco a poco junto a ellos. Atravesaron pueblos medio abandonados donde los oficiales portugueses convencían a los habitantes que quedaban para que se marcharan. Tenían lugar discusiones estridentes al anochecer. Una mujer vestida de negro con su cabello cano cubierto por una bufanda negra golpeó con una escoba el caballo de un oficial, al parecer gritándole al jinete que se marchara.

—No se les puede culpar —dijo Leroy—. Se han enterado de que ganamos la batalla y ahora quieren saber por qué demonios tienen que abandonar sus casas. Es un



asunto muy desagradable tener que marcharte de tu casa.

Su tono de voz era amargo y Sharpe lo miró.

—¿Usted lo ha hecho?

—¡Diablos, sí! Nos echaron los malditos rebeldes. Nos fuimos a Canadá con lo puesto. Esos cabrones prometieron una indemnización después de la guerra, pero nunca vimos ni un maldito penique. Yo no era más que un niño, Sharpe. Todo me parecía emocionante, pero, ¿qué saben los niños?

—¿Entonces se fueron a Inglaterra?

—Y prosperamos, Sharpe, prosperamos. Mi padre hizo dinero comerciando con los hombres contra los que antes había combatido —Leroy se rió, siguió cabalgando en silencio unos cuantos metros y agachó la cabeza al pasar por debajo de una rama baja—. Hábleme de esas fortificaciones que protegen Lisboa.

—Sólo sé lo que me contó Michael Hogan.

—¿Y qué le contó?

—Que son las mayores defensas que se han construido nunca en Europa —dijo Sharpe. Vio el escepticismo de Leroy—. Más de ciento cincuenta fuertes —siguió diciendo Sharpe— conectados por zanjas. Colinas modificadas para hacerlas demasiado empinadas para trepar por ellas, valles llenos de obstáculos, ríos represados para inundar los accesos, todo ello lleno de cañones. Dos líneas que se extienden desde el Tajo hasta el océano.

—Así pues, ¿la idea es llegar al otro lado y burlarnos de los franceses?

—Y dejar que esos cabrones se mueran de hambre —dijo Sharpe.

—Y usted, Sharpe, ¿qué va a hacer? ¿Disculparse? —Leroy se rió al ver la expresión de Sharpe—. El coronel no va a transigir.

—Ni yo tampoco —afirmó Sharpe.

—Entonces, ¿seguirá siendo intendente?

—Los portugueses quieren oficiales británicos —dijo Sharpe—. Y si me uno a ellos me ascenderán.

—¡Caray! —dijo Leroy al pensar en ello.

—No es que quiera dejar la compañía ligera —siguió diciendo Sharpe, pensando en Pat Harper y los demás hombres a los que consideraba sus amigos—. Pero Lawford quiere a Slingsby, no a mí.

—Lo quiere a usted, Sharpe —dijo Leroy—, lo que pasa es que ha hecho ciertas promesas. ¿Conoce usted a la esposa del coronel?

—No.

—Es guapa —dijo Leroy—, preciosa, pero tan indulgente como un dragón enojado. Una vez vi cómo maltrataba a un criado porque el pobre diablo no había llenado un jarrón de flores con agua suficiente, y cuando terminó, del pobre hombre no quedaba más que pedazos de piel y manchas de sangre. Una dama formidable,

nuestra Jessica. Sería mejor oficial al mando que su marido. —El comandante sacó un cigarro—. Pero yo no tendría demasiada prisa por unirme a los portugueses. Sospecho que el señor Slingsby va a cavar su propia tumba.

—¿Por lo de la bebida?

—La noche de la batalla iba de alcohol hasta las cejas. Se tambaleaba. A la mañana siguiente estaba bien.

Llegaron a Coimbra mucho después de anoecer y ya era casi media noche cuando encontraron la oficina del comandante de la ciudad, el oficial británico responsable de la coordinación con las autoridades locales, el cual no estaba allí, pero su criado, que llevaba puesto un gorro de dormir con borla, abrió la puerta y se quejó de los oficiales que llamaban a horas intempestivas.

—¿Qué es lo que quiere, señor?

—Tiza —respondió Sharpe—, y van a llegar dos batallones antes de amanecer.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el sirviente—, ¿dos batallones? ¿Tiza?

—Al menos cuatro pedazos. ¿Dónde están los oficiales del comisariado?

—Subiendo por esta misma calle, señor, seis puertas a la izquierda, pero si lo que buscan son raciones, sírvanse ustedes mismos en el muelle de la ciudad. Allí hay toneladas de comida.

—Nos resultaría útil un farol —terció el comandante Leroy.

—Un farol, señor. Hay uno en alguna parte.

—Y necesitamos guardar dos caballos en la cuadra.

—En la parte de atrás, señor. Allí estarán seguros.

En cuanto guardaron los caballos y Leroy se equipó con el farol, fueron recorriendo la calle haciendo marcas de tiza en las puertas. SE, escribió Sharpe, que significaba South Essex, 4-6, que quería decir que seis soldados de la compañía número cuatro se alojarían en la casa. Utilizaron las pequeñas calles cercanas al puente sobre el Mondego y al cabo de media hora se encontraron a dos oficiales portugueses haciendo marcas para su batallón. Cuando terminaron el trabajo ninguno de los batallones había llegado todavía, por lo que Sharpe y Leroy encontraron una taberna en el muelle en la que las luces todavía estaban encendidas y pidieron vino, brandy y comida. Comieron bacalao en salazón y, justo cuando se lo servían, se oyeron los pasos de unas botas en la calle. Leroy se inclinó, abrió la puerta de la taberna y se asomó.

—Portugueses —anunció lacónicamente.

—¿Nos han ganado? —dijo Sharpe—. Al coronel no le va a hacer ninguna gracia.

—El coronel se va a disgustar mucho —comentó Leroy, y cuando estaba a punto de cerrar la puerta vio lo que había escrito con tiza en la puerta. Ponía SE, CO, AY, OCL, y el americano sonrió abiertamente—. ¿Ha puesto a Lawford y a los oficiales de la compañía ligera aquí, Sharpe?

—Pensé que el coronel querría estar con su pariente, señor. He querido ser amable.

—¿O acaso está haciendo que la tentación se cruce en el camino del señor Slingsby?

Sharpe puso cara de susto.

—¡Dios santo! —exclamó—. No se me había ocurrido.

—Cabrón mentiroso —dijo Leroy al tiempo que cerraba la puerta. Se rió—. No creo que me gustara tenerlo como enemigo.

Durmieron en el bar y, cuando Sharpe se despertó al amanecer, el South Essex todavía no había llegado a la ciudad. Una triste procesión de carros cruzaba el puente, todos ellos cargados de soldados heridos en la ladera de Bussaco y Sharpe, que se dirigía hacia el muelle, vio que las soleras del lecho de los carros estaban manchadas de sangre que había caído de los vehículos. Tuvo que esperarse para cruzar a la otra orilla porque al convoy de heridos lo seguía un elegante coche de viaje tirado por cuatro caballos y cargado de baúles, acompañado por una carreta cargada con más mercancías y en la que iban aferrados media docena de criados descontentos; los dos vehículos iban escoltados por jinetes civiles armados. En cuanto se hubieron marchado Sharpe cruzó hacia las enormes pilas de provisiones del ejército que se habían llevado hasta Coimbra. Había sacos de grano, barriles de carne salada, toneles de ron, cajas de galleta, todo lo cual se había descargado de las embarcaciones fluviales amarradas a los muelles. Dichas embarcaciones tenían todas un número pintado en la proa, debajo del nombre del propietario y la ciudad. Las autoridades portuguesas habían ordenado que los barcos fueran numerados y marcados e incluidos en una lista por ciudades, para poder estar seguros de que todas las embarcaciones eran destruidas antes de la llegada de los franceses. El nombre de Ferreira estaba pintado en media docena de los barcos más grandes, y Sharpe supuso que dichas embarcaciones pertenecían a Ferragus. Todos los barcos se hallaban bajo la vigilancia de los casacas rojas, uno de los cuales, al ver a Sharpe, se colgó el mosquete al hombro y echó a andar por el muelle.

—¿Es cierto que nos retiramos, señor?

—Sí.

—¡Diantre! —El hombre miró los grandes montones de provisiones—. ¿Y qué pasa con todo esto?

—Tenemos que deshacernos de ello. Y de los barcos.

—¡Diantre! —repitió el hombre, que se quedó mirando a Sharpe mientras éste marcaba docenas de cajas de galleta y barriles de carne como raciones para el South Essex.

El batallón llegó al cabo de dos horas. Tal como Leroy había pronosticado, los hombres estaban irritables, hambrientos y cansados. Su marcha había sido una

pesadilla a causa de los carros que obstaculizaban el camino, las nubes que tapaban la luna y al menos dos giros equivocados que les habían hecho perder tanto tiempo que al final Lawford había ordenado a los soldados que durmieran un poco en un prado hasta que el amanecer les proporcionara un poco de luz para encontrar el camino. El comandante Forrest se deslizó de la silla cansinamente y miró a Sharpe con recelo.

—¿No me diga que Leroy y usted llegaron directamente?

—Así es, señor. Hemos dormido aquí.

—Es usted odioso, Sharpe.

—No entiendo cómo pudieron perderse —dijo Sharpe—. El camino era bastante recto. ¿Quién iba en cabeza?

—Ya sabe quién iba en cabeza, Sharpe —respondió Forrest, que se volvió a mirar los grandes montones de comida—. ¿Cómo vamos a destruir todo eso?

—Disparando a los barriles de ron —sugirió Sharpe— y tirando la harina y el grano al río.

—¿Lo tiene todo planeado, eh?

—Es lo que pasa cuando se duerme toda la noche, señor.

—Maldito sea.

Al coronel le hubiese gustado mucho darle un descanso a su batallón, pero las tropas portuguesas de casaca marrón estaban empezando a trabajar y era impensable que el South Essex se tumbara mientras otros trabajaban, de modo que ordenó a todas las compañías que empezaran con las pilas de provisiones.

—Pueden enviar a algunos de sus hombres a hacer té —sugirió a los oficiales—, pero el desayuno se hará mientras se trabaja. Buenos días, señor Sharpe.

—Buenos días, señor.

—Espero que haya tenido tiempo para considerar su dilema —dijo Lawford, y necesitó mucho valor para decirlo puesto que con ello revolvía una situación desafortunada, y el coronel hubiera estado mucho más contento si Sharpe simplemente se hubiera disculpado motu proprio y distendido así el ambiente.

—Sí, señor —respondió Sharpe con una buena disposición sorprendente.

—¡Bien! —A Lawford se le iluminó el rostro—. ¿Y?

—El problema es la carne, señor.

Lawford miró fijamente a Sharpe sin comprender en absoluto.

—¿La carne?

—Podemos agujerear de un disparo los barriles de ron, señor —contestó Sharpe alegremente—, arrojar el grano y la harina al río, pero, ¿y la carne? No podemos quemarla —se volvió a mirar los enormes barriles—. Si me proporciona unos cuantos soldados, señor, veré si puedo encontrar un poco de trementina. Para empaparlo todo. Ni siquiera los franchutes se comerían una carne rociada con trementina. O tal vez podríamos empaparla con pintura.

—El problema es suyo —dijo Lawford en tono gélido—, yo tengo que resolver asuntos del batallón. ¿Me ha encontrado alojamiento?

—En la taberna de la esquina, señor —Sharpe señaló hacia allí—, está todo marcado.

—Voy a ocuparme del papeleo —dijo Lawford con altivez, lo cual significaba que iba a echarse una hora. Saludó a Sharpe con un breve movimiento de la cabeza y, haciendo señas a sus criados, fue a buscar su alojamiento.

Sharpe sonrió y se acercó a las grandes pilas. Los soldados estaban rajando los sacos de grano y quitándoles la tapa a los barriles de carne. Los portugueses trabajaban con más entusiasmo, pero ellos habían llegado a la ciudad por la noche y habían podido dormir unas cuantas horas. A otros soldados portugueses los habían enviado a las estrechas calles para decirles a los habitantes que quedaban que huyeran, y Sharpe oyó a algunas mujeres que alzaban la voz para protestar. Todavía era temprano. Una fina niebla se aferraba al río, pero el viento del oeste había girado hacia el sur y prometía ser otro día caluroso. El fuerte chasquido de unos rifles hizo que los pájaros, sobresaltados, alzaran el vuelo, y Sharpe vio que los portugueses estaban disparando a los toneles de ron. Más cerca de allí, Patrick Harper estaba rompiendo los toneles con un hacha que había birlado.

—¿Por qué no les pega un tiro, Pat? —preguntó Sharpe.

—El señor Slingsby no nos deja, señor.

—¿No les deja?

Harper echó el hacha hacia atrás, arremetió contra otro barril y el ron cayó sobre los adoquines.

—Dice que tenemos que reservar la munición, señor.

—¿Para qué? Hay cartuchos de sobra.

—Es lo que dice, señor, que nada de disparos.

—¡Trabaje, sargento! —Slingsby marchó a paso rápido junto a la hilera de toneles—. ¡Si quiere conservar los galones, sargento, tiene que dar ejemplo! ¡Buenos días, Sharpe!

Sharpe se dio la vuelta lentamente y examinó a Slingsby de arriba abajo. Puede que aquel hombre hubiera marchado toda la noche y dormido en un prado, pero aun así iba perfectamente arreglado, con los botones brillantes, el cuero reluciente, la casaca roja bien cepillada y las botas limpias. Slingsby, incómodo bajo la mirada burlona de Sharpe, soltó un resoplido.

—Le he dicho buenos días, Sharpe.

—He oído que se perdieron —le dijo Sharpe.

—Tonterías. ¡Fue un rodeo! Para evitar los carros —el hombrecito pasó junto a Sharpe y lanzó una mirada furibunda a la compañía ligera—. ¡Pongan empeño! ¡Hay que ganar una guerra!

—Regrese, por el amor de Dios —le instó Harper en voz baja.

Slingsby giró sobre sus talones con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Ha dicho usted algo, sargento?

—Estaba hablando conmigo —intervino Sharpe, y se acercó hacia aquel hombre más pequeño, descollando por encima de él. Obligó a Slingsby a retroceder entre dos montones de cajones de embalaje, llevándolo a un lugar donde nadie del batallón pudiera oírle—. Estaba hablando conmigo, pedazo de mierda —le dijo Sharpe—, y si vuelve a interrumpir otra de mis conversaciones le arrancaré las entrañas por el culo y se las enroscaré en su maldita garganta. ¿Quiere ir a decírselo al coronel?

Slingsby se estremeció visiblemente, pero luego pareció sacudirse de encima las palabras de Sharpe como si éste nunca las hubiera pronunciado. Encontró un estrecho paso entre los cajones, se deslizó por él como un terrier persiguiendo una rata y dio unas palmadas.

—¡Quiero ver progresos! —les dijo a los soldados.

Sharpe siguió a Slingsby, buscando problemas, pero entonces vio que las tropas portuguesas eran del mismo batallón que había tomado el montículo rocoso, pues el capitán Vicente estaba al mando de los hombres que disparaban contra los barriles de ron y aquello supuso una distracción suficiente para evitar que Sharpe siguiera haciendo tonterías con Slingsby. Cambió de dirección y al verlo venir, Vicente le ofreció una sonrisa de bienvenida, pero antes de que pudieran saludarse, el coronel Lawford se acercó a grandes Zancadas por el empedrado del muelle.

—¡Sharpe! ¡Señor Sharpe!

Sharpe saludó al coronel.

—¡Señor!

—No soy una persona dada a las quejas —se quejó Lawford—, usted ya lo sabe, Sharpe. Estoy acostumbrado a las incomodidades como cualquier soldado, pero esa taberna difícilmente es un alojamiento adecuado. ¡No en una ciudad como ésta! ¡Hay pulgas en las camas!

—¿Quiere un sitio mejor, señor?

—Sí, Sharpe, quiero un sitio mejor. Y enseguida.

Sharpe se dio la vuelta.

—¡Sargento Harper! Le necesito. ¿Me da su permiso para llevarme al sargento Harper, señor? —preguntó a Lawford, que estaba demasiado desconcertado para cuestionar el hecho de que Sharpe necesitara compañía, pero se limitó a asentir con la cabeza—. Deme media hora, señor —Sharpe tranquilizó al coronel—, y tendrá el mejor alojamiento de toda la ciudad.

—Sólo quiero algo adecuado —repuso Lawford con petulancia—. No estoy pidiendo un palacio, Sharpe, sólo algo que sea mínimamente adecuado.

Sharpe hizo señas a Harper y se acercó a Vicente.

—Usted creció aquí, ¿verdad?

—Ya se lo dije.

—En tal caso, ¿sabe dónde vive un hombre llamado Ferragus?

—¿Luis Ferreira? —por el rostro de Vicente cruzó una expresión que era una mezcla de sorpresa y alarma—. Sé dónde vive su hermano, pero, ¿Luis? Él puede vivir en cualquier parte.

—¿Puede indicarme cuál es la casa de su hermano?

—Richard —lo advirtió Vicente—. Ferragus no es una persona que...

—Sé lo que es —lo interrumpió Sharpe—. Fue él quien me hizo esto —señaló el ojo morado que ya empezaba a perder el color—. ¿Está muy lejos?

—A unos diez minutos a pie.

—¿Quiere llevarme hasta allí?

—Deje que se lo pregunte a mi coronel —respondió Vicente, que se dirigió a toda prisa hacia el coronel Rogers-Jones, que estaba sentado a lomos de su caballo sosteniendo un paraguas abierto para protegerse del sol de primera hora de la mañana.

Sharpe vio que Rogers-Jones decía que sí con la cabeza a Vicente.

—En veinte minutos tendrá su alojamiento, señor —le dijo a Lawford, y luego cogió a Harper del codo, tiró de él y se alejaron de los muelles detrás de Vicente—. ¡Ese cabrón de Slingsby! —exclamó Sharpe mientras caminaban—. ¡Ese cabrón, cabrón, cabrón, cabrón!

—Yo no tendría que oír esto —dijo Harper.

—Voy a despellejar vivo a ese hijo de puta —afirmó Sharpe.

—¿A quién? —preguntó Vicente, que iba delante de ellos por estrechos callejones donde se vieron obligados a sortear a puñados de personas descontentas que por fin se disponían a abandonar la ciudad. Hombres y mujeres liaban la ropa en fardos, subían a los niños pequeños a sus espaldas y se quejaban amargamente a cualquiera que vieran vestido de uniforme.

—A un cabrón llamado Slingsby —respondió Sharpe—, pero ya nos preocuparemos de él más tarde. ¿Qué sabe sobre Ferragus?

—Sé que la mayoría de la gente le tiene miedo —contestó Vicente, que los llevó por una pequeña plaza en la que había una iglesia con la puerta abierta. Una docena de mujeres con mantones negros estaban arrodilladas en el porche y miraron asustadas a su alrededor al oír un repentino estruendo, un repiqueteo y traqueteo proveniente de una calle cercana. Era el ruido de una batería de artillería que se dirigía cuesta abajo hacia el puente. El ejército debía de haberse puesto en marcha antes del amanecer y las tropas que iban en cabeza habían llegado entonces a Coimbra—. Es un criminal —siguió diciendo Vicente—, pero no fue criado en una familia pobre. Su padre era colega del mío, y él mismo admitía que su hijo era un

monstruo. El malo de la camada. Intentaron sacarle el mal a golpes. Lo intentó su padre, lo intentaron los curas, pero Luis es un hijo de Satán —Vicente se santiguó—. Pocos son los que osan oponérsele. ¡Esto es una ciudad universitaria!

—Su padre enseña aquí, ¿verdad?

—Enseña derecho —contestó Vicente—, pero ahora no está aquí. Mi madre y él se fueron al norte, a Oporto, para estar con Kate. Pero las personas como mi padre no saben cómo tratar con un hombre como Ferragus.

—Eso es porque su padre es abogado —dijo Sharpe—. A los cabrones como Ferragus les hace falta alguien que sea como yo.

—Le puso un ojo morado —dijo Vicente.

—Peor fue lo que le hice yo —repuso Sharpe, que recordó el placer de pegarle una patada en la entepierna a Ferragus—. Y el coronel quiere una casa, así que encontraremos la casa de Ferreira y se la ofreceremos.

—Creo que no es prudente mezclar la venganza personal con la guerra —comentó Vicente.

—Por supuesto que no es prudente —dijo Sharpe—, pero es condenadamente agradable. ¿Se está divirtiendo, sargento?

—Nunca había estado más contento, señor —respondió Harper con tristeza.

Habían subido hasta el norte de la ciudad y salieron a una pequeña plaza iluminada por el sol en cuyo extremo más alejado se alzaba una casa de piedra clara con una gran puerta principal, una entrada lateral que sin duda llevaba al patio de los establos y tres pisos altos llenos de ventanas con postigos. La casa era vieja y en su mampostería había grabados pájaros heráldicos.

—Ésa es la casa de Pedro Ferreira —dijo Vicente, y observó a Sharpe mientras éste subía por la escalera de entrada—. Se cree que Ferragus ha asesinado a mucha gente —añadió Vicente con aire apesadumbrado en un último esfuerzo por disuadir a Sharpe.

—Yo también —replicó Sharpe, que empezó a dar golpes en la puerta y no dejó de armar ruido hasta que abrió una mujer alarmada que llevaba un delantal. La mujer, indignada, reprendió a Sharpe en portugués. Detrás de ella había un hombre más joven que retrocedió hacia las sombras al ver a Sharpe, en tanto que la mujer, robusta y canosa, intentaba empujar al fusilero escaleras abajo. Sharpe no se movió de donde estaba—. Pregúntele dónde vive Luis Ferreira —le dijo a Vicente.

Hubo una breve conversación.

—Dice que Ferreira está aquí de momento —dijo Vicente—, pero ahora mismo no está en casa.

—¿Vive aquí? —preguntó Sharpe, que esbozó una sonrisa burlona, sacó un pedazo de tiza de un bolsillo y garabateó SE CO en la brillante puerta de color azul—. Dígale que esta noche utilizará la casa un importante oficial inglés que necesita



comida y una cama —Sharpe escuchó la conversación entre Vicente y la mujer del pelo cano—. Y pregúntele si hay establos —los había—. ¿Sargento Harper?

—¿Señor?

—¿Sabrá volver a los muelles?

—Colina abajo, señor.

—Traiga al coronel. Dígale que tiene el mejor alojamiento de la ciudad y que hay establos para sus caballos.

Sharpe apartó a la mujer de un empujón, entró en el vestíbulo y dirigió una mirada fulminante al hombre, que retrocedió aún más. El hombre llevaba una pistola en el cinturón, pero no dio muestras de querer utilizarla cuando Sharpe abrió una puerta y vio una habitación en la que había una mesa, un retrato sobre la repisa de la chimenea y estantes con libros. Otra puerta daba a un cómodo salón con sillas de patas altas y delgadas, mesas doradas y un sofá tapizado de seda de color rosa. La criada discutía con Vicente, que intentaba calmarla.

—Es la cocinera del comandante Ferreira —explicó Vicente—, y dice que a su amo y a su hermano no les hará ninguna gracia.

—Por eso estamos aquí.

—La esposa e hijos del comandante se han ido —siguió diciendo Vicente, traduciendo.

—Nunca me gustó matar a un hombre delante de su familia —dijo Sharpe.

—¡Richard! —exclamó Vicente, horrorizado.

Sharpe le sonrió y subió por las escaleras, seguido de Vicente y la cocinera. Encontró el dormitorio principal y abrió los postigos de las ventanas.

—Perfecto —dijo mirando la cama con dosel y colgaduras de tapicería—. El coronel podrá hacer mucho trabajo en esa cama. ¡Bien hecho, Jorge! Dígale a esta mujer que al coronel Lawford le gusta la comida sencilla y bien hecha. Él proporcionará sus raciones y ella sólo tendrá que cocinarlas, pero dígale que no estropee la comida con esas malditas especias extranjeras. ¿Quién es el hombre que hay abajo?

—Un criado —tradujo Vicente.

—¿Quién más hay en la casa?

—Los mozos de cuadra —Vicente tradujo la respuesta de la cocinera—, el personal de la cocina y la señorita Fry.

Sharpe creyó que lo había entendido mal.

—¿La señorita qué?

La cocinera pareció asustada. Habló apresuradamente mientras miraba al último piso.

—Dice —tradujo Vicente— que la institutriz de los niños está encerrada arriba. Es inglesa.

—¡Demonios! ¿Encerrada? ¿Cómo se llama?

—Fry.

Sharpe subió al ático. Allí las escaleras no tenían alfombra y las paredes eran de un color apagado.

—¡Señorita Fry! —gritó—. ¡Señorita Fry! —Se vio recompensado por un grito incoherente y el sonido de un puño golpeando una puerta. Empujó la puerta y vio que, en efecto, estaba cerrada con llave—. ¡Apártese de la puerta! —le gritó.

Dio una fuerte patada a la puerta, estampando el tacón cerca del cerrojo. Todo el último piso pareció temblar, pero la puerta aguantó. Le dio otra patada y se oyó un ruido de madera rota, echó la pierna hacia atrás y descargó un último golpe tremendo contra la puerta, que se abrió de golpe y allí, acurrucada bajo la ventana, con los brazos en torno a las rodillas, había una mujer con el cabello del mismo color que el oro pálido. La mujer miró a Sharpe, que le devolvió la mirada, pero entonces recordó sus modales y la apartó a toda prisa porque la mujer, que le había parecido indudablemente hermosa, estaba desnuda como Dios la trajo al mundo.

—A sus pies, señorita —dijo Sharpe, mirando a la pared.

—¿Es usted inglés? —preguntó ella.

—Sí, señorita.

—¡Pues tráigame algo de ropa! —le exigió.

Y Sharpe obedeció.

\* \* \* \*

Al amanecer, Ferragus había mandado fuera a la esposa de su hermano, a sus hijos y a seis sirvientes, pero le había ordenado a la señorita Fry que subiera a su habitación. Sarah había protestado, insistiendo en que debía viajar con los niños y que su arcón ya estaba cargado en el carro del equipaje, pero Ferragus le había ordenado que esperara en su habitación.

—Usted irá con los británicos —le había dicho.

La esposa del comandante Ferreira también había protestado.

—¡Los niños la necesitan!

—¡Ella irá con los suyos, así que métete en el coche! —le espetó Ferragus a su cuñada.

—¿Iré con los británicos? —había preguntado Sarah.

—*Os ingleses por mar* —había respondido él con un gruñido—, y usted puede escaparse con ellos. Su estancia aquí ha terminado. ¿Tiene papel y pluma?

—Por supuesto.

—Entonces escríbase unas referencias. Las firmaré en nombre de mi hermano. Pero puede refugiarse con su propia gente. De manera que espere en su habitación.

—¡Pero mi ropa, mis libros! —Sarah señaló el carro del equipaje. Sus pequeños ahorros, todos en monedas, también estaban en el arcón.

—Haré que lo descarguen —le dijo Ferragus—. Ahora váyase.

Sarah había subido arriba y había escrito una carta de recomendación en la que se describía como eficiente, trabajadora y buena a la hora de inculcar disciplina a los niños que tenía a su cargo. No dijo que los niños le tenían cariño, porque no estaba segura de que fuera así, ni tampoco creía que eso debiera formar parte de su trabajo. Mientras escribía la carta había hecho una pausa para asomarse a la ventana, desde donde oyó que se abrían las puertas del establo y vio el coche y el carro del equipaje saliendo a la calle con un traqueteo, escoltados por cuatro jinetes armados con pistolas, espadas y malevolencia. Volvió a sentarse y añadió una frase en la que decía sinceramente que era una persona honesta, sobria y diligente, y estaba escribiendo la última palabra cuando oyó el ruido de unos pasos pesados que subían las escaleras hacia las habitaciones del servicio. Ella había sabido al instante que se trataba de Ferragus y el instinto le dijo que cerrara la puerta con llave, pero antes de que pudiera levantarse siquiera de su pequeña mesa, Ferragus había abierto la puerta de golpe y su imponente figura apareció en la entrada.

—Voy a quedarme aquí —anunció.

—Si lo considera prudente, *senhor* —dijo ella en un tono que sugería que no le importaba lo que él hiciera.

—Y usted se quedará conmigo —añadió él.

Sarah creyó por un instante que lo había entendido mal, y meneó la cabeza como para quitarle importancia.

—No sea ridículo —dijo—. Viajaré con las tropas británicas.

Se calló de pronto, distraída por el ruido de unos disparos proveniente del sur de la ciudad. El ruido era producido por los rifles que agujereaban el primer tonel de ron, pero Sarah no lo sabía y se preguntó si ese sonido presagiaba la llegada de los franceses. Todo era muy confuso. Primero habían llegado noticias de la batalla, luego un comunicado diciendo que los franceses habían sido derrotados y ahora se le ordenaba a todo el mundo que abandonara Coimbra porque el enemigo se acercaba.

—Usted se quedará conmigo —repitió Ferragus con rotundidad.

—¡De ninguna manera!

—Cierre su maldita boca —dijo Ferragus, que vio una expresión de horror en el rostro de la muchacha.

—Creo que será mejor que se vaya —dijo Sarah. Siguió hablando con firmeza, pero era evidente que tenía miedo y eso excitó a Ferragus, que se inclinó sobre su mesa e hizo crujir sus patas altas y delgadas.

—¿Es ésta la carta? —preguntó.

—La que usted prometió firmar —respondió Sarah.

En lugar de firmarla, él la había roto en pedazos.

—¡Váyase al carajo, maldita sea! —le espetó, y añadió otras palabras que había aprendido en la Armada Real y que tuvieron en ella el mismo efecto que si le hubiera propinado unos cachetes en la cabeza. Podría ser que llegara a eso, pensó él. En realidad, era casi seguro que sí, y en ello radicaba el placer de darle una lección a esa arrogante zorra inglesa—. Ahora su obligación, mujer, es complacerme —terminó.

—Ha perdido el juicio —dijo Sarah.

Ferragus sonrió.

—¿Sabe lo que puedo hacer con usted? —le había preguntado él—. Puedo mandarla a Lisboa con Miguel para que la embarque en un barco que vaya a Marruecos o a Argelia. Allí puedo venderla. ¿Sabe lo que pagaría un hombre en África por carne blanca? —Hizo una pausa, disfrutando con el horror del rostro de la muchacha—. No sería la primera chica que he vendido.

—¡Márchese! —exclamó Sarah, aferrándose a su último atisbo de desafío. Buscaba un arma con la mirada, cualquier arma, pero no había nada a su alcance excepto el tintero, y estaba a punto de agarrarlo y tirárselo a los ojos cuando Ferragus volcó la mesa de lado y ella hubo de retroceder hacia la ventana. Sarah tenía la idea de que una buena mujer debía morir antes que ser deshonrada, y se preguntó si tenía que arrojarse por la ventana y encontrar la muerte en el patio de los establos, pero una cosa era pensarlo; la realidad era imposible.

—Quítese el vestido —dijo Ferragus.

—¡Márchese! —había logrado decir Sarah, y todavía no había terminado de hablar cuando Ferragus le propinó un puñetazo en el vientre. Fue un golpe fuerte y rápido que la dejó sin respiración; Ferragus se inclinó sobre ella y sencillamente le rompió el vestido por la espalda. Ella había intentado aferrarse a los restos de la prenda, pero Ferragus, con toda su enorme fuerza, le propinó una bofetada en la cabeza que resonó en su cráneo y que la hizo caer contra la pared, por lo que Sarah no pudo hacer otra cosa que mirar cómo él arrojaba su ropa desgarrada al patio. Entonces, afortunadamente, Miguel había gritado en las escaleras diciendo que el comandante, el hermano de Ferragus, había llegado.

Sarah abrió la boca para gritar pidiéndole ayuda a su patrón pero Ferragus le había propinado otro puñetazo en la barriga, lo que le impidió emitir un solo sonido. Luego había tirado la ropa de su cama por la ventana.

—Volveré, señorita Fry —dijo, y le había separado sus delgados brazos a la fuerza para que lo mirara. Ella estaba llorando de ira, pero justo entonces el comandante Ferreira había gritado desde el pie de la escalera y Ferragus la había soltado, había salido de la habitación y había cerrado la puerta con llave.

Sarah temblaba de miedo. Oyó que los hermanos salían de la casa y pensó en intentar escapar por la ventana, pero la pared exterior no ofrecía ningún lugar de

donde asirse, no había cornisas, sólo una larga caída hasta el patio de los establos desde donde Miguel la miró con una sonrisa y le dio unas palmaditas a la pistola que llevaba en el cinturón. Así pues, desnuda y avergonzada, Sarah se había sentado en las cinchas de cuerda de la cama y casi la había vencido la desesperación.

Entonces había oído unos pasos en las escaleras y se había acurrucado bajo la ventana, rodeándose las rodillas con los brazos, y oyó una voz en inglés. La puerta se abrió a golpes y apareció un hombre alto con cicatrices en la cara, un ojo morado, una casaca verde y una larga espada que se la quedó mirando.

—A sus pies, señorita —le había dicho, y Sarah estuvo a salvo.

\* \* \* \*

Después de haber acordado la venta de comida a los franceses, el comandante Ferreira quiso asegurarse de que las cantidades que había prometido al enemigo existían realmente. Así era. En el gran almacén de Ferragus había comida suficiente para alimentar al ejército de Masséna durante semanas. El comandante Ferreira siguió a su hermano por los oscuros pasillos entre los montones de cajas y barriles y nuevamente se maravilló de que su hermano hubiera podido acumular tanto.

—Han accedido a pagar por la comida —dijo Ferreira.

—Bien —repuso Ferragus.

—Me lo aseguró el mariscal en persona.

—Bien.

—Hemos quedado —explicó Ferreira al tiempo que pasaba por encima de un gato — en que nos reuniremos con el coronel Barreto en la ermita de San Vicente al sur de Mealhada. —Eso estaba a menos de una hora a caballo al norte de Coimbra—. Y traerá a unos cuantos dragones directamente al almacén.

—¿Cuándo?

Ferreira pensó unos segundos.

—Hoy es sábado —respondió—. Los británicos podrían marcharse mañana y los franceses llegar el lunes. Es posible que no lleguen hasta el martes. Pero podrían llegar el lunes, de modo que deberíamos estar en Mealhada mañana por la noche.

Ferragus asintió con la cabeza. Su hermano había hecho un buen trabajo, pensó, y siempre y cuando el encuentro con los franceses saliera bien, el futuro de Ferragus estaba a salvo. Los británicos huirían de vuelta a casa, los franceses capturarían Lisboa y Ferragus se habría establecido como un hombre con el que los invasores podían hacer negocios.

—De modo que mañana —dijo—, tú y yo cabalgaremos hasta Mealhada. ¿Qué te parece si vamos hoy?

—Debo regresar con el ejército —contestó Ferreira—, pero mañana encontraré

una excusa.

—Entonces vigilaré la casa —anunció Ferragus, pensando en los blancos placeres que le esperaban en el último piso.

El comandante Ferreira examinó un par de carros aparcados a un lado del almacén. Estaban cargados con mercancías útiles, tela de lino y herraduras, aceite para lámparas y clavos, todo eran cosas que los franceses valorarían. Entonces, al adentrarse más en el enorme edificio, puso mala cara.

—Ese olor —dijo, recordando a un hombre cuya muerte había presenciado en el almacén—, ¿es el cuerpo?

—Ahora hay dos cuerpos —respondió Ferragus con orgullo, y se dio la vuelta porque una oleada de luz inundó el almacén cuando se abrió la puerta. Un hombre lo llamó por su nombre y reconoció la voz de Miguel—. ¡Estoy aquí! —gritó—. ¡En la parte de atrás!

Miguel se dirigió apresuradamente a la parte de atrás e inclinó la cabeza respetuosamente.

—Ese inglés —dijo.

—¿Qué inglés?

—El de la cima, *senhor*. Ése al que atacó en el monasterio.

El buen humor de Ferragus se desvaneció como la niebla del río.

—¿Qué pasa con él?

—Está en casa del comandante.

—¡Santo Cielo! —Ferragus se llevó la mano a la pistola instintivamente.

—¡No! —exclamó Ferreira, con lo cual se ganó una mirada malévolamente de su hermano. El comandante miró a Miguel—. ¿Está solo?

—No, *senhor*.

—¿Cuántos son?

—Tres, *senhor*, y uno de ellos es un oficial portugués. Dicen que van a venir más porque un coronel utilizará la casa.

—Alojan a sus tropas con las gentes del lugar —explicó Ferreira—. Cuando vuelvas a casa habrá una docena de soldados y no puedes empezar una guerra con el inglés. Ni aquí ni ahora.

Era un buen consejo, y Ferragus lo sabía, entonces pensó en Sarah.

—¿Encontraron a la chica?

—Sí, *senhor*.

—¿Qué chica? —preguntó Ferreira.

—No importa —repuso Ferragus en tono cortante, y era cierto. Sarah Fry no era importante. Habría supuesto un entretenimiento, pero sería mucho más divertido terminar con el capitán Sharpe. Se quedó pensando unos segundos—. ¿Por qué se quedan aquí los ingleses? —le preguntó a su hermano—. ¿Por qué no se dirigen

directamente a sus embarcaciones?

—Porque probablemente ofrecerán batalla de nuevo al norte de Lisboa —respondió Ferreira.

—Pero, ¿por qué esperan aquí? —insistió Ferragus—. ¿Por qué alojan a sus hombres aquí? ¿Combatirán para ocupar Coimbra?

Parecía una perspectiva poco probable, pues habían echado abajo gran parte de la muralla de la ciudad. Aquél era un lugar para aprender y comerciar, no para luchar.

—Sólo se quedarán el tiempo necesario para destruir los suministros de los muelles —dijo Ferreira.

Entonces a Ferragus se le ocurrió una idea, una idea arriesgada, pero que tal vez le proporcionara la distracción que ansiaba.

—¿Y si supieran que estas provisiones están aquí?

Hizo un gesto hacia las pilas que había en el almacén.

—Las destruirían, por supuesto —respondió Ferreira.

Ferragus volvió a pensar, intentando ponerse en el lugar del inglés. ¿Cómo reaccionaría el capitán Sharpe? ¿Qué haría él? Ferragus pensó que existía un riesgo, un verdadero riesgo, pero Sharpe le había declarado la guerra a Ferragus, eso era obvio. ¿Por qué otro motivo habría ido el inglés a casa de su hermano? Y Ferragus no era de los que se echan atrás ante un desafío, de modo que había que correr el riesgo.

—¿Dices que había un oficial portugués con ellos?

—Sí, *senhor*. Creo que lo reconocí. El hijo del profesor Vicente.

—Ese pedazo de mierda —gruñó Ferragus, que se puso a pensar de nuevo y encontró la manera de terminar con la disputa—. Esto es lo que vamos a hacer —le dijo a Miguel.

Y preparó su trampa.

## CAPÍTULO 7

—Esto es espléndido, Sharpe, absolutamente espléndido. —El coronel Lawford caminó por su nuevo alojamiento, abriendo puertas e inspeccionando las habitaciones—. El mobiliario es de un gusto un tanto recargado, ¿no le parece? ¿De una ligera Vulgaridad, tal vez? Pero muy espléndido, Sharpe. Gracias —se inclinó para mirarse en un espejo de marco dorado y se alisó el pelo—. ¿Hay cocinera en la casa?

—Sí, señor.

—¿Y establos, dice usted?

—Fuera, en la parte de atrás, señor.

—Voy a inspeccionarlos —anunció Lawford en tono presuntuoso—. Muéstreme el camino. —A juzgar por su actitud de una cordialidad altanera, era evidente que no había recibido ninguna otra queja por parte de Slingsby sobre la grosería de Sharpe—. Debo decir, Sharpe, que cuando se lo propone es usted muy buen intendente. Quizá debiéramos confirmarlo en el puesto. El médico me ha dicho que el señor Kiley no mejora.

—Yo no lo haría, señor —dijo Sharpe mientras conducía a Lawford al piso de abajo y cruzaban las cocinas—, porque estoy pensando en ponerme al servicio de los portugueses. Tendrá que encontrar a alguien que me sustituya.

—¿Que estaba pensando qué? —le preguntó Lawford, asombrado por aquella noticia.

—Entrar al servicio de los portugueses, señor. Siguen solicitando oficiales británicos, y por lo que veo no son muy exigentes. Probablemente ni se fijarán en mis modales.

—¡Sharpe! —exclamó Lawford con brusquedad, y se calló de pronto porque habían entrado en el patio de los establos, donde el capitán Vicente intentaba calmar a Sarah Fry, que entonces llevaba puesto uno de los vestidos de Beatriz Ferreira, un adefesio de seda negra que la esposa del comandante Ferreira había llevado cuando estaba de duelo por la muerte de su madre. Sarah había aceptado el vestido muy agradecida, pero le repugnó su fealdad y no se apaciguó hasta que le aseguraron que era la única prenda que quedaba en la casa. Lawford, que no hizo caso del vestido y únicamente se fijó en que la muchacha era condenadamente atractiva, se descubrió y se inclinó ante ella.

Sarah hizo caso omiso del coronel y en cambio se dirigió a Sharpe.

—¡Se lo han llevado todo!

—¿Quién? —preguntó Sharpe—. ¿El qué?

—¡Mi arcón! ¡Mi ropa! ¡Mis libros! —Su dinero también había desaparecido pero no dijo nada al respecto, se limitó a preguntarle a un mozo de cuadra, en un portugués fluido, si de verdad su arcón se había quedado en la carreta—. «Todo» estaba allí —le



dijo a Sharpe.

—Permítame que le presente a la señorita Fry, señor —dijo Sharpe—. Éste es el coronel Lawford, señorita, nuestro oficial al mando.

—¡Es inglesa! —exclamó Lawford alegremente.

—¡Se lo han llevado todo! —Sarah se volvió hacia el mozo de cuadra y le gritó, aunque no podía decirse que fuera culpa del muchacho.

—La señorita Fry, señor, era la institutriz —explicó Sharpe por encima del barullo— y no sé cómo fue pero se quedó aquí cuando la familia se marchó.

—La institutriz, ¿eh? —El entusiasmo de Lawford por Sarah Fry disminuyó notablemente cuando el coronel comprendió cuál era la posición social de la chica—. Será mejor que se prepare para salir de la ciudad, señorita Fry —le dijo—. ¡Los franceses llegarán dentro de uno o dos días!

—¡No tengo nada! —protestó Sarah.

Harper, que había traído al coronel y a su séquito a la casa, hacía entrar en el patio a los cuatro caballos de Lawford.

—¿Quiere que cepille a *Rayo*, señor? —le preguntó al coronel.

—Ya lo harán mis hombres. Es mejor que usted regrese con el capitán Slingsby.

—Sí, señor, enseguida, señor, por supuesto, señor —dijo Harper sin moverse del sitio.

—¡Todo! —gimió Sarah.

La cocinera salió al patio y le gritó a la muchacha inglesa que se callara y Sarah, furiosa, arremetió contra ella.

—Si me lo permite, señor —dijo Sharpe, alzando la voz para que hacerse oír por encima del alboroto—, el comandante Forrest me dijo que buscara un poco de trementina. La quiere para echar a perder la carne salada, señor, y el señor Harper me será de gran ayuda.

—¿Ayuda dice? —Lawford, en realidad, distraído por el dolor de Sarah y la protesta de la cocinera, no estaba prestándole atención.

—Él tiene un sentido de olfato mejor que el mío, señor —respondió Sharpe.

—¿Tiene mejor sentido de...? —empezó a preguntar el coronel, que frunció el ceño mirando a Sarah, que le gritaba a la cocinera en portugués—. Haga lo que quiera, Sharpe —dijo Lawford—, lo que quiera, y por el amor de Dios, llévese de aquí a esta señorita como-se-llame, ¿quiere?

—¡Prometió descargar el arcón de la carreta! —Sarah apeló a Lawford. Estaba enojada y, como él era coronel, parecía esperar que hiciera algo al respecto.

—Estoy seguro de que todo puede solucionarse —dijo Lawford—, normalmente todo tiene solución. ¿Quiere acompañar a la señorita... esto..., a la dama fuera de aquí, Sharpe? Quizá las esposas del batallón puedan ayudarla. Tiene que marcharse, querida, en serio. —El coronel sabía que no podría dormir mientras aquella mujer

siguiera protestando por haber perdido sus posesiones. En cualquier otro momento hubiera estado encantado de entretenerla, puesto que era una jovencita muy guapa, pero necesitaba descansar un poco. Ordenó a sus criados que subieran arriba su bolsa de viaje, le dijo al teniente Knowles que apostara un par de centinelas en la casa y otro par en el patio de los establos, se dio la vuelta e inmediatamente volvió la vista atrás—. En cuanto a esa proposición suya, Sharpe —dijo—. No se precipite.

—¿Se refiere a lo de la trementina, señor?

—Sabe perfectamente a qué me refiero —replicó Lawford con irritación—. A los portugueses, Sharpe, a los portugueses. ¡Oh, Dios mío! —pronunció estas últimas palabras porque Sarah había empezado a llorar.

Sharpe intentó tranquilizarla, pero la muchacha estaba hundida por la pérdida de su arcón y sus pequeños ahorros.

—Señorita Fry —dijo Sharpe, y ella no le hizo caso—. ¡Sarah! —Le puso las manos en los hombros con suavidad—. ¡Lo recuperará todo!

Ella levantó la vista para mirarlo y no dijo nada.

—Yo lo arreglaré con Ferragus —dijo Sharpe—, si es que todavía sigue aquí.

—¡Sí!

—Pues cálmese, muchacha, y déjemelo a mí.

—Me llamo señorita Fry —dijo Sarah, ofendida por lo de «muchacha».

—Pues cálmese, señorita Fry. Le devolveremos sus cosas.

Harper puso los ojos en blanco al oír la promesa.

—La trementina, señor.

Sharpe se volvió hacia Vicente.

—¿Dónde encontraremos trementina?

—Vaya usted a saber —repuso Vicente—. ¿En un almacén de maderas? ¿No tratan la madera con eso?

—Bueno, ¿qué va a hacer ahora? —le preguntó amablemente Sharpe.

—El coronel me dio permiso para ir a casa de mis padres —dijo Vicente—, sólo para cerciorarme de que está a salvo.

—Pues iremos con usted —declaró Sharpe.

—Allí no hay trementina —dijo Vicente.

—¡Al carajo la trementina! —repuso Sharpe, y entonces recordó que había una dama presente—. Lo siento, señorita. Sólo lo estamos protegiendo, Jorge —añadió, y entonces se volvió hacia Sarah—. Más tarde la llevaré con las esposas del batallón —le prometió— y ellas cuidarán de usted.

—¿Las esposas del batallón? —preguntó la muchacha.

—Las esposas de los soldados —le explicó Sharpe.

—¿No hay esposas de oficiales? —preguntó Sarah, celosa de su precaria posición. Una institutriz puede que fuera una sirvienta, pero era una sirvienta

privilegiada—. Espero ser tratada con respeto, señor Sharpe.

—Señorita Fry —le dijo Sharpe—, puede empezar a andar cuesta abajo ahora mismo y encontrará a la esposa de un oficial. Hay varias. En nuestro batallón no hay ninguna, pero puede buscarlas, y puede intentarlo si quiere. Pero estamos buscando trementina y si quiere protección será mejor que se quede con nosotros —se puso el chaco y se dio la vuelta.

—Me quedaré con ustedes —dijo Sarah, recordando que Ferragus andaba suelto por la ciudad.

Siguieron subiendo los cuatro por la parte alta de la ciudad, y entraron en un barrio de grandes edificios elegantes que, según explicó Vicente, era la universidad.

—Lleva aquí mucho tiempo —dijo con reverencia—, casi tanto como Oxford.

—Una vez conocí a un hombre de Oxford —comentó Sharpe—, y lo maté. —Se echó a reír al ver la expresión horrorizada de Sarah. Andaba de un humor extraño, quería hacer daño y no le importaban las consecuencias. Lawford podía irse al infierno, pensó, y Slingsby con él, pues lo único que quería Sharpe era librarse de ellos. Maldito fuera el ejército, pensó. Le había prestado un buen servicio y se había vuelto contra él, de modo que el ejército también podía irse al infierno.

La casa de Vicente formaba parte de una hilera de viviendas adosadas, todas con los postigos cerrados. La puerta estaba cerrada con llave pero Vicente sacó una de debajo de una piedra grande escondida en un espacio que había bajo las escaleras de mampuesto.

—Ahí es donde primero miraría un ladrón —le dijo Sharpe.

No obstante, no había entrado ningún ladrón en el edificio. La casa olía a humedad, pues llevaba cerrada varias semanas, pero todo estaba ordenado. La librería del espacioso salón estaba vacía y su contenido se había llevado al sótano donde se hallaba almacenado en cajas de madera, todas ellas etiquetadas con esmero. En otras cajas había jarrones, cuadros y bustos de los filósofos griegos. Vicente cerró la puerta del sótano con llave, la escondió debajo de una tabla del suelo, hizo caso omiso del consejo de Sharpe que le dijo que era donde primero miraría un ladrón, y subió al piso de arriba, donde las camas estaban sin hacer y la ropa de cama se hallaba apilada en los armarios.

—Es probable que los franceses entren en la casa —dijo—, pero pueden coger las mantas si quieren. —Se dirigió a su antigua habitación y salió de ella con unas descoloridas vestiduras negras—. Es mi toga de estudiante —anunció con alegría—. Nos poníamos un lazo de color para indicarla disciplina que estudiábamos y cada año, al término de las clases, quemábamos los lazos.

—Parece muy divertido —comentó Sharpe.

—Eran buenos tiempos —dijo Vicente—. Me gustaba ser estudiante.

—Ahora es un soldado, Jorge.

—Hasta que se marchen los franceses —afirmó, plegando la toga y guardándola con las mantas.

Cerró la casa, escondió la llave y acompañó a Sharpe, a Harper y a Sarah por la universidad. Todos los estudiantes y profesores se habían marchado, habían huido a Lisboa o al norte del país, pero los empleados de la universidad todavía vigilaban los edificios y uno de ellos acompañó a Sarah y a los tres soldados, abriendo las puertas y permitiéndoles la entrada a las habitaciones con una reverencia. Había una biblioteca, un magnífico lugar con dorados, tallas y libros encuadernados en cuero que Sarah contempló embelesada. Dejó los antiguos tomos a regañadientes y siguió a Vicente mientras éste les mostraba las habitaciones donde había recibido sus clases, y luego subieron a los laboratorios donde los relojes, balanzas y telescopios brillaban en los estantes.

—A los franceses les encantará todo esto —comentó Sharpe con desdén.

—En el ejército francés hay eruditos —dijo Vicente—. Ellos no le hacen la guerra a la erudición. —Acarició un planetario, un maravilloso artefacto de tiras curvas de latón y esferas de cristal que imitaban el movimiento de los planetas—. El saber está por encima de la guerra —declaró con seriedad.

—¿Cómo dice? —preguntó Sharpe.

—El saber es sagrado —insistió Vicente—. Va más allá de las fronteras.

—Absolutamente cierto —Sarah metió cuchara. No había dicho nada desde que habían salido de casa de Ferreira, pero la universidad la convenció de la existencia de un mundo de circunspección civilizada, lejos de las amenazas de esclavitud en África—. Una universidad es un santuario —afirmó.

—¡Un santuario! —A Sharpe le hizo gracia—. ¿Cree usted que esos comerranas entrarán aquí, echarán un vistazo y dirán que todo esto es sagrado?

—¡Señor Sharpe! —terció Sarah—. No tolero las palabras soeces.

—¿Qué tiene de malo decir «comerranas»? Me refiero a los franchutes.

—Ya sé a quién se refiere —repuso Sarah, pero se ruborizó, pues por un momento había pensado que Sharpe había dicho otra cosa.

—Yo creo que a los franceses sólo les interesan la comida y el vino —comentó Vicente.

—A mí se me ocurre otra cosa —comentó Sharpe, que recibió una severa mirada por parte de Sarah.

—Aquí no hay comida —insistió Vicente—, sólo hay cosas más elevadas.

—Y los comerranas entrarán aquí —dijo Sharpe— y verán belleza. Verán valor. Verán algo que ellos no pueden tener. Así pues, ¿qué harán, Pat?

—Destrozarán todo el jodido escaparate —respondió Harper de inmediato—. Lo siento, señorita.

—Los franceses lo protegerán —se empeñó Vicente—. Cuentan con hombres de

honor, hombres que respetan los conocimientos.

—¡Hombres de honor! —exclamó Sharpe con desdén—. Una vez estuve en un lugar llamado Seringapatam, Jorge. En la India. Allí había un palacio, ¡rebosante de oro! ¡Tendría que haberlo visto! ¡Rubíes y esmeraldas, tigres de oro, diamantes, perlas, más riquezas de las que puede imaginar! De modo que los hombres de honor lo protegieron. Los oficiales, Jorge. Apostaron una guardia fiable en el palacio para evitar que nosotros los paganos entráramos y lo desvalijáramos. ¿Y sabe lo que ocurrió?

—Se salvó, espero —contestó Vicente.

—Fueron los oficiales quienes lo desvalijaron —dijo Sharpe—. Lo dejaron bien limpio. Lord Wellington era uno de ellos y debió de sacar un buen puñado de dinero por ello. Cuando terminaron no quedaba ni el bigote dorado de un tigre.

—A esto no le pasará nada —insistió Vicente, aunque con tristeza.

Salieron de la universidad y volvieron a dirigirse cuesta abajo para adentrarse en las calles más pequeñas de la parte baja de la ciudad. Sharpe tenía la impresión de que la gente de calidad, la gente de la universidad y muchos de los habitantes más ricos, habían abandonado la ciudad, pero allí quedaban miles de hombres y mujeres comunes y corrientes. Algunos de ellos estaban embalando las cosas para marcharse, pero la mayoría había aceptado con actitud fatalista la llegada inminente de los franceses y tan sólo esperaban sobrevivir a la ocupación. Un reloj dio las once en alguna parte y Vicente pareció preocupado.

—Debo regresar.

—Comamos algo primero —dijo Sharpe, y entró en una taberna. El local estaba atestado de personas que no se alegraron de ver a los soldados, pues no entendían por qué su ciudad estaba siendo abandonada a los franceses, pero les hicieron sitio en una mesa a regañadientes. Vicente pidió vino, pan, queso y olivas, y después intentó irse de nuevo—. No se preocupe —le dijo Sharpe, deteniéndolo—. Haré que el coronel Lawford se lo explique a su coronel. Dígale que estaba en una misión importante. ¿Sabe cómo tratar con los oficiales superiores?

—Con respeto —contestó Vicente.

—Confúndalos —dijo Sharpe—. Excepto a los que no se les puede confundir, como Wellington.

—Pero, ¿no se va? —preguntó Sarah—. ¿No regresa a Inglaterra?

—¡Por Dios! ¡Cómo se le ocurre, señorita! —exclamó Sharpe—. Tiene una sorpresa preparada para los franchutes. Una cadena de fuertes, más allá del territorio al norte de Lisboa. Allí se romperán la cabeza y nosotros nos pondremos cómodos y los observaremos. No vamos a marcharnos.

—Yo creía que iban a volver a Inglaterra —dijo Sarah.

Había concebido la idea de viajar con el ejército, preferiblemente con una familia

de calidad, y empezar de nuevo. No sabía cómo iba a hacerlo sin dinero, ropa o una carta de recomendación, pero no estaba dispuesta a dejarse vencer por la desesperación que había sentido aquella mañana.

—No vamos a volver hasta que no ganemos la guerra —dijo Sharpe—, pero, ¿qué vamos a hacer con usted? ¿Mandarla a casa?

Sarah se encogió de hombros.

—No tengo dinero, señor Sharpe. Ni dinero ni ropa.

—¿Tiene familia?

—Mis padres están muertos. Tengo un tío, pero dudo que esté dispuesto a ayudarme.

—Cuanto más veo de las familias —comentó Sharpe—, más contento estoy de ser huérfano.

—¡Sharpe! —exclamó Vicente en tono reprobatorio.

—Todo irá bien, señorita —intervino Harper.

—¿Cómo va a ir bien? —quiso saber Sarah.

—Porque ahora está con el señor Sharpe, señorita.

Él se encargará de que no le pase nada.

—Dígame, ¿por qué la encerró Ferragus? —le preguntó Sharpe.

Sarah se ruborizó y bajó la vista a la mesa.

—Él... —empezó a decir, pero no supo cómo terminar.

—¿Iba a hacerlo? —preguntó Sharpe, que sabía exactamente qué era lo que ella se resistía a decir—. ¿O acaso lo hizo?

—Iba a hacerlo —dijo ella en voz baja, pero recuperó la compostura y lo miró—. Dijo que me vendería en Marruecos. Dijo que allí pagan mucho dinero por... —Su voz se fue apagando.

—¡Ese cabrón no sabe lo que le espera! —dijo Sharpe—. Perdone, señorita. He dicho una palabrota. Lo que haremos es buscarle, quitarle el dinero y dárselo a usted. Sencillo, ¿eh? —Le sonrió abiertamente.

—Ya le dije que todo iba a salir bien —dijo Harper, como si ya estuviera todo hecho.

Vicente no había participado en la conversación puesto que un hombre grandote había entrado en la taberna y había tomado asiento junto al oficial portugués. Habían estado hablando y Vicente, con expresión preocupada, se volvió hacia Sharpe.

—Este hombre se llama Francisco —dijo— y me ha dicho que hay un almacén lleno de comida. Está cerrado, oculto. El propietario tiene intención de vender la comida a los franceses.

Sharpe miró a Francisco. Un canalla, pensó, un canalla de las calles.

—¿Qué es lo que quiere Francisco? —preguntó.

—¿Qué quiere? —Vicente no entendía la pregunta.

—¿Qué quiere, Jorge? ¿Por qué nos lo cuenta?

Hubo una breve conversación en portugués.

—Dice —tradujo Vicente— que no quiere que los franceses obtengan comida.

—Es un patriota, ¿verdad? —preguntó Sharpe con escepticismo—. ¿Cómo sabe lo de la comida?

—Él participó en su entrega. Es... ¿cómo se dice? ¿Uno que tiene un carro?

—Un carretero —respondió Sharpe—. Así pues, ¿es un carretero patriota?

Hubo otra breve conversación y Vicente volvió a traducir.

—Dice que el hombre no le pagó.

Eso tenía mucho más sentido para Sharpe. Quizá Francisco fuera un patriota, pero la venganza era un motivo mucho más creíble.

—Pero, ¿por qué nos lo cuenta a nosotros? —preguntó.

—¿Por qué a nosotros? —Vicente volvía a estar desconcertado.

—Al menos hay un millar de soldados en el muelle —se explicó Sharpe—, y aún hay más marchando por la ciudad. ¿Por qué acude a nosotros?

—Me reconoció —dijo Vicente—. Creció aquí, como yo.

Sharpe tomó unos sorbos de vino mientras miraba atentamente a Francisco, cuyo aspecto le pareció de lo más sospechoso, pero todo encajaba si de verdad lo habían estafado.

—¿Quién es el hombre que tiene almacenada la comida?

Otra conversación.

—Dice que se llama Manuel López —dijo Vicente—. No he oído hablar de él.

—Es una lástima que no sea el jodido Ferragus —dijo Sharpe—. Lo siento, señorita. ¿Está muy lejos de aquí ese almacén?

—A dos minutos —respondió Vicente.

—Si es cierto lo que dice —dijo Sharpe—, tendremos que hacer subir aquí a un batallón, pero lo mejor será que primero echemos un vistazo ala mercancía. —Señaló el fusil de cañones múltiples de Harper con un gesto de la cabeza—. ¿Está cargado?

—Sí, señor. Pero no está cebado.

—Cébelo, Pat. Si al señor López no le caemos bien, esto debería servir para calmarlo.

Le dio unas cuantas monedas a Vicente por el vino y la comida y el oficial portugués pagó la cuenta en tanto que Francisco observaba cómo Harper cebaba el fusil. Dio la impresión de que el arma ponía nervioso a Francisco, lo cual no era sorprendente puesto que su aspecto era aterrador.

—Necesito más balas —dijo Harper.

—¿Cuántas tiene?

—¿Sin contar esta carga? —Harper dio unos golpecitos en la cámara y a continuación bajó el pedernal para que el arma no supusiera un peligro—. Veintitrés.

—Le birlaré unas cuantas a Lawford —dijo Sharpe—. Su dichosa pistola de caballería utiliza balas de media pulgada y él nunca dispara esa maldita cosa. Lo siento, señorita. No le gusta dispararla, es demasiado potente. Dios sabe por qué la conserva. Quizá para asustar a su esposa —miró a Vicente—. ¿Está listo? Vamos a encontrar esa condenada comida y luego puede informar de ello a su coronel. Seguro que con eso le causará muy buena impresión.

Salieron de la taberna y Francisco, inquieto, los condujo por un callejón empinado. Antes de llegar a la taberna había estado preguntando por la ciudad si alguien había visto a dos hombres vestidos con uniforme verde que iban con el hijo listo del profesor Vicente y no había tardado en averiguar que estaban en el Tres Cuervos. Ferragus estaría complacido.

—Allí, *senhor* —le dijo Francisco a Vicente, y señaló hacia el otro lado de la calle, donde había una gran entrada doble en una pared lisa de piedra.

—¿Por qué no se lo comunico a mi coronel y ya está? —sugirió Vicente.

—Porque si vuelve aquí —dijo Sharpe— y descubre que este cabrón nos ha estado mintiendo, perdone, señorita, quedará como un idiota. No, miraremos dentro, usted se irá con su coronel y nosotros llevaremos a la señorita Fry al batallón.

La puerta estaba cerrada con candado.

—¿Le pegamos un tiro? —sugirió Vicente.

—Con eso sólo conseguiría destrozar el mecanismo —dijo Sharpe— y aún costaría más. —Rebuscó a tientas en su morral hasta que encontró lo que buscaba. Era una ganzúa. Llevaba una desde que era niño; desplegó las varillas en forma de gancho, seleccionó la que necesitaba y se inclinó sobre el candado.

Vicente parecía horrorizado.

—¿Sabe hacer eso?

—Antes era ladrón —respondió Sharpe—. Me ganaba la vida de esa manera —vio la sorpresa en el rostro de Sarah—. No siempre fui un oficial y un caballero —le dijo.

—¿Y ahora sí lo es? —preguntó ella con preocupación.

—Es un oficial, señorita —terció Harper—, tenga la seguridad de que es un oficial. —Se descolgó el fusil de cañones múltiples y lo amartilló. Echó un vistazo a ambos lados de la calle pero no había nadie que se hubiera fijado en ellos. Un comerciante amontonaba ropa en una carretilla, una mujer les gritaba a dos niños y un pequeño grupo de personas bajaban penosamente por la ladera, hacia el río, con bolsas, cajas, perros, cabras y vacas.

La cerradura del candado hizo un ruido seco y Sharpe sacó el asa de las armellas. Antes de abrir la puerta se descolgó el rifle del hombro y lo amartilló.

—Agarre bien a Francisco —le dijo a Harper—, porque si aquí dentro no hay nada voy a pegarle un tiro a este cabrón. Lo siento, señorita.



Francisco intentó zafarse, pero Harper lo sujetó con fuerza en tanto que Sharpe tiraba de una de las enormes puertas para abrirla. Se adentró en la oscuridad, atento a cualquier movimiento, pero no percibió ninguno y, cuando se le acostumbraron los ojos a la oscuridad vio las cajas, barriles y sacos apilados que se alzaban hacia las vigas del alto tejado.

—¡Por Dios! —exclamó asombrado—. Lo siento, señorita.

—La blasfemia —dijo Sarah levantando la mirada hacia las enormes pilas— es peor que las simples palabrotas.

—Intentaré recordarlo, señorita —repuso Sharpe—. De verdad. ¡Por Dios Todopoderoso! ¡Miren esto!

—¿Es comida? —preguntó Vicente.

—Por el olor se diría que sí —respondió Sharpe. Desamartilló su rifle, se lo colgó al hombro, desenvainó la espada y la clavó en uno de los sacos. Salió un chorro de grano—. ¡Por el amor de Dios!, lo siento, señorita —envainó la espada y paseó la mirada por aquel espacio extenso—. ¡Aquí hay toneladas de comida!

—¿Importa eso? —preguntó Sarah.

—Sí, claro que importa —respondió Sharpe—. Un ejército no puede combatir sin comida. El truco de esta campaña, señorita, es dejar que los franchutes marchen hacia el sur, detenerlos frente a Lisboa y verlos pasar hambre. ¡Esto de aquí podría mantenerlos vivos durante semanas!

Harper había soltado a Francisco, que retrocedió y de repente echó a correr hacia la calle y Harper, asombrado ante aquellos montones de comida, no se dio cuenta. Sharpe, Vicente y Sarah caminaban por el pasillo central, contemplándolo todo boquiabiertos. La mercancía estaba apilada en ordenados montones cuadrados de unos seis metros de lado y separados por pasillos. Sharpe contó una docena de montones. Algunos de los barriles tenían grabada la ancha flecha del gobierno británico, lo cual significaba que eran robados. Harper, que seguía a los otros tres, se acordó entonces de Francisco y al darse la vuelta vio a unos hombres que se acercaban desde la casa que había al otro lado de la calle. Vio que eran una media docena y que estaban ocupando la ancha entrada del almacén, y también vio que llevaban pistolas en las manos.

—¡Tenemos problemas! —gritó.

Sharpe se dio la vuelta, vio las sombras en la entrada y el instinto le dijo que Francisco los había traicionado, y supo también que estaba en un aprieto.

—¡Vuelva aquí, Pat! —gritó al tiempo que propinaba un fuerte empujón a Sarah, empujándola hacia uno de los pasillos entre las pilas. La puerta del almacén se estaba cerrando, lo que hizo oscurecerse aquel espacio enorme, y Sharpe se estaba descolgando el rifle cuando sonaron los primeros disparos desde la puerta que se cerraba. Una bala se clavó en un saco junto a su cabeza, otra rebotó en el zuncho de

hierro de un tonel y otra alcanzó a Vicente, que se volvió bruscamente y soltó el rifle. Sharpe dio una patada al arma en dirección a Sarah, arrastró a Vicente hacia el espacio estrecho y luego volvió al pasillo central y apuntó hacia la puerta. No vio nada y volvió a ponerse a cubierto. En el tejado había unos cuantos tragaluces sucios por los que entraba un poco de luz, pero no demasiada. Al percibir movimiento en el extremo más alejado del pasillo se dio la vuelta y se llevó el rifle al hombro, pero era Harper que, con muy buen criterio, evitó el pasillo central y rodeó a toda prisa las altas pilas.

—Son seis, señor —informó Harper—, quizá más.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Sharpe—. Han alcanzado a Vicente.

—¡Dios! —exclamó Harper.

—Lo siento, señorita —se disculpó Sharpe en nombre de Harper y miró a Vicente, que estaba consciente aunque herido. Había caído cuando la bala le alcanzó, pero había sido el susto más que otra cosa y entonces volvía a estar de pie, apoyado en unas cajas.

—Estoy sangrando —dijo.

—¿Dónde?

—El hombro izquierdo.

—¿Escupe sangre?

—No.

—Sobrevivirá —afirmó Sharpe, que le entregó el rifle de Vicente a Harper—. Deme el fusil de cañones múltiples, Pat —dijo—, y llévase al señor Vicente y a la señorita Fry a la parte de atrás. Mire a ver si hay alguna salida. Pero espere un segundo. —Sharpe escuchó. Oía unos sonidos leves, pero podrían haber sido ratas o gatos—. Utilice la pared lateral —le susurró a Harper, y se adelantó para asomarse por el borde. Una sombra en una sombra. Sharpe salió al descubierto, la sombra soltó un fogonazo y una bala surcó la pared junto a él, que alzó el rifle y vio que la sombra se desvanecía—. Ahora, Pat.

Harper condujo a Vicente y a Sarah hasta la parte de atrás del almacén. Recemos para que haya una puerta, pensó Sharpe, que se colgó el rifle en el hombro izquierdo, el fusil de cañones múltiples en el derecho y trepó por el saco más próximo. Trepó hasta arriba, metiendo las botas en los espacios entre los sacos de grano, sin importarle el ruido que hiciera. Estuvo a punto de resbalar, pero la ira lo impulsó y al llegar a lo alto del enorme montón, rodó sobre él y se descolgó el fusil de varios cañones. Lo amartilló con la esperanza que no se oyera el chasquido desde abajo. Un gato grande le bufó, arqueó el lomo y levantó la cola, pero entonces decidió no disputarse la desigual meseta de lo alto de los sacos y se marchó indignado.

Sharpe avanzó poco a poco por encima de los sacos. Se iba arrastrando boca abajo, escuchando un débil murmullo de voces que le dijeron que había algunos

hombres en el pasillo del otro lado y supo que estaban planeando la mejor manera de terminar lo que habían empezado. Debían de tener miedo a los rifles, Sharpe lo sabía, pero al mismo tiempo estaban confiados.

Aunque, evidentemente, no demasiado. Si era posible, querían evitar un enfrentamiento, puesto que de repente Ferragus gritó:

—¡Capitán Sharpe!

No hubo respuesta. Unas zarpas arañaban en el otro extremo del almacén y las ruedas traqueteaban sobre los adoquines fuera en la calle.

—¡Capitán Sharpe!

Siguió sin haber respuesta.

—¡Salga! —gritó Ferragus—. Pídame disculpas y podrá irse. Es lo único que quiero. ¡Una disculpa!

«Y un carajo», pensó Sharpe. Ferragus quería conservar su comida hasta que llegaran los franceses y en cuanto Sharpe o sus compañeros salieran al descubierto los abatirían a tiros. Así pues, había llegado el momento de sorprenderlos con una contraemboscada.

Siguió arrastrándose hasta el borde del montón y, muy lentamente, se asomó por encima. Allí abajo había un grupo de hombres. Media docena, tal vez, y ninguno de ellos estaba mirando hacia arriba. A ninguno se le había ocurrido comprobar el terreno elevado, pero debían haber sabido que se enfrentaban a soldados, y los soldados siempre buscaban el terreno elevado.

Sharpe colocó frente a él el fusil de cañones múltiples. Las siete balas de media pulgada se habían atacado con relleno y pólvora, pero siempre había posibilidades, muchas posibilidades, de que alguno de los proyectiles saliera rodando del cañón en cuanto apuntara el arma hacia abajo. No tenía tiempo de atacar más relleno encima de las balas, de manera que el truco estaba en realizar un disparo rápido, muy rápido, lo cual significaba que no podría apuntar. Retrocedió lentamente, se puso de pie y se quedó inmóvil al oír otra voz:

—¡Capitán Sharpe! —El que hablaba no era uno de los hombres que se hallaban por debajo de Sharpe. Aquella voz parecía provenir de algún punto más cercano a las grandes puertas—. Capitán Sharpe, soy el comandante Ferreira.

De modo que aquel cabrón estaba allí. Sharpe sostuvo la pistola de siete cañones contra el pecho, listo para avanzar y disparar, pero entonces Ferreira habló de nuevo:

—¡Nadie le hará daño! ¡Le doy mi palabra de oficial! ¡Mi hermano quiere una disculpa, nada más!

Ferreira hizo una pausa y luego habló en portugués, seguramente porque sabía que Jorge Vicente estaba con Sharpe, y como Sharpe creía que la mente ordenada, legal y confiada de Vicente podría creer las palabras de Ferreira, dio su propia respuesta. Se acercó al borde con un movimiento rápido, encaró las bocas del fusil

hacia el pasillo y apretó el gatillo.

Tres de las balas estaban sueltas y habían empezado a rodar, cosa que redujo la enorme potencia del arma, pero aun así el estallido de los disparos resonó en las paredes de piedra como un trueno, el retroceso de los cañones agrupados echó el fusil hacia arriba con tanta fuerza que casi se lo arrancó de las manos a Sharpe y una nube de humo se formó en el pasillo que tenía por debajo. También se oyeron gritos en el pasadizo, un ronco chillido de dolor y el sonido de unos pasos apresurados cuando los hombres huyeron de aquel repentino horror que había caído sobre ellos desde arriba. Una pistola disparó e hizo pedazos un tragaluz, pero Sharpe ya corría hacia la parte de atrás del almacén. Saltó al siguiente pasillo y cayó sobre un montón de barriles que se tambaleó peligrosamente, pero su impulso lo llevó hacia delante y le hizo desperdigar a unos cuantos gatos; luego dio otro salto y ya estuvo en el extremo más alejado.

—¿Ha encontrado algo, Pat?

—Una maldita trampa bastante grande, nada más.

—¡Tome! —Sharpe arrojó el fusil de cañones múltiples a Harper y descendió a toda prisa, buscando a tientas un punto de apoyo para los pies en los bordes de las cajas. Saltó los últimos dos metros y miró a ambos lados, pero no vio señales de Ferragus ni de sus hombres—. ¿Dónde demonios están?

—¿Alcanzó a alguno? —preguntó Harper en tono esperanzado.

—A dos, quizá. ¿Dónde está la trampa?

—Aquí.

—¡Dios, cómo apesta!

—Ahí abajo hay algo desagradable, señor. Hay montones de moscas.

Sharpe se acuclilló y empezó a pensar. Para escapar por el frente del almacén tendrían que meterse en los pasillos entre las pilas de comida y Ferragus tendría a algunos hombres cubriendo todos esos pasillos. Era probable que Sharpe pudiera conseguirlo, pero, ¿a qué precio? Al menos una herida más. Y había una mujer con él. No podía exponerla a más disparos. Alzó la trampa, que dejó escapar una bocanada de aire hediondo. Ahí abajo en la oscuridad había algo muerto. ¿Una rata? Sharpe miró abajo, vio unos escalones que se adentraban en la negrura, pero las sombras sugerían que ahí abajo había un sótano y una vez al pie de la escalera de piedra podría disparar hacia arriba. Ferragus y sus hombres tendrían que hacer frente a ese fuego para acercarse, y no estarían muy dispuestos a hacerlo. Y quizá hubiera una salida en el sótano.

Se oyeron unos pasos en el otro extremo del almacén y luego más ruidos que provenían de lo alto de los montones. Ferragus había aprendido deprisa y había enviado a algunos hombres a que ocuparan el terreno elevado; Sharpe se dio cuenta de que entonces estaba totalmente atrapado y que el sótano era la única alternativa

que le quedaba.

—Bajen —ordenó—, todos. Abajo.

Sharpe bajó el último y cerró torpemente la trampilla tras él, dejando caer lentamente la pesada madera para que Ferragus no se diera cuenta de que sus enemigos se habían escondido. Al pie de las escaleras estaba oscuro como boca de lobo y olía tan mal que Sarah tuvo arcadas. Las moscas zumbaban en la oscuridad.

—Cargue el fusil de cañones múltiples, Pat —dijo Sharpe—, y deme los rifles.

Sharpe se acuclilló en los escalones con un rifle entre las manos y otros dos a su lado. Cualquiera que abriera la puerta quedaría perfilado contra la penumbra del almacén y recibiría una bala por las molestias que les estaban causando.

—Si disparo —le susurró a Harper— tiene que cargar el rifle antes que el fusil.

—Sí, señor.

Harper podría haber recargado un rifle con los ojos vendados en una oscuridad estigia.

—¿Jorge? —preguntó Sharpe, y la respuesta fue un siseo que delató el dolor que Vicente sentía—. Vaya siguiendo las paredes a tientas a ver si hay alguna salida.

—El comandante Ferreira estaba ahí arriba —dijo Vicente en tono de reproche.

—Es tan malo como su hermano —repuso Sharpe—. Pensaba venderles harina a los malditos franchutes, Jorge, pero yo se lo impedí, por eso me tendieron la trampa para darme una paliza en Bussaco —no tenía ninguna prueba de ello, por supuesto, pero parecía evidente. Ferreira había convencido a Hogan para que invitara a Sharpe a cenar al monasterio y debió de haberle dicho a su hermano que después el fusilero andaría solo por aquel sendero oscuro—. Vaya palpando las paredes, Jorge. Mire a ver si hay una puerta.

—Hay ratas —comentó Vicente.

Sharpe se sacó el cuchillo plegable del bolsillo, extrajo la hoja y susurró el nombre de Sarah.

—Tome esto —le dijo, y buscó su mano a tientas. Le puso el mango del cuchillo entre los dedos—. Tenga cuidado —le advirtió—, es un cuchillo. Quiero que corte una tira de los bajos de su falda y que intente vendarle el hombro a Jorge.

Sharpe pensó que la muchacha iba a protestar por tener que destrozar su único vestido, pero ella no dijo nada y al cabo de un momento Sharpe oyó que Sarah cortaba y rasgaba la seda. Sharpe subió sigilosamente algunos escalones más y se quedó escuchando. Durante un rato reinó el silencio, luego se oyó el estallido de una pistola y otro estrépito, prácticamente simultáneo, cuando la bala golpeó contra la trampilla. La bala se incrustó allí, no atravesó la pesada madera. Ferragus estaba anunciando que había encontrado a Sharpe, pero estaba claro que el gigantón no estaba dispuesto a levantar la trampilla y atacar el sótano, puesto que se hizo otro prolongado silencio.

—Quieren hacernos creer que se han ido —susurró Sharpe.

—No hay salida —anunció Vicente.

—Siempre hay una salida —replicó Sharpe—. Las ratas bien que entran, ¿no es cierto?

—Pero aquí hay dos hombres muertos.

Vicente parecía sentir repugnancia. El hedor era insoportable.

—No pueden hacernos daño —dijo Sharpe en un susurro—, no si están muertos. Quítese la casaca y la camisa, Jorge, y deje que la señorita Fly le vende.

Sharpe esperó. Esperó. Vicente resoplaba de dolor y Sarah emitía unos sonidos tranquilizadores. Sharpe se acercó más a la trampilla. Ferragus no se había marchado, Sharpe lo sabía, y se preguntó qué haría ese hombre a continuación. ¿Abrir la trampilla y lanzar una descarga con la pistola? ¿Llevarse a los heridos? Sharpe lo dudaba. Ferragus esperaba engañar a los fugitivos para que creyeran que el almacén estaba vacío y subieran las escaleras por sí mismos, pero Sharpe no iba a picar. Esperó, escuchando el ruido áspero de la baqueta de Harper al atacar las siete balas.

—Cargado, señor —dijo Harper.

—Pues esperemos que esos cabrones entren —dijo Sharpe, y Sarah inhaló bruscamente pero él no le hizo caso; entonces se oyó un pesado y repentino golpe sordo que sonó tan fuerte como un cañonazo y Sharpe retrocedió encogiéndose, esperando una explosión, pero el golpe fue seguido de silencio. Habían colocado algo pesado sobre la trampilla. Luego se oyó otro golpe, y otro, seguidos por un pesado roce y luego toda una serie de golpetazos y chirridos—. Están poniendo peso encima de la trampilla —dijo Sharpe.

—¿Por qué? —preguntó Sarah.

—Nos están encerrando aquí, señorita, y vendrán a por nosotros cuando estén bien preparados. —Sharpe creía que Ferragus no querría llamar más la atención sobre su almacén iniciando otro tiroteo mientras todavía hubiera tropas británicas y portuguesas en la ciudad. Esperaría a que el ejército se hubiese marchado y entonces, antes de la llegada de los franceses, traería a más hombres, más armas y abriría el sótano—. De manera que tenemos tiempo —dijo Sharpe.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Vicente.

—Para salir, por supuesto. Pónganse todos los dedos en los oídos —aguardó unos segundos y a continuación disparó el rifle hacia lo alto de las escaleras. La bala se enterró en la trampilla. A Sharpe le zumbaron los oídos mientras buscaba otro cartucho, mordía la bala, la escupía y luego cebaba el rifle—. Deme la mano, Pat —le dijo al sargento, y depositó el resto del cartucho, sólo el papel y la pólvora, en la palma de Harper.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Vicente.

—Ser Dios —respondió Sharpe— y haciendo la luz.

Buscó en el interior de su casaca y encontró el ejemplar de *The Times* que Lawford le había dado; rompió el periódico por la mitad, volvió a meterse una parte dentro de la casaca, enrolló la otra mitad y la dejó en el suelo.

—Listo, señor —Harper, que había adivinado lo que Sharpe quería, había enroscado el papel del cartucho para formar un tubo en cuyo interior dejó la mayor parte de la pólvora.

—Busque la llave —le dijo Sharpe, y esperó mientras Harper exploraba el rifle que Sharpe sostenía.

—La tengo, señor —dijo Harper, y sostuvo el papel enrollado cerca del rastrillo cerrado.

—¿Se alegra de haber venido conmigo hoy, Pat?

—Es el día más feliz de mi vida, señor.

—Vamos a ver dónde estamos —dijo Sharpe, y apretó el gatillo, el rastrillo se abrió de golpe al tiempo que el pedernal golpeaba contra él y desprendía unas chispas descendentes, tras lo cual hubo un fogonazo cuando la pólvora de la cazoleta se inflamó. Harper sostuvo el papel del cartucho en el lugar adecuado, pues una de las chispas entró en el tubo, con lo que se alzó un crepitante brillo repentino, y Sharpe agarró el papel enrollado y encendió uno de los extremos. Harper se lamió los dedos quemados y Sharpe dejó que ardiera el papel. Tenía aproximadamente un minuto antes de que el periódico se consumiera, pero no había mucho que ver excepto los dos cadáveres al fondo del sótano, que constituían una desagradable visión, puesto que las ratas habían estado ocupadas con ellos y se les habían comido el rostro hasta el hueso y habían excavado sus hinchados vientres, que en aquellos momentos eran un hervidero de gusanos y estaban llenos de moscas. Sarah se dio la vuelta hacia una esquina y vomitó en tanto que Sharpe examinaba el resto del sótano, que era de unos seis metros cuadrados y tenía el suelo de piedra. El techo era de piedra y ladrillo y descansaba sobre unos arcos hechos con ladrillos estrechos.

—Esto es obra de los romanos —dijo Vicente al mirar uno de los arcos.

Sharpe volvió la mirada hacia el hueco de las escaleras, pero los laterales eran de piedra sólida. El periódico ardió con luz parpadeante, Sharpe lo dejó en el escalón de más abajo y miró una vez más a su alrededor mientras las llamas disminuían.

—Estamos atrapados —afirmó Vicente con pesimismo. Se había desgarrado la camisa para abrirla y ahora llevaba el hombro izquierdo torpemente vendado, pero Sharpe vio sangre en su piel y en los extremos rotos de la camisa. Las llamas se extinguieron y la oscuridad volvió al sótano—. No hay salida —dijo Vicente.

—Siempre hay una salida —insistió Sharpe—. Una vez estuve atrapado en una habitación en Copenhague y logré salir.

—¿Cómo? —preguntó Vicente.

—Por la chimenea —respondió Sharpe, que se estremeció al recordar aquel

espacio negro y estrecho que te comprimía los pulmones y por el que había tenido que abrirse camino a duras penas antes de salir a una cámara llena de hollín para bajar luego retorciéndose como una anguila por otra salida de humos.

—Es una lástima que los romanos no construyeran una chimenea aquí —dijo Harper.

—Tendremos que esperar y salir de aquí a la fuerza —sugirió Vicente.

—No podemos hacer eso —replicó Sharpe crudamente—. Cuando Ferragus regrese, Jorge, no va a correr ningún riesgo. Abrirá esta trampilla y tendrá a una veintena de hombres armados con mosquetes esperando para matarnos.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Sarah, que se había recuperado ligeramente, en un hilo de voz.

—Destruir la comida que hay ahí arriba —contestó Sharpe, señalando con la cabeza en la oscuridad hacia los suministros que había en el almacén de arriba—. Es lo que quiere Wellington, ¿no es cierto? Es nuestro deber. No podemos pasar todo el tiempo paseando por las universidades como si tal cosa, señorita, tenemos trabajo que hacer.

Pero primero tendría que escapar, y no sabía cómo.

\* \* \* \*

Ferragus, el hermano de éste y tres de los hombres que estaban en el almacén se retiraron a una taberna. Había otros dos hombres que no pudieron ir. Uno de ellos había sido alcanzado en la cabeza por una de las balas del fusil de siete cañones y, aunque estaba vivo, era incapaz de hablar, de controlar sus movimientos o de entender nada, de modo que Ferragus ordenó que lo llevaran al convento de Santa Clara con la esperanza de que alguna de las monjas siguiera todavía allí. El segundo, alcanzado en el brazo por la misma descarga, se había ido a casa para dejar que su esposa le entablillara el brazo roto y le vendara la herida. Las heridas de aquellos dos hombres habían enojado a Ferragus, que miraba su vino con aire taciturno.

—Te lo advertí —dijo Ferreira—, son soldados.

—Soldados muertos —repuso Ferragus. Aquél era su único consuelo. Los cuatro estaban atrapados, y tendrían que quedarse en el sótano hasta que Ferragus fuera a sacarlos, y jugueteaba con la idea de dejarlos allí. ¿Cuánto tiempo tardarían en morir? ¿Se volverían locos en aquella sofocante oscuridad? ¿Se dispararían unos a otros? ¿Se convertirían en caníbales? Quizá, dentro de algunas semanas, abriría la trampilla, un superviviente saldría arrastrándose y parpadeando hacia la luz y entonces lo patearía hasta matar a ese cabrón. No, mejor los mataría a los tres a patadas y le enseñaría a Sarah Fry una lección distinta—. Los sacaremos esta noche —dijo.

—Esta noche los británicos estarán en la ciudad —señaló Ferreira—, y hay tropas



alojadas en la calle de detrás del almacén. ¿Y si oyen los disparos? Puede que no se vayan tan fácilmente como los de esta mañana.

Una patrulla portuguesa había oído disparos en el almacén y había ido a investigar, pero Ferreira, que no se había sumado a la lucha sino que permaneció junto a la puerta, había oído el ruido de las botas sobre los adoquines y se había deslizado hacia fuera para ahuyentar a la patrulla explicándoles que dentro tenía a unos cuantos hombres matando cabras.

—Nadie oirá los disparos desde ese sótano —dijo Ferragus con desdén.

—¿Quieres correr el riesgo? —preguntó Ferreira—. ¿Con esa arma tan grande? ¡Suenan como un cañón!

—Pues entonces iremos mañana por la mañana —gruñó Ferragus.

—Mañana por la mañana los británicos seguirán estando aquí —observó el comandante pacientemente—, y por la tarde tú y yo tenemos que cabalgar hacia el norte para reunirnos con los franceses.

—Pues cabalga tú hacia el norte para reunirte con los franceses —dijo Ferragus—, y Miguel puede ir contigo. —Miró al hombre, más pequeño que él, que se encogió de hombros para expresar su aprobación.

—Ellos esperan que vayas tú —recalcó Ferreira.

—¡Pues Miguel dirá que soy yo! —le espetó Ferragus—. ¿Acaso crees que esos malditos franchutes notarán la diferencia? Yo me quedaré aquí —insistió—, y jugaré a mis juegos en cuanto los británicos se hayan marchado. ¿Cuándo van a llegar los franceses?

—Si llegan mañana —supuso Ferreira— quizá sea a primera hora. Digamos una o dos horas después de amanecer.

—Eso me da tiempo —dijo Ferragus. Sólo quería tiempo suficiente para oír a los tres hombres suplicando una clemencia que no obtendrían—. Nos encontraremos en el almacén —le dijo a Ferreira—. Tú trae a los franceses que han de vigilarlo y yo estaré esperando dentro.

Ferragus sabía que estaba permitiendo que lo distrajeran. Su prioridad era mantener a salvo la comida y vendérsela a los franceses, y las cuatro personas allí atrapadas no importaban; sin embargo, ahora sí que importaban. Lo habían desafiado y, de momento, habían ganado, por lo cual ahora, más que nunca, era una cuestión de orgullo, y un hombre no podía echarse para atrás ante una afrenta a su orgullo. Hacerlo significaría no ser un hombre.

No obstante, Ferragus sabía que no le esperaba un verdadero problema. Sharpe y sus compañeros estaban condenados. Había apilado más de media tonelada de cajas y barriles sobre la trampilla, no había ninguna otra forma de salir del sótano y tan sólo era cuestión de tiempo. De modo que Ferragus había ganado y eso era un consuelo. Había ganado.

La mayor parte del ejército británico y portugués que se retiraba había utilizado un camino hacia el este de Coimbra y había cruzado el Mondego por un vado, pero a una buena parte del mismo se le había ordenado ir por el camino principal para enviar un continuo flujo de tropas, cañones, cajones de munición y carros al otro lado del puente de Santa Clara, que unía Coimbra con un pequeño barrio periférico situado en la orilla sur del Mondego, donde se alzaba el nuevo convento de Santa Clara. A los soldados se les unió un torrente aparentemente interminable de civiles, carretillas, cabras, perros, vacas, ovejas y miseria que cruzó pesadamente el puente, se adentró en las estrechas calles en torno al convento y luego siguió rumbo al sur, hacia Lisboa. El avance era tan lento que se hacía exasperante. Una niña estuvo a punto de ser arrollada por un cañón y la única manera que tuvo el conductor de esquivarla fue girar bruscamente la pieza hacia una pared, con lo cual se rompió la rueda de un lado y tardaron casi una hora en repararla. Una carretilla se vino abajo en el puente, esparciendo libros y ropa y una mujer gritó cuando las tropas portuguesas lanzaron la carretilla y su contenido al río, que ya estaba lleno de los restos flotantes arrojados allí por las tropas de los muelles, que tiraban al agua los toneles hechos pedazos y los sacos rajados. También se echaron al agua cajas de galletas que, al ser más duras que la piedra, flotaban a miles corriente abajo. Otros soldados habían reunido leña y carbón y estaban haciendo una enorme hoguera a la que arrojaban la carne en salazón. Otras tropas distintas, todas portuguesas, habían recibido la orden de destruir todos los hornos de pan de la ciudad, en tanto que una compañía del South Essex se dirigía con mazos y picos a los barcos amarrados.

El teniente coronel Lawford regresó a los muelles a primera hora de la tarde. Había dormido bien y había disfrutado de una comida sorprendentemente buena con pollo, ensalada y vino blanco en tanto que le cepillaban y planchaban la casaca roja. Luego, montó en Rayo y fue cabalgando hasta el muelle, donde encontró a los miembros de su batallón acalorados, sudorosos, despeinados, sucios y cansados.

—El problema —le comentó el comandante Forrest— es la carne salada. No arde ni a la de tres.

—¿Sharpe no dijo algo sobre utilizar trementina?

—No lo he visto, señor —contestó Forrest.

—Esperaba encontrarlo aquí —admitió Lawford mientras paseaba la mirada por el muelle envuelto por el humo que apestaba a ron derramado y carne chamuscada—. Rescató a una chica muy guapa. Una chica inglesa, nada menos. Me temo que fui un poco brusco con ella y había pensado en presentarle mis respetos.

—Pues no está —dijo Forrest con rotundidad.

—Ya aparecerá —repuso Lawford—, siempre lo hace.

El capitán Slingsby cruzó resueltamente el muelle, se detuvo dando una patada en el suelo y ofreció un saludo entusiasta a Lawford.

—Hay un hombre desaparecido, coronel.

Lawford tocó la punta delantera de su bicornio con el extremo de la fusta en respuesta al saludo.

—¿Cómo van las cosas, Cornelius? ¿Todo bien, supongo?

—Los barcos han sido destruidos, señor, hasta el último de ellos.

—Espléndido.

—Pero el sargento Harper ha desaparecido, señor. Se ha ausentado sin permiso.

—Yo le di permiso, Cornelius.

Slingsby se erizó.

—No se me preguntó, señor.

—Estoy seguro de que fue un descuido —le dijo Lawford—, y estoy igualmente seguro de que el sargento Harper no tardará en regresar. Está con el señor Sharpe.

—Hay otra cosa —dijo Slingsby misteriosamente.

—¿Sí? —se arriesgó a preguntar Lawford con cautela.

—Esta mañana el señor Sharpe ha vuelto a tener unas palabras conmigo.

—El señor Sharpe y usted deberían arreglar las cosas —se apresuró a decir Lawford.

—Y no tenía derecho, señor, ningún derecho, de llevarse al sargento Harper alejándolo de sus debidas obligaciones. Eso sólo sirve para darle alas.

—¿Para darle alas? —Lawford estaba ligeramente confuso.

—A su impertinencia, señor. Es muy irlandés.

Lawford se quedó mirando a Slingsby, preguntándose si estaba percibiendo un olor a ron en el aliento de su cuñado.

—Supongo que viniendo de Irlanda —dijo finalmente el coronel—, como es el caso, lo normal es que sea irlandés. ¡Igual que *Rayo*! —Se inclinó hacia delante y acarició las orejas al caballo—. No hay que menospreciar todo lo irlandés, Cornelius.

—El sargento Harper, señor, no muestra suficiente respeto por los oficiales de su majestad —dijo Slingsby.

—El sargento Harper —intervino Forrest— contribuyó a la captura del Águila en Talavera, capitán. Antes de que usted se alistara.

—No dudo que sabe combatir, señor —repuso Slingsby—. Lo llevan en la sangre, ¿no es cierto? Son como perros dogos. Ignorantes y brutales, señor. Ya los traté lo suficiente en el 55.º como para saber de qué hablo —volvió a mirar a Lawford—. Pero yo tengo que preocuparme por la economía interna de la compañía ligera. Hay que arreglarla y mejorarla, señor. No está bien permitir que los soldados sean impertinentes.

—¿Qué es lo que quiere? —le preguntó Lawford con un dejo de aspereza.

—Recuperar al sargento Harper, señor, que vuelva al lugar que le corresponde y que se ponga a trabajar en serio como un soldado como es debido.

—Será su obligación encargarse de que lo haga cuando regrese —le dijo Lawford presuntuosamente.

—Muy bien, señor —dijo Slingsby, saludó de nuevo, dio media vuelta y regresó con paso resuelto con su compañía.

—Es muy entusiasta —comentó Lawford.

—Nunca he percibido falta de entusiasmo y ni mucho menos falta de eficiencia en nuestra compañía ligera —replicó Forrest.

—¡Sí, son unos tipos estupendos! —exclamó Lawford—. Unos tipos estupendos, ya lo creo, pero a veces los mejores sabuesos cazan mejor con un cambio de amo. Las nuevas costumbres, Forrest, destierran los viejos hábitos. ¿No está de acuerdo? Quizá querría usted cenar conmigo esta noche.

—Es muy amable de su parte, señor.

—Y por la mañana saldremos temprano. Diremos adiós a Coimbra, ¿eh? Y quizá los franceses sean clementes con ella.

A unos treinta kilómetros al norte de allí, las primeras tropas francesas llegaban al camino principal. Apartaron a la milicia portuguesa que había bloqueado el serpenteante camino del norte en torno a la sierra de Bussaco y en aquellos momentos sus patrullas de caballería galopaban adentrándose en unas tierras de labranza desguarnecidas y desiertas. El ejército viró hacia el sur. Primero llegarían a Coimbra, y luego a Lisboa, y con ella llegaría la victoria.

Porque las Águilas marchaban hacia el sur.

## CAPÍTULO 8

La primera idea fue romper la trampilla e intentar sacar lo que hubieran apilado encima.

—Si atravesamos el borde de la trampilla —sugirió Vicente— quizá luego podamos romper la caja que haya encima, ¿no? Sacar todo el contenido de la caja y salir a través de ella.

A Sharpe no se le ocurría nada más que pudiera liberarlos, de modo que Harper y él se pusieron a trabajar. Primero intentaron levantar la trampilla, agachándose debajo y haciendo fuerza hacia arriba, pero la madera no se movió ni un centímetro, por lo que empezaron a horadarla. Vicente, con el hombro herido, no podía ayudar, así que Sarah y él se sentaron en el sótano, tan lejos de los cadáveres putrefactos como pudieran, y escucharon a Sharpe y Harper acometiendo contra la trampilla, Harper utilizó su bayoneta y, como la hoja era más corta que la de la espada de Sharpe, él trabajó más arriba en la escalera. Sharpe se quitó la casaca, se despojó de la camisa y envolvió el acero con la tela para poder agarrar el filo sin cortarse. Le explicó a Harper lo que estaba haciendo y sugirió que quizá también quisiera protegerse las manos.

—Aunque es una lástima —dijo Sharpe—, la camisa es nueva.

—¿Un regalo de cierta costurera de Lisboa? —preguntó Harper.

—Sí, así es.

Harper se rió y a continuación clavó la hoja hacia arriba. Sharpe hizo lo mismo con su espada y trabajaron prácticamente en silencio, intentando abrir un agujero en la oscuridad, astillando la vieja y fuerte madera, haciendo palanca para sacarla a pedazos. De vez en cuando la hoja se topaba con un clavo y ellos maldecían.

—Es una verdadera lección de vocabulario —comentó Sarah al cabo de un rato.

—Lo siento, señorita —dijo Sharpe.

—Cuando estás en el ejército no te das ni cuenta —explicó Harper.

—¿Todos los soldados dicen palabrotas?

—Todos —contestó Sharpe—, sin parar. Excepto *Papá Hill*.

—El general Hill, señorita —explicó Harper—, que es conocido por tener la boca muy limpia.

—Y el sargento Read —añadió Sharpe—, él nunca dice palabrotas. Es metodista, señorita.

—Yo lo he oído maldecir —afirmó Harper—, cuando el condenado de Batten le robó ocho páginas de su Biblia para utilizarlas como... —Se calló de pronto al decidir que Sarah no querría oír el uso que Batten había hecho del Deuteronomio, y luego soltó un gruñido cuando una gran astilla se rompió—. Acabaremos en un santiamén —dijo alegremente.

Las tablas de la trampilla tenían más de siete centímetros de grosor y estaban reforzadas por dos sólidas vigas por la parte de abajo. De momento Sharpe y Harper pasaron por alto la viga que tenían a su lado, pues creían que era mejor atravesar la trampilla antes de preocuparse de cómo sacar aquel trozo de madera más grande. La madera era dura, pero aprendieron a debilitar el grano mediante repetidas cuchilladas, luego raspaban, horadaban y arrancaban la madera suelta. La madera rota salía poco a poco, en forma de polvo, pedazo a pedazo, y la estrecha zona bajo las escaleras les dejaba muy poco espacio. De vez en cuando tenían que descansar sólo para estirar los músculos y a veces daba la impresión de que por mucho que acuchillaran y rasparan ya no soltarían otro pedazo de madera, pues ninguna de las dos armas era adecuada para la tarea. El acero era demasiado fino y no podían utilizarlo para hacer palanca con mucha fuerza por miedo a que las hojas se partieran. Sharpe estuvo un rato utilizando el cuchillo, el serrín le cayó en los ojos, luego volvió a clavar la espada, manteniendo la mano envuelta en la tela cerca de la punta para apoyar bien el acero. No obstante, cuando atravesaran la trampilla, pensó, tan sólo tendrían un pequeño agujero. Sabe Dios cómo iban a agrandarlo, pero todas las batallas tenían que lucharse paso a paso. No tenía sentido preocuparse por el futuro si no había futuro, de modo que Harper y él siguieron trabajando pacientemente. A Sharpe le caía el sudor por el pecho desnudo, las moscas se posaban en él, tenía la boca llena de polvo y le dolían las costillas.

El tiempo no significaba nada en la oscuridad. Podrían haber trabajado una hora o diez, Sharpe no lo sabía, aunque tenía la sensación de que ya debía de haber oscurecido fuera, en el mundo que ahora parecía tan distante. Trabajó obstinadamente, intentando no pensar en el tiempo que transcurría y poco a poco fue quebrando y horadando, clavando y raspando hasta que al final hincó la espada con fuerza hacia arriba y el golpe le sacudió todo el brazo porque la punta había topado con algo más sólido que la madera. Volvió a golpear y se puso a maldecir ferozmente:

—Lo siento, señorita.

—¿Qué pasa? —preguntó Vicente. Se había quedado dormido y pareció alarmado.

Sharpe no respondió. En lugar de eso utilizó el cuchillo para insistir en el pequeño agujero que había hecho en la parte superior de la madera rota y, cuando lo hubo ensanchado suficiente, intentó averiguar qué era lo que había justo encima de la trampilla raspándolo con la hoja del cuchillo; volvió a maldecir.

—Los cabrones han puesto unas losas aquí arriba —dijo. Había conseguido atravesar la madera, pero sólo para encontrarse con una piedra inamovible—. ¡Hijos de puta!

—Señor Sharpe —dijo Sarah, aunque en tono cansino, como si supiera que estaba luchando una batalla perdida.

—Es probable que sean unos hijos de puta, señorita —dijo Harper, que arremetió con su bayoneta contra el astillado agujero que había hecho y se vio recompensado con el mismo sonido del acero contra la piedra. Profirió su opinión, se disculpó con Sarah y se dejó caer en el suelo.

—¿Que han hecho qué? —preguntó Vicente.

—Han puesto piedras encima —contestó Sharpe—, y otra cosa encima de las piedras. Esos cabrones no son tan tontos como parecen.

Bajó poco a poco las escaleras y se sentó con la espalda apoyada en la pared. Se sentía agotado, exhausto, y le dolía hasta respirar.

—¿No podemos salir por la trampilla? —preguntó Vicente.

—Ni por casualidad —repuso Sharpe.

—¿Y ahora qué? —preguntó Vicente con cautela.

—Ahora pensamos —respondió Sharpe, pero no se le ocurría otra cosa que pudiera hacer. Lo único que se le ocurría eran insultos y maldiciones. Estaban bien atrapados, maldita fuera.

—¿Cómo entran las ratas? —preguntó Sarah al cabo de poco.

—Esos bichos pueden meterse por unos huecos tan pequeños como su dedo meñique —dijo Harper—. Si una rata quiere entrar, no hay manera de impedirselo.

—¿Y por dónde entran? —insistió ella.

—Por el borde de la trampilla —imaginó Sharpe—, por donde nosotros no podemos salir.

Permanecieron sentados en abatido silencio. Las moscas volvieron a posarse en los cadáveres.

—Si disparáramos las armas —dijo Vicente—, ¿nos oiría alguien?

—Estando aquí abajo no —respondió Sharpe, que prefería reservar todo su arsenal para el momento en que Ferragus fuera a buscarlos. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos tratando de pensar. ¿El techo? Ladrillos y piedras. A cientos, los malditos. Se imaginó saliendo de allí y de pronto se encontró en un campo cubierto de flores de color vivo, una bala pasó junto a él, luego otra, un proyectil lo alcanzó en la pierna y al despertarse bruscamente se dio cuenta de que alguien le había dado unos golpecitos en el tobillo derecho—. ¿Me he dormido? —preguntó.

—Nos hemos dormido todos —dijo Harper—. Vaya a saber qué hora es.

—¡Dios! —Sharpe se estiró y sintió los brazos y las piernas doloridos de haber estado trabajando en el reducido espacio de la escalera—. ¡Dios! —exclamó con enojo—. No podemos permitirnos el lujo de dormir cuando esos hijos de puta van a venir a por nosotros.

Harper no respondió. Sharpe oía que el irlandés se movía, al parecer estirándose en el suelo. Supuso que quería volver a dormir, y no lo aprobaba, pero no se le ocurría nada más útil que Harper pudiera hacer y por lo tanto no dijo nada.

—Oigo algo —dijo Harper al cabo de unos momentos. Su voz provenía del centro del sótano, del suelo.

—¿Dónde? —preguntó Sharpe.

—Ponga la oreja en la piedra, señor.

Sharpe se estiró y puso la oreja derecha contra el suelo. Ya no tenía el oído tan fino como antes. Demasiados años de mosquetes y rifles se lo habían ensordecido, pero aguantó la respiración, aguzó el oído y oyó un leve sonido de agua corriente.

—¿Agua?

—Aquí abajo hay un riachuelo, señor —dijo Harper.

—Como el Fleet —comentó Sharpe.

—¿El qué? —preguntó Vicente.

—Es un río de Londres que fluye bajo tierra un largo trecho —explicó Sharpe—. Nadie sabe que está ahí, pero está. Construyeron la ciudad encima.

—Aquí han hecho lo mismo —dijo Harper.

Sharpe dio unos golpecitos en el suelo con la empuñadura de la espada pero no se vio recompensado con un sonido hueco; no obstante, estaba casi seguro de haber percibido el sonido del agua y Sarah, cuyo oído no estaba dañado por las batallas, tenía la absoluta certeza de que era así.

—Bueno, Pat —dijo Sharpe, que volvió a animarse y hasta el dolor de las costillas le pareció menos agudo—. Vamos a levantar una dichosa piedra.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Volvieron a utilizar sus armas, raspando los bordes de una gran losa con la intención de vaciar el espacio entre ésta y sus vecinas; Harper encontró un punto en el que a la piedra le faltaba un trozo del borde del tamaño de su dedo meñique y hurgó allí, introduciendo la bayoneta en los cimientos.

—Aquí abajo hay escombros —dijo.

—Esperemos que esta maldita cosa no esté sujeta con mortero —dijo Sharpe.

—No —contestó Harper—. ¿Por qué ibas a poner mortero en una losa? Colocas las puñeteras piedras sobre la gravilla y las apisonas. Échese atrás, señor.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a levantar el suelo.

—¿Por qué no hacemos palanca?

—Porque se le rompería la hoja de la espada, señor, y eso lo pondría de muy mal humor. Déjeme espacio. Y esté preparado para sujetar la piedra cuando yo la levante.

Sharpe se apartó, Harper se situó sobre la piedra con las piernas separadas, metió dos dedos por debajo del borde y tiró de ella. La piedra no se movió. Harper soltó una maldición, volvió a afirmar los pies y tiró con toda su enorme fuerza; se oyó un chirrido y, al tocar el borde de la piedra con los dedos, Sharpe notó que ésta se levantaba un poco. Harper resopló, consiguió meter un tercer dedo debajo, dio otro formidable tirón y de pronto la piedra se alzó, Sharpe metió el cañón de su rifle por



debajo del borde al descubierto para sujetarla.

—Ahora ya puede soltarla.

—¡Dios salve a Irlanda! —exclamó Harper al tiempo que se enderezaba. La piedra descansaba en el cañón del rifle y la dejaron unos momentos así mientras Harper recuperaba el aliento—. Ahora podemos hacerlo los dos, señor —dijo el irlandés—. Usted en el otro lado, ¿eh? Vamos a darle la vuelta a esta losa de mierda. Lo siento, señorita.

—Ya me estoy acostumbrando —dijo Sarah en tono resignado.

Sharpe metió las manos por debajo del borde.

—¿Preparado?

—Ahora, señor.

Tiraron, la piedra se levantó y siguió dando la vuelta sobre su extremo hasta que cayó justo encima del cadáver más próximo con un sonido húmedo y mullido que arrojó una bocanada de vapor tóxico junto con una nube de moscas invisible. Sarah emitió un sonido de asco, Sharpe y Harper se reían.

Entonces palparon un cuadrado de escombros, un espacio lleno de ladrillos rotos, piedras y arena que empezaron a sacar con las manos, a veces aflojando primero el apretado cascote con una hoja. Vicente ayudaba a Sarah y apartaba el material excavado con la mano derecha.

—Esta mierda no se acaba nunca —dijo Harper, y cuanto más broma sacaban, más caía de los lados. Descendieron poco más de medio metro y entonces, al fin, se terminó la runa y las manos magulladas y ensangrentadas de Sharpe encontraron una superficie curva que al tacto parecía hecha de tejas colocadas de canto unas junto a otras. Continuaron excavando hasta dejar al descubierto poco menos de un metro cuadrado de la superficie arqueada.

Vicente utilizó la mano derecha para examinar lo que Sharpe creía que eran tejas.

—Son ladrillos romanos —imaginó Vicente—. Los romanos hacían los ladrillos muy finos, como tejas —siguió palpando un poco más, explorando la forma de arco—. Es la parte superior de un túnel.

—¿Un túnel?

—El río —terció Sarah—. Los romanos debieron de canalizarlo.

—Y nosotros vamos a entrar en él —dijo Sharpe, que entonces oía el murmullo con mucha más claridad. Así pues, allí había agua, y el agua fluía hacia el río a través de un túnel, y esa idea lo llenó de una furiosa esperanza.

Se arrodilló al borde del agujero, manteniendo el equilibrio en una losa que había quedado inestable debido a la broma que había caído de debajo, y empezó a dar golpes con la culata de uno de los rifles.

—Lo que está haciendo —terció Vicente que juzgó lo que ocurría por los golpes sordos de la culata contra los ladrillos— es golpear la parte superior del arco. Con eso

sólo conseguirá apretar aún más las tejas, como una cuña.

—Lo que estoy haciendo —replicó Sharpe— es romper esta mierda. —Pensó que probablemente Vicente tenía razón, pero estaba demasiado frustrado para intentar sacar los viejos ladrillos con paciencia—. Y espero estarlo haciendo con su rifle —añadió. La culata volvió a arremeter, Harper también empezó a dar golpes desde el otro lado y los dos rifles crujieron y se estrellaron contra los ladrillos. Sharpe oyó que caían al agua unos pedazos, entonces Harper dio un golpe tremendo que hizo que se desprendiera una buena parte de aquel antiguo enladrillado y de repente el sótano se inundó de un olor aún más malo, si eso era posible, un hedor proveniente de las más nauseabundas profundidades del infierno.

—¡Oh, mierda! —exclamó Harper echándose atrás.

—Precisamente —dijo Vicente con voz débil.

La fetidez era tal que costaba respirar.

—¿Una alcantarilla? —preguntó Sharpe, incrédulo.

—¡Dios Santo! —dijo Harper después de intentar llenar de aire los pulmones.

Sarah suspiró.

—Viene del norte de la ciudad —explicó Vicente—. La mayoría de viviendas de la parte baja sólo utilizan fosas en los sótanos. Es una cloaca romana.

—Yo digo que es nuestra salida —dijo Sharpe, que al volver a golpear con el rifle vio que los ladrillos ya caían con más facilidad y notó que el agujero se ensanchaba—. Ya es hora de volver a ver —dijo.

Cogió el medio ejemplar de *The Times* que había guardado y buscó su propio rifle, que se distinguía por la muesca del lado izquierdo de la culata, allí donde se apoyaba la mejilla y donde una bala francesa había arrancado una astilla de la madera. Necesitaba su propio rifle porque sabía que estaba descargado, y lo cebó mientras Harper enrollaba el papel de periódico. El papel prendió al segundo intento, se encendió y las llamas se volvieron de un extraño color azul verdoso cuando Harper acercó el papel ardiendo al agujero.

—¡Oh, no! —exclamó Sarah al mirar abajo.

El sonido podía parecer de agua, pero provenía de un líquido con una capa de color verde que brillaba aproximadamente a unos dos metros por debajo. Las ratas, asustadas por la luz repentina, se escabulleron rápidamente siguiendo el borde del cieno, escarbando en los viejos ladrillos, que estaban ennegrecidos y cubiertos de verdín. A juzgar por la curva que describía la vieja cloaca, a Sharpe le pareció que las aguas residuales tendrían unos treinta centímetros de profundidad. Harper se quemó los dedos y dejó caer la antorcha, que siguió ardiendo unos segundos con un fuego azul y luego volvió a dejarlos sumidos en la oscuridad. Gracias a Dios que la mayor parte de la gente rica se había marchado de Coimbra, pensó Sharpe, o la vieja cloaca romana estaría a rebosar de porquería.

—¿De verdad está pensando bajar ahí? —preguntó Vicente con voz incrédula.

—Lo cierto es que no hay otra alternativa —contestó Sharpe—. O bajamos o nos quedamos aquí y morimos. —Se quitó las botas—. Quizá quiera ponerse mis botas, señorita —le dijo a Sarah—. Creo que son lo bastante altas como para evitar que le entre ya sabe qué, pero quizá también tendría que quitarse el vestido.

Hubo unos segundos de silencio.

—Quiere que... —empezó a decir Sarah, y se le fue apagando la voz.

—No, señorita —dijo Sharpe pacientemente—. Yo no quiero que haga nada que no quiera hacer, pero si mete el vestido en esa porquería, cuando salgamos apestará, y por lo que sé no tiene nada más que ponerse. Yo tampoco, por eso me estoy desnudando.

—No puede pedirle a la señorita Fry que se desnude —dijo Vicente, escandalizado.

—No se lo estoy pidiendo —repuso Sharpe mientras se despojaba de sus pantalones de peto de la caballería francesa—. Depende de ella. Pero si tiene un mínimo de sentido común, Jorge, usted también se desnudará. Méntalo todo en la casaca o la camisa, haga un fardo y átese las mangas alrededor del cuello. ¡Por todos los demonios, hombre, si nadie puede verle! Aquí abajo está tan oscuro como el Hades. Tenga, señorita, mis botas —las empujó hacia ella por el suelo.

—¿Quiere que me meta en una cloaca, señor Sharpe? —le preguntó Sarah con un hilo de voz.

—No, señorita, no quiero —contestó Sharpe—. Yo quiero que esté en un prado verde y que sea feliz, con dinero suficiente para vivir el resto de su vida. Pero para llevarla hasta allí tengo que pasar por una cloaca. Si quiere puede esperar aquí, Pat y yo saldremos y luego volveremos a buscarla, pero no puedo prometerle que Ferragus no regrese primero. De modo que la elección es suya, a fin de cuentas.

—¿Señor Sharpe? —Sarah pareció indignada, pero obviamente no lo estaba—. Tiene razón. Le pido disculpas.

Por un momento sólo se oyó el frufurú de la tela y cada uno de ellos hizo un atado enrollando las prendas que se había quitado. Sharpe tan sólo se dejó puestos los calzoncillos, metió el resto de su ropa dentro de los pantalones de peto y ató fuertemente el fardo con los tirantes. Dejó la ropa junto al agujero junto con el talabarte en el que iban sujetos la bolsa de munición, la vaina y el morral.

—Entraré yo primero —dijo—. ¿Señorita? Usted sígame y póngame la mano en la espalda para saber dónde estoy. ¿Jorge? Usted entrará el siguiente y Pat será la retaguardia.

Sharpe se sentó en el borde del agujero, Harper lo agarró de las muñecas y lo bajó por él. Algunos trozos de cascotes y mampostería cayeron a los detritos, los pies de Sharpe entraron en contacto con aquel líquido en tanto que Harper resoplaba por el

esfuerzo.

—Sólo faltan unos cinco centímetros, Pat —dijo Sharpe; las muñecas le resbalaron, se soltó de Harper y al caer esos últimos centímetros estuvo a punto de perder el equilibrio puesto que el fondo de la alcantarilla estaba peligrosamente resbaladizo—. ¡Por Dios! —exclamó, lleno de asco y a punto de asfixiarse con la nociva atmósfera—. Que alguien me pase el talabarte y luego la ropa.

Se colgó el cinturón abrochado al cuello. El chacó lo había atado a la hebilla de la cartuchera y la vaina vacía le colgaba por la espalda, luego anudó las perneras de los pantalones en el cinturón.

—¿El rifle? —dijo; alguien se lo pasó y Sharpe se colgó el arma al hombro para después coger la espada con la mano derecha. Pensó que la hoja resultaría útil para ir tanteando el terreno. Por un momento se preguntó en que dirección ir, si cuesta arriba hacia la universidad o abajo hacia el río, y decidió que tenían más esperanzas de escapar por el río. La cloaca tenía que arrojar la porquería en algún sitio y ése era el lugar que buscaba—. Ahora usted, señorita —dijo—, y tenga cuidado. Esto resbala más que...—Hizo una pausa y controló su lenguaje—. No tenga miedo —siguió diciendo mientras la oía respirar con dificultad por el agujero—. El sargento Harper la bajará —dijo Sharpe—, pero voy a agarrarme a usted porque casi resbalé al bajar. ¿Le parece bien?

—No me importa —respondió ella, casi sin aliento porque el hedor era insoportable.

Sharpe extendió las manos, encontró la cintura desnuda de la muchacha y la sostuvo a medias cuando ella puso los pies calzados con botas en la cloaca. Sarah bajó, pero el pánico o el horror le impidieron recuperar el equilibrio y se aferró con fuerza a Sharpe, que rodeó con sus brazos la estrecha cintura.

—No pasa nada —dijo—, sobreviviré.

Vicente les pasó el atado de ropa de Sarah y, como ella temblaba y tenía miedo, Sharpe se lo ató al cuello mientras la muchacha seguía aferrada a él.

—Ahora usted, Jorge —dijo Sharpe.

Harper fue el último. Las ratas pasaban escarbando junto a ellos y el sonido de sus zarpas se perdía por el túnel invisible. Aunque a duras penas podía mantenerse derecho, Sharpe se agachó con la esperanza de ver aunque sólo fuera un atisbo de luz al fondo de la cloaca, pero no vio nada.

—Usted va a ir agarrada a mí, señorita —dijo, y decidió que, en realidad, la cortesía de llamarla «señorita» ya no era necesaria cuando estaban los dos prácticamente desnudos y con la mierda hasta los tobillos, pero imaginó que ella pondría reparos si la llamaba de cualquier otro modo—. Jorge —siguió diciendo—, usted agárrese a la ropa de la señorita Fry. Iremos despacio.

Sharpe tanteaba cada paso con la espada y avanzaba unos centímetros antes de

volver a tentar el camino con la hoja, pero al cabo de un rato se sintió más seguro y anduvieron un poco más deprisa arrastrando los pies. Sarah tenía las manos en la cintura de Sharpe, agarrándolo con fuerza, y casi se sentía exaltada. Le había ocurrido algo extraño en los últimos minutos, como si al desnudarse y meterse en una cloaca se hubiera desprendido de su vida anterior, de su precario pero resuelto aferramiento a la respetabilidad, y se hubiera dejado caer en un mundo de aventura e irresponsabilidad. Súbita e inesperadamente, estaba contenta.

Sharpe notaba en la cara el roce de cosas indescriptibles que colgaban del techo de la cloaca y se agachaba cada vez, sin atreverse a pensar qué eran, y al cabo de un momento empezó a utilizar la espada para ir despejando el aire a medida que avanzaba. Intentó contar los pasos y los metros, pero renunció a ello porque iban tan despacio que resultaba exasperante. Al cabo de un rato el suelo de la cloaca se elevó en tanto que el techo permaneció al mismo nivel y tuvo que agacharse para seguir adelante. Más zarcillos le rozaron el pelo. Otras cosas goteaban colgadas del techo y entonces el suelo del túnel cayó abruptamente en declive y se encontró pinchando con la espada un vacío maloliente.

—No se muevan —les dijo a sus compañeros, empujó la espada hacia adelante con cautela y volvió a encontrar el fondo de la cloaca a unos dos pasos de distancia y al menos unos treinta centímetros más abajo. Allí había una especie de sumidero, o tal vez la base del túnel se había derrumbado en una caverna—. Suélteme —le dijo a Sarah. Volvió a tantear con la espada para medir la distancia y entonces, todavía acuclillado, dio un paso largo y llegó al otro lado sin ningún percance, pero le resbaló el pie y cayó pesadamente contra la pared de la cloaca. Utilizó la palabra más efectiva —. Lo siento, señorita —se disculpó, y su voz resonó en el túnel. Había conseguido evitar que se le mojara la ropa, pero el resbalón lo había asustado y las costillas volvían a dolerle tanto que hasta respirar le resultaba un suplicio. Se irguió lentamente y descubrió que podía volver a ponerse derecho porque el techo había vuelto a subir. Se volvió de cara a Sarah—. Estoy delante de usted —le hizo saber—, hay un agujero en el suelo. Sólo tiene la anchura de un paso grande. Busque el borde con el pie.

—Ya lo he encontrado.

—Ahora dé un paso largo —le indicó Sharpe—, unos sesenta centímetros hacia adelante y unos treinta hacia abajo, pero primero deme las manos —apoyó la espada en la pared, alargó los brazos y encontró sus manos—. ¿Está lista?

—Sí —parecía nerviosa.

—Deslice las manos hacia delante y agárrese de mis antebrazos con fuerza. —Ella hizo lo que le decía y Sharpe le cogió los brazos cerca de los codos—. Ya la tengo —dijo—, ahora dé un paso largo, pero tenga cuidado, esto resbala más que...

—¿La mierda? —preguntó Sarah, y se rió de sí misma por haberse atrevido a

decir esa palabra en voz alta, entonces respiró profundamente el aire fétido y se arrojó hacia delante, pero el pie de atrás le resbaló y cayó soltando un fuerte grito atemorizado; no obstante, se encontró con que tiraban de ella para ponerla a salvo. Sharpe casi se esperaba que resbalara, por lo que la atrajo con fuerza hacia sí sin dificultad, pues no pesaba nada, y la muchacha se aferró a él de tal forma que Sharpe notó sus pechos desnudos contra su piel. Jadeaba.

—No pasa nada, señorita —dijo él—. Bien hecho.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Vicente con preocupación.

—Nunca ha estado mejor —contestó Sharpe—. A algunos soldados no los traería aquí abajo porque quedarían deshechos, pero la señorita Fry lo está haciendo bien. —Ella estaba agarrada a Sharpe, temblando ligeramente, con las manos frías sobre la piel desnuda de él—. ¿Sabe qué es lo que me gusta de usted, señorita?

—¿Qué?

—Que no se ha quejado ni una sola vez. Bueno, se ha quejado de nuestras palabrotas, por supuesto, pero eso ya lo superará, sin embargo no ha expresado ni una sola queja sobre lo que ha ocurrido. No hay muchas mujeres a las que pudiera meter en una cloaca sin llevarme un rapapolvo —retrocedió, intentando que Sarah lo soltara, pero ella se empeñó en seguir agarrada a él—. Tiene que dejarle espacio a Jorge —le dijo Sharpe, que le hizo dar un paso más por la cloaca, y la muchacha siguió con el brazo en torno a su cintura—. Si no creyera que es una idea absurda —siguió diciendo Sharpe—, diría que se está divirtiendo.

—Sí —admitió Sarah, y se rió tontamente. Seguía aferrada a él, con el rostro apoyado en el pecho de Sharpe, por lo que éste, sin pensarlo siquiera, inclinó la cabeza y le dio un beso en la frente. Ella se quedó inmóvil un segundo, luego lo rodeó con el otro brazo, alzó la cabeza y apretó la mejilla contra la suya. «¡Por todos los demonios!», pensó Sharpe, «¿en una cloaca?».

Se oyó un chapoteo, alguien chocó con Sharpe y Sarah y se agarró a ellos.

—¿Está bien, Jorge? —le preguntó Sharpe.

—Estoy bien. Lo lamento, señorita —dijo Vicente, que decidió que, sin querer, su mano había tocado algo inapropiado.

Harper llegó el último y Sharpe se dio la vuelta para seguir adelante, consciente de las manos de Sarah en su cintura. Se estremeció al pasar por otra alcantarilla que venía por el lado derecho. Un chorrillo de algo cayó del desagüe y le salpicó el muslo. Notó que la cloaca por la que iban descendía más abruptamente. Allí la porquería era menos profunda, pues gran parte de las aguas residuales quedaban atascadas detrás del lugar donde el suelo se había combado hacia arriba, pero lo que había allí corría más deprisa y Sharpe intentó no pensar en qué podría ser lo que le golpeaba los tobillos. Iba avanzando a pasos diminutos, temeroso de las piedras resbaladizas que pisaba, aunque la mayor parte del tiempo sus dedos chapoteaban en una mugre

gelatinosa. Empezó a utilizar la espada como apoyo además de como sonda y entonces tuvo la seguridad de que la cuesta era más pronunciada. ¿Por dónde saldría al exterior? ¿En el río? La cloaca empezó a inclinarse hacia abajo y Sharpe se detuvo, imaginando que no podían seguir adelante sin caer y deslizarse hasta el horror que había abajo, fuera cual fuera. Oyó que la crecida corriente caía a lo lejos, salpicando, pero, ¿contra qué? ¿Una charca de porquería? ¿Otra cloaca? ¿Y qué longitud tendría la caída?

—¿Qué pasa? —preguntó Sarah, preocupada por el hecho de que Sharpe se hubiese detenido.

—Problemas —respondió él, que escuchó otra vez y percibió un nuevo sonido, un ruido de fondo, débil y continuo, y se dio cuenta de que tenía que ser el río. La cloaca caía en declive hasta desaguar en el Mondego, pero Sharpe no sabía qué longitud o inclinación tenía dicha caída. Movi6 el pie derecho intentando encontrar alguna piedra suelta o alg6n fragmento de ladrillo y, cuando encontr6 algo, lo empuj6 hacia la curva del lado de la cloaca hasta que lo sac6 del l6quido. Lo lanz6 delante de 6l, oy6 que al caer golpeteaba contra las paredes de la alcantarilla y luego el ruido de cuando se hundi6 en el agua.

—La cloaca desciende hacia abajo —explic6— y cae en alguna especie de charca.

—En una especie de charca no —dijo Harper amablemente—, en una charca de meados y mierda.

—Gracias, sargento —dijo Sharpe.

—Tenemos que volver —sugiri6 Vicente.

—¿Al s6tano? —pregunt6 Sarah, alarmada.

—No, por Dios —dijo Sharpe. Se preguntaba si deb6a deslizarse hacia abajo colg6ndose de los portafusiles, pero entonces record6 el terror de creerse atrapado en la chimenea de Copenhague. Cualquiera cosa era mejor que volver a pasar por eso—. ¿Pat? Dese la vuelta lentamente y vaya dando golpecitos en las paredes. Nosotros le seguiremos.

Dieron media vuelta en la oscuridad. Sarah insistió en ir detr6s de Sharpe, agarrada a su cintura. Harper utiliz6 la empuñadura de su bayoneta y el sordo ruido met6lico reson6 tristemente en la f6tida negrura. Sharpe esperaba, contra todo pron6stico, que encontrarían alg6n lugar donde la cloaca pasara junto a un s6tano, alg6n lugar que no estuviera cubierto de varios palmos de tierra y grava, y si no podían encontrarlo tendrían que volver atr6s, pasar de nuevo bajo el s6tano del almac6n y buscar alg6n sitio donde la cloaca se abriera a la superficie. Sería una noche muy larga, pens6, si es que todavía era de noche, y entonces, cuando llevaban menos de diez pasos, el sonido cambi6. Harper volvi6 a dar unos golpecitos y de nuevo se vio recompensado con un ruido hueco.

—¿Es esto lo que está buscando? —preguntó.

—Vamos a echar abajo esta maldita pared —dijo Sharpe—. ¿Jorge? Tendrá que sujetar la ropa del sargento Harper. ¿Señorita Fry? Usted sujete la mía. Y que la munición no toque el cieno.

Dieron unos cuantos golpecitos más en la pared y descubrieron que el sitio hueco era de unos tres metros en la curva superior de la cloaca.

—Si ahí arriba hay alguien les vamos a dar una buena sorpresa.

—¿Y si se nos cae encima? —preguntó Sarah.

—Nos aplastará —respondió Sharpe—, de manera que, si cree en Dios, señorita, rece ahora.

—¿Usted no cree en Dios?

—Yo creo en el rifle Baker —dijo Sharpe— y en el modelo de espada de la caballería pesada de 1796, siempre y cuando afiles el contrafilo para que la punta no resbale en las costillas de un franchute. Si no se afila el contrafilo, señorita, más vale que uno empiece a dar palos con ella.

—Lo recordaré —dijo Sarah.

—¿Está listo, Pat?

—Listo —contestó Harper al tiempo que levantaba su rifle.

—Pues démosle fuerte a esta dichosa pared.

Lo hicieron.

\* \* \* \*

Las últimas tropas británicas y portuguesas abandonaron Coimbra el lunes al amanecer. Por lo que ellos sabían, hasta el último pedazo de comida que había en la ciudad había sido destruido, o quemado, o arrojado al río, y se habían demolido todos los hornos para hacer pan. Se suponía que el lugar estaba vacío, pero más de la mitad de los cuarenta mil habitantes de la ciudad se había negado a marcharse, pues consideraban que huir era inútil y que si los franceses no los rebasaban allí los atraparían en Lisboa. Algunas personas, como Ferragus, se quedaron para proteger sus posesiones, otras eran demasiado viejas o estaban demasiado enfermas o demasiado desesperadas como para intentar escapar. Que vinieran si querían, los franceses, pensaban los que se habían quedado, pues ellos aguantarían y el mundo seguiría adelante.

El South Essex fue el último batallón que cruzó el puente. Lawford iba a caballo en retaguardia y miró hacia atrás buscando alguna señal de Sharpe y Harper, pero el sol naciente le mostró que el muelle del río estaba vacío.

—No es propio de Sharpe —se quejó.

—Es muy propio de Sharpe —observó el comandante Leroy—. Tiene una veta



independiente, coronel. Ese hombre es un rebelde. Es malhumorado y agresivo. Unos rasgos admirables en un tirador, ¿no le parece?

Lawford sospechaba que el comandante se estaba burlando de él, pero era lo bastante honesto como para darse cuenta de que lo hacía con la Verdad.

—¿No habrá desertado?

—Sharpe no —contestó Leroy—. Se habrá visto metido en algún lío. Volverá.

—Me mencionó algo sobre alistarse en el ejército portugués —dijo Lawford con aire de preocupación—. Usted no cree que lo haga, ¿verdad?

—No le culparía por ello —dijo Leroy—. Un hombre necesita que se le reconozcan sus servicios, ¿no cree, coronel?

Lawford se ahorró la respuesta porque el capitán Slingsby, montado en *Porcia*, cruzó el puente con un traqueteo, hizo girar al caballo y se acercó a Lawford y Leroy.

—Ese sargento irlandés sigue sin aparecer —declaró en tono de reproche.

—Precisamente lo estábamos discutiendo —dijo Lawford.

—Voy a registrarlo en los libros como desertor —anunció—. Un desertor —repitió con vehemencia.

—¡No hará nada semejante! —le espetó Lawford con una acritud que incluso a él le resultó sorprendente. No obstante, mientras hablaba, se dio cuenta de que Slingsby había empezado a resultarle molesto. Ese hombre era como un perro que no dejaba de ladrar, siempre pisándote los talones, siempre reclamando atención, y Lawford había empezado a sospechar que el nuevo comandante de su compañía ligera era demasiado aficionado a la bebida—. El sargento Harper —le explicó en un tono más calmado— se halla en servicio destacado con un oficial de este batallón, un oficial respetado, señor Slingsby, y no será usted quien cuestione lo apropiado de dicho servicio.

—Por supuesto que no, señor —dijo Slingsby, desconcertado por el tono del coronel—. Lo que pasa es que me gusta tenerlo todo bien organizado. Ya me conoce, señor. Cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa.

—Cada cosa en su sitio —dijo el coronel, salvo que no era así. Sharpe y Harper habían desaparecido y, en el fondo, Lawford temía que fuera culpa suya.

Volvió a darse la vuelta, pero no había ni rastro de los desaparecidos, y para entonces el batallón ya se alejaba del puente y marchaba adentrándose en las sombras de los callejones de los aledaños del convento.

En aquellos momentos Coimbra estaba extrañamente silenciosa, como si la ciudad contuviera el aliento. Algunas personas se dirigían a las antiguas puertas de la ciudad que atravesaban la muralla medieval y escudriñaban con nerviosismo los caminos, esperando, desesperanzados, que los franceses no vinieran.

Ferragus no se preocupó por los franceses, todavía no. Primero tenía que llevar a cabo su dulce venganza y se llevó a siete hombres al almacén, donde encendió dos braseros de carbón antes de descubrir la trampilla. El carbón tardó un poco en prender

y Ferragus aprovechó esos minutos para construir unas barricadas con barriles de ternera salada y así, si los tres prisioneros se abalanzaban escaleras arriba, se verían atrapados por las barreras tras las cuales se refugiarían sus hombres. En cuanto el carbón empezó a desprender un humo sucio, Ferragus ordenó a sus hombres que dejaran la trampilla al descubierto. Intentó percibir algún sonido proveniente de abajo, pero no oyó nada.

—Están dormidos —dijo Francisco, el más fornido de los hombres de Ferragus.

—Pronto estarán dormidos para siempre —repuso Ferragus. Tres de sus hombres sostenían los mosquetes y los otros cuatro retiraron las cajas y toneles; cuando lo hubieron apartado todo Ferragus ordenó a dos de aquellos cuatro hombres que cogieran sus mosquetes y a los otros dos que apartaran las losas que cubrían la trampilla. Se rió al ver los agujeros en la madera—. Lo intentaron, ¿eh? ¡Debieron de tardar horas! ¡Ahora tened cuidado! —Ya sólo quedaba una losa y Ferragus esperaba que en cualquier momento empujaran violentamente la trampilla hacia arriba—. Disparad en cuanto la abran —les dijo a sus hombres, y observó mientras sacaban la última losa.

No ocurrió nada.

Esperó mirando la trampilla cerrada y siguió sin ocurrir nada.

—Creen que vamos a bajar —dijo Ferragus. Se dirigió sigilosamente a la trampilla, agarró el asa metálica, hizo un gesto con la cabeza a sus hombres para asegurarse de que estaban preparados y tiró.

La trampilla se abrió unos centímetros, Francisco metió el cañón de su mosquete por el hueco y la levantó un poco más. Estaba agachado, casi esperando el estallido de un disparo en la oscuridad, pero allí reinaba el silencio. Ferragus se acercó a la trampilla y la abrió del todo, haciéndola golpear ruidosamente contra la pared del fondo del almacén.

—Ahora —dijo, y dos hombres volcaron los braseros de modo que los carbones encendidos cayeron en cascada por las escaleras y llenaron el sótano de una espesa y asfixiante humareda—. No aguantarán mucho —dijo Ferragus, que desenfundó una pistola. Pensaba matar primero a los hombres y reservar a la mujer para más tarde.

Esperó oír toses, pero no se oía nada en la oscuridad. El humo flotaba en el hueco de la escalera. Ferragus avanzó poco a poco, escuchando, disparó la pistola escaleras abajo y se escondió. La bala rebotó en la piedra y luego volvió a hacerse el silencio, aparte del zumbido de sus oídos.

—Utiliza el mosquete, Francisco —le ordenó, y Francisco se acercó al borde de la trampilla, disparó y retrocedió de un salto.

Seguía sin oírse nada.

—Tal vez estén muertos —sugirió Francisco.

—Ese hedor mataría a un buey —comentó otro de los hombres pues, en efecto, el

olor que salía del sótano era denso y fétido.

Ferragus estaba tentado de bajar, pero había aprendido a no subestimar al capitán Sharpe. Lo más probable, pensó, era que Sharpe estuviera esperando, oculto a uno u otro lado de la escalera, aguardando a que la curiosidad hiciera bajar a uno de sus enemigos.

—Más fuego —ordenó Ferragus, y dos de sus hombres rompieron unos cajones viejos cuyos fragmentos encendieron y arrojaron al sótano, con lo cual se espesó el humo. Fueron arrojando más madera, hasta que, al pie de las escaleras, el suelo pareció una masa de fuego; no obstante, allí abajo no se movió nadie. Ni siquiera tosió nadie.

—Tienen que estar muertos —dijo Francisco. Nadie podía sobrevivir a esa humareda.

Ferragus cogió un mosquete a uno de sus hombres y, muy lentamente, intentando no hacer ningún ruido, descendió con sigilo por las escaleras. Notó el calor de las llamas en el rostro, la humareda era intensa pero al fin pudo distinguir el interior del sótano y se quedó mirando, sin creer lo que veían sus ojos, pues en el mismísimo centro, bordeado por carbones encendidos y madera ardiendo, había un agujero igual que una tumba. Se quedó mirando un momento sin comprender y entonces, de repente, como pocas veces le ocurría, sintió miedo.

Esos cabrones se habían ido.

Ferragus permaneció al pie de las escaleras. Francisco, curioso, pasó junto a él, aguardó un momento a que se desvaneciera un poco el humo y apartó las llamas a patadas para asomarse al agujero. Se santiguó.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó Ferragus.

—Una cloaca. Quizá se hayan ahogado.

—No —dijo Ferragus, que se estremeció al oír unos golpes que provenían de aquel fétido agujero.

El ruido parecía venir de lejos pero era fuerte, amenazador, y Ferragus recordó un sermón que una vez había soportado de un fraile dominicano que había advertido a los habitantes de Coimbra sobre el infierno que les esperaba si no enmendaban sus costumbres. El fraile había descrito las hogueras, los instrumentos de tortura, la sed, el sufrimiento, la eternidad de llanto desesperado, y en aquel resonante ruido Ferragus creyó oír el repiqueteo de los instrumentos del infierno, por lo que se dio la vuelta instintivamente y huyó escaleras arriba. El sermón había sido tan impresionante que después, y durante dos días, Ferragus había intentado reformarse. Ni siquiera había visitado ninguno de los burdeles que poseía en la ciudad, y en aquel momento, al oír aquel ruido y ver el agujero bordeado de fuego, el terror del pecador volvió a él. Lo invadió el miedo de que Sharpe fuera entonces el cazador y él la presa.

—¡Sube! —ordenó a Francisco.

—¿Ese ruido? —Francisco se resistía a salir del sótano.

—Es él —dijo Ferragus—. ¿Quieres bajar a buscarlo?

Francisco miró por el agujero, luego se precipitó escaleras arriba, donde cerró la trampilla y Ferragus ordenó que volvieran a apilar las cajas encima, como si eso pudiera evitar que Sharpe saliera del hediondo averno.

Entonces sonaron más golpes, en aquella ocasión en las puertas del almacén, por lo que Ferragus se dio la vuelta rápidamente y levantó el arma. Volvieron a oírse los nuevos golpes, Ferragus reprimió su miedo y caminó hacia el ruido.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

—¿*Senhor*? ¿*Senhor*? ¡Soy yo, Miguel!

Ferragus tiró de una de las puertas del almacén para abrirla y vio que al menos una cosa iba bien en el mundo, puesto que Miguel y el comandante Ferreira habían regresado. Ferreira, que con muy buen criterio se había despojado de su uniforme, llevaba un traje negro e iba acompañado por un oficial francés y un escuadrón de soldados de caballería de aspecto duro armados con espadas y mosquetes cortos, y Ferragus se dio cuenta de los ruidos que volvía a haber en las calles: un grito en alguna parte, el chacoloteo de los cascos de los caballos y el sonido de las botas. Se hallaba a la luz del día, el infierno se había cerrado y los franceses habían llegado.

Y estaba a salvo.

\* \* \* \*

Las culatas de los rifles golpearon contra la pared de la cloaca y Sharpe se vio recompensado al instante por el sonido chirriante de los ladrillos que se movían.

—¡Richard! —le gritó Vicente a modo de advertencia, y Sharpe se dio la vuelta y vio unas diminutas y débiles luces que brillaban en los distantes recovecos de la alcantarilla. Los destellos llamearon, brillaron y se apagaron, reflejando su luz fantasmagórica en las cosas que relucían en las paredes del túnel de ladrillo.

—Es Ferragus —dijo Sharpe—, que arroja fuego en el sótano. ¿Lleva el rifle cargado, Jorge?

—Por supuesto.

—Vigile en esa dirección. Pero dudo que esos hijos de puta vengan.

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—Porque no quieren luchar con nosotros aquí abajo —respondió Sharpe—. Porque no quieren vadear por la mierda. Porque tienen miedo.

Estrelló el rifle contra el antiguo enladrillado, golpeando una y otra vez con una especie de frenesí. Harper trabajaba a su lado, calculando los golpes para descargarlos al mismo tiempo que Sharpe, y de pronto la antigua obra de albañilería se vino abajo. Unos cuantos ladrillos cayeron en cascada a los pies de Sharpe y las

aguas residuales le salpicaron las piernas, pero casi todos cayeron en el espacio que había al otro lado de la pared, fuera lo que fuera. La buena noticia era que cayeron con un ruido seco y no con un chapoteo, que hubiera anunciado que sólo habían conseguido irrumpir en uno de los numerosos pozos negros excavados bajo las casas del sur de la ciudad.

—¿Puede entrar, Pat? —le preguntó Sharpe.

Harper no respondió, sino que se limitó a meterse con dificultad en aquel espacio oscuro. Sharpe se volvió de nuevo para observar las pequeñas chispas de fuego que caían y le dio la impresión de que se encontraban a no más de cien pasos de distancia. El recorrido por la cloaca había parecido mucho más largo. Cayó un pedazo más grande con llamas de un color azul verdoso que desapareció al caer al agua, pero no antes de que el brillo de su luz parpadeante iluminara las paredes para mostrar que el túnel estaba vacío.

—Es otro maldito sótano —anunció Harper, cuya voz resonó en la oscuridad.

—Coja esto —le dijo Sharpe, que metió el rifle y la espada por el agujero. Harper tomó las armas y Sharpe trepó, se rasguñó la barriga con el borde áspero del enladrillado roto y se escurrió hasta un suelo de piedra. El aire era repentinamente fresco. El hedor persistía, por supuesto, pero menos concentrado, por lo que Sharpe respiró profundamente y ayudó a Harper a pasar los líos de ropa por el agujero—. ¿Señorita Fry? Deme las manos —dijo Sharpe, que tiró de ella para ayudarla a atravesar el hueco, retrocedió y la muchacha cayó contra él de manera que Sharpe notó sus cabellos en la cara—. ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien —contestó ella. Sonrió—. Tiene razón, señor Sharpe, no sé por qué pero me estoy divirtiendo.

Harper ayudaba a Vicente a pasar por el agujero. Sharpe alzó suavemente a Sarah.

—Debería vestirse, señorita.

—Estaba pensando que mi vida tenía que cambiar —dijo ella—, pero no me esperaba esto. —No había soltado a Sharpe, que notó que la muchacha estaba temblando, y no era de frío. Deslizó la mano por su espalda, recorriendo la espina dorsal—. Hay luz —dijo ella con cierto asombro.

Sharpe se volvió y vio que, en efecto, había una tenue franja grisácea en el otro extremo de aquella amplia habitación. Tomó a Sarah de la mano y fue andando a tientas junto a montones de lo que al tacto parecían pieles. Cayó en la cuenta de que la habitación apestaba a cuero, aunque dicho olor era un alivio después de la densa fetidez del interior de la cloaca. La franja gris estaba en alto, cerca del techo, por lo que Sharpe tuvo que encaramarse a un montón de pieles y se encontró un trozo de cuero clavado que tapaba una pequeña y alta ventana. Arrancó el cuero y vio que la ventana sólo tenía unos treinta centímetros de alto y que la cruzaban unas gruesas barras de hierro, pero daba a la acera de una calle que, después de las últimas horas,

parecía un atisbo de cielo. El cristal estaba muy sucio, pero aun así daba la impresión de que el sótano estaba inundado de luz.

—¡Sharpe! —exclamó Vicente en tono de reprobación.

Sharpe se dio la vuelta rápidamente y vio que aquella débil luz revelaba la casi absoluta desnudez de Sarah. La luz pareció deslumbrar a la muchacha, que se escondió tras un montón de pieles.

—Es hora de vestirse, Jorge —dijo Sharpe. Fue a buscar el lío de ropa de Sarah y se lo llevó—. Necesito las botas —le dijo, dándole la espalda.

Ella se sentó para quitarse las botas.

—Tome —dijo y, al volverse, Sharpe vio que todavía estaba casi desnuda y le sostenía las botas en alto. Su mirada era desafiante, casi como si se asombrara de su propia osadía.

Sharpe se agachó.

—No le va a pasar nada —le dijo—. Una persona tan fuerte como usted sobrevivirá a esto.

—Viniendo de usted, señor Sharpe, ¿es un cumplido?

—Sí —respondió él—, y esto también. —Y se inclinó hacia adelante para besarla. Ella le devolvió el beso y sonrió mientras él se erguía de nuevo—. Sarah —añadió.

—Creo que ahora ya nos han presentado como es debido —reconoció ella.

—Bien —repuso Sharpe, y la dejó para que se pusiera la ropa.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Harper cuando volvieron a estar todos vestidos.

—Largarnos de aquí —respondió Sharpe. Dio media vuelta al oír el sonido de unas botas en la calle y vio unos pies que pasaban junto a la pequeña ventana—. El ejército todavía está aquí —dijo—, de modo que saldremos y nos encargaremos de que Ferragus pierda toda esa comida que tiene en el almacén —se abrochó el talabarte y se colgó el rifle al hombro—. Y luego lo arrestaremos —siguió diciendo—, lo pondremos contra una pared y lo fusilaremos, aunque no dudo que querrá que lo juzguen primero, Jorge.

—Puede fusilarlo sin más —dijo Vicente.

—Bien dicho —comentó Sharpe, que cruzó la habitación hacia unos escalones de madera que subían hasta una puerta.

La puerta estaba cerrada, sin duda tenía echado el cerrojo por el otro lado, pero las bisagras se hallaban en el interior del sótano y los tornillos estaban clavados en una madera podrida. Sharpe metió la espada debajo de uno de los goznes, hizo palanca con cuidado por si la bisagra era más fuerte de lo que parecía y luego dio un fuerte tirón que arrancó los tornillos de la jamba. Un escuadrón de caballería pasó ruidosamente por el exterior.

—Deben de estar marchándose —dijo Sharpe mientras colocaba la espada en la

bisagra más baja—, esperemos pues que los franceses no estén demasiado cerca.

La segunda bisagra salió del marco y Sharpe tiró de ella para forzar la puerta hacia dentro. La puerta se ladeó sobre el cerrojo, pero se abrió lo suficiente para permitir que Sharpe viera un pasillo que tenía una pesada puerta en su extremo y, cuando estaba a punto de salir por el hueco medio bloqueado, alguien empezó a aporrear aquella otra puerta. Sharpe vio que se sacudía, vio el polvo que salía de la madera, levantó una mano para indicar a sus compañeros que guardaran silencio por precaución y retrocedió.

—¿Qué día es hoy? —preguntó.

Vicente lo pensó durante un segundo.

—¿Lunes? —calculó—. ¿Uno de octubre?

—¡Dios! —exclamó Sharpe, preguntándose si los caballos que había visto en la calle eran franceses y no británicos—. ¿Sarah? Acércate a la ventana y dime si ves un caballo.

Ella se puso de pie apresuradamente, apretó el rostro contra el cristal mugriento y asintió con la cabeza.

—Dos caballos —dijo.

—¿Son rabones?

—¿Rabones?

—¿Les han cortado la cola? —La puerta del final del pasillo temblaba con los golpes y Sharpe supo que iba a ceder en cualquier momento.

Sarah volvió a mirar por el cristal.

—No.

—Entonces son los franceses —dijo Sharpe—. Mira a ver si puedes tapar la ventana, cielo. Ponle un trozo de cuero encima. ¡Y luego escóndete! Vuelve con Pat.

El sótano volvió a quedar a oscuras cuando Sarah apoyó un rígido trozo de cuero contra el ventanuco y a continuación regresó con Harper y Vicente, que estaban en la otra esquina, escondidos junto a uno de aquellos enormes montones de pieles. Sharpe se quedó donde estaba, mirando cómo temblaba la otra puerta, que se abrió hacia adentro, astillándose, y al ver el uniforme azul y el cinturón cruzado blanco retrocedió escaleras abajo.

—Franchutes —anunció en tono grave, y fue al otro extremo del sótano para agacharse con los demás.

Se oyó una ovación y los franceses irrumpieron en la casa. Sus pasos resonaron con fuerza en las tablas de arriba, entonces alguien le dio una patada a la puerta medio rota del sótano y Sharpe oyó voces. Voces francesas, y no eran alegres. Por lo visto los soldados se detuvieron frente a la puerta del sótano y uno de ellos emitió un sonido de asco, era de suponer que por el hedor a aguas residuales.

—*Merde* —dijo una de las voces.

—*C'est un puisard* —dijo otra.

—Dice que es un pozo negro —susurró Sarah al oído de Sharpe.

Luego se oyó el sonido de un líquido que salpicaba cuando uno de los soldados se puso a orinar desde lo alto de las escaleras. Se oyeron risas y luego los franceses se marcharon. Sharpe, agachado cerca de Sarah en la esquina más alejada del sótano, oyó el ruido distante de botas y cascos, voces y gritos. Resonó un disparo, luego otro. No era el sonido de la batalla, pues éste consistía en muchos disparos que se mezclaban para formar un chisporroteo interminable, sino que eran los disparos individuales de los soldados que hacían saltar los candados o que disparaban únicamente por diversión.

—¿Los franceses están aquí? —preguntó Harper, incrédulo.

—Todo el maldito ejército —respondió Sharpe. Cargó el rifle, volvió a meter la baqueta en los aros que la sujetaban y esperó. Oyó el ruido de botas que bajaban por las escaleras de la casa, en el piso de arriba, oyó más botas en el pasillo y luego silencio, y decidió que los franceses se habían marchado a saquear un lugar más rico que aquél—. Vamos a subir al desván —dijo. Quizá fuera porque habían estado bajo tierra demasiado tiempo, o quizá sólo fuera el instinto de subir, pero sabía que no podían quedarse allí. Los franceses terminarían por registrar todo el sótano, por lo que condujo a los demás entre las pieles amontonadas y subieron por los escalones. La puerta principal estaba abierta y mostraba la luz del sol en las calles, pero no se veía a nadie y corrieron por el pasillo, vieron unas escaleras ala derecha y las subieron de dos en dos.

La casa estaba vacía. Los franceses la habían registrado y no habían encontrado nada excepto algunas mesas pesadas, camas y herramientas, por lo que se habían marchado en busca de ganancias más suculentas. En lo alto del segundo tramo de escaleras había una puerta rota, con el candado partido, y por encima de ella una serie de angostos peldaños que daban a una serie de desvanes que parecían extenderse por tres o cuatro edificios. La estancia más espaciosa, que era alargada, baja y estrecha, tenía una docena de camas bajas de madera.

—Las dependencias de los estudiantes —dijo Vicente.

Se oyeron unos gritos provenientes de las casas cercanas, el sonido de disparos y luego unas voces abajo, y Sharpe se figuró que habrían acudido más tropas a la casa.

—Por la ventana —dijo; abrió la más cercana, salió por ella y se encontró en un canalón que pasaba por detrás de un bajo parapeto de piedra. Los demás siguieron a Sharpe, que encontró refugio en el hastial del lado norte al que no daba ninguna de las ventanas del desván. Atisbó por encima del parapeto y vio un callejón estrecho y sombrío. Un soldado de caballería francés pasó por debajo de Sharpe llevando a una mujer encima del pomo de la silla. La mujer gritó y el soldado le propinó una cachetada en el trasero, luego le levantó el vestido negro y volvió a darle—. Se están



divirtiéndose —comentó Sharpe agriamente.

Oyó a los franceses en los desvanes, pero ninguno de ellos salió al tejado y Sharpe se recostó en las tejas y miró colina arriba. Los magníficos edificios de la universidad dominaban la línea del horizonte y por debajo de ellos había miles de tejados y campanarios. Las calles estaban inundadas de invasores, pero ninguno de ellos estaba en lo alto, aunque Sharpe vio a personas asustadas que, aquí y allá, se habían refugiado en las tejas como él. Intentaba encontrar el almacén de Ferragus. Sabía que no estaba lejos, sabía que tenía un tejado alto e inclinado y al final creyó verlo ladera arriba, a unos cien pasos o más.

Miró por el callejón. Las casas del extremo más alejado tenían la misma clase de parapeto protegiendo el tejado y le pareció que podía saltar el hueco sin muchos problemas, pero Vicente se veía entorpecido por la herida del hombro y a Sarah le resultaría difícil con su largo vestido roto.

—Va a quedarse aquí, Jorge —le dijo a Vicente—, y cuide de la señorita Fry. Pat y yo vamos a explorar.

—¿Ah sí?

—¿Tiene algo mejor que hacer, Pat?

—Podemos ir con ustedes —dijo Vicente.

—Es mejor que se queden aquí, Jorge —repuso Sharpe, que sacó su navaja y desplegó la hoja—. ¿Alguna vez te has ocupado de una herida? —le preguntó a Sarah.

Ella dijo que no con la cabeza.

—Ya es hora de aprender —declaró Sharpe—. Quítale el vendaje del hombro a Jorge y busca la bala. Extráela. Saca cualquier fragmento de su camisa o casaca. Si te dice que pases porque le duele, escarba más hondo. Sé inflexible. Saca la bala y todo lo demás y luego limpia la herida. Utiliza esto —le dio su cantimplora, en la que todavía quedaba un poco de agua—. Luego vuelve a vendarlo —siguió diciendo mientras dejaba el rifle cargado de Vicente al lado de ella—, y si algún franchute sale aquí afuera, pégale un tiro. Pat y yo lo oiremos y regresaremos —Sharpe dudaba que Harper o él pudieran reconocer el estallido de un rifle en medio de todos los demás disparos, pero le pareció que tal vez Sarah necesitaba que la tranquilizaran—. ¿Crees que puedes hacer todo eso?

Ella vaciló, luego asintió con la cabeza.

—Sí que puedo.

—Va a dolerle mucho, Jorge —le advirtió Sharpe—, pero vaya a saber si hoy podremos encontrar un médico en esta ciudad, de manera que deje que la señorita Fry haga todo lo que pueda —se enderezó y se volvió hacia Harper—. ¿Puede saltar ese callejón, Pat?

—Dios salve a Irlanda —Harper miró el hueco entre las casas—. Es un buen

trecho, señor.

—Pues asegúrese de no caerse —dijo Sharpe, que se puso de pie en el parapeto allí donde éste formaba un ángulo recto con el callejón. Retrocedió unos cuantos pasos para coger impulso, echó a correr y de un gran salto cruzó el vacío. Lo hizo con facilidad, llegando al parapeto del otro extremo, y al caer en las tejas el dolor estalló en sus costillas. Se hizo a un lado rápidamente y vio que Harper, más grande y menos ágil que él, lo seguía. El sargento aterrizó justo encima del parapeto, cuyo borde le dio en el estómago y lo dejó sin respiración, pero Sharpe lo agarró de la casaca y tiró de él.

—Ya le dije que era un buen trecho —dijo Harper.

—Come demasiado.

—¡Por Dios! ¿En este ejército? —repuso Harper, que se sacudió el polvo de la ropa y siguió a Sharpe por el siguiente canalón. Pasaron junto a tragaluces y ventanas, pero al otro lado no había nadie que pudiera verles. En algunos puntos el parapeto se había venido abajo y Sharpe subía al caballete del tejado porque le proporcionaba un mejor apoyo para afirmar los pies. salvaron una docena de chimeneas, se deslizaron hacia otro callejón y tuvieron que volver a saltar.

—Éste es más estrecho —dijo Sharpe para animar a Harper.

—¿Adónde vamos, señor?

—Al almacén —respondió Sharpe, señalando su gran gablete de piedra.

Harper observó el hueco.

—Sería más fácil ir por la cloaca —gruñó.

—Como quiera, Pat. Nos vemos allí.

—Ya he llegado hasta aquí —dijo Harper, que crispó el rostro cuando Sharpe saltó.

Harper lo siguió, llegó sin ningún percance, treparon los dos al siguiente tejado y avanzaron por su caballete hasta llegar a la calle que separaba la manzana de casas del edificio que Sharpe creía que era el almacén.

Sharpe se deslizó por la pendiente de tejas hasta el canalón junto al parapeto y se asomó. Se echó atrás al instante.

—Dragones —dijo.

—¿Cuántos?

—¿Una docena? ¿Una veintena?

Estaba seguro de que eso era el almacén. Había visto las grandes puertas dobles, una de ellas entreabierta, y desde el caballete del tejado había visto los tragaluces del edificio, que se hallaba un poco más arriba en la colina. La calle era demasiado ancha para saltarla, de modo que desde aquel tejado era imposible alcanzar dichos tragaluces, pero Sharpe volvió a asomarse y vio que los dragones no estaban saqueando. Todos los demás franceses que había en la ciudad parecían estar

desatados, pero aquellos dragones estaban sentados en sus caballos, con las espadas desenvainadas, y se dio cuenta de que debían de haberlos apostado para vigilar el almacén. Impedían el paso a los soldados de infantería, utilizando la cara de la hoja de las espadas si alguno de ellos insistía demasiado.

—Tienen la dichosa comida, Pat.

—Pues pueden quedársela.

—¡No, no pueden, maldita sea! —exclamó Sharpe con ferocidad.

—¿Y cómo se supone que vamos a quitársela, por Dios?

—No estoy seguro —contestó Sharpe. Sabía que si querían derrotar a los franceses tenían que quitarles la comida y no obstante, por un momento estuvo tentado de dejarlo correr. ¡Al infierno! El ejército lo había tratado mal, ¿por qué diablos tendría que importarle? Pero le importaba, y no iba a permitir que Ferragus ayudara a los franceses a ganar la guerra. El estruendo de la ciudad aumentaba, el ruido de los gritos, del desorden, del caos desatado, y los frecuentes disparos de mosquetes asustaban a cientos de palomas que levantaban el vuelo. Se asomó por tercera vez y vio que los dragones habían formado dos líneas para bloquear los extremos de la calleja y así mantener alejada del almacén a la infantería francesa. Montones de soldados protestaban ante los dragones y Sharpe imaginó que la presencia de los jinetes había desencadenado el rumor de que había comida en la calle, por lo que probablemente, la infantería, que marchaba cada vez más famélica por un territorio devastado, estaba desesperada de hambre—. No estoy seguro —repitió Sharpe—, pero tengo una idea.

—¿Una idea para qué, señor?

—Para que esos cabrones sigan pasando hambre —respondió Sharpe.

Eso era lo que Wellington quería, de modo que Sharpe se lo daría a su señoría. Haría que esos cabrones siguieran pasando hambre.

## CAPÍTULO 9

Un comisario-jefe del ejército acudió a inspeccionar la comida. Era un hombrecito llamado Laurent Poquelin, bajo, fornido y calvo como un huevo, pero con unos largos bigotes que se retorció nerviosamente siempre que estaba preocupado, y durante las últimas semanas había estado muy preocupado, pues el Ejército de Portugal se había encontrado en una tierra desprovista de comida y él era el responsable de alimentar a sesenta y cinco mil hombres, a diecisiete mil monturas de la caballería y a otros tres mil caballos y mulas surtidos. Era imposible hacerlo en una tierra yerma, en un lugar donde los huertos se habían despojado de fruta, donde las despensas se habían vaciado, los almacenes se habían saqueado, los pozos se habían envenenado, donde se habían llevado al ganado, habían desmontado los molinos y habían roto las tahonas. ¡Ni el mismísimo emperador podría hacerlo! No podrían hacerlo ni todas las fuerzas celestiales, y sin embargo, se esperaba que Poquelin obrara el milagro, y él tenía las puntas del bigote desgredadas a causa de los nervios. Le habían ordenado que llevara al ejército los suministros para tres semanas, unos suministros que habían existido en los depósitos de España, pero no había suficientes animales de carga para llevar semejante cantidad de provisiones, y aunque Masséna, a regañadientes, había reducido todas las divisiones de artillería de doce a ocho piezas para que esos caballos tiraran de carros en lugar de tirar de cañones, Poquelin sólo había conseguido abastecer al ejército durante una semana. Luego había empezado el hambre. A los dragones y húsares los habían enviado a kilómetros de distancia de la línea de marcha del ejército en busca de comida, y con todas esas incursiones se habían agotado más caballos, y los soldados de caballería se le quejaban porque no había herraduras de repuesto, y cada vez murieron algunos jinetes porque los campesinos portugueses los emboscaban en las montañas. No parecía importar la cantidad de campesinos que fueran colgados o fusilados, siempre aparecían más para hostigar a los destacamentos, cosa que significaba que había que mandar a más soldados para proteger a los forrajeadores, y hacían falta más herraduras, y como no había más le echaban la culpa a Poquelin. En realidad los forrajeadores rara vez encontraban comida, y si lo hacían se la comían casi toda ellos, y de eso también le echaban la culpa a Poquelin. Había empezado a lamentar no haber seguido el consejo que le había dado su madre con lágrimas en los ojos y no haberse hecho sacerdote: cualquier cosa sería mejor que servir en un ejército que mamaba de una ubre seca y lo acusaba de incompetencia.

Sin embargo, había ocurrido el milagro. Los problemas de Poquelin terminaron de golpe.

Había comida. ¡Montones de comida! Ferragus, un hosco comerciante que hacía temblar de miedo a Poquelin, les había proporcionado un almacén tan abarrotado de

provisiones como cualquier depósito de Francia. ¡Había cebada, trigo, arroz, galletas, ron, queso, maíz, pescado seco, limones, alubias y carne salada suficiente para alimentar al ejército durante un mes! También había otros objetos de valor. Había aceite para lámparas, rollos de cordel, cajas de herraduras, bolsas de clavos, barriles de pólvora, un saco de botones de asta, montones de velas y rollos de tela y, aunque nada de eso era tan imprescindible como la comida, todo era rentable porque, si bien Poquelin distribuiría la comida, podía vender las otras cosas para su enriquecimiento personal.

Exploró el almacén, seguido por un trío de *fourriers*, cabos de intendencia que anotaban la lista de provisiones que Ferragus vendía. Era imposible enumerarlo todo, pues la comida estaba en montones y haría falta una veintena de hombres para desmontarlos, pero Poquelin, un hombre concienzudo, sí que ordenó a los *fourriers* que quitaran los sacos de grano de lo alto de una pila para asegurarse de que en el centro del montón no hubiera sacos de arena. Hizo lo mismo con algunos barriles de carne de ternera salada y en ambas ocasiones se convenció de que todo iba bien, por lo que, a medida que se incrementaba la cantidad aproximada de comida, Poquelin se iba animando. En el interior del almacén había incluso dos carros y, para un ejército en el que escaseaba todo tipo de transporte rodado, aquellos dos vehículos eran casi tan valiosos como la comida.

Entonces empezó a preocuparse y a retorcerse las despeluchadas puntas del bigote. Tenía comida y, por consiguiente, los problemas del ejército parecían solventados pero, como siempre, había una cucaracha en la sopa. ¿Cómo podría transportar todos aquellos nuevos víveres? No serviría de nada distribuir raciones para varios días entre la tropa, pues se atiborrarían y se las terminarían en menos de una hora para volver a quejarse de hambre al caer la noche, y Poquelin contaba con un número muy insuficiente de caballos y mulas para llevar semejante cantidad de provisiones. Aun así, tenía que intentarlo.

—Que registren la ciudad en busca de carros de cualquier tipo —ordenó a uno de los *fourriers*—. Carretas, carretillas, ¡cualquier cosa! Necesitamos hombres que tiren de ellas. Reúna a unos cuantos civiles para que empujen los carros.

—¿Todo eso tengo que hacer? —preguntó el *fourrier* con asombro y la voz apagada porque se estaba comiendo un pedazo de queso.

—Hablaré con el mariscal —dijo Poquelin presuntuosamente, y frunció el ceño—. ¿Está usted comiendo?

—Me duele una muela, señor —masculló el hombre—. Está toda hinchada, señor. El médico dice que quiere quitármela. Le pido permiso para ir a que me la quiten, señor.

—Denegado —respondió Poquelin. Estuvo tentado de desenvainar la espada y golpear a aquel hombre por su insolencia, pero nunca había desenvainado el arma y

tenía miedo de que si lo intentaba entonces se encontraría con que la hoja se había oxidado hasta el cuello de la vaina. Se conformó con golpear a aquel hombre con la mano—. Debemos dar ejemplo —le espetó—. Si el ejército pasa hambre, nosotros pasamos hambre. No nos comemos la comida del ejército. Es usted un idiota. ¿Qué es usted?

—Un idiota, señor —respondió el *fourrier* diligentemente, pero al menos ya no era un idiota con tanta hambre.

—Llévese a una docena de hombres y regístrenlo todo en busca de carros. Cualquier cosa que tenga ruedas —ordenó Poquelin, con plena confianza de que el mariscal Masséna aprobaría su idea de utilizar a civiles portugueses como animales de tiro.

Dentro de uno o dos días el ejército tendría que marchar hacia el sur y corría el rumor de que los británicos y portugueses presentarían una última batalla en las montañas del norte de Lisboa, de manera que Poquelin sólo necesitaba establecer un nuevo depósito a unos setenta u ochenta kilómetros al sur. Disponía de algunos medios de transporte, por supuesto, los suficientes como para llevarse aproximadamente una cuarta parte de la comida, y esos carros y mulas podían regresar a por más, cosa que significaba que había que proteger el almacén mientras su precioso contenido se trasladaba laboriosamente hasta Lisboa. Poquelin regresó a toda prisa a la puerta del almacén y buscó al coronel de dragones que vigilaba la calle.

—¡Dumesnil!

El coronel Dumesnil, al igual que todos los soldados franceses, despreciaba al comisario. Hizo dar la vuelta a su caballo con una lentitud insolente, se acercó a Poquelin y, descollando sobre él, dejó que la punta de su espada descendiera de modo que amenazó vagamente a aquel hombrecillo.

—¿Me ha llamado?

—¿Ha comprobado que el almacén no tenga ninguna otra puerta?

—Por supuesto que no —respondió Dumesnil con sarcasmo.

—No debe entrar nadie, ¿entendido? ¡Nadie! ¡El ejército está salvado, coronel, salvado!

—*Alléluia* —dijo Dumesnil con sequedad.

—Informaré al mariscal Masséna de que usted es el responsable de la seguridad de estos suministros —anunció pomposamente Poquelin.

Dumesnil se inclinó en la silla.

—El mariscal Masséna me dio las órdenes en persona, hombrecillo —dijo—, y yo cumplo mis órdenes. No necesito que usted me dé más.

—Le hacen falta más hombres —dijo Poquelin, preocupado porque las dos escuadras de dragones que bloqueaban la calle a ambos lados de las puertas del

almacén ya estaban conteniendo a sendas multitudes de soldados hambrientos—. ¿Por qué están aquí esos soldados? —quiso saber, enfurruñado.

—Porque corre el rumor de que ahí dentro hay comida —Dumesnil levantó la espada hacia el almacén—, y porque tienen hambre. ¡Tranquilícese, por el amor de Dios! Tengo hombres suficientes. Usted haga su trabajo, Poquelin, y deje de decirme cómo tengo que hacer el mío.

Poquelin, satisfecho por haber cumplido con su deber recalcándole a Dumesnil lo importante que era la comida, fue a buscar al coronel Barreto, que estaba esperando con el comandante Ferreira y el inquietante Ferragus junto a las puertas del almacén.

—Está todo bien —le dijo Poquelin a Barreto—. ¡Hay aún más comida de la que nos dijeron!

Barreto se lo tradujo a Ferragus quien, a su vez, hizo una pregunta.

—El caballero —le dijo Barreto a Poquelin con evidente sarcasmo— quiere saber cuándo se le pagará.

—Ahora —respondió Poquelin, aunque no estaba en sus manos realizar el pago. Sin embargo, quería transmitirle la buena noticia a Masséna, y el mariscal sin duda pagaría cuando se enterara de que el ejército tenía comida más que suficiente para llegar a Lisboa. Eso era lo único que hacía falta. Llegar a Lisboa, pues ni siquiera los británicos podrían vaciar aquella gran ciudad de todos sus suministros. Un tesoro escondido aguardaba en Lisboa y ahora el Ejército de Portugal del emperador tenía los medios para alcanzarlo.

Los dragones se apartaron para dejar pasar a Poquelin y a sus compañeros. Luego los jinetes volvieron a acercarse unos a otros. Montones de soldados de infantería habían oído lo de la comida y estaban gritando que había que distribuirla ahora, pero el coronel Dumesnil estaba absolutamente dispuesto a matarlos si intentaban servirse. Permaneció sentado, con expresión dura, impasible, con su larga espada desenvainada; era un soldado que había recibido órdenes, lo cual significaba que la comida estaba en buenas manos y que el Ejército de Portugal estaba a salvo.

\* \* \* \*

Sharpe y Harper hicieron el camino de regreso hasta el tejado en el que Vicente y Sarah les esperaban. Vicente estaba inclinado, obviamente dolorido, en tanto que Sarah, en cuyo vestido negro de seda brillaban las manchas de sangre fresca, tenía el semblante pálido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sharpe.

Ella le mostró la ensangrentada hoja del cuchillo como respuesta.

—Extraje la bala —dijo en un hilo de voz.

—Bien hecho.

—Y montones de trozos de tela —añadió con más confianza.

—Mejor aún —repuso Sharpe.

Vicente se recostó en las tejas. Llevaba el pecho desnudo y un nuevo vendaje, arrancado de su camisa, le envolvía el hombro de un modo rudimentario. La sangre había calado la tela.

—¿Duele, eh? —preguntó Sharpe.

—Duele —contestó Vicente con sequedad.

—Fue difícil —comentó Sarah—, pero no dejó escapar ni un sonido.

—Eso es porque es un soldado —dijo Sharpe—. ¿Puede mover el brazo? —le preguntó a Vicente.

—Creo que sí.

—Inténtelo —le ordenó Sharpe. Vicente puso cara de horror, entonces entendió que la orden tenía sentido y, estremeciéndose de dolor, consiguió alzar el brazo izquierdo, lo cual indicaba que la articulación del hombro no estaba destrozada—. Pronto va a estar como nuevo, Jorge —dijo Sharpe—, siempre y cuando mantengamos limpia la herida —miró a Harper—. ¿Gusanos?

—Todavía no, señor —contestó Harper—. Sólo si la herida se pudriera.

—¿Gusanos? —preguntó Vicente con voz débil—. ¿Ha dicho gusanos?

—No hay nada mejor, señor —afirmó Harper con entusiasmo—. Es lo mejor para una herida sucia. Metes en ella a esos pequeños cabrones y la limpian, dejan la carne buena y quedas como nuevo —dio unas palmaditas en su mochila— siempre llevo media docena. Es mucho mejor que ir a un cirujano porque esos hijos de puta siempre quieren cortarte en pedazos.

—Odio a los cirujanos —dijo Sharpe.

—Odia a los abogados —le dijo Vicente a Sarah— y ahora resulta que odia a los cirujanos. ¿Hay alguien que le guste?

—Las mujeres —repuso Sharpe—. Las mujeres sí que me gustan. —Estaba contemplando la ciudad, escuchando gritos y disparos, y a juzgar por el ruido supo que la disciplina francesa se había venido abajo. Coimbra era presa del caos, entregada a la lujuria, el odio y el fuego. Tres columnas de humo que ya se alzaban desde las calles estrechas oscurecían el despejado cielo matutino y Sharpe supuso que no tardaría en haber más—. Están incendiando las casas —dijo—, y tenemos trabajo que hacer. —Se inclinó y recogió unos cuantos excrementos de paloma que metió en los cañones del fusil de Harper. Utilizó los más pegajosos que pudo encontrar y con cuidado fue metiendo una pequeña cantidad en cada una de las bocas—. Atáquelo, Pat —dijo. Los excrementos harían las funciones del relleno para que las balas no salieran cuando los cañones se inclinaran hacia abajo, y lo que planeaba hacer comportaba tener que apuntar el arma hacia abajo—. ¿Hay muchas de estas casas que tengan dependencias para estudiantes? —le preguntó a Vicente.



—Sí, muchas.

—¿Cómo ésta? —Hizo un gesto con la mano hacia el tejado que tenían a sus espaldas—. ¿Con habitaciones que ocupan todo el desván?

—Es muy común —explicó Vicente—, se llaman *repúblicas*, algunas de las cuales son casas enteras y otras son parte de una casa. Cada una tiene su propio gobierno. Cada miembro tiene un voto, y cuando yo estuve aquí...

—De acuerdo, Jorge, cuéntemelo más tarde —le dijo Sharpe—. Espero que las casas de enfrente del almacén tengan una *república* —debería haberlo mirado cuando estuvo allí, pero no se le había ocurrido—. Lo que ahora nos hace falta —siguió diciendo— son uniformes.

—¿Uniformes? —preguntó Vicente.

—Uniformes franchutes, Jorge. Entonces podremos unirnos al carnaval. ¿Cómo se encuentra?

—Débil.

—Puede descansar unos minutos —le dijo Sharpe mientras Pat y yo vamos a buscar ropa nueva.

Sharpe y Harper volvieron a avanzar poco a poco por el canalón y treparon por la ventana abierta para entrar al desván abandonado.

—Me duelen horrores las costillas —se quejó Sharpe mientras se erguía.

—¿Se las ha envuelto? —le preguntó Harper—. No se le curarán si no se las envuelve.

—No quería ir a ver al ángel de la muerte —gruñó Sharpe. El ángel de la muerte era el médico del batallón, un escocés cuyas atenciones se conocían como «los últimos ritos».

—Ya se las envolveré yo —le dijo Harper— cuando tengamos un minuto. —Se dirigió a la puerta y escuchó unas voces que provenían de abajo. Sharpe lo siguió por las escaleras, que descendieron lentamente, cuidándose de no hacer demasiado ruido. Una chica empezó a gritar en el siguiente piso. Se calló de repente, como si la hubiesen golpeado, y empezó de nuevo. Harper llegó al rellano y avanzó hacia la puerta de la que provenía el grito.

—Nada de sangre —le susurró Sharpe. Una casaca de uniforme manchada de sangre reciente llamaría demasiado la atención. En el piso de abajo se oían voces masculinas, pero no mostraban ningún interés por la chica de arriba—. Hágalo de prisa —le dijo Sharpe, que pasó poco a poco junto al irlandés—, y con toda la brutalidad que quiera.

Sharpe abrió la puerta de un empujón sin dejar de avanzar y vio a tres hombres en la habitación. Dos de ellos sujetaban a la chica contra el suelo mientras el tercero, un hombre fornido que se había despojado de su casaca y se había bajado los pantalones hasta los tobillos, iba a arrodillarse cuando la culata del rifle de Sharpe le alcanzó en

la base del cráneo. Fue un golpe feroz, lo bastante fuerte como para arrojar al soldado hacia delante, encima del vientre desnudo de la chica. Sharpe supuso que aquel hombre habría quedado fuera de combate, echó el rifle hacia atrás y golpeó al soldado que tenía a su izquierda en el maxilar, oyó el crujido del hueso y vio que toda la mandíbula se torcía. Notó que el tercero caía con el golpe que le propinaba Harper y remató al de la mandíbula rota con otro golpe de la culata chapada de latón en un lado de la cabeza. Por la sensación de aquel golpe le pareció que le había fracturado el cráneo; entonces, el primero de aquellos hombres, que de alguna manera había sobrevivido al ataque inicial, lo agarró de las piernas. El soldado, entorpecido por los pantalones bajados, intentó arañar a Sharpe en la ingle y le hizo perder el equilibrio, pero entonces la pesada culata de la escopeta de cañones múltiples se estrelló contra la parte posterior de su cabeza y el tipo se deslizó hasta el suelo con un gemido. Harper le propinó un último golpecito de recuerdo.

La chica, que estaba desnuda, miró horrorizada y estuvo a punto de volver a gritar cuando Harper recogió su ropa del suelo, pero él se llevó el dedo a los labios. La chica contuvo el aliento sin dejar de mirarlo y Harper le sonrió y le entregó su ropa.

—Vístase, querida —le dijo.

—¿Inglés? —preguntó ella al tiempo que se pasaba el vestido roto por la cabeza.

Harper puso cara de horror.

—Soy irlandés, cariño —le dijo.

—¡Por lo que más quiera, tenorio —terció Sharpe—, vaya corriendo a las escaleras y traiga a los otros dos!

—Sí, señor —respondió Harper, y se dirigió a la puerta. La chica, al ver que se marchaba, soltó un pequeño grito, alarmada. El irlandés se volvió hacia ella, le guiñó el ojo y la chica agarró el resto de su ropa y lo siguió, dejando a Sharpe con los tres hombres. El hombre más fornido, el que se había llevado una buena paliza, daba muestras de estar recuperándose, alzaba la cabeza y su mano encallecida se movía a tientas por el suelo, de modo que Sharpe desenvainó la propia bayoneta de aquel hombre y la deslizó entre sus costillas. Salió muy poca sangre. El hombre se sacudió, abrió los ojos una vez para mirar a Sharpe, luego se oyó un estertor en su garganta y la cabeza se le desplomó. Quedó tendido sin moverse.

Los otros dos, ambos muy jóvenes, estaban inconscientes. A Sharpe le pareció que, probablemente, el soldado a quien le había roto y dislocado la mandíbula moriría del golpe en la cabeza. Tenía la tez blanca, le salía un hilito de sangre del oído y no dio muestras de recuperar la conciencia cuando Sharpe le quitó la ropa. El segundo, al que había golpeado Harper, gimió cuando lo desnudó, y Sharpe lo hizo callar de un mamporro. Luego se quitó la casaca y se puso una de las azules. Le quedaba bastante bien. Se abotonaba a un lado de la ancha vuelta blanca que decoraba la delantera y que terminaba en la cintura, aunque un par de faldones colgaban por detrás. Los

faldones tenían el revés blanco decorado con parejas de granadas en llamas, lo cual significaba que el verdadero propietario de la casaca pertenecía a una compañía de granaderos. El alto y rígido cuello era de color rojo y en los hombros había unas pequeñas charreteras del mismo color. Sharpe se puso el cinturón cruzado blanco del soldado, que se abrochaba en el hombro izquierdo con la tira de la charretera y del cual colgaba la bayoneta. Optó por no ponerse los pantalones blancos del soldado. Ya llevaba el peto de oficial de la caballería francesa y aunque la combinación de la casaca y el peto no era habitual, pocos eran los soldados que iban correctamente uniformados después de varias semanas de campaña. Se abrochó su propio talabarte debajo de los faldones de la casaca a sabiendas de que suponía un riesgo, pues ningún soldado común y corriente llevaría una espada, pero supuso que los demás pensarían que había tomado el arma como botín. Se colgó el rifle al hombro, consciente de que a primera vista el arma parecía un mosquete. Vacío la mochila de piel de buey del soldado y metió en ella su casaca y su chacó y a continuación se puso el chacó del soldado, una confección de color rojo y negro decorado con una placa de latón en la parte frontal en la que aparecía un águila encima del número 19, lo cual convertía a Sharpe en un nuevo recluta del 19.º Regimiento de Infantería de Línea. La cartuchera, que colgaba debajo de la bayoneta del extremo del cinturón cruzado, tenía el símbolo de una granada de latón en la tapa.

Cuando Harper regresó, por un segundo pareció sobresaltarse al ver a Sharpe vestido con el azul del enemigo y luego esbozó una sonrisa burlona.

—Le queda bien, señor.

Vicente y las dos muchachas entraron detrás de él. Sharpe vio que la chica portuguesa era joven, de unos quince años tal vez, con unos ojos brillantes y una larga cabellera morena. Ella vio el rastro de sangre en la camisa del hombre que había estado a punto de violarla, le escupió y, antes de que nadie pudiera detenerla, agarró una bayoneta y se la clavó en el cuello a uno de los otros dos, con lo que hizo salir un chorro de sangre que llegó a lo alto de la pared. Vicente abrió la boca para protestar pero se quedó callado. Dieciocho meses antes, cuando Sharpe lo conoció, la mente legal de Vicente se había mostrado reacia a semejante castigo sumario de los violadores. Pero entonces no dijo nada y la chica escupió al hombre que había matado, tras lo cual fue a por el segundo, que estaba tendido de espaldas y respiraba con un ruido áspero que salía de su mandíbula rota. La muchacha se quedó de pie junto a él y colocó la bayoneta encima de su boca retorcida.

—Nunca me gustaron los violadores —comentó Sharpe en tono suave.

—Son escoria —estuvo de acuerdo Harper—, pura escoria.

Sarah observaba; no quería mirar, pero era incapaz de apartar la vista de la bayoneta que la chica sostenía con las dos manos. La muchacha hizo una pausa para disfrutar del momento y asestó la puñalada.

—Vístanse —les dijo Sharpe a Vicente y a Harper. Por detrás de él, el moribundo emitió un sonido ahogado y sus talones repiquetearon brevemente contra el suelo—. Pregúntale cómo se llama —le dijo Sharpe a Sarah.

—Se llama Joana Jacinto —dijo Sarah tras una breve conversación—. Vive aquí. Su padre trabajaba en el río, pero ahora no sabe dónde está. Y dice que les dé las gracias.

—Joana es un nombre muy bonito —dijo Harper, vestido entonces de sargento francés—, y es una chica útil, ¿eh? Sabe utilizar una bayoneta.

Sharpe ayudó a Vicente a ponérsela casaca azul y la dejó colgando del hombro izquierdo antes que forzar el brazo de Vicente por la manga.

—Dice —Sarah había mantenido otra conversación con Joana— que quiere quedarse con nosotros.

—Pues claro que debe hacerlo —afirmó Harper antes de que Sharpe pudiera dar su opinión. La delantera del vestido marrón oscuro de Joana se había roto cuando los soldados la desnudaron y sus restos se habían manchado de sangre cuando la muchacha había matado al segundo soldado, de manera que se puso la camisa de uno de los muertos encima del vestido, se la abrochó y luego cogió un mosquete. Sarah, que no quería parecer menos beligerante, se colgó otro al hombro.

No formaban una fuerza propiamente dicha. Dos fusileros, dos mujeres y un cazador portugués herido. Pero a Sharpe le parecía que era suficiente para hacer pedazos un sueño francés.

Así pues, se colgó el rifle al hombro, se subió más el talabarte y condujo a los demás al piso de abajo.

\* \* \* \*

La mayor parte de la infantería francesa que se hallaba en Coimbra pertenecía al 8.º Cuerpo del ejército, una unidad recién reclutada formada por jóvenes que acababan de salir de los depósitos de Francia y que estaban medio adiestrados, mal disciplinados, resentidos con un emperador que los había hecho marchar hacia una guerra que la mayoría no comprendía y, por encima de todo, hambrientos. Cientos de ellos rompieron filas para explorar la universidad pero, al no encontrar casi nada de lo que buscaban, descargaron su frustración haciendo pedazos, destrozando y rompiendo todo lo que se podía romper. Coimbra era famosa por su trabajo en el campo de la óptica, pero los microscopios no les resultaban de mucha utilidad a los soldados, por lo que arremetieron contra aquellos hermosos instrumentos con los mosquetes y luego despedazaron los magníficos sextantes. Se salvaron un puñado de telescopios, pues eran objetos que tenían valor, pero los instrumentos más grandes, demasiado pesados para ser transportados, fueron destruidos y un incomparable juego

de lentes magníficas hechas de cristal molido, protegidas con terciopelo en un mueble de cajones anchos y hondos, fue hecho añicos sistemáticamente. Una de las habitaciones estaba llena de cronómetros, todos ellos a prueba, que quedaron reducidos a muelles doblados, ruedas dentadas y cajas hechas pedazos. Machacaron un estupendo conjunto de fósiles hasta que quedaron hechos pedazos y una colección de minerales, el trabajo de toda una vida catalogado cuidadosamente en cuarzos, espatos y menas, fue arrojado desde una ventana. Destruyeron la porcelana fina, arrancaron los cuadros de los marcos y si la mayor parte de la biblioteca se salvó fue porque había demasiados libros para destrozarlos todos. No obstante, hubo algunos que lo intentaron, sacaron los libros raros de las estanterías y los rompieron, pero no tardaron en aburrirse y se conformaron con hacer pedazos unos magníficos jarrones romanos colocados en unos soportes dorados. Todo aquello no tenía ningún sentido, excepto la ira que los soldados sentían. Odiaban a los portugueses y se vengaban con aquello que su enemigo valoraba.

La catedral vieja de Coimbra la habían construido dos franceses en el siglo XII y ahora eran otros franceses los que gritaban de deleite porque muchas mujeres se habían refugiado cerca de sus altares. Unos cuantos hombres intentaron proteger a sus esposas e hijas, pero los mosquetes dispararon, los hombres murieron y empezó el griterío. Otros soldados dispararon contra el alto altar dorado, apuntando a los santos tallados que custodiaban a la Virgen de rostro triste. Una criatura de seis años que intentó apartar a un soldado de su madre fue degollada, y un sargento también le cortó el cuello a una mujer que no podía parar de chillar. En la catedral nueva, situada colina arriba, los *voltigeurs* se turnaron para orinar en la pila bautismal y, cuando estuvo llena, bautizaron a las chicas que habían capturado en el edificio, dándoles a todas el mismo nombre, *Putain*, que quería decir puta. Entonces, un sargento subastó a las mujeres, que lloraban con los cabellos chorreando de orina.

En la iglesia de Santa Cruz, que era más antigua que la catedral vieja, las tropas encontraron las tumbas de los dos primeros reyes de Portugal. Destrozaron los sepulcros bellamente esculpidos, rompieron los ataúdes y los huesos de Alfonso el Conquistador, que había liberado Lisboa de los musulmanes en el siglo XII, se sacaron de la tela que los envolvía y fueron arrojados al suelo. Su hijo, Sancho I, había sido enterrado con un vestido suelto de lino ribeteado con tela de oro, y un artillero rasgó la mortaja, se la puso en los hombros y empezó a bailar sobre los restos del cadáver. En la tumba de Sancho había una cruz de oro con incrustaciones de piedras preciosas y tres soldados se pelearon por ella. Uno de ellos murió y los otros dos dividieron la cruz y la compartieron. En Santa Cruz había más mujeres que sufrían igual que las demás en tanto que a sus esposos se los llevaban al Claustro del Silencio y los fusilaban.

En general, lo que los soldados querían era comida. Irrumpieron en las casas,

abrieron los s6tanos a patadas en busca de cualquier cosa comestible. Había mucha comida, puesto que la ciudad nunca había quedado del todo despojada de comestibles, pero los soldados eran demasiado numerosos y el enojo aumentaba cuando algunos comían y otros seguían hambrientos, y el enojo se convirtió en furia cuando se alimentó con los generosos suministros de vino que se descubrieron en las tabernas. Corrió el rumor de que había grandes reservas de comida en un almacén de la parte baja de la ciudad y cientos de soldados se reunieron allí para encontrarse con que el tesoro estaba vigilado por dragones. Algunos de ellos se quedaron allí con la esperanza de que los dragones se marcharan, en tanto que otros se fueron en busca de mujeres o botín.

Unos cuantos soldados intentaron evitar la destrucción. A un oficial que trató de apartar a dos artilleros de una mujer lo tiraron al suelo a patadas y le clavaron una espada. A un sargento beato, ofendido por lo que estaba ocurriendo en la catedral vieja, le pegaron un tiro. La mayoría de oficiales, conscientes de que era imposible intentar detener aquella orgía de destrucción, se atrincheraron en las casas y esperaron a que se calmara aquella locura, en tanto que otros sencillamente se sumaron a ella.

El mariscal Masséna, escoltado por húsares y acompañado de sus ayudantes de campo y de su amada, que iba atractivamente vestida con un uniforme de húsar de color azul cielo, encontró alojamiento en el palacio del Arzobispo. Dos coroneles de infantería acudieron al palacio y se quejaron del comportamiento de las tropas, pero no obtuvieron mucho apoyo por parte del general.

—Se merecen un respiro —dijo—. Ha sido una marcha muy dura, una marcha muy dura. Y son como los caballos. Responden mejor si de vez en cuando aflojas la brida. Así pues, déjenlos jugar, caballeros, déjenlos jugar. —Se ocupó de que Henriette estuviera cómoda en el dormitorio del arzobispo. A la mujer no le gustaban los crucifijos que colgaban de las paredes, de modo que Masséna se deshizo de ellos tirándolos por la ventana y luego le preguntó qué le gustaría comer.

—Uvas y vino —respondió ella, y Masséna ordenó a uno de sus criados que revolviera las cocinas de palacio y encontrara ambas cosas.

—¿Y si no hay nada de eso, señor? —preguntó el criado.

—¡Pues claro que hay uvas y vino! —le espetó Masséna—. ¡Por Dios Todopoderoso! ¿Es que no se puede hacer nada sin preguntar en este ejército? ¡Busque las condenadas uvas, busque el maldito vino y tráigaselos a *mademoiselle*!

Regresó al comedor del palacio donde se habían desplegado unos mapas en la mesa del arzobispo. Eran unos mapas muy malos, inspirados mas por la imaginación que por la topografía, pero uno de los ayudantes de campo de Masséna creía que en la universidad podría haberlos mejores, y tenía razón, aunque cuando los encontraron ya habían sido reducidos a cenizas.

Los generales del ejército se reunieron en el comedor donde Masséna planeó la siguiente fase de la campaña. Había sufrido un revés en Bussaco, pero aquella derrota no le había impedido flanquear al enemigo por la izquierda y así dar caza a los británicos y portugueses hasta que abandonaron el centro de Portugal. En aquellos momentos el ejército de Masséna se hallaba en el Mondego y el enemigo se retiraba hacia Lisboa, pero aun así al mariscal le quedaban otros enemigos. El hambre asaltaba a las tropas, al igual que los irregulares portugueses que se acercaban por detrás de sus fuerzas como lobos siguiendo un rebaño de ovejas. El general Junot sugirió que era momento de hacer una pausa.

—Los británicos están huyendo hacia sus barcos —dijo—, dejemos que se marchen. Luego mandamos un cuerpo para recuperar los caminos hasta Almeida.

Almeida era la fortaleza fronteriza portuguesa donde había empezado la invasión y estaba situada a más de ciento sesenta kilómetros al este, al final de los caminos imposibles por los que el ejército francés había avanzado con gran dificultad.

—¿Con qué propósito? —preguntó Masséna.

—Para que puedan pasar los suministros —declaró Junot—, los suministros y los refuerzos.

—¿Que refuerzos? —la pregunta era sarcástica.

—¿Los cuerpos de Drouet? —sugirió Junot.

—No van a moverse de donde están —dijo Masséna agriamente—, no les permitirán venir.

El emperador había ordenado que le proporcionaran a Masséna 130.000 hombres para la invasión, pero en la frontera se habían reunido menos de la mitad de ese número y cuando Masséna había suplicado que le mandaran más hombres, el emperador le había enviado un mensaje diciendo que las fuerzas con las que contaba eran adecuadas, que el enemigo era risible y que invadir Portugal era una tarea fácil. No obstante, el emperador no estaba allí. El emperador no estaba al mando de un ejército de soldados medio muertos de hambre cuyos zapatos se deshacían en pedazos, un ejército cuyas líneas de abastecimiento eran inexistentes porque los malditos campesinos portugueses controlaban los caminos que serpenteaban por las montañas hasta Almeida. El mariscal Masséna no quería volver a esas montañas. Hay que llegar a Lisboa, pensó, hay que llegar a Lisboa.

—¿Los caminos de aquí a Lisboa son mejores que aquellos por los que hemos venido? —preguntó.

—Cien veces mejores —contestó uno de sus ayudantes de campo portugueses.

El mariscal se acercó a una ventana y se quedó mirando el humo que se alzaba de los edificios que ardían en la ciudad.

—¿Estamos seguros de que los británicos se dirigen al mar?

—¿Adónde pueden ir si no? —replicó un general.

—¿A Lisboa?

—No pueden defenderla —observó el ayudante de campo portugués.

—¿Al norte? —Masséna volvió a la mesa y clavó el dedo en las marcas sombreadas de un mapa—. ¿A estas montañas? —Señalaba el territorio al norte de Lisboa donde las montañas se extendían a lo largo de más de treinta y dos kilómetros entre el Atlántico y el ancho río Tajo.

—Son montañas bajas —dijo el ayudante de campo—, las atraviesan tres caminos aparte de una docena de senderos utilizables.

—Pero ese tal Wellington podría presentar batalla allí.

—Si lo hace se arriesga a perder su ejército —intervino el mariscal Ney.

Masséna recordó el sonido de las descargas en la sierra de Bussaco y se imaginó a sus hombres luchando de nuevo contra un fuego semejante, luego se despreció a sí mismo por rendirse al miedo.

—Podemos ingeniárnoslas para echarlo de las montañas —sugirió, lo cual era una idea sensata, pues sin duda el ejército enemigo no era lo bastante numeroso como para proteger un frente de más de treinta kilómetros. Amenazarlo en un lugar, pensó Masséna, y lanzar a las Águilas a través de las montañas situadas a unos quince kilómetros de distancia—. En las montañas hay fuertes, ¿verdad? —preguntó.

—Nos han llegado rumores de que está construyendo fuertes para proteger los caminos —contestó el ayudante de campo portugués.

—Pues marcharemos a través de las montañas —anunció Masséna. De ese modo los nuevos fuertes podían quedarse allí y pudrirse mientras el ejército de Wellington quedaba rodeado, humillado y derrotado. El mariscal miró fijamente el mapa y se imaginó las banderas del ejército derrotado desfilando por París y arrojadas a los pies del emperador—. Podemos flanquearlo de nuevo pero no si le damos tiempo para escapar. Tenemos que meterle prisa.

—Así pues, ¿marchamos hacia el sur? —preguntó Ney.

—Dentro de dos días —decidió Masséna. Sabía que le hacía falta ese tiempo para que su ejército se recuperara de la captura de Coimbra—. Hoy dejémosles a sus anchas —dijo—, mañana los llevaremos de nuevo con las Águilas y nos cercioraremos de que estén preparados para ponerse en marcha el miércoles.

—¿Y qué comerán los soldados? —preguntó Junot.

—Lo que puedan, maldita sea —le espetó Masséna—. Aquí tiene que haber comida, ¿no? Los ingleses no pueden haber vaciado una ciudad entera.

—Hay comida —terció una nueva voz, y los generales, de un rojo, azul y oro resplandecientes, apartaron la vista de sus mapas y vieron el comisario-jefe Poquelin con pinta de estar satisfecho consigo mismo, lo cual era raro en él.

—¿Cuanta comida? —preguntó Masséna en un tono cáustico.

—La suficiente para que podamos llegar a Lisboa, señor —respondió Poquelin—,



más que suficiente. —Llevaba varios días intentando evitar a los generales por miedo al desprecio que recibía por su parte, pero había llegado la hora de Poquelin. Aquel era su triunfo. El comisario había hecho su trabajo—. Necesito transporte —dijo—, y un buen batallón que me ayude a trasladar los suministros, pero tenemos todo lo que necesitamos y más. ¿Recuerda que prometió comprar esas provisiones, señor? El hombre ha mantenido su palabra. Está esperando fuera.

Masséna casi no se acordaba de haber hecho aquella promesa, pero ahora que la comida estaba en su posesión estuvo tentado de romperla. El erario del ejército no era abundante y los franceses no tenían la costumbre de comprar suministros que podían robar. Hay que vivir de la tierra, decía siempre el emperador.

El coronel Barreto, que había acudido al palacio con Poquelin, vio la indecisión en el rostro de Masséna.

—Si faltamos a la promesa, señor —dijo respetuosamente—, no nos creerá nadie en toda Portugal. Y dentro de una o dos semanas estaremos gobernando aquí. Nos hará falta cooperación.

—Cooperación —el mariscal Ney pronunció aquella palabra como si la escupiera—. Una guillotina en Lisboa los hará cooperar rápidamente.

Masséna meneó la cabeza. Barreto tenía razón, era una estupidez granjearse nuevos enemigos cuando estaban a punto de conseguir la victoria.

—Págueme —dijo con un gesto de la cabeza dirigido al ayudante de campo que guardaba la llave del cofre del dinero—. Y dentro de dos días —siguió diciéndole a Poquelin— empiece a trasladar los suministros al norte. Quiero un depósito en Leiria.

—¿En Leiria? —preguntó Poquelin.

—¡Aquí, hombre, aquí! —Masséna señaló un punto en el mapa golpeándolo con el dedo índice y Poquelin se fue abriendo paso nerviosamente entre los generales para buscar aquella ciudad que, según descubrió, se hallaba a poco más de sesenta kilómetros al sur de Coimbra por el camino de Lisboa.

—Necesito carros —dijo Poquelin.

—Tendrá usted hasta el último carro y mula que poseemos —le prometió Masséna con aire presuntuoso.

—No hay caballos suficientes —comentó Junot agriamente.

—¡Nunca hay caballos suficientes! —espetó Masséna—. De modo que utilicen hombres. Utilicen a esos malditos campesinos —hizo un gesto con la mano hacia la ventana, señalando la ciudad—. ¡Pónganles los arreos, azótenlos y háganlos trabajar!

—¿Y los heridos? —preguntó Junot, alarmado. Iban a hacer falta algunos carros para trasladar a los heridos hacia el sur si es que éstos iban a permanecer con el ejército para protegerlos así de los irregulares portugueses.

—Pueden quedarse aquí —decidió Masséna.

—¿Y quién los defenderá?

—Ya encontraré a algunos hombres —respondió Masséna, a quien semejantes objeciones hacían perder pronto la paciencia.

Lo que importaba era que tenía comida, que el enemigo se retiraba y que Lisboa se encontraba a tan sólo ciento sesenta kilómetros al sur. La campaña casi había concluido, pero a partir de entonces su ejército marcharía por buenos caminos y por lo tanto no era momento de ser cauto, era momento de atacar.

Y dentro de dos semanas, pensó, tomaría Lisboa y ganaría la guerra.

\* \* \* \*

Sharpe apenas había salido a la calle cuando un soldado intentó arrebatarle a Sarah de su lado. La muchacha no tenía un aspecto precisamente seductor, pues su vestido negro estaba arrugado y con los bajos rotos, llevaba el cabello suelto y la cara sucia; no obstante, el hombre la agarró del brazo y protestó como un loco cuando Sharpe lo inmovilizó contra la pared con la culata de su rifle. Sarah le escupió y añadió un par de palabras que esperaba que fueran lo bastante groseras como para escandalizarlo.

—¿Hablas francés? —le preguntó Sharpe a Sarah, sin importarle que el soldado francés lo oyera.

—Francés, portugués y español —respondió ella.

Sharpe propinó un buen golpe en la entrepierna a aquel hombre como recuerdo y luego condujo a sus compañeros junto a los cuerpos de dos soldados, ambos portugueses, que estaban tendidos en los adoquines. A uno de ellos lo habían destripado y un perro con tres patas husmeaba su cadáver, desde el cual la sangre descendía a lo largo de unos tres metros por el sumidero. Por encima de ellos se rompió una ventana que los regó con brillantes fragmentos de cristal. Una mujer gritó y las campanas de una de las iglesias iniciaron una terrible cacofonía. Ninguno de los soldados franceses les prestó demasiada atención excepto para preguntarles si habían terminado con las dos chicas, y sólo Sarah y Vicente entendieron aquellas preguntas. La calle estaba cada vez más llena a medida que iban subiendo y se acercaban al lugar donde, según el rumor, había comida suficiente para una multitud. Sharpe y Harper se valieron de su tamaño para abrirse camino por entre los soldados, intimidándolos, y entonces, al llegar a las casas que había justo enfrente del almacén de Ferragus, Sharpe entró por la primera puerta y subió las escaleras. Una mujer con el rostro manchado de sangre que estrechaba un bebé en sus brazos retrocedió ante ellos en el rellano; Sharpe ascendió por el último tramo de escaleras y descubrió, para su alivio, que el desván de aquella casa era como el primero en el que habían estado, una habitación larga que abarcaba toda la longitud de las casas separadas de debajo. Allí arriba habían vivido una veintena de estudiantes, pero ahora sus camas estaban volcadas, todas excepto una en la que dormía un soldado francés. El soldado se

despertó al oír los fuertes pasos de todos ellos en las tablas del suelo y, al ver a las dos mujeres, rodó en la cama y se levantó. Sharpe estaba abriendo una de las ventanas del tejado y se dio la vuelta cuando el soldado extendió las manos hacia Sarah, que le sonrió y, con una fuerza sorprendente, le hincó el cañón de su mosquete francés en el vientre. El hombre dio un grito ahogado y se quedó sin aliento, doblado en dos, y Joana lo golpeó con la culata de su rifle, que blandió como si fuera una guadaña para estrellárselo en la frente, con lo que el soldado se desplomó de espaldas. Sarah sonrió al descubrir unas habilidades que no había imaginado que tuviera.

—Quédese aquí con las mujeres —le dijo Sharpe a Vicente— y esté preparado para salir corriendo como alma que lleva el diablo. —Iba a atacar a los dragones desde arriba y se figuraba que los soldados de caballería saldrían tras sus atacantes utilizando las escaleras más cercanas al almacén, sin saber que desde el desván se podía acceder a las distintas escaleras de las cuatro casas. Sharpe tenía intención de volver por donde había venido y cuando los dragones llegaran al desván él ya haría rato que se habría ido—. Vamos, Pat.

Treparon al tejado que habían reconocido antes y, siguiendo el canalón junto al parapeto, llegaron al hastial.

Sharpe se asomó y vio de nuevo a los jinetes a tres pisos por debajo. Le cogió el fusil de cañones múltiples a Harper.

—Ahí abajo hay un oficial, Pat —le dijo—. Está a la izquierda, montado en un caballo gris. Cuando yo lo diga, dispárele.

Harper metió un poco de excremento de paloma en el cañón de su rifle y lo atacó para que sujetará la bala en su sitio, a continuación avanzó poco a poco y se asomó a la calle. A ambos extremos de la corta calzada había dragones que utilizaban la fuerza de sus caballos y la amenaza de sus espadas largas para mantener a raya a los soldados de infantería hambrientos. El oficial se encontraba detrás mismo del grupo de la izquierda; se le distinguía fácilmente por la pelliza forrada de piel que colgaba de su hombro izquierdo y porque la sudadera verde de la silla no llevaba sujeta ninguna bolsa. Ninguno de los dragones miró hacia arriba, ¿por qué iban a hacerlo? Su trabajo consistía en vigilar la calle, no los tejados, y Harper apuntó el rifle hacia abajo y echó hacia atrás el percutor.

Sharpe se puso a su lado con el fusil de cañones múltiples.

—¿Está preparado?

—Preparado.

—Dispare usted primero —le dijo Sharpe. Harper tenía que asegurarse de apuntar bien, pero no era necesario que Sharpe apuntara el fusil de cañones múltiples puesto que éste carecía de precisión. Sólo era una máquina de matar, sus siete balas se dispersaban como la metralla al salir de los cañones agrupados.

Harper puso la mira en el casco metálico del oficial de cuya cimera salía un penacho de color marrón. El caballo gris se agitó y el francés lo calmó, luego miró hacia atrás y en aquel preciso momento Harper disparó. La bala rompió el casco, del que se alzó un breve chorro de sangre que luego empezó a asomar también por el borde mientras el oficial se iba inclinando lentamente hacia un lado. Sharpe disparó entonces contra los demás dragones con una descarga múltiple que, como un disparo de cañón, resonó en la fachada del almacén. El aire se llenó de humo. Un caballo bramó.

—¡Corra! —exclamó Sharpe.

Regresaron sobre sus pasos, a través de la ventana y por las escaleras del otro lado, seguidos por Vicente y las mujeres. Sharpe oyó un alboroto en el otro extremo de la casa. Los soldados gritaban alarmados y los cascos de los caballos golpeaban con fuerza los adoquines, entonces llegó a la puerta principal y, con las dos armas colgadas del hombro, se abrió paso a empujones entre la multitud. Sarah se agarró de su cinturón. Los soldados de infantería avanzaban en tropel pero, por encima de sus cabezas, Sharpe vio a unos dragones desmontados que intentaban llegar a la casa de enfrente. Por lo que Sharpe pudo ver, sólo uno de aquellos hombres había permanecido en la silla, un hombre que estaba sujetando una docena de riendas, pero el empuje de la arremolinada infantería, que de pronto comprendió que el almacén ya no estaba protegido, estaba apartando los caballos.

Los dragones habían hecho exactamente lo que Sharpe quería que hicieran, lo que él pensaba que harían. Su oficial estaba muerto, otros estaban heridos y, sin nadie que les diera órdenes, su único pensamiento era vengarse de los hombres que los habían atacado, por lo que irrumpieron en la casa dejando el almacén sin más protección que unos cuantos dragones que no podían hacer nada por contener la oleada de soldados que se abalanzaba contra las puertas. Un sargento de dragones trató de detenerlos, pero lo arrancaron de la silla, empujaron al caballo a un lado y tiraron de las puertas para abrirlas. Sonó una gran ovación. Los dragones restantes dejaron que los soldados pasaran corriendo y se concentraron únicamente en salvar sus vidas y las de sus caballos.

—Ahí adentro habrá un verdadero caos —le dijo Sharpe a Harper—. Voy a entrar solo.

—¿Para hacer qué?

—Lo que tengo que hacer —contestó Sharpe—. Usted y el capitán Vicente cuiden de las chicas —los empujó por una entrada—. Me reuniré con ustedes aquí. —Sharpe hubiera preferido llevarse a Harper con él, pues el tamaño y la fuerza del irlandés resultarían muy valiosos en el almacén abarrotado, pero el mayor peligro sería que se metieran los cinco en aquel confuso interior y se separaran, por lo cual era mejor que Sharpe trabajara solo—. Espérenme —dijo Sharpe, que le entregó la mochila y el

rifle a Harper y, armado únicamente con su espada y el fusil de cañones múltiples descargado, avanzó por la calle abriéndose paso a empujones y amenazas, pasó junto al asustado caballo del oficial muerto y así, finalmente, entró en el almacén.

La entrada se hallaba abarrotada y, una vez dentro, se encontró con soldados que bajaban cajas, sacos y barriles y que dificultaban el paso, pero Sharpe utilizó la culata del fusil para despejar el camino con brutalidad. Un artillero intentó detenerlo con un furioso puñetazo, pero Sharpe le hundió los dientes con la culata chapada, luego trepó por un desordenado montón de sacos que se habían bajado de una de las grandes pilas y se encontró en una zona relativamente despejada de gente. Desde allí podría abrirse camino hasta el extremo del almacén, donde recordaba haber visto los pertrechos amontonados en las dos carretas aparcadas junto a la gran pared de madera que dividía aquel almacén del contiguo. Allí atrás había muy pocos soldados, pues los franceses estaban interesados en la comida y no en velas, botones, clavos o herraduras.

Un soldado estaba revisando los artículos del lecho de uno de los carros y Sharpe vio que ya llevaba un saco lleno, supuestamente de comida, por lo que le dio un tortazo en la nuca con el fusil de cañones múltiples, lo pateó cuando cayó al suelo, le pisó la cara cuando intentó moverse y luego miró dentro del saco. Había galletas, ternera salada y queso. Se lo llevaría, pues todo su grupo tenía hambre; dejó el saco a un lado, desenvainó la espada y con la hoja rompió dos barriles de aceite para lámpara. Era aceite de ballena, que despidió un olor fétido al derramarse por las duelas rotas y caer al lecho del carro. En el otro extremo del vehículo había unos cuantos rollos de tela, Sharpe se acercó para ver de qué estaban hechos y descubrió, tal como había esperado, que eran de lino. Desplegó dos de los rollos sacudiendo la tela, que dejó suelta cubriendo toda la carga.

Bajó del carro de un salto, envainó la espada, abrió un cartucho e hizo un rollo de papel lleno de pólvora. Cebó el fusil de cañones múltiples que llevaba descargado y echó un vistazo por el almacén donde los soldados se llevaban las provisiones a rastras como desalmados. Un montón de barriles de ron se vino abajo y aplastó a un hombre que soltó un grito cuando un barril lleno le rompió las piernas y se partió, derramando el ron por el suelo. Un francés golpeó otro barril con un hacha y metió una taza de hojalata en el ron. Otra docena de hombres se acercaron para unirse a él y ninguno se fijó en Sharpe, que amartillaba el arma descargada.

Apretó el gatillo, el cebo llameó y el rollo de papel prendió y silbó furiosamente. Sharpe dejó que la llama creciera hasta que el papel ardió bien y entonces lo arrojó sobre el aceite derramado en el lecho del carro. Por un segundo el papel ardió solo, pero entonces una cortina de llamas se extendió por el vehículo y Sharpe agarró el saco de comida y echó a correr.

Dio unos cuantos pasos sin encontrar ningún obstáculo. Los soldados que había

en torno a los barriles de ron hicieron caso omiso de Sharpe cuando pasó, pero entonces el lino prendió y de repente hubo un destello de luz. Un soldado dio un grito de advertencia, el humo empezó a extenderse y empezó a cundir el pánico. Una docena de dragones intentaban abrirse camino a la fuerza para entrar en el almacén con órdenes de llevar a cabo la imposible tarea de echar a los soldados que robaban la valiosa comida y una oleada de soldados aterrorizados chocó contra ellos, lo que arrojó al suelo a dos; se oyeron gritos y gruñidos, un disparo, y la humareda espesó con una rapidez asombrosa cuando el carro empezó a arder. Los cartuchos que llevaba en la bolsa el hombre al que Sharpe había robado la comida empezaron a estallar, un pedazo de papel cayó en el ron y unas repentinas llamas azules cubrieron el suelo.

Sharpe acometía contra todo el que se cruzaba en su camino a pisotones y patadas y acabó desenvainando la espada porque le pareció que era la única forma de despejar el camino. Pinchaba a los soldados con la hoja y éstos se apartaban y se daban la vuelta para protestar, pero al ver la ira del rostro de Sharpe retrocedían; tras él estalló un pequeño barril de pólvora, el fuego roció todo el almacén y Sharpe intentó abrirse camino a la fuerza entre el gentío, pero no había manera de salir. Montones de hombres aterrorizados bloqueaban los espacios entre las pilas de provisiones, de modo que Sharpe envainó la espada, arrojó el saco de comida que llevaba a lo alto de un montón de cajas y trepó por el lado. Fue corriendo por encima. Los gatos salían huyendo a su paso. El humo se arremolinaba en las vigas. Sharpe saltó a un montón de sacos de harina medio derrumbado, pasó por encima de ellos en dirección a la entrada y bajó deslizándose por el otro extremo. Agachó la cabeza y echó a correr, pisoteando a hombres que habían caído, utilizando su fuerza para escapar del humo y salir por las puertas a la calle donde, aferrando el saco de comida para mantenerlo a salvo, volvió de nuevo a la casa en la que había dejado a Harper.

—¡Dios salve a Irlanda! —Harper estaba de pie en la entrada, observando todo aquel caos. El humo salía arremolinado por los portones y a bocanadas por el tragaluz roto. Los soldados, chamuscados y tosiendo, salían por la puerta tambaleándose. En el interior del almacén se oyeron gritos y hubo otra explosión cuando los barriles de ron se rompieron. Al otro lado de las puertas se vio un resplandor como el de un horno gigantesco y el sonido del fuego era como el rugido de un enorme río al pasar por un barranco—. ¿Usted hizo eso? —preguntó Harper.

—Yo hice eso —respondió Sharpe. De pronto se sintió cansado, cansado y muerto de hambre, y entró en la casa donde Vicente y las chicas estaban esperando en una pequeña habitación decorada con un cuadro de un santo sosteniendo un cayado de pastor. Miró a Vicente—. Llévenos a algún lugar seguro, Jorge.

—¿Qué lugar es seguro en un día como éste? —preguntó Vicente.

—Algún sitio bien alejado de esta calle —contestó Sharpe.

Salieron los cinco por la puerta trasera y, al mirar atrás, Sharpe vio que el almacén contiguo al de Ferragus se había incendiado y su tejado estaba ardiendo. No había duda de que estaban llegando más dragones puesto que Sharpe oía el fuerte ruido de los cascos de los caballos por las calles estrechas, pero era demasiado tarde.

Bajaron por un callejón, subieron por otro, cruzaron una calle y atravesaron un patio en el que había unos cuantos franceses tumbados, borrachos como una cuba. Vicente los guiaba.

—Iremos hacia arriba —dijo, no porque pensara que la parte alta de la ciudad fuera más segura que la baja, sino porque él había vivido allí.

Nadie los abordó. No eran más que otro grupo de soldados exhaustos que iban dando traspiés por la ciudad. Por detrás de ellos había fuego, humo e ira.

—¿Qué les decimos si nos dan el alto? —le preguntó Sarah a Sharpe.

—Diremos que somos holandeses.

—¿Holandeses?

—Tienen soldados holandeses —dijo Sharpe.

El norte de la ciudad se hallaba más tranquilo. Allí se alojaban principalmente los soldados de caballería y algunos de ellos dijeron a los intrusos de infantería que se marcharan, pero Vicente los llevó por un callejón, a través de un patio, los hizo bajar por unas escaleras y entrar en el jardín de una gran casa. A un lado del jardín había una cabaña.

—Esta casa pertenece a un profesor de teología —explicó Vicente— y sus criados viven aquí. —La cabaña era diminuta, pero hasta el momento ningún francés la había encontrado. De camino hacia allí, Sharpe había visto que en algunas casas había una guerrera colgada en la entrada para indicar que había soldados alojados allí y que el lugar no tenía que saquearse, de modo que se quitó la casaca azul y la colgó de un clavo encima de la puerta de la cabaña. Tal vez mantendría alejado al enemigo, o tal vez no. Comieron todos vorazmente, arrancando los pedazos de carne salada y de galleta dura y Sharpe deseó poder echarse a dormir el resto del día, pero sabía que los demás debían de sentirse igual.

—Duerman un poco —les dijo.

—¿Y usted qué? —preguntó Vicente.

—Alguien tiene que montar guardia —repuso Sharpe.

La cabaña tenía un pequeño dormitorio, poco más que un armario, que adjudicaron a Vicente por ser oficial, en tanto que Harper entró en la cocina e hizo una cama con cortinas, mantas y un capote. Joana lo siguió y la puerta de la cocina se cerró firmemente tras ella. Sarah se dejó caer en una vieja butaca rota de la que asomaban mechones de pelo de caballo.

—Me quedaré despierta contigo —le dijo a Sharpe, y al cabo de un momento ya estaba profundamente dormida.

Sharpe cargó su rifle. No se atrevió a sentarse porque sabía que no podría permanecer despierto, de modo que se quedó de pie en la entrada, con el rifle cargado a su lado, y escuchó los gritos distantes, vio la enorme columna de humo que empañaba el cielo despejado y supo que había cumplido con su deber.

Ahora lo único que tenía que hacer era volver con el ejército.



## CAPÍTULO 10

Ferragus y su hermano regresaron a la casa del comandante, que se había salvado del saqueo sufrido por el resto de la ciudad. En el exterior de la casa había apostado un escuadrón de dragones que formaba parte del mismo grupo que el que había ido a proteger el almacén y en aquel momento estaba siendo relevado por una docena de soldados enviados por el coronel Barreto, que tenía intención de alojarse allí cuando terminara su jornada de trabajo. Miguel y otros cinco hombres de Ferragus se hallaban en la casa, donde no llamaban la atención de los franceses, y fue Miguel quien interrumpió las celebraciones de los dos hermanos informándoles de que el almacén estaba ardiendo.

Ferragus acababa de abrir la tercera botella de vino. Escuchó a Miguel, se llevó la botella hasta la ventana y miró cuesta abajo, vio la humareda que se alzaba arremolinada pero se encogió de hombros.

—Podría tratarse de cualquier edificio entre una docena —dijo, quitándole importancia.

—Es el almacén —insistió Miguel—. Subí al tejado. Lo vi.

—¿Y qué? —Ferragus hizo un brindis con la botella—. ¡Ya lo hemos vendido! Los que pierden son los franceses, no nosotros.

El comandante Ferreira se acercó a la ventana y contempló la humareda. Se santiguó.

—Los franceses no lo verán de ese modo —dijo en voz baja, y le quitó la botella a su hermano.

—¡Nos han pagado! —dijo Ferragus, intentando recuperar la botella.

Ferreira puso el vino fuera del alcance de su hermano.

—Los franceses creerán que les vendimos la comida y luego la destruimos —dijo. El comandante miró hacia la calle que llevaba al sur de la ciudad, como si esperara verla llena de franceses—. Querrán que les devolvamos el dinero.

—¡Dios! —exclamó Ferragus. Su hermano tenía razón. Miró el dinero: cuatro alforjas llenas de oro francés—. ¡Dios! —repitió cuando su mente embotada por el vino cayó en la cuenta de las implicaciones del edificio en llamas.

—Ha llegado el momento de marcharse. —El comandante se hizo cargo de la situación con firmeza.

—¿Marcharse? —Ferragus seguía atontado.

—¡Vendrán a buscarnos! —insistió el comandante—. En el mejor de los casos sólo querrán recuperar el dinero y en el peor nos matarán. ¡Por Dios, Luis! Primero perdemos la harina en la ermita y ahora esto. ¿Crees que pensarán que no lo hicimos? ¡Nos marchamos! ¡Ahora mismo!

—Ve a los establos —le ordenó Ferragus a Miguel.

—¡No podemos marcharnos a caballo! —protestó Ferreira. Los franceses estaban confiscando todas las monturas que encontraban y silo veían a caballo de nada le servirían sus contactos con el coronel Barreto y los franceses—. Tenemos que escondernos —insistió—. Nos esconderemos en la ciudad hasta que podamos salir de aquí sin peligro.

Ferragus, su hermano y los seis hombres se llevaron lo más valioso de la casa. Tenían el oro que acababan de pagarles los franceses, un poco de dinero que el comandante Ferreira tenía escondido en su estudio y una bolsa con una vajilla de plata, y se lo llevaron todo por un callejón situado detrás de los establos, tomaron otro callejón y luego entraron en una de las muchas casas abandonadas que ya habían sido registradas por los franceses. No se atrevieron a seguir, pues los invasores inundaban las calles, por lo que se refugiaron en el sótano de la casa y rezaron para que no los encontraran.

—¿Cuánto tiempo nos quedaremos aquí? —preguntó Ferragus agriamente.

—Hasta que se vayan los franceses —respondió Ferreira.

—¿Y entonces qué?

Ferreira no le contestó enseguida. Estaba pensando. Pensando que los británicos no se limitarían a huir en sus barcos. Intentarían volver a detener a los franceses, probablemente cerca de los nuevos fuertes que había visto que se construían en el camino al norte de Lisboa. Eso significaba que los franceses tendrían que combatir o, de lo contrario, maniobrar para rodear a los ejércitos británico y portugués, lo cual le proporcionaría tiempo. Tiempo para llegar a Lisboa. Tiempo para coger el dinero oculto en el equipaje de su esposa. Tiempo para encontrar a su esposa e hijos. Portugal estaba a punto de venirse abajo y los hermanos iban a necesitar dinero. Mucho dinero. Podrían ir a las Azores o incluso a Brasil, esperar cómodamente a que se calmaran las cosas y volver a casa cuando hubiera pasado la tormenta. ¿Y si los franceses eran derrotados? En ese caso también necesitarían dinero, y el único obstáculo era el capitán Sharpe, que estaba al corriente de la traición de Ferreira. Ese desgraciado había escapado del sótano, pero, ¿seguiría con vida? Parecía probable que lo hubieran matado, pues Ferreira no podía imaginarse que los franceses hicieran prisioneros en su orgía de muerte y destrucción, pero la idea de que el fusilero estuviera vivo era preocupante.

—Si Sharpe está vivo —se preguntó en voz alta—, ¿qué hará?

Ferragus escupió para expresar su opinión sobre Sharpe.

—Regresará con su ejército —Ferreira respondió a su propia pregunta.

—¿Y dirá que eres un traidor?

—Será su palabra contra la mía —dijo Ferreira—, y si estoy presente, su palabra no tendrá mucho peso.

Ferragus se quedó mirando el techo del sótano.

—Podríamos decir que la comida estaba envenenada —sugirió—, decir que era una trampa para los franceses, ¿no?

Ferreira asintió con la cabeza, reconociendo la utilidad de dicha sugerencia.

—Lo más importante —dijo— es que lleguemos a Lisboa. Beatriz y los niños están allí. Mi dinero está allí —pensó en ir al norte y esconderse pero cuanto más se prolongara su ausencia del ejército, más sospechas despertaría ésta. Lo mejor sería volver, salir del apuro embaucándolos y reclamar sus posesiones. Entonces, con dinero, podría sobrevivir a cualquier cosa que ocurriera. Además, echaba de menos a su familia—. Pero, ¿cómo vamos a llegar a Lisboa?

—Yendo hacia el este —sugirió uno de los hombres—. Yendo hacia el este hasta el Tajo y bajar por él.

Ferreira se quedó mirando a aquel hombre, pensando, aunque en realidad no había nada en lo que pensar. No podía ir directamente hacia el sur porque allí estarían los franceses, pero si su hermano y él enfilaban hacia el este por las montañas, atravesando las tierras altas donde los franceses no se atreverían a ir por miedo a los partisanos, al final llegarían al Tajo y el dinero que llevaban sería más que suficiente para comprar una embarcación. Entonces podrían llegar a Lisboa en un par de días.

—Tengo amigos en las montañas —dijo Ferreira.

—¿Amigos? —Ferragus no había seguido el hilo de los pensamientos de su hermano.

—Hombres que han aceptado mis armas. —Como parte de sus obligaciones, Ferreira había distribuido mosquetes británicos entre la gente de las montañas para animarlos a que se convirtieran en partisanos—. Ellos nos proporcionarán caballos —prosiguió con confianza— y sabrán si los franceses están en Abrantes. Si no es así, allí encontraremos una embarcación. Y los hombres de las montañas pueden hacer otra cosa por nosotros. Si Sharpe está vivo...

—A estas alturas ya estará muerto —insistió Ferragus.

—Si está vivo —siguió diciendo Ferreira pacientemente— tendrá que tomar la misma ruta para alcanzar a su ejército. Así pues, pueden matarlo por nosotros. —Hizo la señal de la cruz, pues de pronto todo estaba muy claro—. Cinco de nosotros nos dirigiremos al Tajo —dijo— y desde allí al sur. Cuando alcancemos a nuestro ejército diremos que destruimos las provisiones del almacén y si llegan los franceses zarparemos hacia las Azores.

—¿Sólo cinco de nosotros? —preguntó Miguel. Eran ocho hombres los que estaban en aquel sótano.

—Tres de vosotros os quedaréis aquí —sugirió Ferreira, que miró a su hermano pidiendo aprobación, y Ferragus se la dio con un movimiento de la cabeza—. Tres hombres deben quedarse aquí —dijo Ferreira— para vigilar mi casa y realizar las reparaciones necesarias antes de que regresemos. Y cuando volvamos, estos tres

hombres serán bien recompensados.

El hecho de que el comandante pensara que su casa iba a necesitar reparaciones estaba justificado pues, a tan sólo unos ciento cincuenta metros de distancia, los dragones le estaban buscando. Los franceses creían que el comandante Ferreira y su hermano los habían engañado y querían vengarse. Echaron abajo la puerta principal pero no encontraron a nadie más que a la cocinera que estaba borracha en la cocina, y cuando la mujer blandió una sartén contra la cabeza de un dragón recibió un disparo. Los dragones arrojaron su cuerpo al patio y luego se pusieron a destruir sistemáticamente todo aquello que podían romper. Muebles, cuadros, porcelana, vasijas, todo. Arrancaron la barandilla de las escaleras, rompieron las ventanas y desgoznaron los postigos. No encontraron nada más que los caballos en los establos y se los llevaron para sumarlos a la remonta de la caballería francesa.

Anohecía, el sol despidió un brillo carmesí por encima del lejano Atlántico y luego se puso. Los incendios de la ciudad siguieron ardiendo e iluminaron el cielo cargado de humo. El primer arrebato de furia de los franceses había amainado, pero seguían oyéndose gritos en la oscuridad y lágrimas en la noche, pues las Águilas habían tomado una ciudad.

\* \* \* \*

Sharpe se apoyó en el marco de la puerta, a la sombra de un pequeño porche de madera por el que una planta se enroscaba y caía. El pequeño jardín estaba ordenadamente plantado en hileras, pero Sharpe no sabía qué era lo que allí crecía, aunque sí que reconoció unas judías verdes que recogió y guardó en un bolsillo en previsión de los días de hambre que estaban por venir. Volvió a apoyarse en el marco de la puerta, escuchando los disparos en el sur de la ciudad y los ronquidos de Harper que provenían de la cocina. Se quedó dormido y no se dio cuenta hasta que un gato se frotó contra sus tobillos y lo despertó con un sobresalto. En la ciudad seguían sonando los disparos y el humo seguía arremolinándose en lo alto.

Acarició al gato, dio patadas en el suelo, intentó permanecer despierto, pero volvió a quedarse dormido de pie y al despertarse vio a un oficial francés sentado en la entrada del jardín con un bloc de dibujo. El hombre estaba dibujando a Sharpe y, al ver que su modelo se despertaba, levantó una mano como para decirle a Sharpe que no se alarmara. Siguió dibujando, moviendo el lápiz con trazos rápidos y seguros. Con voz relajada y amistosa se dirigió a Sharpe, quien le respondió con un gruñido, y al oficial no pareció importarle que su modelo no le entendiera. Estaba anocheciendo cuando el oficial terminó de dibujar, se puso de pie, le llevó el dibujo a Sharpe y le preguntó su opinión. El francés sonreía, satisfecho con su obra, y Sharpe contempló el dibujo de un hombre de aspecto infame, de rostro aterrador y lleno de cicatrices,

apoyado en la entrada en mangas de camisa, el rifle apoyado a su lado y una espada colgándole de la cintura. ¿Acaso el idiota no había visto que eran armas británicas? El oficial, un joven apuesto de cabello rubio, lo instó a responder y Sharpe se encogió de hombros, preguntándose si tendría que desenvainar la espada y cortar en filetes a ese tipo.

Entonces apareció Sarah, que dijo algo en un francés fluido y el oficial se despojó apresuradamente de su gorra de forrajeador, hizo una reverencia y le mostró el dibujo a Sarah, que debió de expresar su deleite, pues el hombre lo arrancó de su gran bloc y se lo entregó a ella con otra reverencia. Estuvieron hablando unos minutos más, o mejor dicho, el oficial habló y Sarah pareció estar de acuerdo con todo lo que él decía, añadiendo muy pocas palabras y entonces, por fin, el oficial le besó la mano, saludó cordialmente a Sharpe con la cabeza y desapareció por las escaleras y a través del arco del otro extremo.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Sharpe.

—Le he dicho que somos holandeses. Por lo visto él creía que eras un soldado de caballería.

—Vio la espada, el peto y las botas —explicó Sharpe—. ¿No sospechaba nada?

—Dijo que eras el vivo retrato de un soldado moderno —dijo Sarah mirando el dibujo.

—Ése soy yo —dijo Sharpe—, una obra de arte.

—En realidad dijo que eras la viva imagen de la furia de un pueblo desatada en un mundo viejo y corrupto.

—¡Diantre! —exclamó Sharpe.

—Y también dijo que era una pena lo que se le estaba haciendo a la ciudad, pero que era inevitable.

—¿Qué pasa con la disciplina?

—Inevitable —Sarah hizo caso omiso de la pregunta de Sharpe— porque Coimbra representa el viejo mundo de supersticiones y privilegios.

—De modo que era otro franchute lleno de... —empezó a decir Sharpe.

—¿Mierda? —lo interrumpió Sarah.

Sharpe la miró.

—Eres muy rara, cariño.

—Bien —repuso ella.

—¿Has dormido? —le preguntó Sharpe.

—Sí. Ahora deberías dormir tú.

—Alguien tiene que montar guardia —dijo Sharpe, aunque él no lo había hecho particularmente bien. Estaba profundamente dormido cuando llegó el oficial francés y sólo había sido pura cuestión de suerte que fuera un hombre con un bloc de dibujo en vez de algún cabrón en busca de botín—. Lo que podrías hacer —sugirió— es mirar

si se puede reavivar el fuego de la cocina y prepararnos un poco de té.

—¿Té?

—Hay unas cuantas hojas en mi mochila —dijo Sharpe—. Tendrás que sacarlas, y siempre se mezclan un poco con la pólvora suelta, pero a la mayoría nos gusta el sabor que le da.

—El sargento Harper está en la cocina —comentó Sarah tímidamente.

—¿Te preocupa lo que puedas ver? —le preguntó Sharpe con una sonrisa—. A él no le importará. No hay mucha intimidad en el ejército. Es muy instructivo, el ejército.

—Ya me estoy dando cuenta —dijo Sarah, y se fue a la cocina pero volvió para informar de que el fogón estaba frío.

Sarah se había movido haciendo el menor ruido posible, pero aun así había despertado a Harper, que salió rodando de su improvisada cama y se dirigió medio adormilado al pequeño salón.

—¿Qué hora es?

—Anochece —dijo Sharpe.

—¿Todo tranquilo?

—Sí, salvo por sus ronquidos. Y recibimos la visita de un franchute que estuvo charlando con Sarah sobre el estado del mundo.

—Un estado terrible, ya lo creo —dijo Harper—, es una lástima, la verdad —meneó la cabeza y a continuación levantó el fusil de cañones múltiples—. Debería dormir un poco, señor. Deje que monte guardia un rato —se dio la vuelta y sonrió al ver a Joana que salía de la cocina. Se había quitado el vestido roto y por lo visto sólo llevaba puesta la camisa del francés, que le llegaba a medio muslo. Rodeó a Harper por la cintura, apoyo la cabeza morena en su hombro y sonrió a Sharpe—. Los dos montaremos guardia —dijo Harper.

—¿Así es como lo llama? —le preguntó Sharpe, y cogió su rifle—. Despiérteme cuando se canse —dijo. Le pareció que necesitaba dormir como era debido más que el té, pero sabía que Harper probablemente podría beberse cuatro litros—. ¿Quiere hacer primero un poco de té? Íbamos a encender el fogón.

—Lo prepararé en el hogar, señor —Harper señaló con la cabeza la pequeña chimenea en la que había un cazo con tres pies diseñado para ponerse sobre las brasas—. En el jardín hay agua —añadió dirigiendo un gesto a un barril donde se recogía el agua de lluvia—, de modo que la cocina es toda suya, señor. Que duerma bien, señor.

Sharpe agachó la cabeza para cruzar la puerta baja y al cerrarla se encontró completamente a oscuras. Anduvo a tientas hasta encontrar la puerta trasera tras la cual había un pequeño patio cercado iluminado por la luz de la luna que, al filtrarse por la humareda que se disipaba, le daba un aspecto fantasmagórico. En la esquina del patio había una bomba de agua; Sharpe le dio a la manivela y echó agua en un

abrevadero de piedra. Utilizó un puñado de paja para limpiar la suciedad de las botas, luego se las quitó de un tirón y se lavó las manos. Se desabrochó el talabarte y lo llevó a la cocina junto con las botas y la espada. Cerró la puerta y se arrodilló para buscar la cama en la oscuridad.

—Cuidado —dijo Sarah desde algún lugar de la maraña que formaban las mantas y el capote.

—¿Qué estás...? —empezó a decir Sharpe, pero entonces pensó que era una pregunta estúpida y no la terminó.

—Me parece que no me querían ahí fuera —explicó Sarah—. No es que el sargento Harper fuera antipático, ni mucho menos, pero tuve la clara impresión de que esos dos podían pasar perfectamente sin mí.

—Probablemente sea cierto —dijo Sharpe.

—Y te dejaré dormir —le prometió.

Pero no fue así.

\* \* \* \*

Sharpe se despertó por la mañana. El gato había entrado en la cocina de alguna manera y estaba sentado en el pequeño estante que había al lado del fogón, donde se lavaba y de vez en cuando miraba a Sharpe con sus ojos amarillos. Sarah tenía el brazo izquierdo por encima del pecho de Sharpe, que se maravilló de lo suave y pálida que era su piel. Todavía dormía y un mechón de cabello dorado se estremecía frente a sus labios abiertos con cada respiración. Sharpe se zafó de su abrazo con cuidado y, desnudo, abrió poco a poco la puerta de la cocina, lo suficiente como para poder ver el salón.

Harper estaba en la butaca con Joana dormida en el regazo. El irlandés se dio la vuelta al oír el chirrido de las bisagras.

—Todo está tranquilo, señor —susurró.

—Tendría que haberme despertado.

—¿Por qué? No hay ningún movimiento.

—¿Y el capitán Vicente?

—Salió sigilosamente, señor. Fue a ver lo que estaba ocurriendo. Prometió no ir muy lejos.

—Prepararé un poco de té —dijo Sharpe, y cerró la puerta.

Junto al fogón había un cesto con astillas para encender el fuego y una caja con troncos pequeños. Hizo el menor ruido posible pero oyó que Sarah se despertaba, se dio la vuelta y vio que ella lo miraba desde el revoltijo de la ropa de cama.

—Tienes razón —le dijo—, el ejército es muy instructivo.

Sharpe se apoyó en el fogón. Ella se incorporó, tapándose los pechos con el

capote de Harper y Sharpe se la quedó mirando; Sarah le devolvió la mirada y ninguno de los dos dijo nada hasta que de pronto ella se rascó el muslo.

—Cuando estuviste en la India —terció ella sin previo aviso—, ¿conociste a gente que creía que después de muertos volvían siendo otra persona?

—No que yo sepa —respondió Sharpe.

—Me han dicho que es lo que creen —afirmó Sarah con solemnidad.

—Creen toda clase de tonterías. No podía estar al corriente de todas.

—Cuando regrese —dijo Sarah, ladeando la cabeza para apoyarla en la pared—, creo que lo haré siendo un hombre.

—Sería un desperdicio —comentó Sharpe.

—Porque tú eres libre —replicó ella, y levantó la mirada hacia las hierbas secas que colgaban de las vigas.

—Yo no soy libre —dijo Sharpe—. Tengo al ejército encima. Son como pulgas —vio que ella volvía a rascarse.

—Lo que hicimos anoche —dijo Sarah, que se ruborizó levemente y que sin duda tuvo que obligarse a hablar de lo que con tanta naturalidad había ocurrido en la oscuridad— no te cambia. Eres la misma persona. Yo no.

Sharpe oyó la voz de Vicente en el salón y al cabo de un instante sonaron unos golpes en la puerta de la cocina.

—Un minuto, Jorge —le gritó Sharpe. Miró a Sarah a los ojos—. ¿Debería sentirme culpable?

—No, no —se apresuró a responder Sarah—. Sólo digo que eso lo cambia todo. Para una mujer —volvió a levantar la mirada hacia las hierbas— no es una nimiedad. Para un hombre, creo que sí.

—No te dejaré sola —dijo Sharpe.

—No estaba preocupada por eso —contestó Sarah, aunque en realidad sí lo estaba—. Lo que pasa es que ahora todo es nuevo. No soy la misma persona que era ayer. Y eso significa que el mañana también es distinto —esbozó una sonrisa—. ¿Lo entiendes?

—Es probable que tengas que explicármelo un poco más —dijo Sharpe— cuando esté despierto. Pero de momento, mi amor, tengo que dejar entrar a Jorge para ver qué tiene que decir y necesito un dichoso té —se inclinó para darle un beso y luego cogió su ropa.

Sarah cogió su vestido roto de entre la maraña de ropa de cama. Estaba a punto de pasárselo por la cabeza pero se estremeció.

—Apesta —dijo con asco.

—Ponte esto —le dijo Sharpe, que le lanzó la camisa y él se puso los pantalones de peto, los tirantes sobre los hombros desnudos y se calzó las botas—. Dedicaremos el día a hacer la colada —dijo—. Lo lavaremos todo. Dudo que esos malditos



franceses se marchen hoy y parece que aquí estamos bastante seguros. —Esperó hasta que ella se hubo abrochado la camisa y entonces abrió la puerta—. Lo siento, Jorge, estaba haciendo un fuego.

—Los franceses no se marchan —informó Vicente desde la puerta. Iba en mangas de camisa y se había hecho un cabestrillo para el brazo izquierdo—. No pude ir demasiado lejos, pero miré colina abajo y no vi que hicieran ningún preparativo.

—Están recuperando el aliento —dijo Sharpe—, probablemente se pongan en marcha mañana —se volvió hacia Sarah—. Mira a ver si el fuego de Patrick sigue encendido, ¿quieres? Dile que necesito llama para éste.

Sarah pasó junto a Vicente, que se hizo a un lado para dejarla pasar y a continuación desvió la mirada de Sarah a Joana, ambas con las piernas desnudas y vestidas con camisas mugrientas. Entró en la cocina y miró a Sharpe con el ceño fruncido.

—Esto parece un burdel —le dijo en tono de reprobación.

—Los casacas verdes siempre han tenido suerte, Jorge. Y las dos son voluntarias.

—¿Y eso lo justifica?

Sharpe metió más astillas en el fogón.

—No hay que justificarlo, Jorge. Es la vida.

—Por eso tenemos la religión —dijo Vicente—, para elevarnos por encima de la vida.

—He sido afortunado y siempre me he librado de la ley y la religión —repuso Sharpe.

Vicente pareció abatido por aquella respuesta, pero entonces vio el retrato a lápiz de Sharpe que Sarah había colocado en un estante y se le iluminó el rostro.

—¡Es muy bueno! ¡Es igual que usted!

—Es una imagen, Jorge, de la ira de un pueblo desatada en un mundo corrupto.

—¿Ah sí?

—Eso es lo que me dijo el que lo dibujó, o algo muy parecido.

—¿No lo hizo la señorita Fry?

—Fue un oficial comerranas, Jorge. Lo hizo anoche mientras usted dormía. Apártese, que viene el fuego —Vicente y él dejaron paso a Sarah, que metió en el fogón el trozo de madera ardiendo que llevaba y se lo quedó mirando para comprobar que la leña prendía—. Lo que vamos a hacer —anunció Sharpe mientras Sarah soplaba sobre las pequeñas llamas— es hervir un poco de agua, lavar la ropa y eliminar las pulgas.

—¿Pulgas? —Sarah parecía alarmada.

—¿Por qué crees que te estás rascando, querida? Probablemente tengas algo peor que pulgas, pero tenemos todo el día para hacer limpieza. Esperaremos a que se vayan los franchutes, que será mañana como muy pronto.

—¿No se irán hoy? —preguntó Sarah.

—¿Esa panda de borrachos? Hoy sus oficiales no conseguirían hacerlos formar en orden de marcha. Mañana, si tienen suerte. Y esta noche echaremos un vistazo a las calles, pero dudo que podamos salir hoy. Seguro que tienen patrullas. Será mejor esperar a que se hayan marchado y luego cruzar el puente y dirigirnos hacia el sur.

Sarah pensó un segundo, frunció el ceño y se rascó la cintura.

—¿Vas a seguir a los franceses? —preguntó—. ¿Cómo vas a pasar sin que te vean?

—El camino más seguro —intervino Vicente— sería dirigirnos al Tajo. Tendríamos que atravesar algunas montañas altas para llegar al río, pero una vez allí podríamos encontrar una embarcación. Algo que nos lleve río abajo hasta Lisboa.

—Pero antes de eso —dijo Sharpe— tenemos otro trabajo que hacer. Buscar a Ferragus.

Vicente puso mala cara.

—¿Por qué?

—Porque está en deuda con nosotros, Jorge —dijo Sharpe—, o al menos lo está con Sarah. Ese cabrón le robó el dinero y tenemos que recuperarlo.

Estaba claro que a Vicente no le hacía ninguna gracia la idea de prolongar la contienda con Ferragus, pero no expresó ninguna objeción. En cambio, preguntó:

—¿Y si hoy viene alguna patrulla? Andarán registrando la ciudad en busca de sus propias tropas, ¿no?

—¿Habla franchute?

—No muy bien, pero un poco sí.

—Pues dícales que es italiano, holandés, lo que quiera, y prometa que nos reuniremos con nuestra unidad. Cosa que haremos, si es que podemos salir de aquí.

Prepararon té, compartieron un desayuno de galleta, ternera salada y queso y luego Sharpe y Vicente montaron guardia en tanto que Harper ayudaba a las dos mujeres con la colada. Hirvieron la ropa para quitarle el hedor de cloaca a la tela y, cuando todo estuvo seco, lo cual llevó la mayor parte del día, Sharpe se valió de un atizador caliente para matar a las pulgas que había en las costuras. Harper había descolgado unas cortinas del dormitorio, las había lavado, las había cortado en largas tiras y se empeñó en vendarle las costillas a Sharpe, que todavía las tenía amoratadas y doloridas. Sarah vio las cicatrices que Sharpe tenía en la espalda.

—¿Qué te ocurrió? —le preguntó.

—Me azotaron —le explicó Sharpe.

—¿Por qué?

—Por algo que no hice —respondió Sharpe.

—Debió de dolerte.

—La vida duele —repuso Sharpe—. Envuélvalo bien tirante, Pat.

Todavía le dolían las costillas, pero podía respirar hondo sin estremecerse de dolor, lo cual significaba sin duda que la cosa se estaba arreglando. También se estaban arreglando las cosas en la ciudad, dado que aquel día Coimbra estaba más tranquila, aunque la columna de humo, que para entonces ya no era tan densa, seguía alzándose desde el almacén. Sharpe imaginó que los franceses habrían rescatado algunas provisiones del incendio, pero no las suficientes para librarlos del hambre de la que lord Wellington había hecho uso para frustrar su invasión. A mediodía Sharpe avanzó sigilosamente hasta el extremo del tortuoso callejón y, tal como se había figurado, vio que las patrullas de soldados franceses estaban sacando a los hombres de las casas y Harper y él llenaron el callejón con residuos del jardín para indicar que no valía la pena explorarlo, y la artimaña debió de funcionar puesto que ninguna patrulla se molestó en explorar aquel estrecho pasaje. Al caer la noche se oyó el sonido de unos cascos y unas ruedas con llanta de hierro por las calles cercanas y cuando hubo oscurecido del todo Sharpe salvó los obstáculos del callejón y vio que había dos baterías de artillería aparcadas en la calle. Media docena de centinelas vigilaban los vehículos y uno de ellos, más despierto que los demás, vio la sombra de Sharpe en la entrada del callejón y le dio el alto. Sharpe se agachó. El hombre volvió a gritar y como no recibió respuesta, disparó hacia la oscuridad. La bala rebotó por encima de la cabeza de Sharpe, que retrocedió poco a poco. «*Un chien*», dijo otro de los centinelas. El primero miró por el callejón, no vio nada y estuvo de acuerdo en que debía de haber sido un perro en la noche.

Sharpe montó guardia durante la segunda mitad de la noche. Sarah se quedó con él, mirando el jardín iluminado por la luna. Habló de cómo se crió y explicó que perdió a sus padres.

—Me convertí en un incordio para mi tío —dijo con tristeza.

—¿Y se te quitó de encima?

—En cuanto pudo —ella estaba sentada en la butaca, alargó la mano y pasó el dedo por los refuerzos de cuero en zigzag de la pernera de los pantalones de peto de Sharpe—. ¿De verdad los británicos se quedarán en Lisboa?

—Hará falta algo más que esta manga de franceses para hacer que se marchen —respondió Sharpe con desdén—. Por supuesto que vamos a quedarnos.

—Si tuviera cien libras —comentó ella con añoranza—, buscaría una casita en Lisboa y enseñaría inglés. Me gustan los niños.

—A mí no.

—Claro que sí —le pegó suavemente.

—¿No vas a volver a Inglaterra? —le preguntó Sharpe.

—¿Qué puedo hacer allí? Nadie quiere aprender portugués, pero hay muchos portugueses que quieren que sus hijos sepan inglés. Además, en Inglaterra sólo soy otra joven sin perspectivas, fortuna ni futuro. Aquí me beneficio de la intriga de ser

diferente.

—Tú sí que me intrigas a mí —comentó Sharpe, y volvió a recibir un golpecito—. Podrías quedarte conmigo —añadió.

—¿Y ser la mujer de un soldado? —se rió.

—No hay nada malo en eso —dijo Sharpe a la defensiva.

—No, no lo hay —coincidió Sarah. Guardó silencio unos momentos—. Hasta hace dos días —continuó diciendo de repente— pensaba que mi vida dependía de otra gente. De las personas para las que trabajaba. Ahora creo que depende de mí.

Me lo has enseñado tú. Pero me hace falta dinero.

—Conseguir dinero es fácil —le dijo Sharpe, quitándole importancia.

—No es la opinión ortodoxa —replicó Sarah con sequedad.

—Róballo —dijo Sharpe.

—¿De verdad eras un ladrón?

—Lo sigo siendo. Un ladrón siempre es un ladrón, sólo que ahora le robo al enemigo. Algún día tendré lo suficiente para dejar de hacerlo y entonces evitaré que los demás me roben a mí.

—Tienes una visión muy simple de la vida.

—Naces, sobrevives y mueres —dijo Sharpe—, ¿qué tiene eso de difícil?

—Es una vida animal —dijo Sarah—, y nosotros somos más que animales.

—Eso es lo que me dice todo el mundo —repuso Sharpe—, pero cuando hay guerra dan gracias por tener a hombres como yo. O al menos así era.

—¿Era?

Sharpe vaciló y se encogió de hombros.

—Mi coronel quiere deshacerse de mí. Quiere darle mi empleo a un cuñado suyo, un hombre llamado Slingsby. Él tiene modales.

—Es bueno tenerlos.

—No cuando vienen a por ti cincuenta mil comerranas. Entonces los modales no te llevan muy lejos. Lo que entonces necesitas es pura mala leche.

—¿Y tú la tienes?

—A montones, querida —contestó Sharpe.

Sarah sonrió.

—¿Y qué va a pasar contigo ahora?

—No lo sé. Regresaré y si no me gusta lo que me encuentro me buscaré otro regimiento. Quizá me aliste con los portugueses.

—Pero, ¿seguirás siendo soldado?

Sharpe asintió con la cabeza. No se imaginaba otro tipo de vida. En ocasiones pensaba que le gustaría poseer unas cuantas hectáreas y cultivarlas, pero no tenía ni idea de agricultura y reconoció que aquel deseo era un sueño. Seguiría siendo soldado y, si alguna vez pensaba en ello, suponía que acabaría como un soldado, o sudando en

una sala para enfermos afectados por las fiebres o muerto en el campo de batalla.

Sarah debió de adivinar lo que Sharpe estaba pensando.

—Creo que sobrevivirás —le dijo.

—Creo que tú también.

Desde algún lugar de la oscuridad les llegó el aullido de un perro y, al oírlo, el gato arqueó el lomo y bufó. Al cabo de un rato, Sarah se quedó dormida y Sharpe se acuclilló junto al gato y observó cómo la luz iba extendiéndose poco a poco por el cielo. Vicente se despertó temprano y se reunió con ellos.

—¿Cómo va el hombro? —le preguntó Sharpe.

—Ya no me duele tanto.

—Entonces es que se está curando —afirmó Sharpe.

Vicente se sentó en silencio. Al cabo de un rato, dijo:

—Si los franceses se marchan hoy, ¿no sería sensato que nosotros también lo hiciéramos?

—¿Y olvidarnos de Ferragus, quiere decir?

Vicente asintió con la cabeza.

—Nuestro deber es reincorporarnos al ejército.

—Sí —admitió Sharpe—, pero cuando lo hagamos nos sancionarán por habernos ausentado. Su coronel no va a estar muy contento. De manera que tenemos que llevarles algo.

—¿A Ferragus?

Sharpe cabeceó en señal de negación.

—A Ferreira. Es sobre él que tienen que saber ciertas cosas. Pero para encontrarle buscaremos a su hermano.

Vicente dio su aprobación con un movimiento de la cabeza.

—Así cuando volvamos no sólo habremos estado ausentes, sino que habremos estado haciendo algo útil.

—Y en lugar de patearnos nos darán las gracias.

—Entonces, cuando los franceses se marchen buscaremos a Ferreira, ¿no? ¿Y lo llevaremos hacia el sur bajo arresto?

—¿Sencillo, eh?

—Esto no se me da tan bien como a usted.

—¿El qué?

—El estar lejos del regimiento. El estar solo.

—Echa de menos a Kate, ¿verdad?

—Y también echo de menos a Kate.

—Es lógico que la añore —dijo Sharpe—, y sí que se le da bien, Jorge. Usted es tan buen soldado como cualquiera, y si entrega a Ferreira al ejército lo considerarán un héroe. En un par de años será coronel mientras yo sigo siendo capitán y entonces

deseará no haber mantenido esta conversación. Es hora de preparar un poco de té, Jorge.

Los franceses se marcharon. Los cañones, carros, caballos y soldados tardaron casi todo el día en cruzar el puente de Santa Clara, torcer por las estrechas calles del otro lado y salir al camino principal que los llevaría a Lisboa. Las patrullas se pasaron el día recorriendo las calles, haciendo sonar las cornetas y gritándoles a los soldados que se reincorporaran a sus unidades y ya era media tarde cuando sonó la última corneta y el barullo de botas, cascos y ruedas se fue desvaneciendo en Coimbra. Los franceses no se habían marchado del todo. Dejaron a más de tres mil heridos en el gran convento de Santa Clara, al sur del río, y aquellos hombres necesitaban protección. Los franceses habían recorrido la ciudad violando, asesinando y saqueando, por lo que los soldados heridos incitaban a una venganza fácil, de modo que los custodiaban ciento cincuenta infantes de marina franceses con el apoyo de trescientos convalecientes que todavía no estaban en condiciones de marchar con el ejército pero que podían utilizar sus mosquetes. Aquella pequeña guarnición estaba a las órdenes de un comandante al que se le había otorgado el presuntuoso título de gobernador de Coimbra, pero el insignificante número de soldados que comandaba no le daba el control de la ciudad. Apostó a la mayor parte de sus fuerzas en el convento, pues era allí donde estaban los soldados vulnerables, y estableció piquetes en los principales caminos que salían de la ciudad, pero todo lo demás se hallaba sin vigilancia.

Así pues, los habitantes que habían sobrevivido salieron a una ciudad devastada. Sus iglesias, escuelas y calles estaban llenas de cuerpos y basura. Había cientos de muertos y el llanto de los dolientes resonaba de un extremo a otro de los callejones. La gente quiso vengarse y las paredes encaladas del convento quedaron todas picadas por las balas de los mosquetes que hombres y mujeres disparaban a ciegas contra el edificio en el que se ocultaban los franceses. Algunos insensatos intentaron atacar el convento y cayeron abatidos por las descargas que provenían de puertas y ventanas. Al cabo de un rato terminó aquella locura. Los muertos yacían en las calles fuera del convento y los franceses estaban atrincherados dentro. Los pequeños piquetes que había en las calles de la periferia, en ninguno de los cuales había más de treinta hombres, se hicieron fuertes en las casas y esperaron a que el mariscal Masséna derrotara de forma aplastante al enemigo y mandara refuerzos a Coimbra.

Sharpe y sus compañeros abandonaron la casa poco después de amanecer. Volvían a llevar sus propios uniformes, pero durante los primeros cinco minutos fueron maldecidos en dos ocasiones por mujeres enojadas, y Sharpe se dio cuenta de que la gente de la ciudad no reconocía las casacas verdes y pardas, por lo tanto, antes de que alguien intentara pegarles un tiro desde un callejón, se quitaron las guerreras, sujetaron el chacó en el cinturón y anduvieron en mangas de camisa. Pasaron junto a

un sacerdote que se había arrodillado en la calle para ofrecer los ritos fúnebres a tres hombres muertos. Una niña lloraba, aferrada a la mano de uno de los cadáveres, pero el sacerdote le separó la manita de aquellos otros dedos rígidos y, al tiempo que lanzaba una mirada de reproche al arma que Sharpe llevaba colgada al hombro, se llevó de allí a la niña.

Sharpe se detuvo antes de llegar a la esquina que se abría a la pequeña plaza frente a la casa de Ferragus. No sabía si éste seguía en Coimbra o no, pero no quería arriesgarse y se asomó con cuidado por la pared. Vio que la puerta principal estaba fuera de sus goznes, no quedaba ni un solo cristal en las ventanas y los postigos estaban rotos o los habían arrancado.

—No está aquí —dijo.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó Vicente.

—Porque al menos habría bloqueado la puerta —respondió Sharpe.

—Quizá lo mataran —sugirió Harper.

—Vamos a averiguarlo. —Sharpe se descolgó el rifle, lo amartilló, dijo a los demás que esperaran, cruzó corriendo el trecho de plaza iluminado por el sol, subió los escalones de entrada a la casa de tres en tres, entró en el vestíbulo y allí se agachó al pie de las escaleras mientras escuchaba.

Silencio. Hizo señas a los demás para que se acercaran. Las dos chicas fueron las primeras en cruzar la puerta y Sarah abrió desmesuradamente los ojos, horrorizada ante semejante destrucción. Harper echó un vistazo a lo alto de las escaleras.

—Lo han dejado todo hecho una verdadera mierda —dijo—. Lo siento, señorita.

—No pasa nada, sargento —repuso Sarah—. Ya no parece importarme.

—Es como las cloacas, señorita —le dijo Harper—. Si estás metido en ellas el tiempo suficiente acabas acostumbrándote. ¡Por Dios, lo han destrozado todo a conciencia!

Habían hecho pedazos todo lo que podía romperse. Sharpe inspeccionó el vestíbulo, miró en el salón y en el estudio y los fragmentos de cristal de una araña crujieron bajo sus botas. La cocina era un revoltijo de cacharros rotos y sartenes dobladas. Incluso habían retirado el fogón de la pared y lo habían desmontado. En el aula la habían emprendido a martillazos con las sillitas, la mesa baja y el escritorio de Sarah hasta dejarlo todo reducido a astillas. Subieron por las escaleras, mirando en todas las habitaciones, y no encontraron nada aparte de destrucción y suciedad deliberada. No había ni rastro de Ferragus ni de su hermano.

—Esos hijos de puta se han marchado —dijo Sharpe después de abrir los armarios del dormitorio principal en los que sólo encontró una baraja de naipes.

—Pero el comandante Ferreira estaba en el bando de los franceses, ¿no? —preguntó Harper, extrañado de que los franceses hubieran destruido la casa de un aliado.

—No sabe en qué bando está —dijo Sharpe—. Quiere estar en el lado del vencedor.

—Pero les vendió la comida, ¿verdad? —insistió Harper.

—Creemos que sí —respondió Sharpe.

—Pero entonces usted la quemó —intervino Vicente—, ¿y a qué conclusión llegarán los franceses? A que los hermanos los engañaron.

—En tal caso —dijo Sharpe— lo más probable es que los franceses les pegaran un tiro a los dos. Eso sí que sería un día provechoso para un maldito franchute.

Se colgó el rifle al hombro y subió el último tramo de escaleras hasta el desván. No esperaba encontrar nada, pero al menos las ventanas altas proporcionaban un mirador desde el que podría divisar la parte baja de la ciudad y ver qué tipo de presencia mantenían los franceses. Sabía que seguían en la ciudad porque de vez en cuando oía unos disparos a lo lejos que parecían provenir de las cercanías del río, pero cuando miró por una ventana rota no vio al enemigo, ni siquiera vio humo de mosquetes. Sarah lo había seguido hasta arriba en tanto que los demás se habían quedado en el piso de abajo. Se asomó al alféizar de la ventana y miró hacia el sur, hacia el otro lado del río y las montañas distantes.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

—Reincorporarnos al ejército.

—¿Así de sencillo?

—Tenemos que andar un buen trecho —dijo Sharpe— y te van a hacer falta unas botas y una ropa mejor que las que llevas. Las buscaremos.

—¿Cuánto tendremos que caminar?

—¿Cuatro días? ¿Cinco? ¿Una semana, tal vez? No lo sé.

—¿Y dónde encontrarás ropa para mí?

—Por el camino, amor, por el camino.

—¿Por el camino?

—Cuando los franceses se marcharon —explicó— llevaban encima todo lo que habían saqueado, pero al cabo de dos o tres kilómetros de marcha cambias de opinión. Empiezas a tirar cosas. Habrá cientos de cosas en el camino del sur.

Sarah bajó la vista a su vestido roto, sucio y arrugado.

—Tengo un aspecto horrible.

—Tienes un aspecto fantástico —dijo Sharpe, que se dio la vuelta porque sonaron dos golpes secos desde el piso de abajo, se llevó el dedo a los labios y, moviéndose con todo el cuidado del que fue capaz, regresó poco a poco a la escalera.

Al pie del tramo estaba Harper, y el irlandés levantó tres dedos y luego señaló hacia abajo por las otras escaleras. De modo que había tres personas en la casa. Harper volvió a mirar abajo, levantó cuatro dedos y balanceó la mano, diciéndole a Sharpe que podían ser más de tres. Probablemente se tratara de saqueadores. Los



franceses habían pillado Coimbra una vez, pero habían dejado las sobras y había mucha gente dispuesta a subir desde la parte baja de la ciudad para enriquecerse en la parte alta.

Sharpe había ido bajando por la escalera del desván, pisando a un lado de los peldaños, muy lentamente. Vicente estaba detrás de Harper con el rifle apuntando hacia el pasillo en tanto que Joana estaba en la puerta del dormitorio con el mosquete al hombro. Sharpe se puso al lado de Harper. Oyó voces. Alguien estaba enojado. Sharpe amartilló el rifle, y se encogió cuando el mecanismo chasqueó, pero abajo no lo oyeron. Se señaló a sí mismo, luego a la escalera, y Harper asintió con la cabeza.

Sharpe empezó a bajar por aquel tramo de escalera, más despacio todavía. Los peldaños estaban cubiertos de trozos de barandilla y lágrimas de cristal y a cada paso tuvo que encontrar un espacio despejado en el que poner el pie y trasladar el peso del cuerpo suavemente. Cuando se encontraba a mitad del tramo oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo que había al pie de la escalera y se agachó, levantó el rifle y en aquel preciso momento apareció un hombre que vio a Sharpe y profirió un grito ahogado de asombro. Sharpe no disparó. Si Ferragus había vuelto no quería alertarle, y en lugar de disparar el arma le hizo gestos a aquel hombre para que se arrojara al suelo; pero el hombre se dio la vuelta rápidamente y profirió un grito de advertencia. Harper disparó, la bala pasó volando por encima del hombro de Sharpe, alcanzó al hombre en la espalda y lo tumbó en el suelo del pasillo. Sharpe se puso en movimiento y bajó las escaleras de cuatro en cuatro. El hombre herido se arrastraba por el pasillo. Sharpe le dio una patada en la espalda y saltó por encima de él; entonces apareció un segundo hombre en la oscura entrada de la cocina, Sharpe disparó y el fogonazo del rifle brilló en el sombrío corredor que se llenó de humo. Harper ya había bajado y empuñaba su fusil de cañones múltiples. Sharpe sorteó de un salto los pocos peldaños que llevaban a la cocina, encontró un cuerpo al pie de la escalera, corrió hacia la puerta trasera y se arrojó hacia atrás cuando un hombre le disparó desde el patio.

Harper fue corriendo a la puerta de atrás y no se detuvo, sino que se limitó a alzar el rifle vacío y la amenaza fue suficiente para que quienquiera que estuviera allí saliera corriendo. Sharpe estaba recargando Joana entró en la cocina y Sharpe le cogió el mosquete, le dio el rifle a medio cargar y volvió corriendo al pasillo, saltó por encima del hombre herido y entró en el salón porque la ventana daba al patio. La ventana de guillotina, en cuyos bordes destellaba el vidrio roto, estaba abierta y Sharpe corrió hacia ella pero no vio a nadie al otro lado.

—El patio está vacío —le gritó a Harper.

Harper apareció por la puerta de la cocina, cruzó el patio y cerró la verja.

—¿Saqueadores? —le preguntó a Sharpe.

—Es probable —Sharpe lamentaba haber disparado. La amenaza de los rifles

hubiera bastado para ahuyentar a los saqueadores, pero supuso que estaba nervioso y por eso había matado a un hombre que casi seguro no se lo merecía—. ¡Qué imbécil! —dijo, reprendiéndose a sí mismo, entonces fue a recuperar el rifle que tenía Joana pero Sarah, que estaba agachada junto al hombre herido en el pasillo, le dijo:

—Es Miguel.

—¿Quién?

—Miguel. Uno de los hombres de Ferragus.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí.

—Hable con él —le dijo Sharpe a Vicente—. Averigüe dónde están esos dichosos hermanos. —Sharpe pasó por encima del herido y fue a buscar su rifle. Terminó de recargarlo y volvió al pasillo donde Vicente estaba interrogando a Miguel.

—No quiere hablar —dijo Vicente—, excepto para pedir un médico.

—¿Dónde ha recibido el disparo?

—En el costado —contestó Vicente, señalando la cintura de Miguel, donde la sangre oscurecía su ropa.

—Pregúntele dónde está Ferragus.

—No me lo va a decir.

Sharpe apoyó la bota en el trozo de tela empapado de sangre y Miguel soltó un grito ahogado de dolor.

—Pregúnteselo otra vez —dijo Sharpe.

—Sharpe, no puede... —empezó a decir Vicente.

—¡Pregúnteselo otra vez! —gruñó Sharpe, que clavó su mirada en los ojos de Miguel y dirigió una sonrisa harto significativa al herido. Miguel empezó a hablar. Sharpe dejó la bota sobre la herida mientras escuchaba la traducción de Vicente.

Los hermanos Ferreira creían que probablemente Sharpe estuviera muerto, pero también creían que no era importante siempre y cuando ellos alcanzaran primero al ejército y dieran su versión de los acontecimientos. Y trataban de encontrar al ejército cruzando las montañas, dirigiéndose hacia Castelo Branco porque aquel camino estaría libre de franceses, pero tenían intención de poner rumbo al sur en cuanto se aproximaran al río. Querían llegar a Lisboa, porque allí se habían refugiado temporalmente la familia y la fortuna del comandante, y habían dejado a Miguel y a otros dos para que vigilaran la propiedad de Coimbra.

—¿Eso es todo lo que sabe? —preguntó Sharpe.

—Es todo lo que sabe —dijo Vicente, que quitó el pie de Sharpe de encima de la herida de Miguel.

—Pregúntele qué más sabe —dijo Sharpe.

—No puede torturar a un hombre —reprendió Vicente a Sharpe.

—No lo estoy torturando —replicó Sharpe—, pero le aseguro que lo haré si no

nos lo cuenta todo.

Vicente volvió a hablar con Miguel, que juró por la Santísima Virgen que les había dicho todo lo que sabía, pero Miguel había mentido. Podía haberles advertido sobre los partisanos que esperaban en las montañas, pero creía que se estaba muriendo y como último deseo quería la muerte para los hombres que le habían disparado. Esos hombres lo vendaron y prometieron que intentarían encontrar a un médico, pero allí no acudió ninguno y Miguel, abandonado en la casa, se desangró lentamente hasta morir.

Mientras, Sharpe y sus compañeros abandonaban la ciudad.

\* \* \* \*

El puente no estaba vigilado, cosa que asombró a Sharpe, que intuía que la guarnición francesa era muy poco numerosa, lo cual indicaba que el enemigo había decidido lanzar todas sus tropas en un asalto a Lisboa y arriesgarse a dejar Coimbra apenas protegida. La gente de la calle les dijo que el convento de Santa Clara estaba lleno de tropas, pero que era muy fácil evitarlo, por lo que a media mañana se encontraban bastante al sur de la ciudad, de camino a Lisboa.

Los bordes del camino, en efecto, estaban llenos de objetos robados desechados, pero había montones de personas revolviendo entre aquellos restos y Sharpe no tenía tiempo de ponerse a buscar ropa y botas para las mujeres. Tampoco podía quedarse en el camino, puesto que éste sólo lo conduciría a la retaguardia francesa, de modo que, cuando el sol estuvo en el cenit, se dirigieron hacia el este campo traviesa. Sarah y Joana iban descalzas puesto que ninguna de las dos tenía unos zapatos resistentes.

Treparon por colinas escarpadas. Los pocos pueblos por los que pasaron estaban desiertos y a media tarde se encontraron entre unos árboles. Se detuvieron a descansar en un lugar donde un gran afloramiento rocoso sobresalía hacia el valle como la proa de un barco gigantesco y desde su cima Sharpe divisó tropas francesas abajo, a lo lejos. Sacó el catalejo, vio que no había sufrido ningún daño después de sus aventuras y lo enfocó hacia las sombras del valle donde vio a unos cincuenta dragones o más que registraban una aldea en busca de comida.

Sarah se acercó a su lado.

—¿Puedo? —le preguntó, extendiendo la mano para que le prestara el catalejo. Sharpe se lo dio y ella miró por él—. Lo único que hacen es echar agua al suelo —dijo Sarah al cabo de unos momentos.

—Buscan comida, cariño.

—¿Y eso les sirve de algo?

—Los campesinos no pueden transportar toda su cosecha a un lugar seguro —le explicó Sharpe—, de manera que a veces la entierran. Cavan un agujero, ponen el

grano dentro, lo tapan con tierra y vuelven a colocar el césped. Puedes caminar por encima y no verlo, pero si echas agua en el suelo ésta se filtra más rápidamente por los lugares donde se ha cavado.

—No van a encontrar nada —afirmó Sarah.

—Bien —dijo Sharpe que, al mirarla, pensó que tenía un rostro muy hermoso y pensó también que era una criatura llena de vida. Igual que Teresa, reflexionó, y se preguntó qué haría la chica española, o si seguiría aún con vida.

—Se marchan —informó Sarah, que plegó el anteojito y se fijó en la pequeña placa de metal que había pegada en el más grande de los tubos—. «Con gratitud, A. W.» —leyó en voz alta—. ¿Quién es A. W.?

—Wellington.

—¿Por qué te estaba agradecido?

—Hubo un combate en la India —dijo Sharpe— y lo ayudé.

—¿Nada más?

—Se había caído del caballo —explicó Sharpe—. La verdad es que estaba en apuros. De todos modos, salió sano y salvo.

Sarah le devolvió el catalejo.

—El sargento Harper dice que eres el mejor soldado de todo el ejército.

—Pat no dice más que paparruchas irlandesas —dijo Sharpe—. Él sí que es un terror. No hay nadie mejor que él en combate.

—Y el capitán Vicente dice que le enseñaste todo lo que sabe.

—No dice más que paparruchas portuguesas.

—¿Y aun así crees que corre peligro tu capitán?

—Al ejército no le importa si eres bueno, cariño.

—No te creo.

—Ojalá yo tampoco me creyera —dijo Sharpe, y esbozó una sonrisa—. Me las arreglaré, amor.

Sarah fue a hablar pero sus palabras, fueran las que fueran, quedaron sin decir porque se oyó el traqueteo de unos disparos que provenía del otro lado del valle. Sharpe se dio la vuelta y no vio nada. Los dragones de la aldea volvían a montar en sus caballos y miraban hacia el sur, pero era evidente que ellos tampoco veían nada, puesto que no se movieron en dicha dirección. Los disparos de mosquete continuaron en forma de chasquidos distantes y luego se fueron apagando.

—Allí —dijo Sharpe, y señaló hacia el otro extremo del valle donde más jinetes franceses salían de una alta ensillada de las montañas. Sarah miró pero no vio nada hasta que Sharpe le devolvió el catalejo y le dijo dónde mirar—. Es probable que los hayan emboscado —dijo.

—Creía que no tenía que quedar nadie por aquí. ¿No se les ordenó ir a Lisboa?

—La gente pudo elegir —le explicó Sharpe—, podían dirigirse a Lisboa o subir a

un territorio elevado. Me imagino que esas montañas están llenas de gente. Tendremos que esperar que se muestren amistosos.

—¿Y por qué no iban a hacerlo?

—¿Qué sentirías tú por un ejército que dice que debes abandonar tu casa? ¿Que derriba tus molinos, destruye tus cosechas y rompe tus hornos? Esa gente odia a los franceses, pero a nosotros tampoco nos tiene mucha simpatía.

Durmieron bajo los árboles. Sharpe no encendió una hoguera puesto que no tenía ni idea de quién había en esas montañas ni qué opinión tenían de los soldados. Se despertaron temprano, sintiendo frío y con la ropa húmeda, y emprendieron el camino cuesta arriba con las primeras luces grisáceas del día. Vicente encabezaba la marcha siguiendo un sendero que subía sin parar en dirección oeste, hacia una sierra de picos rocosos, el más alto de los cuales estaba coronado con los restos de una torre antigua.

—Una *atalaia* —dijo Vicente.

—¿Una qué?

—Una *atalaia*. Una torre de vigilancia. Son muy antiguas. Se construyeron para vigilar a los moros —Vicente se santiguó—. Algunas fueron transformadas en molinos de viento, otras se abandonaron y se deterioraron. Cuando llegemos a esa de ahí podremos ver la ruta que debemos seguir.

El sol, manchado con nubes de color púrpura y rosado, estaba tras ellos. El día era cálido, y un viento del sur contribuía a ello. A cierta distancia hacia el sur, a lo lejos, unos jirones de humo se alzaban desde un valle, prueba de que los franceses estaban registrando la campiña, pero Sharpe estaba seguro de que ningún jinete subiría tan arriba. Allí arriba no había nada que robar, excepto brezo, aulaga y roca.

Las dos chicas lo estaban pasando mal. El camino era rocoso y los pies desnudos de Sarah eran demasiado delicados para aquella dura marcha, de modo que Sharpe hizo que se pusiera sus botas, pero primero le envolvió los pies con tiras de tela que arrancó de los bajos harapientos de lo que le quedaba de vestido.

—Aun así te saldrán ampollas —le advirtió, pero durante un rato avanzó más deprisa.

Joana, más acostumbrada a las penurias, seguía adelante, aunque le sangraban las plantas de los pies. No obstante siguieron trepando, perdiendo de vista la torre de guardia en ocasiones, cuando el sendero serpenteaba entre barrancos.

—Serán caminos de cabra —supuso Vicente—. Nadie más podría vivir aquí arriba.

Bajaron a un pequeño valle elevado donde un riachuelo diminuto corría entre rocas cubiertas de musgo y Sharpe llenó las cantimploras y distribuyó lo que le quedaba de la comida que se había llevado del almacén de Ferragus. Joana se frotaba los pies y Sarah trataba de no demostrar lo mucho que le dolían las ampollas que le habían salido. Sharpe hizo un gesto con la cabeza a Harper.

—Usted y yo —dijo— subiremos a esa colina. —Harper miró el monte que se alzaba imponente sobre ellos a su izquierda. Se hallaba al norte de donde estaban, fuera de su camino, y su rostro expresó desconcierto en cuanto al motivo por el que Sharpe querría trepar hasta allí—. Dejemos que descansen —dijo Sharpe, y volvió a cogerle las botas a Sarah, que metió los pies en el agua, agradecida de poder hacerlo—. Desde ese pico la vista nos alcanzará muy lejos —dijo Sharpe. Quizá no tan lejos como desde la torre de vigilancia, pero el hecho de subir la colina era una excusa para darles tiempo a las chicas para que se recuperaran.

Empezaron a subir.

—¿Cómo tiene los pies? —preguntó Harper.

—Hechos pedazos —respondió Sharpe.

—Estaba pensando que debería darle mis botas a Joana.

—Lo más probable es que le parezca que lleva un barco en cada pie —comentó Sharpe.

—De todos modos se las está arreglando muy bien. Es una chica dura.

—Tiene que serlo si va a soportarlo a usted, Pat.

—Con las mujeres soy suave como una pluma, se lo digo yo.

Treparon directamente a través del brezo enmarañado por una cuesta un poco más empinada que aquella que los franceses habían atacado en Bussaco, y los dos dejaron de hablar mucho antes de llegar a la cima. Reservaban el aliento. Sharpe tenía el rostro cubierto de sudor al aproximarse al pico coronado con unas cuantas rocas desperdigadas y siguió mirando arriba, deseando que las rocas se acercaran, y hasta el cuarto o quinto vistazo que dio no vio el pequeño movimiento, no vio el cañón escorzado, entonces se arrojó a un lado.

—¡Al suelo, Pat!

Sharpe se estaba colocando el rifle delante cuando el mosquete disparó. La bocanada de humo surgió de las rocas y la bala atravesó el brezo entre Harper y él; Sharpe se puso de pie de inmediato y, olvidando el cansancio, empezó a correr en diagonal cuesta arriba, arriesgándose a que cualquier otra persona que hubiera en la cima le pegara un tiro, pero no sonó ningún disparo. En cambio, oyó el traqueteo de una baqueta en el cañón de un arma y supo que quienquiera que hubiese disparado estaba recargando, por lo que viró cuesta arriba, sin perder de vista las rocas por si veía otro cañón, y entonces fue cuando vio al hombre, un joven que se alzaba por detrás de una roca, y Sharpe se detuvo y levantó el rifle. Entonces el joven lo vio a él, vio al soldado a unos cincuenta pasos de donde había esperado que estuviera, y empezó a mover el mosquete, pero cayó en la cuenta de que si lo movía un centímetro más el soldado de casaca verde apretaría el gatillo, y se quedó inmóvil.

—Deja el fusil en el suelo —le dijo Sharpe.

El joven no lo entendía. Miró de Sharpe a Harper, que en aquellos momentos

subía acercándosele por el otro lado.

—¡Deja el condenado fusil en el suelo! —gruñó Sharpe, que avanzó con el rifle en el hombro—. ¡Al suelo!

—*Arma!* —gritó Harper—. *Por terra!*

Dio la impresión de que el joven se daría la vuelta y echaría a correr.

—Vamos, hijo —dijo Sharpe—, dame una excusa.

Entonces el chico dejó el mosquete y puso cara de terror cuando los dos soldados de casaca verde se acercaron a él por ambos lados. Se dejó caer detrás de una roca y se quedó allí encogido, esperando que le pegaran un tiro.

—¡Dios mío! —exclamó Sharpe, pues en aquellos momentos ya estaba en la cima y se dio cuenta de que el joven era un vigía, y vio que en la larga curva descendente de la otra ladera había una veintena de hombres más, algunos de ellos agrupados allí donde el sendero por el que habían venido Sharpe y sus compañeros cruzaba el declive de la montaña. Otra media docena de hombres, que sin duda habían sido alertados por el joven, estaban subiendo hacia la cumbre, pero se detuvieron de pronto al ver aparecer a Sharpe y Harper en la cima.

—Estabas durmiendo, ¿verdad, hijo? —dijo Harper—. No nos viste hasta que fue demasiado tarde.

El joven no lo entendía y se limitó a alternar la mirada de Sharpe a Harper con expresión de impotencia.

—Eso ha estado bien, Pat —dijo Sharpe al tiempo que recogía el mosquete del chico y lo arrojaba a un lado—. Ha aprendido portugués muy deprisa.

—Aprendí alguna que otra palabra, señor.

Sharpe se rió.

—¿Y qué quieren estos cabrones, eh? —Se dio la vuelta para observar a los seis hombres que se hallaban más cerca y que miraban hacia lo alto de la larga pendiente. Eran todos civiles, refugiados o posiblemente partisanos. Se encontraban a unos doscientos pasos de distancia y uno de ellos tenía un perro, prácticamente un lobo, sujeto con una cuerda. El perro ladraba e intentaba soltarse de su dueño para lanzarse al ataque colina arriba. Todos aquellos hombres tenían mosquetes. Sharpe se dio la vuelta y dirigió la vista hacia el lugar en el que Vicente miraba ladera arriba y Sharpe le hizo señas para que se reunieran con ellos—. Será mejor que estemos todos en el mismo sitio —le explicó a Harper, tras lo cual se dio la vuelta nuevamente porque uno de los seis hombres había disparado su mosquete. Los que estaban más abajo no podían ver a su compañero, oculto detrás de la roca, y quizá supusieron que había escapado, de modo que uno de ellos abrió fuego. La bala se perdió. Sharpe ni siquiera la oyó pasar, pero entonces disparó otro de los hombres. El perro, nervioso por el ruido de los disparos, había empezado a aullar; a aullar y a saltar. Disparó un tercer hombre y en aquella ocasión la bala pasó rápidamente junto a la cabeza de Sharpe.

—Necesitan una maldita lección —dijo Sharpe. Se acercó al joven a grandes zancadas, tiró de él para que se pusiera de pie y le colocó el rifle en la cabeza. Los mosquetes dejaron de disparar.

—Podíamos pegarle un tiro a ese condenado perro —sugirió Harper.

—¿Puede estar seguro de que lo matará a doscientos pasos de distancia? —le preguntó Sharpe—. ¿Y que no solamente lo herirá? Porque si la bala sólo le roza, Pat, ese perro querrá un bocado de carne irlandesa como venganza.

—Tiene razón, señor, será mejor pegarle un tiro a este cabrón —dijo Harper, que se colocó al otro lado de su aterrorizado prisionero.

En aquellos momentos los seis hombres estaban discutiendo entre ellos en tanto que el resto, los que parecía que esperaban para tender una emboscada allí donde el camino cruzaba la cima más baja, empezaron a trepar hacia lo alto.

—Son casi treinta —señaló Harper—. Nos resultará difícil ocuparnos de treinta hombres.

—¿Quince cada uno? —sugirió Sharpe con indiferencia. Luego meneó la cabeza—. No será necesario llegar a ese extremo.

Esperaba que no lo fuera, pero primero necesitaba que Vicente llegara a la cima para poder hablar con aquellos hombres, los cuales empezaron a desplegarse de manera que Sharpe no pudiera evitarlos.

Lo habían estado esperando y él había acudido. Y tenían órdenes de matar.



## **Tercera parte**

# **LAS LÍNEAS DE TORRES VEDRAS**

## CAPÍTULO 11

Vicente adelantó a las mujeres, que tenían más dificultades en su ascenso puesto que llevaban las faldas hechas jirones y los pies descalzos, y fue el primero en reunirse con Sharpe y Harper. Vicente miró a los hombres armados que los observaban y habló con el joven, quien pareció cada vez más renuente a responder mientras la voz de Vicente se iba enojando más.

—Les dijeron que nos buscaran —le explicó finalmente Vicente a Sharpe— para matarnos.

—¿Matarnos? ¿Por qué?

—Porque dicen que somos traidores —espetó Vicente, furioso—. El comandante Ferreira pasó por aquí con su hermano y otros tres hombres. Les dijeron que habíamos estado hablando con los franceses y que ahora intentábamos llegar a nuestro ejército para espialo. —Se volvió de nuevo hacia el joven, le dijo algo en tono de furia y volvió a mirar a Sharpe—. ¡Y ellos les creyeron! ¡Son idiotas!

—No nos conocen —le dijo Sharpe, que hizo un gesto con la cabeza hacia los hombres que estaban colina abajo—, y quizás a Ferreira sí lo conozcan, ¿no?

—Lo conocen —confirmó Vicente—. Fue él quien les proporcionó estas armas este mismo año.

Hizo un gesto hacia los mosquetes que sostenían los hombres y se dirigió hacia el joven, le hizo una pregunta, recibió una sola palabra como respuesta e inmediatamente empezó a bajar por la ladera.

—¿Adónde va? —le gritó Sharpe.

—A hablar con ellos, por supuesto. El cabecilla es un hombre llamado Soriano.

—¿Son partisanos?

—Todos los que están en las montañas son partisanos —respondió Vicente, que se descolgó el rifle del hombro, se desabrochó el talabarte y así, desarmado para demostrar que no tenía malas intenciones, descendió por la ladera a grandes zancadas.

Sarah y Joana llegaron a la cima. Joana empezó a interrogar al joven, que parecía tenerle más miedo a ella que a Vicente, que para entonces ya había llegado junto al grupo de seis hombres y estaba hablando con ellos. Sarah se quedó de pie al lado de Sharpe y le tocó suavemente el brazo, como para tranquilizarse.

—¿Quieren matarnos?

—Es probable que tuvieran otra cosa en mente para ti y Joana —dijo Sharpe—, pero sí que quieren matarnos a Vicente, a Pat y a mí. El comandante Ferreira estuvo aquí. Les dijo que éramos enemigos.

Sarah le hizo una pregunta al joven y se volvió de nuevo hacia Sharpe.

—Ferreira estuvo aquí anoche —dijo.

—De manera que ese cabrón nos lleva medio día de ventaja.

—¿Señor? —Harper estaba mirando colina abajo, Sharpe también miró y vio que los seis hombres habían tomado a Vicente como rehén y le apuntaban a la cabeza con un mosquete. La insinuación era obvia. Si Sharpe mataba al joven, ellos matarían a Vicente.

—¡Mierda! —exclamó Sharpe, que no estaba seguro de lo que debía hacer.

Joana lo decidió. Echó a correr cuesta abajo, eludiendo fácilmente el intento de Harper de detenerla y se puso a gritarles a los hombres que retenían a Vicente. Joana se detuvo a unos veinte metros de ellos y les explicó lo que había ocurrido en Coimbra, que los franceses habían violado, robado y matado, que tres de ellos la habían conducido a rastras a una habitación y que los soldados británicos la habían salvado. Se desabrochó la camisa para enseñarles su vestido roto y luego maldijo a los partisanos por haberse dejado engañar por sus verdaderos enemigos.

—¿Confiáis en Ferragus? —les preguntó—. ¿Alguna vez os ha hecho algún favor? Y si estos hombres son espías, ¿por qué están aquí? ¿Por qué no viajan con los franceses? —Al parecer, uno de esos hombres intentó responderle, pero ella le escupió—. Le estáis haciendo el trabajo al enemigo —les dijo con desdén—. ¿Quieres que violen a tu esposa y a tus hijas? ¿O acaso no eres lo bastante hombre como para tener esposa? En lugar de eso tú juegas con las cabras, ¿verdad?

Le escupió una segunda vez, se abrochó la camisa, se dio la vuelta y echó a andar cuesta arriba.

Cuatro hombres la siguieron. Avanzaron con cautela, con los mosquetes levantados en dirección a Sharpe y Harper, se detuvieron a una distancia prudencial e hicieron una pregunta Joana les respondió.

—Está diciendo —le tradujo Sarah a Sharpe— que tú quemaste la comida que Ferragus les hubiese vendido a los franceses en la ciudad. —Por lo visto Joana les estaba diciendo más que eso porque soltaba las palabras como si fueran balas, con un tono desdeñoso, y Sarah sonrió—. Si fuera alumna mía —dijo— le lavaría la boca con jabón.

—Es una suerte que yo no sea tu alumno —comentó Sharpe. Los cuatro hombres, al parecer avergonzados por la vehemencia de Joana, levantaron la vista hacia Sharpe, que vio la duda en sus rostros y, sin pensarlo, tiró del joven para que se pusiera de pie. Los cuatro mosquetes se alzaron de inmediato—. Vete —le dijo Sharpe al joven, y dejó de agarrarlo del raído cuello de su ropa—, ve y diles que no queremos hacer ningún daño a nadie.

Sarah se lo tradujo, el joven le dio las gracias con un gesto de la cabeza y corrió ladera abajo hasta sus compañeros, el más alto de los cuales se colgó el mosquete al hombro y empezó a subir lentamente. Seguía haciendo preguntas que Joana respondía, pero al final dirigió a Sharpe un breve saludo con la cabeza e invitó a los

extranjeros a que hablaran con él.

—¿Significa eso que nos creen? —preguntó Sharpe.

—No están seguros —respondió Sarah.

Les llevó casi media hora de charla convencer a esos hombres de que el comandante Ferreira los había engañado y hasta que Vicente no puso su mano derecha en un crucifijo y lo juró por su vida, por el alma de su mujer y por la vida de su hijo pequeño, los hombres no aceptaron que Sharpe y sus compañeros no eran traidores, y entonces llevaron a los fugitivos a un pueblo pequeño y elevado que era poco más que un conjunto de casuchas en las que los cabreros pasaban el verano. En aquellos momentos el lugar estaba abarrotado de refugiados que esperaban a que terminara la guerra. Los hombres iban armados, la mayoría de ellos con los mosquetes británicos que Ferreira les había suministrado, y era por ese motivo por lo que habían confiado en el comandante, aunque había bastantes fugitivos que conocían a su hermano y que se habían preocupado cuando Ferragus llegó a su asentamiento. Otros conocían a la familia de Vicente, y ayudaron a convencer a Soriano de que el oficial portugués estaba diciendo la verdad.

—Eran cinco —le dijo Soriano a Vicente—, y les dimos mulas. Las únicas mulas que teníamos.

—¿Dijeron adónde se dirigían?

—Al este, *senhor*.

—¿A Castelo Branco?

—Y luego hacia el río —confirmó Soriano.

Era molinero, pero habían desmantelado su molino, habían quemado su precioso mecanismo de madera y no sabía cómo iba a ganarse la vida ahora que estaba detrás de las líneas francesas.

—Lo que tiene que hacer —le dijo Vicente— es llevar a sus hombres hacia el sur y atacar a los franceses. Encontrarán a grupos de forrajeadores al pie de las montañas. Mátenlos. No dejen de hacerlo. Y mientras tanto proporciónenos zapatos y ropa para las mujeres y unos guías que nos lleven tras el comandante Ferreira.

Una mujer del asentamiento examinó la herida del hombro de Vicente y dijo que se estaba curando bien, luego volvió a tapparla con musgo y le puso un nuevo vendaje. Se buscaron zapatos y medias para Sarah y Joana, pero los únicos vestidos que había eran negros y pesados, unas prendas inadecuadas para recorrer kilómetros de campiña agreste, y Sarah convenció a las mujeres para que, en lugar de los vestidos, les dieran pantalones, camisas y chaquetas de hombre. En la aldea había poca comida, pero les dieron un poco de pan duro y queso de cabra envueltos en un paño y se pusieron en camino cerca de mediodía. Según pudo calcular Vicente, tenían poco menos de cien kilómetros por delante antes de llegar al río Tajo, donde esperaba que pudieran encontrar una embarcación que los llevara río abajo hacia Lisboa y los ejércitos

británico y portugués.

—Tres días de marcha —dijo Sharpe—, tal vez menos.

—¿Más de treinta kilómetros al día? —Sarah parecía dudosa.

—Tendríamos que hacer aún más —insistió Sharpe.

Se calculaba que el ejército marchaba unos veinticinco kilómetros al día, pero el ejército iba cargado con los cañones, los pertrechos y los heridos que podían caminar. El general Craufurd, cuando intentó en vano llegar a Talavera a tiempo para la batalla, había hecho marchar a la Brigada Ligera casi sesenta y cinco kilómetros al día, pero lo habían hecho por caminos medio aceptables y Sharpe sabía que él iba a seguir una ruta a campo través, subiendo montañas y bajando valles, siguiendo los senderos por los que ninguna patrulla francesa osaría cabalgar. Pensó que, con suerte, llegarían al río en cuatro días, lo cual suponía no conseguir su objetivo puesto que los hermanos Ferreira tenían mulas y probablemente harían el viaje en dos.

Pensó en ello mientras caminaban hacia el este. El terreno era elevado y pelado, árido y vacío, aunque se veían algunas aldeas abajo en los valles, a lo lejos. Le pareció que sería una caminata larga e infructuosa, porque cuando llegaran al río y encontraran un barco los hermanos ya irían mucho más por delante, probablemente estarían ya en Lisboa, y Sharpe sabía que el ejército nunca le daría permiso para continuar la pelea en la ciudad.

—¿Castelo Branco es la única ruta hacia el río? —le preguntó a Vicente.

Vicente dijo que no con la cabeza.

—Es la ruta más segura —contestó—. No hay franceses. Y este camino lleva hasta allí.

—¿A esto lo llama camino? —Era un sendero por el que podían pasar personas y mulas, pero difícilmente merecía llamarse camino. Sharpe se dio la vuelta y vio que la torre de vigilancia cerca de la cual habían encontrado a Soriano seguía siendo visible—. Nunca alcanzaremos a esos cabrones —refunfuñó.

Vicente se detuvo y garabateó un tosco mapa en el suelo con el pie. Representaba el Tajo serpenteando hacia el este, saliendo de España, y torciendo luego hacia el sur, hacia el mar, estrechando así la península sobre la que se había levantado Lisboa.

—Lo que ellos están haciendo es ir directamente hacia el este —dijo—, pero si quiere arriesgarse podemos ir hacia el sur cruzando la Serra da Lousã. Esas montañas no son tan altas como éstas, pero los franceses podrían estar allí.

Sharpe miró el burdo mapa.

—¿Pero llegaríamos al río más hacia el sur?

—Llegaríamos al Zêzere —Vicente garabateó otro río, un afluente del Tajo—, y si seguimos el curso del Zêzere alcanzaremos el Tajo más al sur del punto al que ellos se dirigen.

—¿Ganaríamos un día?

—Si no hay franceses —Vicente parecía tener sus dudas—. Cuanto más al sur nos dirijamos, más probabilidades tenemos de encontrárnoslos.

—¿Pero ganaríamos un día?

—Tal vez más.

—Pues hagámoslo.

Así pues torcieron hacia el sur y no vieron a ningún dragón ni a ningún francés, aunque sí a unos cuantos portugueses. El segundo día tras su encuentro con los hombres de Soriano empezó a llover: una llovizna gris del Atlántico que los caló hasta los huesos y los dejó helados y doloridos, pero entonces iban cuesta abajo, bajando de las cimas desnudas a los pastos, viñedos y pequeños campos tapiados. Los tres escoltas se separaron de ellos, pues no querían ir al valle del Zêzere, donde podían estar los franceses, pero Sharpe abandonó toda precaución y siguió un camino que bajaba hasta el río. Anochecía cuando llegaron a la rápida corriente del Zêzere, moteada por la lluvia, y pasaron la noche en una pequeña ermita, bajo la mano extendida de un santo de yeso cuyos hombros estaban cubiertos de excrementos de pájaro. A la mañana siguiente cruzaron el río por un lugar donde el agua hacía espuma al pasar sobre unas rocas adustas y resbaladizas. Harper hizo una cuerda corta uniendo los portafusiles del rifle y del mosquete y se ayudaron unos a otros a pasar de piedra a piedra, metiéndose en el agua cuando era necesario, lo cual les llevó mucho más tiempo del que Sharpe había esperado, pero en cuanto estuvieron en la otra orilla se sintió más seguro. El ejército francés se hallaba en el camino de Lisboa, que entonces se encontraba a más de treinta kilómetros al oeste, en la otra orilla del río, y a Sharpe le pareció que cualquier grupo de forrajeadores permanecería en aquel lado del Zêzere, de manera que caminó tranquilamente por la orilla este. Seguía siendo una dura marcha puesto que el río corría entre unas montañas altas, serpenteando entre grandes salientes rocosos, pero a medida que avanzaban hacia el sur el camino se fue haciendo cada vez más fácil y por la tarde siguieron por senderos que llevaban de una aldea a otra. Unos cuantos habitantes permanecían aún en sus casitas y les informaron que no habían visto al enemigo. Eran gente pobre, pero ofrecieron pan, queso y pescado a los desconocidos.

Llegaron al Tajo aquella misma noche. Había empeorado el tiempo. La lluvia procedía del oeste en forma de enormes franjas que azotaban los árboles y convertían los pequeños arroyuelos en ríos. El Tajo era una corriente de agua ancha y crecida contra la que batía la lluvia furiosa, Sharpe se acuclilló al borde del agua y buscó con la mirada alguna señal de que allí hubiera algún barco, pero no vio ninguno. El gobierno portugués había recorrido el río llevándose todas las embarcaciones para evitar que los franceses las utilizaran para sortear las nuevas defensas de Torres Vedras, pero sin un barco Sharpe estaba atrapado; al cruzar el Zêzere había puesto el río entre él y Lisboa y para volver a cruzarlo con el propósito de seguir por la ribera

derecha del Tajo hacia el ejército tendría que regresar corriente arriba y encontrar un lugar donde el río más pequeño pudiera vadearse.

—Allí habrá algún barco —dijo—. En Oporto había, ¿recuerda?

—Tuvimos suerte —repuso Vicente.

—No es cuestión de suerte, Jorge —replicó Sharpe. En Oporto, los británicos y portugueses habían destruido las embarcaciones del Duero; sin embargo, Sharpe y Vicente habían encontrado unas embarcaciones, de hecho las suficientes para que el ejército cruzara—. No es cuestión de suerte —repitió Sharpe—, sino de los campesinos. No pueden permitirse comprar barcos nuevos, de modo que habrán dado al gobierno sus embarcaciones viejas y destartadas y habrán escondido las buenas, de modo que lo único que tenemos que hacer es encontrar una.

A Ferreira y a su hermano les sería más fácil conseguir un barco, pensó Sharpe con amargura. Ellos llevaban dinero; Sharpe miró río arriba, rezando para que los hubiera adelantado.

Pasaron la noche en un cobertizo con más agujeros que un colador y a la mañana siguiente, con frío, humedad y cansancio, empezaron a remontar el río y llegaron a un pueblo donde un grupo de hombres, todos ellos armados, algunos con antiguos fusiles de mecha, fueron a su encuentro en un extremo de la calle. Vicente habló con ellos, pero estaba claro que aquellos hombres no estaban de humor para mostrarse amables. El ejército portugués había escudriñado las poblaciones de aquel río para asegurarse de que no quedaba ningún barco para el enemigo, y Vicente fue incapaz de convencerlos para que revelaran el lugar donde podría haber alguno escondido, y las armas de aquellos hombres, viejas como la mayoría de ellos, convencieron a Sharpe de que estaban perdiendo el tiempo.

—Dicen que vayamos a Abrantes —dijo Vicente—. Dicen que allí sí que habrá barcos ocultos.

—Aquí también hay barcos ocultos —se quejó Sharpe—. ¿A qué distancia está Abrantes?

—Creo que podríamos llegar al mediodía —Vicente no parecía confiar mucho en ello. Y los hermanos Ferreira, pensó Sharpe, seguro que ya estarían en el río navegando hacia el sur. Estaba bastante convencido de que, al seguir el Zêzere, había conseguido adelantarlos, pero casi esperaba verlos pasar en cualquier momento y que se le escaparan.

—Puedo hablar con ellos —sugirió Vicente haciendo un gesto hacia los hombres—. Si prometo regresar y pagar el barco, quizá nos quieran vender uno.

—No creerán una promesa semejante —dijo Sharpe—. No, seguiremos andando. —Abandonaron el pueblo, seguidos por siete hombres alegres por su victoria. Sharpe no les hizo caso. Se dirigía entonces hacia el norte, en dirección totalmente contraria, pero no dijo nada hasta que los lugareños, seguros de que habían ahuyentado la

amenaza, los dejaron tranquilos ordenándoles a gritos que no volvieran. Sharpe aguardó hasta que aquellos hombres desaparecieron de la vista—. Ha llegado el momento de ser malos —dijo—. Esos cabrones tienen un barco y yo lo necesito.

Al frente de sus compañeros se alejó del camino y se adentró en el terreno más elevado, luego volvió a poner rumbo hacia el pueblo y permaneció oculto entre los árboles o detrás de las hileras de parras que crecían desordenadamente sobre las estacas de castaño. Seguía lloviendo. El plan era muy sencillo: encontrar algo que los lugareños valoraran más que sus barcos y amenazarlo, pero cuando regresaron sigilosamente hacia las casas no encontraron nada que llevarse. No había ganado, aparte de unos cuantos pollos que escarbaban el suelo en un jardín vallado, pero los hombres que habían acompañado a los desconocidos fuera del pueblo lo estaban celebrando en la taberna. Alardeaban y se reían escandalosamente y Sharpe sintió que aumentaba su ira.

—Entremos rápidamente —le dijo a Harper— y démosles un susto de muerte.

Harper se descolgó la escopeta de siete cañones del hombro.

—Listo cuando usted lo esté, señor.

—Nosotros dos vamos a entrar —dijo Sharpe a Vicente y a las mujeres— y ustedes tres se quedarán en la puerta. Y pongan cara de estar dispuestos a utilizar las armas.

Harper y él saltaron una valla, corrieron entre varias hileras de judías y abrieron la puerta trasera de la taberna de golpe. Había una docena de hombres reunidos en la estancia, agrupados en torno a un tonel de vino, y la mayoría de ellos llevaban las armas al hombro, pero Sharpe cruzó la habitación antes de que ninguno de ellos pudiera utilizar su mosquete y Harper les empezó a gritar desde la chimenea vacía con su escopeta de cañones múltiples apuntando al grupo. Sharpe empezó arrebatándoles el mosquete a todos y, cuando uno de los hombres se resistió, le pegó en la cara con la culata de su rifle, luego propinó una patada al tonel de vino, que cayó de su pequeña base y se estrelló contra el suelo de piedra con un estrépito parecido al disparo de un cañón. Los hombres se encogieron con el ruido y Sharpe caminó de espaldas hasta la puerta de entrada y les apuntó con el rifle.

—Necesito un maldito barco —gruñó.

Vicente se hizo cargo de la situación. Se colgó el rifle al hombro, avanzó lentamente y habló en voz baja.

Habló de la guerra, de los horrores que se le habían infligido a Coimbra, y prometió a aquellos hombres que ocurriría lo mismo en sus poblados si los franceses no eran derrotados.

—Violarán a sus esposas —dijo—, quemarán sus casas y asesinarán a sus hijos. Yo lo he visto. Pero el enemigo puede ser derrotado, será derrotado, y ustedes pueden ayudarnos. Tienen que ayudarnos —de repente era un abogado, la taberna su sala del



tribunal y los hombres desarmados su jurado, ante los que pronunció un alegato vehemente. Él nunca había hablado en una sala del tribunal, su experiencia con las leyes se había limitado a una oficina donde hacía cumplir la regulación del comercio portuario, pero su sueño era ser abogado y en aquellos momentos hablaba con elocuencia y honestidad. Apeló al patriotismo de los lugareños pero, consciente de la clase de personas que eran, les prometió que se les pagaría por el barco—. En su totalidad —dijo—, pero no será ahora. No tenemos dinero. Pero juro por mi honor que volveré aquí y pagaré el precio que acordemos. Y cuando los franceses se hayan ido —terminó diciendo— ustedes tendrán la satisfacción de saber que contribuyeron a su derrota.

Se calló, se dio la vuelta y se santiguó, y Sharpe vio que el discurso de Vicente había conmovido a aquellos hombres. Aun así, les fue de un pelo, pues la promesa de dinero en un futuro era un sueño y el patriotismo combatía con la codicia, pero al final uno de aquellos hombres accedió. Confiaría en el joven oficial y les vendería su embarcación.

No era exactamente un barco, sino un viejo esquife que se había utilizado para transportar a la gente de un lado a otro de la desembocadura del Zêzere. Tenía cinco metros y medio de eslora, un casco panzudo, dos bancadas para los remeros y cuatro juegos de escálamos para los remos. Tenía una proa alta y curvada y una popa ancha y plana. El barquero había escondido el bote hundiéndolo en el Zêzere, pero los hombres del pueblo lo vaciaron de piedras, lo sacaron a flote, proporcionaron los remos y exigieron que Vicente repitiera la promesa de pagar por la embarcación. Sólo entonces dejaron que Sharpe y sus compañeros subieran a bordo.

—¿Cuánto hay hasta Lisboa? —les preguntó Vicente.

—Les llevará hasta allí en un día y una noche —respondió el barquero, que luego observó cómo conducían su bote torpemente hacia la corriente.

Sharpe y Harper manejaban los remos y, como ninguno de los dos estaba acostumbrado a semejantes cosas, al principio lo hicieron con desmaña, pero la corriente era la que llevaba a cabo el verdadero trabajo, haciéndolos girar río abajo mientras ellos aprendían a controlar los largos remos hasta que al final consiguieron dirigirse a buen ritmo hasta el centro del Tajo. Vicente estaba en la proa, observando el río que tenían delante, y Joana y Sarah estaban en la ancha popa. De no haber estado lloviendo, si el viento fresco no hubiera azotado el río para que salpicara un bote que hacía agua de forma perceptible, podría haber sido como una excursión, pero en lugar de eso temblaban bajo un cielo oscuro mientras su pequeña embarcación era arrastrada hacia el sur entre las faldas de unas grandes montañas oscurecidas por la lluvia. El río fluía con rapidez, llevando sus aguas a toda prisa desde España hacia el mar.

Y entonces los vieron los franceses.

El fuerte era conocido sencillamente por el nombre de Defensa Número 119, y no era un fuerte propiamente dicho, sino sólo un bastión situado en la cima de una colina baja al que se le había agregado un polvorín de techo de piedra y seis emplazamientos de artillería. Los cañones eran de doce libras, capturados por la Armada Real a una flotilla de buques de guerra rusos que se habían refugiado en Lisboa de una tormenta del Atlántico, en tanto que los servidores eran una mezcla de artilleros británicos y portugueses que habían alineado aquellas piezas ajenas a ellos determinando que las balas cruzaran el valle ancho que se extendía a este y oeste bajo la Defensa Número 119. Hacia el este había otros diez fuertes que llegaban hasta el Tajo y al oeste, a lo largo de más de treinta kilómetros hacia el Atlántico, había más de un centenar de otros fuertes y bastiones que serpenteaban formando dos líneas por la cima de las montañas. Eran las Líneas de Torres Vedras.

Tres caminos importantes penetraban en dichas líneas. El camino principal, a medio trayecto entre el Tajo y el mar, era la ruta principal hacia Lisboa, pero había otro camino que seguía el curso del río y que por lo tanto no estaba muy lejos de la Defensa Número 119, y dicho camino ofrecía otra ruta hacia la capital portuguesa. Masséna, por supuesto, no tenía que utilizar ninguna de esas dos rutas, ni el tercer camino que atravesaba las líneas de Torres Vedras y que estaba protegido por el río Sizandre. Él optaría quizá por flanquear los tres caminos e intentar una marcha a campo través, atacando por la campiña más agreste y solitaria que se extendía entre ellos, pero sólo encontraría más fuertes y bastiones.

Encontraría algo más que los fuertes recién construidos. Las faldas de las montañas que daban al norte habían sido escarpadas por miles de trabajadores que habían cortado el suelo para que las pendientes fueran más pronunciadas e impidieran que la infantería pudiera atacar cuesta arriba, y allí donde el terreno era pedregoso, los ingenieros habían perforado y hecho volar la piedra para crear nuevos precipicios. Si la infantería hacía caso omiso de las escabrosas cuestas y soportaba el bombardeo de la artillería desde las cimas, podría adentrarse en los valles situados entre las montañas escarpadas, pero allí encontrarían unas enormes barreras de arbustos espinosos que ocupaban el terreno bajo como diques monstruosos. Las barricadas de espino estaban reforzadas con árboles caídos, protegidas allí donde era posible por represas que inundaban los valles, y se hallaban flanqueadas por bastiones más pequeños, de modo que cualquier columna atacante se encontraría en un mortífero cuello de botella bajo el azote de los cañones y los mosquetes.

Cuarenta mil soldados, la mayoría de ellos portugueses, guarnecían los fuertes, en tanto que el resto de los dos ejércitos se hallaba desplegado tras las líneas, listo para marchar allí donde amenazara un ataque. Se habían apostado algunos soldados

británicos en las líneas y al South Essex se le había asignado un sector entre la Defensa Número 114 y la Número 119, donde el teniente coronel Lawford había convocado a sus oficiales de mayor jerarquía para mostrarles el alcance de sus responsabilidades. El capitán Slingsby fue el último en llegar y los demás lo observaron mientras salvaba las escalera empinadas y embarradas s que subían a la banqueta de piedra del bastión.

—Una guinea a que no lo consigue —le dijo Leroy a Forrest entre dientes.

—No concibo que pueda estar borracho —dijo Forrest, aunque sin mucha certeza.

Todos los demás creían que Slingsby estaba ebrio. Subía las escaleras muy lentamente, teniendo un exagerado cuidado en colocar el pie en el centro exacto de cada peldaño. No levantó la vista hasta que llegó a lo alto donde, con evidente satisfacción, anunció a los oficiales allí reunidos que había cuarenta y tres escalones.

La noticia desconcertó al coronel Lawford. Era el único que no había visto el vacilante ascenso de Slingsby y se dio la vuelta con expresión de educada sorpresa.

—¿Cuarenta y tres?

—Es importante saberlo, señor —dijo Slingsby. Quería decir que era importante en caso de que hubiera que subir por la escalera a oscuras, pero la explicación se le fue de la cabeza antes de que le diera tiempo a aclararlo—. Muy importante —añadió con seriedad.

—Estoy seguro de que todos lo recordaremos —repuso Lawford con un dejo de aspereza, y a continuación hizo un gesto hacia el paisaje del norte empapado por la lluvia—. Si vienen los franceses, caballeros, aquí es donde los detendremos —dijo.

—Escuchen, escuchen —terció Slingsby.

Nadie le hizo caso.

—Dejaremos que se acerquen —prosiguió Lawford— y permitiremos que se desbaraten contra nuestras posiciones.

—Que se desbaraten —dijo Slingsby en voz baja.

—Y es posible que intenten abrirse paso por aquí —se apresuró a añadir Lawford, no fuera que su cuñado siguiera interpolando palabras. El coronel señaló hacia el oeste, donde un pequeño valle serpenteaba hacia el sur, pasaba junto a la Defensa Número 119 y torcía luego rodeando la montaña—. Ayer el comandante Forrest y yo cabalgamos hacia el norte —dijo— y observamos nuestra posición desde el punto de vista de los franceses.

—Muy acertado —comentó Slingsby.

—Y desde aquellas montañas —continuó Lawford— ese valle es una tentación. Parece penetrar en nuestras líneas.

—Penetrar —repitió Slingsby, asintiendo con la cabeza. El comandante Leroy casi se esperaba que sacara un cuaderno y un lápiz y anotara dicha palabra.

—Lo cierto es —siguió diciendo Lawford— que el valle se halla totalmente

bloqueado. Tan sólo conduce a una barricada de árboles caídos, espinos y terreno anegado, pero los franceses no lo sabrán.

—Ridículo —masculló Slingsby, aunque era difícil saber si era una opinión sobre Lawford o sobre los franceses.

—No obstante, debemos esperar tal ataque —prosiguió Lawford—, y estar preparados para enfrentarnos a él.

—Soltar al gato —murmuró Slingsby de manera confusa, aunque sólo lo oyó Leroy.

—Si tiene lugar dicha ofensiva —dijo Lawford, cuya capa se hinchó con una repentina ráfaga de viento húmedo que soplabá en la cima— el enemigo se situará bajo el fuego de artillería de este fuerte y de cualquier otro fuerte que esté al alcance. Si sobreviven quedarán acorralados en el valle y les atacaremos con fuego graneado desde esta montaña. No pueden trepar por ella, lo cual significa que no les queda más remedio que sufrir y morir en el valle.

Slingsby pareció sorprendido por aquellas palabras, pero consiguió no decir nada.

—Lo que no podemos hacer —siguió diciendo Lawford— es permitir que los franceses establezcan baterías en el valle más grande —señaló hacia el terreno bajo que se extendía por delante de la Defensa Número 119.

Aquél era el valle ancho situado al norte de las líneas y al otro lado del cual se hallaban las montañas que sin duda se convertirían en las posiciones francesas. Antes, aquella extensión de tierras bajas era rica y fértil, pero los ingenieros habían abierto una brecha en la presa del Tajo y habían dejado que el río inundara gran parte del territorio situado por debajo del fuerte. Las inundaciones iban y venían con la marea, que en aquellos momentos estaba alta, de manera que bajo la Defensa Número 119 había una extensión de agua rizada por el viento que seguía aproximadamente el curso de un arroyo que bajaba por el oeste y serpenteaba a través del valle hasta su confluencia con el Tajo.

Dicho arroyo describía una gran curva doble por debajo de la montaña en la que hablaba Lawford. Torcía bruscamente desde la cara norte del valle, llegaba prácticamente a la cara sur y luego volvía a torcer y seguía hasta el Tajo. En el interior del primer recodo, en la orilla donde estaban los británicos, había un viejo corral, poco más que una ruina de piedra en una arboleda, en tanto que dentro del segundo recodo, y por lo tanto en el lado francés del río, había lo que una vez fue una próspera granja con una gran vivienda, otras casitas más pequeñas, una lechería y un par de cobertizos para el ganado. En aquel momento todo aquello estaba abandonado, se había ordenado que la gente y el ganado se dirigieran hacia el sur para escapar de los franceses y los edificios tenían aspecto de abandono en aquel paisaje inundado. La granja propiamente dicha se hallaba en un terreno alto y seco, sobre un pequeño montículo, por lo que parecía una isla en medio de un lago agitado por el viento,

aunque cuando bajara la marea el agua se retiraría lentamente, pero el suelo quedaría anegado y cualquier avance francés junto al Tajo se vería obligado a marchar hacia el oeste, hacia el otro lado del valle, para llegar al terreno más seco de los alrededores del corral medio en ruinas. El enemigo podía cruzar el río allí y avanzar sobre las construcciones de defensa británicas, una posibilidad que Lawford planteó a sus oficiales.

—Y si esos malditos consiguen llevar cañones pesados a ese corral —siguió diciendo—, o a esos edificios de labor —señaló la granja situada a unos ochocientos metros al este del corral y unida a los edificios más pequeños por un camino que cruzaba el río por un puente de piedra, aunque al estar inundado sólo se veían los parapetos del puente—, podrán bombardear estas posiciones. Eso no va a ocurrir, caballeros.

Al comandante Leroy le pareció un planteamiento muy poco probable. Para llegar al corral ruinoso los franceses tendrían que cruzar el río, en tanto que el acceso a la granja suponía tener que salvar una larga extensión de terreno anegado, y en ninguno de los dos casos resultaría fácil trasladar los cañones y los cajones de munición. Leroy supuso que Lawford ya lo sabía, pero también creía que el coronel no quería que sus hombres se confiaran.

—Y para evitar que ocurra, caballeros —dijo Lawford—, vamos a patrullar. Vamos a patrullar enérgicamente. Patrullas formadas por compañías, abajo en el valle, para que cualquier maldito franchute que asome la nariz acabe con ella sangrando —Lawford se dio la vuelta y señaló al capitán Slingsby—. Su tarea, Cornelius.

—Patrullar —terció de pronto Slingsby—, enérgicamente.

—Consiste en establecer un piquete en aquel corral —dijo Lawford, molesto por la interrupción—. Día y noche, Cornelius. La compañía ligera vivirá allí, ¿entendido?

Slingsby miró hacia el viejo corral del otro lado del río. El tejado se había derrumbado en parte y el lugar no parecía ni mucho menos tan confortable como el alojamiento que se le había proporcionado a la compañía ligera en el pueblo situado detrás de la Defensa Número 119; por un momento dio la impresión de que Slingsby no acababa de comprender sus órdenes.

—¿Vamos a instalarnos allí, señor? —preguntó sin rodeos.

—En el corral, Cornelius —respondió Lawford pacientemente—. Fortifique el lugar y no se mueva de allí a menos que lo ataque todo el maldito ejército francés, en cuyo caso, y aunque me resista a ello, tiene usted mi permiso para retirarse —los demás oficiales se rieron de lo que reconocieron como una broma, pero Slingsby movió la cabeza con seriedad—. Quiero a la compañía ligera en posición antes de que caiga la noche —siguió diciendo Lawford—, y el domingo serán relevados. Mientras tanto, nuestras patrullas los abastecerán. —Lawford hizo una pausa porque una

estación telegráfica cercana había empezado a transmitir un mensaje y todos los oficiales se habían dado la vuelta para observar cómo izaban las vejigas de cerdo infladas por el mástil—. Y ahora, caballeros —Lawford recuperó su atención—, quiero que recorran esta sección de la línea —señaló hacia el este—, que se familiaricen con todos los fuertes, con todos los caminos, con cada centímetro de terreno. ¿Cornelius? Tengo que hablar con usted.

El resto de oficiales se alejaron y fueron a explorar la línea entre la Defensa Número 119 y la Número 114. Cuando estuvo a solas con Slingsby, Lawford miró a aquel hombre de menor estatura con el ceño fruncido.

—Me duele tener que preguntarle esto —dijo—, pero ¿está usted borracho?

Slingsby no respondió de inmediato, sino que adoptó un aire indignado y dio la impresión de que respondería con brusquedad, pero no encontró palabras y se limitó a apartar la mirada y dirigirla hacia el Valle. Con el rostro mojado por la lluvia dio la impresión de estar llorando.

—Anoche bebí demasiado —confesó finalmente con voz lastimera—, y pido disculpas por ello.

—Todos lo hacemos de vez en cuando —dijo Lawford—, pero no todas las noches.

—Es bueno para la salud —dijo Slingsby.

—¿Bueno para la salud? —Lawford no lo entendía.

—El ron combate la fiebre —explicó Slingsby—. Es una cosa sabida. Es un feb... —hizo una pausa y volvió a intentarlo—. Un febrí...

—Un febrífugo —Lawford lo dijo por él.

—Exactamente —afirmó Slingsby con vehemencia—. Es lo que me dijo el doctor Wetherspoon. Era compañero nuestro en las Antillas y un buen hombre, muy buena persona. El ron, dijo, es el único feb... es lo único que funciona. ¡Se morían a cientos, ya lo creo! Pero yo no. Ron. ¡Es medicinal!

Lawford suspiró.

—Le he dado una oportunidad —dijo en voz baja—, una oportunidad que la mayoría de personas aprovecharían de buen grado. Está al mando de una compañía, Cornelius, una compañía muy buena, y parece más que probable que vaya a necesitar otro capitán. ¿Sharpe? —Lawford se encogió de hombros, preguntándose dónde demonios estaba Sharpe—. Si Sharpe no vuelve —continuó—, entonces tendré que asignar a otra persona.

Slingsby se limitó a asentir con la cabeza.

—Usted es el candidato lógico —dijo Lawford—, pero no si está ebrio.

—Tiene razón, señor —contestó Slingsby—, y le pido disculpas. Es que temo a la fiebre, señor, nada más.

—Lo que yo temo —dijo Lawford— es que los franceses ataquen al amanecer.

En la penumbra, Cornelius, ¿quizá con un toque de niebla matutina? Desde aquí arriba no podremos ver casi nada, pero si usted está en el corral los verá enseguida. Por eso lo mando allí, Cornelius. ¡Un piquete! Si oigo disparar sus mosquetes y rifles sabré que el enemigo ha avanzado y que usted emprende la retirada hacia aquí. ¡Así pues, vigile bien y no me defraude!

—No lo haré, señor. No lo haré.

Si Slingsby había estado bastante borracho al llegar al bastión, en aquel momento estaba como si no hubiera bebido ni una gota. No había pretendido emborracharse. Se había despertado con frío y humedad y creyó que un poco de ron lo reanimaría. No era su intención beber demasiado, pero el ron le dio confianza y la necesitaba, pues la compañía ligera le estaba resultando muy difícil de manejar. Sabía que a los soldados no les caía bien, y el ron le proporcionaba el impulso necesario para enfrentarse a su obstinado comportamiento.

—No le defraudaremos, señor —afirmó, y lo dijo absolutamente en serio.

—Eso está bien —repuso Lawford cordialmente—, muy bien.

A decir verdad, no le hacía falta apostar un piquete en el viejo corral, pero si quería cumplir la promesa que le había hecho a su esposa tenía que convertir a Slingsby en un oficial como era debido, de modo que le asignaría una tarea sencilla, una tarea que lo mantuviera alerta en lugar de haraganeando detrás de las líneas. Era la oportunidad para que Slingsby demostrara que podía dirigir a los soldados, y Lawford fue generoso al dársela.

—Y quiero insistir en una última cosa —añadió Lawford.

—Lo que sea, señor —dijo Slingsby con entusiasmo.

—Nada de ron, Cornelius. No se lleve la medicina al piquete, ¿entendido? Y si le parece que tiene fiebre, vuelva y dejaremos que el doctor se encargue de usted. Póngase ropa de franela, ¿eh? Se supone que eso la previene.

—Franela —repitió Slingsby, asintiendo.

—Y lo que tiene que hacer ahora —siguió diciendo el coronel pacientemente— es llevarse a una docena de hombres y reconocer la granja. Hay un sendero que baja por detrás de la Defensa Número 118 —señaló en esa dirección—, y mientras tanto el resto de su compañía puede empezar a prepararse. Que limpien los mosquetes, que afilen las bayonetas, que cambien los pedernales y llenen las cartucheras. Dígale al señor Knowles que va a llevarse raciones para tres días y esté listo para desplegarse esta tarde.

—Muy bien, señor —dijo Slingsby—, y gracias, señor.

Lawford se quedó mirando a Slingsby mientras éste bajaba las escaleras y suspiró; a continuación sacó el catalejo y lo montó en un trípode que ya estaba colocado en el bastión. Se inclinó sobre el ocular y observó el paisaje del norte. Las montañas del otro lado del valle estaban coronadas por tres molinos de viento rotos

de los cuales ya no quedaba más que montículos de piedra blanca. Supuso que los franceses convertirían dichos molinos en torres de vigilancia. Movi6 el catalejo hacia la derecha y al fin alcanz6 a ver el Tajo que bajaba, ancho, hacia el mar. Una lancha ca6onera de la Armada Real se hallaba anclada en el r6o y su ense6a colgaba hacia bajo la lluvia.

—Si vienen —dijo una voz a sus espaldas— no podr6n utilizar el camino porque est6 inundado, de modo que se ver6n obligados a desviarse y avanzar directos hacia aqu6.

Lawford se irgui6 y vio que era el comandante Hogan, que iba envuelto en una capa impermeable y llevaba una funda de hule sobre su bicornio.

—¿Se encuentra bien? —pregunt6 Lawford al irland6s a modo de saludo.

—Siento que me est6 rondando un catarro —dijo Hogan—, un maldito resfriado. El primero del invierno, ¿eh?

—Todav6a no ha llegado el invierno, Hogan.

—Pues lo parece. ¿Me permite? —Hogan se6al6 el catalejo.

—¡Faltar6a m6s! —respondi6 Lawford que, con cortes6a, sec6 el agua de la lente exterior—. ¿C6mo est6 el par?

—Su se6or6a est6 estupendamente —contest6 Hogan al tiempo que se inclinaba sobre el antejo— y le manda recuerdos. Est6 enojado, por supuesto.

—¿Enojado?

—Por esos malditos agoreros que dicen que la guerra est6 perdida. Soldados que escriben a casa y consiguen que sus opiniones ignorantes salgan en los peri6dicos. Le gustar6a pegarles un tiro a todos esos malditos —Hogan guard6 silencio unos segundos mientras contemplaba la ca6onera brit6nica en el r6o y luego dirigi6 una mirada maliciosa a Lawford—. No estar6 usted escribiendo a casa manifestando una mala opini6n de la estrategia de su se6or6a, ¿verdad, Lawford?

—¡No, por Dios! —exclam6 Lawford sinceramente.

Hogan volvi6 a inclinarse sobre el ocular.

—No est6 tan inundado como esper6bamos —coment6—, o como el coronel Fletcher esperaba, pero bastar6. En cualquier caso no pueden utilizar el camino y por lo tanto, lo que har6n esos cabrones, Lawford, es marchar tierra adentro. Seguir el pie de esas monta6as —Hogan recorr6a la posible ruta francesa con el catalejo— y en alg6n punto cercano a ese corral abandonado cruzar6n a la otra orilla y vendr6n directamente hacia usted.

—Exactamente lo que yo hab6a supuesto —dijo Lawford—, y luego avanzar6n hacia aquel valle —hizo un gesto con la cabeza hacia el terreno bajo que torc6a en torno al monte.

—Y all6 morir6n —declar6 Hogan con una indecorosa satisfacci6n. Se puso derecho e hizo una mueca al notar una punzada en la espalda—. La verdad, Lawford,



es que no espero que lo intenten. Pero puede que se desesperen. ¿Se sabe algo de Sharpe?

Lawford vaciló, sorprendido por la pregunta, y entonces cayó en la cuenta de que probablemente ése era el motivo por el que Hogan había ido a su encuentro.

—Nada.

—Se ha perdido, el condenado, ¿eh?

—Me temo que ha llegado el momento de eliminarlo de los libros —dijo Lawford, lo cual significaba que podía declarar a Sharpe oficialmente desaparecido y así crear una capitanía vacante.

—Es un poco prematuro, ¿no le parece? —sugirió Hogan distraídamente—. Es asunto suyo, por supuesto, Lawford, del todo suyo, y a mí no me incumbe si lo elimina o no. —Volvió a inclinarse sobre el catalejo y miró uno de los molinos desmoronados que coronaban una cima en el valle ancho—. ¿Qué estaba haciendo cuando desapareció?

—Buscando trementina, creo. Y escoltando a una mujer inglesa.

—¡Ah! —exclamó Hogan, con la misma actitud distraída, y entonces volvió a enderezarse—. Una mujer, ¿eh? Típico del señor Sharpe, ¿no cree? Bien por él. Fue en Coimbra, ¿no es cierto?

—En Coimbra, sí —confirmó Lawford, que añadió con indignación—. ¡No apareció!

—Allí desapareció otra persona —dijo Hogan, de pie al borde del bastión mirando las montañas del norte a través de la lluvia—. Un comandante, bastante importante. Hace para los portugueses lo mismo que yo hago para el par. Mal asunto si cayera en manos de los franceses.

Lawford no era tonto y supo que Hogan no estaba manteniendo una conversación vaga.

—¿Cree que están relacionados?

—Sé que lo están —respondió Hogan—. Sharpe y este tipo tuvieron lo que se podría calificar un desacuerdo.

—¡Sharpe no me habló de ello! —Lawford se sintió herido.

—¿Harina? ¿En una colina?

—Ah. Sí que me lo explicó. Aunque no me dio detalles.

—Richard nunca malgasta los detalles con los oficiales superiores —comentó Hogan, e hizo una pausa para inhalar una pizca de rapé. Estornudó—. No nos lo explica —siguió diciendo— para no confundirnos. Pero se las arregló de algún modo y como resultado recibió una paliza.

—¿Una paliza?

—La noche antes de la batalla.

—Dijo que se había caído.

—Bueno, ¿qué otra cosa iba a decir? —A Hogan no le sorprendía—. De manera que sí, los dos estaban relacionados, pero es muy dudoso que todavía lo estén. Muy dudoso, pero no imposible. Confío muchísimo en Sharpe.

—Yo también —afirmó Lawford.

—Claro —dijo Hogan, que sabía más sobre el South Essex de lo que Lawford hubiera podido imaginarse—. Así pues, si Sharpe aparece, Lawford, mándelo al cuartel general del par, ¿quiere? Dígale que necesitamos su información sobre el comandante Ferreira. —Hogan dudaba mucho que Wellington quisiera malgastar un solo segundo con Sharpe, pero él sí quería, y no había nada malo en que Lawford creyera que el general compartía ese deseo.

—Por supuesto que se lo diré —prometió Lawford.

—Estamos en Pero Negro —le comunicó Hogan—, a un par de horas a caballo en dirección oeste. Y, por supuesto, lo mandaremos de vuelta lo antes posible. Estoy seguro de que está ansioso por que Sharpe reanude las funciones que le corresponden —puso un ligero énfasis en las palabras «que le corresponden» que a Lawford no le pasó desapercibido e intuyó en él un leve reproche, y cuando el coronel se preguntaba si debía explicar lo que había sucedido entre Sharpe y Slingsby, Hogan soltó una repentina exclamación y puso el ojo en el ocular—. Han llegado nuestros amigos —dijo.

Por un momento Lawford creyó que Hogan quería decir que había aparecido Sharpe, pero entonces vio unos caballos en la otra colina y supo que eran los franceses. Las primeras patrullas se habían dirigido a las líneas y eso significaba que el ejército de Masséna no podía andar muy lejos.

Las Líneas de Torres Vedras, construidas sin el conocimiento del gobierno británico, habían costado doscientas mil libras. Era la obra defensiva más grande y más cara que se había hecho nunca en Europa.

Y ahora serían puestas a prueba.

\* \* \* \*

Eran dragones, los inevitables dragones de casaca verde que cabalgaban siguiendo el curso del río bajo las imponentes montañas de la ribera oeste del Tajo. Eran por lo menos treinta y no había duda de que habían salido a buscar provisiones, puesto que llevaban dos terneras atadas al caballo de uno de ellos, pero entonces, en aquella tarde húmeda, vieron la pequeña embarcación con sus tres hombres y sus dos mujeres, y la posibilidad de divertirse era demasiado grande para que los dragones la dejaran pasar. Empezaron a gritar que condujeran el esquife hacia la orilla en la que ellos estaban, aunque no esperaban que sus palabras se comprendieran, y mucho menos que se obedecieran, y al cabo de unos segundos el primero de ellos disparó.

El disparo de la carabina cayó al agua a unos cinco pasos de distancia del bote. Sharpe y Harper empezaron a remar con más brío y viraron la embarcación hacia la orilla este para alejarse oblicuamente de los jinetes, pero los dragones espolearon a sus caballos, siguieron adelante y una docena o más de ellos desmontaron en un lugar donde un espolón boscoso se adentraba en el río.

—Se están preparando para dispararnos —advirtió Vicente.

El río describía una curva en torno a aquel cabo boscoso y en su margen izquierdo, a unos cien pasos de los dragones, un árbol enorme había caído al agua y allí permanecía, sumergido a medias, asomando bajo la llovizna las ramas peladas y blanqueadas por el sol. Sharpe se dio la vuelta en la bancada, vio el árbol y dio un fuerte tirón a su remo izquierdo para virar hacia él. Los demás dragones ya habían desmontado también y se apresuraron hacia el borde del río, se arrodillaron, apuntaron y dispararon. Las balas cayeron por la corriente y una de ellas hizo saltar una astilla de la borda de la pequeña embarcación.

—¿Ve ese árbol, Pat? —preguntó Sharpe, y Harper se dio la vuelta en la bancada, dio un gruñido de confirmación y ambos tiraron de los pesados remos al tiempo que otra irregular descarga estallaba en la orilla contraria, y entonces la alta y alquitranada proa del bote chocó contra las ramas muertas que enmarañaban el agua estancada a causa del enorme y pálido tronco. Una bala de carabina alcanzó la madera muerta y otra pasó con un zumbido por encima de sus cabezas mientras Vicente arrimaba más el bote al santuario que formaba el árbol caído. Ahora, siempre y cuando no levantaran la cabeza, los dragones no los verían y no podrían alcanzarles, aunque eso no disuadió a los franceses, que siguieron disparando de manera poco sistemática, convencidos de que antes o después la embarcación tenía que reaparecer.

Vicente fue el primero en hartarse. Se puso de pie y colocó el rifle por encima del árbol.

—Tengo que averiguar si todavía puedo disparar un rifle —dijo.

—El hombro izquierdo no se lo impedirá —comentó Sharpe.

—Me refiero a disparar con precisión —explicó Vicente, y se inclinó sobre la mira. Los dragones utilizaban carabinas de ánima lisa que aún eran más imprecisas que los mosquetes, pero a esa distancia el rifle de Vicente era mortal y apuntó contra un soldado a caballo que supuso que era un oficial. Los dragones lo habían visto, aunque no era seguro que hubieran visto su arma, y una ráfaga de disparos estalló en la otra orilla. Ninguno de ellos se acercó siquiera. Sharpe atisbaba por encima del tronco, pues tenía curiosidad para ver lo buen tirador que era Vicente. Oyó el estallido del rifle y vio que el oficial de los dragones se sacudió con fuerza hacia atrás dejando una lluvia de sangre. El hombre cayó de lado.

—Buen disparo —dijo Sharpe, impresionado.

—Estuve practicando todo el invierno pasado —dijo Vicente. Sabía disparar muy

bien el rifle, pero al cargarlo le dolía el hombro—. Si voy a ser el jefe de una compañía de *atiradores* debo tener buena puntería, ¿no?

—Sí —respondió Sharpe, y una descarga de las carabinas francesas traqueteó por entre las ramas muertas.

—Y gané todas las competiciones —dijo Vicente con toda la modestia de la que fue capaz—, pero sólo fue porque había practicado. —Atacó una nueva bala y volvió a levantarse—. Ésta vez mataré al caballo —anunció.

Lo hizo, y tanto Sharpe como Harper contribuyeron con sus balas contra el grupo de dragones desmontados. Las carabinas contraatacaron con una furiosa ráfaga de disparos, pero ninguno de ellos alcanzó su objetivo. Algunos penetraron en el árbol con un ruido sordo, otros cayeron al río haciendo que el agua salpicara, pero la mayor parte pasaron volando por encima de sus cabezas sin causarles ningún daño. Vicente hizo una mueca de dolor al recargar y luego, con calma, le pegó un tiro a un hombre que se había puesto de rodillas en el río con la esperanza de acercarse al alcance, y al final los dragones se dieron cuenta de que estaban haciendo el ridículo ofreciéndose como blancos fáciles a unos soldados que utilizaban rifles, de manera que corrieron de vuelta a sus caballos, montaron y desaparecieron entre los árboles.

Mientras recargaba, Sharpe vio que los jinetes cabalgaban hacia el sur por el bosque.

—Nos estarán esperando corriente abajo —dijo.

—A menos que regresen con su ejército —sugirió Harper.

Vicente se puso de pie y atisbó por encima del árbol, pero no vio a ningún enemigo.

—Creo que se quedarán en el río —dijo—. No habrán encontrado mucha comida entre aquí y Coimbra, seguro que querrán hacer un puente en alguna parte.

—¿Un puente? —preguntó Harper.

—Para llegar a esta orilla —contestó Vicente—. En esta orilla habrá montones de comida. Y si no hacen un puente cruzarán en Santarém.

—¿Dónde está eso?

—Hacia el sur —respondió Vicente, con un gesto de la cabeza río abajo—, es una vieja fortaleza encima del río.

—¿Por la que tenemos que pasar? —quiso saber Sharpe de inmediato.

—Sugiero que lo hagamos esta noche —dijo Vicente—. Deberíamos descansar aquí un poco, esperar a que oscurezca y seguir bajando por el río.

Sharpe se preguntó si sería eso lo que harían los hermanos Ferreira. No paraba de mirar hacia el norte, casi esperando verlos, y preocupado por el hecho de que no fuera así. ¿Quizá habían cambiado de opinión? Tal vez se habían marchado a las montañas del norte, o habían cruzado el Tajo mucho más arriba y utilizado su dinero para comprar caballos que los llevaran a la orilla este. Se dijo que en realidad no

importaba, que lo único que importaba era regresar al ejército, pero quería encontrar a los hermanos. Ferreira, al menos, tenía que pagar por su traición y Sharpe tenía muchas cosas que solucionar con Ferragus.

Se quedaron allí hasta que anocheció, hicieron un fuego en la orilla y en un bote prepararon un té fuerte con sabor a pólvora con las últimas hojas que les quedaban a Sharpe y Harper en las mochilas. Los dragones ya habrían regresado haría rato a su base por miedo a los partisanos, que eran mucho más peligrosos en la oscuridad, y cuando la luz del día empezó a desvanecerse Sharpe y Harper empujaron el esquife para sacarlo de su refugio y dejaron que volviera a deslizarse corriente abajo. La lluvia persistía: una suave llovizna que los empapaba y los enfriaba mientras desaparecía el último atisbo de luz. Se encontraban entonces a merced de la corriente, sin poder ver nada e incapaces de gobernar la embarcación, por lo que dejaron que ésta fuera donde quisiera. En ocasiones, a lo lejos, se distinguía el brillo empañado de una hoguera en lo alto de las montañas del oeste, y una vez vieron una fogata más grande, mucho más cerca, pero quién la había encendido era un misterio. En una o dos ocasiones chocaron con sólidos pedazos de madera a la deriva, luego pasaron rozando un árbol caído y al cabo de una hora más o menos, después de lo que a Sharpe le habían parecido horas enteras de andar flotando, vieron un conjunto de luces, neblinosas por la lluvia, en lo alto de la orilla izquierda.

—Santarém —anunció Vicente en voz baja.

Había centinelas en la alta muralla, iluminados por fuegos encendidos tras el parapeto, y Sharpe supuso que serían franceses. Oyó cánticos en la ciudad, se imaginó a los soldados en las tabernas y se preguntó si la expoliación y el horror que habían hecho estragos en Coimbra les estaban siendo infligidos entonces a los habitantes de Santarém. Se agachó en el bote, aunque sabía que ningún centinela del alto muro podía ver nada contra la impenetrable negrura del río. Dio la impresión de que tardaban una eternidad en pasar frente a las antiguas murallas, pero al fin las luces se desvanecieron y sólo quedó la húmeda oscuridad. Sharpe se quedó dormido. Sarah achicaba el agua con una taza de latón. Harper roncaba en tanto que Joana, a su lado, temblaba. El río se había ensanchado, era más grande y más rápido y cuando Sharpe se despertó con el crepúsculo previo al amanecer, vio los árboles cubiertos de neblina en la orilla oeste y niebla por todas partes. La lluvia había cesado. Bajó los remos y dio unas cuantas paladas, más que nada para entrar en calor. Sarah le sonrió desde la proa.

—He soñado con una taza de té —le dijo.

—No queda —repuso Sharpe.

—Por eso estaba soñando con una —replicó ella.

Harper se había despertado y empezó a remar, pero Sharpe tenía la sensación de que no avanzaban en absoluto. La niebla se había espesado y la embarcación parecía

estar suspendida en una blancura nacarada en la que el agua se desvanecía. Remó con más fuerza y al final vio la imprecisa forma de un árbol retorcido en la orilla este, no lo perdió de vista y siguió remando con todas las fuerzas de las que fue capaz, hasta que poco a poco se fue convenciendo de que, por mucho que remara, el árbol no se movía del sitio.

—La marea —dijo Vicente.

—¿La marea?

—Sube por el río —explicó Vicente— y nos lleva hacia atrás. O lo intenta. Pero ya cambiará.

Sharpe pensó en dirigirse a la orilla este y amarrar el bote, pero decidió que los hermanos Ferreira, que no podían andar muy lejos, podrían pasar junto a ellos sin que los vieran debido a la niebla, de modo que Harper y él tiraron de los remos hasta que el esfuerzo de luchar contra la marea hizo que les salieran ampollas en las manos. La niebla se fue iluminando, la marea por fin amainó y una gaviota pasó volando en lo alto. Todavía faltaban varios kilómetros para llegar al mar, pero el aire y el agua era más salobres. El día se iba haciendo más cálido, cosa que por lo visto espesó la niebla, que se desplazaba en forma de jirones flotantes, como humo de pólvora, sobre el agua grisácea arremolinada. Tuvieron que acercarse más a la orilla oeste para evitar los restos enmarañados de una trampa para peces hecha con redes, varas flexibles y postes que sobresalían a bastante distancia de la orilla este. No había ningún movimiento en la ribera oeste y daba la impresión de que estaban solos en un río pálido bajo un cielo perlado, pero entonces, desde más adelante, les llegó el inconfundible sonido de un cañón. Los pájaros alzaron el vuelo desde los árboles de la ribera y volaron en círculos mientras el estrépito resonaba en unos montes invisibles, retumbaba por el valle, río arriba, y se desvanecía.

—No veo nada —informó Vicente desde la proa.

Sharpe y Harper habían levantado los remos y ambos se dieron la vuelta para mirar hacia delante, pero sobre el río no había más que niebla. Se oyó otro cañonazo y Sharpe creyó ver que la niebla se espesaba en una zona, dio un par de paladas más y entonces, como un barco fantasma en medio del vapor, apareció una cañonera que disparaba contra la ribera oeste. Allí había dragones, medio invisibles en la neblina que se dispersaba con los disparos. Otro cañón estalló desde el barco que estaba anclado en medio de la corriente, una carga de metralla derribó dos caballos y Sharpe vio que un súbito chorro de sangre manchaba la niebla y desaparecía casi al instante; el cañón delantero de la lancha abrió fuego y una bala se deslizó por encima del agua a unos veinte metros por delante del esquife. Había sido un disparo de advertencia, pues desde el pique de proa de la cañonera un hombre les gritaba que se acercaran.

—Son ingleses —dijo Vicente. Se puso de pie en la proa del esquife y agitó los dos brazos en tanto que Sharpe y Harper remaban hacia la lancha, que contaba con un

mástil alto, un combés bajo y seis portas visibles en el lado de babor, encarado a contracorriente. Una enseña blanca colgaba en la proa en tanto que la bandera de la unión lo hacía en lo alto del mástil.

—¡Aquí! —gritaba aquel hombre—. ¡Traigan ese maldito bote hacia aquí!

Los dos cañones popeles dispararon contra los dragones que se retiraban, adentrándose en la niebla al galope y abandonando los caballos muertos. Tres marineros armados con mosquetes aguardaban al esquife y apuntaron sus armas hacia el bote.

—¿Alguno de ustedes habla inglés? —preguntó otro hombre.

—¡Soy el capitán Sharpe!

—¿Quién?

—El capitán Sharpe, del regimiento South Essex. ¡Y apunten esos malditos mosquetes a otra parte!

—¿Es inglés? —El motivo del asombro debía ser fruto del aspecto de Sharpe, que no llevaba la casaca puesta y lucía una barba espesa.

—¡No! ¡Soy chino, si le parece! —le espetó Sharpe. El esquife chocó contra el costado alquitranado de la cañonera, y al levantar la mirada Sharpe vio a un joven teniente de la Armada—. ¿Quién es usted?

—El teniente Davies, estoy al mando.

—Soy el capitán Sharpe, éste es el capitán Vicente del ejército portugués, y el tipo grandote es el sargento Harper, y ya le presentaré a las damas más tarde. Lo que nos hace falta, teniente, si es usted tan amable, es un poco de té como es debido.

Treparon a bordo por los cuadernales que aseguraban las jarcias del gran mástil y Sharpe saludó a Davies quien, aunque sólo aparentaba diecinueve años y era teniente, poseía un rango superior al de Sharpe porque, al ser un oficial al mando de una de las embarcaciones de su majestad, su rango equivalía al de comandante del ejército. Los marineros soltaron una leve ovación cuando Joana y Sarah treparon por el costado del barco con sus pantalones empapados por la lluvia.

—¡Silencio en cubierta! —exclamó Davies con brusquedad, y los marineros se callaron al instante—. Aseguren las piezas —ordenó Davies—. ¡Dense prisa con este bote! ¡Vamos! ¡Vamos! —Hizo un gesto a Sharpe y a sus compañeros para que lo siguieran hacia la popa—. Bienvenidos al *Ardilla* —dijo—, y creo que podemos ofrecerles un poco de té. ¿Puedo preguntar por qué están aquí?

—Venimos de Coimbra —respondió Sharpe—. ¿Y usted, teniente?

—Hemos venido para entretener a los franchutes —respondió Davies. Era un joven muy alto y delgado que llevaba un uniforme gastado—. Venimos a contracorriente con la marea, matamos a cualquier francés lo bastante idiota como para aparecer en la ribera y luego volvemos a bajar.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sharpe.

—A poco más de tres kilómetros de Alhandra. Allí es donde nuestras líneas llegan al río —se detuvo junto a una escalera de cámara—. Ahí abajo hay un camarote —dijo— y no hay inconveniente en que lo utilicen las damas, pero debo decir que es un cuartucho diminuto. Y húmedo, además.

Sharpe presentó a Sarah y Joana, que prefirieron quedarse en la cubierta de popa, ocupada por la enorme caña del timón. El *Ardilla* no tenía rueda de timón y su alcázar era meramente la parte posterior de la cubierta principal, que estaba abarrotada de marineros. Davies explicó que su embarcación era un cúter de doce cañones y que, aunque podía gobernarse fácilmente con seis o siete hombres, se necesitaba una tripulación de cuarenta personas para servir sus cañones.

—Y aun así vamos cortos de personal —se quejó— y sólo podemos disparar una andanada. No obstante, suele bastar con eso. Té, ¿verdad?

—¿Y podría prestarme una navaja de afeitar? —preguntó Sharpe.

—Y algo de comer —terció Harper entre dientes mientras miraba inocentemente la enorme vela mayor que estaba sujeta con escotas a una sólida botavara que sobresalía por encima de la diminuta enseña blanca.

—Té, navaja y desayuno —dijo Davies—. ¡Deje de papar moscas, señor Braithwaite! —Las últimas palabras iban dirigidas a un guardiamarina que miraba a Joana y a Sarah, sin duda intentando decidir si prefería las mujeres morenas o rubias—. No se quede ahí atontado y dígame a Powell que necesitamos desayuno para cinco invitados.

—Cinco invitados, señor, a la orden, señor.

—¿Y puedo rogarle que esté atento por si ve otro barco? —le preguntó Sharpe a Davies—. Sospecho que nos siguen cinco individuos y quiero detenerlos.

—Ése es mi trabajo —dijo Davies—, detener cualquier cosa que intente navegar río abajo. ¿Señorita Fry? ¿Quiere que le traiga una silla? ¿A usted y a su compañera?

Se sirvió el desayuno en cubierta. Había platos de gruesa porcelana blanca llenos de tocino, pan y huevos aceitosos y, después de comer, Sharpe le desafiló la navaja de afeitar a Davies raspándola contra su barba de varios días. El criado de Davies le había cepillado la casaca verde, había limpiado y lustrado sus botas y bruñido la vaina metálica de su espada. Se apoyó en la cubierta y de pronto se sintió aliviado de que el viaje hubiera terminado. En cuestión de horas, pensó, podría volver a estar con el batallón, y eso echó a perder su buen humor, pues imaginaba que estaría condenado al descontento continuo de Lawford. La niebla había empezado a disiparse, y se había convertido en una ligera neblina, estaba bajando la marea y el agua pasaba arremolinándose junto al *Ardilla*, que estaba anclado a proa y popa de manera que su pequeño costado miraba río arriba. Sharpe vio una serie de islas a cierta distancia de la orilla oeste, unas bajas franjas de arena cubierta de hierba que resguardaban otro cauce más pequeño, en tanto que río abajo, más allá de un ancho



recodo y apenas visibles por encima de los jirones de neblina, Sharpe distinguió los mástiles de otros barcos. Davies dijo que se trataba de toda una escuadra de lanchas cañoneras, apostadas para vigilar el flanco de las líneas defensivas. Un cañón disparó en la distancia con un sonido apagado en la atmósfera cada vez más cálida.

—Va a hacer un día magnífico, para variar —Davies se apoyó en la borda al lado de Sharpe—, si es que esta maldita niebla escampa.

—Me alegro de haberme librado de la lluvia —dijo Sharpe.

—Mejor la lluvia que la niebla —comentó Davies—. No se puede disparar un cañón si no puedes ver el dichoso objetivo —levantó la mirada hacia el tenue resplandor del sol que se filtraba por la neblina para calcular la hora—. Nos quedaremos aquí una hora más —anunció— y luego bajaremos hasta Alhendra. Allí los dejaremos en tierra —miró la bandera de la unión que se agitaba lánguidamente en el tope del mástil—. ¡Maldito viento del sur! —exclamó, refiriéndose a que no podía navegar río abajo, sino que tendría que dejar que lo llevara la corriente.

—¡Señor! —Había un hombre en las crucetas, allí donde el mastelero de gavia se cruza con el palo mayor—. ¡Un barco, señor!

—¿Por dónde?

El hombre señaló, Sharpe sacó el catalejo, miró hacia el oeste y entonces, a través de un resplandor en la neblina, vio una embarcación pequeña que descendía por el cauce de la ribera. Sólo distinguió las cabezas de los hombres que iban en ese barco. Davies echó a correr por la cubierta.

—¡Suelten el esprín de popa! —gritó—. ¡A los cañones uno y dos!

El *Ardilla* viró sobre el ancla de proa, empujado por la corriente, hasta que los cañones torcieron y la tensión se centró entonces en el cable del ancla de popa para detener el barco en una nueva posición.

—¡Cuando puedan lancen un disparo de advertencia! —ordenó Davies.

Hubo una pausa mientras el *Ardilla* se estabilizaba, tras la cual el capitán de los artilleros, que había estado mirando por el tubo del cañón con los ojos entrecerrados, retrocedió de un salto y dio un tirón a la cuerda de disparo. El pequeño cañón reculó contra las bragas y un humo espeso nubló la borda. El segundo cañón disparó casi de inmediato, su proyectil pasó silbando por encima de la isla baja y cayó al cauce por delante de la embarcación que huía.

—¡No se detienen, señor! —gritó el hombre de la cruceta.

—¡Dispáreles, señor Combes! ¡Directamente!

—¡A la orden, señor!

El siguiente disparo cayó en la isla y rebotó, elevándose por encima del barco que avanzaba rápidamente por la corriente del río, ayudado por el reflujo. Sharpe dudaba que los cañonazos detuvieran la embarcación.

Trepó un poco por los flechastes y utilizó el catalejo, pero casi no vio a los

ocupantes, ocultos por la niebla. No obstante, tenían que ser los hermanos Ferreira. ¿De quién podría tratarse si no? Y le pareció, aunque no podía estar seguro, que uno de los hombres de aquel barco era anormalmente corpulento. Ferragus, pensó.

—¡Teniente! —llamó.

—¿Señor Sharpe?

—En esa embarcación van dos hombres a los que hay que capturar. Es mi obligación. —Eso no era del todo cierto. La obligación de Sharpe era volver al servicio, no continuar una pelea, pero Davies no lo sabía—. ¿Puede prestarnos uno de sus botes para perseguirlos?

Davies dudó, preguntándose si al acceder a semejante petición no estaría contraviniendo las órdenes.

—Las lanchas que hay río abajo los detendrán —observó.

—Y no sabrán que se les busca —dijo Sharpe, que hizo una pausa mientras los cañones del extremo proel del *Ardilla* disparaban y volvían a fallar—. Además, es probable que se escabullan en tierra antes de llegar a su escuadra. Y si eso ocurre tendrán que dejarnos desembarcar para que los sigamos.

Davies lo pensó durante un segundo más, vio que la embarcación de los fugitivos casi había desaparecido en la niebla y a continuación se volvió hacia el guardiamarina Braithwaite.

—¡El chinchorro, señor Braithwaite! ¡Vamos, rápido! —Se volvió nuevamente hacia Sharpe, que había vuelto a bajar a cubierta—. Las damas se quedarán aquí —no era una pregunta.

—No lo haremos —respondió Sarah con firmeza, y levantó su mosquete francés—. Hemos llegado hasta aquí juntos y terminaremos esto juntos.

Por un segundo pareció que Davies iba a discutir, pero entonces decidió que la vida sería más sencilla si sus invitados inesperados se marchaban del *Ardilla*. El cañón delantero disparó una última vez y la humareda envolvió la cubierta.

—Les deseo suerte —dijo Davies.

Bajaron por el costado de la lancha e iniciaron la persecución.

## CAPÍTULO 12

El mariscal André Masséna estaba aturdido. No decía nada, sólo miraba. Era la primera mañana desde que sus primeras patrullas hubieran llegado a las nuevas defensas británicas y portuguesas, había amanecido hacía poco y en aquel momento el mariscal estaba agachado detrás de una pared baja de piedra en la que descansaba el catalejo con el que recorría las montañas del sur y en todas partes veía bastiones, cañones, muros, barricadas, más cañones, soldados, estaciones telegráficas, mástiles. En todas partes.

Había estado planeando los festejos de la victoria que tendrían lugar en Lisboa. Había una magnífica plaza junto al Tajo en la que podría formar la mitad del ejército y el gran problema que había previsto era qué hacer con los miles de prisioneros británicos y portugueses que esperaba capturar; sin embargo, estaba contemplando una barrera aparentemente infinita. Vio que se habían escarpado las laderas más bajas de las montañas de enfrente, vio que los cañones enemigos estaban protegidos por piedra, vio las rutas de acercamiento inundadas, vio el fracaso.

Respiró hondo y todavía no tenía nada que decir. Se retiró de la pared y apartó su único ojo del catalejo. Tenía pensado maniobrar allí, mostrar parte de su ejército en el camino para atraer a las fuerzas enemigas que creerían que el ataque era inminente, y luego lanzar la mayor parte del Ejército de Portugal hacia el oeste, como un gancho incisivo que cortaría el paso a los hombres de Wellington. Habría inmovilizado a los británicos y portugueses contra el Tajo y luego se habría dignado a aceptar su rendición; en cambio, su ejército no podía ir a ningún sitio que no fuera contra esos muros, piezas de artillería y cuevas escabrosas.

—Las defensas se extienden hasta el Atlántico —informó secamente un oficial de estado mayor.

Masséna no dijo nada y uno de sus edecanes, sabiendo lo que pensaba su superior, lo expresó en su lugar.

—Pero no será a lo largo de todo el camino, ¿verdad?

—Hasta el último kilómetro —respondió sin rodeos el ayudante de campo. Había recorrido a caballo toda la península a lo ancho, protegido por dragones y observado durante todo el trayecto por un enemigo instalado en baterías, fuertes y torres de vigilancia—. Por gran parte de la extensión de las defensas —prosiguió implacablemente— corre el río Sizandre, y hay una segunda línea detrás.

Masséna recuperó el habla y se volvió furioso hacia el oficial de estado mayor.

—¿Una segunda línea? ¿Cómo lo sabe?

—Porque se ve, señor. Hay dos líneas.

Masséna miró a través del catalejo. ¿Tenían algo extraño los cañones del bastión que se hallaba justo enfrente de donde estaban? Recordó que él, cuando se había visto

asediado por los austríacos en Génova, había puesto cañones falsos en las defensas. Eran troncos de árbol pintados que sobresalían de los emplazamientos y que, a más de doscientos pasos de distancia, semejaban tubos de cañón, y los austríacos, diligentemente, habían evitado las baterías falsas.

—¿Qué distancia hay hasta el mar? —preguntó.

—Casi cincuenta kilómetros, señor —el edecán dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

Masséna hizo las cuentas. Había al menos dos bastiones en cada kilómetro, y los que él veía tenían todos cuatro cañones, algunos de ellos más, de modo que, según un cálculo prudente, eran ocho cañones por kilómetro, lo cual significaba que Wellington debía de haber reunido cuatrocientos cañones únicamente para la primera línea, y era ridículo suponer eso. No había tantos cañones en Portugal, cosa que animó al mariscal a creer que algunas de las piezas eran falsas. Entonces pensó en la armada británica y se preguntó si no habrían llevado los cañones de los barcos a tierra. ¡Dios santo!, pensó, ¿cómo lo habrían hecho?

—¿Por qué no lo sabíamos? —preguntó. Se hizo un silencio durante el cual Masséna se dio la vuelta y miró al coronel Barreto—. ¿Por qué no lo sabíamos? —volvió a preguntar—. ¡Me dijeron que estaban construyendo un par de fuertes para proteger el camino! ¿Se parece esto a un par de asquerosos fuertes?

—No nos lo dijeron —respondió Barreto con amargura.

Masséna se inclinó sobre el catalejo. Estaba enojado, pero refrenó sus sentimientos e intentó encontrar un punto débil en las cuidadas defensas del enemigo. Frente a él, junto al bastión que tenía los cañones extrañamente oscuros, había un valle que serpenteaba por detrás del monte. Allí no vio defensas, pero eso no quería decir nada puesto que todo el terreno bajo estaba oculto por la niebla. El sol brillaba en las cimas de las montañas, con sus fuertes y molinos, pero la niebla envolvía los valles; no obstante, Masséna tenía la impresión de que aquel pequeño valle que se ondulaba por detrás de la montaña más próxima se hallaba desprovisto de defensas. Cualquier ataque que se lanzara por dicho valle se vería hostigado por los cañones situados en lo alto, en caso de que fueran cañones de verdad, claro, pero en cuanto atravesaran el hueco y llegaran detrás de la montaña, ¿qué iba a parar entonces a las Águilas? Quizá Wellington lo estuviera engañando. Quizás aquellas defensas fueran más una apariencia que una realidad. Quizá las piedras de los bastiones no tuvieran argamasa, los cañones fueran falsos y toda aquella elaborada defensa una farsa para disuadir cualquier ataque. No obstante, Masséna sabía que debía atacar. Frente a él estaba Lisboa y sus suministros, detrás de él un erial, y si no quería que su ejército se muriera de hambre tenía que avanzar. La furia volvió a embargarlo, pero la alejó de sí. La furia era un lujo. De momento sabía que tenía que demostrar una absoluta confianza o de lo contrario la existencia misma de aquellas defensas minaría la moral

de su ejército.

—*C'est une coquille d'oeuf* —dijo.

—¿Una qué? —uno de los edecanes creyó que lo había oído mal.

—*Une coquille d'oeuf* —repitió Masséna, sin dejar de mirar por el catalejo. Quería decir que era una cáscara de huevo—. Un golpecito —prosiguió— y se rompe.

Se hizo el silencio excepto por el ruido intermitente de los disparos de una cañonera británica en el río Tajo, situado a una distancia aproximada de un kilómetro y medio al este. A los ayudantes de campo y los generales, que estaban mirando por encima de la cabeza de Masséna, les pareció que la línea defensiva era una cáscara de huevo de lo más impresionante.

—Han fortificado las cimas —explicó Masséna—, pero han olvidado los valles que hay entre medio y eso, caballeros, significa que podemos penetrarlos. Penetrarlos como a una virgen —él prefería ese símil al de la cáscara de huevo, pues lo repitió—. Como a una virgen —dijo con entusiasmo, tras lo cual plegó el catalejo y se irguió—. ¿General Reyner?

—¿Señor?

—¿Ha visto usted ese valle? —Masséna señaló hacia el brumoso terreno bajo donde el pequeño valle serpenteaba por detrás de una de las montañas fortificadas—. Mande allí a sus tropas ligeras. Que vayan enseguida, antes de que la niebla se disipe. A ver lo que hay.

Perdería a algunos hombres, pero valdría la pena si descubrían que los valles eran el punto débil de la defensa de Wellington, y así luego Masséna podría elegir el valle y el momento que quisiera y penetrar a aquella virgen. Masséna, que había recuperado el ánimo, se rió al pensarlo, tendió el catalejo a un edecán y justo en aquel momento uno de los cañones de la montaña de enfrente abrió fuego. La bala atravesó el valle hendiendo el aire, cayó en la ladera a unos veinte pasos por debajo del muro y rebotó pasando por encima de la cabeza de Masséna. Los británicos lo habían estado observando y debían de haber decidido que había pasado demasiado tiempo en un mismo sitio. Masséna se quitó el bicornio, hizo una reverencia al enemigo para acusar recibo de su mensaje y volvió andando al lugar donde esperaban los caballos.

Atacaría.

\* \* \* \*

El comandante Ferreira no había previsto aquello. Había pensado que el barco que habían comprado demasiado caro al sur de Castelo Branco los llevaría hasta los mismos muelles de Lisboa, pero ahora se daba cuenta de que la armada británica bloqueaba el río. Era la última de las muchas dificultades a las que se había

enfrentado durante el viaje. Una de las mulas había empezado a cojear y eso los había retrasado, habían tardado en encontrar a un hombre dispuesto a vender su barco oculto; luego, una vez en el río, se habían enredado en una trampa para peces que los había retenido durante más de una hora y a la mañana siguiente unos forrajeadores franceses los habían utilizado para hacer prácticas de tiro, obligándolos a meterse en un afluente del Tajo y esconderse allí hasta que los franceses se aburrían y se marcharon. Y ahora, cuando faltaba tan poco para el final del viaje, aparecía esa cañonera.

En un primer momento Ferreira no se había alarmado al ver el barco en mitad de la corriente. Poseía el rango y el uniforme para debatir con cualquier oficial aliado y que los dejara pasar, pero la embarcación había abierto fuego inesperadamente. Él no sabía que el Ardilla lo estaba avisando, ordenándole que virara o que hiciera encallar su bote en la isla que bordeaba el cauce más pequeño; él creyó, en cambio, que se hallaba bajo fuego, por lo que les gritó a su hermano y a sus tres hombres que remaran con más fuerza. Lo cierto es que le entró el pánico. Desde que el ejército se había retirado de Coimbra no había dejado de preocuparse por cómo lo recibirían en Lisboa. ¿Alguien se habría enterado de lo de la comida del almacén? No tenía la conciencia tranquila, y eso fue lo que lo empujó a intentar dejar atrás los cañonazos, cosa que creyó haber logrado hasta que, a través de la capa de bruma que flotaba sobre la franja de tierra rodeada por el recodo del río, vio vagamente el conjunto de mástiles que denotaban la presencia de toda una escuadra de cañoneras bloqueando el río. En aquellos momentos Ferreira estaba de pie en el espacio de popa, mirando a su alrededor y vio, con una enorme sensación de alivio, los fuertes que vigilaban el camino principal al norte de Lisboa. Un remolino de niebla que se deshacía dejó ver los fuertes de las montañas y Ferreira vio la bandera portuguesa ondeando sobre el más cercano, de modo que, impulsivamente, tiró de los cabos de la caña del timón para conducir el barco hacia la orilla. Mejor tratar con soldados portugueses que con marineros británicos, pensó.

—Nos están siguiendo —le advirtió su hermano.

Ferreira se dio la vuelta y vio el bote chinchorro que bajaba a toda velocidad por el centro del río.

—Vamos a tierra —dijo—, allí no nos seguirán.

—¿Ah no?

—Son marineros. Detestan estar en tierra firme. —Ferreira sonrió—. Iremos al fuerte —dijo, indicando con un movimiento de la barbilla los nuevos bastiones que dominaban el camino—, conseguiremos caballos y esta tarde estaremos en Lisboa.

El bote alcanzó la ribera y los cinco hombres subieron por la orilla llevando sus armas y su dinero francés. Ferreira echó un único vistazo al chinchorro y vio que había virado y que avanzaba pesadamente intentando cruzar la corriente. Supuso que

los marineros querrían su barco, y podían llevárselo si querían puesto que ahora se encontraba a salvo, pero cuando los cinco hombres atravesaron los arbustos en lo alto de la orilla se encontraron con otra dificultad. En aquel punto el río estaba embalsado, pero en el gran dique de tierra situado más al sur debía de haberse abierto una brecha para dejar que el agua inundara el camino y Ferreira se dio cuenta de que no sería fácil llegar al fuerte más cercano, pues el terreno estaba anegado y eso significaba que tendrían que dirigirse al interior para bordear la zona inundada. Eso no suponía un gran problema, pero entonces se alarmó porque, en algún lugar entre la niebla por delante de él, sonó un cañonazo. El eco retumbó entre las montañas, pero no se les aproximó ninguna bala y tampoco se oyó un segundo disparo, lo cual sugería que no había necesidad de preocuparse. Probablemente se tratara de un artillero comprobando el alcance de su pieza o probando un oído rectificado. Caminaron hacia el oeste, siguiendo la línea de la inundación bordeada por un pantano y al cabo de un rato, en medio de la niebla, Ferreira divisó una granja situada en terreno elevado. Había un amplio trecho de terreno cenagoso entre ellos y la granja, pero le pareció que si podían llegar a esos edificios no estarían lejos de los fuertes de las montañas del sur. Dicha idea convenció a Ferreira de que todo saldría bien, de que las tribulaciones de los últimos días se verían coronadas por un éxito inmerecido pero bien recibido. Se echó a reír.

—¿Qué pasa? —le preguntó su hermano.

—Dios es bueno con nosotros, Luis, Dios es bueno.

—¿Ah sí?

—Les vendimos la comida a los franceses, cogimos su dinero ¡y la comida ardió! Diré que engañamos a los franceses y eso quiere decir que seremos héroes.

Ferragus sonrió y dio unas palmaditas en la cartera de cuero que llevaba colgada al hombro.

—Somos héroes ricos.

—Probablemente me nombren teniente coronel por esto —dijo Ferreira. Explicaría que había oído lo de la comida almacenada y que se había quedado atrás para asegurarse de su destrucción, y seguro que una hazaña como aquella merecía un ascenso—. Hemos pasado unos días muy malos —le reconoció a su hermano—, pero lo hemos superado. ¡Dios mío!

—¿Qué?

—Los fuertes —dijo Ferreira, atónito—. ¡Mira todos esos bastiones! —La niebla impedía ver el valle, pero era una niebla baja, por lo que, al coronar una suave elevación del terreno, Ferreira pudo ver las cimas de las montañas; vio que todas las cumbres tenían su pequeño fuerte y, por primera vez, se dio cuenta de la envergadura de aquellas nuevas defensas. Él creía que sólo se vigilaban los caminos, pero estaba claro que la línea se extendía mucho más hacia el interior. ¿Podría ser que cruzara la

península? ¿Podría ser que llegara hasta el mar? En tal caso, era seguro que los franceses no llegarían nunca a Lisboa. Lo invadió una repentina sensación de alivio por haberse visto obligado a abandonar Coimbra porque, de haberse quedado, si el almacén no se hubiera incendiado, se habría encontrado con que el coronel Barreto lo habría reclutado a la fuerza—. Ese condenado incendio nos hizo un favor —le dijo a su hermano—, porque vamos a ganar. Portugal sobrevivirá.

Lo único que tenía que hacer era llegar a un fuerte en el que ondeara una bandera portuguesa y todo habría terminado: la incertidumbre, el peligro, el miedo. Se había terminado y él había ganado. Se dio la vuelta para buscar con la mirada la bandera portuguesa que había visto agitándose al viento por encima de la niebla y al volverse de nuevo vio que los perseguidores se acercaban desde el río. Vio las casacas verdes.

De modo que no se había terminado, no del todo. Torpemente, cargados con el dinero, los cinco hombres echaron a correr.

\* \* \* \*

El general Sarrut reunió a cuatro batallones de infantería ligera. Algunos eran *chasseurs* y otros *voltigeurs* pero, tanto si se llamaban cazadores o saltadores, todos eran tiradores y no existía una verdadera diferencia entre ellos salvo que los *chasseurs* llevaban charreteras rojas en sus casacas azules y las de los *voltigeurs* eran verdes o rojas. Ambos se consideraban tropas de élite, entrenadas para luchar contra tiradores enemigos en el espacio comprendido entre las líneas de batalla.

Los cuatro batallones pertenecían al segundo regimiento, que había salido de Francia con ochenta y nueve oficiales y dos mil seiscientos soldados, pero en aquellos momentos los cuatro batallones habían quedado reducidos a setenta y un oficiales y poco más de dos mil soldados. No llevaban el Águila del regimiento puesto que no iban a entablar combate. Estaban realizando un reconocimiento del terreno y las órdenes del general Sarrut eran muy claras. Los tiradores tenían que avanzar en orden abierto por el terreno bajo frente a los fuertes enemigos y el cuarto batallón, situado a la izquierda de la línea, tenía que explorar el pequeño valle y, si no encontraban resistencia, el tercero les seguiría. Avanzarían tan sólo lo necesario para determinar si el valle estaba bloqueado o defendido de alguna otra forma y, una vez comprobado, los batallones se retirarían de nuevo hacia las colinas ocupadas por los franceses. La niebla tenía sus pros y sus contras. Era una bendición porque suponía que los cuatro batallones podrían avanzar sin ser vistos desde los fuertes enemigos, y al mismo tiempo era una maldición porque les impediría la observación desde el pequeño valle, pero cuando los primeros de sus hombres llegaran a él, Sarrut esperaba que casi toda la niebla se hubiera disipado. Después, por supuesto, podía esperarse el furioso fuego de artillería de los fuertes enemigos, pero como sus



soldados estarían formados en una línea de tiradores, sería muy mala suerte que algún proyectil les causara daños.

Al general Sarrut le había preocupado mucho más la perspectiva de encontrarse con caballería enemiga, pero Reynier había quitado importancia a dicha preocupación.

—No tendrán jinetes ensillados y preparados —había afirmado—, y les llevará medio día organizarlos a todos. Si se molestan en presentar combate en el valle, será con la infantería, de modo que tendré preparada a la brigada de Soult para que se ocupe de esos cabrones. —La brigada de Soult era una mezcla de caballería: *chasseurs*, húsares y dragones, unos mil jinetes que tan sólo contaban con seiscientos cincuenta y tres caballos, pero eso debería bastar para hacer frente a cualesquiera tiradores británicos y portugueses que intentaran impedir el reconocimiento de Sarrut.

Cuando los soldados de Sarrut estuvieron dispuestos para avanzar ya era media mañana y el general estaba a punto de ordenar que el primer batallón saliera hacia el valle envuelto en bruma cuando uno de los ayudantes de campo del general Reynier bajó galopando por la ladera. Sarrut observó al oficial mientras éste salvaba la pendiente.

—Será algún cambio en las órdenes —predijo agriamente dirigiéndose a uno de sus propios edecanes—. Ahora querrán que atacemos Lisboa.

El ayudante de campo de Reynier frenó su caballo levantando un remolino de tierra y se inclinó hacia delante para darle unas palmadas en el cuello al animal.

—Hay un piquete británico, señor —anunció—. Acabamos de verlo desde la cima. Están en un corral en ruinas junto al río.

—No importa —dijo Sarrut. Un simple piquete no podía detener a cuatro batallones de excelente infantería ligera.

—El general Reynier sugiere que podríamos capturarlos, señor —añadió el edecán respetuosamente.

Sarrut se rió.

—¡En cuanto nos vean, capitán, echarán a correr como liebres!

—La niebla, general —repuso el edecán con respeto—, es poco uniforme, está muy jironada, y el general Reynier sugiere que si se dirige usted hacia el oeste podría rodearlos. Opina que el oficial del piquete podría tener información sobre las defensas.

Sarrut soltó un gruñido. Una sugerencia de Reynier equivalía a una orden, pero parecía una orden inútil. Sin duda el piquete contaba con un oficial, aunque parecía sumamente improbable que ese hombre poseyera información útil; no obstante, había que complacer a Reynier.

—Dígale que lo haremos —dijo; mandó a uno de sus ayudantes de campo al frente de la columna y ordenó que medio batallón diera la vuelta hacia el oeste. De

ese modo penetrarían en la niebla, probablemente invisibles desde el corral, y podrían retroceder para cortarle la retirada al piquete—. Dígale al coronel Feret que avance enseguida —le dijo al edecán— y usted vaya con él. Asegúrese de que no avanza con demasiada rapidez. El resto de las tropas se pondrá en marcha diez minutos después de que él se haya ido. ¡Y dígale que se dé prisa!

Hizo hincapié en las últimas palabras. El objetivo de la maniobra simplemente era descubrirlo que había al otro lado de la montaña enemiga, no conseguir una victoria que provocara las aclamaciones de la muchedumbre de París. Allí no conseguirían ninguna victoria, solamente recabarían información, y cuanto más tiempo permanecieran sus tropas en el terreno bajo, más tiempo estarían expuestas al fuego de la artillería. Sarrut pensó que un escuadrón de caballería habría llevado a cabo dicha tarea con mucha más eficacia, puesto que podría cruzar el valle al galope en unos momentos, pero la caballería estaba en baja forma. Los caballos estaban agotados y hambrientos, y eso le recordó a Sarrut que el piquete británico del viejo corral debía de tener raciones. Eso lo animó. Tendría que haberle dicho a su ayudante de campo que guardara algunas en caso de que las encontraran, pero el edecán era un joven inteligente y sin duda lo haría de todas formas. ¿Huevos frescos, tal vez? ¿O tocino? ¿Pan recién horneado, mantequilla, leche amarilla y cálida recién ordeñada? Sarrut soñó con esas cosas mientras los *chasseurs* y *voltigeurs* pasaban junto a él pesadamente. Durante los últimos días habían realizado una larga y dura marcha y debían de estar hambrientos, pero parecían bastante alegres al pasar junto al caballo del general. A algunos de ellos les faltaban las suelas de las botas, o las llevaban atadas con cuerda a la parte superior, y sus uniformes estaban descoloridos, andrajosos y raídos, pero se fijó en que llevaban los mosquetes limpios y no dudó en que lucharían bien si, de hecho, eran llamados al combate. Sarrut se imaginaba que para la mayoría de ellos aquella mañana acarrearía un cansado recorrido por campos empapados, animado por los aleatorios disparos de artillería. Pasó la última compañía y Sarrut espoleó a su caballo para seguirlos.

Tenía por delante a una brigada de tiradores, un valle neblinoso, un enemigo desprevenido y, de momento, el silencio.

\* \* \* \*

El teniente Jack Bullen era un joven decente que provenía de una familia decente. Su padre era juez y sus dos hermanos mayores abogados, pero el joven Jack Bullen nunca había destacado en los estudios y aunque sus maestros habían intentado meterle el griego y el latín en la mollera a fuerza de azotes, su mollera había ganado la batalla y él seguía ajeno a cualquier idioma extranjero. A Bullen nunca le habían importado las palizas. Había sido un chico fuerte y alegre, de los que recogían huevos

de pájaro, se peleaban con otros niños y subían al campanario por una apuesta, y ahora era un joven fuerte y alegre que creía que ser oficial en el regimiento de Lawford era lo mejor que la vida podía ofrecerle. Le gustaba ser soldado y le gustaban los soldados. Algunos oficiales temían a los soldados más que al enemigo, pero el joven Jack Bullen, de diecinueve años, disfrutaba de la compañía de la tropa. Le gustaban sus chistes malos, bebía de su té agrio con entusiasmo y los consideraba a todos unos tipos estupendos, incluso aquellos a los que su padre podría haber condenado a muerte, deportación o trabajos forzados, si bien hubiera preferido mucho más estar con los tipos estupendos de su antigua compañía. A Jack Bullen le gustaba la compañía número nueve y, aunque la compañía ligera no le desagradaba, le resultaba difícil. No era por los soldados, pues Bullen poseía un talento natural para llevarse bien con la gente, pero el oficial al mando de la compañía ligera era una cruz. Costaba mucho desmoralizar al joven Jack Bullen; sin embargo, el capitán Slingsby lo había conseguido de alguna manera.

—Está indispuerto, señor —dijo el sargento Read respetuosamente.

—Está indispuerto —repitió Bullen en tono apagado.

—Indispuerto, señor —confirmó Read.

Estar indispuerto era encontrarse mal, pero lo que Read quería decir en realidad era que el capitán Slingsby estaba borracho, aunque al ser un sargento no podía decirlo de ese modo.

—¿Cómo de indispuerto? —preguntó Bullen.

Podía haber caminado los veinte pasos y averiguarlo por sí mismo, pero estaba a cargo de los centinelas alineados a lo largo del río frente al corral en ruinas y lo cierto era que no quería ver a Slingsby.

—Muy indispuerto, señor —contestó Read con gravedad—. Está hablando de su esposa, señor. Habla mal de ella.

Bullen quería saber qué cosas decía, pero sabía que el sargento metodista nunca se lo diría, de modo que se limitó a responderle con un gruñido.

—Está ofendiendo a los soldados, señor —dijo Read—. No deben decirse esas cosas de las mujeres. Ni de las esposas.

Bullen supuso que el arrebató de Slingsby estaría divirtiendo a los hombres más que ofendiéndolos, y eso no estaba bien. Por muy simpático que fuera un oficial, tenía que mantener cierta dignidad.

—¿Puede andar?

—A duras penas, señor —respondió Read, y a continuación corrigió la respuesta—. No, señor.

—¡Oh, Dios santo! —exclamó Bullen, y vio que Read hacía una mueca al oír la leve blasfemia—. ¿De dónde sacó el licor?

—De su criado, señor —dijo Read con desdén—. Consiguió una mochila llena de

cantimploras y el capitán lleva toda la noche bebiendo, señor.

Bullen se preguntó qué debía hacer. No podía mandar a Slingsby de vuelta con el batallón, pues Bullen no creía que fuera cosa suya destruir la reputación de su oficial al mando. Sería un acto desleal.

—No lo pierda de vista, sargento —le dijo Bullen con impotencia—. Tal vez se recupere.

—Pero no puedo acatar sus órdenes, señor, no en el estado en que se encuentra.

—¿Le está dando órdenes?

—Me dijo que arrestara a Slattery, señor.

—¿Acusado de qué?

—De mirarlo de forma rara, señor.

—¡Oh, Dios mío! No haga caso de sus órdenes, sargento, y esto sí que es una orden. Dígale que se lo he dicho yo.

Read asintió con la cabeza.

—¿Va a asumir el mando, señor?

Bullen vaciló, consciente de la importancia de la pregunta. Si decía que sí estaría reconociendo formalmente que Slingsby no estaba en condiciones, cosa que inevitablemente llevaría a una investigación.

—Voy a asumir el mando hasta que el capitán se haya recuperado —respondió, lo cual parecía un buen compromiso.

—Muy bien, señor —Read saludó y se dio la vuelta para marcharse.

—Una cosa más, sargento —Bullen aguardó hasta que Read se volvió de nuevo—. No lo mire de forma rara.

—No, señor —repuso Read en tono solemne—, por supuesto que no, señor. No haría nada semejante, señor.

Bullen tomó un sorbo de su taza de té y se encontró con que se le había enfriado. La dejó encima de una piedra y se fue andando hasta el río. Le pareció que la niebla había espesado ligeramente y no podía ver más allá de sesenta o setenta metros; no obstante, contra toda lógica, las cimas situadas a unos ochocientos metros de distancia se veían con toda claridad, lo cual demostraba que la niebla no era más que una capa baja que cubría la tierra húmeda. Escamparía. Recordó las maravillosas mañanas de invierno en Essex cuando la niebla se desvanecía y mostraba la partida de caza dispersándose en una persecución soberbia. Le gustaba la caza. Sonrió para sí al acordarse del magnífico caballo negro castrado de su padre, un tremendo cazador, que siempre se iba hacia la izquierda cuando caía al otro lado de un seto, y cada vez que eso ocurría su padre gritaba: «¡Orden en la sala! ¡Orden en la sala!». Era una broma de la familia, una de las muchas que hacían que el de Bullen fuera un hogar feliz.

—¿Señor Bullen, señor? —Era Daniel Hagman, el soldado más viejo de la

compañía, que lo llamaba desde una docena de pasos río arriba.

Bullen, que había estado pensando que en su casa estarían preparando los caballos para la temporada de caza de cachorros, se acercó al fusilero.

—¿Hagman?

—Me pareció ver algo, señor —Hagman señaló a través de la niebla—. Ahora no hay nada.

Bullen miró detenidamente y no vio nada.

—Esta niebla no tardará en desaparecer.

—En cuestión de una hora todo estará perfectamente despejado, señor. Será agradable tener un poco de sol.

—Ya lo creo.

Entonces empezaron los disparos.

\* \* \* \*

Sharpe había temido que los hermanos Ferreira le tendieran una emboscada entre los arbustos en lo alto de la orilla del río y le había pedido a Braithwaite que llevara el chinchorro más abajo del lugar donde los hermanos habían abandonado el bote, a un lugar donde no había árboles al borde del agua. Les había dicho a Sarah y Joana que se quedaran en la embarcación, pero ellas no le habían hecho caso y habían bajado a tierra detrás de los tres hombres. Vicente estaba preocupado por su presencia.

—No deberían estar aquí.

—Ninguno de nosotros debería estar aquí, Jorge —le dijo Sharpe. Estaba mirando por el pantanal y vio a los hermanos Ferreira y a sus tres compañeros en la niebla. Los cinco hombres caminaban hacia el interior, como si no tuvieran ninguna preocupación en el mundo—. No deberíamos estar aquí —siguió diciendo Sharpe—, pero aquí estamos, y ellos también. De modo que acabemos con esto. —Se descolgó el rifle y comprobó que el cebo seguía en la cazoleta—. Tendría que haber disparado y recargado a bordo del *Ardilla* —le dijo a Harper.

—¿Cree que la pólvora estará húmeda?

—Podría ser.

Sharpe temía que la niebla hubiera humedecido la carga, pero en aquel momento no podía hacer nada al respecto. Empezaron a andar pero, al haber desembarcado más al sur, sin darse cuenta Sharpe los había adentrado más en los pantanos y la marcha resultaba difícil. En el mejor de los casos el terreno te succionaba los pies, en el peor era una masa pegajosa y, como la marea estaba bajando, el terreno estaba recién inundado. Sharpe torció hacia el norte pensando que allí el terreno sería más firme, pero los cinco fugitivos iban aumentando su ventaja a cada paso.

—Quítense las botas —recomendó Harper—. Crecí en Donegal —prosiguió—, y

allí somos grandes expertos en cenagales.

Sharpe se quedó con las botas puestas. Las tuyas le llegaban hasta las rodillas y no le resultaban un impedimento, pero los demás se quitaron los zapatos y así avanzaron más rápido.

—Lo único que tenemos que hacer —dijo Sharpe— es acercarnos lo suficiente para pegar un tiro a esos cabrones.

—¿Por qué no miran hacia atrás? —se preguntó Sarah.

—Porque son tontos —contestó Sharpe—, porque creen que están a salvo.

Habían llegado a un terreno más firme, una elevación suave entre los pantanos y las montañas del norte, y apresuraron el paso, con lo que acortaron la distancia con los cinco hombres que seguían pareciendo tan despreocupados como si hubieran salido a ver si cazaban algo. Iban dando un paseo, con las armas colgadas al hombro, charlando. Ferragus descollaba sobre sus compañeros y Sharpe sintió el impulso de arrodillarse, apuntar y pegarle un tiro en la espalda a ese hijo de puta, pero no se fiaba de la carga del rifle, de modo que siguió andando. A cierta distancia a su izquierda, vio algunos edificios entre la niebla: un par de casitas, un granero, unos cuantos cobertizos y una casa más grande, y supuso que habría sido una próspera granja antes de que los ingenieros inundaran el valle. Imaginó que el terreno pantanoso se extendía casi hasta aquellos edificios que se divisaban a medias y que parecían encontrarse en un terreno más elevado, y creyó que Ferreira intentaría llegar a la granja para dirigirse luego hacia el sur. O podía ser que, si los hermanos se daban cuenta de que los estaban siguiendo, se escondieran en los edificios y entonces sería imposible sacarlos de allí, por lo que Sharpe empezó a apresurarse, pero en aquel preciso momento uno de los hombres se dio la vuelta y lo miró fijamente.

—¡Mierda! —exclamó Sharpe, y se agachó a toda prisa con la rodilla en el suelo.

Los cinco hombres empezaron a correr, con torpeza puesto que iban cargados con las armas y las monedas. Sharpe apuntó, hizo retroceder el percutor completamente y apretó el gatillo. Supo al instante que había fallado porque el rifle vaciló y luego emitió un chasquido sibilante en lugar de un estallido, lo cual significaba que la carga humedecida por la niebla había estallado, pero débilmente, y la bala se habría quedado corta. Empezó a recargar mientras Harper y Vicente disparaban y una de sus balas debió de alcanzar a uno de los hombres en la pierna, pues cayó al suelo. Sharpe estaba atacando la nueva carga. No había tiempo de envolver la bala con cuero. Se preguntó por qué diablos el ejército no suministraba balas ya envueltas, apretó el proyectil con la baqueta, cebó el arma, se arrodilló y disparó de nuevo. Tanto Joana como Sarah dispararon también, aunque sus mosquetes eran inútiles a esa distancia. El hombre que había caído volvía a estar de pie y no daba muestras de estar herido porque corría a más no poder para alcanzar a sus compañeros. Harper disparó y uno de los hombres viró bruscamente, como si la bala hubiera pasado peligrosamente

cerca de él, y luego llegaron los cinco al terreno más elevado y corrieron hacia los edificios. Vicente disparó por segunda vez justo en el momento en que los hombres desaparecían por entre los muros de piedra.

—¡Maldita sea! —exclamó Sharpe, atacando otra bala.

—No van a quedarse ahí —dijo Vicente en voz baja—. Correrán hacia el sur.

—Entonces atravesaremos el pantanal —dijo Sharpe, y se pusieron en marcha, chapoteando por el barro y la hierba anegada.

Quería ir hacia el sur de la granja y así cortarles el paso a los fugitivos, pero casi enseguida se dio cuenta de que probablemente el intento sería inútil. El suelo era una ciénaga, por delante de ellos estaba inundado, y cuando estuvo con el agua en las rodillas se detuvo. Soltó una maldición porque vio que los cinco hombres abandonaban la granja y se dirigían hacia el sur, pero ellos también se vieron obstaculizados por la crecida y volvieron a torcer hacia el oeste. Sharpe se llevó el rifle al hombro, dirigió la mira hacia Ferragus y apretó el gatillo. Harper y Vicente también dispararon, pero como los blancos estaban en movimiento las tres balas fallaron y los cinco hombres desaparecieron en la persistente niebla. Sharpe sacó un nuevo cartucho.

—Lo intentamos —le dijo Sharpe a Vicente.

—Esta noche ya estarán en Lisboa —respondió el portugués. Ayudó a Sharpe a salir de una zona de barro—. Denunciaré al comandante Ferreira, por supuesto.

—Escaparán mucho antes, Jorge. O eso o será su palabra contra la de usted, y él es comandante y usted capitán, y ya sabe lo que eso significa —miró hacia la niebla del oeste—. Es una pena —dijo—. Le debía una buena paliza a ese cabrón.

—¿Por eso lo seguías? —le preguntó Sarah.

—Por eso más que nada. —Atacó una nueva bala en el rifle, cebó la cazoleta, cerró el rastrillo y se colgó el rifle al hombro—. Vamos a buscar terreno seco y nos vamos a casa —dijo.

—¡No se han ido! —exclamó Harper de pronto. Sharpe se dio la vuelta y vio que, milagrosamente, los cinco hombres regresaban a la granja. Iban deprisa, mirando atrás, hacia la niebla, y Sharpe, que se descolgó el rifle, se preguntó qué demonios estaba ocurriendo.

Entonces vio la línea de tiradores. Por un momento tuvo la seguridad de se trataba de una compañía británica o portuguesa, pero entonces vio las casacas azules y los cinturones cruzados blancos, vio las charreteras y vio que algunos de aquellos soldados llevaban sables cortos, y supo que eran franceses. Y había más de una compañía, puesto que de la niebla estaba apareciendo toda una horda de tiradores.

En aquel momento se oyeron unos estallidos de mosquete que provenían del oeste. Los tiradores se volvieron hacia el sonido, se detuvieron. Los hermanos Ferreira se hallaban entonces en los edificios de la granja. Harper amartilló su rifle.

—¿Qué está pasando, por el amor de Dios?

—Esto se llama tiroteo, Pat.

—Dios salve a Irlanda.

—Podría empezar salvándonos a nosotros —dijo Sharpe. Pues por lo visto, aunque sus enemigos estaban atrapados, los franceses lo habían atrapado a él.

\* \* \* \*

Un capricho de la niebla salvó a Bullen. Él se hallaba alerta, todos sus soldados estaban alerta, pues habían oído disparos al este, en algún lugar del terreno inundado en dirección al río y Bullen había estado a punto de ordenar al sargento Huckfield que se llevara a una docena de soldados para investigar dicho ruido cuando un remolino de viento, llegado de las cimas del sur, empujó un trozo de blancura del lado oeste del corral en ruinas y Bullen vio a unos hombres que corrían. Soldados de casaca azul, armados con mosquetes, y por un segundo o dos se quedó tan atónito que no hizo nada. Los franceses —a duras penas podía creer que fueran franceses— se encontraban ya al sur de donde estaba él, sin duda dirigiéndose al terreno entre el corral y los fuertes, y comprendió al instante que no podría sacar de ahí a los hombres y llevarlos de nuevo a las montañas.

—¡Señor! —lo llamó uno de los tiradores, y la palabra fue como una sacudida que sacó a Bullen de su estupor.

—¡Sargento Read! —Bullen intentaba pensar en todo mientras hablaba—. Los casacas rojas a la granja. Al lugar donde fuimos anoche. ¡Cojan las mochilas! —Bullen había dirigido una patrulla hasta la granja al atardecer. Había seguido el sendero elevado con la marea baja, había cruzado el río por el pequeño puente de piedra, había fisgoneado por los edificios abandonados, luego había explorado un poco en dirección al Tajo hasta que el pantanal le impidió seguir adelante. En aquellos momentos su mejor refugio era la granja, un lugar con paredes de piedra, pantanos alrededor y un solo acceso: el camino que venía desde el puente. Siempre y cuando pudiera alcanzar aquel tosco camino antes que los franceses—. ¡Fusileros! —ordenó—. ¡Aquí! ¡Sargento McGovern! Coja a dos soldados y saquen al capitán Slingsby de aquí. ¿Fusileros? ¡Ustedes son la retaguardia! ¡Adelante!

Bullen fue el último en ponerse en marcha, avanzando de espaldas entre los fusileros. La niebla había vuelto a cernerse sobre ellos y el enemigo estaba oculto, pero cuando Bullen se había alejado tan sólo unos treinta pasos del corral aparecieron allí los franceses, abalanzándose hacia las ruinas; uno de ellos vio a los casacas verdes a cierta distancia hacia el este y gritó una advertencia. Los *voltigeurs* se dieron la vuelta y dispararon, pero su descarga fue un esfuerzo desigual puesto que formaban en una línea de tiradores, aunque muchas de las balas pasaron



peligrosamente cerca de Bullen, que retrocedió más deprisa. Vio a una docena de franceses corriendo hacia él y estuvo a punto de dar media vuelta y huir cuando se oyó el chasquido de unos rifles y dos de los franceses cayeron abatidos. La sangre brillaba en los mugrientos pantalones blancos. Se volvió y vio que los casacas verdes formaban una cadena de tiradores. Estaban haciendo aquello para lo que habían sido entrenados y algunos de ellos volvieron a disparar y otro francés cayó hacia atrás con una sacudida.

—Podemos ocuparnos de ellos, señor —dijo Hagan—. Probablemente sólo sea una patrulla. ¡Harris! ¡Cuidado por la izquierda! Tiene que darse prisa, señor —volvió a dirigirse a Bullen—. Sabemos lo que hacemos y esa pistola no es de mucha utilidad. —Bullen ni siquiera era consciente de haber desenfundado la pistola, un regalo de su padre. La disparó de todos modos y le dio la impresión de que la pequeña bala alcanzaba a un francés, aunque era mucho más probable que hubiera sido un disparo de los fusileros el que había lanzado a aquel hombre hacia atrás. Otro rifle abrió fuego. Los casacas verdes retrocedían, un soldado se retiraba en tanto que su compañero vigilaba. Los franceses devolvían el fuego, pero estaban demasiado lejos. El humo de sus mosquetes espesaba la niebla a trozos. Por algún milagro los *voltigeurs* no se esforzaron demasiado en seguir los pasos de Bullen. Ellos esperaban haber atrapado al piquete en el corral en minas y nadie les había ordenado desviar el ataque hacia el este, y aquel retraso había proporcionado unos minutos preciosos a Bullen. Se dio cuenta de que Hagan tenía razón y que los fusileros no necesitaban sus órdenes, así que pasó corriendo junto a ellos hacia el puente donde el sargento Read esperaba con los casacas rojas. El capitán Slingsby estaba bebiendo de una cantimplora, pero al menos no estaba causando problemas. Los rifles dispararon en la niebla y Bullen se preguntó si debía dirigirse directamente hacia el sur, siguiendo el terreno pantanoso junto al río, y entonces vio que había franceses en aquel espacio abierto, ordenó cruzar el puente a los casacas rojas y regresar a la granja. Los fusileros se apresuraban, amenazados por una nueva cadena de *voltigeurs* que habían aparecido de entre la niebla. ¡Santo Dios!, pensó Bullen, ¡había franchutes por todas partes!

—¡A la granja! —les gritó a los casacas rojas.

La casa de labranza era un edificio sólido y resistente que se había construido en la cara oeste de una pequeña elevación, por lo que a su puerta principal se accedía por unos escalones de piedra y sus ventanas estaban situadas a unos dos metros y medio del suelo. Un refugio perfecto, pensó Bullen, siempre y cuando los franceses no trajeran artillería. Dos casacas rojas arrastraron al capitán Slingsby para subir los peldaños y Bullen entró tras ellos a una habitación alargada, salón y cocina unidos en una sola estancia en las que se encontraban la puerta y las dos ventanas altas que daban al camino que conducía al puente.

Bullen no vio el puente con la niebla, pero sí que vio que los fusileros se retiraban a toda prisa por el camino y supo que los franceses no debían de andar muy atrás.

—¡Aquí! —gritó a los casacas verdes y luego exploró el resto de su improvisado fuerte.

Una segunda puerta y una única ventana daban a la parte de atrás, en la que había un patio bordeado con otras construcciones de tejado bajo en tanto que, en un extremo de la estancia, una escalera de mano conducía a un último piso en el que estaban los dormitorios. Bullen separó a los soldados en seis pelotones, uno para cada una de las ventanas que daban al camino, uno para la puerta y uno por cada una de las pequeñas habitaciones del piso de arriba. Apostó un único centinela en la puerta trasera con la esperanza de que los franceses no llegarían al patio.

—Atraviesen el tejado —dijo a los soldados apostados arriba.

Los primeros *voltigeurs* ya estaban en el camino y las balas de sus mosquetes repiquetearon contra los muros de piedra de la granja.

—Hay unos hombres en el patio, señor —le dijo el centinela de la puerta trasera.

Bullen creyó que se refería a los franceses y abrió la puerta de golpe, pero vio que uno de los desconocidos llevaba el uniforme de un comandante portugués y que los otros eran todos civiles, uno de los cuales era el hombre más grande que Bullen había visto nunca. El comandante portugués miró a Bullen con unos ojos como platos, por lo visto tan asombrado de ver a Bullen como éste estaba de verlo a él, pero el comandante recobró la compostura.

—¿Quién es usted? —quiso saber.

—El teniente Bullen, señor.

—Allí hay enemigos —dijo el comandante señalando hacia el este, y Bullen soltó una maldición, pues él había pensado que quizá sus hombres pudieran abrirse camino hacia el río y ponerse bajo la protección de la cañonera británica que habían oído disparar al amanecer. Ahora, por lo visto, estaba rodeado, de modo que no tenía más remedio que defenderse lo mejor que pudiera—. Nos uniremos a ustedes —anunció el comandante, y los cinco hombres entraron en la casa de labranza donde Bullen, siguiendo el consejo del comandante, apostó a unos cuantos hombres en la ventana del este para vigilar el enemigo que el comandante había visto en la dirección del río.

Se oyó el ruido de las tejas rotas que cayeron en cascada desde el tejado cuando los soldados del piso de arriba lo rompieron y luego el estrépito de los disparos de los civiles portugueses contra los hombres que se acercaban desde el este. Bullen se dio la vuelta para mirar a qué estaban disparando y en aquel preciso momento una descarga estalló desde el oeste, el cristal de las ventanas se hizo pedazos y uno de los casacas rojas salió despedido hacia atrás con una bala en el pulmón. Empezó a toser y a sacar sangre espumosa.

—¡Fuego! —gritó Bullen.

Fue alcanzado otro soldado, en aquella ocasión en la puerta de entrada a la granja. Bullen se acercó a una ventana, atisbó por encima del hombro de un casaca roja y vio a unos cuantos franceses que corrían hacia la izquierda, otros que iban hacia la derecha y más aún que se acercaban por el camino. Los mosquetes y los rifles abrieron fuego desde el tejado, pero no vio caer ni a un solo francés. Los estallidos de las armas resonaban en aquella estancia larga y baja, llena de humo, y entonces el cañón de los británicos y portugueses sumó su propio estruendo desde la montaña. Los soldados de las ventanas traseras disparaban con tanta intensidad como los hombres apostados delante.

—Intentan llegar a los lados, señor —dijo Read, lo que significaba que los franceses se dirigían a los flancos de la casa de labranza en los que no había ventanas.

—¡Mátenlos, muchachos! —gritó Slingsby de repente—. ¡Y que Dios salve al rey Jorge!

—¡A la mierda el rey Jorge! —masculló uno de los casacas rojas, y acto seguido soltó una maldición porque lo había alcanzado una astilla de madera que una bala de mosquete había hecho saltar de la ventana.

—¡Cuidado por la izquierda, cuidado por la izquierda! —gritó un soldado, y tres mosquetes dispararon a la vez.

Bullen se precipitó a la puerta trasera, se asomó por ella y vio humo de pólvora en el extremo más alejado del patio de la granja donde se apiñaban unas casitas y cobertizos. ¿Qué demonios estaba pasando? Por alguna razón había esperado que los franceses se quedaran en el camino, atacando solamente desde el oeste, pero entonces se dio cuenta de que había sido una estupidez. Los *voltigeurs* rodeaban la granja y la azotaban con el fuego de sus mosquetes. Bullen sintió el pánico en su interior. Tenía veinte años y más de cincuenta hombres esperaban que él los dirigiera, cosa que hasta el momento había hecho, pero empezaba a asaltarle el sonido de la mosquetería enemiga, el interminable traqueteo de las balas contra las paredes de piedra y el capitán Slingsby, que ahora estaba de pie gritándoles a los soldados que buscaran el blanco de los ojos del enemigo.

Entonces, el comandante portugués resolvió algunos de sus problemas.

—Yo me encargaré de este lado —le dijo a Bullen, señalando hacia el este. Bullen sospechaba que allí el enemigo era menos numeroso, pero se sintió agradecido por poderse olvidar de ellos. Volvió la vista hacia el oeste, la zona más afectada por el fuego, aunque la mayoría estaba siendo desperdiciada en las paredes de piedra. Bullen se dio cuenta de que el problema estaba en el norte y el sur porque, en cuanto los franceses se percataran de que no tenía armas cubriendo los flancos del edificio, seguro que se concentraban allí.

—Troneras en los hastiales, señor —sugirió Hagman, que intuitivamente comprendió el problema de Bullen y no esperó a que el teniente le respondiera, sino

que subió por la escalera e intentó arrancar la mampostería de los hastiales del tejado. Bullen oía a los franceses gritándose entre ellos y, a falta de algo mejor que hacer, disparó su pistola a través de la puerta abierta. Otra ráfaga de viento se llevó más niebla en un remolino y, para su asombro, vio que todo el valle por detrás del puente estaba lleno de franceses. La mayoría se estaba alejando, avanzando en una enorme línea de tiradores hacia los fuertes, mientras los artilleros les disparaban desde la cima de las montañas y sus granadas estallaban sobre los pastos, espesando la niebla con su humareda e incrementando el estrépito.

Un casaca roja cayó desde una ventana con la sangre saliéndole a chorros por la cabeza. Otro fue alcanzado en el brazo y soltó el mosquete, éste se disparó y la bala hirió a un fusilero en el tobillo. Afuera, el ruido era incesante, el sonido de las balas golpeando contra la pared era como el redoble de un tambor diabólico y Bullen vio el miedo en los rostros de los soldados, a lo que no ayudaba mucho el hecho de que Slingsby hubiese desenvainado su espada y estuviera gritándoles a los hombres que dispararan más deprisa. Slingsby llevaba el pecho de la casaca roja manchada de baba y se tambaleaba ligeramente.

—¡Fuego! —bramó—. ¡Fuego! ¡Háganselo pasar mal! —Llevaba una cantimplora abierta en la mano izquierda y Bullen, súbitamente enojado, apartó al capitán de un empujón, con lo que Slingsby trastabilló y se sentó en el suelo.

Otro soldado fue alcanzado en la puerta de entrada, herido en el brazo por una astilla de la culata de un mosquete al que había alcanzado una bala. Algunos soldados se negaban a ir hasta la puerta y en sus rostros había algo más que simple miedo, había puro terror. La habitación amplificaba el sonido de las armas, los gritos de los franceses parecían horriblemente cercanos, se oían los incesantes y más profundos estallidos de los grandes cañones de la montaña en tanto que en la casa de labranza reinaban el humo, la sangre fresca y un principio de pánico.

Entonces sonó la corneta. Era un toque extraño, un toque que Bullen no había oído nunca, y lentamente el fuego de mosquete se fue apagando en tanto que la corneta volvía a sonar, y uno de los casacas rojas que vigilaba una ventana de la cara oeste gritó que un francés estaba agitando un trapo blanco en el extremo de una espada.

—¡Alto el fuego! —gritó Bullen—. ¡Alto el fuego! —Se acercó con cuidado hacia la puerta y vio que por el camino se acercaba un hombre alto vestido con una casaca francesa, unos pantalones de peto blancos y unas botas de montar. Bullen decidió que no quería que los soldados oyeran la negociación y salió fuera, quitándose el sombrero. No estaba seguro de por qué había hecho eso, pero él no tenía un trapo blanco y, en su defecto, quitarse el chacó parecía lo mejor.

Los dos hombres se encontraron a unos veinte pasos de la granja. El francés hizo una reverencia, se quitó el bicornio, volvió a ponérselo y luego sacó el pañuelo

blanco de la punta de su espada.

—Soy el capitán Jules Derain —anunció en un inglés impecable— y tengo el honor de ser el ayudante de campo del general Sarrut.

Se metió el pañuelo en el bolsillo superior de la guerrera y envainó la espada con tanta fuerza que la empuñadura chocó contra el cuello de la vaina. Hizo un ruido que no presagiaba nada bueno.

—Teniente Jack Bullen —dijo Bullen.

Derain aguardó.

—¿Tiene usted un regimiento, teniente? —le preguntó después de la pausa.

—El South Essex —respondió Bullen.

—Ah —dijo Derain, una respuesta que daba a entender, con delicadeza, que nunca había oído hablar de dicha unidad—. Mi general —continuó diciendo— aplaude su valentía, teniente, pero quiere que comprenda que toda defensa equivale a un suicidio. Quizá le gustaría aprovechar esta ocasión para rendirse.

—No, señor —dijo Bullen de forma instintiva.

No lo habían educado para ceder tan fácilmente.

—Lo felicito por tan magnífico sentimiento, teniente —dijo Derain, y sacó un reloj del bolsillo. Abrió la tapa, que hizo un ruidito seco—. Dentro de cinco minutos, teniente, tendremos un cañón junto al puente —hizo un gesto hacia el camino, que estaba envuelto en la niebla y tan abarrotado de *voltigeurs* que Bullen no tuvo oportunidad de ver si Derain decía la verdad—. Tres de nuestros disparos deberían convencerlo —siguió diciendo Derain—, pero si se entrega antes, entonces, por supuesto, vivirá. Si me obliga a utilizar el cañón no le ofreceré otra oportunidad para rendirse, ni me haré responsable del comportamiento de mis hombres.

—En mi ejército —dijo Bullen— se considera responsables a los oficiales.

—Cada día doy gracias a Dios por no estar en su ejército —repuso Derain con falsedad, y a continuación se quitó el sombrero y volvió a inclinarse ante Bullen—. Cinco minutos, teniente. Que tenga un buen día —se dio la vuelta y se marchó.

En el camino había un gran número de *voltigeurs* y *chasseurs*, pero lo peor era que Bullen vio aún más a ambos lados de la casa de labranza. Si la granja era prácticamente una isla en los pantanos, ya les pertenecía más a los franceses que a él. Se volvió a poner el chacó y regresó a la casa, vigilado por los soldados franceses.

—¿Qué querían, teniente? —fue el oficial portugués quien se lo preguntó.

—Nuestra rendición, señor.

—¿Y qué les ha respondido?

—Que no —dijo Bullen, y oyó que los soldados murmuraban, aunque no sabía si era porque estaban de acuerdo con él o porque lamentaban su decisión.

—Soy el comandante Ferreira —dijo Ferreira, que condujo a Bullen hacia la chimenea donde tenían asegurada un poco de intimidad—, y pertenezco al estado

mayor portugués. Es importante que llegue a nuestras líneas, teniente. Lo que quiero que haga, y sé que le resultará difícil, es que negocie con los franceses. Dígales que se rendirá —alzó las manos para acallar la protesta de Bullen—, pero dígales también que tiene a cinco civiles con usted y que pone como condición que los civiles queden libres.

—¿Cinco civiles? —Bullen logró interrumpirle con su pregunta.

—Yo fingiré ser uno de ellos —explicó Ferreira como quien no quiere la cosa—, y cuando hayamos cruzado las líneas francesas entonces usted se rendirá y le aseguro que lord Wellington será informado de su sacrificio. Tampoco dudo que lo intercambiarán muy pronto.

—A mis soldados no —dijo Bullen en tono agresivo.

Ferreira sonrió.

—Le estoy dando una orden, teniente —hizo una pausa para quitarse la casaca del uniforme, resolviendo, al parecer, que el hecho de no llevarla ocultaría su condición de militar.

El civil grandote de rostro aterrador se acercó y se quedó de pie a su lado, sirviéndose de su mole como método de persuasión adicional, y los demás civiles permanecieron junto a él, cargados con sus armas y sus pesadas bolsas.

—¡Le reconozco! —exclamó de repente Slingsby desde la chimenea. Le guiñó el ojo a Ferragus—. Sharpe le pegó.

—¿Quién es usted? —preguntó Ferreira en tono gélido.

—Estoy al mando —respondió Slingsby, e intentó saludar con la espada, aunque sólo consiguió golpear la pesada repisa de madera—. Capitán Slingsby —dijo.

—Hasta que el capitán Slingsby se recupere —terció Bullen, a quien le daba vergüenza admitir ante un desconocido que su oficial al mando estaba borracho—, soy yo quien está al mando.

—Pues vaya, teniente —Ferreira señaló la puerta.

—Haga lo que le dice —dijo Slingsby, aunque en realidad no había entendido la conversación.

—Es mejor que haga lo que le dice, señor —añadió el sargento Read entre dientes. El sargento no era ningún cobarde, pero consideraba que permanecer donde estaban era como invitar a la muerte—. Los franchutes se ocuparán de nosotros.

—No puede darme órdenes —Bullen desafió a Ferreira.

El comandante contuvo al hombre grandote, que había soltado un gruñido y había empezado a avanzar.

—Es cierto —le dijo Ferreira a Bullen—, pero si no se rinde, teniente, y nos capturan, al final nos intercambiarán y tendré muchas cosas que decirle a lord Wellington. Cosas, teniente, que no mejorarán sus posibilidades de ascenso —hizo una pausa y bajó la voz—. Esto es importante, teniente.

—¡Es importante! —repitió Slingsby.

—Le juro por mi honor —dijo Ferreira en tono solemne— que tengo que ponerme en contacto con lord Wellington. Es un sacrificio que le pido, teniente, que le suplico, en realidad, pero que supondrá un bien para su país.

—Dios salve al rey —soltó Slingsby.

—¿Lo jura por su honor? —le preguntó Bullen a Ferreira.

—Por mi más sagrado honor —respondió el comandante.

Así pues, Bullen se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. La compañía ligera se rendiría.

\* \* \* \*

El coronel Lawford miró hacia el valle. La niebla se desvanecía rápidamente, y dejaba al descubierto toda la zona ocupada por los tiradores franceses. ¡Había cientos de tiradores! Se hallaban desperdigados de manera que los cañones británicos y portugueses tenían poco o ningún efecto sobre ellos. Las granadas estallaban, la metralla salía disparada por los aires con negras bocanadas de humo, pero Lawford no veía que hubiera bajas entre los franceses.

Tampoco veía a su compañía ligera.

—¡Maldita sea! —dijo en voz baja, y se inclinó sobre el catalejo montado en el trípode para mirar hacia el corral en ruinas, medio envuelto en los restos de niebla, y aunque vio a unos soldados que se movían cerca de las paredes rotas, estaba casi seguro de que no llevaban ni casacas verdes ni rojas—. ¡Maldita sea! —repitió.

—¿Qué demonios están haciendo esos cabrones ignorantes? Buenos días, Lawford. ¿Qué demonios creen que están haciendo esos hijos de puta? —Era el general Picton que, ataviado con un gastado abrigo negro, subió las escaleras dando saltos y miró al enemigo con el ceño fruncido. Llevaba puesto el mismo gorro de dormir con borla que había llevado durante la batalla en la sierra de Bussaco—. Es una maniobra de lo más estúpida —dijo—, sea lo que sea. —Sus edecanes, sin aliento, subieron detrás de él al bastión desde el que disparaba un doce libras que ensordecía a todo el mundo y envolvía el aire de humo—. ¡Dejen de disparar, maldita sea! —bramó Picton—. Bueno, Lawford, ¿qué demonios están haciendo?

—Han mandado a una brigada de tiradores, señor —respondió Lawford, lo cual no fue una respuesta particularmente útil, pero fue lo único que se le ocurrió.

—¿Han mandado tiradores? —preguntó Picton—. ¿Y nada pesado? Salieron a dar un dichoso paseo, ¿verdad?

En el valle se oía el estallido de los mosquetes. Parecía venir de la gran granja abandonada oculta por la niebla, que era más espesa sobre el terreno pantanoso; no obstante, estaba claro que allí ocurría algo, puesto que unos trescientos o

cuatrocientos tiradores franceses, en lugar de avanzar por el valle estaban cruzando el puente y avanzando hacia la granja. El agua desbordada se estaba retirando con el reflujó y dejaba al descubierto la gran curva del río que abrazaba la granja.

—Están allí —anunció el comandante Leroy. Tenía su propio catalejo apoyado en el parapeto y estaba mirando hacia la niebla que empezaba a hacerse jirones. Sólo distinguía los tejados de la granja y no había ni rastro de la compañía ligera desaparecida, pero Leroy sí que veía a docenas de *voltigeurs* disparando contra los edificios. Señaló hacia el valle—. Deben de estar en la granja, señor.

—¿Quién está en la granja? —quiso saber Picton—. ¿Qué granja? ¿De quién diablos está usted hablando?

Ésa era la pregunta que Lawford se había temido, pero no tuvo más alternativa que confesar lo que había hecho.

—Aposté a nuestra compañía ligera como piquete, señor —dijo.

—¿Qué dice que hizo? —preguntó Picton en tono peligroso.

—Estaban en el corral —dijo Lawford, señalando el edificio en ruinas.

No podía explicar que los había puesto allí para que su cuñado tuviera una oportunidad de controlar a la compañía ligera, y que había supuesto que incluso Slingsby tendría el tino de retirarse en cuanto se viera enfrentado a una fuerza incontenible.

—¿Sólo en el corral? —preguntó Picton.

—Tenían orden de patrullar —contestó Lawford.

—¡Maldita sea, hombre! —estalló Picton—. ¡Maldita sea! ¡Un piquete es de la misma utilidad que una teta en un palo de escoba! ¡Una cadena de piquetes, hombre, una cadena de piquetes! ¿Un solo piquete de nada? Los malditos franceses los rodearon a paso ligero, ¿verdad? Para eso ya habría podido ordenarles a los pobres diablos que se pusieran en fila y se pegaran un tiro en la cabeza. Hubiera sido un final más rápido. Bueno, ¿y dónde diablos están ahora?

—Hay una granja —dijo Leroy al tiempo que la señalaba, y justo entonces la niebla se aclaró lo suficiente para dejar ver el lado oeste de la granja, del que brotaba el humo de los mosquetes.

—¡Dios mío de mi vida! —gruñó Picton—. No querrá perderlos, ¿verdad, Lawford? En el condenado ejército de su majestad queda muy mal perder a toda una compañía ligera. Huele a falta de atención. Supongo que será mejor que los rescatemos —aquellas últimas palabras, pronunciadas con un exagerado acento galés, fueron desdeñosas.

—Mi batallón está en estado de alerta —dijo Lawford con toda la dignidad de la que fue capaz.

—Lo que queda de él —comentó Picton—. Y tenemos a los portugueses, ¿no es cierto? —Se volvió hacia uno de los ayudantes de campo.



—Los dos batallones están preparados, señor —respondió el edecán.

—Pues vamos, diantre —ordenó Picton—. Lléveselos, Lawford. —Lawford y los demás oficiales del South Essex bajaron las escaleras corriendo. Picton meneó la cabeza—. Es demasiado tarde, por supuesto —le dijo a un ayudante de campo—, demasiado tarde. —Observó el humo de la pólvora que espesaba los restos de bruma en torno a la granja distante—. Esos pobres desgraciados caerán en la red mucho antes de que Lawford tenga una oportunidad, pero no podemos hacer nada al respecto, ¿verdad? Sencillamente no podemos hacer nada —se volvió furiosamente hacia los artilleros—. ¿Qué hacen rondando por aquí como putas en la puerta de un cuartel? ¡Dispárenles un poco a esos cabrones! —Señaló a los tiradores que amenazaban la granja—. Maten a las alimañas.

Volvieron a alinearse los cañones, que retrocedieron de una sacudida, lanzando su humareda por el valle al tiempo que las granadas se alejaban con un silbido, dejando las estelas del humo de la mecha a su paso. Picton puso mala cara.

—Un maldito piquete en un corral —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. ¡Ningún regimiento galés hubiera sido tan imbécil! Eso es lo que nos hace falta. Más regimientos galeses. Podría barrer toda Europa si tuviera suficientes regimientos galeses, y en lugar de eso tengo que rescatar a los dichosos ingleses. Sabe Dios por qué el Todopoderoso creó a los malditos extranjeros.

—Té, señor —le dijo un ayudante de campo que le había traído al general una taza de latón bien llena y, al menos, eso lo hizo callar de momento. Los cañones siguieron disparando.

## CAPÍTULO 13

Sharpe se abrió camino como pudo a través del pantanal hacia el borde del terreno más elevado en el que se hallaba situada la granja. Esperaba que le dispararan, pero daba la impresión de que los hermanos Ferreira y sus tres compañeros no estaban aguardando su llegada en el extremo este del patio y, al llegar a la esquina de un establo, vio por qué. Había una multitud de *voltigeurs* franceses al otro lado de la granja que, al parecer, se hallaba bajo asedio. Los soldados franceses se acercaban a él, aunque por el momento no parecían haber advertido la presencia de Sharpe y estaban claramente concentrados en infiltrarse en los edificios para rodear la atribulada casa de labranza.

—¿Quién combate a quién? —preguntó Harper cuando alcanzó a Sharpe.

—Quién sabe. —Sharpe escuchó y creyó percibir el chasquido más seco de los rifles proveniente de la casa—. ¿Eso son rifles, Pat?

—Sí, señor.

—Entonces los de ahí dentro tienen que ser nuestros compañeros —dijo; rodeó sigilosamente el extremo del establo e inmediatamente unos mosquetes estallaron en la casa, sus balas alcanzaron las paredes de piedra del establo y golpearon contra las particiones de madera que dividían la hilera de compartimentos abiertos para el ganado. Se agachó tras la pared de madera más próxima, cuya altura era de unos seis palmos. El establo estaba abierto por el lado que daba al patio, los mosquetes seguían disparando desde la casa y sus proyectiles pasaban bruscamente por encima de su cabeza o alcanzaban la piedra con un chasquido—. Quizá sean los portugueses —le gritó a Harper. Si Ferreira hubiera encontrado a un piquete portugués en la granja seguro que podía convencerlos para que dispararan contra Sharpe—. ¡No se mueva de donde está, Pat!

—No puedo, señor. Estos malditos franchutes se están acercando demasiado.

—Aguarde —dijo Sharpe, que se puso de pie entre la partición, apuntó el rifle hacia la casa y, de inmediato, las ventanas que miraban hacia él desaparecieron detrás del humo cuando los mosquetes dispararon—. ¡Ahora! —gritó Sharpe, y Harper, Vicente, Sarah y Joana rodearon la esquina y se reunieron con él en el compartimento, que estaba cubierto por una corteza de estiércol viejo—. ¿Quiénes son? —bramó Sharpe dirigiéndose hacia la casa de labranza, pero su voz se perdió en el estruendo de los constantes disparos de los mosquetes que resonaban por el patio cuando las balas alcanzaban algún objetivo, y si alguien respondió desde la casa, él no lo oyó. Aparecieron en cambio dos franceses entre las cabañas del extremo más alejado del patio y Harper le disparó a uno de ellos en tanto que el otro se escondió a toda prisa justo antes de que la bala de Vicente hiciera saltar una esquirla de piedra de la pared. El hombre al que Harper había disparado se alejaba arrastrándose y Sharpe

apuntó su rifle al hueco entre los edificios, esperando que en cualquier momento apareciera allí otro *voltigeur*—. Voy a tener que llegar hasta la casa —dijo Sharpe, que se asomó de nuevo por encima de la partición y vio lo que le pareció una casaca roja en la ventana de la casa de labranza. En el otro extremo del patio no había más *voltigeurs* y por un breve momento pensó en quedarse donde estaba y esperar que los franceses no los descubrieran, pero era inevitable que acabaran encontrándolos—. Esté atento por si ve a cualquier maldito franchute —le dijo a Harper, indicándole el otro extremo del patio—, y yo voy a correr lo más rápido que pueda. Creo que allí hay casacas rojas, de manera que lo único que tengo que hacer es alcanzar a esos desgraciados.

Se puso tenso, se armó de valor para cruzar el patio cosido por las balas y en aquel preciso momento oyó una corneta. La corneta tocó una segunda y una tercera vez y unas voces gritaron en francés, algunas de ellas horriblemente cerca, y los disparos fueron aminorando poco a poco hasta que reinó el silencio, roto únicamente por el retumbo de la artillería en las cimas y por los chasquidos de las granadas que estallaban en el valle por debajo de la granja.

Sharpe esperó. No hubo ningún movimiento, no disparó ningún mosquete. Rodeó rápidamente la partición para pasar al siguiente compartimento y nadie le disparó. No veía a nadie. Se puso de pie con cautela y miró hacia la casa de labranza, pero quienquiera que hubiera estado en las ventanas se hallaba entonces en el interior del edificio y Sharpe no vio nada. Los demás lo siguieron hacia el nuevo compartimento, después saltaron los espacios donde se había guardado el ganado y tampoco disparó nadie.

—¡Señor! —exclamó Harper a modo de advertencia, y cuando Sharpe se dio la vuelta vio que un francés los observaba junto a un cobertizo del otro lado del patio.

El soldado no los estaba apuntando con su mosquete, sino que en lugar de eso los saludó con la mano y Sharpe se dio cuenta de que el toque de corneta debía de haber anunciado una tregua. Por detrás del soldado francés apareció un oficial que les hizo señas para que Sharpe y sus compañeros volvieran a entrar en el establo. Sharpe le enseñó un dedo y echó a correr hacia el siguiente edificio, que resultó ser una lechería. Abrió la puerta de golpe y vio a dos soldados franceses en el interior que se dieron la vuelta y empezaron a levantar sus mosquetes hasta que vieron que el rifle los apuntaba.

—Ni se les ocurra —les dijo Sharpe. Cruzó el suelo enlosado y abrió la puerta del final, la más próxima a la casa. Vicente, Harper y las dos mujeres entraron tras él en la lechería y Sarah habló con los dos franceses, que entonces estaban absolutamente aterrorizados.

—Les han dicho que no disparen hasta que vuelva a sonar la corneta —le dijo Sarah a Sharpe.

—Pues dígales que mejor será que no se les ocurra hacerlo —dijo Sharpe.

Se asomó a la puerta para ver cuántos *voltigeurs* había entre la lechería y la casa y no vio ninguno, pero cuando miró hacia la esquina vio a una veintena de ellos, a pocos metros de distancia, agachados a un lado. Uno de ellos se volvió, vio el rostro de Sharpe en la puerta de la lechería y debió de suponer que era francés, porque se limitó a bostezar. Los *voltigeurs* estaban esperando. Había un par de soldados que incluso estaban tumbados y uno de ellos tenía el chacó sobre los ojos como si quisiera aprovechar para echar un sueñecito. Sharpe no vio a ningún oficial, aunque estaba seguro de que debía de haber alguno cerca.

Sharpe retrocedió para que los franceses no lo vieran y se preguntó quién demonios había en el interior de la casa de labranza. Si eran británicos estaba a salvo, pero si eran portugueses, Ferreira haría que le mataran. Si se quedaba donde estaba podía ser que lo mataran o que lo capturaran los franceses cuando terminara la tregua.

—Vamos a ir a la casa —les dijo a sus compañeros—, y hay un puñado de franchutes a la vuelta de la esquina. No les hagan ni caso. Mantengan las armas bajas, no les miren y caminen como si este maldito lugar fuera suyo. —Echó un último vistazo, no vio a nadie en la ventana de la granja, vio a los *voltigeurs* charlando o descansando y decidió correr el riesgo. Sólo había que cruzar el patio. No eran más de una docena de pasos—. Hagámoslo —dijo.

Después, a Sharpe le pareció que los franceses simplemente no sabían qué hacer. Los oficiales superiores, aquellos que podrían haber tomado una decisión inmediata sobre qué hacer con unos soldados enemigos que a todas luces estaban rompiendo una tregua, se hallaban en la parte delantera de la granja y los que vieron a los tres hombres y dos mujeres salir de la lechería y cruzar el ángulo del patio hacia la puerta trasera de la casa se quedaron demasiado sorprendidos como para reaccionar enseguida, y antes de que cualquier francés se hubiera decidido, Sharpe ya estaba en la casa de labranza. Hubo un soldado que sí que abrió la boca para protestar, pero Sharpe le sonrió.

—Bonito día, ¿eh? —le dijo—. Tendríamos que aprovecharlo para secar la ropa. —Sharpe hizo pasar a los demás por la puerta, entró el último y entonces vio a los casacas rojas—. ¿Quién diablos ha estado intentando matarnos? —preguntó en voz alta, a lo que, a modo de respuesta, un atónito fusilero Perkins señaló sin decir nada al comandante Ferreira y Sharpe, sin detenerse, cruzó la estancia y golpeó a Ferreira con la culata de su rifle en un lado de la cabeza. El comandante se desplomó como un buey al que se le hubiera dado la puntilla. Ferragus empezó a avanzar, pero Harper le puso la boca de su rifle en la cabeza.

—Hágalo, por favor —le dijo el irlandés en voz baja.

Tanto los casacas rojas como los casacas verdes miraban fijamente a Sharpe. El teniente Bullen, que estaba en la puerta de entrada, se había detenido y se había dado

la vuelta, y en aquellos momentos contemplaba a Sharpe como si hubiera visto un fantasma.

—¡Condenada gentuza! —dijo Sharpe—. ¡Nada menos que ustedes! ¡Estaban intentando matarme ahí afuera! ¡Son todos unos pésimos tiradores! ¡No me ha rozado ni una sola bala! Señor Bullen, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Adónde va, señor Bullen? —Sharpe se apartó sin esperar respuesta—. ¡Sargento Huckfield! Desarme a esos civiles. Y si ese gigantón le da problemas, péguele un tiro.

—¿Que le pegue un tiro, señor? —preguntó Huckfield, atónito.

—¿Es que está sordo, diantre? ¡Péguele un tiro! Si se mueve lo más mínimo, péguele un tiro. —Sharpe se volvió de nuevo hacia Bullen—. ¿Y bien, teniente?

Bullen parecía avergonzado.

—Íbamos a rendirnos, señor. El comandante Ferreira dijo que debíamos hacerlo —hizo un gesto con la mano hacia Ferreira, que yacía inmóvil—. Sé que él no está al mando, señor, pero lo dijo y... —se le fue apagando la voz. Había estado a punto de añadir que Slingsby había recomendado la rendición, pero eso hubiera supuesto negar su responsabilidad y suponía una deshonra—. Lo lamento, señor —dijo con abatimiento—. Fue decisión mía. El francés dijo que iban a traer un cañón.

—Ese miserable le mintió —le dijo Sharpe—. No tienen un cañón. ¿En un terreno tan húmedo como éste? Harían falta veinte caballos para traer un cañón hasta aquí. No, sólo quería meterle miedo porque sabe tan bien como cualquiera que aquí podríamos morirnos todos de viejos. Harvey, Kirby, Batten, Peters. Cierren esa puerta —señaló la puerta de entrada— y amontonen todas las mochilas detrás. ¡Bloquéenla!

—¿La puerta trasera también, señor? —preguntó el fusilero Slattery.

—No, Slats, ésa déjenla abierta, vamos a necesitarla así. —Sharpe echó un rápido vistazo a través de una de las ventanas delanteras y vio que ésta se hallaba a tanta distancia del suelo que a ningún francés se le ocurriría pensar en escalar hasta el alféizar—. ¿Señor Bullen? Usted estará al mando de este lado —se refería a las dos ventanas y la puerta de la fachada de la casa—, pero sólo le hacen falta cuatro hombres. Por esas ventanas no podrán entrar. ¿Hay algún casaca roja en el piso de arriba?

—Sí, señor.

—Hágalos venir. Ahí arriba sólo quiero rifles. Carter, Pendleton, Slattery, Sims. Suban por esa escalera y traten de aparentar que se están divirtiendo. ¿Señor Vicente? ¿Podrá subir con el hombro así?

—Sí —dijo Vicente.

—Llévese su rifle, cuide de los muchachos de arriba. —Sharpe volvió a dirigirse a Bullen—. Que sus cuatro hombres no dejen de disparar a esos cabrones. No

apunten, limítense a disparar. Quiero a todos los demás casacas rojas en este lado de la habitación. ¿Señorita Fry?

—¿Señor Sharpe?

—¿Está cargado ese mosquete? Bien. Apunte con él a Ferragus. Si se mueve, dispárele. Si respira, dispárele. Perkins, quédese con las damas. Esos hombres son prisioneros y los tratarán como a tales. ¿Sarah? Dígales que se sienten con las manos en la cabeza y si alguno de ellos mueve las manos, mátelo. —Sharpe se acercó a los cuatro hombres, echó sus bolsas a un lado de la habitación a patadas y oyó el tintineo de las monedas—. Por cómo suena parece que es su dote, señorita Fry.

—Ya han pasado los cinco minutos, señor —informó Bullen—, al menos eso creo.

No tenía reloj y sólo podía suponerlo.

—¿Ése es el tiempo que le dieron? Pues vigile el frente, señor Bullen, vigile el frente. Esa parte de la casa es responsabilidad suya.

—Yo asumiré el mando —Slingsby, que había observado a Sharpe en silencio, se levantó de pronto de la chimenea—. Yo estoy al mando —corrigió su afirmación.

—¿Tiene una pistola? —le preguntó Sharpe a Slingsby, que pareció sorprendido por la pregunta, pero que asintió con la cabeza—. Démela —dijo Sharpe. Cogió la pistola, levantó el rastrillo y sopló la pólvora de la cazoleta para que el arma no disparara. Lo último que necesitaba era un borracho con un arma cargada. Volvió a ponerle la pistola en la mano a Slingsby y volvió a sentarlo en la chimenea—. Lo que va a hacer, señor Slingsby —dijo—, es vigilar la chimenea. Encárguese de que ningún francés baje por ella.

—Sí, señor —dijo Slingsby.

Sharpe regresó a la ventana trasera. No era muy grande, pero no resultaría difícil trepar por ella, por lo que puso a cinco hombres protegiéndola.

—Maten a cualquier desgraciado que intente entrar por aquí, y si se les terminan las balas utilicen las bayonetas. —Sharpe sabía que los franceses habrían aprovechado los últimos minutos para reorganizarse, pero estaba seguro de que no tenían artillería, de manera que, al fin y al cabo, lo único que podían hacer era asaltar la casa, y le parecía que el ataque principal vendría por la parte trasera y convergería en la ventana y en la puerta que había dejado abiertas deliberadamente. Mirando a esa puerta tenía a dieciocho hombres repartidos en tres filas, la primera fila de rodillas, las demás de pie. Tan sólo quedaba preocuparse de Ferragus y sus compañeros, y Sharpe apuntó con su rifle al hombretón—. Si me causa problemas lo entregaré a mis hombres para que practiquen con la bayoneta. Quédese aquí sentado. —Se dirigió a la escalera—. ¿Señor Vicente? ¡Sus hombres pueden disparar en cuanto tengan algún objetivo a tiro! Despierten a esos cabrones. Ustedes, los de aquí abajo —se dio la vuelta de nuevo hacia la amplia estancia—, esperen.

Ferreira se movió, se incorporó a cuatro patas y Sharpe volvió a golpearlo con la culata del rifle. Harris gritó desde arriba diciendo que los franceses se ponían en movimiento, los rifles chasquearon en el espacio del tejado y fuera se oyó una ovación y una enorme descarga francesa que batió la pared exterior, entró por las ventanas abiertas y golpeó contra las vigas del techo. La ovación había provenido de la parte trasera de la casa y Sharpe, de pie junto a la única ventana que daba al este, vio a unos soldados que se acercaban corriendo desde detrás de los establos de un lado y de las casitas del otro.

—¡Esperen! —gritó—. ¡Esperen! —Los franceses seguían lanzando gritos de entusiasmo, animados tal vez por la ausencia de disparos; entonces la carga subió por las escaleras hacia la puerta trasera abierta y Sharpe les gritó a los hombres arrodillados—: ¡Primera fila! ¡Fuego! —Dentro de la habitación el ruido fue ensordecedor y las seis balas, apuntadas a tres pasos, no podían fallar. Los soldados de la primera fila se echaron a un lado rápidamente para cargar sus mosquetes y la segunda fila, que había permanecido de pie, se arrodilló—. ¡Segunda fila, fuego! —Otras seis balas—. ¡Tercera fila, fuego! —Harper avanzó con el fusil de cañones múltiples, pero Sharpe le indicó con un gesto que retrocediera—. Resérvelo, Pat —le dijo; luego se acercó a la puerta y vio que los franceses habían bloqueado los escalones con soldados muertos y moribundos, pero un valiente oficial estaba intentando hacer avanzar a sus soldados entre los cuerpos y Sharpe alzó el rifle, le pegó un tiro en la cabeza a aquel hombre y retrocedió antes de que una descarga atravesara zumbando la entrada vacía.

En aquellos momentos los cadáveres ya obstruían dicha entrada, y uno de ellos estaba tendido con casi todo el cuerpo en el interior de la casa. Sharpe sacó el cadáver de allí y cerró la puerta, que inmediatamente empezó a sacudirse cuando las balas de mosquete golpearon contra la madera pesada, luego desenvainó la espada y se dirigió a la ventana donde tres franceses intentaban agarrar las bayonetas de los casacas rojas, tratando de arrancar los mosquetes de las manos de sus enemigos. Sharpe arremetió con la espada y casi cercenó una mano con ella; los franceses retrocedieron, pero una nueva oleada de soldados se lanzó entonces hacia la ventana, Harper los recibió con el fusil de siete cañones y, cada vez que aquella enorme arma disparaba, su mero estruendo parecía dejar pasmado al enemigo, pues de pronto la ventana quedaba libre de atacantes y Sharpe ordenó a los cinco soldados que dispararan oblicuamente por la abertura contra los *voltigeurs* que intentaban abrirse camino hacia la puerta.

El estallido de una descarga de fusilería anunció un segundo ataque al otro lado de la casa. Los *voltigeurs* aporreaban la puerta principal, sacudiendo el montón de mochilas que había detrás, pero Sharpe utilizó a los hombres que habían disparado las descargas mortales en la puerta trasera para reforzar la mosquetería en la parte

delantera. Los soldados disparaban rápidamente por una ventana y se escondían, por lo que de pronto los franceses se dieron cuenta de la solidez de la casa de labranza y su ataque cesó repentinamente cuando se retiraron a los lados del edificio. Eso dejó el frente libre de enemigos, pero la parte trasera de la casa daba al patio y a sus edificios, que ofrecían protección, por lo que allí el fuego era interminable. Sharpe recargó el rifle, se arrodilló junto a la ventana trasera y en un extremo del patio vio a un *voltigeur* que se fue hacia atrás al ser alcanzado por una bala disparada desde el piso de arriba. Sharpe disparó contra otro soldado y los *voltigeurs* prefirieron escabullirse para ponerse a cubierto antes que enfrentarse a más disparos de rifle.

—¡Alto el fuego! —gritó Sharpe—. ¡Y bien hecho! ¡Han ahuyentado a esos cabrones! Recarguen. Comprueben el pedernal.

Hubo un momento de relativo silencio, aunque el cañoneo de la cima de la montaña resonaba con fuerza y Sharpe se dio cuenta de que la artillería de los fuertes estaba disparando contra los hombres que atacaban la granja, porque oyó el traqueteo de la metralla sobre el tejado. Los fusileros del ático seguían disparando. Sus disparos eran espaciados y eso era bueno, pues significaba que Vicente procuraba que apuntaran bien antes de que apretaran el gatillo. Sharpe miró a los prisioneros y le pareció que podía utilizar el rifle de Perkins y los mosquetes que llevaban Sarah y Joana.

—Sargento Harper, ate a esos desgraciados. Las manos y los pies. Utilice los portafusiles.

Media docena de soldados ayudaron a Harper. Mientras lo amarraban, Ferragus miró a Sharpe, pero no ofreció resistencia. Sharpe también le ató las manos al comandante. Slingsby estaba a cuatro patas, hurgando entre las mochilas apiladas delante de la puerta y cuando encontró su bolsa con su suministro de ron, volvió a la chimenea y destapó la cantimplora.

—Pobre desgraciado —comentó Sharpe, asombrado de que pudiera sentir lástima por Slingsby—. ¿Cuánto tiempo lleva borracho?

—Desde Coimbra —respondió Bullen—, de forma más o menos continuada.

—Yo sólo lo vi borracho una vez —dijo Sharpe.

—Probablemente le tenía miedo, señor —dijo Bullen.

—¿A mí? —Sharpe pareció sorprendido. Se acercó a la chimenea, apoyó la rodilla en el suelo y miró a Slingsby a los ojos—. Lo siento, teniente —le dijo—, haber sido grosero con usted —Slingsby miró a Sharpe y parpadeó, con expresión confusa y sorprendida después—. ¿Me ha oído? —le preguntó Sharpe.

—Es muy amable por su parte, Sharpe —dijo Slingsby, y bebió un poco más.

—Bueno, señor Bullen, ya me ha oído. Me he disculpado.

Bullen sonrió y fue a decir algo, pero en aquel preciso momento sonaron los rifles del tejado y Sharpe se volvió hacia las ventanas.



—¡Preparados!

Los franceses volvieron a arremeter contra la parte trasera, pero en aquella ocasión habían reunido a un numeroso contingente de *voltigeurs* que tenían órdenes de disparar a la única ventana en tanto que una docena de soldados sacaban los cuerpos de los escalones para despejar el camino de un grupo de asalto que cometió el error de lanzar una inmensa ovación al atacar. Sharpe abrió la puerta de golpe y Harper ordenó disparar a la primera fila, luego a la segunda y después a la tercera, y los cuerpos volvieron a apilarse al pie de las escaleras, pero los franceses seguían llegando, pasando como podían por encima de los cuerpos. Un mosquete chasqueó junto al oído de Sharpe, que vio que se trataba de Sarah que disparaba contra el persistente ataque. Más franceses seguían subiendo las escaleras y Harper ordenó disparar a la primera fila, que ya había recargado, pero un soldado de casaca azul que había sobrevivido a la descarga de fusilería irrumpió por la puerta, donde Sharpe lo recibió con la punta de la espada.

—¡Segunda fila! —gritó Harper—, ¡fuego! —y Sharpe retorció la hoja para sacarla del vientre del soldado moribundo, a quien metió en la casa. Acto seguido volvió a cerrar dando un portazo. Sarah observó cómo recargaban los soldados y los imitó. La puerta se sacudía, el polvo caía de sus puntales de madera con cada balazo, pero nadie intentaba abrirla y la mosquetería francesa que había mantenido alejados de las ventanas a los hombres de Sharpe se fue apagando a medida que los frustrados franceses se retiraron a los flancos de la casa, donde estaban a salvo del fuego.

—Estamos ganando —dijo Sharpe, y en los rostros manchados de pólvora de los soldados apareció una sonrisa.

Y era casi cierto.

\* \* \* \*

Dos de los ayudantes de campo del general Sarrut completaron el reconocimiento y, de haberse impuesto el sentido común, su valentía hubiera puesto fin a la excitación de la mañana. Aquellos dos hombres, montados en unos caballos sanos, se habían arriesgado al fuego de los cañones para galopar hacia la entrada del valle que serpenteaba por detrás del bastión que los británicos llamaban Defensa Número 119. Granadas, proyectiles de rifle e incluso unas cuantas balas de mosquete caían en torno a los dos caballos que corrían adentrándose en la sombra de la montaña del este, tras lo cual los dos jinetes dieron la vuelta a sus animales, levantando la hierba, y los condujeron de vuelta por donde habían venido. Estalló una granada detrás de ellos y uno de los caballos empezó a sangrar por la grupa, pero los dos jubilosos oficiales lograron escapar y ponerse a salvo, galoparon por entre los tiradores más adelantados, saltaron el riachuelo y se detuvieron al lado del general.

—El valle está cortado, señor —informó uno de ellos—. Hay árboles, arbustos y empalizadas bloqueando el valle. No se puede pasar.

—Y por encima de la barrera —añadió el otro edecán hay un bastión con cañones esperando a que lo intentemos.

Sarrut soltó una palabrota. Su trabajo ya estaba hecho. Podía informar al general Reynier, que a su vez informaría al mariscal Masséna, de que ninguno de los cañones era falso y que el pequeño valle, lejos de ofrecer un paso a través de la línea enemiga, formaba parte integral de las defensas. Lo único que tenía que hacer era ordenar el toque de retirada y los tiradores se replegarían, el humo de las armas se disiparía y volvería a reinar el silencio en la mañana, pero cuando los dos jinetes habían regresado de su excursión, Sarrut había visto a unos cazadores portugueses de uniforme pardo que venían del valle bloqueado. Por lo visto, el enemigo quería combatir, y ningún general francés se convertía en mariscal rechazando una invitación semejante.

—¿Cómo salen de sus líneas? —quiso saber, señalando a los tiradores portugueses.

—Hay un sendero estrecho en la parte de atrás del monte —respondió el más observador de los edecanes—, que está protegido por puertos de montaña y por los fuertes.

Sarrut soltó un gruñido. Aquella respuesta implicaba que no podía albergar la esperanza de asaltar los fuertes por el sendero que utilizaban los portugueses, pero moriría antes que limitarse a una retirada cuando el enemigo le presentaba batalla. Lo menos que podía hacer era darles una paliza.

—Arremetan contra ellos —ordenó—. ¿Y qué demonios ha ocurrido con el piquete?

—Se han escondido —respondió otro edecán mientras miraba a su alrededor.

—¿Dónde?

El edecán señaló hacia la granja, que estaba toda ella rodeada de humo. La niebla ya casi se había disipado, pero había tanto humo en torno a la granja que parecía bruma.

—¡Sáquenlos de ahí! —ordenó Sarrut en un tono que reflejaba la ira que sentía.

En un primer momento se había mofado de la idea de capturar a un mero piquete, pero la frustración lo había hecho cambiar de parecer. Había traído al valle a cuatro batallones de primera y no podía hacerlos regresar a las líneas sin nada que enseñar. Hasta un puñado de prisioneros supondría una especie de victoria.

—¿Había algo de comida en ese corral? —preguntó.

Un ayudante de campo le tendió un pedazo de galleta del ejército británico, horneada dos veces, tan dura como una bala de cañón y más o menos igual de sabrosa. Sarrut la despreció, entonces espoleó a su caballo y cruzó el arroyo, pasó

junto al corral y salió a la pradera, donde le esperaban más malas noticias. Los portugueses, lejos de estar recibiendo lo suyo, estaban obligando a retroceder a sus *chasseurs* y *voltigeurs*. Dos batallones estaban superando a cuatro; Sarrut oyó el inconfundible chasquido de los rifles y supo que eran aquellas armas las que estaban inclinando el enfrentamiento a favor de los portugueses. ¿Por qué demonios se empeñaba el emperador en que los rifles eran inútiles? Lo inútil era enfrentarse a esos tiradores con mosquetes, pensó Sarrut. Los mosquetes eran para utilizarlos contra formaciones enemigas, no contra individuos, pero un rifle podía acertar a una pulga en la espalda de una prostituta a cien pasos de distancia.

—Pídale al general Reynier que suelte la caballería —le dijo a un ayudante de campo—. Ellos acabarán con esos cabrones.

Había empezado como un reconocimiento del terreno y se estaba convirtiendo en una batalla.

\* \* \* \*

El South Essex llegó por la vertiente oriental de la montaña en la que se hallaba la Defensa Número 119 en tanto que los portugueses habían venido por la ladera oeste y estos dos batallones bloqueaban entonces la entrada al pequeño valle. Así pues, el South Essex se encontraba a la derecha de los portugueses, a unos ochocientos metros de distancia, y delante de ellos había una extensión de pradera bordeada por el río desbordado y los pantanos que circundaban la asediada vivienda del granjero y los edificios que la rodeaban. A la izquierda de Lawford estaba el desnivel de la montaña, el flanco de los portugueses y, en el valle, delante de él, la multitud de *voltigeurs* y *chasseurs* cuyas formaciones desperdigadas eran salpicadas por los estallidos y las bocanadas de humo del cañoneo británico y portugués.

—¡Esto es un maldito desastre! —protestó Lawford. La mayor parte de los oficiales del South Essex no habían tenido tiempo de ir a buscar los caballos, pero Lawford iba montado en Rayo y desde lo alto de la silla veía el sendero que cruzaba el puente y se dirigía hacia los edificios de la granja. Decidió que era allí donde iría—. Doble columna de compañías a un cuarto de distancia —ordenó. Miró hacia la granja y, por el volumen del fuego y el espesor del humo, se dio cuenta de que la compañía ligera estaba oponiendo una resistencia tenaz—. Bien hecho, Cornelius —dijo en voz alta. Tal vez Slingsby hubiera cometido una imprudencia al haberse retirado hacia la granja en lugar de hacia las montañas, pero al menos estaba luchando bravamente—. ¡Adelante, comandante! —le dijo a Forrest.

Todas las compañías del South Essex se hallaban entonces formadas en cuatro filas. Las compañías iban de dos en dos, de modo que el batallón formaba con dos compañías de ancho y cuatro en fondo y la compañía número nueve iba sola en la

retaguardia. En opinión del general Picton, que observaba desde la cima, parecía más una columna francesa que una unidad británica, pero así el batallón podía mantenerse en orden cerrado tal como era debido mientras avanzaba oblicuamente, con el pantano a su derecha y el terreno abierto y las montañas a su izquierda.

—Nos desplegaremos en línea si es necesario —le explicó Lawford a Forrest—, arrollaremos a esos soldados e impediremos que se acerquen al camino de la granja, capturaremos el puente y luego mandaremos a tres compañías arriba, a los edificios. Puede llevarlas usted. Quítese de encima a esos malditos franceses, saque de ahí a los hombres de Cornelius, vuelva y nos iremos a cenar. Creo que podríamos terminamos ese jamón con pimienta. Está muy bueno, ¿verdad?

—Muy bueno.

—Y unos huevos cocidos —dijo Lawford.

—¿No encuentra que le estriñen? —preguntó Forrest.

—¿Los huevos? ¿Dar estreñimiento? ¡Nunca! Yo procuro comerlos cada día y mi padre siempre fue un entusiasta de los huevos cocidos. Él creía que te hacen ir de vientre con regularidad. Ah, veo que esos desgraciados han advertido nuestra presencia.

Lawford espolé a *Rayo* para dirigirse al espacio estrecho entre las dos compañías. Los desgraciados a los que había visto eran *chasseurs* y *voltigeurs* que se estaban reuniendo delante del batallón de Lawford. Los franceses estaban atacando el flanco derecho portugués, pero vieron que los casacas rojas se acercaban y se dieron la vuelta para enfrentarse a la nueva amenaza. No eran suficientes como para contener el avance del batallón, pero Lawford seguía lamentando no tener a su compañía ligera para mandarla en avanzada y hacer retroceder a los tiradores. Sabía que tendría que sufrir algunas bajas antes de situarse a la distancia necesaria para lanzar una descarga que terminara con la tontería de los franceses, de modo que cabalgó hasta el frente para que los soldados vieran que compartía el peligro. Miró hacia la granja y vio que allí la lucha todavía era muy encarnizada. Una granada estalló despidiendo humo y llamas a unos cien pasos más adelante. Una bala de mosquete, disparada desde demasiado lejos, pasó volando por encima de la cabeza de Lawford y alcanzó la bandera amarilla del regimiento; entonces oyó las cornetas, se puso de pie en los estribos y vio, a cierta distancia del otro extremo del valle, columnas de jinetes que descendían de las montañas en cascada. Se fijó en ellos pero no hizo nada todavía, puesto que se hallaban demasiado lejos como para suponer peligro alguno.

—¡Vaya a la derecha! —le gritó Lawford a Forrest, que se encontraba junto a la compañía de granaderos situada al frente, en el flanco izquierdo—. ¡Hacia arriba! ¡Hacia arriba! —señaló, indicando que el batallón debía marchar en dirección al puente. Un hombre de la primera fila dio un traspié y se quedó sentado sujetándose el

muslo. Las filas empezaron a abrirse para pasar por su lado y volvieron a cerrarse—. Que dos soldados lo ayuden, señor Collins —le gritó Lawford al capitán más cercano.

No se atrevía a dejar atrás a ningún herido, no mientras hubiera caballería suelta por el valle. Gracias a Dios, pensó, que no había artillería francesa.

Los jinetes ya habían cruzado el río y Lawford vio los brillantes destellos de sus sables y espadas desenvainados. Observó que se trataba de una mezcla de jinetes: dragones de casaca verde con sus largas espadas rectas, húsares de color azul cielo y *chasseurs* de un verde más claro armados con sables. Se encontraban a más de un kilómetro y medio de distancia y sin duda estaban decididos a atacar a los portugueses por su flanco más alejado, pero una mirada atrás reveló que los cazadores eran conscientes del peligro y estaban formando dos cuadros. Los jinetes también lo vieron y viraron hacia el este, levantando la hierba suave con los cascos de sus caballos. Ahora se dirigían hacia el South Essex, pero todavía estaban lejos y Lawford continuó marchando mientras los *voltigeurs* se dispersaban apartándose del camino de los jinetes. Las granadas estallaron entre la caballería, que se desperdigó de forma instintiva y Lawford tuvo un impulso malicioso.

—¡Media distancia! —gritó—. ¡Media distancia!

Las compañías incrementaron los intervalos entre los soldados. Al igual que la caballería, se estaban desplegando y ya no tenían aspecto de una columna cerrada, sino que entre cada unidad se veían franjas de luz del día, invitando así a la caballería a que penetrara en aquellos huecos y destrozara el batallón desde dentro.

—¡Sigán marchando! —le gritó Lawford a la compañía más próxima, que miraba nerviosamente hacia la caballería—. ¡No les hagan caso!

Ya estaban a menos de ochocientos metros. La caballería se había desplegado en una línea que retumbaba por el valle y el South Essex marchaba a lo largo de su frente, quedando el flanco izquierdo de cada fila expuesto a los jinetes. Ahora todo dependía de la sincronización, pensó Lawford, puramente de la sincronización, pues no quería formar en cuadro demasiado pronto y persuadir así a los jinetes para que se desviarán. ¿Cuántos eran? ¿Trescientos? Le pareció que había más, oía los cascos de sus caballos sobre la hierba blanda y veía sus banderolas; al ver que la línea se ponía al galope consideró que se habían comprometido demasiado pronto, pues el suelo era blando y los caballos estarían agotados cuando alcanzaran al batallón. Una granada estalló entre los jinetes que iban en cabeza y un dragón cayó al suelo bajo un revuelo de cascos, brida, sangre y espada. La segunda fila de caballería viró bruscamente para rodear al caballo que se sacudía y Lawford consideró que había llegado el momento.

—¡Formen en cuadro!

Una instrucción bien hecha tenía algo de hermoso, pensó Lawford. Observar a las últimas compañías detenerse y marchar hacia atrás, ver a las compañías del centro girar hacia el exterior, las compañías delanteras marcando el paso y todas las partes

separadas unirse a la perfección para formar un deforme rectángulo. Tres compañías formaban los lados más largos, otras el extremo norte y una única compañía constituía la cara sur, pero lo que importaba era que el cuadro estuviera formado y fuera impenetrable. Los soldados de la fila exterior hincaron la rodilla en el suelo.

—¡Calen bayonetas!

La mayor parte de los jinetes se desviaron para alejarse, pero al menos un centenar de ellos siguieron recto y fueron directos a la descarga de Lawford. La cara oeste del cuadro desapareció en la humareda, se oyeron los gritos de los caballos y cuando el humo se disipó Lawford vio que hombres y bestias se alejaban al galope dejando una docena de cuerpos en el suelo. Entonces los *voltigeurs* empezaron a disparar contra el cuadro, agradecidos por tener un blanco tan voluminoso, y los heridos se iban dejando en el centro del cuadro. La única respuesta que recibieron los tiradores fueron las descargas cerradas de media compañía, cosa que funcionó, pues cada estallido hacía retroceder a un grupo de franceses y de vez en cuando dejaba a alguno retorciéndose en el suelo, pero, al igual que los lobos en tomo al rebaño, siguieron acosándolos y los jinetes daban vueltas tras ellos, esperando a que el batallón de casacas rojas abriera sus filas y les brindara una oportunidad de atacar. Lawford no iba a dársela. Su batallón seguiría con las filas cerradas, pero con ello les proporcionaba un objetivo a los tiradores y, poco a poco, se dio cuenta de que se había metido en un peligroso dilema. La mejor manera de quitarse a los *voltigeurs* de encima era abrir filas y avanzar, pero dicha acción invitaría a la caballería a realizar una carga, y la caballería era el peligro mayor, por lo tanto tenía que permanecer en formación cerrada, aunque con ello les ofreciera a los franceses un blanco tentador, por lo que los *voltigeurs* iban mermando sus filas, causando una herida mortal o una muerte con cada descarga. La artillería ayudaba a Lawford. Las granadas estallaban a un ritmo constante, pero el terreno era blando y los cañones abrían fuego desde las alturas, por lo que muchas de las granadas quedaban enterradas antes de estallar y el suelo amortiguaba su potencia o se desperdiciaban al hacer explosión hacia arriba. Los botes de metralla eran más mortíferos, pero al menos uno de los artilleros estaba cortando la mecha demasiado larga. Lawford fue conduciendo al batallón poco a poco hacia el norte. Resultaba difícil avanzar en cuadro, tenía que hacerse lentamente, llevar con la formación a los heridos que estaban en su centro y, además, el batallón se veía obligado a detenerse cada pocos segundos para poder arremeter contra los tiradores con otra descarga. Lawford comprendió que, en realidad, había caído en la trampa de los *voltigeurs* y una tarea que había parecido fácil de pronto se había vuelto sangrienta.

—Ojalá tuviéramos nuestros rifles —dijo Forrest entre dientes.

El comentario irritó a Lawford, aunque él también compartía el mismo deseo. Sabía que la culpa era suya por haber mandado a la compañía ligera de piquete y

confiado en que no tendrían problemas, y ahora era su propio batallón el que los tenía. Había empezado muy bien: la marcha en orden cerrado, la hermosa formación en cuadro, propia de un ejemplo del libro de instrucción, y la fácil derrota de la carga de caballería; sin embargo, en aquel momento el South Essex estaba en el centro del valle y no tenía más apoyo que el de los distantes cañones mientras que más y más *voltigeurs*, oliendo la sangre, se iban acercando al batallón. De momento no había sufrido muchas bajas, sólo cinco soldados muertos y una veintena de heridos, pero eso era debido a que los tiradores franceses mantenían la distancia, recelosos de sus descargas, pero aun así, cada minuto traía un nuevo ataque de mosquetería y cuanto más se acercaba al camino de la granja, más aislado estaba. Además, Lawford sabía que Picton estaba observando, lo cual significaba que su batallón se estaba exhibiendo.

Y estaba atrapado.

\* \* \* \*

Vicente bajó por la escalera para informar de que un batallón de casacas rojas acudía a rescatarlos, pero que al verse amenazado por la caballería había formado en cuadro a unos ochocientos metros de distancia. Sharpe miró por la ventana y, por la bandera del regimiento, vio que se trataba del South Essex, pero, por la ayuda que podía ofrecerle, era lo mismo que si estuviera a cientos de kilómetros de distancia.

Tras el rechazo de su último ataque, los franceses se habían escondido detrás de los edificios de la granja, fuera de la vista de los fusileros que disparaban desde el tejado de la casa de labranza. El sendero que conducía a la granja y que antes estaba plagado de *voltigeurs*, en aquellos momentos estaba vacío. Sharpe había hecho bajar a dos fusileros al piso de abajo, los había apostado en las ventanas delanteras junto con Perkins y él mismo y se habían puesto a hacer prácticas de tiro con los *voltigeurs* hasta que los franceses, que se hallaban al descubierto y con armas de menor alcance, tuvieron que correr a refugiarse a los lados de la casa o retroceder a la parte más seca del valle para sumarse al ataque contra el atribulado cuadro.

—¿Y ahora qué hacemos, señor Bullen? —preguntó Sharpe.

—¿Que qué hacemos, señor? —a Bullen le sorprendió que le preguntara.

Sharpe sonrió.

—Hizo muy bien trayendo a los hombres aquí, muy bien. Pensé que quizá tuviera otra buena idea para sacarlos.

—¿Seguir combatiendo, señor?

—Normalmente es lo mejor que se puede hacer —repuso Sharpe, que entonces se asomó rápidamente a la ventana y no atrajo los disparos de ningún mosquete—. Los franchutes no aguantarán mucho —afirmó. A Bullen le pareció que era una previsión

optimista puesto que, por lo que él podía ver, el valle estaba lleno de franceses, tanto de infantería como de caballería, y era obvio que el cuadro de casacas rojas tenía dificultades. Sharpe había llegado a la misma conclusión—. Ha llegado la hora de ganarse todo ese dinero que le paga el rey, señor Bullen.

—¿Qué dinero, señor?

—¿Qué dinero? Usted es un oficial y un caballero, señor Bullen. Seguro que es rico —algunos de los soldados se rieron. Slingsby estaba dormido, sentado en la chimenea con la cantimplora en el regazo, la cabeza apoyada contra la mampostería y la boca abierta. Sharpe se volvió y miró nuevamente por la ventana—. Tienen problemas —dijo, señalando el batallón con un gesto de la cabeza—. Necesitan nuestra ayuda. Necesitan rifles, lo cual significa que tenemos que rescatarlos —miró a los prisioneros con el ceño fruncido mientras una idea se le iba formando en la cabeza—. De modo que el comandante Ferreira les dijo que se rindieran, ¿no? —le preguntó a Bullen.

—Así es, señor. Sé que no le correspondía dar órdenes, pero...

—No le correspondía —lo interrumpió Sharpe, más interesado en el motivo por el cual Ferreira habría estado tan dispuesto a caer en manos francesas—. ¿Le dijo por qué tenían que rendirse?

—Tenía que hacer un trato con los franceses, señor. Nos rendiríamos si ellos soltaban a los civiles.

—¡Menudo cabrón artero! —dijo Sharpe. Ferreira, absolutamente atemorizado y con un morado enorme en la sien, levantó la vista y miró a Sharpe—. Quería llegar a las líneas antes que nosotros, ¿verdad? —le preguntó Sharpe. Ferreira no dijo nada—. Usted no, comandante —dijo Sharpe—, usted es un militar y está bajo arresto. Pero, ¿y si se va su hermano ahora? ¿Y sus hombres? Podemos dejarles marchar. ¿Señorita Fry? Dígales que se levanten.

Los cuatro hombres se pusieron de pie torpemente.

Sharpe hizo que Perkins y un par de casacas rojas los encañonaran con sus armas en tanto que Harper les desataba primero los pies y luego las manos.

—Lo que van a hacer —les dijo, dejando que Sarah lo tradujera— es salir de aquí. En la parte delantera no hay franceses. ¿Sargento Read? Desbloquee la puerta delantera —Sharpe volvió a mirar a Ferragus y a sus tres compañeros—. Pueden marcharse en cuanto se abra la puerta. Corran como alma que lleva el diablo, atajen por el pantano y deberían poder alcanzar a los casacas rojas de allí.

—Si los hace marchar los franceses los matarán a tiros —protestó Vicente, que en el fondo seguía siendo abogado.

—Si no se van, voy a ser yo quien les pegue un tiro —replicó Sharpe, que se dio la vuelta cuando se oyó una ráfaga de disparos provenientes del patio trasero de la casa. Los fusileros que quedaban en el tejado respondieron al fuego y Sharpe



escuchó, considerando si el ruido correspondía a un nuevo ataque, pero le dio la impresión de que los franceses meramente estaban disparando al azar. Desde el otro extremo de la franja de pantano les llegaba el sonido amortiguado de las descargas del South Essex y, desde más lejos, el sonido de los rifles portugueses, más nítido.

El comandante Ferreira, en el extremo más alejado de la habitación, habló en portugués a su hermano.

—Le ha dicho que les disparará por la espalda si se marchan —tradujo Sarah a Sharpe.

—Dígales que no lo haré. Y dígales que si corren sobrevivirán.

—La puerta ya no está bloqueada, señor —anunció Read.

Sharpe miró a Vicente.

—Haga bajar a todos los fusileros del piso de arriba. —Iba a echar de menos sus disparos y sólo podía esperar que la ausencia de humo de pólvora del maltrecho tejado no animara a los franceses, pero tenía una idea, una idea que podía causar mucho daño al enemigo—. ¡Sargento Harper!

—¿Señor?

—Alinee a seis fusileros y seis casacas rojas, aparéelos según la talla y haga que se intercambien las casacas.

—¿Que se intercambien las casacas, señor?

—¡Ya me ha oído! Empiece de una vez. Y cuando estén los primeros seis, haga lo mismo con seis más. Quiero a todos los fusileros con una casaca roja. Y cuando se hayan vestido pueden ponerse las mochilas. —Sharpe se volvió a mirar a los heridos, que estaban en el centro de la estancia—. Vamos a salir —les dijo— y ustedes se van a quedar aquí —vio la expresión de alarma en sus rostros—. Los franceses no les harán daño —les tranquilizó. Los británicos cuidaban de los franceses heridos y éstos hacían lo mismo—. Pero tampoco los van a llevar con ellos, de manera que cuando todo este lío termine vendremos a buscarlos. Pero los franchutes les robarán todo lo que tengan de valor, así que si tienen algo valioso dénselo a un amigo para que se lo guarde.

—¿Qué está haciendo, señor? —preguntó uno de los heridos.

—Voy a ayudar al batallón —respondió Sharpe—, y volveré a buscarles, se lo prometo —miró al primer fusilero que, a regañadientes, se ponía la casaca roja con vueltas amarillas—. ¡Póngasela de una vez! —le espetó, y en aquel preciso momento, Perkins soltó un gruñido de dolor y sorpresa.

Sharpe se volvió a medias, pensando que una bala perdida debía de haber entrado por la ventana, y vio que Ferragus, liberado de sus ataduras, había golpeado a Perkins, y que los casacas rojas no se atrevían a disparar contra aquel animal por miedo a herir a otra persona en la habitación llena de gente, y entonces Ferragus, libre, vengativo y peligroso, fue a por Sharpe.

El coronel Lawford observó que los *voltigeurs* iban aumentando su número al oeste y al norte. En el sur sólo había unos cuantos y en el este, donde el terreno estaba inundado o anegado, ninguno. La caballería permanecía a la espera detrás de los *voltigeurs*, lista para el momento en que el fuego de los mosquetes debilitara el cuadro del South Essex de manera que fuera posible otra carga. Aunque de momento los mosquetes franceses se hallaban todavía muy lejos, no por ello eran inofensivos, y poco a poco el centro del cuadro se estaba llenando de soldados heridos. Los artilleros les ayudaban un poco desde la cima del monte puesto que, al estar concentrados en el cuadro, los *voltigeurs* ofrecían un objetivo más tentador para las granadas y los botes de metralla; no obstante, los tiradores franceses del norte, situados frente a uno de los lados más estrechos del cuadro, recibían menos ataques con granadas porque los artilleros temían alcanzar al South Essex, lo cual les permitió ir acercándose e infligir cada vez más daño. Más *voltigeurs* corrieron hacia ese lado al darse cuenta de que allí recibirían menos descargas que desde el flanco más largo del cuadro que daba al oeste.

—No estoy seguro de que podamos llegar a la granja ahora, señor —dijo el comandante Forrest, que se había acercado a Lawford.

Lawford no le respondió. El comentario de Forrest insinuaba que debían abandonar el intento de rescate de la compañía ligera. El camino hacia el sur, que conducía al fuerte de la colina, estaba bastante despejado y, si retrocedía hacia la cima, el South Essex sobreviviría. Los franceses lo considerarían una victoria, pero al menos el batallón seguiría con vida. La compañía ligera se perdería, lo cual era una pena, pero mejor perder una compañía que las diez.

—No hay duda de que el fuego está aflojando —dijo Forrest, que no hablaba de la incesante mosquetería de los *voltigeurs*, sino del combate en la granja.

Lawford se dio la vuelta en la silla y vio que en la casa de labranza prácticamente no había humo de pólvora. Distinguió a un grupo de franceses agachados detrás de un cobertizo o granero, lo cual le dijo que la granja en sí no había caído, pero Forrest tenía razón. La intensidad de los disparos había disminuido y eso sugería que la resistencia de la compañía ligera estaba mermando.

—Pobres muchachos —comentó Lawford. Por un segundo pensó en intentar llegar a la granja cortando por el terreno inundado y los pantanos, pero un caballo sin jinete, uno de los que el South Essex había dejado con las sillas vacías, luchaba por mantenerse a flote en el pantano y, a juzgar por sus esfuerzos, era evidente que cualquier intento por cruzar el terreno anegado sería buscarse problemas. El caballo logró subir penosamente a un trozo de tierra más firme y se quedó allí, asustado y temblando. Lawford también sintió una chispa de miedo y supo que tenía que tomar

una decisión—. Habrá que transportar a los heridos —le dijo a Forrest—. Destaque a unos cuantos soldados de la última fila.

—¿Vamos a retroceder? —preguntó Forrest.

—Me temo que sí, Joseph. Me temo que sí —dijo Lawford, y en aquel preciso instante la bala de un *voltigueur* alcanzó a *Rayo* en el ojo derecho; el caballo se encabritó, bramando, y Lawford sacó rápidamente las botas de la silla y se arrojó hacia la izquierda mientras *Rayo* se retorció contra el cielo, agitando los cascos.

Lawford cayó con fuerza, pero logró apartarse a toda prisa cuando el gran caballo se desplomó. *Rayo* intentó volver a levantarse pero solamente consiguió dar patadas en el suelo y el criado de Lawford corrió hacia el animal con la gran pistola de caballería del coronel. Entonces vaciló, pues *Rayo* se retorció.

—¡Hágalo, hombre! —le gritó el coronel—. ¡Hágalo!

El caballo tenía los ojos en blanco, golpeaba su cabeza ensangrentada contra el suelo y el criado no pudo apuntar la pistola, pero el comandante Leroy le arrebató el arma, colocó su bota sobre la cabeza del caballo para sujetarla y le disparó a *Rayo* en la testuz. El animal dio una última sacudida y se quedó inmóvil. Lawford soltó una maldición. Leroy le arrojó de nuevo la pistola al criado y, con la sangre del caballo reluciendo en sus botas, regresó a la cara oeste del cuadro.

—Dé las órdenes, comandante —le dijo Lawford a Forrest.

Estaba al borde de las lágrimas. *Rayo* había sido un caballo magnífico. Ordenó a su criado que desabrochara la cincha y le quitara la silla, vio que a los heridos que no podían caminar ni a rastras ni cojeando los levantaban del suelo y entonces el South Essex empezó a replegarse. La retirada sería terriblemente lenta. El cuadro tenía que mantenerse unido si querían evitar la carga de la caballería, y sólo podía avanzar poco a poco y con cautela, arrastrando los pies por el suelo más que marchando. Los franceses, al ver que se movían hacia el sur, lanzaron una ovación irónica y se acercaron más. Querían acabar con los casacas rojas y regresar a su lado del valle con un buen número de prisioneros, armas capturadas y, lo mejor de todo, los dos preciosos estandartes. Lawford levantó la vista hacia las dos banderas, ambas perforadas por las balas, y se preguntó si debía sacarlas de los mástiles y quemar la seda pesada, pero desdeñó la idea por considerarla fruto del pánico. Regresaría a las montañas; Picton estaría enojado y sin duda los demás batallones se burlarían de él, pero el South Essex sobreviviría. Eso era lo que importaba.

En aquellos momentos la ruta de regreso a las montañas se hallaba despejada de enemigos porque el batallón de cazadores de mano derecha se había acercado al South Essex. Los portugueses habían rechazado a los franceses, derrotándolos con sus rifles, por lo que éstos habían concentrado entonces su atención en los vulnerables casacas rojas; el batallón portugués se había desplazado hacia la derecha y descargaba sus rifles contra los soldados que atacaban a Lawford, con lo cual se

despejó el camino del sur, pero la caballería viró en esta dirección y los portugueses volvieron a formar en cuadro. La caballería, hostigada por las granadas constantes, retrocedió de nuevo hacia el centro del valle, pero los fusileros portugueses siguieron manteniendo el camino despejado para el South Essex. Dentro de unos doscientos o trescientos metros, pensó Lawford, estaría cerca de la montaña y los franceses abandonarían el hostigamiento y se replegarían, salvo que quisieran consolarse capturando la granja. Lawford miró hacia los edificios, no vio que saliera humo del tejado ni de las ventanas y le pareció que ya era demasiado tarde.

—Lo intentamos —le dijo a Forrest—, al menos lo intentamos.

«Y fracasamos», pensó Forrest, pero no dijo nada. Las filas situadas más al norte del cuadro se dividieron para rodear el cadáver de *Rayo* y volvieron a cerrarse. Los *voltigeurs*, recelosos de los rifles portugueses, se estaban concentrando nuevamente en aquel flanco norte y las descargas de media compañía eran constantes mientras los casacas rojas intentaban ahuyentar a esos tiradores mortales. Los mosquetes llamearon, el humo se espesó y el cuadro fue avanzando poco a poco hacia el sur.

Y la compañía ligera se quedó sola.

\* \* \* \*

Sharpe se agachó, eludiendo por muy poco un rechazazo de Ferragus y recibiendo en cambio en el hombro un golpe de su puño izquierdo que fue igual que si lo hubiera alcanzado una bala de mosquete. El golpe estuvo a punto de tirarlo al suelo y el siguiente puñetazo, que Ferragus lanzó con la mano derecha y que se suponía que tenía que aplastarle el cráneo a Sharpe, sólo consiguió rebotar en lo alto de su cabeza y hacerle caer el chacó, pero aun así le propinó una buena sacudida y Sharpe arremetió instintivamente con la culata de su rifle contra Ferragus y alcanzó al hombretón en la rodilla izquierda. El dolor del golpe detuvo a Ferragus y el segundo embate del rifle le dio en el puño derecho, que todavía tenía lastimado del golpe con la piedra que Sharpe le había propinado en el monasterio. Ferragus se estremeció de dolor y dos casacas rojas intentaron derribarlo, pero él se los sacudió de encima como un oso haría con los perros, aunque lo habían retrasado unos segundos, dándole a Sharpe la oportunidad de ponerse de pie. Le lanzó el rifle a Harper.

—Déjenlo —les dijo Sharpe a los casacas rojas—. Déjenlo. —Se desabrochó el talabarte y le arrojó la espada a Bullen—. Monte guardia en las ventanas, señor Bullen.

—Sí, señor.

—¡Una buena guardia! Asegúrese de que los soldados estén mirando afuera y no aquí adentro.

—Déjeme matarlo, señor —sugirió Harper.

—No seamos injustos con el señor Ferreira, Pat —repuso Sharpe—. No podría con usted. Y la última vez que intentó vérselas conmigo tuvieron que ayudarle. Sólo usted y yo, ¿eh? —Sharpe le sonrió a Ferragus, que estaba flexionando la mano derecha. Sarah se encontraba detrás del hombretón y amartilló el mosquete, haciendo una mueca de esfuerzo porque le costó tirar del disparador. El sonido del mecanismo hizo que Ferragus volviera la vista hacia atrás, Sharpe avanzó y estrelló los nudillos de la mano derecha contra el ojo izquierdo de Ferragus. Notó que algo cedía, la enorme cabeza se fue hacia atrás de una sacudida y cuando Ferragus se recuperó Sharpe ya se hallaba fuera de su alcance—. Sé que te gustaría matarlo —le dijo Sharpe a Sarah—, pero eso no es muy propio de una dama. Déjame a mí.

Volvió a avanzar, hizo amago de golpearle el ojo izquierdo a Ferragus, que se le estaba cerrando, y retrocedió antes de propinar el golpe, moviéndose hacia la izquierda, procurando que Ferragus lo siguiera, y deteniéndose un instante demasiado tarde porque Ferragus, más rápido de lo que Sharpe había esperado, le propinó un directo con la izquierda. El golpe no llevaba mucho impulso, ni siquiera parecía especialmente fuerte, pero cayó sobre las costillas vendadas de Sharpe, que tuvo la misma sensación que si lo hubiera golpeado una bala de cañón y, de no ser porque ya había decidido retroceder, el golpe lo hubiera tirado al suelo, pero sus piernas se movieron al mismo tiempo que el dolor le abrasaba las costillas. Arremetió con la mano izquierda con intención de alcanzar de nuevo el ojo hinchado, pero Ferragus se la apartó de un manotazo y volvió a lanzar un puñetazo con su izquierda; aquella vez, sin embargo, Sharpe ya se había apartado.

Ferragus no veía nada con el ojo izquierdo y le dolía como si lo tuviera al rojo vivo, un ardor que penetrara en su cabeza, pero sabía que le había hecho daño a Sharpe y sabía que si se acercaba a él podía hacer algo más que herir al fusilero, que en aquellos momentos retrocedía entre los casacas rojas heridos y la gran chimenea. Ferragus se apresuró, pensando en recibir los mejores golpes de Sharpe y acercarse lo suficiente para matar a ese inglés hijo de puta, pero Slingsby, borracho como una cuba y sentado en la chimenea, extendió la pierna derecha, Ferragus tropezó con ella y Sharpe volvió a arremeter contra su cara, el puño izquierdo hizo papilla el ojo dañado de Ferragus y clavó la base de la mano en su nariz. Algo se rompió y Ferragus, que intentó darle a Slingsby con la mano izquierda, extendió la derecha para detener a Sharpe, pero él ya había vuelto a retroceder.

—Déjelo, señor Slingsby —le dijo Sharpe—. ¿Sus hombres están mirando por las ventanas, señor Bullen?

—Sí, señor.

—Asegúrese de que así sea.

Sharpe pasó junto a los heridos por el espacio abierto entre las ventanas delanteras y traseras donde nadie se atrevía a permanecer por miedo a las balas

francesas y retrocedió hacia la ventana que daba al patio, oyó una bala que golpeó en el marco de la ventana, le atizó un golpe rápido con la izquierda a Ferragus, que se balanceó para esquivarlo y se abalanzó contra Sharpe. Sharpe retrocedió, dirigiéndose hacia la izquierda de Ferragus porque era el lado por el que no veía, y Ferragus se dio la vuelta para enfrentarse a Sharpe, que sabía que tenía que recibir el castigo ahora, ponerse al alcance del gigantón y arremeter con sus puños, una y otra vez, en el vientre de su enemigo, que era como pegarle a una tabla de roble. Sharpe sabía que aquellos golpes no causaban daño y no le importó, puesto que lo que él quería era hacer retroceder a Ferragus. Se lanzó con la cabeza por delante, estrelló la frente contra la ensangrentada masa que era el rostro de Ferragus, empujó hacia delante y la cabeza le retumbó cuando recibió un golpe a un lado del cráneo. La visión se le tiñó de rojo y negro. Volvió a empujar, la mano izquierda de Ferragus le golpeó en el otro lado de la cabeza y Sharpe supo que sólo podría aguantar otro de esos golpes, y ni siquiera estaba seguro de poder sobrevivir puesto que se estaba quedando aturdido; dio un último empujón y notó que Ferragus se golpeaba contra el alféizar de la ventana. Sharpe se agachó para intentar esquivar el siguiente golpe, que rebotó en lo alto de su cabeza y, aunque le dio de refilón, fue suficiente como para que un dolor punzante le atravesara el cerebro, pero entonces notó que Ferragus se estremecía. Ferragus volvió a estremecerse, Sharpe retrocedió tambaleándose y vio que a Ferragus se le había enturbiado el ojo sano. El grandullón tenía una expresión de asombro y Sharpe, a pesar de estar medio aturdido, dio un golpe con la mano izquierda que alcanzó a Ferragus en la garganta. Ferragus trató de reaccionar, intentó plantarle a Sharpe un par de golpes como mazazos en su punto vulnerable, las costillas, pero su ancha espalda ocupaba toda la ventana y era el primer blanco fácil que les habían dado a los franceses desde que había empezado el asedio de la granja, por lo que fue alcanzado por dos balas de mosquete y se sacudió de nuevo, abrió la boca y derramó sangre.

—¡Sus hombres no están mirando afuera, señor Bullen! —dijo Sharpe. Una última bala alcanzó a Ferragus, esta vez en la nuca, y lo arrojó hacia adelante como un árbol talado.

Sharpe se inclinó para recuperar el chacó, respiró hondo y sintió el dolor en las costillas.

—¿Quiere un consejo, señor Bullen? —dijo Sharpe.

—Por supuesto, señor.

—Nunca pelee limpio. —Recuperó su espada—. Destaque a dos soldados para que escolten al comandante Ferreira y otros dos para que ayuden al teniente Slingsby. Y que esos cuatro hombres lleven esas bolsas —señaló las bolsas que habían pertenecido a Ferragus y a sus hombres—. Y lo que hay en su interior, señor Bullen, pertenece a la señorita Fry, de modo que asegúrese de que esos ladrones de mierda no

las abran.

—Lo haré, señor.

—Y tal vez —le dijo Sharpe a Sarah— tendrás la amabilidad de darle a Jorge unas cuantas monedas. Tiene que pagar el esquite.

—Por supuesto que sí.

—¡Bien! —dijo Sharpe, que entonces se volvió hacia Harper—. ¿Se ha cambiado ya todo el mundo?

—Casi, señor.

—¡Pues acaben de una vez!

Tardaron un momento más, pero al final todos los fusileros, incluido Harper, iban vestidos con una casaca roja, aunque la más grande de todas parecía ridículamente pequeña en el irlandés. Sharpe se intercambió la casaca con el teniente Bullen y esperó que los franceses confundieran realmente a los fusileros por soldados con mosquete. No había ordenado que los soldados se cambiaran los pantalones porque eso hubiese llevado demasiado tiempo, y podría ocurrir que un *voltigeur* con ojo de lince se preguntara por qué los casacas rojas llevaban pantalones de color verde oscuro, pero se arriesgaría a ello.

—Lo que vamos a hacer —dijo a la compañía— es rescatar a un batallón.

—¿Vamos a salir? —Bullen pareció alarmado.

—No, van a salir ellos —Sharpe señaló a los tres civiles portugueses. Cogió su rifle de manos de Harper y lo amartilló—. ¡Fuera!

Los tres hombres vacilaron, pero habían visto lo que el fusilero le había hecho a su amo y le tenían terror.

—Díales que corran hacia el cuadro —le dijo Sharpe a Vicente—. Díales que allí estarán a salvo.

Vicente parecía tener sus dudas, pues sospechaba que lo que Sharpe estaba haciendo iba en contra de las leyes de guerra, pero cuando miró al rostro de Sharpe decidió no discutir. Ni tampoco discutieron los tres hombres. Fueron conducidos a la puerta principal y, como no se decidían, Sharpe los apuntó con el rifle.

Echaron a correr.

Sharpe no les había mentado. Casi no corrían peligro, y cuanto más se alejaban de la granja más a salvo estarían. En un primer momento no reaccionó ningún francés, pues lo último que se esperaban era que alguien saliera de la casa, y pasaron cuatro o cinco segundos enteros antes de que sonara el primer mosquete, pero los *voltigeurs* disparaban contra hombres que corrían, hombres que se alejaban por el sendero de la granja, y las balas se perdieron. Al cabo de unos cincuenta metros los hombres cortaron por el pantano y la marcha les resultó mucho más dificultosa, pero ya se hallaban lejos de los franceses, quienes, frustrados por su huida, intentaron acortar distancias. Salieron de detrás de los edificios de la granja y se dirigieron al borde del

pantano, apuntando con sus mosquetes a los tres hombres que intentaban abrirse camino por la ciénaga.

—Fusileros —dijo Sharpe—, empiecen a matar a esos cabrones.

Al salir al descubierto, los franceses brindaron un blanco fácil a los rifles que dispararon desde las ventanas de la granja. Hubo unos segundos de pánico entre los *voltigeurs*, tras los cuales regresaron a toda prisa a las paredes del edificio. Sharpe esperó a que los fusileros recargaran.

—Ya no volverán a hacerlo —dijo, y entonces les contó lo que tenía pensado.

Los fusileros vestidos con casaca roja iban a ser los primeros en salir de la granja y, al igual que los tres portugueses, tenían que correr tan rápido como pudieran por el camino y luego torcer por el pantano hacia el río crecido.

—Salvo que nos detendremos junto al estercolero de ahí delante —les dijo Sharpe— y les proporcionaremos fuego de cobertura a los demás.

El comandante Ferreira, sus escoltas, Slingsby, Sarah y Joana saldrían después, guiados por Vicente, y por último, el teniente Bullen llevaría al resto de la compañía.

—Usted es nuestra retaguardia —le dijo Sharpe a Bullen—. Tiene que rechazar a los *voltigeurs*. El trabajo propio de un tirador, teniente. Combatan en parejas, con calma y precisión. El enemigo verá las casacas verdes y no tendrá muchas ansias de acercarse, de modo que no tendría por qué pasarles nada. Limítense a replegarse detrás de nosotros, a meterse en el pantano y dirigirse hacia el batallón. Todos tendremos que vadear la corriente y si fuera demasiado profunda nos ahogaríamos, pero si esos tres lo han conseguido sabemos que es seguro. Lo que hacen es eso, mostrarnos el camino.

Los tres portugueses se hallaban en mitad del terreno cenagoso, chapoteando por las aguas desbordadas que se retiraban, y su huida había demostrado que en cuanto se alejaron de la casa los *voltigeurs* ya no supusieron un verdadero peligro para ellos. Sharpe creía que sería mala suerte si perdía a dos hombres en aquella incursión. Los franceses, que habían quedado horrorizados por la intensidad del fuego procedente de la granja, se habían refugiado y lo único que quería la mayoría de ellos era regresar a sus campamentos. Así pues, les darían lo que querían.

—¡Fusileros! ¿Están todos preparados?

Los agrupó a todos junto a la puerta principal, les dijo que tenían que salir de la granja a toda prisa, les advirtió de que se prepararan para detenerse junto al estercolero, darse la vuelta y rechazar cualquier amenaza por parte de los *voltigeurs*.

—¡Diviértanse, muchachos! —dijo Sharpe—. ¡Adelante!

Salió el primero, bajó las escaleras de un salto, salió corriendo hacia el camino, se detuvo en el estercolero, se dio la vuelta, puso una rodilla en el suelo mientras los fusileros con casaca roja se desplegaban en una línea de tiradores a ambos lados de él, apuntó hacia un lado de la casa buscando un oficial y no vio ninguno, pero sí que



había un *voltigeur* apuntando con su mosquete. Sharpe disparó.

—¡Jorge! —bramó—. ¡Ahora!

Los fusileros dispararon. Los franceses se hallaban apiñados a ambos lados del edificio, creyendo que allí estaban seguros puesto que los que guarnecían la granja no habían conseguido abrir una tronera en los hastiales, pero en aquellos momentos presentaban un blanco fácil y las balas se hundieron en ellos mientras el grupo de Vicente pasaba junto a Sharpe.

—¡No se detengan! —le gritó Sharpe a Vicente, y al volver a mirar hacia la granja una bala pasó silbando junto a su cabeza—. ¡Señor Bullen! ¡Ahora!

El grupo de Bullen, el más numeroso, salió el último y Sharpe les dijo a voz en cuello que formaran la cadena de tiradores y empezaran a disparar.

—¡Fusileros, atrás! ¡Atrás!

Estaban todos allí, diecisiete soldados con casacas rojas que corrían por el camino y luego seguían a Vicente cuando éste torció hacia el pantano, detrás de los tres portugueses que ya vadeaban el río cercano al cuadro. Así pues, la corriente podía cruzarse. El cuadro se había estado retirando, alejándose poco a poco, pero Sharpe vio que se había detenido, era de suponer que porque habían visto salir de la granja a la compañía ligera. El humo bordeaba las filas rojas del batallón y se alzaba por encima de las banderas. Sharpe volvió la vista atrás, nuevamente asombrado porque el tiempo parecía ir más despacio y todo estaba adquiriendo una maravillosa claridad. Los hombres de Bullen fueron demasiado lentos en formar su línea de tiradores y un soldado cayó abatido, herido en la rodilla, gritando de dolor.

—¡Déjenlo! —gritó Sharpe, que se había detenido a recargar su rifle—. ¡Dispare a esos cabrones, señor Bullen! ¡Que no se muevan de ahí!

Los franceses habían empezado a abandonar su refugio junto a la casa de labranza y los mosquetes tenían que evitarlo, tenían que hacerlos retroceder. Sharpe vio a un oficial que gritaba, haciendo gestos con la espada, sin duda animando a sus soldados a que salieran de los edificios de la granja y lanzaran un ataque hacia el camino, y Sharpe apuntó, disparó y el humo de su rifle hizo que perdiera de vista a su objetivo. Una bala alcanzó el suelo junto a él y rebotó hacia arriba; otra pasó silbando junto a su cabeza. Bullen ya tenía a sus hombres bajo control, los había tranquilizado y combatían como era debido, retrocediendo lentamente, y Sharpe se dio la vuelta y corrió tras sus fusileros disfrazados que estaban en el pantano, esperándole.

—¡Por ahí! —gritó, señalando hacia los *voltigeurs* que se enfrentaban a la cara norte del cuadro. Vicente ya estaba cerca del South Essex, sumergiéndose en el río desbordado.

Sharpe torció hacia el pantano para unirse a sus fusileros. Al principio la marcha fue muy fácil porque podía saltar de una mata de hierba a otra, pero luego se le empezaron a atascar las botas en el barro pegajoso. Una bala de mosquete cayó en el

agua cerca de él y, por la salpicadura, vio que la habían disparado desde el oeste por los *voltigeurs* que hostigaban el cuadro.

Sharpe se dirigía precisamente hacia dichos soldados. Dejaría que Bullen, Vicente y el resto de la compañía fueran hacia el cuadro, pero él se llevaría a sus fusileros con casaca roja hacia el flanco de los *voltigeurs* que tanto daño habían estado causando al batallón. Sólo unos cuantos de dichos *voltigeurs* se habían fijado en él, y simplemente disparaban al azar hacia el otro lado del río, pues la distancia excedía el alcance de sus armas; además, Sharpe sabía que ellos estaban viendo casacas rojas, no fusileros. Creían que dieciocho casacas rojas no podían hacerles ningún daño y eso era lo que Sharpe quería que pensarán, y condujo a sus hombres hacia el borde del terreno inundado, donde tenían a los *voltigeurs* a menos de cien pasos.

—Oficiales y sargentos —les dijo a los fusileros—. Búsquenlos y mátenlos.

Dios había hecho los rifles para eso. Los mosquetes podían enfrentarse a cien pasos y era un milagro que una bala alcanzara el blanco al que se había apuntado; sin embargo, los rifles eran mortales a esa distancia y los *voltigeurs*, que habían creído que se enfrentaban sólo a mosquetes, cayeron en la emboscada. Durante los primeros segundos los fusileros de Sharpe habían matado a tres franceses y herido a otros siete, entonces recargaron y Sharpe los hizo avanzar poco a poco hacia la izquierda, y mientras se acercaban al cuadro unos pasos más, volvieron a disparar y los *voltigeurs*, confundidos porque sólo veían casacas rojas, se defendieron. Sharpe se arrodilló, vio a un oficial que corría sujetando el sable en alto con una mano y aguardó a que se detuviera, lo puso en su punto de mira y apretó el gatillo. Cuando el humo se disipó, el oficial ya no estaba.

—¡Disparen despacio pero sin parar! —gritó Sharpe—. ¡Que no se desperdicie ni una bala! —Se dio la vuelta y vio que Bullen ya se hallaba a salvo en el pantano; los *voltigeurs* lo habían seguido por el camino, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a meterse en la ciénaga.

Sharpe volvió la vista hacia el oeste, cargó el rifle con la culata medio sumergida en el agua, vio a un soldado que apuntaba con su mosquete y le disparó. Los *voltigeurs* se estaban dando cuenta por fin de que combatían en una batalla cruelmente desigual y corrían para alejarse del alcance de los rifles, pero la caballería, que se encontraba más lejos, sólo vio a unos cuantos casacas rojas dispersos y algunos de sus jinetes se dieron la vuelta, hincaron sus espuelas y salieron precipitadamente dejando atrás a los *voltigeurs* que se retiraban.

—Atrás —dijo Sharpe—, retrocedan con cuidado. ¡Hacia la izquierda, poco a poco! —Estaba acercando a sus hombres al cuadro, vadeando a través más de un palmo de agua. Todavía tenía que cruzar el río, pero la caballería también, y aquellos franceses no parecían pensar en el obstáculo inundado. Quizá pensaban que aquella capa de agua tenía la misma profundidad en todas partes, unos treinta centímetros

más o menos, de modo que bajaron sus sables, espolearon las monturas y se lanzaron a medio galope contra su presa—. Esperen hasta que no puedan mantenerse a flote y luego mátenlos —dijo Sharpe.

La primera fila penetró con un chapoteo en el terreno inundado de la otra orilla y uno de las monturas se hundió en la corriente, arrojando a su jinete por encima de la cabeza. Los demás caballos aminoraron la marcha, intentando mantener el equilibrio con gran esfuerzo, y Sharpe les gritó a sus hombres que abrieran fuego. Un húsar, con las trenzas colgando a ambos lados de su rostro tostado, soltó un gruñido mientras tiraba de las riendas intentando obligar a su caballo a que cruzara el río, y Sharpe atravesó su casaca color azul cielo con una bala. Una granada estalló en la segunda fila de jinetes, que se habían detenido al ver frenar a la primera. Sharpe recargó sin dejar de mirar a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los *voltigeurs* de la granja se acercaba por el terreno pantanoso y le disparó a un dragón. Aquello era una matanza fácil y los jinetes así lo comprendieron, por lo que hicieron dar la vuelta a sus caballos y volvieron a hincarles las espuelas para que regresaran a toda prisa al terreno más firme, perseguidos en todo momento por los disparos de los rifles.

Más rifles abrieron fuego entonces, una tormenta de disparos provenientes del lado más alejado del South Essex donde los cazadores habían acudido en ayuda de los casacas rojas y estaban haciendo retroceder a los *voltigeurs*; luego estalló la cara norte del cuadro con una nube de humo cuando dos compañías dispararon una descarga contra el flanco de los jinetes que apretaban el paso para ponerse a salvo. Sharpe se colgó el rifle al hombro.

—Nos ha cundido bastante bien el día, Pat —dijo, e hizo un gesto con la cabeza hacia el caballo que había cruzado el río en solitario y había quedado aislado en el pantano—. Todavía dan buenas recompensas por los caballos enemigos, ¿no es cierto? Todo suyo, sargento.

La caballería ya no los amenazaba, por lo que el South Essex se desplegó en una línea de cuatro en fondo, el doble de gruesa que la que habrían formado en un campo de batalla normal, pero más segura en caso de que los húsares o dragones decidieran intentar un último ataque. No era una contingencia muy probable, puesto que en aquellos momentos había cazadores portugueses en el flanco izquierdo del batallón y un pantanal vacío en el derecho, en tanto que los franceses, hostigados por el fuego de artillería, habían emprendido la retirada por el valle. Lo mejor de todo era que la compañía ligera había regresado.

—Fue bien —dijo Lawford. Había montado el caballo que Harper había traído al batallón—. Muy bien.

—Hubo un momento o dos de nerviosismo —comentó el comandante Forrest.

—¿Nerviosismo? —repuso Lawford en tono de sorpresa—. ¡Ni mucho menos! Todo salió exactamente como yo pensaba. Exactamente como yo pensaba. Aunque es

una pena lo que le ha pasado a *Rayo*. —Miró con indignación a su cuñado quien, obviamente ebrio, estaba sentado detrás del grupo abanderado y luego se quitó el sombrero mientras Sharpe se acercaba caminando junto a las filas de soldados—. ¡Señor Sharpe! Fue muy bonito lo que les hizo a esos *voltigeurs*, muy bonito. Gracias, mi querido amigo.

Sharpe intercambió la chaqueta con Bullen y levantó la mirada hacia Lawford, que estaba radiante de alegría.

—Permiso para rescatar a nuestros heridos en la granja, señor —dijo Sharpe—, antes de que regrese a mis obligaciones.

Lawford puso cara de desconcierto.

—Rescatar a los heridos forma parte de sus obligaciones, ¿no es cierto?

—Me refiero a mis obligaciones como intendente, señor.

Lawford se inclinó sobre la silla capturada.

—Señor Sharpe —le dijo en voz baja.

—¿Señor?

—No sea tan pesado, demonios.

—Sí, señor.

—Se supone que debo mandarlo a Pero Negro después de esto —siguió diciendo el coronel y, al ver que Sharpe no le comprendía, añadió—: al cuartel general. Por lo visto el general quiere hablar con usted.

—Mande al señor Vicente, señor —dijo Sharpe—, y a los prisioneros. Entre todos pueden contarle al general todo lo que haga falta.

—Y usted puede contármelo a mí —dijo Lawford mientras observaba a los franceses que regresaban a las montañas distantes.

—No hay nada que contar, señor —repuso Sharpe.

—¡Nada que contar! ¡Por el amor de Dios! ¿Ha estado ausente durante dos semanas y no tiene nada que contar?

—Me perdí, señor, buscando la trementina. Lo lamento mucho, señor.

—Se perdió —dijo Lawford cansinamente, entonces miró a Sarah y Joana, que iban vestidas con pantalones manchados de barro y armadas con mosquetes. Dio la impresión de que Lawford iba a decir algo sobre las mujeres, pero meneó la cabeza y se volvió de nuevo hacia Sharpe—. Nada que contar, ¿eh?

—Nos escapamos, señor —repuso Sharpe—, eso es lo único que importa. Nos escapamos.

Y lo habían hecho. Había sido la fuga de Sharpe.

## NOTA HISTÓRICA

La invasión francesa de Portugal a finales de verano de 1810 fracasó a causa del hambre y fue la última vez que los franceses intentaron tomar el país. Wellington, que para entonces era comandante de los dos ejércitos, el británico y el portugués, adoptó la política de arrasar todo lo que podía serle útil al enemigo, una estrategia que acarreó enormes penurias al pueblo portugués. Intentaron privar a los invasores de hasta el último pedazo de comida, en tanto que a los habitantes del centro de Portugal se les exigió que abandonaran sus casas, bien para huir al monte, o bien para dirigirse al norte, hacia Oporto, o al sur, hacia Lisboa, que iba a estar defendida por las extraordinarias Líneas de Torres Vedras.

La estrategia funcionó, pero a un precio muy alto. Según un cálculo aproximado, entre cuarenta y cincuenta mil portugueses perdieron la vida en el invierno de 1811 a 1812, la mayoría de ellos por causa del hambre y algunos a manos de los franceses, pero en cualquier caso es una cifra terrible, que equivalía un dos por ciento de la población de Portugal. Se mire como se mire, arrojar la carga de la guerra sobre la población civil fue una estrategia despiadada. ¿Era necesaria? Wellington derrotó a Masséna de manera decisiva en las montañas de Bussaco y, de haber vigilado el camino que rodeaba el norte de la gran cadena montañosa, probablemente hubiera podido rechazar a los franceses en aquel mismo momento y lugar, obligándolos a retroceder a Ciudad Rodrigo, al otro lado de la frontera con España, aunque de ese modo, claro está, el ejército de Masséna hubiera quedado relativamente ileso. El hambre y las enfermedades eran unos enemigos mucho peores que los casacas rojas y los fusileros, y al obligar a Masséna a pasar el invierno en las tierras yermas al norte de las líneas, Wellington destruyó el ejército de su enemigo. Al principio de la campaña, en septiembre de 1810, Masséna estaba al mando de 65.000 soldados. Cuando regresó a España tenía menos de 40.000, había perdido la mitad de los caballos y prácticamente todo su transporte rodado. De los 25.000 hombres que perdió, sólo a 4.000 los mataron, los hirieron o los hicieron prisioneros en Bussaco (las bajas británicas fueron de unos 1.000 soldados); el resto murió porque las Líneas de Torres Vedras condenaron a Masséna a un invierno de hambre, enfermedad y desertión.

Entonces, ¿por qué luchar en Bussaco si las Líneas de Torres Vedras podían hacer mejor el trabajo? Wellington combatió allí por una cuestión de moral. El ejército portugués no poseía un historial extraordinario contra los franceses, pero en aquellos momentos se había reorganizado y estaba a las órdenes de Wellington, quien, brindándole una victoria en las montañas, dio a dicho ejército una confianza que nunca perdió. Bussaco fue el lugar en el que los portugueses se dieron cuenta de que podían derrotar a los franceses, un lugar que continúa siendo célebre en la historia de

Portugal, y con toda la razón.

En la actualidad, la sierra se halla densamente arbolada, de manera que cuesta imaginarse cómo pudo haberse librado una batalla en su vertiente este, pero unas fotografías tomadas en 1910 muestran la montaña casi pelada por completo y los anales de la época sugieren que así es como era cien años antes. Dichas fotografías pueden verse en el espléndido libro *Bussaco, 1810*, de René Chartrand, publicado por Osprey. En la mayoría de los libros que versan sobre la batalla se hace referencia al monasterio de la ladera contraria como a un convento, una palabra que puede aplicarse correctamente tanto a comunidades de monjes como de monjas pero que en el lenguaje común queda limitada a las monjas; yo he visto el edificio de Bussaco llamado el convento de los Carmelitas Descalzos y el monasterio de los Carmelitas, de manera que me refiero a él como a un monasterio para evitar dar la impresión de que hubiera monjas en él. Estuvo ocupado por los Carmelitas Descalzos hasta 1843, cuando los monasterios portugueses se disolvieron. Todavía existe, al igual que las Estaciones de la Cruz hechas de arcilla en sus refugios de ladrillo, y todo ello puede visitarse. Actualmente, junto al monasterio, se levanta un hotel inmenso construido a principios del siglo xx como palacio real.

En la víspera de la batalla, Masséna se hallaba, efectivamente, a unos treinta y cinco kilómetros por detrás de Bussaco. Había visitado brevemente la población y luego regresó con su amante de dieciocho años, Henriette Leberton, y el ayudante de campo de Ney, D'Esmenard, se vio obligado a mantener una conversación con él a través de la puerta cerrada del dormitorio. Masséna consiguió arrancarse de los brazos de Henriette y cabalgó de vuelta a Bussaco, donde decidió no efectuar ningún tipo de reconocimiento y se limitó a lanzar a sus tropas al ataque. Fue una decisión imprudente, pues la sierra de Bussaco es una posición formidable. Algunos de sus generales le aconsejaron que no atacara, pero Masséna confiaba en que sus tropas podrían romper la línea británica y portuguesa. El error fue producto de un exceso de confianza y, aunque las columnas francesas alcanzaron la cima tal como se describe en la novela, fueron rechazadas y derrotadas.

El saqueo de Coimbra por parte de los franceses fue tan desagradable como se describe en *La fuga de Sharpe*. Las primeras tropas que entraron en la ciudad eran reclutas nuevos, mal adiestrados e indisciplinados, que arrasaron con todo. Al comienzo de la campaña la ciudad tenía 40.000 habitantes, de los cuales al menos la mitad decidieron no retirarse hacia Lisboa, y de los que se quedaron, al menos un millar fueron asesinados por los invasores. La universidad fue saqueada, las tumbas reales de Santa Cruz abiertas y profanadas y, aunque los hambrientos franceses encontraron comida en abundancia en la ciudad, se las arreglaron para destruir la mayor parte. Se prendió fuego a los almacenes de suministros de manera que, cuando el ejército de Masséna marchó hacia el sur, las tropas estaban igual de hambrientas

que cuando llegaron.

Masséna dejó a sus heridos en Coimbra con una guardia totalmente inadecuada. Su control de la ciudad duró sólo cuatro días, tras los cuales el coronel Trant, un oficial británico que comandaba una milicia portuguesa, capturó Coimbra desde el norte y, después de sufrir ciertas dificultades para proteger a sus nuevos prisioneros de la venganza de los habitantes de la ciudad, logró conducirlos o trasladarlos al norte, a Oporto.

Mientras tanto, Masséna se había encontrado con las Líneas de Torres Vedras, que lo dejaron estupefacto. Wellington y su jefe de ingenieros, el coronel Fletcher, se las habían ingeniado de algún modo para mantener en secreto (incluso a los gobiernos británico y portugués) el proyecto de aquella gran construcción, y aunque Masséna había oído rumores sobre una línea de fuertes, no estaba en absoluto preparado para la realidad. Las líneas comprendían 152 construcciones defensivas (bastiones o fuertes), contaban con 534 cañones y cubrían 83 kilómetros de terreno. Las primeras dos líneas impedían que los franceses se aproximaran a Lisboa; la tercera, más al sur, rodeaba un enclave de emergencia en el que Wellington podía replegar a sus tropas si se hacía necesario embarcar a su ejército. Un oficial francés dijo de las primeras dos líneas que «eran de una naturaleza tan extraordinaria que me atrevería a decir que no podían compararse con ninguna otra posición del mundo». Otro francés, un oficial de los húsares, lo expresó de un modo más gráfico: «Tenían ante ellos un muro de bronce y detrás de ellos una región famélica». Masséna observaba las líneas con un catalejo cuando una bala de cañón quiso ahuyentarlo, y él respondió descubriéndose la cabeza, lo cual fue muy educado por su parte, pero en realidad estaba furioso por no haber sido advertido de las nuevas fortificaciones. Parece increíble que no se hubiera enterado de su existencia, pero permanecieron en secreto. Miles de hombres habían trabajado para construir dichas defensas, y otros miles habían pasado por ellas al utilizar los caminos que las atravesaban; sin embargo, para los franceses fueron una verdadera sorpresa. Masséna no llevó a cabo ningún intento serio de abrir una brecha; en realidad, el único enfrentamiento que aconteció en las líneas propiamente dichas fue una batalla irregular entre dos grupos de tiradores que tuvo lugar el 12 de octubre en Sobral, el día después de que las primeras tropas francesas alcanzaran las líneas. El combate que tiene lugar al final de *La fuga de Sharpe* está basado libremente en dicha batalla, pero confieso que la palabra clave es «libremente», puesto que la trasladé unos treinta kilómetros para situarla cerca del Tajo y brindársela a sir Thomas Picton, que se encontraba muy lejos de Sobral.

La mayor parte de los 152 fuertes de las líneas todavía existen, pero muchos de ellos se hallan en un estado tan ruinoso y abandonado que no es fácil encontrarlos. Si la única oportunidad de verlos es en una visita muy rápida, ésta debería hacerse probablemente a la propia ciudad de Torres Vedras, al norte de la cual se ha

restaurado el fuerte de San Vicente. Una visita más prolongada tendría que basarse (como cualquier visita a un campo de batalla peninsular) en la magnífica guía de Julian Paget *Wellington's Peninsular War* (Leo Cooper, Londres, 1990).

Masséna permaneció en Portugal mucho más tiempo del que Wellington se había esperado. El intento de despojar de comida el centro de Portugal nunca funcionó realmente, y los franceses encontraron suministros suficientes para alimentarse bien durante todo el mes de octubre. Repararon los molinos de viento y reconstruyeron los hornos, pero en noviembre estaban con medias raciones y luego se vieron acosados por un invierno más frío y húmedo que de costumbre. Abandonaron Torres Vedras a mediados de noviembre y se retiraron allí donde esperaban conseguir más comida. De un modo u otro aguantaron en Portugal hasta marzo, cuando, desanimados y fracasados, regresaron a sus depósitos en España. Había sido una derrota amarga para Masséna.

El libro de John Grehan *The Lines of Torres Vedras*, publicado por Spellmount en el año 2000, me resultó inestimable al escribir *La fuga de Sharpe*. No tan sólo contiene la que es con mucho la mejor descripción de las líneas propiamente dichas, sino muchas otras cosas, incluyendo un apasionante relato de la batalla de Bussaco, por lo que estoy en deuda con él, si bien cualquier error es, por supuesto, mío. Sharpe y Harper marcharán de nuevo.